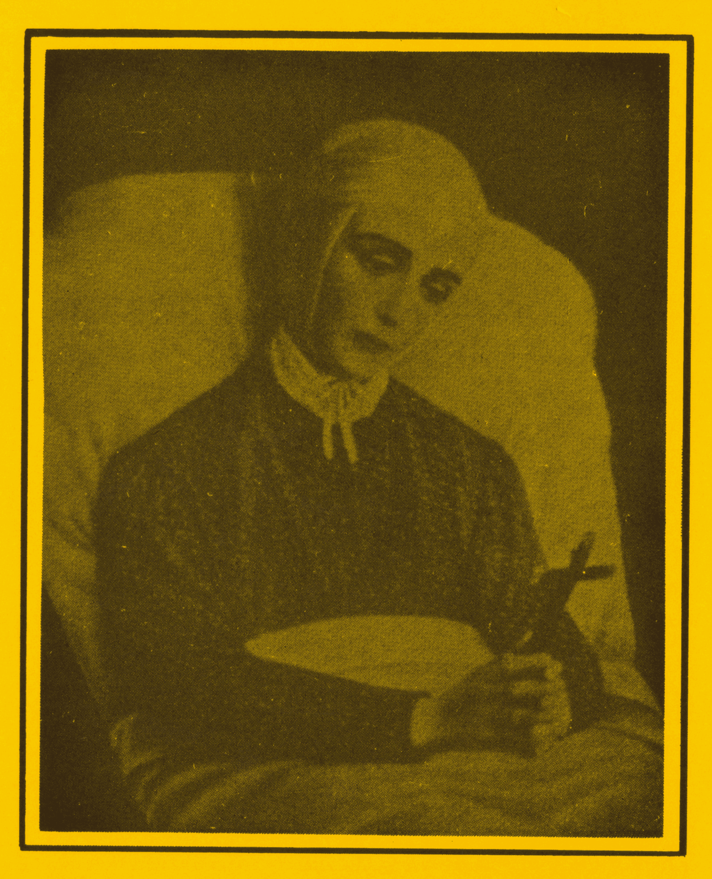
Ana Catalina EMMERICK



Visiones y Revelaciones Completas

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. JOSÉ FUCHS, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
DANIEL GARCÍA - MANSILLA

Estudio crítico por
JUAN CARLOS MORENO

TOMO PRIMERO
LIBRO I

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

Al amparo del Decreto del 15 de Noviembre de 1966, publicado en el "ACTA APOSTOLICAE SEDIS" el 29 de Diciembre siguiente, (Volumen 58, Nº 16), las materias que se tratan en el presente Libro no requieren Censura Eclesiástica, por haber sido derogado por Su Santidad el Papa Paulo VI el Canon 1399 del Derecho Canónico.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. — *Das arme Leben und bittere Leiden unseres Herrn Jesu Christi und seiner heiligsten Mutter Maria, nebst den Geheimnissen des Alten Bundes nach den Gesichten der gottseligen Anna Katharina Emmerick, aus den Tagebüchern des Clemens Brentano, Herausgegeben von P. C. E. Schmöger, aus der Congregation des allerheil. Erlösers. Regensburg, New York u. Cincinati. Druck und Verlag von Friedrich Pustet. — Imprimatur. Ratisbonae, die 23 Januarii, 1892. † Ignatius, Episcopus Ratisbonensis.*

2. — *Das leidende und verherrlichte Gotteslamm Leben, Leiden und Verherrlichung Jesu. Nach der Gesichten der gotteligen Anna Katharina Emmerick, und den Aufzeichnungen Klemens Brentano, von H. auf der Heide S.V.D. — Dritte Auflage, 1914. Steyl, Post Kaldenkirchen (Rheinland). Druck und Verlag der Missionsdruckerei.*

3. — *Vita della serva di Dio Anna Caterina Emmerick, scrita dal P. C. E. Schmöger, della Congregazione del SS. Redentore. Tradotta dall'originale tedesco dal Marchese Cesare Bocella.* Torino. Pietro Di G. Marietti. Tipógrafo Pontificio, 1869.

4. — *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre María, según las visiones de Ana Catalina Emmerick.* Edición española, por Guillermo Jünemann, Friburgo de Brisgovia (Alemania). Herder y Cía. Libreros editores pontificios, 1911.

5. — *Vergessene und verleugnete Wahrheiten vollständige Verifizierung der Gesichte Anna Katharina Emmerick,* por Johann Seidl. Graz, 1930. Verlagsbuchhandlung "Styria".

6. — *Vida de la Venerable Ana Catalina Emmerick,* por el Padre Carlos E. Schmöger, Redentorista. Friburgo de Brisgovia (Alemania). 1910. B. Herder.

7. — *Neue Lebensbeschreibung der Seherin von Dülmen,* por Anna K. Krane. Colonia.

8. — *Die Wiedergabe Biblischer Ereignisse in den Gesichten der Anna K. Emmerick,* por Mons. L. Richen. Herder.

9. — *La Doulourouse Passion de N. S. Jesus-Crist,* por el abate Cazalés, 26ª edición. París, 1873.

10. — *Der heutige Stand der Anna K. Emmerick. Forschung.* P. Stokmann, S. J. — Stimen der Zeit.

11. — *Vida, Paixao e Glorificaçao do Cordeiro de Deus, segundo as visoes da Anna C. Emmerick. Juiz de Fora.* P. Lelemann, S.V.D.

12. — *Vie d'Anne Catherine Emmerick,* por el padre Carlos E. Schmöger, versión del Canónigo E. de Cazalés, París, 1868.

13. — *Das Leben und Leiden unseres Herrn Jesu Christi und seiner Mutter nach den Gesichten der Anna K. Emmerich,* por K. Büche. Pustet.

14. — *Anna K. Emmerick,* por el Canónigo Francisco Spirago, Praga.

15. — *Vie de la Sainte Vierge*, por E. de Cazalés, París, 1854.

16. — *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. Traducido del francés, 6ª edición. Librería Católica del Amo, Madrid, 1896.

17. — *Leben der heiligen Jungfrau María*, 1916.

18. — *La Conjuration Antichretienne*, por Mons. Henri Delassus, Desclée, De Browver et Cie. Lila, 1910.

19. — *Vie de N. S. Jesus-Christ D'apres las visiones de la Soer Anne-Catherine Emmerick*. París, Castarman, 1860.

20.—*Zur Emmerichfrage*, por el Dr. Hermann Cardauns, Köln, Bachem, 1915.

21. — *Life of Anne Catherine Emmerick*, por el P. Ruland.

22. — *Visions D'Anne Catherine Emmerick sur la vie de Notre Seigneur Jesu-Christ et le tres Sainte Vierge*. Por Fr. Josseph-Alvare Duley. Pierre Tequi. París, 1930.

23. — *Las revelaciones de la pasión y muerte de Jesús*, por Sor Ana Catalina Emmerick, Editorial Difusión, Buenos Aires, 1944.

24. — *Vida de la Santísima Virgen*, versión castellana de Carlos y Simone Rodríguez Pinto y María Luisa Cortabarría. Prólogo de J. B. de Levillier. Espasa Calpe Argentina, S.A., Buenos Aires, 1944.

PROLOGO

Pienso que la publicación de las obras completas de Ana Catalina Emmerick, la dolorida estigmatizada y vidente de Dülmen, tan extraordinariamente favorecida, puede resultar de gran provecho y consuelo en estas horas turbadas porque atraviesa el mundo actual, bajo los tremendos flagelos que merecieron pasados errores como castigo por las gracias rechazadas.

En una reciente encíclica el Santo Padre recomienda empeñosamente a los fieles el estudio asiduo de las Sagradas Letras: la Biblia y los santos Evangelios, donde se realizan y completan las divinas promesas.

Quien se ha familiarizado con las obras escritas bajo el dictado de Ana Catalina Emmerick, no hallará en sus páginas más que nuevos motivos para creer y esperar con esa confianza filial y sencillez ingenua que enseñaba posteriormente Santa Teresita del Niño Jesús, por cuanto los sublimes textos se hallan allí tan felizmente ilustrados, que para nuestra imaginación moderna, a la vez vagabunda y encadenada, colindante con la insanía, en un mundo gastado y marchito, que de todo ha abusado, dichas evocaciones ofrecen un auxiliar admirable para la meditación.

Tal es, por lo menos, el fruto de mi modesta experiencia personal, que señalo por cuanto pueda significar.

Puedo asegurar que cuando me encontraba en Roma, en representación diplomática del Gobierno argentino ante la Santa Sede, muchos personajes de la Curia, entre ellos monseñor Pizzardo, hoy Cardenal, mi venerado amigo, recomendaban el texto de La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, *según las visiones de Ana Catalina, para meditación durante la Semana Santa.*

En la última noche de un año que para mí fué atroz, consigno estas pocas palabras, "cual en su nido gime el pájaro solitario", (sicut nycticorax in domicilio)

DANIEL GARCÍA-MANSILLA.
(Ex Embajador Argentino ante la Santa Sede)

Buenos Aires, diciembre 31 de 1944.

ESTUDIO CRITICO

I. *CARACTER DE LAS VISIONES*

Con profunda veneración escribo estas páginas acerca de las visiones de la monja estigmatizada Ana Catalina Emmerick (*).

Confieso que ninguna obra me ha conmovido tanto, me ha ilustrado tanto, fuera de las Sagradas Escrituras, como las revelaciones de esta mujer distinguida con los dones excepcionales de las criaturas privilegiadas.

Pienso que por designios de Dios, que reserva sus secretos, vuelve a hablarse apasionadamente de estas visiones, después de casi medio siglo de olvido, acaso para renovar motivos de meditación y de fervor en este mundo materializado, insensible y sombrío.

En Ana Catalina se cumple cabalmente la profecía bíblica, donde el Señor dice por boca de Joel: *Derramaré mi espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas: vuestros ancianos soñarán sueños y vuestros jóvenes verán visiones.*

Las revelaciones de Ana Catalina tienen la virtud de avivar el alma adormecida, suscitar deseos de perfección, estimular el amor por las cosas sobrenaturales y despejar el corazón obstruído con tantos años de errores, supersticiones y viscosidades inaprehensibles.

Aunque la visionaria humildemente no les atribuye otro valor que el meramente humano, sus visiones llevan el sello de la divinidad, porque se mueven en la atmósfera milagrosa. Son tan vastas como la historia universal, tan hermosas como la creación, tan seductoras como los misterios de Dios.

La mente del hombre genial no puede imaginar lo que ella ha revelado, porque el limitado espíritu humano no sube a tales alturas ni desciende a tales honduras, en lo visible y en lo invisible.

(*) —La Editorial Guadalupe ha adoptado la forma *Emmerick*, en lugar de Emmerich, por hallarse consignado así el apellido en la fe de bautismo y en el acta de profesión religiosa de Ana Catalina. La *Liga Emmerick*, constituída en Alemania para encausar los trabajos de beatificación de la sierva de Dios, ha resuelto escribir las actas y documentos del proceso, en la Curia y en Roma, con la nueva ortografía.

El espíritu de Ana Catalina lo ve todo, y lo ve todo en presente, como lo ve Dios, porque es Dios quien ve por ella: ve lo que sucedió antes de la creación, durante la creación y después de la creación; ve las armonías de los coros angélicos y la rebelión de Lucifer; ve la formación del primer hombre y el nacimiento de la primera culpa; ve el desarrollo de la humanidad, agobiada bajo el peso inexorable de la caída, a través de los siglos, y ve la promesa de la redención hasta la restauración del orden natural viciado; y ve el decaimiento de la humanidad en la generación de la gracia, la lucha entre el poder de las tinieblas y el poder de la luz, y la nueva restauración en el orden glorioso concebido por Dios.

La vidente nos habla del Paraíso, del Purgatorio y del Infierno con más exactitud que el Dante en *La Divina Comedia;* nos relata la caída de Adán y Eva con más ciencia que Milton en *El Paraíso Perdido;* nos descubre las artimañas del diablo con más sentido que Goethe en *Fausto;* nos muestra la vileza del corazón humano con más realidad que Víctor Hugo en *Los Miserables;* nos presenta un análisis del alma más atormentador que el de las obras de Dostojenskij; y nos deleita con más dulzura y emoción que los mejores poemas pastoriles y novelas idílicas de todos los tiempos.

Supera en extensión y profundidad a las revelaciones de santa Hildegarda, santa Matilde, santa Gertrudis y Teresa Neumann, la estigmatizada de nuestros tiempos.

Ella confirma y complementa lo que han dicho los santos y los doctores, traspasa los conocimientos del común saber, se sumerge en la contemplación del mundo elevado, mucho más allá de lo que puede alcanzar la sabiduría humana. Por eso lo que ella revela, si no fuera ciencia humana, sería ciencia divina o ciencia diabólica; mas como todo tiende a la glorificación de Dios y a la condenación del Diablo, su ciencia es ciencia divina.

Y como la meditación de estos escritos no produce mal, sino bien; no aleja de Dios, sino acerca a Él; no inclina hacia el mundo, sino hacia el Cielo: se deduce, de su atento examen, que están inspirados por Dios. Este es, a mi juicio, el mejor argumento del carácter divino de las visiones.

Porque una pobre mujer, como la monja de Dülmen, de menguada ilustración, que sólo conocía la historia sagrada a través de una edición popular, que no ha frecuentado la universidad ni ha tenido maestros eminentes, que ha permanecido casi toda su vida postrada en cama aquejada por indecibles dolores, que nació en una aldea que apenas conocía a causa de su exis-

tencia retraída y piadosa: por sólo humano poder no pudo hacer lo que hizo, ni por sólo humano saber no pudo decir lo que dijo. Esta mujer no podía saber lo que los apóstoles por infusión del Espíritu Santo supieron; ni obrar lo que los santos por divina inspiración obraron; ni entender la ciencia profana como el magnetismo, ni la ciencia sagrada como la teología; ni conocer de la historia los sucesos y nombres desconocidos, ni de la geografía la toponimia ya extinguida, ni menos saber de arqueología, de idiomas, de razas, de tribus, de tradiciones arcaicas, de meteorología, ni de los tres reinos, ni de los cuatro elementos, ni de los astros y constelaciones.

Si no admitiéramos aquí el soplo del Espíritu Santo, no podríamos concebir que una aldeana, martirizada por los sufrimientos, nos hablara, como nos habla, con tanta erudición, ortodoxia y delicadeza, del Paraíso terrenal, del proceso de la Redención, de Melquisedec, de la casta de los esenios; ni aportar datos tan precisos del templo de Jerusalén y lugares de predicación de los apóstoles y discípulos de Jesús, ni explicar los símbolos litúrgicos con tanta sencillez y elevación como no lo han hecho los exégetas ni los historiadores sagrados.

¿Eran vanas esas visiones? ¿Eran sueños ilusorios? Cuando tales visiones y sueños reviven la historia universal, descubriendo episodios verídicos, ampliados con detalles ignorados, pero verosímiles; dando los nombres exactos de pueblos desaparecidos o existentes; relatando la vida de personajes de la antigüedad; describiendo escenas sagradas desconocidas aunque posibles, con seguridad y lógica, sin alardes, llorando cuando el cuadro que presencia es triste, alegrándose cuando es jubiloso, con simplicidad infantil, despojándose de todo mérito personal, porque todo lo atribuye a Dios, sin esperanzas de beneficios terrenales, y, a pesar de todo, atribuyendo valor puramente humano a lo que dice, en cuanto que ella es sólo vehículo, aunque describe el más excelso drama de la historia: el sentido común proclama claramente a la razón y a la fe que todo esto es verdad.

¿Qué otro signo de veracidad es menester, superior al efecto saludable, ennoblecedor, que produce en las almas la lectura de estas revelaciones? Lo que hace bien, es bueno; lo que incita a la virtud, es santo; lo que mueve hacia Dios, no puede ser sino de Dios.

Si se hubieran reunido, para ponerse de acuerdo, los más calificados escritores, poetas, historiadores, geógrafos, arqueólogos, astrónomos, teólogos y exégetas, no hubieran logrado rea-

lizar una reconstrucción de la historia antigua y moderna, ni nos hubieran dado una descripción y explicación de la vida, pasión y muerte del Redentor más lógica, más noble ni más perfecta que las que nos presenta Ana Catalina Emmerick a través de sus contemplaciones.

El carácter de sus visiones es de tal índole, que, al describirlas, aunque se traten de cosas abstractas, la vidente lo hace por medio de imágenes concretas, accesibles generalmente a la común comprensión.

Ve una imagen de la Santísima Trinidad, el magno misterio católico, y, al verla, conoce de manera inefable la vinculación eterna de las tres divinas Personas. Ve a la Virgen y a los coros angélicos, y explica sus jerarquías y el sentido de sus movimientos armoniosos. Ve la rebelión de los ángeles y define, en términos incomparables, el proceso tenebroso de la degradación, y nos da, por primera vez, la noción de los espíritus que tuvieron un principio de arrepentimiento, esparcidos en el espacio, que serán juzgados al fin del mundo.

Ve el Sol, la Luna, los planetas y los meteoros, y los describe con detalles que superan los conocimientos astronómicos respecto de su estructura y de la naturaleza de sus habitantes.

Ve la magnificencia primitiva del orden natural creado, la belleza y la potencia del primer hombre, y explica admirablemente el origen de la primera culpa, la sustancia del pecado, el oscurecimiento del cuerpo y del alma humanos, y, análogamente, el desorden iniciado en la naturaleza caída.

Jamás he leído nada tan preciso, tan correcto, tan accesible al entendimiento y conforme a la fe, y, al mismo tiempo, tan maravilloso, como el relato de la creación de Adán y Eva, con el conocimiento que la vidente recibe de los movimientos iniciales de la culpa y de la creciente malicia que surge de la mujer hasta caer en la tentación. Aquí he hallado la explicación satisfactoria de la sucesión del pecado de Adán a todo el linaje humano, con la raíz y los brotes, renovados constantemente, de los frutos viciosos que produjo en nuestros primeros padres y que heredaron todos los hombres, en quienes se extendió y deformó gradualmente. De luminoso como era el hombre, se tornó oscuro por fuera y por dentro, quedando expuesto a la influencia maligna de los ángeles, como él caídos; y al mismo tiempo se oscurecieron y degeneraron los animales y las plantas que lo rodeaban.

Ve a los patriarcas y a los profetas, relata las circunstancias principales de sus obras y la significación de sus actos;

completando detalles inconclusos del sagrado texto, como, por ejemplo, la misión de Melquisedec, el personaje misterioso a quien Abrahán reverenció como a mensajero angélico, destinado para fundar ciudades y prefigurar la consagración de la Eucaristía en el primer sacrificio de pan y vino.

Describe el Purgatorio, con los padecimientos de las almas penitentes, según los pecados, y nos trasmite la premura de sufragar por estas almas, que no pueden valerse por si mismas; conforme con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que dice: "La oración por los difuntos es más agradable a los ojos de Dios que la que se ofrece por los vivos, porque aquéllos tienen una grandísima necesidad y no pueden socorrerse a sí mismos como los vivos".

Estando cierta vez en el Purgatorio, separada de su conductor por una montaña infranqueable, a través de la cual lo veía, experimentó tan vivo deseo de encontrarse a su lado, que casi perdió el conocimiento. "Ese vivo deseo que tú sientes, lo sienten las almas para que las socorran", díjole el ángel.

"Lléname de espanto —comenta luego ella— el horrible abandono y el desperdicio que se hacen de las gracias de la Iglesia que en tal abundancia son ofrecidas a los hombres y que éstos tan poco aprecian, mientras que las pobres almas las anhelan y desfallecen a causa del deseo que tienen de ellas".

Ve el Infierno con sus horrores, el limbo de los justos con sus esferas, los premios de la vida futura, la gloria de los santos. Ve el descendimiento de Jesús a las regiones tenebrosas, después de su expiración en la cruz, el rescate de los justos y el encuentro con Adán y Eva en la región neblinosa donde aguardaban ardientemente el instante de la redención.

Ve la Iglesia triunfante, la purgante y la militante; explica la perfección de la primera y la imperfección de la tercera, la suplencia de la Iglesia celestial sobre las faltas de la terrenal, y lo aclara con imágenes de la manera más satisfactoria posible.

Define la oración por su sentido, sus grados, sus efectos, su eficacia con la distribución de los méritos, y muestra maravillosamente la vinculación existente entre las plegarias y las obras de los ángeles con la comunión de los santos en el cielo y en la tierra.

Ve los trabajos de la Iglesia Católica, las actividades del clero y de los fieles; se comunica espiritualmente con el Sumo Pontífice y lo asiste en sus tribulaciones. Ve las maquinaciones de las sociedades secretas y de las sectas protestantes, que trabajan activamente para demoler la nave de Pedro; ve su demo-

lición gradual y su restauración parcial; y milagrosamente ora, viaja, sufre y expía por las necesidades de la Iglesia, por el fortalecimiento del Papa y por la debilidad e infidelidad de los cristianos.

Ve los movimientos de los cismas y de las instituciones heréticas, sus triunfos y sus derrotas, con particulares elementos que en ellas intervienen; ve la difusión de las doctrinas racionalistas y positivistas, cómo se inician y se desarrollan, y las peligrosas consecuencias de la falsa ciencia, de la escuela laica. de los matrimonios mixtos, de la excesiva libertad y de las prácticas perversas.

Ve los pecados humanos y su contenido; a los que se obstinan y a los que se arrepienten y enmiendan. Participa con oraciones y actos en la conversión de pecadores, en la reconciliación de discordias, en la rectificación de confesiones mal hechas.

La contemplación en tiempo presente de sucesos pretéritos, nos hace pensar en la supervivencia de las cosas: todo lo que ha sucedido permanece en alguna parte y acaso volverá a reproducirse alguna vez para honra de los buenos y vergüenza de los malos. Sin duda consolará a unos y espantará a otros la consideración de que todo lo que se ha hecho, a la luz o a la sombra, subsiste, y un día será exhibido.

Otro aspecto de Ana Catalina se manifiesta en los numerosos viajes que realiza, pocas veces corporales, por el don de la bilocación, la mayoría de las veces espirituales, a regiones terrenas o extraterrenas, en el orden primero a todos los pueblos de la tierra, principalmente a Europa y Palestina, al Asia y al Africa, y, ligeramente, a la América.

Sus viajes son más atractivos que los imaginados por los novelistas, los cuales, con ser irreales, no tienen tampoco la universalidad y la significación que los que realiza Ana Catalina. A la visión se añade, en éstos, la verdad: son espirituales, pero son verdaderos, mientras aquéllos, a lo sumo, podrán ser verosímiles.

Explica el fin de estos viajes, siempre realizados en compañía de su Angel Custodio, que la guía e instruye, y a quien obedece con fidelidad. Marcha sobre mares, montañas, desiertos; intérnase bajo tierra, en las catacumbas romanas, en los sepulcros egipcios, en los modernos túneles, cuyas características describe. En sus múltiples vuelos a Tierra Santa describe al Belén antiguo y al Belén moderno, estableciendo sus cambios, con más seguridad de lo que podría describir su pueblo natal, según su declaración. Destácase entre estas excursiones

la que hace a Abisinia, orientada por el alma de una anciana hebrea convertida, quien le muestra una comunidad que seguía la tradición más o menos pura de Israel, donde conoce a una mujer extraordinaria destinada a ejecutar grandes obras en favor de su pueblo, y a quien induce a la conversión. La pintura del paraje, de los edificios, de la arquitectura, de los pobladores y de las costumbres resulta sencillamente sorprendente.

Admirable es la visión del Monte de los Profetas, lugar inaccesible, en la cumbre del Tibet, adonde llega la visionaria después de atravesar la India y de hablar de su flora y de su fauna: maravilloso paraje, delicado y ensoñador, donde halla un solo habitante, el profeta Elías, al parecer, junto al carro que lo arrebató por los aires, que ordena en su tienda el archivo de los conocimientos trasmitidos por el ministerio de los ángeles, y separa los libros malos de los buenos, a la espera de los últimos tiempos. Dice que las aguas que desde allí descienden dando origen al sagrado río del Ganges, son las que antes habían caído, por la evaporación, del Paraíso terrenal, ubicado en el espacio. La imaginación se exalta ante la magnificencia del lugar, se transporta desde el Génesis hasta los maravillosos arcanos de Dios que algún día conoceremos.

Más admirable resulta todavía la visión vagarosa del Paraíso terrenal, que la vidente sitúa en lugar extraterreno, sobre el Monte de los Profetas, y vinculado con éste. Describe en el Edén la notable disposición de los árboles y de los ríos, la hermosura de los animales en su pureza primitiva, la muchedumbre y variedad de las flores, de los pájaros y de los reptiles. Entre éstos se detiene minuciosamente en uno, de cuatro extremidades cortas, que adquiere la estatura de un niño al pararse en las posteriores, de cuerpo elástico y apariencia graciosa, que acompaña frecuentemente a Eva, y del cual el diablo se posesiona: la serpiente que, más tarde, condenada por Dios a arrastrarse sobre su pecho, pierde las extremidades y se torna viscosa. Ve, además, junto a la muralla de las aguas cristalinas, a dos santos guardianes, como adormecidos sobre un césped de incomparable suavidad y colorido.

Muchas veces contempla sucesos cuando éstos se están produciendo, en su país o en el extranjero. Otras veces los ve en futuro, cuyo sentido sólo conoce cuando se lo explica su conductor, en lo que se comprueba que ella no es más que un mensajero. Entre las visiones proféticas están el auge del liberalismo, el decaimiento de la fe, la maldad enseñoreándose en diversos países. Ve ángeles distribuyendo plagas por doquiera:

guerras, hambre, peste, convulsiones políticas. Ve en rápida visión a España, tierra de héroes y de santos, humillada y menoscabada. Ve a la triste Italia destrozada y a París destruído, y ve una cinta roja en torno de Alemania.

Las visiones se remontan a los años inmediatos venideros, a las grandes persecuciones profetizadas para los tiempos finales, con nuevos y copiosos mártires, con la desolación de la tierra, como jamás estuvo, y con la misma Bestia del mar señalada con pormenores que no figuran en el *Apocalipsis*. Ve a los miembros de las sociedades tenebrosas colaborando en la obra demoledora del Anticristo; y ve la derrota del monstruo, el triunfo de la Virgen y la restauración de todas las cosas con más lozano esplendor que nunca.

Otra fase original de las visiones se observa en la actividad que desarrolla la vidente durante sus éxtasis. Mientras los cuadros desfilan bajo sus místicos ojos, ella no permanece pasiva, no se limita a ver y a contar; sino que tiene activa participación en lo que presencia. Interviene decididamente en muchas escenas, que adquieren de este modo un nuevo carácter, sólo explicable sobrenaturalmente por la comunión de los fieles. En esto difiere también de otras santas visionarias.

Cuando era pequeña veía al niño Juan Bautista y jugaba con él. En la gruta de Belén ayudaba a la Virgen María y alzó al divino Infante varias veces en brazos. En la visión del escritor agonizante, tentado por el demonio, le asiste para confesarse bien. Impide que una joven deshonrada arroje en una ciénaga a su hijo recién nacido. Evita que un ladrón logre consumar su robo. Ayuda a evadirse de Sicilia al infeliz integrante de una banda de malhechores que deseaba enmendarse. Libra del naufragio a varios tripulantes y hace tornar a la casa paterna al joven que la había abandonado. Sufre indeciblemente al presenciar el sacrilegio en una iglesia. Coopera con ciertas almas del Purgatorio llevándoles la pesada carga de sus expiaciones. Cuando trabaja en la viña, se cansa y lastima limpiando, escardando y transportando fardos, y al despertarse, en su lecho, experimenta las fatigas verdaderas de la jornada y aparecen en su cuerpo señales de rasguños y caídas sufridas visionariamente.

Al regresar de sus viajes espirituales y verse en cama, piensa, consternada, que ha sido en vano lo que ha hecho, y exclama: "Cuando estoy viajando o ayudando a alguno, todo me parece natural y verdadero. Mas he aquí que me hallo enferma, en mísero estado, dentro de casa". Y el ángel le responde, ilus-

trándola con admirable teología: "Todo lo que se desea hacer y padecer de corazón, por Jesucristo, en favor de la Iglesia y del prójimo, se hace y se padece realmente en la oración".

Muchas veces cargó con las tribulaciones y enfermedades de otras personas, que no tenían paciencia para soportarlas. Tosía y padecía dolencias corporales por quienes llevaba estos males, de los cuales los enfermos se veían libres cuando ella los tomaba.

Durante la pasión de Jesucristo se reproducían en su cuerpo y alma los sufrimientos del Redentor: sentíase azotada, cargaba con la cruz a cuestas, sus manos y sus pies eran horadados por los clavos, su costado alanceado, su cuerpo izado en el leño, y padecía los espasmos agónicos del Hijo de Dios.

II. *RASGOS SOBRESALIENTES*

Dice Jesús en los Evangelios: *Nada hay oculto que no deba ser descubierto, ni escondido que no haya de ser conocido y publicado.*

Fué el mismo Señor quien ordenó a Ana Catalina que dictara sus visiones, cuando juzgó, para bien de las almas, que muchas cosas escondidas debían ser descubiertas.

No ha habido nadie que tuviera como ella tantas visiones ni de tal naturaleza, según su propia confesión: "He conocido que nunca ha visto nadie estas cosas en el grado y medida en que yo las he visto, y que no son mías, sino de la Iglesia".

Así se explica que en sus revelaciones haya cosas enteramente desconocidas por nosotros, extraordinarias por su trascendencia, que habíamos deseado conocer vivamente y no podíamos; porque no hay sincero amante de Jesús que no anhele saber mayores detalles de su vida, de la que tan sobriamente nos hablan los Evangelios.

Las más importantes contemplaciones se refieren a la vida de Jesús y de la Virgen. Son extensas, minuciosas, llenas de pormenores preciosos, circunstancias encantadoras, que tienen el detallismo y la precisión que reclaman los presentes tiempos analíticos.

A través de estas biografías completas conocemos a los antepasados de la Virgen, a San Joaquín y a Santa Ana, a la comunidad de los esenios, que vivían en el desierto, dedicados al pastoreo, llevando un régimen ascético, muchos en celibato voluntario, en la expectativa de que surgiera entre ellos el Salvador prometido. Las particularidades de los padres de María, sus virtudes, dolorosas ansiedades, separación y encuentro en

el templo de Jerusalén; el recibimiento por San Joaquín del don sagrado trasmitido desde Abrahán a los vasos de selección; la concepción inmaculada de María, su nacimiento, infancia y gracia cautivadora, su ingreso en la congregación de las niñas vírgenes, sus actividades, vestidos, modales, peculiaridades adorables, su desposorio con San José, después de la providencial elección: están realizados con vivacidad, realismo y circunspección, que le conceden, al mismo tiempo, fuerza de verdad y emoción de gracia divina.

Las visiones prosiguen con la vida del Patriarca, poniendo de relieve sus oraciones, mortificaciones, mansedumbres y esperanzas. La vidente habla de la casa de Nazaret, que describe exterior e interiormente; del cariño y apoyo que Ana presta al santo matrimonio. Se refiere inefablemente a la anunciación del arcángel Gabriel, a la aceptación de la sierva elegida y al aplastamiento simbólico de la cabeza de la serpiente, predicho en el Génesis. Muestra los muebles de la pieza y la disposición de María en el momento de la gloriosa anunciación. La Virgen contaba poco más de catorce años cuando tuvo lugar la encarnación del Verbo.

El texto evangélico se refiere parcamente a la Virgen María, para mejor realzar la divinidad de Jesucristo. La tradición le ha conferido, empero, el lugar excelso que ocupa en la Iglesia. Pocos pasajes tan tiernos como el viaje que emprendieron los santos esposos a Belén, con motivo del empadronamiento, las privaciones y desaires que sufrieron en el camino y en la misma Belén, la angustia del Patriarca al no encontrar albergue para la gravidez y fatiga de María, su decisión final de refugiarse en la gruta, que conocía desde su mocedad, descripta en los menores detalles.

Nunca he leído nada tan conmovedor como el preludio del nacimiento del Redentor del mundo, los dulces afanes de la Madre, la visita de los pastores y la adoración de los Reyes Magos. Acerca de los príncipes orientales nos descubre la vidente aspectos sugestivos: su procedencia, sus estudios astronómicos, la tradición secular existente en sus dinastías del nacimiento del Salvador, la aparición del meteoro con la doncella y el Niño, el encuentro de los reyes cerca de una ciudad en ruinas, el séquito numeroso, los riquísimos presentes que llevaban a Judea, la afabilidad de los monarcas con sus familiares, su alegre magnanimidad, el viaje de veinticinco días a través del desierto, las zozobras en Jerusalén al desaparecer la estrella orientadora y al enterarse que se ignoraba el nacimiento del

Rey de los judíos, la entrevista con Herodes, la reaparición de la estrella y su seguimiento hasta que se posara encima de la gruta. La entrada de los monarcas con sus vestiduras religiosas, la prosternación frente al Niño a quien ofrecen sus presentes con palabras candorosas y amorosas, como asimismo la ternura y gratitud que demuestra la Madre de Dios ante el homenaje, están descriptos con tal sencillez y viveza que el lector no puede menos de sentir con admiración que allí se reproduce fielmente aquella hermosa apoteosis milenaria.

Ana Catalina se enternece al ver a los Magos que han hecho tan largo viaje para agasajar al Rey de los reyes anhelado, y exclama: "¡Oh, qué felices se sentían de adorar al Niño Rey aquellos buenos hombres venidos de Oriente! Viendo esto me decía a mí misma: Sus corazones son puros y sin mancha, llenos de ternura e inocencia, como corazones de niños piadosos. No hay nada violento en ellos, y, sin embargo, están llenos de fuego y de amor".

Acerca de la degollación de los inocentes nos dice que muchas madres, engañadas por los emisarios de Herodes, habían llevado sus hijos al lugar de la ejecución. El viaje a Egipto tiene capítulos inolvidables, entre otros, las privaciones de la Sagrada Familia en el desierto, el extravío y orientación en la montaña abrupta por medio de animales salvajes; el alojamiento en la cabaña de los bandidos, donde cura de la lepra el niño que se lava con el agua donde Jesús se ha bañado; el derrumbamiento de los ídolos en la ciudad egipcia de Heliópolis; las persecuciones de que son objeto por los idólatras; los trabajos y actividades religiosas de San José, ayudado por el Niño; los quehaceres del divino Infante, su acompañamiento con niños residentes y sus amarguras al ver la depravación en que vivían muchos israelitas del lugar.

Más adelante relata el regreso a Nazaret y la participación de la Virgen en la vida de Jesús: el conocimiento secreto que tenía, aunque velado, de la divinidad de su Hijo, y su corredención en la pasión. Jesús la distinguía preferentemente y le había presentado a sus discípulos. Ella los recibía en su corazón y poco a poco los tomaba como hijos propios, uniéndolos en sus plegarias y en sus bendiciones, como la Madre espiritual, tierna y santa, que más tarde se manifestó al mundo. Después de la Ascensión vivió en Efeso, donde fundó el *Via crucis* con estaciones de piedra que conducían a un montículo detrás del cual había una tumba. Con cálida emoción está referida la llegada de los apóstoles al lecho de muerte, el entierro, la nube mila-

grosa que se cierne sobre el sepulcro, y el descubrimiento, la misma noche, a la llegada de Santo Tomás, de que el santo cuerpo había desaparecido. La descripción de la Asunción está hecha con trazos inspirados: de otro modo no se hubiera podido expresar este misterio gozoso que la Cristiandad admite por tradición, aunque todavía no esté definido dogmáticamente.

Lo más importante de las revelaciones está en la vida de Jesucristo. Allí figura todo lo que con rara sobriedad relatan los cuatro Evangelistas, y mucho más. Hay pasajes, que en el sagrado texto aparecen incompletos u oscuros; pormenores de las actividades del Señor. como sus vinculaciones juveniles antes de la predicación pública; sus viajes, a Egipto para recorrer los lugares que había conocido en su infancia con sus padres, y a Oriente, para devolver la visita a los Reyes Magos, adoctrinarlos y anunciarles el bautismo que más tarde habrían de llevarles los discípulos.

Hay numerosos milagros no consignados en los Evangelios, que no podrían contenerlos todos, porque sus autores tampoco los conocían; como, por ejemplo, la conversión curiosa de un rabino judío, la reproducción de la imagen de Jesús en el boj enviado al rey Abgar, la doble resurrección de la hija de Jairo, las curaciones del niño lunático y de la mujer erotomaníaca. Hay muchos detalles ilustrativos de la conversión definitiva de María Magdalena. Lázaro ocupa un lugar destacado en las visiones del Nuevo Testamento. Jesús lo estimaba por sus virtudes y era de los pocos a quienes abrazaba al saludar. Lázaro era "'alto, suave, severo, muy silencioso y modesto" Era riquísimo y magnánimo y el que ordinariamente proveía a los gastos de la comunidad. Su resurrección está pintada con impresionante dramaticidad. Hacía ocho días que había fallecido, cuatro insepulto y cuatro sepulto. Había ido al limbo y comunicado a un círculo de almas justas el punto de la redención en que se hallaba Jesús. Recibió, antes que los apóstoles, los siete dones del Espíritu Santo, porque había conocido muchos secretos de ultratumba y porque era él mismo un símbolo de grandes misterios.

Están descriptas las ciudades palestinenses y los lugares por donde el Señor predicaba, con detalles singulares; están señalados los caracteres de las personas que intervienen, sus vestidos y costumbres; están denunciados los estados de ánimo de los fariseos y saduceos, y la disposición espiritual de los paganos, de los pobres y de los enfermos a quienes Jesús atiende, y al mismo tiempo enunciados los nombres de figuras evangé-

licas a quienes la vidente menciona como quien se halla familiarizado con ellas, por ejemplo, el de Lea, la mujer que había exclamado: "¡Bienaventurado el seno que te llevó!"

Se halla extensamente relatado el viaje de Jesús a Chipre: la disposición de las embarcaciones; la visita a la casa de Bernabé, en Quitro; la recepción del gobernador de Salamina; la predicación a los judíos y paganos residentes; la conversión de quinientos setenta, a los que más tarde aludiría en parábolas cuando se refiriese "al Señor que va a tomar posesión de un reino extraño", que son los gentiles.

Los pasajes más culminantes de la redención constituyen los sucesos de la última Cena, la agonía en el Huerto de los Olivos, el proceso judicial ante Anás, Caifás, Herodes y Pilatos, el camino al Calvario en medio de la turbamulta, el enclavamiento y la crucifixión. Tal vez quiso Dios que muchos detalles del Cenáculo y del Huerto permanecieran ocultos hasta estos tiempos, en que la lectura renovada de la Pasión, con el descubrimiento de fases conmovedoras, contribuyeran a enfervorizar las almas de un mundo donde la piedad se había notablemente disipado.

Los movimientos minuciosos y solemnes realizados por Jesús durante la última Cena son, al parecer, los mismos que más tarde imitaron los sacerdotes para celebrar el sacrificio de la Misa. La agonía en la gruta de los Olivos es una de las pinturas más escalofriantes. A través de ella apreciamos la gravedad del pecado y la extensión de los sufrimientos de Jesús, que expió como Dios y como hombre, por los pecados de todos, desde Adán hasta el último hombre, por los que se salvan y por los que se condenan. Frente a las imágenes de los delitos que desfilan ante los ojos del Salvador, dice la vidente que era inexpresable "el dolor y el espanto que sobresaltaron el alma de Jesús a la vista de estas terribles expiaciones". Y añade admirablemente: "Me pareció que la voluntad divina del Hijo se retiraba hacia el Padre, para dejar caer sobre su humanidad todos los padecimientos que la voluntad humana de Jesús pedía a su Padre que alejara de Él".

He aquí los más relevantes pormenores, dolorosos y preciosos, revelados por Ana Catalina: el cordero pascual fué herido por el Señor en la habitación principal del Cenáculo; al acercarse Jesús a Pedro para lavarle los pies, dijo a los demás apóstoles: "Cuando Yo me vaya, él ocupará mi lugar"; después de la distribución del cáliz, Judas salió ya poseído por el demonio; apareció la luna sobre la montaña cuando el Señor y

los once apóstoles salieron en dirección al Monte de los Olivos; el Huerto de los Olivos estaba separado por un sendero del Jardín de Getsemaní, donde aguardaban, durante la agonía, los ocho restantes; la gruta donde el Señor padeció la horrorosa agonía había servido de refugio a Adán y Eva después del pecado; los veinte soldados que acompañaban a Judas y a los fariseos, caídos en tierra al oír la voz de Jesús, se convirtieron más tarde; el Señor, preso y maniatado, al cruzar el puente del Cedrón, fué arrojado al río, hiriéndose y dejando impresas sus sagradas huellas sobre las piedras apenas cubiertas por las aguas; antes de llegar al palacio de Anás, un soldado, compadecido, le desató las manos para que no se hiriera al caer, y otro le dió de beber; un ministro del pontífice abofeteó al Salvador con un guante de hierro, haciendo sangrar la santa faz; Anás envió a Jesús a casa de Caifás con un cetro de caña de cuyo extremo pendía una calabacita que contenía absurdas acusaciones escritas; Pilatos había dado prenda a Claudia Prócula su mujer, de que no condenaría a Jesús, y después de haber claudicado cobardemente, aquélla huyó y se hizo cristiana; la práctica del *Via crucis* fué iniciada por María Santísima la misma tarde del viernes, al recorrer piadosamente los lugares por donde había padecido su divino Hijo; un extranjero, apiadado ante la cruel flagelación en la columna, en un arranque de coraje detuvo los azotes y cortó las correas que sujetaban al Señor; antes de cargarla sobre sus hombres, Jesús abrazó y besó su cruz; los dos ladrones condenados a muerte iban detrás del Redentor llevando solamente las traveseras de sus cruces; acompañaba a la Verónica, en el momento de enjugar el divino rostro, una niña de nueve años que ofreció a Jesús un vino aromatizado, que los alguaciles no le permitieron beber; al despojarle de sus vestiduras en el Calvario, le arrancaron violentamente la corona de espinas para poder sacarle la túnica inconsútil; mientras clavaban cada mano del Señor en la cruz un alguacil apoyaba la rodilla en el divino pecho; como los pies no alcanzaran a la tabla donde debían apoyarse, estiraron con cuerdas las sagradas piernas, descoyuntándolas y haciendo crujir el pecho del Redentor; el pie izquierdo fué atado sobre el derecho y ambos clavados con treinta martillazos; al poner brutalmente el madero en el hoyo el Crucificado padeció horriblemente, y la dolorosa exaltación fué presenciada por la Virgen y las santas mujeres; en el momento de expirar el Salvador, partióse en dos la roca que había entre su cruz y la del mal ladrón; resucitaron varios muertos y el profeta Jeremías se apareció en el tem-

plo anunciando el fin del antiguo sacrificio y el comienzo del nuevo; antes de sepultar a Jesús los circunstantes contemplaron, maravillados, que en el lienzo se había reproducido milagrosamente la imagen del divino Cuerpo con las sagradas heridas.

Al describir la exaltación de la cruz sobre el Gólgota, dice: "Fué un espectáculo horrible ver, en medio de los gritos e insultos de los verdugos, a la cruz vacilar un instante sobre su base y hundirse temblando en la tierra; mas también se elevaron a ella voces piadosas y compasivas. Las voces más santas del mundo, las de las santas mujeres y de todos aquéllos que tenían el corazón puro, saludaron con acento doloroso al Verbo humanado elevado sobre la cruz. Sus manos vacilantes se alzaron para socorrerlo; pero cuando la cruz se hundió en el hoyo de la roca con grande estruendo, hubo un momento de silencio solemne: todo el mundo parecía penetrado de una sensación desconocida hasta entonces. El Infierno mismo se estremeció de terror al sentir el golpe de la cruz que se hundió, y redobló sus esfuerzos contra ella. Las almas encerradas en el limbo lo oyeron con alegría llena de esperanza: para ellas era el anuncio del Triunfador que se acercaba a las puertas de la redención".

Relata con vigor el estremecimiento del mundo cuando expiraba el Redentor; el rápido eclipse solar; los muertos que aparecen en casa de sus parientes; la compunción de Abenadar, el centurión árabe que reconoce a Cristo y abandona su cargo; el lanzazo brutal de Casio atravesando el pecho de Jesús cuando quebraban las piernas de los ladrones, y la curación de su vista al recibir el chorro de agua y sangre; el piadoso descendimiento de la cruz y la atención enternecedora de la Virgen que arranca una por una las espinas clavadas en las sienes de su Hijo; el embalsamamiento del cadáver, la sepultura y la custodia bajo la vigilancia de Casio, cuyos ojos se han abierto a la fe y ha recogido en un frasco la divina sangre.

Están descriptos los rasgos fisonómicos de Jesús y de María. A través de esta pintura moderna observamos la majestad del Señor, la disposición adorable de sus facciones, algunas peculiaridades de su humano carácter, donde despuntáse, empero. la naturaleza divina. La imagen de la Virgen está realizada con suavidad, como algo perfecto, delicado, al mismo tiempo sereno y fuerte. No así María Magdalena, quien, a pesar de su rara belleza. presenta el aire de desesperación propio de un temperamento humano todavía imperfecto. San Juan Bautista está retratado con vigor y singularidad; aquí comprendemos mejor la magna misión del hombre a quien Cristo llamó el más grande de

los profetas: su niñez solitaria, su juventud austera, su inocencia infantil, su temperamento denodado, su reconocimiento sobrenatural de la divinidad de Cristo, a quien sólo había visto dos o tres veces y a quien preparó cuidadosamente el sitio bautismal, en el mismo espacio del Jordán por donde los israelitas habían cruzado el Arca de la Alianza. Los apóstoles están señalados con sus rasgos principales. Jesús probó tantas veces a Pedro y le hizo padecer vergüenza y humillaciones, con sus errores y claudicaciones, para fortalecer su fe en Él sólo. Aquí se aprecia la progresiva preparación de los apóstoles y de los discípulos acerca del verdadero Mesías y del Pan bajado del cielo que habían de comer.

A veces, en medio de sus éxtasis visionarios, Ana Catalina se interrumpía repentinamente para contemplar una escena completamente distinta, que tenía, empero, vinculación con la que presenciaba. Cuando relata la permanencia de la Sagrada Familia en Maratea, Egipto, que llega a una fuente cegada, hace una disgresión para añadir que allí habíase detenido Job para ofrecer holocaustos. Cuando describe la flagelación de Jesús en la columna, en medio de los acerbos dolores que se reflejan vívidamente en su cuerpo, antes de pasar a la coronación de espinas, la vidente se transforma de improviso, reanimándose, porque ha visto a San José niño que jubilosamente la convida a apartar sus ojos de la penosa coronación, para jugar, rezar e internarse con él en la gruta del pesebre, donde nació el Redentor y donde mucho antes el Patriarca se había ocultado escapando de sus hermanos.

Entre otros conocimientos inefables del descendimiento de Jesús a los infiernos, para rescatar las almas de los justos recluídas en el limbo, nos muestra su recorrida triunfal hasta la boca del espantoso antro, y, su regreso al sepulcro, para enseñar a los patriarcas las llagas de su Cuerpo, al que los ángeles reintegran piadosamente los fragmentos de carne desprendidos durante el suplicio, escena que los patriarcas siguen con piedad y adoración.

La vidente refiere íntegramente la vida de Casio. llamado Longinos, su conversión y martirio con dos compañeros; la de José de Arimatea, su prisión, evasión milagrosa y muerte con cuarenta mártires, y la del centurión Abenadar que en el momento de la expiración reconoció que Jesús era verdaderamente Hijo de Dios.

En cierta ocasión que Ana Catalina hablaba del Santísimo Sacramento, entristecida, en medio de sus dolores, por la distracción con que algunos sacerdotes celebran la Misa, tuvo una

revelación singularísima. Después de conocer el significado del santo Sacrificio celebrado en el altar sobre las reliquias de los santos, nos descubre que el sacrificio de la Cruz se consumó sobre los huesos del primer hombre.

"Vi los huesos de Adán descansar en el monte Calvario y por cierto algo sobre el nivel del mar, exactamente debajo del lugar donde Cristo fué crucificado. Miré dentro de una cueva y vi el esqueleto de Adán. Vi que las aguas del diluvio habían dejado intacto este sepulcro; que Noé tenía en el arca parte de esos huesos, que los puso en el altar cuando ofreció el primer sacrificio, como después hizo Abrahán, y que los huesos que éste colocaba en el altar eran los mismos de Adán, recibidos de Sem. Así, la muerte de Jesucristo en el Calvario, sobre los huesos de Adán, es una significación de la santa Misa, que se celebra sobre las reliquias que están en el ara del altar. Los sacrificios de los primeros patriarcas eran una preparación de este sacrificio de la Misa. Mediante los huesos que los patriarcas ponían sobre el altar, recordaban a Dios sus promesas".

Tanto estas revelaciones, como un sinnúmero de milagros de Jesús, evidencian la misión extraordinaria que Dios quiso dar a esta humilde sierva para nuestro conocimiento y consuelo. Sería una temeridad negar que el Señor haya hecho más obras y milagros de lo que consignan las Sagradas Escrituras, porque el mismo San Juan Evangelista da testimonio de esto al final de su Evangelio: *Jesús hizo también muchas otras cosas: si se quisiera ponerlas por escrito, una por una, creo que el mundo no bastaría para contener los libros que se podrían escribir.*

III. *VIDA Y MISION*

Sólo a un vaso de selección podía el Señor descorrer el velo de sus altos misterios. Ana Catalina fué mujer predestinada desde su nacimiento hasta su muerte. No sólo fué un ser privilegiado por sus visiones: lo fué también por su vida extraordinaria.

Nació el día de la natividad de la Virgen, de quien iba a ser insigne imitadora: el 8 de setiembre de 1774. Fué bautizada el mismo día en la aldea de Flamske, diócesis de Münster; y ya gozaba de la singular prerrogativa, a semejanza de la Madre de Dios, de conocer las cosas sensibles: sabía que la llevaban a bautizar, que su bondadosa madre le daba el pecho, que la tuvieron en brazos tres ancianas antipáticas; veía la granja y el camino que conduce a la parroquia. Sus ojos se abrieron prodigiosa-

mente durante la ceremonia, y vió a su Angel de la Guarda. Vió también a la Virgen con el Niño Jesús, y "fuí desposada con Él —dice ella misma— mediante la entrega de un anillo".

Conocía las imágenes de los santos y veía brillar sus huesos. Ese día ya tuvo una visión de sus antepasados y un símbolo de los padecimientos de su vida. Nos sería muy duro aceptarlo, si no tuviéramos el testimonio de su biógrafo, el padre Carlos Erardo Schmoeger, provincial de los Padres Redentoristas de la Alta Alemania.

La cabaña natal era tan pobre como la gruta de Belén. Los padres de Ana Catalina eran laboriosos y piadosos. Admiraban su vivacidad y su dulzura, y la tenían sus parientes y vecinos por niña prodigiosa.

Dios le dió un Angel de la Guarda para que la guiara e ilustrara. Igual que las almas bienaventuradas, ella veía a su ángel en todo el esplendor de su belleza. El ángel la instruía en la doctrina, le enseñaba lo que debía hacer, le explicaba los símbolos y la guiaba en sus viajes espirituales. Ana Catalina se crió en una atmósfera de sobrenaturalidad. De ahí que no lo advirtiera cuando era pequeña y supusiera que muchas almas estaban asimismo asistidas. Dios permitió que así fuera para que no la envaneciese el pensamiento de que ella sola poseía dones tan excepcionales de que carecían los demás.

La mayor delicia de su padre consistía en escucharla después de las faenas rurales, en las que ella le ayudaba. Alzábala sobre las rodillas y le decía: "Anita: cuéntame algo". Ella le relataba entonces los admirables episodios de la Biblia con tal viveza y patetismo, que su padre, conmovido, le preguntaba: "¿Adónde aprendiste eso, hija mía?" Y ella respondía graciosamente: "Esto es así, papá, porque así yo lo veo". El buen labrador permanecía silencioso y meditativo.

A los cinco años oraba frecuentemente con los brazos en cruz; practicaba el *Via crucis,* muchas veces arrodillada sobre la nieve; comenzaba a mortificarse en la comida; repartía con sus amigas lo que poseía; sufría por los demás y deseaba cargar con los dolores ajenos para aliviarlos; rezaba por las faltas de los niños. Desde pequeña poseyó la ciencia infusa y sabía que todos los cristianos son miembros del cuerpo místico de la Iglesia y se corresponden recíprocamente. Tenía visiones de los sucesos del mundo, cercanos y lejanos, de peligros, de robos, de naufragios, de enfermos impacientes, de prisioneros afligidos, de viajeros extraviados, de moribundos abandonados; y oraba fervientemente para que Dios los socorriera.

A los siete años recibió por primera vez el sacramento de la Penitencia, después de haberse preparado con un examen y dolor propios de personas adultas; y confesábase de sus visiones porque la madre la reprendía constantemente, atribuyéndolas a supersticiones. A los doce, recibió la Eucaristía, de la cual había sido debidamente ilustrada por el mismo Salvador, y pidió ese día a Dios "que la hiciera buena y se cumpliera en ella su voluntad".

Tenía quince años cuando se produjo la Revolución Francesa, que vió en cuadros impresionantes. Fué transportada en espíritu por su Angel Custodio hasta la prisión de la reina María Antonieta y la del rey Luis XVI. Después contó a sus padres y a sus nueve hermanos que había visto a la reina y había admirado la resignación del monarca francés. No le creyeron, como le ocurrió con otras visiones extrañas: la tuvieron por hechicera y se burlaron de ella. Como Ana Catalina creía inocentemente que muchos gozaban de su clarividencia, al enterarse que no era así, se volvió reservada y se abstenía de relatar sus maravillosas visiones.

A los trece años comenzó a trabajar fuera de su hogar, con un pariente, en faenas de labranza. A los quince la madre la llevó a casa de una amiga para que aprendiera el oficio de costurera, en los que demostró un arte delicadísimo; y dos años después fué con otra, como oficiala de labores, donde permaneció hasta los veinte. Entro a servir en casa del organista Söntgen, para aprender el órgano y poder ingresar en el convento, su mayor aspiración, porque careciendo de la dote pecuniaria, le exigían que, por lo menos, supiera tocar ese instrumento. Pero lo que allí ganaba lo invertía en limosnas; y no pudo aprender el órgano, porque tenía el tiempo ocupado en las oraciones y el socorro de los necesitados. De modo que ni juntó para la dote ni aprendió a tocar el órgano para cumplir su deseo de enclaustrarse.

Hacía todas sus obras obedeciendo los designios divinos. Iba de un lado a otro, corporal o espiritualmente, y desde su lecho desplegaba una labor intensa. Confeccionaba vestidos para los pobres, visitaba a los enfermos, asistía a los moribundos y los ayudaba a morir reconciliados con Dios. Evitó muchos delitos, enmendó a muchos pecadores, realizó muchos trabajos ajenos, cargó con las culpas de muchos. Se condolía con las penas de los demás. Cuando algún enfermo no podía soportar sus dolores, ella pedía al Señor esos dolores, y el Señor se los enviaba.

A pesar de su extrema pobreza nunca le faltó con que socorrer a los pobres. "Por especial bendición de Dios —dice su biógrafo— pudo Ana Catalina dar todos los años tan abundantes

limosnas de todo género, que su valor excedía en mucho los ciento ochenta táleros que tenía de pensión".

Desde su niñez se había habituado a luchar contra el demonio, que trataba de doblegar su voluntad e impedir sus actos de virtud y de socorros al prójimo. El enemigo del linaje humano parecía comprender que se hallaba frente a un ser privilegiado que le desbarataría muchos planes. Ana Catalina lo venció siempre, hasta en las más horribles acometidas. Su intrepidez llegó al extremo de acudir varias veces por la noche a un terreno baldío, poblado de fantasmas, donde rezaba de rodillas, con los brazos en cruz, hasta ahuyentar a los malos espíritus.

Joven aún, antes de entrar en el convento, comenzaron a manifestarse en su cuerpo las señales de las llagas de Jesús, cuyo nacimiento le producía indecibles dolores físicos, los cuales se esforzaba para ocultarlos a las personas que la rodeaban.

Sentía un singular amor por la pasión de Jesucristo. Durante la Misa veía realmente el drama del Calvario. Veía a Jesús en la Hostia, a veces sangrando. Tan vivamente había deseado padecer los sufrimientos de Jesús e identificarse con la vida total de la Iglesia, que el Señor le concedió, además de los estigmas, una gracia extraordinaria: la gracia de ver y seguir con fidelidad el círculo del año eclesiástico, de modo que sentía en alma y cuerpo las festividades religiosas de cada día, y por ello se alegraba, se entristecía, oraba y solemnizaba en concordancia con el sentido peculiar que expresan las celebraciones litúrgicas.

Tenía un vehemente deseo de ingresar al convento: Recién a los veintiocho años, después de incontables dificultades, como ocurre con las grandes vocaciones, entre las cuales estaba la misma oposición de sus padres, entró en el monasterio de las monjas agustinas de Agnetenberg, de Dulmen.

En el convento ignoraron a este ser angélico. Ana Catalina sufrió la incomprensión de las monjas. que atribuían a superchería y a orgullo sus dotes sobrenaturales. Adivinaba sus intenciones, repetía sus palabras secretas, sus contravenciones a la regla monástica. Aquéllas se escandalizaban y le crearon un ambiente ingrato. Su pobrísima celda, la peor del convento, era para ella un refugio tan encantador, que decía: "Esta pobre celda era para mí tan completa y magnífica, que me parecía que se encerraba allí el cielo". Finalmente hizo profesión religiosa en 1803.

Ana Catalina se mortificaba rigurosamente en la comida y el sueño. Castigaba su cuerpo virginal. A este propósito dijo el

deán Bernardo Overberg, su director espiritual: "Antes de entrar en el convento, Ana Catalina mostró mucho mayor rigor con su cuerpo que después, porque no sabía que estas asperezas no deben practicarse sin permiso del confesor. Las que ella me enumeraba como insignificantes, consistían en cadenas y cuerdas que se ceñía, y en un vestido interior del paño más grosero que podía hallar, hecho por ella misma".

La Revolución Francesa había ejercido una influencia nefasta en la misma Alemania: contribuyó a la relajación de las costumbres, a la secularización de la cultura, al auge del racionalismo. Sobrevinieron guerras, convulsiones, persecuciones, que culminaron en 1811 con la disolución de los conventos y monasterios. El 3 de diciembre fué suprimido el monasterio de Agnetenberg, y las monjas agustinas se dispersaron.

Ana Catalina estaba a la sazón muy enferma, y el abate Lambert la condujo, a principios de la Cuaresma de 1812, a casa de la viuda de Roters. Allí se vió privada de la regla conventual, de la grata soledad, de la capilla, del Santísimo Sacramento. Sentíase en lugar extraño, en una habitación que daba al rumor de la calle y por cuya ventana se asomaban los curiosos. Los que tienen un poco de delicadeza comprenderán mejor las congojas que padecería esta alma angelical.

Era tal su postración y el dolor que le producían las llagas, que el padre dominico Limberg le administró el Viático, creyendo que estaba en los últimos instantes. Reaccionó, sin embargo, y el 2 de noviembre se levantó, por última vez, para tomar la comunión en la iglesia parroquial. Desde entonces ya no le fué posible salir del lecho.

Con todo, era tal su afán de volver al convento, que en una declaración que hizo su amiga Gertrudis Ahaus ante las autoridades eclesiásticas, con motivo de los estigmas, dijo: "Mostró tal deseo de entrar en algún convento que cuando yo le dije que estaban casi todos suprimidos, me respondió que aunque a los ocho días de estar en el monasterio fuera colgada, quería, sin embargo, entrar en él, y que prefería la orden que fuese más rigurosa".

El 23 de octubre de 1813 fué trasladada a casa del panadero Limberg, hermano del dominico, donde vivió hasta 1821, época en que Brentano le consiguió un nuevo alojamiento.

Sufrió mucho a causa del examen de que fué objeto por sus estigmas y sus visiones. Vióse sola en muchas circunstancias, rodeada de civiles y eclesiásticos, que la examinaban, interroga-

ban y martirizaban de mil modos para comprender racional o científicamente lo que no tenía explicación humana. Ella los llamaba sus perseguidores, y aunque algunos la trataban con amabilidad, adivinaba sus intenciones. "Había algunos tan falsos y malignos —contaba— que es imposible decirlo: éstos eran los que obraban del modo más lisonjero y blando, mientras más duramente me maltrataban".

Padeció también por los sinsabores que sufrió Clemente Brentano, el compilador de sus visiones. En una visión simbólica de la recolección de frutos, le fué revelado que los escritos de las visiones serían desechados en su país y llevados al extranjero. "Producirá, con todo, —añade— buenos frutos en otras partes, y desde allá la benéfica influencia llegará también a estos lugares".

Porque aquellas visiones que desde pequeña la habían deleitado, ilustrándola sobre conocimientos tan elevados, y que acalló guardándolas para sí, porque no la creían, no permanecieron desconocidas. Dios tenía destinado al hombre que las recogería y publicaría dignamente. Llegó un día a Dülmen el celebrado escritor y poeta Clemente Brentano, atraído por la fama y el misterio que rodeaba a Ana Catalina.

No bien traspuso los umbrales de la humilde habitación, ella lo reconoció, porque ya lo había visto espiritualmente. Tenía ella cuarenta y cinco años, y, según propia confesión, ya debía haber muerto si no tuviera que aguardar, por designios de Dios, a este hombre, a quien llamaba gráficamente el *Peregrino*. "He entendido en una visión que me habría muerto hace tiempo de no tener que ser conocidas estas cosas por medio del Peregrino. Él ha de escribirlo todo: a mí me toca únicamente anunciar las visiones".

Aparte de la dura misión que tenía de satisfacer y expiar por la Iglesia, el Señor le había dado expresamente el mandato de revelar sus visiones, para bien de las almas. "Yo te doy esta visión —le había dicho— no para ti, sino para que sea consignada: debes, pues, comunicarla".

Así fué cómo el Peregrino, que había ido por corto tiempo, permaneció en Dülmen, con breves intermitencias, casi seis años. Comprendió que debía colaborar en una nobilísima misión. Abandonó la posada y ocupó un alojamiento contiguo al de la vidente, para mejor ver, oír y copiar las maravillas que le dictaba aquel mensajero del cielo. "Dios me muestra abundantemente su gracia —decía—. Ana Catalina ha hecho grandemente por mí. Ahora soy su hijo espiritual".

Probablemente nadie mejor que el Peregrino conoció su virtud, su humildad sin nombre, sus dones ocultos bajo la sencilla apariencia humana, su candor infantil que tanto cautivaba, sus dolores indescriptibles, sus éxtasis inefables, sus horas de sombras y de luz, su corazón ardiente de caridad por Cristo, por la Iglesia, por el clero y por los desvalidos, y, finalmente, sus incomparables revelaciones, que constituyen un precioso tesoro de la Cristiandad.

Ana Catalina había pedido al Señor que le diera parte en su pasión, pues deseaba expiar por la Iglesia. Era un pedido terrible, seguramente, pero era un pedido sublime. Y Dios se lo había concedido. Un día comprendió, sobrecogida, que también debía padecer por el mundo. Su misión era, pues, también, expiar por la humanidad. He aquí su admirable declaración: "Poder sufrir tranquilamente me pareció siempre el estado más digno de ser deseado en esta vida".

Ella fué humilde, fué pequeña, fué desde la más tierna infancia dócil arcilla en las manos de Dios. Ella fué paciente, dolorosa y sumisa como una oveja. No se quejó, sufrió indeciblemente muchos años, ya que su misión era sufrir, y pudo sufrir tanto porque el Señor y los santos la asistían. Ella fué un retrato de Jesús, una dulce corredentora; fué una perla preciosa y escondida, un tesoro apenas advertido por los hombres, a quienes amaba, por quienes oraba y expiaba en unión con Cristo.

La enfermedad, la parálisis, las persecuciones, los éxtasis, los santos estigmas, ya distinguen claramente un alma verdaderamente santa, preparada por Dios para recibir y anunciar las maravillosas visiones del universo, y particularmente la vida de Jesús y de la Virgen. Evidentemente sus expiaciones y sus visiones constituyen las dos grandes formas de su divina misión.

Después de la muerte del abate Lambert, en 1821, a cuyo sepelio asistió espiritualmente, su existencia se limitaba a sufrir y a relatar sus visiones.

Padecía indeciblemente. Soportaba las terribles acometidas de Satanás que la atormentaba de diversos modos. Parecía que iba a sucumbir. A medida que se acercaba el fin, aumentaban sus dolores.

Empezó el año 1824, atormentador: "Padece fiebre, dolores reumáticos y convulsiones; pero no cesa de obrar su espíritu en favor de la Iglesia y del prójimo", apuntó Brentano el 6 de enero en su diario.

El 12 escribió: "¿Quién podrá describir su espantoso estado de dolor?" El 19, el vicario Hilgenberg conversó con Brentano;

y aunque Ana Catalina no oía, adivinó lo que decían. "No me alaben, que se acrecientan mis dolores", exclamó.

El 27, Brentano la encontró más muerta que viva. Escribió: "Apenas puede tragar un poco de óleo de Santa Valburga. La fiebre colorea sus mejillas. Tiene las manos muy blancas y los lugares de los estigmas brillan como plata a través de la piel muy tirante". Al mediodía ella hizo llamar a la superiora de la disuelta comunidad, pues deseaba, como fiel religiosa, que estuviera presente cuando recibiera la Extremaunción.

El 6 de febrero Ana Catalina ordenó que al siguiente día, aniversario de la muerte del abate Lambert, se dijera una Misa. El 7 invocó incesantemente el auxilio divino. El 8, Brentano, de rodillas, oró, y le puso en la mano una reliquia que ella le había dado cuatro años atrás. El 9 murió, y Brentano comprobó que el relicario de plata, que contenía la reliquia, estaba roto.

Esa madrugada, después de recibir el Viático, la moribunda había exclamado: "Pronto se habrá concluído todo: entretanto permaneceré en la cruz". A las 5 agonizaba, besando con amor los pies del crucifijo. El confesor rezó las preces de los agonizantes. Tocó una campanilla, según la costumbre del convento de Agnetenberg cada vez que moría una monja. Diciendo "¡Ayúdame, Jesús!", Ana Catalina le entregó su preciosa alma.

IV. *LOS ESTIGMAS*

Entre los divinos dones que se conceden a las almas seráficas están los estigmas de la coronación de espinas y de las llagas que tuvo Jesús cuando fué crucificado.

A los veinticuatro años, antes de ingresar en el convento, Ana Catalina recibió las heridas de la coronación, mientras oraba en éxtasis en la iglesia de los jesuítas de Koesfeld, arrodillada frente a un crucifijo. El mismo Señor, bajo la figura de un mancebo resplandeciente, le imprimió la aguda corona sobre la cabeza. Esta fué la primera llaga, que empezó a hincharle y a sangrarle las sienes, produciéndole vivísimos dolores.

En 1808, siendo ya monja, en otro viaje efectuado a Koesfeld para visitar a sus padres, pidió a Jesús que le hiciera participar de todos sus dolores, aplicándolos particularmente para que las hermanas religiosas reconocieran sus faltas. Allí empezó a sentir ardores en los pies. Más tarde se le manifestaron las llagas, y fué entonces cuando supo, con temor, que no sólo padecería por las monjas, sino también por el mundo. Después de

una visión de la escena en que San Francisco recibe los sagrados estigmas, tiene ella misma la revelación del instante y la forma en que se le imprimieron las llagas, que relata en términos admirables.

Tenía treinta y ocho años, el 29 de diciembre de 1812, y ya estaba fuera del convento, en casa de la viuda de Roters, cuando se le manifestaron claramente los estigmas en las manos y en los pies. No quería mostrarlos a nadie, temiendo que la tuvieran por santa. "Dios me otorga lo que ciertamente no merezco —le dijo al deán Resing, uno de los miembros de la comisión investigadora eclesiástica— por lo cual le doy gracias; pero quisiera que ocultara estas gracias a los ojos de los hombres, pues temo que por ellas me crean mejor de lo que soy".

Tenía también la llaga de la lanza en el costado derecho, y dos pequeñas cruces en el pecho, una latina, otra aspada, la una debajo de la otra.

El padre Limberg apuntó en su diario el 28 de enero de 1813: "Desde entonces la he visto en éxtasis más o menos largo todos los días. Hoy le he visto las llagas en las plantas de los pies. Todos los viernes mana sangre de sus manos y de sus pies, y los miércoles de la doble cruz que tiene en el pecho. Desde que le he visto las llagas, no entra manjar en su boca".

Al principio se mantuvo en secreto el piadoso hallazgo, por deseos de ella y de los preocupados sacerdotes. Mas no pudo ocultarse por mucho tiempo; el milagro trascendió al público, y el 22 de marzo, por orden del deán Resing, se realizó una investigación, que presentó el siguiente informe:

"En el lado exterior de ambas manos hemos observado costras de sangre coagulada; debajo de esta costra estaba rota la piel. En la palma de ambas manos había también costras de sangre, pero más pequeñas. Las mismas costras se observaban en la parte superior y en el centro de la planta de los pies. Estas costras eran sensibles al tacto y por la del pie derecho había salido sangre hacía poco tiempo. En el lado derecho vimos, cerca de la cuarta costilla, empezando a contar desde abajo, una llaga como de tres pulgadas de largo, de la cual debe salir sangre algunas veces. En el hueso del pecho vimos unos rasgos circulares que formaban una cruz aspada, y, algo más adentro, una cruz ordinaria formada de rayas como de media pulgada. En la parte superior de la frente vimos muchos puntos como pinchaduras de alfiler que se extendían por ambos lados entre los cabellos. En el paño con que ella se ciñe la frente, se veían muchos puntos de sangre".

Poco después se realizó otra investigación de eclesiásticos y civiles, entre los que se hallaban los médicos Krauthausen y Wesener. Esta comisión mixta duró tres meses en sus exámenes. Durante ellos la paciente estigmatizada sufrió muchísimo. El resultado fué el mismo. Aquello era milagroso: la ciencia nada tenía que hacer allí.

Seis años más tarde fué ordenado otro examen por la autoridad civil, mucho más exigente y malicioso.

Fué increíblemente importunada y torturada a causa de sus estigmas. No conformes todavía con los exámenes realizados, querían trasladarla a Münster para ser de nuevo sometida a una revisión científica. Lograron persuadir al padre Overberg para que hiciera esta dolorosa exigencia; pero ella se resistió esta vez tenazmente, por comprender que esa no era la voluntad de Dios, ni contribuiría a la salud de muchos, como le argumentaban. Sus razones son admirables, y en una parte decía: "Si cinco mil personas no creen a diez hombres rectos y justos que dan testimonio de la verdad, tampoco veinte millones creerán a algunos centenares de personas".

Aunque no tenía llagas en la espalda, sentía dolores allí, como Jesus, producidos por la carga de la cruz. Cuando estaba en el convento, el Salvador le reveló que "la llaga de la espalda, en la cual los hombres piensan tan poco, le había causado grandes dolores, y que le agradaba tanto que fuera honrada, como le habría agradado que alguno, movido de compasión, hubiera tomado la cruz cuando Él la llevaba sobre sus hombros y la hubiera llevado por Él al monte Calvario".

Por espacio de cinco meses no pudo probar alimento, porque su estómago no lo toleraba. Alteróse en su organismo el orden natural de la circulación de la sangre, y el pulso estaba fuera de lugar. La sangre de las heridas corría en el mismo orden en que le había corrido a Jesús, aunque la estigmatizada estuviera acostada: desde la palma de la mano hacia la parte inferior del antebrazo; desde la frente y las sienes hacia adelante, hacia atrás y hacia el rostro y la nariz, aunque ella no inclinara la cabeza. Esto prueba el carácter sobrenatural de los estigmas. El mismo fenómeno se ha observado en las demás personas estigmatizadas.

Por esa época habían enmudecido los púlpitos y la doctrina estaba desterrada de las escuelas. Los sacerdotes eran perseguidos, se blasfemaba de los santos, y las cosas sagradas eran ridiculizadas. Ana Catalina suplía milagrosamente estas faltas con sus llagas y sus expiaciones. Padeció por el abate Lambert, que

había perdido la paz, por el párroco que había huído, por la autoridad que la suponía embaucadora, por los vecinos suspicaces. Ella les pedía doloridamente que huyeran y la abandonaran, ya que era motivo de escándalo.

Por eso Brentano pudo decir: "Esta mujer fué marcada con el sello del amor crucificado, para dar testimonio de este amor en el desierto de una época sin fe. ¡Qué difícil misión llevar ante los ojos del mundo y de los siervos del príncipe del mundo el sello del Hijo de Dios vivo, de Jesús de Nazaret, Rey de los judíos!"

Las llagas de Cristo son signos de predilección. Las personas estigmatizadas son vasos de selección. Por medio de ellas se reparan grandes escándalos, se expían muchos crímenes. Dios ha suscitado videntes y estigmatizados en todos los tiempos, desde San Francisco, en la Edad Media, el hombre que más perfectamente se asemejó a Jesús, hasta estos años contemporáneos.

Los estigmas son las heridas que hicieron al Redentor durante su pasión: los pinchazos de la corona de espinas en la frente, dos agujeros de clavos en las manos, dos en los pies y una abertura de lanza en el costado derecho. Completan el carácter de la estigmatización la lesión del hombro, producida por la cruz, y las llagas de la espalda, ocasionadas por los azotes en la columna de la plaza, frente al pretorio.

Los estigmas sangrientos son milagros expresivos que no tienen explicación natural ni científica. Sólo las almas ardientemente piadosas se ven privilegiadas con las sagradas llagas, y casi siempre las han pedido o deseado ellas mismas. Aunque no todas conocidas, son numerosas las que han recibido este don. Muchas han pasado por el mundo ignoradas; en ciertos casos contadas personas lo sabían, tal vez el director espiritual únicamente. Se calcula que unas trescientas almas han gozado de esta dolorosa selección.

Algunas han sido canonizadas o beatificadas. Acerca de otras la Iglesia no ha dado su sanción oficial, aunque conservan la veneración del clero y del pueblo creyente. Por designios particulares de Dios unos estigmatizados realizan milagros, otros no: unos tienen visiones, otros no; unos trabajan activamente, otros permanecen recluídos en la contemplación claustral.

Mencionaremos a varios estigmatizados modernos, de diversos países, la mayor parte de ellos mujeres, vasos expiatorios más dóciles que los hombres en las manos de Dios.

María de Moerl. Nació en Kaltern, Tirol austríaco, en 1812, y murió en 1868. Tenía nueve hermanos, como Ana Catalina

Emmerick. Era débil y la distinguía una rara piedad desde la infancia. Perdió a su madre siendo muy joven, y la lloró por tres años. Perteneció a la Tercera Orden Franciscana. Hizo votos de obediencia y castidad, y repetía frecuentemente: "¡O sufrir, Señor, o morir!". Su primer éxtasis, a los veinte años, duró treinta y seis horas. Sus éxtasis eran solemnes y brillantes: los sentidos abiertos, aparentemente, los tenía, empero, cerrados para el mundo exterior. Durante tres meses acudieron a la modesta granja de Kaltern, en peregrinación, alrededor de cuarenta mil personas.

El 2 de febrero de 1834, fiesta de la Candelaria, comenzaron a surgir las llagas, primero en las manos, luego en los pies, finalmente en el costado "Eran éstas casi redondas y se extendían un poco a lo largo, tenían de tres a cuatro líneas de diámetro y permanecían fijas en las manos y los pies. El jueves por la tarde y el viernes dejaban correr con frecuencia aquellas llagas algunas gotas de sangre clara; en los otros días se veían cubiertas con una costra de sangre seca, sin que se pudiera notar inflamación, ni ulceración ni vestigio de linfa" (José Görres, *Die Christliche Mystik*).

El objeto de sus contemplaciones era, principalmente, la pasión de Cristo y la devoción del Santísimo Sacramento. Durante sus visiones adoptaba actitudes indicadoras del suceso espiritual en que participaba. Así es como se la ve, dice Görres, que estaba presente, "en la Navidad arrullar al Niño recién nacido; el día de Reyes le adora de rodillas detrás de los Magos; en las bodas de Caná asiste a la mesa apoyada de un lado, circunstancia que no ha podido aprender por medios externos, puesto que los cuadros de las iglesias no presentan esta manera antigua de sentarse a comer".

María Dominica Lazzari. Nació en Capriana, Trento, Italia, en 1815, y la llamaban la *Adolorida*. Era hija de un molinero, de constitución robusta, cuidaba el molino, oraba, leía a San Alfonso de Ligorio y meditaba en la Pasión. Sufrió una enfermedad inexplicable para los médicos. A los diecinueve años, cuando no ingería alimento ni bebida, se le manifestaron las llagas en las manos, pies y costado. Tres semanas después aparecieron las sangrientas señales de la coronación de espinas.

Dice el doctor Antonio Riccardi, que la atendía: "Los viernes de cada semana y de modo regular, despiden sangre las llagas de la cabeza, y corre esa sangre en las horas correspondientes a las en que nos da a conocer el Evangelio que tuvo lugar la

coronación de Jesucristo. Las llagas de los pies, manos y costado comienzan por su parte a dar sangre en el tiempo en que se verificó la crucifixión, mientras permaneció el Salvador clavado en la cruz".

A pesar de que no comía ni bebía y de los continuos padecimientos, no se debilitaba físicamente. Es una de las pocas estigmatizadas que no tuvo éxtasis.

Margarita Bays. Nació en la aldea La Pierre, Suiza, en 1817. Fué costurera y ayudaba en la casa a sus hermanos que trabajaban en faenas rurales. Tenía el culto de la pasión de Jesús y de la Inmaculada Concepción de María. Padeció durante mucho tiempo hipos dolorosos, que la Virgen le curó el 8 de diciembre de 1854, al mismo tiempo que le anunciaba nuevos sufrimientos. Las llagas aparecían en Cuaresma, siendo más visibles los días viernes.

"Hoy mismo, Viernes Santo, 27 de marzo de 1872 —dice el padre J. M. Curicque, en *Voces proféticas*— nos escribe uno de nuestros corresponsales, en presencia de muchos sacerdotes y religiosos, acompañados de un doctor en medicina, ha sufrido la estigmatizada de La Pierre, en circunstancias admirables, ya la agonía de la muerte, ya los dolores del éxtasis, comenzando éste a las tres. Mientras el doctor justificaba el sueño extático y se entregaba la ciencia a sus investigaciones, se conocía en el rostro de la estigmatizada la señal de un indecible dolor".

Luisa Lateau. Nació en Bois de Henao, Bélgica, el 30 de enero de 1850. Desde pequeña cuidaba a los enfermos, y participó activamente en el cólera que azotó a Bélgica en 1866. Fué estigmatizada y extática. Tuvo la primera impresión de las llagas a los dieciocho años, el viernes 24 de abril de 1868.

"En aquel día —certifica el doctor Lefebvre— observó la doncella que le salía sangre del lado izquierdo del pecho. Al viernes siguiente se reprodujo el derramamiento en el mismo punto; además le salía sangre por la faz dorsal de los dos pies. El tercer viernes, es decir, el 8 de mayo, corrió la sangre, durante la noche, del costado izquierdo. Hacia las 9 de la mañana salió en abundancia de las dos manos, tanto por su faz dorsal como por su faz palmar. En fin, el 25 de setiembre salió sangre de la frente, y a partir de esa fecha la señal de la corona de espinas se imprimió en una venda sangrienta alrededor de su cabeza el viernes de cada semana".

A las preguntas que le formuló el 13 de agosto de 1869 monseñor de Herbomez, obispo de la Colombia Británica, le

dijo que veía a Jesús llevando la cruz a cuestas y luego crucificado, y a la Virgen muy triste.

ELENA, de Ceylán, India Oriental. India, hija de padre budista, después del bautismo tuvo una gracia especial y fué cristiana heroica. El caso empezó en 1870. Residía en la misión Boulawatte, dirigida por el padre misionero apostólico Florencio García. Leía el Kempis en idioma cingalés. A los diez años ya daba muestras de gran valor. En el pueblo de Kattagarama adoraban un ídolo monstruoso de cuatro pares de miembros. Cuando en su casa nombraban al ídolo, exclamaba: "No debe decirse el dios Kattagarama, sino el diablo Kattagarama. No hay más que un Dios, que es el de los cristianos".

A pesar de que la castigaban cruelmente por su fe católica, obedecía ciegamente a su director espiritual. Tenía la señal de los clavos de Cristo en las manos y en los pies. Padecía la Pasión, particularmente la flagelación en la columna.

En una carta publicada en *La Esperanza,* de Madrid, el 28 de agosto de 1872, el padre Benito Martín, contaba: "Como impulsada por una fuerza invisible y con un sordo gemido y marcadas señales de gran padecimiento, se extiende sobre el suelo hacia el lado izquierdo, un tanto inclinada sobre el pecho, con los pies juntos, como si estuviesen atados, y las manos igualmente cruzadas por las muñecas; y mientras una gruesa gota de sangre corre sobre su frente y un cerco aparece entre su pelo como si fuese una corona, la flagelación empezó... Yo no diré que oía el ruido de los azotes, porque sería una ilusión mía, pero de seguro se percibía visiblemente la parte de la espalda en que la estigmatizada era herida, por el movimiento natural que al dolor hacía la parte aquella. Como un cordero delante de quien le trasquila estaba la pobre paciente atada por una mano invisible de manos y pies, sin articular palabra alguna más que un gemido como el de aquél que sufre con fortaleza y resignación una operación muy dolorosa, y un ¡uuf!... bastante acentuado y temblón cuando el azote caía sobre ella y la hería... ¡Qué figura tan interesante y bella presentaba la extática en aquella situación, con las manos y pies chorreando sangre, clavada, los ojos dulcemente cerrados, perdiendo poco a poco la respiración, hasta que casi no se la percibe, el semblante sereno y como radiante de felicidad! Una luz especial parece bajar, no sé de dónde, que ilumina su frente y su barba, y cambia su color oscuro indiano en blanco".

María Luisa Ferrón. Nació en Quebec, Canadá, el 24 de mayo de 1902. Era la décima de una piadosa familia de quince hermanos. Su padre era herrero y descendía de francocanadienses.

A los cuatro años tuvo la primera visión del Niño Jesús. A los doce sirvió de niñera en casa de un abogado. A los quince, después de una larga caminata en Fall River, se le paralizaron los pies y las manos. Se curó las manos, después de la comunión, al tomar agua bendita. El 8 de diciembre de 1928, profesó como fundadora de las Hermanas de las Santas Llagas de Jesús. Ese año le aparecieron las llagas, después de vivos sufrimientos. No podía ingerir alimentos sólidos. Tenía las cinco llagas, la señal de la coronación y además las heridas del hombro y de la flagelación. Todas sangraban durante la Cuaresma. En sus éxtasis adquiría el don de la gravitación: no podía ser movida de su lecho.

Durante sus visiones veía detalles de la vida y pasión del Redentor. Adivinaba los pensamientos de los hombres, tenía el conocimiento de sucesos lejanos, y hablaba, a veces, en latín, sin haberlo aprendido. La llaga de la mano izquierda despedía un suave perfume. El dentista Jorge Gendron, certificó haber visto en el paladar de la joven una imagen de *Ecce Homo*, en 1931. María Luisa vaticinó el año en que moriría, lo que se cumplió en 1935, a los treinta y tres años.

El padre Pío. Se llamaba en el mundo Francisco Forgione, y nació en 1887. Vive en el convento capuchino de Pietralcina, Foggia, Calabria. Tiene las santas llagas de Jesús en las manos y en los pies. Fué examinado por los médicos Luis Romanelli, el socialista Angel María Merla y el profesor de la Universidad de Roma, Aneiro Vignami, quienes reconocieron el carácter sobrenatural de los estigmas. El doctor Jorge Festa, designado por la autoridad eclesiástica, comprobó que todos los días el padre Pío llenaba un vaso de sangre. Las costras de las llagas exhalan un perfume inexplicable, que en el análisis, como es lógico, no se pudo señalar de dónde provenía.

Sólo durante la celebración de la Misa se quita los guantes. Lee los pensamientos humanos y goza del don de la levitación durante los éxtasis. Hallándose en crisis espiritual alcanza una temperatura de cuarenta y ocho grados.

En julio de 1945, *El Mensajero del Corazón de Jesús* se refería extensamente a un estudio de William M. Carrigan, director de la Cruz Roja de Ultramar, donde éste relataba que "millares

de tropas estadounidenses han gozado del extraordinario privilegio de asistir a las Misas celebradas por el Padre Pío, virtuoso capuchino favorecido con el don de los estigmas".

TERESA NEUMANN. Es el caso más asombroso del siglo XX. Sus llagas, sus éxtasis, sus visiones y sus clarividencias han causado sensación en todo el mundo.

Es un tipo de divina predestinación. Nació el Viernes Santo de 1898, en Konnersreuth, Alemania. Es la mayor de diez hermanas. Desde pequeña sintió viva atracción por el *Via crucis*. Sus llagas derraman sangre los viernes, y sus ojos lloran sangre en Semana Santa. Vió numerosos cuadros de la historia sagrada, y en sus éxtasis hablaba en arameo, lengua extinguida, que empleaba Jesús.

A los veinte años fué víctima de un accidente y resultó con la columna vertebral fracturada. Quedó paralítica y ciega. Amaba particularmente a Santa Teresita del Niño Jesús; y cuatro años después del accidente, el 29 de abril de 1923, el mismo día de la beatificación de la monja de Lisieux, recobró la vista. Y el mismo día de la canonización de Santa Teresita, 17 de mayo de 1925, sanó de la parálisis. Desde 1923 no prueba alimento y desde 1927 no ingiere líquidos. En cambio, toma la comunión todos los días.

El Papa Pío XI encomendó una investigación al cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, quien certificó la veracidad de los hechos.

El caso de "la virgen que llora sangre", como llamaron algunos a la estigmatizada de Konnersreuth, suscitó una violentísima polémica entre los teólogos y los médicos. La mejor biografía de Teresa Neumann está escrita por Federico Ritter von Lama.

Teresa Neumann ha confirmado con sus visiones muchos datos nuevos que sobre personajes y episodios evangélicos había revelado en el siglo pasado Ana Catalina Emmerick.

V. *DISCERNIMIENTO DE LAS RELIQUIAS*

Entre los dones sobrenaturales concedidos a los santos está el discernimiento de las reliquias y objetos sagrados.

Ana Catalina distinguía por el sabor el agua bendita del agua natural; por el tañido, la campana bendecida de la profana; por el tacto, las reliquias verdaderas de las falsas, y por la vista, el tacto y el olfato reconocía los huesos de los santos.

Sentía sensiblemente sobre sí el influjo de la bendición sacerdotal, la del sacerdote virtuoso como la del indigno, estuviera presente o ausente, y seguía, en éxtasis, el movimiento de la mano consagrada como si la viese normalmente. ¡Veía en forma de rayos luminosos, que ascienden y se juntan, las oraciones, los sufrimientos y los méritos de las obras de los miembros de la Iglesia!

El Angel Custodio le había dicho: "Tú has recibido el don de ver la luz que sale de las reliquias de los santos, por la disposición que se te ha dado en orden a la comunidad de los miembros del cuerpo de la Iglesia; pero la fe es la condición de toda disposición para recibir la influencia y la acción sagradas".

Ana Catalina describe en varias visiones de qué modo singular ve y conoce a los dueños de los huesos, cómo también el sentido interior de los objetos bendecidos. "Veo —dice— la bendición y los efectos de las cosas benditas como cosas que santifican y salvan, como luz que difunde la luz; y lo malo, la culpa y la maldición, los veo oscuros y tenebrosos, produciendo efectos de perdición"

De Dios proviene la inmensa virtud de la bendición del sacerdote, con poder ilimitado, puede decirse, para sanar y salvar; y ella lamenta que muchos ministros no aprecien ese gran poder que Jesucristo les ha otorgado.

Nadie, como Ana Catalina, ha sido favorecida en tal grado con el don de discernir las reliquias. Ella atribuía este privilegio al estado deplorable en que se hallaba en esa época la veneración de los santos vestigios, y a la necesidad de repararla.

"Esta facultad de percibir lo sobrenatural de un modo sensible por medio de los sentidos, así como la luz profética —dice su biógrafo— tenía su fundamento y base preliminar en la gracia del bautismo y en el don infuso de la fe divina".

No bien tocaban los dedos de Ana Catalina los huesos de un santo, veía un resplandor sobre ellos y la imagen del santo a que pertenecían, y de modo misterioso, para nosotros incomprensible, para ella natural, veía y entendía el desarrollo de su vida, y las obras, los milagros y las circunstancias en que los hechos se produjeron.

Su clarividencia le permitía saber adonde había objetos sagrados; conocía por ciertos vapores que se cernían sobre las tumbas de los cementerios si las almas de los muertos eran bienaventuradas o réprobas, y si pertenecían a paganos. Descubrió sitios ignorados en los que yacían enterradas numerosas reli-

quias. Veía, en los lugares donde habían sido destruídas las iglesias, la reconstrucción de los templos flotando espiritualmente. Veía obispos, doctores y mártires, hombres de oración y almas favorecidas con dones sobrenaturales, en su tiempo y antes de su tiempo. Veía, en forma de imágenes, las gracias, las apariciones y las revelaciones que tuvieron los elegidos, sus vínculos de unión, su influencia próxima y lejana y las consecuencias y conexiones de sus actos hasta la más remota distancia.

Alemania era riquísima en reliquias de santos que fueron acumulándose durante siglos en sus santuarios. A raíz de la clausura de iglesias y monasterios y de la persecución religiosa promovida en su época, innumerables reliquias fueron desparramadas, y con el fin de librarlas de la profanación, la gente piadosa las llevaba a Ana Catalina para que ésta discerniera su autenticidad. Ella mandaba enterrar las falsas, y conservaba o hacía guardar y venerar las verdaderas. Así llegó a reunir alrededor de trescientas reliquias de huesos y objetos piadosos

A través de la reliquia, contaba la vida del santo con detalles preciosos muchas veces desconocidos. Véase cómo relata la forma en que recibe la comunicación misteriosa: "Veo y siento la luz; paréceme que un rayo de luz penetra en mí y me arrebata; percibo la relación de este rayo de luz con el cuerpo luminoso de donde procede y con todo el mundo de luz, y en esa luz veo la imagen de la vida de ese cuerpo luminoso acá en la tierra y el lugar que ocupa en las filas de la Iglesia triunfante. Entre el cuerpo y el alma media una admirable relación que no se interrumpe con la muerte, de suerte que los espíritus bienaventurados prosiguen obrando siempre sobre los fieles mediante parte de sus cuerpos. En el último día será muy fácil a los ángeles separar a los buenos de los malos, pues todo será luz o tinieblas".

Los nombres de los varones santos los veía bajo los pies luminosos, y los de las mujeres santas, al lado derecho; no los nombres completos, sino la primera sílaba, porque las demás las conocía interiormente. Los veía con las vestiduras gloriosas que correspondían a sus jerarquías. Por medio de sus respectivas reliquias reveló interesantes aspectos de la vida de Santa Hildegarda, Santo Tomás de Aquino, San Esteban, San Lorenzo, San Hipólito, Santa Catalina, San Isidro, Santa Valburga y otros numerosos.

Reconoció vestigios de telas que los Reyes Magos obsequiaron a la Virgen. A través del fragmento fósil de un animal antediluviano, vió el increíble paraje donde había morado esa es-

pecie, entonces perfecta y hermosa, al parecer, el Paraíso terrenal.

Resulta admirable la visión que Ana Catalina tuvo de sí misma a través de su propia reliquia. El 15 de diciembre de 1819, mientras se hallaba en éxtasis, el Peregrino puso en sus manos un envoltorio que contenía una reliquia de San Ludgero junto con unas costras de sus estigmas. Inmediatamente reconoció la reliquia del bienaventurado obispo; y luego, muy impresionada y confusa, vió la imagen de sí misma, sin saberlo, a través de su propia reliquia, y exclamó: "Pero hay además aquí otra persona a la que hace mucho tiempo que no he visto. Es cosa rara: aquí hay algo oscuro a mís ojos. Tiene estigmas; es agustina; viste un traje como el mío, de hace tiempo, medio religioso. Es cosa curiosa... Debe vivir todavía; debe vivir en alguna casucha. ¡Cuánto padece esta persona! Todos mis dolores son nada en comparación de los suyos".

Y prosigue una relación conmovedora, humildísima, de la martirizada joven, con los asaltos del demonio que afronta, con la visita de Jesús, la Virgen y los ángeles, que la consuelan, con la recepción de los estigmas, con la alegría con que sufre los terribles tormentos, todo lo cual la hace exclamar ingenuamente: "¡Pobre corazón el suyo circundado de una corona de espinas! ¡Qué extraños son los que la rodean! ¡Cuántos están mirándola y acechándola! ¡Cuánto tiene que padecer todavía por sucesos que ocurren lejos de ella! ¡Y qué serena y alegre está, saltando como un corzo! Aquí puedo tomar ejemplo: en esto veo cuan miserable soy".

Todo esto es para mí tan inocente, tan encantadoramente milagroso, que veo cada vez más patentemente el sello de Dios en las contemplaciones de Ana Catalina. No puedo menos que agradecer de todo corazón los misterios de la gracia divina, que ha permitido esta bendición desconocida hasta entonces en los anales de la hagiografía cristiana.

VI. *PERSONAS QUE INTERVIENEN*

La existencia de Ana Catalina transcurrió en la oscuridad durante su niñez y juventud; y hasta en el convento, a pesar de haberse manifestado allí la gracia del Señor por la clarividencia con que veía los corazones de las monjas, no advirtieron el tesoro que encerraba la doncella.

Sólo después de la clausura del monasterio, cuando en casa extraña aparecieron las santas llagas, trascendió al público el

secreto; vino la investigación, eclesiástica primero, civil después, y acudieron periodistas, escritores, médicos y teólogos, y todo el mundo empezó a hablar de la estigmatizada de Dülmen.

Muchas personas de relieve en el mundo intervinieron en su vida, unas favorablemente, otras desfavorablemente; por lo que juzgo necesario dar una somera reseña de los principales participantes, para mejor ilustración por cuanto algunos aparecen vinculados con las visiones mismas.

Acerca de sus padres, hermanos y parientes se habla en la biografía y en la autobiografía. Poco podría decirse de las monjas de Agnetenberg, por cuanto eran varias y desconocidos sus nombres, lo mismo que de los vecinos, cuya participación no tuvo mayor trascendencia.

El padre Limberg era un dominico a quien la clausura de su convento había producido honda emoción. Era sencillo, modesto y virtuoso. Ana Catalina lo tuvo por confesor y director espiritual, y le obedecía tan fielmente como si continuara en el claustro. Sin embargo, a pesar de los años que permaneció cerca de la estigmatizada, apenas si advirtió el buen sacerdote el prodigio que tenía delante. Había ensayado diversos expedientes para probar la santidad de su penitente, entre otros, llevándole cierta vez la Hostia consagrada, oculta bajo la estola, mientras ella estaba en éxtasis. Pero no bien se presentó en la pieza, Ana Catalina se postró de rodillas en actitud de adoración. Le preguntó qué le pasaba y ella respondió: "Que mi Señor viene a mí con el tabernáculo".

El abate Juan Martín Lambert, francés, había llegado a Münster en 1794, huyendo, por haberse negado a jurar la nueva constitución de su patria. Conoció a la monja en el convento, donde él celebraba Misa y ella hacía las veces de sacristana. La protegió en la adversidad y le permaneció adicto durante las persecuciones de que ella fué objeto. Conoció el secreto de aquella alma privilegiada. Ella, a su vez lo auxilió en los últimos años, y aun sufrió por él para que tuviera paciencia en su penosa enfermedad. Estuvo presente espiritualmente en el sepelio de sus restos y cantó fervorosamente la Misa de difuntos cuando lo enterraron.

El doctor Guillermo Wesener era un médico que por curiosidad científica fué a verla en el primer reconocimiento. Después de largas pláticas con Ana Catalina, retornó a Dios. Abandonó las prácticas peligrosas, como el magnetismo, que empleaba en sus curaciones, y colaboró con ella en obras de caridad, al punto que destinaba finalmente parte de sus bienes en soco-

rrer a los enfermos pobres que asistía. El médico trasmitía a la vidente el carácter de la dolencia de sus pacientes y ella le daba indicaciones eficaces.

Ana Catalina le hizo revelaciones importantes acerca del magnetismo, de la ciencia humana, de las indulgencias y de otras cuestiones, que se hallan recogidas en las obras completas. El doctor Wesener fué amigo y auxiliador del abate Lambert, y asistió, en su agonía, a la madre de Ana Catalina, que murió al lado de su hija, en 1817, y a quien ella cerró los ojos con sus santas manos selladas.

Gertrudis, hermana menor de Ana Catalina, a quien ésta llamó para que la ayudara a cuidar al enfermo abate Lambert, era una muchacha tosca, inexperta, que trataba con brusquedad a la estigmatizada, la cual, a pesar de todo, debía ilustrarla en los quehaceres domésticos.

"La hermana es débil y áspera y nos hizo sufrir amargamente a la enferma y a mí —dice el doctor Wesener—. No ama, ni siquiera respeta a la enferma y en todo el día apenas le lleva un vaso de agua, cuanto menos ninguna otra cosa. Debo confesar que nunca podría soportar los caprichos y espíritu de contradicción de esta niña, tan diferente de su hermana".

Gertrudis permaneció con Ana Catalina seis años.

El deán Bernardo Enrique Overberg, nacido en Haeckel, en 1754, y muerto en Münster, en 1826, ejerció notable influencia en la vida de la estigmatizada. Era hombre eminente, filósofo, inspector de escuelas, preceptor de los hijos del príncipe de Galitzin y superior del Seminario de Teología de Münster, autor de numerosas obras de historia y ascética. En la diócesis era tenido por experto como director espiritual y estaba considerado como uno de los personajes más nobles de su época.

Integró una de las comisiones examinadoras eclesiásticas, y comprobó, con profunda mirada, que se hallaba ante un ser bienaventurado. Anotó sus impresiones. Al verlo por primera vez, Ana Catalina le dijo que lo conocía espiritualmente y lo adoptó como director de conciencia.

Monseñor Juan Miguel Sailer, teólogo jesuíta, bávaro, muerto en Ratisbona en 1832, fué profesor de la Universidad de Dillingen y autor de tratados de filosofía y pedagogía. Había tomado con gran entusiasmo la causa de Ana Catalina y admiraba sus virtudes. Fué quien acompañó a Clemente Brentano el día que se presentó éste por primera vez, recomendando a la vidente que le relatara sin temor sus revelaciones.

El conde Federico Leopoldo de Stolberg, poeta, novelista y diplomático alemán, muerto en Osnabrück en 1819, se convirtió al catolicismo con su mujer y sus hijos. Tradujo a su lengua *La Ilíada* y las tragedias de Esquilo. Fué tal la impresión que le causó su visita a Ana Catalina, relatada brevemente en un artículo, que influyó notablemente en su espíritu durante los últimos años de su vida. Después de su muerte, en una bellísima visión Ana Catalina lo vió en la gloria de los bienaventurados.

Pero fué sin duda Clemente Brentano el hombre que más decidida relación mantuvo con la vidente, a quien más hondamente conmovieron sus dones portentosos y quien fué el recolector de la mayoría de sus revelaciones. Nació en Francfort, en 1778, y murió en 1842. Fué famoso en toda Europa como poeta lírico de alta fantasía. Pertenecía a la escuela romántica. Viajó mucho y escribió novelas, comedias y zarzuelas. En Heildelberg se vinculó a Görres. Desde 1818 permaneció en Dülmen hasta la muerte de Ana Catalina, ocurrida en 1824. Fueron sus hermanos Cristiano y Bettina de Arnim.

VII. *CLEMENTE BRENTANO*

Contaba Ana Catalina cuarenta y cinco años, y hallábase, como siempre, postrada en cama, consumida por el dolor y las tribulaciones, cuando apareció Clemente Brentano en la humilde habitación que ocupaba en casa del molinero Limberg. Era la mañana del 24 de setiembre de 1818, día de Nuestra Señora de las Mercedes. Ella lo reconoció de inmediato, porque lo había visto imaginariamente: había orado por él, y sabía que era el hombre señalado por Dios para recoger sus visiones.

El poeta quedó profundamente impresionado a la vista de aquella criatura, bella como un arcángel, agotada por los sufrimientos, llena de suavidad encantadora, dueña de un vivaz talento y una intuición más que humana, que hablaba con sencillez de cosas sublimes. "Ella tiene mucho más que yo de mirada aguda, medida precisa y justo peso de las cosas", reconoció el poeta.

La contemplación de la excepcional mujer, sellada con las sagradas llagas de la Pasión, y la consideración de su fe ilimitada, de su conocimiento sobrenatural del mundo invisible y maravilloso, y de su clarividencia en las cosas humanas, conmovieron al Peregrino al punto de hacerle confesar humildemente: "Los admirables sucesos que he presenciado, la inocencia infantil, la paz, la paciencia y profunda sabiduría en cosas espirituales de la pobre e ignorante hija de un labrador, junto a la cual

surge ante mis ojos un como nuevo mundo, me causan vivo dolor; pues por ellos conozco el miserable estado de mi vida y mis propios pecados y confusión, y los caminos torcidos que sigue la mayor parte de los hombres, y me muestran con tan vivo esplendor los tesoros de candor, de fe y de inocencia, tan pronto perdidos, por desdicha, que no puedo menos de suspirar por ellos, y llorar lágrimas de arrepentimiento".

Aunque se había propuesto salir de Dülmen la semana siguiente, Brentano se vió obligado a permanecer al lado de la vidente, cuyo misterio le atraía con la fuerza de las cosas eternas. Se arrepiente de su turbia existencia pasada y formula el propósito de encarrilarse en la vida perfecta. Ella le ayuda a confesarse bien. Desde entonces el poeta romántico y aventurero entra, compungido y humilde, en el seno de la Iglesia Católica, cuya grandeza conoce por medio de la bienaventurada monja.

Bajo la presión de la gracia, junto a aquel ser maravillosamente dotado, entendiendo que se trata de una misión encauzada por Dios mismo, Brentano se propone pasar todo el tiempo necesario en Dülmen, para copiar lo que ella le trasmite. "¡Quiero esforzarme con toda mi voluntad y en cuanto me lo permitan mis fuerzas para recoger y conservar este tesoro de gracias que tengo bajo mis ojos!", exclama.

Se sienta con su cuaderno de apuntes a la cabecera de la enferma y comienza a trasladar al papel el mundo maravilloso que contemplan los ángeles.

Aunque el gran caudal de las visiones fueron dictadas a Clemente Brentano, es necesario advertir que parte de ellas fueron recogidas por otras personas de confianza de la vidente, tales como el padre Overberg, el deán Resing y el doctor Wesener.

Los escritos de las visiones de Ana Catalina Emmerick se difundieron rápidamente por Alemania y se tradujeron a diversas lenguas. Suscitaron polémicas apasionadas entre médicos y teólogos, como ha ocurrido siempre ante sucesos que no tienen explicación humana, y como se repitió en el caso de Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth. Hubo, naturalmente, defensores y detractores; pues se llegó a dudar de los estigmas y se discutió la veracidad de las visiones.

Las potencias de las tinieblas, contra las que Ana Catalina había luchado constantemente en vida, la siguieron después de muerta; mas no pudiendo ensañarse contra ella, porque Dios la había llamado a la gloria, se volvieron contra los escritos. El

enemigo promovió adversarios fuera y dentro del campo católico. Las polémicas trascendieron al extranjero. A fines del siglo pasado constituyó uno de los temas palpitantes de los círculos intelectuales de Francia. Todos leían las visiones y las hallaban admirables, insuperables para el ingenio humano. Los contradictores, empero, intentaban disminuir la eficacia que producían estos escritos en las almas piadosas. Y como nada podían hacer contra la monja, cuya santa vida estaba sellada con las llagas de Cristo, bajo el testimonio de la autoridad eclesiástica, se volvieron contra el compilador de las revelaciones y fraguaron toda suerte de sutilezas.

Las obras meritorias han sido siempre motivo de discusiones y escándalos. ¿No se dijo que los dramas de Shakespeare los había escrito Bacón? ¿No siguen algunos escépticos sembrando dudas sobre las preciosas *Florecillas de San Francisco?* ¿No continúa discutiéndose, después de varios siglos, la autenticidad de las profecías de San Malaquías, que establecen un lema para cada uno de los papas, hasta el último? ¿Y quiénes han sufrido mayor contradicción que los santos, que asemejáronse en esto al divino Maestro, cuya Iglesia ha sido y sigue siendo la piedra de escándalo de este mundo?

Toda acción trascendente crea polémicas y contradicciones. El diablo opone obstáculos a toda causa noble o santa, a fin de malograrla, si pudiere. La lectura y meditación de las visiones constituyen un arma poderosa contra el Príncipe de las tinieblas y las ponzoñas del mundo: de ahí el interés que tiene en empañarlas o disminuirlas. Empero, si la causa es de Dios, resistirá a toda prueba, y brillará, al fin, con el resplandor de la verdad.

Las acusaciones que se hicieron contra Clemente Brentano para desprestigiar los escritos, son las siguientes:

1º Que no se podía dar enteramente crédito a los escritos de un hombre que, por aventurero y pecador, carecía de autoridad; 2º, que con estas publicaciones Brentano sólo perseguía ambición y notoriedad; 3º, que se trataba de un poeta romántico, de fértil imaginación, por lo que no sería extraño que hubiera alterado los términos que la vidente le dictaba y aún añadido ideas propias para dar mayor novedad a las visiones.

Todo se reduce a esto. ¡Con objeciones tan mezquinas se pretende cubrir de sombras las sublimes revelaciones! Sé cuanto daño hacen en las almas las dudas y las ambigüedades. Por eso prefiero, según el criterio de los teólogos, aceptar todo aquello que produce bien y edifica, antes que rechazarlo con la crítica erudita e insincera.

Siempre ha habido simuladores e impíos que siembran la desconfianza entre la grey católica. Así consiguen realizar aquello que no puede hacer el enemigo declarado. Verdad que en el tiempo de la siega será separada la cizaña del trigo, y aquélla quemada y éste conservado; pero es triste que muchas obras laudables sean vistas con indiferencia y desaprovechadas por las almas buenas debido, a veces, a la acción de quienes por su autoridad no proceden con justicia.

Naturalmente, las personas de criterio formado no se dejan arrastrar de las argucias, aunque son muchas las que no teniendo capacidad de discernimiento son presas de la duda, con lo que se resta eficacia a los saludables efectos que produce la meditación de estos escritos, particularmente los relativos a la maravillosa vida de Jesús; como en sentido inverso ha legado al mundo, para daño de muchos, en un libro admirablemente escrito, aunque diabólicamente inspirado, el apóstata Renán.

Hablemos, sin embargo, serenamente, de Brentano, y veremos con qué facilidad se destruyen las falsas imputaciones.

Ciertamente era un poeta romántico, un aventurero, tal vez, un hombre inquieto y atormentado por la ficción del mundo; todo lo cual evidencia que había en él la pasta de un hombre excepcional. Había visto la luz el día de la natividad de la Virgen, el mismo en que también vió la luz Ana Catalina Emmerick; y aunque se alejó de la vida piadosa, durante su juventud, mantuvo siempre en su corazón el amor a la Madre de Dios.

A pesar de que su padre, un acaudalado comerciante de Francfort, quiso hacerlo un hombre de negocios, su vocación lo llevó hacia el arte. Tenía una inteligencia vivaz, un temperamento ardiente. Escribió novelas y obras de teatro; pero sobresalió principalmente en la poesía lírica, donde puso de relieve su alta inspiración y sentimiento. Asimiló las doctrinas racionalistas de su época. Viajó mucho. Vivía con el ánimo insatisfecho, le hastiaba la vanidad del mundo. Sentíase angustiado, deseoso de liberación. Buscaba una verdad que le satisficiera, como todas las grandes almas, a semejanza de San Agustín, en el siglo V, y de Pieter van der Meer, en el XX.

La vinculación con la estigmatizada de Dülmen cambió radicalmente el alma de Brentano. Él mismo lo ha confesado. Reconoció sus pecados, se humilló y entró contritamente en la Iglesia Católica. La influencia de Ana Catalina debió haber sido tan profunda como la que han ejercido los santos en las almas de sus conversos. ¡Cuántas veces él presenció sus éxtasis, cuántas

la asistió en sus agonías, en sus más acerbos dolores, aún después que todos la habían abandonado! Él vió sus lágrimas, oyó sus oraciones. conoció su alma sujeta voluntariamente a la expiación por amor de Cristo. Comprendió la excelencia del sacerdocio, la extensión de la Iglesia, el amor incomprensible de Dios por los hombres, hasta el punto de desear la vida religiosa como la más perfecta. Abandonó el arte profano para seguir el arte sagrado y la ascética. Murió purificado, dedicado a la piedad y al ordenamiento de los testimonios que le había legado la vidente. ¡Cómo no iba a tener autoridad un hombre de esta clase!

Añadamos un argumento decisivo. La autoridad eclesiástica había nombrado a tres personalidades para el estudio del aspecto teológico que presentaba Ana Catalina: Clemente Augusto de Drosde-Vischering, vicario general de Münster; el deán Bernardo Overberg, y el profesor Druffel, consejero de medicina. "La misma autoridad, representada por tan ilustrados sacerdotes —dice el padre Guillermo Jünemann— fué la que designó al ilustre escritor Clemente Brentano para apuntar las visiones de Ana Catalina".

Igualmente es fácil demostrar que Brentano, lejos de perseguir ambición y notoriedad, huía de ella Ya tenía fama nacional. Sus méritos de gran poeta y dramaturgo estaban sólidamente asentados. No le faltaba dinero, por otro lado. No hizo negocio con las ediciones. Ana Catalina falleció en 1824 y las primeras visiones que se publicaron en 1833, se referían nada más que a la pasión de Jesús. El resto, el gran conjunto de visiones, lo fué preparando pacientemente, documentándose en textos antiguos y códices, porque deseaba anotarlas seriamente. Dejó casi concluida esta labor, y murió en 1842, sin publicarla; tarea que debió realizar más tarde el padre Schmoeger. Como se ve, no podía ser ni la ambición ni la notoriedad, ni menos la codicia, lo que lo impulsaba.

Un hombre célebre como Brentano, solicitado en los centros artísticos y sociales de Berlín, no permanecería seis años en una pobre aldea, copiando visiones, con el sólo fin de conquistar una gloria quimérica. Y si al principio pudo aspirar a esa curiosa notoriedad, todo hubo de disiparse a medida que penetraba en el santuario invisible y misterioso de Dios y de la comunión de los santos, que hizo un día escribir al antiguo racionalista: "La Iglesia es infinitamente más que un conjunto de hombres que piensan de la misma manera; es el cuerpo de Cristo, que, como su cabeza, está esencialmente unido y se comunica constantemente con ella. Ahora conozco el inmenso tesoro de gracias y bie-

nes que la Iglesia tiene de Dios, tesoro que sólo por ella y en ella puede ser recibido".

La tercera objeción es la única que puede considerarse más seriamente: si todos los escritos son visiones auténticas de Ana Catalina, o si también hay algo de Brentano.

Ana Catalina hablaba en dialecto regional, y Brentano debía consultar ciertas expresiones que no entendía con claridad, para obtener su confirmación. Algunas visiones estaban relatadas parcialmente, desconectadas: era menester unirlas, darles forma y estilo. Otras veces había que completar los cuadros; e interrogaba el copista a la vidente, cuando se hallaba en estado normal, acerca de las escenas que había presenciado en éxtasis.

En ocasiones Brentano sólo podía reconstruir la escena cuando ella la describía de nuevo, y lo que no percibía en una visión, lo percibía en otra, como ocurrió con la extensa vida de Jesucristo, porque en cada éxtasis veía algo nuevo o recordaba pormenores significativos. Con todo, había momentos en que la vidente, a causa de su extremada postración física, veía algo confusamente, olvidaba nombres, circunstancias y, a veces, el sentido de los sucesos trascendentales. Ella decía lo que veía y oía, tal como lo entendía; y cuando no lo veía ni oía ni entendía con claridad, también lo declaraba ingenuamente. Algunos cuadros importantísimos quedaron inconclusos, como aquella visión de la catedral de San Pedro, en la época del Anticristo, donde ilustres personas señalan un pasaje de la Biblia, que la vidente no recuerda.

Para esta labor ardua, dificilísima, se requería la pluma de un escritor de talento e imaginación, que captara las resonancias misteriosas del mundo invisible.

Respecto de las dificultades con que tropezaba el escritor para coordinar y redactar dignamente, conviene tener en cuenta el elevado juicio que emitió Dom Gueranger en 1860, cuando se publicó la versión francesa: "He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen, y no dudo que esta idea será compartida por todos aquéllos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, con igual interés, y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aun concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada".

El padre Schmoeger, que tuvo en sus manos los originales manuscritos, había hecho ya una cuidadosa revisión, desechando aquello que le parecía ambiguo o que pudiera haber sufrido mo-

dificaciones. Dijo que Brentano había trabajado con honradez, tratando de mantener siempre la fidelidad del dictado, y reconoció que "poseía la rara sinceridad y la fuerza de ánimo necesaria para conservarlo todo intacto y sin el mínimo cambio de variaciones, para que tanto sus lamentaciones cuanto sus alabanzas sirviesen de testimonios en favor de la sierva de Dios".

Se alegará que a veces Brentano no copiaba exactamente las mismas palabras, o que alterara o sustituyera los términos. Si esto ocurriera, debemos admitir, en tal caso, que hubo respetado el sentido de la visión sin detrimento de la verdad. Nosotros sabemos que lo que vale no es la letra, sino el espíritu, la significación. Si un hecho no está descripto con las palabras originarias, pero expresan lo mismo, vale, en sustancia, tanto como el relato original. Si, además, está expresado en atractivo estilo, gana el conjunto en eficacia.

Los cuatro autores de los Evangelios consignan la doctrina y las obras de Jesús con distintas frases. ¿Vamos a sostener, por eso, que no dicen lo mismo? Sería una temeridad. Hay Evangelistas, además, que cuentan lo que otro omitió, o completan lo que otro dejó inconcluso. ¿Vamos a deducir, de aquí, como los racionalistas, que no guardan unidad? De ningún modo. Dicen lo mismo porque conservan igual sentido; mantienen la unidad porque existe en ellos análoga sustancia.

Es lo que acontece con Brentano. En cuanto a la versión del dialecto, éste ha tratado de ser lo más fidedigno posible, aun cuando admitamos que haya expresado las ideas e imágenes con fluidez y elegancia. San Jerónimo, que tradujo del griego y el hebreo al latín las Sagradas Escrituras, confesó que lo hacía teniendo en cuenta más el sentido que la letra, y prefería la elegancia cuando no alteraba la verdad. Dijo: "No debemos traducir palabra por palabra, a fin de que mientras seguimos las sílabas no perdamos la inteligencia".

Brentano pudo cambiar el giro literario, emplear sinónimos elegantes y aún añadir adjetivos, por su condición de escritor, para presentar dignamente la obra; pero ha dejado intactos los hechos genuinos. ¡Porque nadie podrá exigir, oh sofistas, que la doliente estigmatizada se expresara con la sintaxis y la retórica que establecen los cánones gramaticales!

Santa Teresa de Jesús y María de Jesús Agreda escribieron sus revelaciones por obediencia y porque podían consignarlas con sus propias manos. Ana Catalina no podía hacerlo, consumida y martirizada como estaba por los dolores y los continuos éxtasis. Era menester copiar lo que relatara, ordenarlo y ponerlo en

limpio. Ella no quería tampoco relatarlas, por humildad o porque le causaban molestias: solamente lo hizo por mandato divino.

Alguien tenía que escribir. Un sacerdote no era el más indicado, por su carácter y las condiciones azarosas de la época. Sólo un escritor, y mejor todavía un poeta, con sentido de la Verdad y de la Belleza, que al mismo tiempo supiera apreciar y amar aquel caudal de gracias celestes, podía recoger el legado de Ana Catalina. ¿Acaso no ha dado Dios a los poetas las más delicadas intuiciones? ¿No fué poeta David, el rey profeta, autor de los inspirados salmos, que cuentan, antes de realizarse, los dolorosos pasos de la redención de Jesús?

Las objeciones contra estos escritos carecen de consistencia mirados desde el punto de vista sobrenatural. Un depósito de revelaciones, tan grande y sagrado, no podía provenir sino de Dios. El mismo Señor, que mandó expresamente a la vidente que fueran consignadas, velaría para que tuviera los instrumentos adecuados. Y fué Él quien dispuso, en definitiva, que Brentano acometiera la empresa, acaso porque sabía que nadie podía hacerlo mejor.

No debemos decir, pues, que Brentano debió proceder de modo diverso del que procedió, porque los escépticos de igual manera le hubieran censurado que no habría procedido correctamente. Y si el Señor dispuso, o permitió, que los hechos se produjeran como se produjeron, ¿a qué vienen las objeciones estériles?

Ana Catalina había visto visionariamente a Brentano como al hombre predestinado para esa misión. "Con frecuencia se ha presentado en mis visiones —le dijo a Brentano— un hombre de rostro moreno, que parecía estar escribiendo a mi lado; y cuando usted entró por primera vez en mi habitación, me dije: Este es aquel individuo".

Y como adelantándose a quienes criticarían más tarde al poeta por haber osado tomar esa tarea, añadió en otra ocasión, dos años después de conocerlo: "Este hombre no escribe las cosas por sí mismo: tiene la gracia de Dios para ello. No lo puede hacer otro mejor que él; lo hace como si él mismo lo viera".

Otro día dió testimonio de la honestidad con que procedía Brentano al referirse a la estigmatizada Magdalena de Hadamar. "La he visto frecuentemente padecer tentaciones por visitas, estorbos y falsa veneración, que la ponían en peligro de estimarse por algo. Sus comunicaciones fueron muy engrandecidas, y esto le traía mucho pesar, según ella misma me lo dijo. He visto, en efecto, a su confesor escribir; pero no anotaba bien, y expresaba

más sus propias maravillas que los hechos en sí mismos. Pensé, entonces, en los escritos del Peregrino acerca de mis visiones, y vi que él no mostraba admiración, y comúnmente escribía menos de lo que yo había visto, porque yo no podía decirlo todo y porque nunca narró lo que no supiera bien".

La vidente conocía mejor que nadie, con su clarividencia, las primitivas imperfecciones de Brentano, y veía el proceso posterior de su conversión. Si él fuera un mistificador no hubiera copiado cosas que le desfavorecieran, como lo ha hecho. Ella le descubría secretos que no podían halagarle, sino avergonzarle, y él los copiaba honradamente.

"Debes rogar al Peregrino —le dice la Voz, y ella repite—: que sea humilde y paciente. Debe vencer su propia obstinación y tú debes insistir en que esto se haga seriamente". Y al hablar de la oración le señala francamente sus defectos. El Peregrino, le dice, "recita sus oraciones con ansiedad, una después de otra, lo más brevemente posible. A menudo veo toda clase de malos pensamientos por su cabeza; tienen la apariencia de bestias extrañas y feas. No las retiene ni se apega a ellas, pero tampoco las desecha con presteza".

"Es demasiado cierto", reconoce humildemente Brentano.

¿Qué mejor disposición de ánimo puede desearse? El poeta romántico y pecador se fué transformando así, poco a poco, bajo la suave presión de la sierva de Dios, que veía gradualmente cómo iban mejorando las imperfecciones hasta la completa conversión.

Nada afecta a la integridad de una obra la circunstancia de que el autor haya sido un gran pecador. San Pablo, San Agustín, Juan Papini, fueron grandes pecadores, y después de su conversión han dado mucha gloria a Cristo y a la Iglesia. Los conversos apasionados toman la causa con más amor que los que siempre han vivido dentro de la fe.

Afortunadamente son pocos y mediocres los detractores de Clemente Brentano. En el afán por desacreditarlo, han llegado a combatirlo con detalles ridículos, a veces con los testimonios desleales de los mismos adversarios. Las apreciaciones que hizo el doctor Rave contra Brentano, en 1879, carecen de seriedad, porque este médico era protestante, y Ana Catalina denunció su malicia cuando intervino en la comisión investigadora civil designada para estudiar los estigmas, y dijo que él la "calumniaba para complacer al gobierno del Aguila".

El instrumento más eficaz que ahora se exhibe contra el poeta de Francfort, es el libro escrito por el agustino Winfried

Huemphner. En este alegato, agregado al proceso de la beatificación de Ana Catalina, después de reconocer las virtudes heroicas de la sierva de Dios, que de ningún modo hubiera podido desconocer, el autor discute la seriedad de las notas que Brentano puso en los relatos de las visiones.

Obsérvese que las impugnaciones se refieren a las notas personales de Brentano, y no a las mismas visiones. Brentano trabajó muchos años consultando y documentándose en textos antiguos que se refiriesen a sucesos históricos trascendentes revelados por Ana Catalina, a fin de verificarlos. Tan eruditas notas son de carácter puramente ilustrativo, y así han procedido siempre los más serios exégetas católicos, aunque citaran el Corán y los Evangelios apócrifos.

Aumenta la inconsistencia de los contradictores la ligereza con que juzgan cosas importantes y la falta de consideración de la circunstancia siguiente: la mayoría de las notas de Brentano aparecieron en las ediciones publicadas después de la muerte del poeta. Brentano había separado los apuntes, deslindándolos de los relatos, y acaso querría corregirlos o verificarlos mejor antes de darlos a la imprenta. El padre Schmoeger, superior de la Congregación del Divino Redentor, autoridad inatacable, respetó, sin embargo, la mayor parte de dichas notas, y las publicó junto con los textos originales.

En base al alegato de Huemphner otros escribieron después, no sólo para cebarse injustamente en Brentano, sino en las mismas visiones, desviando la cuestión consciente o inconscientemente. El origen de estas temerarias imputaciones es, por otra parte, reciente: datan de 1923, fecha demasiado lejana, como se ve, de la época en que se produjeron los hechos.

No soy el primero que tiene el honor de salir en defensa de estas maravillosas visiones. Se han escrito muchos libros y artículos en diversos países. El Dr. Hermann Cardauns publicó en Colonia, en 1915, una notable defensa de las revelaciones y refutación de las impugnaciones contra Brentano. El padre Ruland escribió su libro *Life of Anne Catherine Emmerick and its critics* en respuesta a otro contrario de un teólogo americano. En 1930 el padre Johann Seidl publicó su formidable *Vergessene und Verleugnete Wahrheiten,* con las verificaciones documentadas de las más importantes revelaciones.

Si hubiere uno de orientarse por el juicio de los hombres, obsérvese antes si quien lo emite se halla autorizado por su virtud y su ciencia. Cerciórese, además, si ha leído las visiones; por-

que ocurre frecuentemente que muchos opinan sin haber leído siquiera la obra, pecando, de este modo, por juicio temerario.

Véase, entonces, cuán menguados son quienes contradicen o arrojan sombras a estos escritos, y cuán noblemente inspirados están aquéllos que los alaban y aconsejan. Entre los que se han referido con elogio, reverencia, amor y adhesión, figuran el venerable Arnoldo Janssen, fundador de la Congregación de los Padres del Verbo Divino; Juan José de Görres, notable apologista alemán, autor del celebrado libro *Die Christliche Mystik;* Dom Próspero Gueranger, Abad de los Benedictinos de Solesmes; León Bloy, gran polemista francés; Paul Claudel, el mejor poeta católico moderno; Pieter van der Meer, el autor holandés de *Nostalgia de Dios;* el Cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, que aprobó la edición norteamericana; monseñor Augusto M. Toeble, obispo de Covington; Daniel García Mansilla, ex embajador argentino en España y el Vaticano.

Finalmente, cualquier acusación contra Brentano, con algún asidero, nunca podrá menoscabar el mérito de la obra, pues queda intacto todo el mundo, inmenso y maravilloso, admirablemente presentado, que durante tantos años y en medio de las más increíbles contrariedades, reveló la divina mensajera. Y si, después de todo lo dicho, resultare que las visiones no fueran de Ana Catalina sino de Clemente Brentano, debería ser tenido éste por hombre sobrenaturalmente asistido por Dios en grado eminente.

VIII. *COMPROBACIONES IMPORTANTES*

Los que tienen fe, no necesitan otras pruebas que los ecos del alma, a la cual Dios habla e ilustra calladamente. Pero es grato, aún para el creyente, verificar de diversos modos la verdad de las cosas que permanecen escondidas.

Las señales más importantes de la asistencia divina en todo escrito, son tres: la fiel vinculación que mantiene con los textos canónicos; la comprobación de hechos históricos desconocidos, y el cumplimiento de los anuncios proféticos.

Estas tres condiciones extraordinarias se observan en las visiones de Ana Catalina Emmerick.

1º En ningún caso contradicen las revelaciones de las Sagradas Escrituras, ni la pura tradición mantenida por la Iglesia a través de los siglos.

Téngase en cuenta que sus visiones del Antiguo y Nuevo Testamento son muy extensas y minuciosas; contienen hechos.

nombres y circunstancias que no figuran en la Biblia, donde una creación puramente humana fallaría; y que aquí, por el contrario, esclarecen o complementan pasajes que en el sagrado texto aparecen oscuros o incompletos; tales como, entre muchos, la caída de los ángeles antes de la creación, el alejamiento del Paraíso terrenal, el carácter de Melquisedec, los antecedentes de los Reyes Magos, el maravilloso Monte de los Profetas, la comunidad de los esenios y numerosas fases de la vida del Redentor.

2º Para la comprobación de episodios históricos ignorados, citaremos solamente dos importantísimos.

Según las visiones, la Virgen fué conducida por San Juan Evangelista a Efeso, después de la ascensión de Jesús, donde vivió muchos años e hizo las estaciones del *Via crucis*. Teresa Neumann lo corrobora; aunque dice que la Virgen vivió en Efeso del año 35 al 49, y que pocos meses antes de su fallecimiento volvió a Jerusalén. Brentano omite este último dato, por ignorarlo o por inadvertirlo. Lo cierto es que, según la tradición, la Virgen vivió en Efeso muchos años, y Ana Catalina describe la casa donde habitaba, con pormenores extraños, como el de la sección posterior, que en varias ocasiones la ve redonda en la parte alta y angulosa en la parte baja, o "que en la trasera tiene forma semicircular o triangular". Brentano copió fielmente este detalle, sin entenderlo ni comprobarlo. Durante las excavaciones realizadas en el Asia Menor a fines del siglo pasado, el 25 de agosto de 1894 se hizo el siguiente descubrimiento, al hallarse en Efeso la casa descripta por la vidente: en la trasera del edificio "la parte superior del muro era interior y exteriormente redonda, y la inferior angulosa y triangular", anota el padre Guillermo Jünemann en el prólogo de su obra.

La segunda prueba extraordinaria se refiere al retrato de Jesús llegado a manos del rey Abgar, de Edesa, que se ha tenido siempre como legendario. Ana Catalina cuenta, en resumen, que el rey Abgar, enfermo, envió con un pintor un mensaje a Jesús, donde le rogaba que acudiera para curarlo, y en caso de que no accediera, le tomase un retrato. Mientras Jesús predicaba, el artista esbozó una imagen mediocre. Jesús lo llamó, leyó el mensaje, pidió agua, se lavó el rostro, y se enjugó con un lienzo, que entregó al pintor, diciéndole que lo imprimiera sobre el retrato esbozado. Al hacerlo éste y retirar el lienzo, comprobó, maravillado, que la imagen se había transformado, pareciéndose notablemente al Redentor. Llevó el re-

trato milagroso, con la respuesta de Jesús, al rey Abgar, el cual sanó y adoró la imagen todos los días de su vida.

Esto, que parece fábula y escandalizaría a un cristiano racionalista, es pura verdad. Se sabe que la imagen de Jesús, llegada a manos del rey Abgar, ha existido. Antes de la Edad Media se tenían noticias de ella, como de otros testimonios sagrados de altísimo valor. Acaba de actualizarlo el presbítero Johann Seidl en su meritísima obra.

El papa Gregorio II escribió en el siglo VIII al emperador León el Isáurico: "Mientras Jesús predicaba en el Jordán, oyó Abgar, rey de Edesa, las maravillas de Jesús, y le envió una carta. Cristo mandó al rey la respuesta y con ella su rostro santo juntamente. Envía, pues, allá alguno y conocerás cuán grandes masas de pueblos del Oriente se reúnen allí y rezan ante la imagen pintada no por mano del hombre".

San Juan Damasceno dice en su obra sobre la Fe (IV, 16): "Hace mención la historia que Abgar, rey de Edesa, mandó a un pintor en su nombre que pintara la efigie del Señor, y como éste no lograba hacerlo por el resplandor que manaba del rostro del Señor, el Señor mismo se acercó el lienzo a su divino rostro y quedó su imagen impresa, y esta imagen envióse al rey Abgar para satisfacer su deseo".

Añade el padre Seidl: "El II Concilio de Nicea (VII concilio general del año 787) menciona la efigie de Abgar y se apoya en el historiador Evagrio. Todos los padres expresan su conformidad. Uno de los presentes declaró delante de trescientos cincuenta obispos del concilio: "Cuando yo, con los empleados reales, llegué a Siria, fuí a la ciudad de Edesa, y ví allí la santa imagen".

Otras notables verificaciones de las revelaciones hechas por Ana Catalina Emmerick se encuentran en la mencionada obra del padre Seidl, en dos tomos, *Vergessene und Verleugnete Wahrheiten* (Verdades olvidadas y negadas), editada en Styria, Graz, en 1930.

3º Respecto del cumplimiento de las visiones proféticas podemos mencionar las siguientes:

La descripción que hizo de la masonería, fué plenamente confirmada más tarde por el Papa León XIII en la encíclica *Humanum genus,* del 20 de abril de 1884.

La moderna teoría científica del astrónomo español Isaías Araujo, según *La Prensa* del 17 de marzo de 1944, concuerda en gran parte con la visión que Ana Catalina tuvo del sol, en

cuanto a que declara que es opaco y frío, y que la luz y el calor se proyectan en una especie de corona gaseosa fuera del disco solar.

Vió el advenimiento del racionalismo como un niño sabihondo, entremetido y lisonjero, que engañaría a mucha gente, induciéndola a error; y vió al laicismo y a los matrimonios mixtos, que traerían lágrimas sin cuento al cabo de cien años.

Vió la guerra civil española, con sus incendios, matanzas y profanaciones; los modernos bombardeos aéreos, en una época en que no se conocía el avión; el desastre de Italia, y a Alemania rodeada por un cinturón rojo.

Añádanse a estas comprobaciones el sello sobrenatural que se observa en ciertas manifestaciones, la clarividencia, el conocimiento de la más alta teología, de las ciencias ocultas, del magnetismo y del espiritismo naciente, la penetración de los corazones, la previsión de las consecuencias de determinadas enseñanzas o acciones, y no habrá reparos en colocar a Ana Catalina entre los más preclaros teólogos.

Al oír en el Purgatorio que una mujer hebrea se hubiera bautizado, si conociera la verdadera fe, dice: "Experimenté el alegre presentimiento de que ninguna alma se perdería de aquéllas que sólo por ignorancia no conocían a Jesús, aunque no tuviesen un determinado deseo de conocerlo, siempre que no viviesen en graves pecados".

Después de referirse a la organización de las sociedades secretas y a sus designios contra la Iglesia Católica, expresa: "Aquí está el mal sin mezcla de bien; ésta es la comunión de la gente *non sancta*. No puedo declarar con palabras cuán abominables son y cuán perniciosos y vanos los intentos de esta asociación desconocida en gran parte por sus mismos adeptos".

Poseía una admirable intuición psicológica. Luego de aludir al fiel criado de una familia francesa, que era esbelto, ligero y flexible, comenta: "Nunca he podido sufrir a los hombres rígidos, inmóviles y lentos. Muchas veces creo que las almas de los hombres activos se conmueven más fácilmente".

Leía los más íntimos y fugaces pensamientos. A Brentano le había adivinado sus secretos; y cierto día en que el poeta pensaba en la muerte de ella y recordaba que un Papa había mandado cortar la mano de una bienaventurada muerta, Ana Catalina se lo descubre, sonriendo: "Usted está pensando en mi muerte y quiere cortarme una mano".

Sabía la severidad con que serían castigados los sacerdotes indignos: "Los dedos de los sacerdotes serán reconocidos en

el Purgatorio y en el Infierno, y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán".

Yo nunca había podido comprender por qué Satanás tentó a Jesús en el desierto, si, sabiendo que era Dios, no podría vencerlo. Luego de expresar Ana Catalina que el diablo dudaba de la divinidad de Jesús, porque lo veía sufrir y mortificarse como hombre, añade: "Pregunté una vez interiormente cómo pudo suceder que Satanás desconociese en absoluto que Jesús era Dios. Recibí acerca de esto instrucciones maravillosas y bellas, y ví muy a las claras cómo el no saberlo Satanás ni los hombres, y el tenerlo que aprender a creer era, para estos últimos, de provecho incomprensible. Una palabra que recuerdo me dijo el Señor: "No supo el hombre que la serpiente que lo sedujo era Satanás. Por esto no ha de saber tampoco Satanás que es Dios quien ha redimido al hombre". Vi también que Satanás no conoció la divinidad de Cristo antes que Él libertara a las almas de los infiernos".

Veía la superviviencia de los santos en los lugares donde reposan sus huesos, que siguen ejerciendo influencias de bendición y amor. Al aclarar la extensión del valor de las reliquias, ilustra teológicamente: "Son reliquias los miembros de un santo perdidos antes de su conversión, como toda la humanidad anterior a la venida de Cristo está redimida por Él".

Ana Catalina revela que el nacimiento de Jesús tuvo lugar antes de completarse el año 3997, y que nuestra era no comenzó después del 4000. Por lo tanto, esos cuatro años fueron olvidados. ¿Quién podrá negarlo?

¿Y quién podrá negar su aseveración de que el cáliz empleado por el Señor en la última Cena es el mismo en el cual Melquisedec ofreció sacrificio de vino delante de Abrahán, quien lo conservó, y después se extravió, y que un día aparecerá nuevamente?

¿Y quién podrá discutirle que la gruta donde lloraron su desdicha Adán y Eva, al ser expulsados del Paraíso terrenal, no es la misma del Huerto de los Olivos, donde Jesús padeció la agonía; divino misterio, según el cual allí donde se refugiaron a expiar nuestros padres pecadores, allí se refugiara a expiar Quien había de redimirlos?

¿Y quién podrá contradecirle que la crucifixión de Cristo se realizó encima de la calavera de Adán, y que el Calvario señala el centro del globo terráqueo? ¿Y quién desmentirá su afirmación de que el mundo se acabará el día que se comple-

te el número de los elegidos, que será igual al de los ángeles caídos?

Es tan grande el caudal de revelaciones, éstas son a veces tan importantes y sorprendentes, que los teólogos carecen de documentos suficientes en que apoyarse para comprobarlas o rechazarlas. El serio investigador se abstiene de contradecirlas, si no las acepta; o bien las acepta a la luz de su conciencia y de las escasas pruebas existentes.

Algunas sólo podrán comprobarse mediante el conocimiento que otra persona santa haya recibido de Dios. En este caso tendríamos el notable ejemplo de la actual estigmatizada Teresa Neumann. También ésta ha tenido visiones, con la diferencia de que mientras las suyas son breves y las oye en arameo, lengua extinguida, que no entiende, las de Ana Catalina son más extensas y las oye en su propio idioma. Resulta, empero, admirable que la vidente de Konnersreuth confirme con sus contemplaciones numerosos datos, no consignados en los Evangelios, que ve igual que Ana Catalina. Ejemplos: San José acompañaba a la Virgen cuando visitaron a Santa Isabel, en Juta; la Sagrada Familia, sedienta, descubre una fuente de agua oculta en Matarea, Egipto; María Magdalena es hermana de Lázaro y Marta, y tiene en casa otra hermana de la cual nadie habla; el hijo de la viuda de Naím, resucitado por Jesús, se llamaba Marcial y fué más tarde uno de los discípulos; la cruz donde fué clavado el Redentor, tiene la forma de Y, con los brazos levantados; una niña acompañaba a la Verónica llevando un vaso de vino cuando enjugó el rostro del Señor; el Cireneo llevaba ramas en las manos e iba con dos hijos suyos cuando lo llamaron para ayudar al Salvador a cargar la cruz; después del descendimiento, la Virgen extrajo con dolor y ternura las espinas clavadas en las sienes de su divino Hijo; Nicodemo compró la túnica inconsútil, confeccionada por María, sobre la cual los soldados echaron suertes; el incrédulo Tomás no estaba presente cuando falleció la Virgen, y, a su pedido, los apóstoles abrieron el sepulcro, descubriendo que el santo cuerpo había desaparecido.

IX. *LAS EDICIONES*

La primera edición de las revelaciones se publicó en 1833, nueve años después del fallecimiento de Ana Catalina Emmerick. Como se ve, tardó bastante Brentano en dar al mundo conocimiento de este tesoro espiritual, y lo hizo, finalmente,

estimulado por numerosos amigos, particularmente por el obispo de Ratisbona, monseñor Wittmann.

Esta edición contenía una biografía de la sierva de Dios y se titulaba *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. El libro alcanzó un extraordinario éxito de librería, que obligó a numerosas reimpresiones, y fué traducido a diversos idiomas. Brentano había tenido especial cuidado de que esta parte de las visiones apareciera con la dignidad que correspondía a tan augustos pasajes de la vida del Señor.

Preparó luego pacientemente las visiones del Antiguo Testamento, de la vida de la Virgen y del resto de la vida pública de Jesucristo; pero no llegó a publicarlas. Murió en 1842; y la edición apareció diez años después, en 1852, bajo la dirección del padre Carlos E. Schmoeger.

El padre Schmoeger apreció en todo su valor la trascendencia de las revelaciones; revisó los originales redactados por Brentano y dió a luz, en 1858, una nueva edición con el Antiguo Testamento, la vida completa de Jesucristo y la biografía de los apóstoles y de numerosos santos y mártires.

Finalmente, el mismo ilustre religioso publicó, en 1870, la extensa y admirable *Vida de Ana Catalina Emmerick*, en tres volúmenes, donde incluyó el resto de las visiones generales, siguiendo los manuscritos originales de Brentano, redactados en forma de diario.

En 1881 apareció un volumen acerca de la redención, titulado *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre María*, de la cual hizo una edición especial, en 1911, el padre Guillermo Jünemann, con la aprobación del arzobispo de Friburgo, impresa por los libreros pontificios Herder.

Como se ve, Clemente Brentano sólo dió a publicidad una parte de las visiones: la referente a la pasión de Jesucristo. Tuvo muchos años delante para publicar el resto; pero no lo hizo, acaso no lo pudo hacer. Pasó bastante tiempo ordenándolas y documentándose para verificar muchas extrañas revelaciones de carácter histórico; y de ello son frutos sus eruditas acotaciones. La muerte lo sorprendió sin llegar a publicarlas, lo que demuestra la honestidad con que manejaba este depósito celeste, y desvirtúa la mezquina imputación de que persiguiera notoriedad y vanagloria.

El presbítero E. de Cazalés, vicario general de Versalles, tradujo al francés la mayoría de las ediciones alemanas, incluso la extensa biografía. De la parte relativa a la pasión de Jesucristo se han impreso en francés más de treinta ediciones. La

obra fué vertida posteriormente al castellano, al inglés, al italiano y al portugués, siempre, naturalmente, con la autorización eclesiástica.

Refiriéndose a la edición francesa decía Dom Gueranger, abad de Solesmes, en 1860: "Lo que sorprende en Ana Catalina y mueve a asentir con lo que dice en las relaciones de la vida de Jesús, es la riqueza inagotable, que sobrepasa toda posible suposición humana. Ante esta maravillosa e inagotable obra, no puede uno dejar de exclamar: *Digitus Dei est hic!* (El dedo de Dios está aquí)".

Aludiendo a la versión inglesa, escribió monseñor Gross, arzobispo de Oregón, Estados Unidos: "Es una obra maestra en su género, y su publicación será saludada con indecible entusiasmo por nuestros hermanos, los católicos de Alemania y Francia".

El cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, manifiesta, al aprobar la edición norteamericana de las visiones, que "Pío IX, de feliz memoria, tiene de ellas una idea tan alta que él mismo mandó hacer una traducción italiana de la edición alemana que se le había entregado, para que ambas salieran al mismo tiempo".

Respecto de las versiones en castellano sólo conocemos *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* editada en Madrid, en 1865, y reimpresa muchas veces; *Pasión y Muerte del Divino Redentor* y la *Vida de María Santísima,* editadas en Barcelona, en 1916, y la *Vida de Jesucristo y de su Santísima Madre* y la *Vida de la venerable Ana Catalina Emmerick,* estas dos últimas editadas en Berlín, por Herder, en 1910 y 1911. Es digno de lamentarse que estas cuatro últimas ediciones estén resumidas.

En 1944 aparecieron en Buenos Aires dos ediciones: *Las revelaciones de la pasión y muerte de Jesús* y la *Vida de María Santísima,* editadas por Difusión, también ambas incompletas; y la *Vida de la Santísima Virgen,* editada por Espasa Calpe, completa, con prólogo de J. B. de Levillier.

Con todo, quedaba sin conocerse en castellano el mayor caudal de las visiones de Ana Catalina, que todavía no han sido vertidas en toda su extensión a ningún idioma.

Esta importante tarea, con la edición de las visiones y revelaciones completas, la realiza por primera vez en Buenos Aires la Editorial Guadalupe, bajo la dirección de los Padres del Verbo Divino, quienes se hacen de este modo intérpretes del profundo respeto que sentía el venerable Arnoldo Janssen hacia la vida y las visiones de Ana Catalina. El santo fundador halló en estos escritos una fuente admirable de prácticas piadosas y de conoci-

mientos teológicos que le yudaron a penetrar con mayor lucidez en los arcanos divinos.

Porque las visiones generales, de interés extraordinario, son muy extensas y abarcan temas universales humanos y divinos, cuyos capítulos tratan los siguientes asuntos, aparte de las vidas completas de Jesús y de la Virgen: autobiografía de Ana Catalina Emmerick; visiones de sus amigos y enemigos; visiones del Cielo, del Purgatorio y del Infierno; visiones de los astros y de los elementos naturales; visiones del Antiguo Testamento; visiones de la Santísima Trinidad, de la Eucaristía y del poder sacerdotal; visiones del año litúrgico; visiones de la Iglesia triunfante, purgante y militante; visiones de los ángeles, de los demonios y de los espíritus planetarios; visiones del Papa y de la Iglesia Romana; visiones de las sectas, de los cismas, de las herejías y de las sociedades secretas; visiones de premios y castigos de ultratumba; visiones del Monte de los Profetas, de una comunidad hebrea en Abisinia y de diversos países; visiones del racionalismo, del magnetismo, de matrimonios mixtos, de pecados y de conversiones; visiones de los santos antiguos y modernos, de los mártires, de los confesores y de estigmatizados contemporáneos; visiones de reliquias sagradas; visiones de guerras, hambres, naufragios y devastaciones; visiones proféticas de los tiempos actuales y futuros; visiones del Anticristo y de sus persecuciones; visiones del triunfo de Cristo y de la restauración de la Iglesia.

X. *EL SELLO SOBRENATURAL*

Como hijo sumiso de la Iglesia dejo a su infalible magisterio la definición respecto de las virtudes heroicas de Ana Catalina Emmerick, cuya beatificación ha sido incoada en Roma en 1899.

Someto mi juicio al suyo inapelable acerca de la asistencia divina en las revelaciones, en concordancia con lo que la misma sierva de Dios humildemente declaró: "Jamás he creído otra cosa que lo que Dios ha revelado y la santa Iglesia Católica nos propone como cosas de fe; y a mis visiones no he atribuído nunca el mismo valor que tienen las verdades reveladas".

Empero, de acuerdo con la libertad personal y el honrado discernimiento en el estudio meditado de la vida y la obra de Ana Catalina, creo que, a mi leal saber y entender, la estigmatizada de Dülmen puede contarse entre los seres privilegiados por Dios más grandes habidos desde la Edad Media hasta los tiempos actuales.

Me apoyo en la consideración de estos siete sobrenaturales dones que poseyó en grado eminente:

1º *Virtudes heroicas de santidad y caridad.* Las tentaciones diabólicas, los padecimientos por amor de Dios y de la Iglesia, las oraciones, trabajos y expiaciones por el prójimo, los tuvo en grado excelso como los mayores santos.

2º *Los sagrados estigmas de Cristo.* Las señales y los efectos de la corona de espinas en la cabeza, la herida de lanza en el costado y la perforación de los clavos en las manos y en los pies, los tuvo a semejanza de San Francisco de Asís y de otras almas bienaventuradas.

3º *Clarividencia.* Veía las cosas ocultas y los sucesos a larga distancia, distinguía lo bueno de lo malo, adivinaba los pensamientos recónditos y tenía noción de las cosas sensibles desde su nacimiento.

4º *Bilocación.* En ciertas ocasiones hallóse en dos lugares distintos, no sólo espiritualmente sino corporalmente; ejemplos: su presencia en el sepelio de los restos del abate Lambert, en un caso, y su asistencia a una enferma, en otro, mientras se hallaba postrada en su lecho.

5º *Discernimiento de las reliquias.* Ella misma lo declaró y lo demostró: "Se me ha dicho que ninguna persona tuvo jamás el don de discernir las reliquias en el mismo grado en que a mí se me ha concedido". Pocos santos han gozado de esta prerrogativa.

6º *Percepción sensible de lo sobrenatural.* Percibía con sus sentidos el influjo y el mérito de la bendición sacerdotal, de las manos consagradas, del agua, de las campanas y de los objetos bendecidos, como asimismo de los sacramentos y de las oraciones.

7º *Visiones teológicas, históricas y proféticas.* Lo mismo que en el discernimiento de las reliquias, nadie fué tan favorecida como ella en las visiones del Universo, del Antiguo y Nuevo Testamento, del año eclesiástico, del poder sacerdotal, y de los sucesos históricos pasados, presentes y futuros, hasta el Anticristo y la restauración de la Iglesia.

Por otra parte, las visiones de Ana Catalina reúnen cinco condiciones inestimables que les imprimen el sello de la veracidad y genuinidad:

1º No hay en ellas contradicción alguna con las verdades consignadas en la Biblia ni en la tradición oral de la Iglesia.

2º Son ortodoxas, conforme con la sana doctrina, las buenas costumbres y el sentido común católico.

3º Se conexionan y complementan admirablemente con las Sagradas Escrituras y la historia eclesiástica.

4º Ilustran acerca de los misterios divinos, de los sacramentos y de los preceptos, y esclarecen puntos oscuros insuficientemente definidos por teólogos y exégetas.

5º Obran el bien, sin mezcla de mal, en las almas, y excitan a un más perfecto amor de Jesucristo.

Como vemos, estos escritos no contienen nada contrario al dogma ni a las virtudes teologales. No sólo no contienen nada contrario a la doctrina católica, sino que la confirman, la alaban y la proponen como necesaria. Sostienen cuanto enseña la Iglesia, inclusive muchas prácticas olvidadas o relegadas que florecieron durante el esplendor religioso de la Edad Media.

Se honra en forma inefable al Santísimo Sacramento; se reconstruye la historia de su devoción, y se esfuerza por acrecentar el amor a la divina Presencia. Con amorosa piedad se muestra el sacrificio de la Misa y sus santos efectos; y con tristeza se descubren los defectos de los celebrantes, que son reparados espiritualmente.

La visionaria goza con las obras de misericordia, se horroriza con las impiedades, se compadece con la desesperación de los pecadores. Enaltece la paciencia de los santos y el heroísmo de los mártires. En todo está concorde con la Iglesia en grado sublime.

Ni se puede alegar que haya aquí algo del Maligno, con ser tan extenso lo que hay. Uno de los distintivos más valiosos es cabalmente la firmeza con que están señalados el mal y sus consecuencias, y la exposición diáfana de numerosos misterios oscuros y profundos. Esta fué una de las grandes verdades que comprobó Pieter van der Meer, a quien León Bloy aseguraba que las visiones le ayudarían a comprender muchos aspectos difíciles en materia religiosa.

Es un poderoso auxiliar en la lucha contra el enemigo del género humano, a quien desenmascara en sus múltiples facetas. En ninguna parte he conocido mejor el carácter de las sociedades secretas que trabajan bajo la inspiración diabólica: su constitución, sus ritos, sus propósitos, sus actividades con la colaboración de muchos incautos, meros instrumentos, que ignoran los fines siniestros que persiguen.

En el tercer tomo de su valiente obra *La conjuration antichretienne,* el teólogo francés Henri Delassus, dedica varios capítulos a estudiar las visiones de Ana Catalina referentes a la Francmasonería. Verifica gran parte de ellas sobre las maqui-

naciones de la Alta Venta en Europa, y dice que, de acuerdo a sus investigaciones, el "hombre negro" a que se refiere la vidente, el misterioso personaje que urde intrigas perversas contra la Iglesia, era miembro de una embajada acreditada ante la Santa Sede, conocido en las logias con el seudónimo de *Nubius*.

Es humanamente imposible decir y obrar, en medida y en precio, lo que dijo y obró Ana Catalina. Es demasiado grande todo esto para tomarlo con ligereza. Reflexionemos seriamente. No nos engañemos. En todo lo que hay sello de santo se entremete el diablo con el intento de hollarlo o menoscabarlo, y siempre encontrará agentes eficaces que se presten a colaborar en sus designios de confusión. Los santos y sus obras han sido perseguidos siempre, a imitación del divino Maestro: San Pablo fué encarcelado; San Francisco, apedreado; Santa Ana María Taigi, vilipendiada; Don Bosco, tenido por loco. ¿Había de ser menos que tan selectas almas la doncella de Dülmen? He aquí, pues, la explicación teológica de la acción de sus contradictores, sea cual sea la forma de ataque adoptada, ya contra la vidente, ya contra sus visiones, porque el fin perseguido es el mismo.

Dios permite que se discutan estas revelaciones, como ha permitido que se discutieran los dogmas en los tiempos de las herejías, para probar la fe de los cristianos y confundir a los incrédulos.

Los frutos producidos por este árbol, son buenos. De ello dan testimonio innumerables almas que se enmendaron, que se convirtieron, que reavivaron su fe, que conocieron y amaron mejor a Cristo. La virtuosa mediación de Ana Catalina ha conseguido la conversión de numerosos personajes ilustres que se allegaron a ella, entre éstos el mismo Clemente Brentano, el médico Guillermo Wesener y el conde de Stolberg.

Ana Catalina era el vaso adecuado preparado para anunciar al mundo, en estos tiempos decisivos, muchos prodigios que contribuyeran a conmover saludablemente a las almas. Cierta vez que se quejaba de las dificultades que tenía para referir sus visiones, en medio del sopor de las dolencias, el Señor le dijo por boca de su ángel: "Dirás de ellas lo que alcances. No puedes ni podrás nunca contar el número de las almas que algún día han de leer lo que digas y consolarse, y despertar, y recogerse a la vida devota".

En una aparición la Virgen también la exhortó a relatar sus visiones lo mejor que pudiera, asegurándole que las almas sacarían mucho provecho de ellas.

XI. *TESTIMONIOS FAVORABLES*

Hay quienes opinan que tal vez resulte inconveniente que los fieles crean en estas revelaciones con la misma certeza que las verdades reveladas por la Iglesia. No estamos ciertamente obligados a creerlas de igual modo que a los textos canónicos. Mas, ¿qué peligro hay en aceptarlas, o en aceptar, por lo menos, lo que nos parece bueno? Ninguno. Lo único que exige la Iglesia es que no contengan nada contra el dogma ni las buenas costumbres. Por lo contrario, como lo hemos demostrado, todo aquí es ortodoxo, equilibrado, fidedigno, bello, piadoso y excitador del bien.

¿Será que algunas visiones no sean verdaderas? Aun admitiendo que no lo fueran, ¿qué mal hay en ello?

¿Son ciertas las parábolas de Jesús? Cierto es lo que puede llegar a serlo. Pudo haber ocurrido lo que puede ser concebido. Y si, al fin y al cabo, todo ello es verdadero y hermosamente cierto, como yo creo, ¿no habremos hecho mal retaceando a los hombres estos nuevos medios de perfección?

Siempre será preferible llenarse la cabeza de bellas y edificantes leyendas, que recuerdan las divinas historias de los bolandistas, aunque no estén aprobadas canónicamente, antes que de ficticios dramas y novelas, meros productos de la humana fantasía, de que están inficionadas las modernas generaciones.

"Menor peligro hay en creer y recibir lo que con alguna probabilidad nos refieren personas de bien, cosa que no sólo no está reprobado por los doctos, sino que sirve a la edificación del prójimo, antes que rechazarlo todo con espíritu temerario de desprecio", dijo San Pedro Canisio.

Y a quienes alegaren que sólo debe aceptarse lo que ha sido interpretado y aclarado por los Doctores de la Iglesia, en lo que se refiere a las Sagradas Escrituras y al universo teológico, responde Pío XII, en su reciente encíclica *Divino Afflante Spiritu*, declarando que en materia religiosa hay muchas cuestiones libradas a nuevas interpretaciones:

"Porque tengan en primer término ante los ojos, que en las normas y leyes dadas por la Iglesia, se trata de la doctrina de la fe y costumbres; y que entre las muchas cosas que en los Santos Libros, legales, históricos, sapienciales y proféticos se proponen, son solamente pocas aquéllas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, ni son muchas aquéllas de las que haya unánime consentimiento de los Padres. Quedan, pues, muchas, y ellas muy graves, en cuyo examen y exposición se puede

y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos, a fin de que cada uno, conforme a sus fuerzas, contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia".

Dios utiliza infinitos medios para dar salud a los hombres. En todos los siglos, según las necesidades de la época, suscita santos, órdenes monásticas, celestes apariciones, nuevas actividades y devociones destinadas a reavivar el fervor. Las revelaciones de Ana Catalina constituyen uno de esos grandes medios modernos.

¿Hemos de atenernos solamente a lo que se halla consignado en la Biblia, desechando todo el tesoro espiritual que ha ido acumulando posteriormente la Iglesia? En esto procederíamos como el pueblo judío, que sólo acepta el Antiguo Testamento, clausurándose las puertas de las gracias evangélicas. Hemos visto, por lo demás, según la autorizada palabra del Papa, que todavía no han sido interpretadas justamente todas las dificultades de los sagrados textos.

Dios es creador, y crea constantemente, y sostiene lo creado, y lo manifiesta gradualmente para salud de los hombres. ¿Quiénes somos nosotros, criaturas suyas deleznables, para poner límites a su poder creador, para pensar que ha cerrado su poder revelador, que es al mismo tiempo una manifestación de su misericordia? Por eso habrá obras nuevas, santos y portentos nuevos; y todavía un cielo nuevo y una tierra nueva serán creados, en todo lo cual glorificaremos la omnipotencia de Dios.

Verdad es que todavía la Iglesia no se ha expedido oficialmente acerca de las visiones de Ana Catalina. Mas no es absolutamente indispensable su fallo.

En muy contados casos emite declaración la Sede Romana sobre escritos que tratan temas sobrenaturales, acerca de los cuales no posea un dictamen definitivo, dejando su aceptación a la honrada libertad de los fieles. La Iglesia no aprueba fácilmente los milagros y las profecías. Sólo las Sagradas Escrituras son canónicamente infalibles. Muy pocos autores bienaventurados que refirieron nuevas revelaciones tienen la aprobación eclesiástica. Los sueños proféticos de Don Bosco, eminente santo, no cuentan con esa aprobación, no obstante que gran parte de ellos se han cumplido. ¿Vamos a rechazarlos, por eso, cuando sabemos que se hallan apoyados en su vida heroica y santa? Así como con Don Bosco, ¿por qué no tendremos una actitud semejante con Ana Catalina, cuyas visiones están conformes con el sentir de la Iglesia y algunas de sus profecías se han cumplido?

A los eruditos racionalistas y a los directores de conciencia les persuadirá mejor, seguramente, el autorizado criterio de Santo Tomás de Aquino, que expresa categóricamente: "Impío y escandaloso sería negar, sin examen y en conjunto, los milagros que se dicen obrados por los santos de Dios, y las revelaciones que se dicen hechas a ellos, aunque no sean aún aprobados por la Iglesia como dogmas".

La circunstancia de que Ana Catalina no haya sido aún canonizada, carece de valor probatorio. Hay muchos hombres y mujeres de virtudes heroicas, que no están canonizados. Tomás de Kempis, autor de la incomparable *Imitación de Cristo*, no está canonizado, y nadie le negará santidad. Si Santa Teresita del Niño Jesús no hubiera escrito su admirable historia, acaso no habría sido canonizada, pues su extraordinaria vida transcurrió en el silencio del claustro.

Aunque la Sede Romana no haya dado su veredicto oficial, acoge, sin embargo, con veneración todo lo relacionado con Ana Catalina, y recomienda la lectura de sus visiones y meditaciones, según el testimonio irrecusable del embajador Daniel García Mansilla, devoto de la estigmatizada de Dülmen, que dijo: "Puedo asegurar que cuando me encontraba en Roma, en representación diplomática del gobierno argentino ante la Santa Sede, muchos personajes de la Curia, entre ellos monseñor Pizzardo, hoy Cardenal, mi venerable amigo, recomendaban el texto de *La Dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* según las visiones de Ana Catalina Emmerick, para meditación durante la Semana Santa".

Teresa Neumann, la estigmatizada de Konnersreuth, refiriéndose a Ana Catalina, ha dicho en tiempos de Pío XI: "Este Papa no dirá nada de ella; el que le sigue dirá poco; mas el que le sucederá hablará mucho".

Llegará el día en que Ana Catalina será exaltada, y la suya será una exaltación gloriosa. Dios la reserva para la hora propicia. Será exaltada muy alto, porque se había humillado muy bajo. Será coronada con las almas seráficas que rodean a Cristo, porque poseía los secretos del Rey.

El que es de Dios, conoce las cosas de Dios; el que no es, no las conoce. Para el que no cree, es en vano hablar. El obstinado no creerá ni aun frente al milagro. La incredulidad tiene doble faz: una vez es ignorancia; otra, peligrosa presunción. Los fariseos no creían en la divinidad de Jesús, después de la curación del ciego de nacimiento; y la misma resurrección de Lázaro fué motivo para que desearan darle muerte. ¡No podemos preten-

der, pues, que todos crean en los estigmas y en las visiones de Ana Catalina!

Hay quienes alegan que la vidente relata cosas extrañas, que conoce, porque existen documentos; otros, que las ha inventado, porque faltan documentos para comprobarlas. ¡Si hay documentos, carecen de mérito; si no los hay, no pueden ser aceptadas!

Algo semejante censuraban los fariseos a Jesús cuando arrojaba a los demonios. Si no los echaba, no tenía poder de Dios; si los echaba, obraba por medio de Belcebú. ¿Y qué otra cosa puede responderse a esta generación descreída sino lo que el mismo Jesús les contestó: *Todo reino dividido en bandos quedará destruído, y toda casa se derrumbará. Pero si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino?*

Si Ana Catalina no tuviera la inspiración de Dios, la tendría del diablo; mas si así fuera, ¿cómo es que toda su obra va contra el diablo?

Es peligroso poner en manos de algunas personas cosas de mucho precio, porque las estropearán; como hay seres a quienes debiera prohibírsele tocar asuntos sagrados, porque las perlas no deben darse a los cerdos.

Verdad que no todos pueden entender el sentido a veces oculto. Se necesita disposición espiritual, sencillez. Por eso quienes no tienen muchas luces deben atenerse al juicio de personas autorizadas. No puede apreciar la grandeza de las visiones quien está inficionado del espíritu del siglo, del necio racionalismo que pretende someterlo todo a la fría experimentación, que ni en el milagro ve nada sobrenatural, porque no tiene fe, cuando la fe no se somete a la investigación ni a la curiosidad.

Este libro no es para el temerario ni para el soberbio, que anteponen la ciencia del mundo a la del cielo. Este libro es para el humilde, para el temeroso de Dios, para el que ama la Verdad y prefiere la vida del espíritu, que perdura, a la de la carne, que fenece.

En estas ricas fuentes han abrevado muchos poetas y escritores, que hallaron nuevos motivos para originales creaciones. Inspirados en las visiones de Ana Catalina Emmerick se han escrito poemas, relatos y novelas, entre otros, *El Mártir del Gólgota,* del español Enrique Pérez Escrich; *María de Mágdala,* de la alemana Ana de Krane, y *Horizontes perdidos,* del inglés James Hilton.

Por lo que a mí respecta, creo en la autenticidad de las visiones de Ana Catalina Emmerick. Me inspiran el más profundo

respeto. Han infundido paz y consuelo a mi espíritu. Han avivado mi fe. Me han hecho aquilatar mejor el precio de las cosas divinas y aclarado conceptos difíciles en materia religiosa. Me han acercado más a la Iglesia Católica y al Papa.

A través de ellas he conocido el valor de la Misa como viva recordación del Calvario, la admirable comunión de los santos, el poder sacerdotal, la urgencia de sufragar por las almas del Purgatorio. He conocido el mundo ilimitado y luminoso de la Iglesia, con su magnificencia en el cielo, y sus imperfecciones en la tierra, las cuales, empero, son suplidas de modo sobrenatural. He conocido mejor, a través de estas imágenes, vivientes y cálidas, ilustradas con piadosas meditaciones, el insondable amor de Cristo hacia los hombres, la entraña teológica de la redención, los inconcebibles tormentos del Verbo humanado, morales y físicos, en el huerto, en el juicio y en la crucifixión.

No sucede con ésta, como con otras obras, que el interés decae o es el mismo. A medida que avanzamos en la lectura hallamos renovada atracción, caudales de sabiduría, tesoros escondidos. Aprendemos cosas altas y profundas, alegres y bellas. Nos admiramos, nos desconcertamos inefablemente al asomarnos al abismo de los secretos de Dios.

Amo estas visiones porque a través de ellas veo mejor la omnipotencia de Dios, veo lo invisible, lo inenarrable; veo el reino infinitamente amable de la gloria, ante la cual son deprimentes sombras los más brillantes resplandores del mundo.

Compruebo con alegría que así lo han visto y creído, antes que yo, quienes tienen ojos y mente para ver y creer, las preclaras figuras del siglo pasado y de éste, que leyeron estas visiones y las amaron, prelados de la Iglesia, escritores y artistas, almas piadosas de todos los pueblos civilizados.

El teólogo Augusto Rohling dice en su importante *Medulla Theologiae Moralis* acerca de estos escritos: “A mi juicio, el sacerdote que los lea con detenimiento, sentirá encenderse en su alma tal celo por la salvación del prójimo y por la suya propia, que difícilmente podrá perderse”.

El doctor Guillermo Wesener, confesó, refiriéndose a Ana Catalina: “Esta mujer ha despertado en mí la confianza en Dios y me ha conducido a la práctica de la oración, aligerando no poco, de esta suerte, la carga que sobre mí pesaba y que hacía más profunda mi natural melancolía”.

Monseñor Federico Windischmann, vicario general de Münster, dijo: “Este libro cumple la misión de mostrar la verdadera figura de Jesús crucificado al pueblo cristiano. Sólo en el día

del Juicio Universal se podrá medir cuánta cosecha ha traído esta semilla, y lo que Ana Catalina ha conseguido con sus dolores, oraciones y visiones por el triunfo de la Iglesia de Jesucristo".

"No conozco otras revelaciones que sean más ricas, más profundas, más estupendas y arrebatadoras en su género como las visiones de Ana Catalina Emmerick", declaró Juan José de Görres en su tratado de mística citado.

"Los escritos de Ana Catalina Emmerick respiran un espíritu tan profundo de fe y un amor a Dios tan generoso, que su piadosa lectura debe producir un tesoro de bendición y de edificación en los fieles", expresó el obispo de Covington, monseñor Augusto M. Toeble.

León Bloy decía que si la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* por el padre Schmoeger, fuera leída "por veinte personas en cada diócesis, Dios cambiaría la faz del mundo".

Y su amigo, el escritor holandés Pieter van der Meer de Walcheren, estampó en su diario de conversión: "Leo esta historia estremeciéndome de emoción. Descubro a cada instante nuevas maravillas en el Catolicismo. Lo veo como una catedral espiritual, infinitamente bella, a donde mi alma puede penetrar. Me resulta tan evidente que sólo por medio de la Iglesia se conoce el recto camino que lleva a Dios... Bloy tuvo razón al decir, cuando me prestó este libro, que me ayudaría enormemente a ver claro, a comprender mejor muchas cosas oscuras".

XII. *INVITACION*

Escribía San Pablo a los tesalonicenses: *No apaguéis el espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno.*

A los sinceros, a las almas sedientas de Verdad, a los hombres de buena voluntad invito a leer esta maravillosa obra. No juzguéis antes de conocerla. Leed y meditad para tener cabal conocimiento de ella. Después, aceptadla o no; mas *abrazad lo que es bueno.* Es cosa segura que os conmoveréis saludablemente; que aprenderéis cosas que no por portentosas son menos ciertas; que se os abrirán vuestros ojos a un reino inmenso y esplendoroso, más que un reino de hadas, que no podrá menos de ser amado, porque es el reino de Cristo.

En los años que corren, sensuales y febriles, en una sociedad roída por las discordias, donde se ha enfriado la caridad como signo del final de esta generación, no encuentro, para el alma desengañada y atribulada, libro más consolador, después de las

Sagradas Escrituras, que el de las revelaciones de Ana Catalina Emmerick. Su lectura produce una fuerza misteriosa para aventar la fe bajo la ceniza, para estimular la misericordia hacia el prójimo agobiado, para acrecentar la esperanza, en medio de las incertidumbres terrenas, por la vida eterna. llena de paz y de luz.

Precisamente para este siglo minucioso, escrupulosamente avizor, ávido de novedades fuertes, se avienen estos escritos tan detallados, tan diáfanos, tan ilustrativos y cautivadores.

Dios dispuso que se difundieran ahora estos conocimientos, antiguamente tal vez innecesarios, porque había mucha fe, pero hoy indispensables, porque hay poca fe. La tierra está fría, desolada y oscura. Rápidamente avanza la humanidad hacia una zona tenebrosa. Parecen azotar el aire los siniestros aletazos del amo del mundo. Ya claman los falsos profetas pretendiendo señalar los modernos cristos a los hombres. Acaso estemos en los umbrales de la gran apostasía de que habla San Pablo. En el horizonte cercano se perfilan los rasgos del hombre de perdición, que seducirá a las masas con sus prodigios y desencadenará la percecución universal

Es hora de fortalecerse con los dones instituídos por Jesucristo. Es menester abrevar renovadamente en las siempre frescas fuentes de los sagrados textos. Estas meditaciones resultan, después de aquéllos, orientadoras y salvadoras.

Al fin de cuentas, después de la atenta reflexión de las cosas del mundo, descubriremos que lo que vale es lo espiritual. Hacia los misterios divinos debemos orientar nuestras mejores aspiraciones. Y en la tierra, sólo en la Iglesia Católica se vive lo sobrenatural y eterno.

Bienaventurado el hombre que me oye, y vela a mis umbrales cada día, y está de acecho en los postigos de mi puerta, dice el Señor en los Proverbios.

¡Oh Dios incomprensible y grande! ¡Bendito seas, porque dispusiste que una mujer muy débil y dolorida, como una cosa que se deshace en tus manos, llevara los sagrados estigmas de tu divino Hijo, y fuera el mensajero que nos revelara los maravillosos arcanos del universo infinito! ¡Te alabo, Señor, porque descubriste a los humildes y ocultaste a los poderosos las magnificencias de tu gloria!

JUAN CARLOS MORENO.

JUICIOS AUTORIZADOS

COMENTARIO A LA VIDA DE JESUCRISTO

por Dom Próspero Gueranger

La autoridad de Don Próspero Gueranger, abad de la Abadía de Solesmes, es universal. Nació en Francia en 1805 y falleció en 1875. Es autor de los Anales Litúrgicos, *en 9 tomos, y de una biografía de Santa Cecilia. Trabajó intensamente por la restauración del canto gregoriano. El siguiente comentario fué publicado en* Le Monde, *el 15 de abril de 1860.*

Tras larga expectativa estamos finalmente en posesión de la primera parte del precioso manuscrito que ha dejado Clemente Brentano, conteniendo la colección de las visiones de Ana Catalina Emmerick sobre la vida de Jesucristo.

El abate Cazalés, a quien la Francia le debe el conocimiento de las conmovedoras narraciones sobre la amarga Pasión, como sobre la vida de la Virgen Santísima, continúa introduciéndonos en las maravillosas narraciones de la vidente alemana, al dar al público, como siempre, una fiel y notable traducción de esta nueva obra, la cual es aún más admirable que las dos primeras.

Los lectores de nuestro extenso trabajo sobre *La Mística Ciudad de Dios,* los cuales nos dieron muchas veces ánimo para proseguir nuestro estudio sobre este hecho tan notable del siglo XIX, recordarán, sin duda, la comparación que hemos señalado entre la extática española y la alemana. Hemos reconocido la primacía de Ana Catalina en vista de la riqueza y los detalles en la narración de los hechos, mientras la colocamos inferior a María Agreda en cuanto a la grandeza de las ideas. Ambas llevan el carácter propio de las visiones sobrenaturales. Las contradicciones que de tanto en tanto se pueden señalar entre ambas videntes, no pueden desprestigiar el conjunto de las revelaciones. Hemos mostrado cómo en los escritos de estas dos almas santas se pueden señalar a veces innocuos errores, ya sea porque en este mundo sólo les ha iluminado la mente una luz parcial o que ellas, vueltas a la realidad de esta vida común, se esfuerzan en reconstruir aquello que en el éxtasis han visto o han recibido como revelación.

He dicho que la vida de Jesús me ha parecido aún más extraordinaria que la amarga Pasión y la vida de la Virgen y no dudo que esta idea será compartida por todos aquéllos que piensan en la imposibilidad en que se encontraría cualquier escritor, si tuviera que narrar, día por día, y con igual interes y con la más grande verosimilitud, la vida de una persona, aun concedido que le fuera sumamente amada y grandemente estimada.

¿Y qué fuera si al mismo tiempo cuidara en ese escrito la más exacta topografía de todos los pueblos, lugares que su Héroe recorre, si descubre todas las costumbres y usos y la vestimenta en todos sus detalles narrando los episodios pequeños y los grandes de tantos ca-

racteres, ricos y variados de las personas en escena, durante tres años completos y sin notarse en todo ello ni un rastro, no digo de invención, pero ni siquiera de esfuerzo en la narración de los hechos?... ¿Y qué diremos si el ordenador de semejante drama es una sencilla campesina del corazón de Europa, sin ninguna idea de las costumbres del Oriente, de las cuales, sin apartarse un ápice, describe y pinta superando el pincel de un artista y la ciencia de un arqueólogo?...

¿Y qué pensar, finalmente, si el Héroe de esta admirable odisea no es otro que el mismo Hijo de Dios, del cual son conocidos los hechos principales por los Evangelios, el cual, sin embargo, nos es mostrado aquí en los menores detalles de su vida escondida, sin que se pueda descubrir ni una sola discordancia que pudiera provenir de una débil, humilde y mortal narradora?...

Pero es cabalmente esto lo que han alcanzado a demostrar con éxito completo los dos primeros libros con que ha enriquecido nuestro idioma el abate Cazalés.

Bossuet reprochaba a María de Agreda que narraba día por día la vida de Jesús y de María y de esta minuciosa narración sacaba la consecuencia de que tales narraciones eran falsas. Yo he demostrado, si esto es un reproche, la sinrazón de su afirmación y he demostrado que la vidente española está muy lejos de poder ser tachada de narradora superficial.

Pero lo que en Ana Catalina sorprende y convence es precisamente la riqueza inacabable de sus narraciones, que aparta toda sospecha de personal superchería en esta obra de la vida de Jesús. Este carácter de la narración ha causado ya gran impresión cuando aparecieron *La Dolorosa Pasión* y *La Vida de la Virgen;* pero aquí se ha superado toda expectativa y no puede uno dejar de exclamar ante tal inefable obra de arte: *Digitus Dei est hic.*

No debemos, pues, admirarnos de que el Rvmo. Obispo de Limburg haya creído dar su aprobación al libro, que se justifica a sí mismo, y en la publicación del cual se puede sin dificultad ver una disposición de la Divina Providencia, que se ha dignado consolar a los católicos de Alemania, en medio de las horrendas blasfemias que contra los santos Evangelios se han dicho y aún se repiten, puesto que aquí se ponen ante los ojos materiales, puede decirse, la verdad de los hechos que narran los Evangelios.

Con seguridad podemos afirmar que Ana Catalina tuvo una misión que cumplir. Dios no da sin un especial motivo los extraordinarios dones que se han manifestado en ella. No es sin motivo que ha suscitado en el seno de Alemania a Ana Catalina, precisamente ante el desborde de un aterrador ateismo cual ningún otro país ha tenido que soportar. Merecían un consuelo esos fieles hijos de la Iglesia, esas nobles y sencillas almas, las cuales, sin ser siquiera tocadas, no se dejaron desviar por los descabellados sistemas de un Semler, Strauss, Ewald, Bauer, y otros semejantes; sistemas erróneos que sólo tenían un brillo ficticio y que acabaron en las profundidades de las tinieblas.

En otro lugar he señalado los designios de Dios en tales revelaciones y como ellas están muy conformes con las directivas de la santa Iglesia. En cuanto a la fe que se les ha de dar, no crean ellas ninguna obligación de fe; con todo, constituyen un medio muy poderoso para mantener y aumentar la vida cristiana.

APROBACION DE LA EDICION NORTEAMERICANA
por el CARDENAL JAIME GIBBONS

Nació en 1834 y falleció en 1921. El cardenal Jaime Gibbons fué arzobispo de Baltimore y primado de los Estados Unidos. Es autor de la importante obra THE FAITH OF OUR FATHERS *publicada en 1871. Reproducimos el texto de su aprobación a la edición norteamericana de la biografía de Ana Catalina.*

Las primeras palabras del prólogo de la edición inglesa de la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* nos muestran ya que miles de personas en Alemania, Italia y Francia están familiarizadas con los episodios de esa vida, mucho antes que el público inglés.

Sé que Pío IX, de feliz memoria, tenía de ellos una idea tan alta que él mismo mandó hacer una traducción italiana de la edición alemana que se le había entregado, para que ambas salieran al mismo tiempo.

Mientras leemos el prólogo, encontramos nombres como los de Clemente Augusto von Droste-Vischering, coadjutor de Münster y luego arzobispo de Colonia; Miguel Sailer, obispo de Regensburg, y su santo coadjutor, monseñor Wittmann, uno de los más grandes prelados de nuestro tiempo; el sabio y piadoso deán Overberg, director del Seminario de Münster; el abad Haneberg, obispo de Speyer; Dom Guéranger, abad de Solesmes; Federico Windischmann, vicario general de Münster; el profesor Alban Stolz, de Friburgo; el canónigo A. Urbas de Saibach; monseñor J. N. Neumann, cuarto obispo de Filadelfia; monseñor Toeble, obispo de Covington, y, finalmente, el mismo autor, reverendísimo padre Carlos Erardo Schmoeger, que ingresó en 1850 a la Congregación del Santísimo Redentor, siendo sacerdote de mucho saber. A estos nombres debemos añadir los de los Condes de Stolberg y de José Görres, el cual, aunque no es sacerdote, adquirió fama por su ciencia teológica y su sano juicio, de modo que sus palabras son consideradas como oráculos en estos días. Este mismo afirma en su gran obra *La mística cristiana:* "No conozco otras revelaciones que sean más ricas, más profundas, más estupendas y arrebatadoras en su género como las visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick".

Con el fundamento de estos testimonios, unánimes en juzgar la veracidad de la venerable Ana Catalina Emmerick y la gran estima que merecen sus revelaciones, como por el propio convencimiento del gran beneficio que se podrá extraer de la lectura piadosa de la obra titulada *La vida y la dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Madre;* no nos detenemos en aprobar y poner nuestra firma junto a las de Pedro José, obispo de Limburg, y de Ignacio, obispo de Regensburg, que acompaña la edición alemana. y a la de nuestro hermano, monseñor Gross, arzobispo de Portland, Oregón.

EL MAS GRANDE DE TODOS LOS POETAS

por León Bloy

El gran polemista francés, muerto en 1917, cuyos libros cobran notable actualidad, era un férvido admirador de las visiones de Ana Catalina. De su obra Mon Journal, *entresacamos dos fragmentos: el primero es parte de una carta dirigida al escritor católico dinamarqués Juan Joergensen, reproducida en la revista literaria danesa* Tilskueren, *de Copenhague; el segundo es un conciso comentario a la biografía del padre Schmoeger.*

¿Os he dicho que la hermana Ana Catalina Emmerick, la vidente estigmatizada de Dülmen, es, a mis ojos, el más grande de todos los poetas, sin excepción? Es tan grande y tan poeta que, cuando pienso en ella, todo desaparece.

¡Qué recuerdo aquél el de mi primera lectura de su *Dolorosa Pasión!* Sucedió uno o dos años antes de la atroz guerra francoalemana. Era yo muy joven y tan pobre que hasta las paredes del sótano fétido donde habitaba parecían alejarse de mí. El anterior locatario había huido vencido por las arañas, las escolopendras y los gusanos. La humedad era tal que los hongos, desgraciadamente incomestibles, crecían sobre mis diccionarios.

Amueblada por una cama de hierro que hubiese espantado a un vagabundo, por una mesa de cocina que pudo haber tenido algún equilibrio durante el Terror, y por un viejo pupitre carente de patas que conservo piadosamente todavía, mi covacha parecía inmensa, tanto había en ella rincones hostiles donde jamás penetraba la luz.

Fué ahí donde, hallándome enfermo un día de Cuaresma, leí, por primera vez, este libro extraordinario. Yo no tenía mucho más de veinte años, y no recuerdo otra cosa sino que hubo un torrente de delicias, una lluvia de lágrimas. ¡Me vi exactamente en mi lugar, en el polvo y en la basura, y sentí pasar sobre mí la Belleza divina!

Abril 15. Para consolarme de Naundorff, inicié la lectura de la *Vida de Ana Catalina Emmerick,* por el padre Schmoeger, tres volúmenes traducidos del alemán, que por fin pude adquirir, y que había deseado largo tiempo. Si fuese leída por veinte personas en cada diócesis, Dios cambiaría la faz del mundo.

PROLOGO DE LA VIDA DE ANA CATALINA EMMERICK
por Carlos E. Schmoeger

El padre Carlos Erardo Schmoeger, fué provincial de los Redentoristas de la Alta Alemania. Creemos innecesaria toda otra referencia para significar su severidad y autoridad. Fué quien divulgó la mayoría de las visiones y quien escribió le bellísima Vida de Ana Catalina Emmerich, *en 1870, cuyo prólogo publicamos a continuación. Es de gran utilidad porque explica la forma en que ha procedido con los originales inéditos de Clemente Brentano.*

Ana Catalina había calificado la colección de las notas del Peregrino como "un jardín ricamente plantado, pero sin caminos para entrar y recorrerlo". Ya desde marzo de 1820 ella había narrado esta visión notable debido a su maravillosa realización. "Me encontré en un jardín plantado por el Peregrino. Había nacido gran cantidad de flores, de plantas y hierbas tupidas y fresquísimas: pero el Peregrino lo había plantado de un modo tan tupido que no había allí ningún camino para andar dentro. El Peregrino me condujo dentro de la pequeña casita del huerto en torno al cual había plantado muy espesos berros amargos"...

Más tarde repitió varias veces: "He visto el jardín del Peregrino; muchísimas cosas nacieron allí y crecieron; pero no hay dentro ningún camino; está plantado de un modo demasiado tupido, pero debe ahora seguir y cosechar"... Otras veces: "He visto el jardín plantado por el Peregrino tan tupidamente, que solamente él conoce un camino para penetrar; los otros se lamentaban de no poder entrar ni moverse allí dentro. Ese jardín estaba junto a un país estéril. En la entrada había un rosal de rosas guarnecido de espinas. El Peregrino y los demás hubieran querido recoger esas rosas, pero se punzaban los dedos en las espinas. He visto a uno que quiso valerosamente romper unos ramos de rosas, pero se pinchó de tal manera que comenzó a gritar".

Estos cuadros no podían ser más precisos y extraordinarios. El camino por el cual el Peregrino sólo podía entrar en el jardín que había plantado tan tupidamente, representa los siete días de la semana durante los cuales él recogía y juntaba sin trabazón ni distinción lo que observaba en Ana Catalina, lo que ella le contaba de sus visiones, las varias sensaciones que en él producían estas participaciones, y, además, como él se encontraba molesto, ofendido o tratado por las personas que más cercanamente lo circundaban y por varios visitantes con los cuales se encontraba junto al lecho de la enferma, y finalmente las propias circunstancias y la de sus amigos más íntimos. Esta materia mezclada con tantos elementos. forma la sustancia y el contenido de sus notas, de los cuales el autor de esta vida debía escoger cuanto podía servir a su fin y objeto. El Peregrino no podía, por lo demás, formar otro criterio anticipadamente, mas que el de referirlo todo del modo más fiel posible. Por otra parte, la vida íntima y la actividad espiritual de Ana Catalina constituían, para él, un misterio, de las cuales podía conocer solamente lo que ella con la aprobación de sus directores espirituales,

los padres Overberg y Limberg, le comunicaban; así él anotaba todo esto lo mejor que las circunstancias se lo permitían y reservaba lo que le parecía oscuro o ininteligible para lo futuro y para más profundo examen.

El autor se ha atenido, entonces, en todo lo que ha tomado de los apuntes del diario, lo más fielmente que ha podido a la letra de los escritos del primer momento. Por otra parte, era solamente el menor número de visiones lo que a primera vista y de una vez podía ser referido por Ana Catalina al Peregrino y por él recogido y puesto por escrito en el momento. Seguían luego los complementos, las añadiduras, los cambios, en gran número; pero esto sucedía, muchas veces, en días muy alejados de los de la primera transcripción. Por esto el autor solamente ha podido encontrar la clave de un cuadro o de una visión, después de largas y penosas confrontaciones, en una posterior manifestación de la vidente, apenas observada y anotada por el Peregrino, o con el medio de una escrupulosa comparación con otras visiones anteriores o posteriormente contadas. Esto sucede especialmente a propósito de la importantísima visión de la mansión de bodas, que parece ser el centro y punto medio de toda la actividad sobrenatural y visional de Ana Catalina. El Peregrino jamás pudo tener idea clara de este cuadro; pero afortunadamente había conservado tantas manifestaciones y tantas expresiones de Ana Catalina acerca de este asunto, que después de indecibles fatigas le fué posible al autor penetrar en la profunda inteligencia de esta visión. Sólo entonces se encontró en grado de poder concebir y ver el orden interno, la distribución y la significación de la desmesurada actividad de las obras de esta alma elegida en favor de la Iglesia entera y de cada uno de sus miembros, para poder desarrollar y contar la historia de esta vida.

En esta ocasión debe el autor hacer notar que tanto en el primero como en el segundo volumen ha referido todos los hechos y acciones de la infancia, de la madura juventud y de la sucesiva edad de Ana Catalina, acudiendo a las fuentes indicadas en el texto, esto es, a las notas del doctor Wesener y del Peregrino, que conservaban y transcribían con cuidado toda noticia que conseguían de ella misma, del confesor, de las antiguas hermanas y de otras personas próximas a ella, acerca de las íntimas circunstancias de su vida entera. Además de esto, se ha encontrado en el caso de tener a su vista un número grande de cartas del Peregrino, no publicadas aún, escritas desde el comienzo de su estada en Dülmen hasta pocos días antes de su muerte y dirigidas a personas que sobre todas las otras poseían su confianza, su veneración y su afecto. Como el autor se ha empeñado bajo su palabra sacerdotal a usar con la mayor discreción los secretos de esta correspondencia que se le ha confiado, aquí solamente puede decir que el contenido de las cartas le ha dado la prueba más clara de la acción feliz, bendita e imborrable que el trato con Ana Catalina ha ejercido en el ánimo del Peregrino. De todos los contemporáneos que han tenido con Ana Catalina relación más transitoria, mientras fueron por ella honradas con afecto y confianza, dos están aún vivas, es decir, la señora Apolonia Diepenbrock y Luisa Hensel, y ambas han ayudado al autor del modo más benévolo por medio de comunicaciones orales y escritas.

El Peregrino mismo en el año 1831 había puesto en cierto grado de examen y preparación y coordinación, los escritos de los casos y las observaciones del primer mes de su estada en Dülmen, trabajo que el autor no pudo de ningún modo emplear porque no corresponde plenamente a la letra con la primera transcripción de sus diarios. El Peregrino no quiso copiarse a sí mismo y así rehizo su diario según ulteriores modos de ver y de experiencias, de tal manera que al fin se sintió él mismo descontento del trabajo y abandonó toda posterior tentativa. El se había hecho más dificultosa la empresa transcribiendo y anotando toda clase de noticias de cosas extrañas, las cuales no podemos aquí callar del todo. Todas las veces que Ana Catalina veíase impedida, por estorbos varios, de participarle sus visiones, él llenaba sus diarios con lamentaciones contra el confesor y con los que estaban en torno, y que a sus ojos les parecían los verdaderos causantes de aquellas interrupciones que se le hacían insoportables. Como él repitió estas lamentaciones en cartas particulares que fueron publicadas después de su muerte, el autor no puede menos que hacer mención de estas cosas. Aquéllos a quienes fueron derigidas estas cartas conocían la irritabilidad del Peregrino como las precisas circunstancias y relación de las cuales habían tenido origen, y por eso a los ojos de ellos perdían aquella dureza que deben tener ante cualquier otro extraño lector. La justicia imparcial pedía al autor que pusiera en clara luz y en conciencia el verdadero estado de las cosas, para que todo lector pueda pronunciar una verdadera y bien fundada sentencia en cuanto a la culpa o inocencia de algunos individuos a menudo severamente juzgados por el Peregrino y en cuanto a la situación externa en la cual vivía Ana Catalina.

El autor ha sentido ser tanto más necesario cuanto él mismo ha podido sólo con dificultad sustraerse a la impresión producida por tan frecuentes lamentaciones del Peregrino y sólo después de largo y profundo estudio ha podido llegar a conocer la verdad sin turbación. Tiene la persuación de haber con ello correspondido a las intenciones del mismo Peregrino, que diez años antes de su muerte tenía en su mente la idea de confiar a otro la compilación y el ordenamiento de sus notas y escritos y dejar cada página en pleno poder de la fidelidad y conciencia de aquél, para que, libre de espíritu de partido, pudiera con libertad e independencia apreciar la sustancia de las cosas. Cuanto más crecía para el Peregrino el tiempo que lo separaba de los últimos momentos de Ana Catalina, con mirada más tranquila se ponía a meditar sobre los últimos años de su estada en Dülmen, y tanto menos se sentía dispuesto a dejarse herir de nuevo con aquellas espinas que él, en su humana debilidad, había plantado en torno a las rosas de su jardín.

Si él no hubiese tenido una disposición de espíritu iluminada y dulce hubiera creído que quitaba un contributo importantísimo a la plena y exacta apreciación de sus relaciones con Ana Catalina, y habría ciertamente borrado de sus diarios todos los testimonios y pruebas de sus relaciones personales con ella y con el confesor. Pero poseía la rara sinceridad y la fuerza de ánimo necesaria para conservarlo todo intacto y sin el mínimo cambio ni variaciones, para que tanto sus lamentaciones cuanto sus alabanzas sirviesen de testimonio en favor de la sierva de Dios.

En el convento de Gars, Baviera, día de San Juan Bautista, 17 de setiembre de 1867.

LA VIDA DE LA VIRGEN
por E. de Cazalés

El abate E. de Cazalés, vicario general de Montaubán, es el principal traductor al francés de las obras publicadas en Alemania por Clemente Brentano y el R. P. Carlos E. Schmoeger. Ha estudiado con amor los antecedentes de la causa de Ana Catalina. Reproducimos una parte del magnífico estudio que hace, a manera de prólogo, en la versión francesa de la Vida de la Virgen, *publicada en París, en 1854.*

Si examinamos la persona de la extática de Dülmen, hallamos en su vida circunstancias muy extraordinarias, aunque no son más de lo que se cuenta de muchos santos y santas, como San Francisco de Asís, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San José de Cupertino, Santa Verónica de Juliani. No se desprende de aquí que uno puede prevenir, en lo que le concierne, el juicio de la Iglesia Romana, ni que tenga derecho de ponerla en el mismo plano que los santos personajes, a quienes un decreto solemne de canonización ha colocado en los altares; pero esta semejanza de su vida con la de ellos, no es una presunción, y es permitido tenerlo en cuenta.

En cuanto a sus revelaciones y visiones, ella no les atribuía ninguna autoridad; no las comunicaba sino con repugnancia y obedeciendo las órdenes de sus directores. Lejos de engreírse o enorgullecerse, se mostraba cada día más humilde, más mortificada, más obediente. En una palabra, no se veía en ella nada que pudiera hacer creer en la ilusión o en la inspiración del espíritu maligno.

Si consideramos los escritos en sí mismos, vemos que ellos no respiran más que piedad, amor a Cristo, sumisión a la Iglesia. En lo que concierne al dogma, no se encuentra nada que no esté conforme con la enseñanza católica, nada que toque menos el mundo en lo que es admitido como artículo de fe. Todo lo que contiene de nuevo y singular, se refiere a puntos secundarios, no de teología propiamente dicha, sino de historia sagrada, sobre los cuales la Iglesia calla, la Iglesia no ha decidido, y que permanecen librados a la discusión. Lo que puede parecer extraño en sus libros no son más que una multitud de cosas contenidas en escritos provenientes de santos canonizados o redactados bajo su dictado. Es suficiente, para convencerse, hojear la colección de los bolandistas, leer las visiones de Santa Hildegarda, de Santa Gertrudis, de Santa Francisca Romana, de Santa Brígida. Son obispos y sacerdotes renombrados de Alemania, por sus luces y sus virtudes, quienes han animado a Clemente Brentano a reunir y publicar los relatos de Ana Catalina Emmerick como medios poderosos para edificar las lecturas cristianas y dar vida a su piedad; pero sin atribuirles otro valor que el que una sana teología acuerda a las obras de este género.

En su *Theologie mystique*, el benedictino Schram, que ha resumido con exactitud la enseñanza común de los teólogos sobre este punto, dice: "No se puede dar a las revelaciones particulares, aunque sean aprobadas por la Silla Apostólica, como las de Santa Hildegarda. Santa Brígida o Santa Catalina de Siena, un asentimiento de

fe católica, sino de fe humana, siguiendo las reglas de la prudencia que las juzga probables y pudiendo ser objeto de una piadosa creencia. Lo mismo enseña Melchor Canus, a quien se le une el cardenal de Turrecremata, que se expresa así en la aprobación de los libros de Santa Brígida: "Yo no he encontrado ninguna cosa que, piadosa y discretamente entendida, sea contraria a la enseñanza de la sagrada Escritura y de los santos Padres. Pueden, por lo tanto, ser leídos en la Iglesia, lo mismo que los libros de los otros doctores, las historias y las leyendas de los santos, cuya lectura es permitida a los fieles".

Se ve cómo la Iglesia deja en libertad al juicio particular en lo que toca a las revelaciones provenientes de personas beatificadas o canonizadas por ella, y, con mayor razón, cuando se trata de escritos cuyos autores no han sido propuestos solemnemente todavía a la veneración de los cristianos. A unos como a otros, lo hemos dicho ya, lo único que pide es que no encierre nada contrario a la ortodoxia y que pueda servir a la edificación de los lectores. Creemos que, por lo que respecta a esto, las meditaciones de Ana Catalina Emmerick están perfectamente en regla. Hay ya una presunción en su favor, al menos en cuanto a la *Dolorosa Pasión*. Pocos libros han sido tan difundidos, sea en Alemania, sea en Francia, y fué natural que éste, a causa de su naturaleza y su origen, fuera sometido al juicio de la Sagrada Congregación del Index. Sabemos que, en efecto, ha sido denunciado ante el Tribunal hace unos años, y como no se le encuentra mencionado en la lista de obras cuya lectura ella prohibe a los católicos, es permitido deducir que no ha encontrado nada reprensible.

Desde el tiempo que nosotros escribimos estas líneas, Clemente Brentano ha muerto. Sus obras completas, de las cuales una gran parte estaba inédita, han sido publicadas por sus herederos, y ellas han mostrado qué renombre literario pudo haberse hecho mientras vivía, si él no hubiera renunciado a la gloria que podía conseguir para sí, consagrando los últimos años de su vida a poner en orden las notas recogidas junto al lecho de dolor de la extática de Dülmen. Nos parece, en reserva, que semejante desinterés por su propia reputación, presenta una de las mejores garantías de veracidad que pueda desearse. Hay otras, si no nos equivocamos, en las repeticiones, lagunas, oscuridades, y hasta contradicciones, que se encuentran algunas veces en los relatos de la hermana Emmerick. Esto no quiere decir que se invente; al contrario, es así como se refieren palabras caídas de labios de una persona librada a crueles sufrimientos, interrumpida sin cesar en sus confidencias, persona que, por otra parte, no se expresa siempre bien.

No hay persona que no se sienta más emocionada, más enternecida, más dispuesta a la oración, en presencia de un crucifijo, de una Virgen, de una simple imagen, que represente algún rasgo de la historia del Salvador o de la vida de los santos. A tales producciones, de arte refinado o sencillo, la Iglesia Católica las ha alentado siempre, porque tocan al hombre todo entero y porque sabe cómo influye sobre el alma lo que le llega por la vía de los sentidos.

Entonces, no les pide la verdad absoluta, la representación exacta de la realidad, sino solamente el decoro y la verosimilitud: exigir más sería querer lo imposible. Cuando no están en contradicción ni con el buen gusto, ni con la historia; cuando, además, llevan la marca de una fe sincera y de un sentimiento profundo, llegan al corazón por los ojos, lo tocan, lo inflaman, excitan en él piadosas emociones, y, como decía un anciano de una obra de arte de Fidias, algo agregan a la religión de los pueblos. Es un efecto análogo el que nos ha parecido producir el libro de la religiosa de Dülmen, con sus relatos a la vez tan simples y tan animados, sus cuadros tan sorprendentes, sus descripciones tan precisas que parecen copiadas de la naturaleza, sus personajes tan vivientes y tan verosímiles, sobre todo con el sentimiento de fe sencila y devoción afectuosa que se respira en todas sus páginas.

Como las más bellas obras de los grandes artistas cristianos, hacen revivir ante nuestros ojos a la incomparable Madre del Redentor y a los santos personajes que Dios habia asociado de cerca a su destino terrenal; ocupa cabalmente de ellos nuestro corazón y nuestra imaginación, y rindiéndoles presentes de cualquier suerte, enfervoriza y redobla por eso sólo nuestros sentimientos de amor y de veneración hacia ellos. Tal es, a lo menos, lo que produce en nosotros; y he aquí por qué hemos sentido deseos de vertirla a nuestro idioma. Si, como esperamos, las almas simples y piadosas hallan la fuente de emociones saludables y de buenos pensamientos, si sirve para aumentar la devoción a la augusta Madre de Jesucristo, habremos conseguido el fin que nos hemos propuesto, antes que nada, al emprender este trabajo.

UNA RECOMENDACION
por AUGUSTO ROHLING

Este juicio ha sido tomado de la importantísima obra del teólogo alemán Augusto Rohling, MEDULLA THEOLOGIAE MORALIS, *edición Herder, en las anotaciones consignadas en la página 590.*

No puedo menos que recomendar con el mayor encarecimiento todos los escritos que han visto la luz acerca de la vida y visiones de la bienaventurada Ana Catalina. Las visiones relativas a la pasión del Redentor han sido publicadas por Clemente Brentano; lo restante, por el padre Carlos E. Schmoeger, de la Congregación del Santísimo Redentor. el cual ha escrito asimismo la vida de la Hermana, y, por cierto, de un modo tan excelente, que no puedo expresar la gratitud que se merece.

Por tal razón, quiero mencionar en mi obra estos escritos, porque a mi juicio, el sacerdote que los lea con detenimiento, sentirá encenderse en su alma tal celo por la salvación del prójimo y por la suya propia, que difícilmente podrá perderse. Aquí hallará la imagen del Salvador pintada con tan vivos colores y contemplará tan claramente su infinita bondad, que de buen grado habrá de renunciar al amor del mundo; y si algún obstáculo se le opone, pronto lo vencera y se inflamará cada día más en el amor de Dios, y animado de este amor podrá mover a penitencia, en cuanto sea posible, los corazones mundanos de sus hijos de confesión.

UNA DE LAS MUJERES MAS ILUSTRES DEL SIGLO XIX
por GUILLERMO JÜNEMANN

Entre las diversas ediciones resumidas que se han hecho, figura la del padre Guillermo Jünemann: VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU SANTÍSIMA MADRE MARÍA. *La obra lleva la aprobación del arzobispo de Friburgo y fué publicada por Herder, en castellano, en 1911. Transcribimos una parte del magnífico prólogo.*

La popularidad de la célebre vidente de Dülmen va creciendo a ojos vistas. Ayer conocíala y amábala el mundo piadoso; hoy también la estudia y admira el mundo sabio; tantos son y tan preciosos los datos históricos, geográficos y arqueológicos consignados en sus libros y tan pasmosa es la confirmación que reciben día a día, por las excavaciones que se hacen en Palestina y otros países levantinos.

Las numerosas excavaciones que se han hecho en los últimos tiempos y se están haciendo en Tierra Santa, vienen a confirmar del modo más espléndido los innumerables datos topográficos de las visiones. Sobre todo ha dejado atónitos a los que en ellas no creían, el descubrimiento de la casa de María en Efeso y que coincide hasta en sus menores detalles con la que Ana Catalina describe tan minuciosamente. Pero el dato que más había chocado al Dr. Nirschl, notable sabio alemán, continuaba sin poder comprobarse; pues desde 1892 a 1894 prohibió el gobierno turco las excavaciones. El dato objetado y al parecer absurdo era éste: la vidente habla por lo menos cinco veces, según el manuscrito de Brentano, acerca de la trasera de la casa, diciendo que "es redonda o angulosa", "semicircular o en ángulo", "que en la trasera tiene forma semicircular o triangular". Pues bien, el 25 de agosto de 1894 se descubrió la trasera, y para gran sorpresa se vió que la parte superior del muro era interior y exteriormente redonda y la inferior angulosa y triangular.

¡Designios profundos y amorosos de Dios!

Imperaba dondequiera la incredulidad más desenfrenada. Hasta en las filas del clero hacía estragos el racionalismo. Escarnecíase por los impíos todo lo sobrenatural; sonreíanse desdeñosamente ante ello los que presumían de sabios y entendidos; la fe en el Evangelio vacilaba entre los católicos mismos, y muy contados eran y ocultísimos vivían los que del todo no se avergonzaban del Crucificado: el eterno escándalo de los judíos descreídos y la mofa sempiterna de los gentiles del mundo.

Cuando he aquí que el Dios que escoge siempre lo pequeño y débil para confundir a lo fuerte, elige a una sencilla y candorosa niña que ha nacido y crecido en la soledad del campo, cual lirio de valles, para presentarla ante los ojos del mundo, confundiendo a todos los sabios; porque sabía más que todos los teólogos, exégetas, historiadores y lingüistas; que oyen las maravillas de sus visiones, consúltanse entre sí, consultan sus libros, toman el azadón y excavan las ruinas de un mundo que fué y pasan de asombro en asombro, y estupefactos, hasta en el día de hoy, no acaban de volver en sí; porque todo, todo lo ha sabido, medido. penetrado y visto esa pobre e ignorante hija del pueblo. Su pensamiento ha recorrido las profundidades de la tierra y las alturas de los cielos.

¿O no es esto confundir, como sólo Dios lo puede, al orgullo de la ciencia, y deslumbrar todos los ojos con la verdad evangélica?

Pero no se detienen aquí los designios de Dios. La ceguedad del mundo va a ser iluminada y confundida con otro prodigio, más visible todavía y más esplendoroso. Herida por mano invisible aparece de súbito esa niña misteriosa, y sus profundísimas y anchas heridas en trece años ni se cicatrizan, ni supuran nunca, ni se enconan jamás, y manan sangre fresca, purpúrea, abundante, como el primer día. Son heridas hondamente abiertas en ella por el rayo del amor divino, para que clamen al mundo que niega los milagros: "¿No quieres creer? ¡Pues mira!"

Y miraron algunos sabios y médicos, y dijeron, como suelen cuando se encuentran con Dios: "No entendemos".

Y miraron otros muchos sabios y eminentes médicos, más médicos y más sabios que los primeros, y dijeron: "Esto no lo ha podido hacer sino quien es poderoso en suspender y trastornar las leyes de la naturaleza. El dedo de Dios está aquí".

Instrumento especialísimo y predilecto de la divina Providencia, en el siglo del indiferentismo religioso, del racionalismo, de la negación absoluta, fué la célebre vidente de Dülmen, favorecida, desde la niñez, cual nadie, con las más asombrosas revelaciones concernientes a la vida del Hombre Dios y de su Madre santísima, estrecha, profundamente enlazadas con todas las sagradas Escrituras.

Consta y es evidente la buena fe, tanto de la que tuvo estas visiones cuanto de quien las consignó por escrito, que fué Clemente Brentano: abonan la de aquélla sus heroicas virtudes, que han hecho iniciar su proceso de beatificación; la de éste sus prendas de carácter, su fervor religioso y su gran veneración por la estigmatizada, de cuya santidad estaba íntimamente persuadido.

Con todos los caracteres intrínsecos y extrínsecos de autenticidad se presenta doquiera esta narración, tan sencilla y escrupulosa, tan desprovista de lo subjetivo, así en la que ve con la vivacidad de la visión real toda esa inmensa serie de escenas, como en el que las describe; narración rigurosamente objetiva, llena de ciencia, humanamente inexplicable en una persona del todo ignorante, cual lo era la extática.

A pesar de pequeñas inexactitudes y errores provenientes, como Ana Catalina misma lo hacía notar a Brentano, de la fragilidad de su memoria y de las frecuentes y penosas interrupciones de sus éxtasis, lunares, por lo demás, muy compatibles con la obra divina; a pesar, decimos, de tales defectos, son y serán siempre estas visiones no sólo uno de los más bellos y preciosos libros de piedad, impregnado de suavísimo perfume, sino también un venero inexhausto de ciencia sagrada. En él vienen a beber hoy día todos los grandes teólogos, exégetas y artistas cristianos. La figura del Hijo de Dios, tal como aquí se traza, tiene mucho de la sublime sencillez que nos pinta el Evangelio. Mano humana no ha podido pintar así. Díganlo, por nosotros, todos los mayores artistas, tan impotentes para reflejar en sus obras algo siquiera de esa adorable imagen. Esta manera llanamente humana y altamente divina de presentar a Jesucristo, es una de las pruebas más evidentes de la verdad del libro y a la vez su mejor recomendación, atractivo y hermosura.

UNA CATEDRAL ESPIRITUAL

por Pieter van der Meer de Walcheren

El presente juicio ha sido tomado de la obra Nostalgia de Dios, *del escritor holandés Pieter van der Meer de Walcheren, convertido al catolicismo con su esposa. León Bloy contribuyó notablemente a esta conversión y fué quien les hizo conocer las visiones de la estigmatizada de Dülmen. Los dos hijos de este ferviente buscador de la Verdad y de la Belleza han ingresado posteriormente en la Orden Benedictina.*

Leemos con Cristina la *Pasión de Nuestro Señor Jesucristo,* según las visiones de Ana Catalina Emmerick. La historia de la Pasión, de esa Semana única e intensa... Jamás he leído un libro semejante; es prodigioso. Esa religiosa enferma, que sufrió durante largos años, hasta la muerte, las más espantosas enfermedades, esa monja sencilla e ignorante, ve a través de los siglos; el tiempo desaparece como una ilusión, y ella está presente en cada acontecimiento, es testigo ocular de ellos; y a menudo le son reveladas cosas profundas y misteriosas que ella no logra expresar. Todo es enigmático y hermoso. Además, Ana Catalina llevaba impresos en el cuerpo los santos estigmas. También San Francisco tenía las llagas de Cristo. Decididamente, la realidad tangible no es la única. Debe existir un mundo del que yo no tengo la menor idea.

La vida maravillosa de Ana Catalina Emmerick transcurre en la luminosa realidad del sufrimiento y de la oración. ¡Qué enorme significado pueden tener los actos realizados por un alma que se pierde en Dios! Leo esta historia estremeciéndome de emoción. Descubro a cada instante nuevas maravillas en el Catolicismo. Lo veo como una catedral espiritual, infinitamente bella, donde mi alma puede penetrar. Me resulta tan evidente que sólo por medio de la Iglesia se conoce el recto camino que lleva a Dios... Bloy tuvo razón al decir, cuando me prestó este libro, que me ayudaría enormemente a ver claro, a comprender mejor muchas cosas oscuras.

EL LLAMADO DE LOS SANTOS

por Raisa Maritain

No puede ser más imparcial el juicio de Raisa Maritain, la esposa del filósofo francés Jacques Maritain: es el testimonio de una judía conversa, y, al parecer, todavía un tanto escéptica. Lo tomamos de su obra Les grands amitiés.

Sin la confianza que teníamos en León Bloy, ¿habríamos consentido alguna vez abrir uno de esos libros? ¡Tenían tan mala fama en la Sorbona, que empezaba a estudiarlos, pero con prevenciones y desconfianza! Desde luego, Leon Bloy nos dió para leer los tres volúmenes de Schmoeger, de la vida de Ana Catalina Emmerick, religiosa de Dülmen, en Renania, una de las más grandes místicas del siglo XIX, que ha dado mucho que hablar.

El poeta Brentano le había dedicado varios años de su vida con el objeto de recoger todo lo que ella decía en sus éxtasis. Las palabras son de Ana Catalina Emmerick; los escritos, de Brentano. He aquí una dificultad para el historiador. ¿Cuál es la parte de uno y otro? Brentano asegura que ha sido un secretario escrupuloso y fiel. Parece, no obstante, que él mismo ha agregado, con todo candor, muchas cosas a las descripciones históricas y topográficas que forman el cuadro de las visiones de Ana Catalina Emmerick, concernientes a la vida de Cristo y a la de la Virgen. Pero lo que inclina a creer en su fidelidad, respecto a lo esencial, es, ante todo, su fe en Ana Catalina Emmerick, su abnegación con ella y también la belleza religiosa de las visiones e iluminaciones espirituales que relata. Esta belleza es tan grande, que es absolutamente necesario que haya un místico de por medio, o Ana Catalina o Brentano. Ningún poeta habría podido ofrecer de la vida interior de una compaciente de la pasión de Cristo un cuadro de tal profundidad, de tal coherencia, de tal valor teológico. Por lo demás, todo lo que se sabe de la vida de Ana Catalina presenta los signos de la vida mística más elevada y auténtica.

Las revelaciones de Ana Catalina Emmerick nos daban del Catolicismo una imagen frondosa, viviente, patética y familiar, sin embargo. Nos enseñaban una multitud de cosas, a nosotros que las ignorábamos todas, de la historia, de los dogmas, de la teología, de la liturgia, de la mística católica. Un catecismo, con toda su sobriedad, seguramente no nos habría hecho comprender nada en ese entonces. Nuestra ignorancia necesitaba verdaderamente la ayuda de las imágenes, de esta especie de retrato de la Iglesia trazado en las cuatro dimensiones de alto, largo, ancho y profundidad. Y al mismo tiempo se nos mostraba el catolicismo heroico, la santidad en sus más duras pruebas, en su humildad y en su caridad divina, y en la beatitud en que se realizan en su pura armonía, en su poder, en su belleza.

Aprendíamos que la santidad une entre sí, en lo invisible, a todos los miembros vivos de la Iglesia, y que esta comunión de los santos es el lazo y la vida de su cuerpo místico, y le da su nota de santidad, independiente de las imperfecciones y de las faltas de algunos, o de la mayor parte, de los miembros de la Iglesia visible; la Iglesia, cuyo

jefe es Cristo, y el alma, el Espíritu Santo, pero cuyos miembros han nacido pecadores, como todos los hombres después de la Caída; la Iglesia, que está dondequiera se encuentre un alma santa, militante en la tierra, doliente en el Purgatorio, gloriosa y bienaventurada en la vida eterna.

LA LUCHA CONTRA LA MASONERIA
por MONS. HENRI DELASSUS

En su notable obra LA CONJURATIÓN ANTICHRETIENNE *edición Desclée De Brouwer, Lila, 1910, tercer tomo monseñor Henri Delassus, dedica tres capítulos al estudio de la personalidad de Ana Catalina y a su actividad espiritual contra la Masonería. Transcribimos fragmentos de tan importante trabajo, que muestran una fase extraordinaria de la lucha de los enemigos embozados contra la Iglesia.*

En sus contemplaciones, Ana Catalina asistía al desarrollo del misterio de la iniquidad. Todo lo que interesaba a la santa Iglesia, en toda forma, le fué mostrado. Los sufrimientos y las opresiones de la Cristiandad, los peligros que corría la fe y las bendiciones que le serían concedidas, la usurpación de los bienes eclesiásticos, la profanación de las cosas santas, le fueron puestas ante los ojos, y la tarea de expiación, que resultaba para ella, le absorbía a veces tanto tiempo que se pasaba días y semanas sin que pudiera volver con el uso de sus sentidos exteriores y de sus facultades intelectuales al mundo visible que la rodeaba.

A la vista del desbordamiento de impiedad y de crímenes, ella entraba en lucha con las fuerzas del mal; resistía los ataques de Satanás, particularmente los que tenían por fin corromper el espíritu y el corazón del clero, que, según hemos visto, era la principal tarea asignada a la alta Masonería. Ella se oponía con sus sufrimientos y sus sacrificios a todo lo que veía peligroso para la Iglesia, en su jerarquía, en la integridad de su fe, de su moral, de su disciplina. Todo lo que la falsa ciencia, todo lo que la connivencia con los errores del siglo, con las máximas y proyectos del príncipe de este mundo, en una palabra, todo lo que amenazaba el orden establecido por Dios, le fué manifestado en visiones de una simplicidad maravillosa, que le hicieron comprender lo que ella tenía que hacer y que sufrir para llevar socorro a los que combatían, consuelo a los que estaban tristes, para expiar y para desviar los males que los delitos atraían.

"Yo vi —dijo ella un día— la justicia de Dios pesar sobre el mundo: vi bajo la forma de rayos el castigo y la desgracia descender sobre muchos y vi también que mientras yo estaba transida de piedad y rezaba, torrentes de dolores se desviaban de la multitud, penetraban en mí y me atormentaban de mil maneras".

La Iglesia estaba entonces, como lo está todavía hoy, en una de las horas más críticas de su historia. El año 1820, lo hemos visto, fué el año en que la Alta Venta entró en plena actividad, y sabemos qué misión le había sido dada. "Ahora bien —dice uno de sus historiadores—, lo que Ana Catalina hizo en el estado de contemplación contra esta conjuración infernal, fué una obra tan real, acompañada de resultados tan positivos, como todo lo que hace en la esfera de la vida normal. El martirio al que se sometía no era sólo una pasión, sino también una acción, como en Nuestro Señor Jesucristo el sacrificio del Calvario fué una obra, la obra de la Redención".

Es por la participación en los sufrimientos de la divina Pasión que, en el momento en que el Infierno hace más esfuerzos para tomar posesión del mundo, las personas elegidas por Dios triunfan sobre él, y obtienen para la Iglesia la victoria y la paz con un acrecentamiento de gloria.

Ana Catalina vió a la Francmasonería empeñada en la destrucción de la Iglesia en Alemania. La secta envía extranjeros que conjuran contra ella, por una parte con las autoridades del país y por la otra con las logias. En esta misma visión tuvo el consuelo de ver a cinco personajes, tres de ellos revestidos de hábitos sacerdotales, que acudieron en auxilio de la Iglesia, en Viena, y al cielo cooperar en la obra. "Mas —agrega ella— esta Iglesia no será salvada sino después de la gran borrasca". ¿Qué quiere decir con esto? ¿Se refería a la gran crisis que pondría fin a la prueba actual de la Iglesia universal, a la gran tentación del naturalismo? No sabríamos decirlo. Ella vió una gran llama salir de la tierra y rodear a la Iglesia de San Esteban, objeto de su visión, envolviéndola y alcanzando a los que estaban trabajando para demolerla. El historiador de la venerable interpreta este incendio como "un gran peligro seguido de un nuevo esplendor luego de la tempestad".

No sabemos si en esa fecha ha habido en Viena un complot masónico; pero he aquí lo que pasó en Francfort-sur-le-Mein. Los príncipes de Alemania habían convocado a una asamblea, donde varios sacerdotes católicos se mostraban animados de los mismos sentimientos que los laicos que la componían. El más peligroso, según Ana Catalina, era el vicario general de Constanza, Wessemberg. Esta asamblea redactó dos proyectos de organización interior y exterior de la Iglesia. Ana Catalina vió en la sala de las deliberaciones al demonio bajo la forma de un perro, que le dijo: "Estos hombres hacen verdaderamente mi trabajo". Ana Catalina se ofreció como víctima expiatoria, y Dios le impuso una obra de reparación que duró quince días.

TESTIMONIO DE UN MEDICO

por Guillermo Wesener

Según el padre Carlos E. Schmoeger, el doctor Guillermo Wesener era uno de los médicos que integraba una de los comisiones examinadoras de los estigmas de Ana Catalina Emmerick. En largas pláticas que con ella mantuvo el facultativo, recobró la fe perdida, se reconcilió con Dios y abandonó las prácticas del magnetismo que empleaba en algunos casos para curar a sus enfermos.

En 1806 había yo oído hablar por primera vez de Ana Catalina. Hallándome establecido en Recklinghausen, fuí llamado a una junta por Krauthausen, médico del convento de Agnetenberg, para tratar de los extraordinarios fenómenos de la enfermedad de esta religiosa. Yo había leído acerca del magnetismo en los archivos del Reil, y así pude contar a mis colegas algunos casos de catalepsia; pero este profesor no se dejó convencer por ellos, sino continuó haciendo uso de las medicinas. Era éste un anciano melancólico que visitaba el convento con entero desinterés, circunstancia que movió más y más a Ana Catalina a seguir fielmente sus prescripciones, tomando las medicinas que él le recetaba, y que ella habia costear. Díjome dicho profesor que era muy larga la serie de aquellas enfermedades, y que todas tenían un carácter propio, pues apenas había salido de una la enferma, ya estaba padeciendo otra; que todas recorrían sus períodos, y cuando llegaban a un punto en que parecía la muerte inevitable, sobrevenía de repente una mudanza favorable, sin que la medicina ejerciera en ella ninguna acción especial.

La vi por primera vez el 21 de marzo de 1813, pues habiendo oído hablar de sus llagas, tomé de aquí ocasión para visitarla como médico. Halléla en el lecho, sin conocimiento; pero cuando volvió en sí, me miró con afabilidad, y a las palabras del abate Lambert, que le dijo quien era yo, respondió con la sonrisa en los labios, que ya me conocía muy bien. Como todo esto me pareciera muy extraño, y yo lo tenía por simplicidad, luego al punto creí que desaparecería por completo aquella escena mostrándome yo resueltamente contrario a ella. Pero mi cálculo salió fallido. Cuando iba conociendo mejor a la enferma, a medida que hablaba con ella más frecuentemente, vi que era tan sencilla y sincera como se me había mostrado desde el primer momento y tal como era reputada por todos. Vi en ella cada vez con más claridad un alma verdaderamente cristiana, que vivía en paz consigo misma y con los demás, porque en todo veía la voluntad de Dios. Teníase a sí misma por la persona más ruin de todas, y a todos los amaba más que a sí misma. Nunca olvidaré cuán sencilla y bondadosamente disipó mis tristes pensamientos y la inquietud que me inspiraba la guerra a la sazón inminente. Me dijo muchas veces que pronto caería Napoleón, y que Dülmen se vería libre de los ejércitos franceses; como sucedió, en efecto. La ocupación francesa de Minden iba seguida de una turba de malvados que cebaron su rapacidad en Dorsten; a Dülmen, sin embargo, no lo tocaron.

Siempre me pareció la enferma sincera y llana en su conversación. Disgustábale mucho y le causaba vergüenza que se hiciera mucho caso

de ella. Era amistosa y afable con todos; a los pobres los socorría secretamente y a los enfermos y desdichados les ayudaba a llevar sus desgracias. Después he sabido más de la parte que tomaba en las desdichas ajenas; siempre se echó de ver en ella este género de compasión. Poseía el don de consolar al prójimo; yo mismo he experimentado frecuentemente los efectos de su caridad.

Esta mujer ha despertado en mí la confianza en Dios y me ha conducido a la práctica de la oración, aligerando no poco, de esta suerte, la carga que sobre mí pesaba, y que hacía más profunda mi natural melancolía. Su alma vivía enteramente en Dios, aunque descendía sin cesar al círculo de las pasiones humanas, pues muchos le declaraban sus penas pidiéndole consuelo y consejo. Ambas cosas daba ella y tranquilizaba a los que estaban turbados. De donde sacaba estos consuelos para los demás, fácil es adivinarlo, considerando que su propio corazón estaba libre de toda afición a las criaturas.

Con rostro alegre y con palabras dulces me decía, las primeras veces que hablé con ella, que estuviera tranquilo y tuviera buen ánimo. "Dios es infinitamente misericordioso", añadía, "y todo el que llega a Él arrepentido y con buena voluntad, halla gracia en su presencia". Me instaba con fuerza a visitar y socorrer a los pobres, pues ésta es una obra muy buena y agradable a Dios. Quejábase diciendo: "Nunca ha habido en el mundo menos amor al prójimo que ahora, y eso que es tan hermosa esta virtud, y tan grave pecado el menosprecio del prójimo".

Hablaba de la fe católica como de la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación; y cuando se presentaba oportunidad, hablaba también de la dicha incomparable de pertenecer a la Iglesia Católica. "Confiemos en Dios y perseveremos en nuestra santa fe", gustaba decir. "¿Hay en la tierra cosa más consoladora? ¿Qué religión o que filósofo puede reemplazarla? Nadie me causa tanta lástima como los judíos, pues su estado es más deplorable y ellos mismos más ciegos que los paganos. Su religión no es otra cosa que un poema de los rabinos, y la maldición de Dios pesa sobre ellos. Pero ¡cuán infinitamente bueno es con nosotros el Señor, que sale al encuentro de nuestra buena voluntad, y sólo espera para otorgarnos cada vez mayores gracias a que haya en nosotros verdadero deseo de alcanzarlas! Aun los mismos paganos, o los que no conocen nuestra santa fe, pueden salvarse con tal que sigan la divina luz puesta en nuestra razón y practiquen obras de justicia y de amor al prójimo, queriendo servir a Dios como a sumo Señor y hacedor de todas las cosas".

Cuando le hablé de la oración diciendo que, a mi entender, la verdadera oración consiste en cumplir nuestros deberes con fidelidad y en la práctica de la caridad para con el prójimo, y que deseaba saber cómo permanecía ella en oración largas horas, olvidada de todas las cosas que la rodeaban y abismada en Dios, me respondió: "¿Acaso es imposible que se dé uno a la lectura de algún libro de manera que se olvide al leerlo de todo cuanto le rodea? Pues, ¿cómo sería imposible que hablando un alma con el mismo Dios, fuente de toda belleza, no se embebiera del todo en esta conversación? Empiece usted por adorar a Dios humildemente, y Él hará todo lo demás".

Yo le opuse, contra este pensamiento, las tentaciones del enemigo, a lo cual me dijo: "Es verdad que el enemigo trata de impedir al hom-

bre que haga oración, y cuanto más devota es esta oración, mayor empeño pone él en combatirnos. Sobre este punto me fué mostrada una vez esta semejanza: Hallábame en una hermosa iglesia, y vi a tres mujeres en oración. Detrás de ellas había una figura horrible, la cual empezó a halagar a la primera de las mujeres, que no tardó en dormirse. Se acercó luego a la segunda con el mismo intento; pero no pudo conseguirlo del todo. Habiéndose llegado después a la tercera, la golpeó y maltrató tanto que tuve compasión de ella. Pregunté a mi guía qué significaba aquella visión, y él me respondió que era un símbolo de la oración. La primera mujer había empezado a orar sin fervor ni gravedad, y por esto la durmió luego el demonio; la segunda era mejor que la primera, pero también tibia; la tercera era buena y su oración muy fervorosa, por lo cual la tentación fué más violenta, pero felizmente ella la rechazó. Es oración especialmente agradable a Dios la que se hace por los demás, y sobre todo por las almas del Purgatorio. Rogando, pues, por ellas pone usted su oración a buen rédito. Yo, por mi parte, me presento ante Dios, sumo Señor, como sierva suya, y hago mi oración diciendo: "Haz, Señor, de mí lo que sea tu voluntad"; y me retiro tranquila, pues un Padre tan bueno y amoroso no puede menos de darme pruebas de su bondad.

"Las ánimas benditas sufren en el Purgatorio tormentos indecibles. La diferencia entre los tormentos del Purgatorio y los del Infierno reside que en éste no hay sino desesperación, mientras que en el Purgatorio reina la esperanza. El mayor tormento de los condenados es la cólera de Dios. De esta cólera podremos concebir alguna idea pensando en el espanto de una persona que ve venir sobre sí a un hombre encendido en ira y no le es posible huir de su poder ni de sus amenazas".

Cuando le hablaba yo del destino del hombre, me decía: "¿Sabe usted para qué ha criado Dios al hombre? Para gloria suya y felicidad nuestra. Después de la caída de los ángeles determinó Dios criar al hombre para ponerlo en el lugar de las legiones de los ángeles réprobos. Por lo cual tan pronto como se complete el número de los ángeles réprobos con otros tantos hombres justos, se acabará el mundo".

También hablando de la limosna y de la práctica de los deberes del propio estado me relataba sus visiones tocante a esto. Así díjome una vez: "Aplique usted sus fuerzas y su fortuna al bien de sus enfermos, pero sin perjuicio de su propia familia. No uno solo sino muchos son los que claman a usted. Los méritos de los pobres están en su misma pobreza, pues la fe nos enseña que el estado de pobreza es el más envidiable, como quiera que el Hijo de Dios lo eligió para sí, y porque los pobres son los primeros que tienen derecho al reino de los cielos". Y con este motivo me refirió algunos rasgos muy interesantes de la vida de Jesús; y me dijo que María se había ocultado con el Niño algunos días después del nacimiento, en una cueva subterránea, para huir de las miradas de los curiosos que les seguían.

IMPRESIONES DE UNA VISITA
por el CONDE DE STOLBERG

El conde Federico Leopoldo de Stolberg llegó con su esposa a Dulmen el 22 de Julio de 1813. Poeta alemán (1750-1819), amigo de Goethe y Klopstock; fué embajador en Copenhague; escribió novelas, y tradujo* LA ILÍADA *y la* HISTORIA DE LA RELIGIÓN DE JESUCRISTO. *La visita a la estigmatizada le produjo una honda impresión, que transformó su vida. Ana Catalina lo vió en una visión gloriosa del cielo.

Overberg nos anunció a Ana Catalina y nos condujo hasta ella a las nueve de la mañana. Su reducida habitación que sólo tiene una puerta, da a la calle, desde donde se ve muy bien que no hay allí nada que no pueda ser examinado desde la misma calle. En aquella habitación brilla la limpieza y no se percibe ningún olor. Aunque a Ana Catalina le es muy penoso que la vean las gentes, nos recibió con suma afabilidad. Overberg le rogó que sacara las manos del lienzo donde ordinariamente las tiene envueltas. Era viernes, y de las llagas de las espinas le había salido mucha sangre. Quitóse la toca y el lienzo. Tenía la frente y la cabeza como atravesadas por fuertes espinas; veíansele claramente las heridas frescas, llenas en parte de sangre todavía líquida. Todo el circuito de su cabeza estaba también ensangrentado. Ningún pintor ha representado estas heridas tan al vivo. Las llagas de la parte exterior de las manos y de la superior de los pies eran mayores que las de las palmas y que las de las plantas; y las de los pies, mayores que las de las manos. Todas ellas estaban manando sangre.

Los médicos, antes, y más explícitamente que los sacerdotes, dijeron que aquel fenómeno era maravilloso, porque tienen datos evidentes para juzgar de los hechos según las reglas ciertas de la ciencia. Dicen que es imposible que se conserven artificialmente siempre en el mismo estado estas llagas, pues no se irritan, ni se inflaman, ni llegan a curarse. Tienen por imposible explicar naturalmente que no desfallezca a consecuencias de estas heridas, incomprensibles de suyo, y del dolor, del que nunca se ve del todo libre; que lejos de sucumbir ni siquiera palidece, y que sus miradas están llenas de la vida del espíritu y del amor.

Desde hace algún tiempo es libre para recibir o no a las personas que van a visitarla. Estas visitas le son muy penosas; la mayor parte de ellas no las recibe, aunque vengan de lugares lejanos. Sólo hace excepción en favor de las personas por las que median sacerdotes o el médico. Dice que bastante ocupación tiene con rogar a Dios que le dé paciencia para sufrir sus continuos dolores, y que es tentar a Dios poner a prueba su paciencia los que vienen a verla, movidos las más de las veces por curiosidad; que el que antes no cree en Jesucristo, tampoco creerá ahora cuando mire las llagas. Lo cual no debe extrañar, si se considera cuán molesto debería ser a una religiosa tan sensible y recatada el sufrir las miradas de los muchos curiosos, a menudo poco delicados.

Ana Catalina, que en su niñez había guardado vacas y trabajado en el campo, se expresa con ternura y usa de un lenguaje noble, que

por cierto no aprendió en el convento; cuando habla de la religión, no sólo manifiesta dignidad y discreción, sino un espíritu verdaderamente ilustrado. Todo lo que dice respira ingenio, alegre afabilidad, sabiduría y amor. No hay en ella señal alguna de afectada gravedad, porque el amor no entiende de artificios. En todas sus palabras, obras y sentimientos se refleja lo que hay de más sublime: el amor de Dios, la paciencia y la caridad con todos. "¡Qué felices somos, decía a Sofía, en conocer a Jesucristo! ¡Cuánto más difícil era a nuestros padres, los paganos, llegarse a Dios!" Y lejos de gloriarse en los signos exteriores de la gracia divina, se siente indigna de ellos, y lleva con humilde temor en vaso de frágil barro los tesoros celestiales.

IMPRESIONES DEL CONFESOR
por el Deán Overberg

Uno de los integrantes de la comisión examinadora de los estigmas fué el deán Bernardo Enrique Overberg, gran filósofo, autor de numerosos tratados de ascética, y rector del Seminario de Teología de Münster. Lo que publicamos constituye parte de sus observaciones acerca de Ana Catalina, de quien fué director espiritual extraordinario.

Ana Catalina no ha sentido desde su niñez movimiento alguno de sensualidad; nunca ha tenido que acusarse de impureza alguna ni aún de pensamiento. Ella confesó después, interrogada bajo obediencia acerca de esta exención de tentaciones contra la pureza, que por la temprana mortificación y la perseverante sujeción de las demás inclinaciones y deseos, había sepultado los malos apetitos antes de haberlos sentido en sí.

Desde los cinco años Ana Catalina no conoció alegría alguna fuera de Dios, ni pena ni turbación alguna, sino sólo a causa de las ofensas que Dios recibe de los hombres. Cuando concebía el pensamiento de imponerse privaciones y mortificaciones, era tan vivo el amor de Dios en que su corazón se encendía, que acostumbraba decir: "Aunque no hubiera cielo ni infierno ni purgatorio, te amaría a Ti, oh Dios mío, con todo mi corazón, sobre todas las cosas".

Había llegado su amor al prójimo a tan alto grado, que sentía singular alegría mostrando su amoı con obras al que la había ofendido. Por lo cual se confesaba de aquellos supuestos pecados mortales con tal contrición, que se figuraba, aterrada, que el confesor le iba a negar la absolución. Pero acaeció la contrario; el confesor le decía: "Hija mía, aún no puedes cometer pecados mortales". Entonces rompía ella a llorar a gritos tan amargamente, que era preciso apartarla del confesonario.

Ana Catalina no pidió a Dios muchas cosas el día de su primera comunión; pidióle principalmente que la hiciera buena y que se cumpliera en ella su voluntad. Se consagró a Dios del todo, sin restricción ninguna.

Desde este día fué mayor y más radical su ardiente deseo de negarse a sí misma y mortificarse, pues estaba persuadida de que sin la mortificación es imposible consagrarse por completo a Dios. Su amor a Jesús fué la escuela en que aprendió esta lección: y así decía: "Sé por experiencia que el amor a las criaturas es capaz de inducir a muchos a llevar a cabo obras grandes y difíciles; pues ¿por qué no habrá de poder mucho más el amor a Jesús?" Mortificábase la vista bajando los ojos o mirando a otro lugar cuando se le ofrecía alguna cosa bella o agradable, o que pudiera excitar la curiosidad; en la iglesia, sobre todo, no dajaba a sus ojos libertad alguna. Decíase a sí misma: "No mires tal o cual cosa, que podría turbarte, o agradarte demasiado. ¿De qué te aprovecharía mirarla? Por el amor de Dios, no la mires". Cuando se hablaba de alguna cosa agradable, o que excitara la curiosidad, se decía: "No quiero oírla por amor de Dios".

Mortificábase la lengua callando lo que más quisiera decir, y privándose de los manjares que le gustaban. Cuando sus padres advir-

tieron que no comía de ciertas cosas, atribuyéronlo a capricho y la reprendieron obligándola algunas veces a tomar de ellas. Siempre que sentía deseo de ir a algún lugar, sin ser obligada por deber o por caridad, mortificaba sus pies, diciendo: "No iré; mejor es no ir por amor de Dios; acaso me arrepentiría de haber ido". Solía hacer el *Via crucis* en el camino de Koesfeld con los pies descalzos. Se negaba asimismo algunas alegrías interiores de que sin peligro hubiera podido gozar. Su cuerpo lo afligía con ortigas, azotes y cilicios. Una doble cruz de madera le sirvió mucho tiempo de lecho; otras veces ponía sobre dos tablas, dos transversales, y allí pasaba las pocas horas de su reposo de noche.

Antes de entrar en el convento, Ana Catalina mostró mucho más rigor con su cuerpo que después, porque no sabía que estas asperezas no deben practicarse sin permiso del confesor. Las que ella me enumeraba, como si fueran insignificantes, consistían en cadenas y cuerdas, que se ceñía, y en un vestido interior del paño mas grosero que podía hallar, y que ella misma se hacía.

Era tan grande el amor de Ana Catalina a sus hermanas las religiosas, que hubiera derramado su sangre por ellas. Aunque sabía que muchas no la querían bien, hacía cuanto estaba en sus manos para complacerlas. Su mayor alegría consistía en que las religiosas le pidieran alguna cosa, porque entonces esperaba contentarlas más.

Dios permitió que la superiora y las demás religiosas no la conocieran, y que todo lo que hiciera ella fuese tenido y castigado como hipocresía, lisonja y orgullo. Al principio procuró disculparse, pero como no lo consiguiera, sólo decía después: "Yo me enmendaré" Siempre que veía a las religiosas, sobre todo en la iglesia, rompía a llorar; por lo cual fué reprendida, pues se tenía aquel llanto por signo de descontento y amor propio. Especialmente fué censurada cuando lloraba durante la Misa. Era muy sensible a lo que le hacían padecer sus hermanas, porque veía y oía en espíritu los sentimientos de sus corazones, y lo que hablaban entre si de ella y lo que deliberaban con el fin de humillarla y curarla de lo que tenían por capricho y pereza.

Ella me confirmó que sabía todo cuanto sus hermanas decían y proponían acerca de ella. "Yo veía —son sus palabras— y sabía mejor entonces que ahora (22 de abril de 1813) lo que sucedía en las almas. A veces les di a entender que sabía lo que hablaban y deliberaban secretamente acerca de mí. Entonces debía decirles por donde lo sabía, pero no podía decirlo. Creían ellas que alguna me informaba de todo. Habiendo consultado al confesor, éste me aconsejó que sólo dijera que ya había hablado de esto en la confesión, por lo cual no podía volver a entrar en esta conversación con ellas".

Su confesor quería que ella recibiese la sagrada comunión con más frecuencia que sus hermanas, las otras religiosas. Así lo practicaba desde hacía algún tiempo; pero dejó esta práctica, contra la voluntad de su confesor, desde la Purificación hasta poco después de Pascua de Pentecostés, por respeto humano, porque la frecuente comunión podría ser considerada como apariencia de santidad y se burlarían de ella. Además, se tenía por demasiado pecadora para comulgar tan frecuentemente. Pero por esta omisión llegó a un estado tan lamentable, que no sabía cómo se salvaría y no podía abstenerse

de murmurar y lamentarse. Finalmente reconoció su falta en no seguir al confesor, y desde entonces comulgó con más frecuencia. Sin embargo, hubo de expiar esta desobediencia por espacio de dos años, durante los cuales se vió privada de todo consuelo, en completa sequedad de espíritu.

Pasados estos dos años, volvieron de nuevo los consuelos y concibió un deseo tan ardiente de comulgar, que no podía esperar a que llegara la hora acostumbrada de recibir el Santísimo Sacramento. Por esta razón le ordenó su confesor que cuando no comulgara con la comunidad, recibiera este Sacramento antes que se levantaran las otras religiosas, y de esta suerte no lo sabrían ni se fijarían especialmente en ella. Para conseguir este fin, llamaba a la puerta del abate Lambert, el cual estaba siempre dispuesto a darle muy temprano la sagrada comunión.

A menudo llegaba ella más temprano de lo convenido, porque no podía resistir más tiempo a la violencia del deseo que sentía de comulgar. Una vez vino poco después de media noche, porque creyó sucumbir a la violencia de su deseo. Sentíase inflamado todo su ser e impulsada hacia la iglesia con tal fuerza, que le parecía que le arrancaban del cuerpo todos sus miembros. El abate Lambert no tomó a bien que le llamaran tan temprano; pero haciéndose luego cargo del estado de Ana Catalina, le dió la sagrada comunión.

La última preparación de Ana Catalina para recibir el Santísimo Sacramento consistía en pedir a su Salvador que le diera su corazón para poder acogerle y albergarle dignamente en él. Ella le decía que sólo en este corazón y por él podía amarle y alabarle como Él lo merece. En trueque le ofrecía su propio corazón y le pedía que lo aceptara e hiciera con él lo que fuese su voluntad. Después de haber entregado a Dios su corazón, examinaba todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo, dándolo todo a Dios. Ofrecíale los ojos, los oídos y todos sus miembros, rogándole que le diera su gracia para emplearlos en servirle con perfección y que supliera lo que ella no podía satisfacer. Luego hacía con Dios un pacto, obligándose a alabarle y darle gracias con todo lo que hay en ella, de suerte que todas sus respiraciones, todos los movimientos de sus ojos y de sus manos y todos sus sufrimientos fueran signos de gratitud y de alabanzas al Señor.

Después se volvía a los santos y les pedía que le prestasen o diesen alguna parte de sus dones y virtudes, para prepararse mejor a recibir el Santísimo Sacramento, y para darle gracias con más encendidos afectos. Ante todo acudía a la Madre de Dios con el fin de obtener algún don de la abundancia de su gloria y de sus virtudes. Rogábale especialmente que le diera su divino Niño, como se lo dió a los Magos de Oriente. Después recurría a los santos, uno por uno, pidiéndoles limosnas, recordando a cada uno de ellos su principal excelencia, para obtener alguna merced con que agradar más y más a su divino Salvador. "Vosotros sois, les decía, muy ricos y yo soy muy pobre. ¡Tened compasión de mí! ¡Sólo deseo alguna parte de vuestra abundancia!" Después de la comunión se quedaba en éxtasis.

La santa Misa la acostumbra oír con suma devoción. Al empezar el sacerdote las primeras oraciones se representa a Jesús en el Monte

de las Olivas, y pide a Dios, en favor de todos los hombres, la gracia de oír devotamente la santa Misa, y en favor del sacerdote pide que ofrezca el santo Sacrificio de la manera más agradable a Dios, y pide, en fin, que Jesús se digne mirar benignamente a todos los presentes, como miró a San Pedro.

Al *Gloria*, alaba a Dios con los ángeles y los santos y con todos los fieles de la tierra; da gracias al Salvador porque se ha dignado renovar todos los días su sacrificio, y pide a Dios que ilumine a todos los hombres y dé alivio y consuelo a las almas del Purgatorio.

Cuando el sacerdote lee el Evangelio, pide ella a Dios la gracia de seguir fielmente, ella y todos, las doctrinas contenidas en el mismo.

Al *Ofertorio,* ofrece a Dios, con el sacerdote, el pan y el vino, y pide que sean convertidos en el cuerpo y sangre de Cristo; también considera la próxima venida del Salvador.

Al *Sanctus,* ruega que el mundo entero se una con ella para alabar a Dios.

Durante la Consagración, presenta al Salvador ante su Eterno Padre, y lo ofrece por el mundo entero, especialmente por la conversión de los pecadores, por las almas del Purgatorio, por los moribundos y por sus hermanas las religiosas. Se representa el altar rodeado de muchos ángeles, que no se atreven a mirar al Salvador; y se alegra de su dicha de poder mirarle ella misma sin miedo, y de que no debe apartar de Él la vista.

Unas veces en torno del Santísimo Sacramento veía un gran resplandor; otras, una cruz clara, pero no blanca, en la hostia. Si hubiera sido esta cruz del mismo color que la hostia, no hubiera podido verla. La cruz que veía no era mayor que la hostia, pero ésta parecía entonces de mayor tamaño que las hostias ordinarias.

Desde la Elevación del cáliz hasta el *Agnus Dei* ruega por las almas del Purgatorio y ofrece a Cristo crucificado a su Eterno Padre, pidiendo que el mismo Cristo haga todo lo que ella no puede. Entonces a menudo es arrebatada en éxtasis, lo mismo que antes de la consagración.

En la Comunión, considera el sepulcro de Cristo, y le pide al mismo Cristo que dé sepultura al hombre viejo y se digne revestirnos del nuevo.

Cuando en la santa Misa o en otras ocasiones oía el órgano, decía para sí: "¡Qué hermosa es la armonía en todas las cosas! Si los seres inanimados conciertan entre sí tan armónicamente, ¿por qué no han de concordar unos con otros los corazones de los hombres? ¡Qué hermosa sería su conformidad!"; y al decir esto en su interior, no podía contener las lágrimas.

En la Misa de Nochebuena veía al Niño Jesús sobre el cáliz. Causábale grande admiración que el sacerdote sostuviera los pies del Niño y que, sin embargo, viera ella además el cáliz. Otras muchas veces había visto al Niño Jesús en la santa Hostia, pero en forma más pequeña.

Cuando estaba a su cargo la sacristía, tenía en el coro un sitio desde donde no podía ver el altar, pues que el suyo propio lo había cedido a una hermana para que ésta oyera misa sin la dificultad que se le ofrecía en el que antes ocupaba.

Teniendo una vez en sus manos la cuerda de la campana para tocar durante la Consagración, vió sobre el cáliz al Niño Jesús. ¡Qué hermoso era! Creyó hallarse ya en el cielo y quiso saltar sobre la reja para llegarse a Él. Pero hubo de decirse a sí misma: "¿Qué es lo que vas a hacer?"; y se contuvo; pero se le olvidó tocar la campana, según le sucedió otras veces; por lo cual luego fué reprendida.

Así, estando en el convento, como antes de entrar en él, oró siempre por las almas del Purgatorio y por los pecadores; y en el convento por las religiosas más que por ella misma.

Fuera de aquéllas a que la obligaba la regla, eran pocas las oraciones vocales que rezaba; pero usaba mucho de oraciones jaculatorias. Su oración ordinaria consistía en conversar con Dios, como un hijo con su padre; generalmente alcanzaba lo que pedía de un modo especial.

No dejaba de meditar o de conversar con Dios de día y de noche, ni aún sentada a la mesa, y así no advertía nada de lo que en este tiempo se hablaba, aunque de ella misma se hablase, si no es que se hablara muy recio. Una vez le preguntó el abate Lambert, cómo podía ella consentir que en hablar de tales cosas se emplease todo el tiempo de la comida; pero Ana Catalina no había entendido nada de lo que se había dicho.

Por espacio de mucho tiempo tuvo la costumbre de tratar con Dios de por qué no convierte a los grandes pecadores y por qué castiga eternamente a los que no se convierten. Decía a Dios, que no sabía cómo podía ser así, pues esto era contra su divina naturaleza; que convirtiéndolos ejercitaría su bondad, ya que nada le costaba convertir a los pecadores, los cuales estaban bajo su mano; que debía acordarse de lo que Él y su amado Hijo habían hecho por ellos, pues su Hijo había derramado su sangre y dado su vida en la cruz; y de lo que Él mismo ha dicho en la Sagrada Escritura acerca de su bondad y misericordia y de las promesas que ha hecho. Si el Señor no es fiel a su palabra ¿cómo puede pedir a los hombres que cumplan la suya?

El abate Lambert, a quien ella le dijo estas cosas, le repuso diciendo: "Poco a poco, que vas demasiado lejos". Después vió ella que eso debía ser así como Dios lo tiene dispuesto.

En la Madre de Dios tuvo constantemente singular confianza, y acudía a ella más especialmente cuando había pecado. Entonces acostumbraba a orar de esta manera:

"¡Oh Madre de mi Salvador! Tú eres por dos razones Madre mía; pues tu Hijo me dió a ti misma por Madre cuando al apóstol San Juan le dijo: "He aquí tu Madre"; y porque yo me he desposado con tu Hijo. Ahora, habiendo desobedecido a mi Esposo, tu Hijo, me avergüenzo de parecer en su presencia. Ten, pues, compasión de mí, ya que es tan bondadoso tu corazón maternal. Pídele que me perdone, que a ti no te negará mi perdón".

Como en cierta ocasión, poco tiempo antes de la disolución del convento, hubiera ella buscado, aunque inútilmente, consuelo en un hombre, corrió, llorando, a la iglesia desde la puerta de la escuela, atravesando la plaza del convento, y se postró ante el Santísimo, pidiéndole gracia. Casi había llegado a la desesperación, porque le

parecía tener ella sola la culpa de todos los males que afligían al convento. En esta necesidad oró diciendo:

"Yo soy, oh Dios mío, el hijo pródigo. He disipado la herencia que Tú me diste; no soy digna de llamarme hija tuya. Compadécete de mí. Recíbeme de nuevo. Te lo pido por mi dulcísima Madre, que también es Madre tuya".

Entonces le respondió el Señor, que estuviese tranquila, pues su gracia le bastaba; y que en adelante no buscase consuelo en los hombres.

Muchas veces, cuando pedía algo con instancias y prometía al Señor grandes cosas, Dios le preguntaba por qué hacía aquellas promesas, costándole tanto trabajo las cosas más pequeñas.

SEMBLANZA DE ANA CATALINA

por CLEMENTE BRENTANO

Reproducimos los principales fragmentos del diario de Brentano, el poeta que copió las visiones bajo el dictado de Ana Catalina. En ellos descubrirá el lector las impresiones desaprensivas que recibió al principio, y las profundas huellas que fué gradualmente dejando en su espíritu, hasta transformarlo, la dulce extática de Dülmen.

Llegué a Dülmen el jueves 24 de setiembre de 1818, a las diez de la mañana. El doctor Wesener me anunció a Ana Catalina Emmerick, para que ella no se turbara. Me recibió amistosamente. Después de recorrer una granja y una antigua bodega, llegamos a una escalera de piedra en forma de caracol, que conduce a su habitación. Llamamos, y nos abrió su hermana, y después de atravesar una cocina reducida, nos encontramos en donde ella estaba postrada en su lecho. Después de haberme saludado, me dijo afablemente: "Al verle, no se puede menos de reconocer en usted a su hermano".

No pude menos de experimentar íntima alegría al ver su cándido rostro y la inocente y alegre viveza de su conversación. Ni en su semblante ni en toda su persona se notaba huella de violencia ni de excitación. No son expresión sus palabras de una moral pedantesca, ni son un sermón pesado sobre la abnegación, y menos todavía un lenguaje todo él dulce y empalagoso. Todo lo que dice es breve, sencillo y llano, pero profundo y henchido de amor y de vida. Yo estaba en aquella misma disposición y por esto lo entendía, y recogía cuanto pasaba en torno mío.

Me tomaré el cuidado de anotar todo lo que observare y sepa de la enferma. Tengo esperanza de llegar a ser su biógrafo.

Ella habla como una flor del campo y como un pájaro del aire, y a menudo algo de profundo y de profético resuena en su canto.

Este lugar ofrece mucho de aquello que las almas simples suelen desear: es un pequeño pueblo campestre, sin arte y sin ciencia, donde no se habla de literatura ni de poetas; donde por la tarde se ordeñan las vacas delante de las puertas de las casas. La mayoría de la gente lleva zuecos; y los lleva hasta el que ayuda a Misa. Los niños van al encuentro en la calle de todo pasajero de apariencia y le dirigen besos con las manos. Muchos pobres prometen, a quienes len dan limosna, el *Vía crucis,* rezando con sus hijos por los bienhechores; y efectivamente, cuando cesa por la tarde el trabajo, el *Vía crucis* es visitado por familias enteras. Los trabajos delicados de las mujeres consisten en las labores del campo y de la huerta, en preparar lino, desmenuzarlo, peinarlo, hilarlo, blanquearlo; y hasta las hijas de ciudadanos de mejor condición, van vestidas como en otros lugares las sirvientas. No se encuentra en toda esta tierra una novela y de seguro ni una moda nueva. Cada uno lleva lo que tiene que sea llevadero. En este lugar hay un correo postal y está la residencia de veraneo del duque de Croy-Dülmen, donde puede albergar un séquito de treinta personas. Con todo esto se quejan del inaudito lujo y de la decadencia de las buenas costumbres de diez años atrás.

He dejado la casa de correo adonde había llegado, y alquilado un par de cuartos en la parte superior de la misma casa donde ella habita. Aquí están el horno y la fonda del hermano del confesor. He hecho esto para poder observarla mejor. Me detendré aquí un par de semanas, por lo menos.

Bien pronto espero tener noticias de sus circunstancias externas. Tratándose de una persona aislada del mundo, no produce mayor fatiga conocer todo esto a fondo. Quiero escribir cada una de mis impresiones de lo que me rodea sin seguir un orden fijo hasta que se me presente un punto de vista firme desde el cual pueda contemplarse el conjunto.

Necesito una autoridad que me atraiga a sí por la atmósfera divina de la inocencia y de la piedad; que me conduzca como a un ciego, pues de mí mismo no puedo fiarme.

.. ..

La pobre enferma vive en grande angustia, careciendo del todo de asistencia esmerada, lo cual me aflige constantemente. Su hermana es muy punzante; y como, por otra parte, carece de experiencia, la enferma se ve en la necesidad de ayudarle en las demás faenas domésticas; pero nunca se queja ni se impacienta. Una vez le pusieron sobre la cama tal cantidad de ropa recién lavada y todavía húmeda, que no pudo moverse hasta aligerarse de aquel peso. Con sus manos llagadas tuvo que arreglar aquella ropa mojada y fría, disponiéndola así para que la prensaran y plancharan; sus dedos amoratados no podían moverse a causa del frío. Así trabaja muchas veces medio día, y cuando se halla en estado de visión, si entonces pronuncia alguna palabra o hace, extática, algún movimiento, su dura hermana, que de esto nada entiende, se lo reprende con la aspereza con que una criada ruda pudiera reprender a un niño enfermo o a un delirante.

La vida entera de esta simpática criatura es un continuo martirio, a causa de los infinitos dolores corporales y de los sufrimientos de su alma, constantemente turbada por las visitas de curiosos e ignorantes. Pero siempre se muestra afable y cariñosa, y en todas las circunstancias da el honor debido a la voluntad de Dios, que así es servido de probarla y humillarla.

Acepta y agradece con extraordinaria bondad mi solicitud de procurarle algún alivio en medio de su situación incómoda y por tantos conceptos molesta. Hay muchas cosas que por descuido, por inadvertencia o torpeza, le causan graves molestias. Así, por ejemplo, junto a su lecho había una hendidura en el muro por donde penetraba el aire helado, y nadie había caído en que era mejor taparla. Clavé allí un pedazo de hule, y ella agradeció mucho aquel cuidado mío.

Su situación no puede ser más aflictiva, pero ella siempre se muestra alegre y afable. Desde su miserable lecho no puede siquiera ver la luz del cielo, ni las copas de los árboles que crecen delante de su ventana; ¡ella, que se ha criado en la soledad de los campos que rodean la casa de su padre, y que tan vivas y no comunes emociones sentía a la vista de la naturaleza!

.. ..

El viernes 9 de octubre vi con espanto y temor todas sus llagas. Su confesor quiso que las viera para poder dar testimonio de ellas. La herida de la lanza en el costado derecho causa profunda impresión. A lo largo tendría unas dos pulgadas y media; la contemplaba con tal sentimiento, que no pude pronunciar palabra alguna. Además de la cruz aspada que se ve en el pecho, tiene también una cruz latina cerca del estómago, de una pulgada, que nunca mana sangre, sino sólo agua. Hoy le he visto también sangrar las heridas de los pies. Es cosa que traspasa el alma ver tan maravillosamente sellado con tales sellos el mísero cuerpo demacrado de esta paciente, que sólo puede mover las manos y los pies, pero no puede levantarse ni estar sentada, y que padece, además, los dolores de la coronación de espinas; verla con semblante afable y lleno de amor, expresando con sus labios inocentes palabras de consuelo y de consejo, y alabanzas al Señor. Junto al lecho de esta bienaventurada, instruída desde sus primeros años, no por los hombres, sino por el Señor y por sus ángeles y santos, yo entiendo por mil maneras lo que es la Iglesia Católica, y lo que es aspirar en ella a la comunión de los santos.

¡Cuán admirables y extraordinarias son las cosas que todos los días observa en ella su confesor! Lo más sorprendente es la acción de la consagración sacerdotal. Cuando estando en éxtasis se le acercan las manos ungidas del confesor, levanta la cabeza y las sigue con ella hasta que el confesor las retira; entonces vuelve ella a dejar caer la cabeza. Esto le sucede con todos los sacerdotes. Quien tal ve, como lo vi yo, no puede menos de reconocer que sólo en la Iglesia hay sacerdocio, y que la consagración sacerdotal es algo más que una ceremonia. Una vez le oí decir, llorando, estas palabras: "Los dedos consagrados de los sacerdotes serán conocidos en el Purgatorio y aún en el Infierno, y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán".

¡Qué obediencia la suya tan entera y conmovedora a los superiores eclesiásticos! Cuando llega el momento de mudarle su hermana las ropas del lecho, y su confesor le dice: "Emmerick, levántate por obediencia", entonces despierta ella con un repentino estremecimiento y, moviéndose trabajosamente, intenta ponerse derecha. Hoy rogué al confesor que le dijera en latín, en voz muy baja, que se levantara. Acercóse éste algo al lecho desde el lugar algo apartado donde se hallaba rezando el breviario, y pronunció estas palabras en voz ininteligible: *"Tu debes obedire et surgere, veni"*. Al punto hizo ella un rápido movimiento como si quisiera levantarse. Asustado el confesor, le preguntó qué quería, a lo cual respondió ella: "Me llaman". Pero al momento se tranquilizó cuando le dijo el confesor que no se moviera.

Este repentino despertar al oír la voz del superior siempre es muy conmovedor a mis ojos, pues me causa mucha lástima ver como aquella pobre enferma, sin tener en cuenta su vida interior de visiones, es lanzada repentinamente desde el mundo de luz en que propiamente vive, a una realidad turbada y profundamente dolorosa. Cáusame la misma penosa impresión que me produciría el ver arrojar en una oscura nevera a un pobre niño enfermo que se hallara jugando entre las flores. Pero su vocación es padecer, y aunque al volver en sí y al mundo exterior tiene que esforzarse y luchar con-

sigo misma, da gracias sonriéndose afectuosamente por todo lo que padece. Esta obediencia la presta ella libremente y sin necesidad; pero aunque fuera moralmente irresistible, el efecto sería el mismo, pues su alma está en todo tiempo tan pronta, como un niño obediente, para acudir cuando lo llaman. Al despertarse, la oía yo decir con voz conmovedora: "¡Debo ir!". "Sí, voy"; o bien: "No puedo; tengo los pies enclavados; desenclavádmelos". Con esta súplica daba a entender que tenía los pies siempre en la misma posición, extendidos como los de un crucifijo, tanto que al despertar, sólo con gran trabajo podía separar el uno del otro. Después se pasa la mano por los ojos, vuelve del todo en sí al rociarse con agua bendita, se hace la señal de la cruz y toma el rosario si durante el éxtasis se le ha caído de las manos.

Poco tiempo después, habiendo rogado yo a su confesor que le impusiera su precepto por escrito, éste escribió en mi presencia las siguientes palabras: "Levántate, sé obediente". La enferma se hallaba en extasis, con la cabeza cubierta con dos tocas y ceñida con un lienzo doblado. En el momento en que el escrito tocó a los lienzos que cubrían la cabeza de la enferma, ésta exhaló un profundo suspiro y se levantó. "¿Qué quieres?", le preguntó el confesor. "Levantarme", respondió ella, "que me llaman". Pero habiéndole dicho el confesor que permaneciera tranquila, y habiendo apartado de ella el papel, volvió a caer en la misma inmovilidad que antes. Este escrito lo conservo para probar si en ausencia del confesor puedo despertarla también yo.

Estando el confesor ausente, y hallándose ella esta tarde en éxtasis sin que nadie pudiera hacerla volver en sí, fuí por el mandato escrito, y apenas se lo coloqué sobre el pecho, despertó.

.. ..

Hoy se ha desmayado varias veces a consecuencia de los dolores, por lo cual ha sido necesario darle almizcle; pero habiendo sentido ansias y conatos de vómito, se le han dado fricciones de opio en el estómago. Todas estas cosas las ha llevado con suma paciencia. Estaba casi muerta. Yo me hallaba no lejos de su lecho, sintiendo gran compasión, y ella me saludó con un ligero movimiento de cabeza. A todo lo que su confesor le decía, respondía, desmayada, en voz baja: "Sí, sí". En medio de aquellas angustias mortales era una imagen conmovedora de obediencia y sumisión. Al día siguiente decía: "Por la noche tuve mucho que padecer; pero si puedo sufrirlo en paz, todo me parece muy suave. Es muy dulce pensar entonces en Dios. Un solo pensamiento dirigido a Dios tiene a mis ojos más valor que el mundo entero. Las medicinas no me aprovechaban, y yo no podía tolerarlas".

Le he manifestado mi deseo de buscar alguna persona bien educada, sencilla y digna para que la cuide y asista en su enfermedad. Al oírme ha empezado a llorar como una niña, lamentándose de no haber recibido buena educación. Yo le repuse que parecía que no me había comprendido, pues de ningún modo quería decirle que ella careciera de tales dotes; que lo que deseaba para consuelo suyo era una persona adornada de estas cualidades, que la asistiera. Pero ella siempre volvía a lo mismo, aplicándose dichas palabras y negando

que tuviese tales prendas. Por último, como me impacientara, viendo que no quería entenderme, díjome llorando con voz suplicante: "No quiero ofenderle a usted. No tengo buenas prendas; pero Dios se compadecerá de mí".

Un día ella me refirió lo siguiente: "Muchas veces me he visto a punto de morir a consecuencia de los dolores de cuerpo y alma que he padecido, y de las espantosas imágenes que he visto. En tales ocasiones desfallezco, y no tengo ni una gota de agua con que confortarme, porque no puedo hacer movimiento alguno". Al oír de su boca estas palabras, le dí de beber, habiendo mojado con agua bendita el borde del vaso. "Eso es vino", dijo, "vino del jardín de la Iglesia".

Otro día me hallaba sentado en su habitación, estando ella en contemplación. Como empezara a suspirar penosamente, sin volver en sí, me llegué a ella con el vaso que siempre había a su lado y que debía contener agua bendita. Preguntéle si quería beber; pero ella movió la cabeza y mirándome tristemente, dijo con voz apagada: "¡Agua fresca y bendita! Aquí cerca hay dos sacerdotes que tienen de Dios la facultad de bendecirla; pero se olvidan de mí; voy a desfallecer. Dios quiere que yo viva de esto; no me dejen morir". Al punto fuí a la habitación próxima, del abate Lambert, en cuya compañía encontré al confesor, a quien suponíamos ausente. Este bendijo agua fresca, y se la llevó. Después de haber bebido, dijo: "¡Ya he tomado fuerzas!" Y como el confesor le dijera en broma: "Vente conmigo por obediencia", ella intentó levantarse; pero como el mandato no había sido verdadero, volvió a caer desmayada. Aunque extraordinariamente conmovido a vista de esta escena, no me atreví a pedir al confesor que omitiera semejante prueba para no turbar la armonía y buena correspondencia; pero no pude menos de llorar de compasión al ver cuán tranquilamente y sin quejarse la sufrió.

Otra vez la oí expresarse en estos términos acerca de las bendiciones sacerdotales: "Es muy triste la negligencia de los sacerdotes en nuestros días respecto a las bendiciones. No parece sino que no saben muchas veces lo que son estas bendiciones; gran número de ellos apenas creen en su virtud, y se avergüenzan de ellas como de ceremonias anticuadas y supersticiosas; otros usan de este poder y gracia, que Jesucristo les ha conferido, sin atención y como de paso. Cuando ellos no me bendicen, Dios me suele bendecir; pero como el mismo Dios ha instituído el sacerdocio y le ha otorgado la potestad de bendecir, casi desfallezco por el deseo de recibirlas. En la Iglesia todo forma un solo cuerpo: así que cuando a alguno de sus miembros se le rehusa algún bien, se siente como desfallecido".

Veíala en oración. Sus llagadas manos, de cuyos dedos el de en medio estaba dolorosamente encorvado hacia adentro, las tenía abiertas y apoyadas por bajo el pecho. Parecía sonreírse; su rostro era expresión elocuente de inteligencia y perspicacia, y eso que tenía cerrados los labios y los ojos. Su aspecto me conmovió profundamente. Aquella paz y admirable devoción que se reflejaban en la inocencia infantil de su rostro, avivaron extraordinariamente en mí el sentimiento de mi indignidad y de mis culpas. Durante la tranquila solemnidad de aquellos momentos estaba yo en su presencia como un mendigo, suspirando tristemente y diciendo con ánimo suplicante:

VIDA DE
ANA CATALINA EMMERICK

ANA CATALINA EMMERICK, hija de Bernardo Emmerick y de Ana Hiller, pobres y piadosos campesinos, nació en el lugarcito de Flamske, a legua y media de Koesfeld, ciudad del obispado de Münster, el 8 de septiembre de 1774; fué bautizada en la iglesia de Santiago de Koesfeld. Su infancia tuvo mucha semejanza con la de la venerable Ana Garzias de San Bartolomé, con la de Dominica del Paraíso, y la de algunas otras contemplativas pertenecientes a la gente del campo. Su Angel de la Guarda se le aparecía bajo la figura de un niño; el Buen Pastor venía a ayudar a la pobrecita pastora, a la cual se presentaba en figura de pastorcito. Desde su niñez le fué revelada la Historia sagrada en diferentes visiones. La Madre de Dios, la Reina del cielo, se presentaba a ella en el prado como una mujer llena de belleza, de dulzura y de majestad; le ofrecía su ternura y su protección, y le llevaba su Hijo divino para que participase de sus juegos. Algunos santos hacían lo mismo, y venían a tomar afectuosamente las coronas que tejía para el día de su fiesta. La niña extrañaba todo esto menos que si una princesa y su corte hubieran descendido hasta ella. Más tarde no le causaba ninguna sospecha; la inocencia establecía para ella relaciones más íntimas con Jesucristo, su Madre y los santos, que con las personas más afables del mundo. Los nombres de padre, de madre, de hermano, de esposo, le parecían expresar las relaciones íntimas entre Dios y el hombre, pues el Verbo Eterno había escogido Madre sobre la tierra para ser nuestro Hermano, y esos títulos no eran a sus ojos palabras vanas.

Siendo niña, hablaba con sencillez de lo que había visto, y la buena gente que la rodeaba escuchaba con admiración sus relaciones sobre la Historia sagrada; pero algunas veces, interrumpida por sus preguntas y sus advertencias, callaba. En medio de su sencillez pensaba que no era conveniente hablar de tales cosas; que los otros callaban lo que les sucedía, y que de ese modo era menester hablar poco; decir "sí" o "no"; "*Alabado sea Jesucristo*". Todo lo que le había sido revelado era tan claro, tan luminoso, tan saludable, que opinaba que lo mismo sucedía a todos los niños cristianos; y los otros, que no lo con-

taban, le parecían más discretos y mejor educados; y ella calló para imitarlos.

Desde sus más tiernos años tuvo un don particular, que se encuentra en las historias de Santa Sebyllina de Pavía, de Ida de Lovaina, de Ursula y Benincasa, y de algunas otras almas piadosas: el don de distinguir lo que es malo o bueno, santo o profano, bendito o maldito, en las cosas materiales o en las espirituales. Siendo aún niña, traía del campo plantas saludables, cuya virtud conocía ella sola, y las plantaba alrededor de su casa o en los sitios donde trabajaba o rezaba, y, por el contrario, arrancaba alrededor las hierbas venenosas, y sobre todo las que se usan en las prácticas supersticiosas y en los hechizos. Cuando pasaba por un sitio donde se habían cometido grandes pecados, huía o rezaba y hacía penitencia; conocía igualmente los sitios benditos y santificados, complaciéndose feliz en ellos, y daba gracias a Dios. Cuando un sacerdote pasaba con el Viático, aunque fuera a larga distancia de su choza o del sitio donde guardaba su ganado, sentíase atraída hacia aquel paraje, corría y se arrodillaba en el camino, y adoraba la santa Eucaristía. Distinguía los objetos sagrados y profanos; experimentaba cierta aversión hacia los lugares donde había sepulturas de paganos, y, al contrario, atraíanla los restos de los santos, como el hierro atrae el imán. Conocía las reliquias de los santos hasta el punto de contar, no sólo particularidades ignoradas de su vida, sino la historia de la reliquia que le presentaban y de los diversos sitios que había corrido. Tuvo toda su vida comercio íntimo con las ánimas del Purgatorio: todas sus acciones, todas sus oraciones se dirigían a las ánimas; sentía a menudo que la llamaban a su socorro, y recibía algún aviso cuando las olvidaba. Con frecuencia, siendo joven, la despertaban en medio del sueño una multitud de almas, y en las noches más frías de invierno seguía con ellas, desnudos los pies y en medio de la nieve, el *Vía Crucis* que va hasta Koesfeld. Desde sus primeros años hasta su muerte no cesó de consolar enfermos, de curar llagas y úlceras, de dar a los pobres lo poco que poseía. Era de conciencia muy delicada: el pecado más ligero la afligía hasta el punto de enfermar, y la absolución era para ella una resurrección.

Todos los dones que había recibido no la impedían emplearse en sus trabajos, aún los más penosos: es de observar que un cierto grado de intuición profética no es raro en su patria. Su escuela interior era la mortificación y el trabajo; se encerraba en los límites estrictos de lo necesario en cuanto a la comida y al

sueño; pasaba muchas horas en oración cada noche, y en el invierno se arrodillaba al raso sobre la nieve, acostándose en el suelo en unas tablas dispuestas en forma de cruz. Comía y bebía lo que los otros no querían; los mejores pedazos eran para los pobres y los enfermos, y cuando no sabía a quién darlos, los ofrecía a Dios con fe sencilla, rogándole se los diera a alguno más necesitado que ella. Si había alguna cosa que ver o que oír, que no fuera concerniente a Dios o a la religión, evitaba, bajo cualquier excusa modesta, ir a donde los otros acudían, o, si se encontraba en él, cerraba los ojos y oídos. Acostumbraba a decir que toda inutilidad era pecado, y que cuando se rehusaba a los sentidos cualquiera cosa de esa especie, se hallaba centuplicado para la vida interior, lo mismo que la poda da más fertilidad a la viña y a los árboles frutales. Desde su juventud tuvo constantemente visiones simbólicas, que se encadenaban una con otra, y que la acompañaban por todas partes, en las que el término de su vida, los medios para llegar a él, sus penas, sus peligros, sus combates futuros, se le mostraban en parábolas.

A la edad de dieciséis años, un día que trabajaba en el campo con sus padres y sus hermanas, el sonido de la campana del convento de la Anunciación de Koesfeld despertó con tal violencia su deseo secreto de entrar en el claustro, que cayó sin sentido; y habiendo sido llevada a su casa, tuvo una enfermedad de languidez, que duró bastante tiempo. A la edad de dieciocho años fué a Koesfeld a aprender el oficio de costurera, y después de haber pasado dos años, volvió a casa de sus padres. Pidió el ser admitida en las Agustinas de Borken, en las Trapistinas de Darfeld y en las Clarisas de Münster; pero su pobreza y la de aquellos conventos fueron un obstáculo. A la edad de veinte años, habiendo economizado veinte táleros (setenta y cinco pesetas) que había ganado cosiendo, se fué con esta suma, verdadero tesoro para una pobre del campo, a casa de un piadoso organista de Koesfeld, cuya hija había conocido en su primera residencia en este pueblo. Ana Catalina esperaba que, en aprendiendo a tocar el órgano, encontraría medio de ser admitida en un monasterio.

Pero su deseo irresistible de servir a los pobres y de socorrerlos no le dejó ningún tiempo para aprender la música, y poco después se despojó de todo, de tal manera, que su buena madre tuvo que llevarle pan, leche y huevos para ella y para los pobres con quienes los repartía. Entonces su madre le dijo: "Nos causas mucho disgusto a tu padre y a mí con el deseo de

separarte de nosotros para ir a un convento; pero siempre eres mi hija querida; cuando veo en casa el sitio donde te sentabas, mi corazón se parte al pensar que has dado tus economías y que ahora estás en la miseria; pero yo te traigo con que mantenerte algún tiempo". Y Ana Catalina le respondió: "Sí, querida madre; no me ha quedado nada, porque era la santa voluntad de Dios que otros fuesen socorridos por mi mano; y como yo les he dado todo, Él debe tener cuidado de mí, y Él sabrá ayudarnos a todos". Vivió algunos años en Koesfeld en medio del trabajo, de las buenas obras y de la oración, teniendo siempre la misma dirección interior. Era como un niño dócil y silencioso en manos del Angel de la Guarda.

Aunque en este compendio de su vida omitimos muchas circunstancias interesantes, hay una que no debemos pasar en silencio. A la edad de veinticuatro años recibió una gracia que el Señor ha concedido sobre la tierra a muchas personas consagradas al culto especial de su Pasión dolorosa; es ésta el padecimiento corporal y visible de los dolores de su santa Cabeza con la corona de espinas. Nosotros citaremos sus propias palabras: "Cuatro años antes de mi entrada en el convento, poco más o menos, por consecuencia, en 1798, me hallaba hacia mediodía en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld, y estaba arrodillada delante de un Crucifijo: estando absorta en la meditación, sentí de pronto un calor dulce y vivo, y vi venir del altar donde estaba el Santísimo Sacramento en el tabernáculo, a mi Esposo celestial bajo la forma de un joven resplandeciente. Su mano izquierda tenía una corona de flores, su mano derecha una corona de espinas, y me las presentó ambas para escoger. Tomé la corona de espinas. El me la puso sobre la cabeza, y yo la apreté con las dos manos; entonces desapareció, y volví en mí con un dolor violento alrededor de la cabeza. Salí de la iglesia, que iban a cerrar. Una de mis amigas, que estaba arrodillada a mi lado, podía haber observado algo de mi estado; al llegar a casa le pregunté si no veía alguna herida en mi frente, y le hablé en términos generales de mi sueño y del dolor violento que le había seguido. Ella no vió nada exteriormente; pero nada extrañó de lo que yo le dije, porque sabía que estaba algunas veces en un estado extraordinario, cuya causa no comprendía. Al día siguiente mi frente y mis sienes estaban muy hinchadas, y padecía horriblemente. Estos dolores y esta hinchazón repitiéronse con frecuencia, y duraron algunas veces días y noches enteras. Yo no observé sangre alguna alrededor de la cabeza, hasta que mis compañeras me advirtieron que me pusiera otro gorro, porque

el mío estaba lleno de manchas coloradas. Las dejé que pensaran lo que quisieran, y me compuse el peinado de modo que cubriera la sangre que caía de mi cabeza; lo hice así hasta en el convento, donde una sola persona lo descubrió y guardó fielmente el secreto".

Muchos otros adoradores contemplativos de la Pasión de Nuestro Señor han recibido la misma gracia de sufrir los dolores de la corona de espinas, después de una visión igual, en que se les había ofrecido la elección de dos coronas: citaremos sólo a Santa Catalina de Sena y a Pasithea de Crogis, religiosa de Santa Clara de la misma villa, que murió en el año 1617. Las mismas circunstancias se presentan con alguna leve variante. En fin, el escritor de estas páginas ha visto muchas veces, en medio del día, y de muy cerca, correr la sangre sobre la frente y la cara de Ana Catalina Emmerick, en cantidad suficiente para calar la ropa que tenía alrededor del cuello.

Su deseo del claustro fué al fin satisfecho. Los padres de una joven, a quien deseaban tener las Agustinas de Dülmen, declararon que no dejarían a su hija entrar en el convento si no recibía al mismo tiempo a Ana Catalina: la pobre comunidad accedió, aunque con dificultad, a causa de la indigencia absoluta de esta última. El 13 de noviembre de 1802, ocho días antes de la fiesta de la Presentación de la Virgen, tomó el hábito de novicia. Los conventos de nuestro tiempo no ponen a prueba la vocación de las novicias con el rigor y la severidad de la antigua regla; pero la Providencia suplió para Ana Catalina a este defecto con rudas pruebas, a las cuales no podía mostrarse demasiado reconocida. Las penas y las privaciones que uno se impone por amor de Dios, bien solo, bien en unión con otros, son fáciles de soportar; pero la cruz más semejante a la de Jesucristo es aceptar, sin murmurar y con amor, acusaciones, afrentas y castigos injustos. Dios permitió que en el año de su noviciado fuese sometida, sin que la voluntad de nadie contribuyese, a todos los rigores por los cuales la hubiera hecho pasar una sabia maestra de novicias en el tiempo de la mayor severidad de la Orden. Aprendió a mirar a sus compañeras como instrumento de Dios para su salvación: otras muchas cosas se le aparecieron más tarde desde este punto de vista. Mas como esta escuela de la cruz era necesaria para su alma ardiente, Dios tuvo cuidado de dejársela para toda la vida.

Su situación en el convento era triste bajo muchos aspectos: ninguna de sus compañeras, ningún sacerdote, ningún médico podía comprender su estado. Había aprendido a ocultar los dones

maravillosos que había recibido cuando vivía con la gente del campo; pero no podía ser lo mismo ahora, puesta en contacto perpetuo con una multitud de religiosas, excelentes y piadosas sin duda, pero cuya curiosidad se aumentaba siempre, y que estaban animadas contra Ana Catalina de una especie de envidia espiritual. Después, el espíritu apocado del convento y la completa ignorancia que en él había de los fenómenos por los cuales la vida interior del alma puede manifestarse a lo exterior, le atraían sobre sí una serie de vejaciones, que eran tanto más penosas, cuanto que estos fenómenos se producían siempre bajo la forma más rara y más singular. Oía todo lo que se decía contra ella, aunque fuese en la otra extremidad del convento, y estas conversaciones se clavaban en su corazón como dardos agudos. Lo soportaba todo con paciencia y amor, sin dejar traslucir nada de lo que sabía. Algunas veces la caridad la hacía echarse a los pies de alguna religiosa, que murmuraba de sus acciones, y pedirle perdón llorando. Con ese motivo sospechaban de que ella escucharía tras de las puertas: odios secretos se descubrían sin poderse explicar cómo, y se sentían penetradas de cierto temor, de cierta inquietud involuntaria delante de Ana Catalina.

Cuando la regla de la Orden, que era para Ana Catalina una ley sagrada, se quebrantaba en algún punto, veía en espíritu todas las transgresiones, y algunas veces, llevada por el espíritu interior, aparecía de pronto en el sitio donde la regla había sido infringida por falta al precepto del silencio o al voto de pobreza, y citaba, sin haberlo aprendido antes, el pasaje de la regla relativo a la circunstancia. Esto la hacía importuna para las que se descuidaban, y su presencia era para éstas como la aparición de un espíritu. Dios le había concedido el don de las lágrimas en alto grado; pasaba horas enteras en la iglesia llorando en su presencia sobre los pecados y la ingratitud de los hombres, sobre los sufrimientos de la Iglesia, sobre las imperfecciones de la comunidad y sobre sus propios defectos. Mas estas lágrimas de una sublime compasión nadie podía comprenderlas, nadie más que Aquél en cuya presencia las derramaba: los hombres las atribuían a un capricho, a una incomodidad, o a otro motivo de esta especie. Su confesor le había mandado recibir la santa Eucaristía con más frecuencia que a las otras, porque su deseo ardiente de este pan espiritual la ponía algunas veces casi a la muerte. Esta disposición de su alma excitaba la envidia, y la trataban algunas veces de *hipócrita*.

Le echaban en cara con frecuencia el favor que le habían hecho admitiéndola en el convento, siendo una pobre e ignorante mujer del campo. La idea de que ella era para las otras una ocasión de pecado érale muy dolorosa, y no cesaba de pedir a Dios que hiciera recaer sobre sí la pena de esta falta de caridad. Tuvo una gran enfermedad, que principió en la Natividad de 1802 por un dolor violento de corazón. Este dolor no cesó aún después de su cura, y lo sufrió en silencio hasta 1812, época en que recibió en un éxtasis, en ese mismo sitio, la marca exterior de una cruz, como lo diremos más adelante. Su debilidad y su mala salud la hacían mirar más bien como una carga que como una utilidad para el convento, lo que contribuía a que no la mirasen con benevolencia. Sin embargo, trabajaba y servía sin cansarse; amaba a todas sus hermanas, y jamás fué tan feliz como en esta época de su vida, pasada en las privaciones y en las penas de toda especie.

El 13 de noviembre de 1803, de edad de veintinueve años, pronunció sus votos solemnes, y se hizo la esposa de Jesucristo en el convento de Agnetemberg, de Dulmen. "Cuando pronuncié mis votos, mis parientes se mostraron llenos de bondad hacia mí. Mi padre y mi hermano mayor me trajeron dos piezas de tela. Mi padre, hombre piadoso, pero severo, que me había visto entrar en el convento con repugnancia, me había dicho al tiempo de nuestra separación que pagaría gustoso mi entierro, pero que no daría nada para el convento; cumplió su palabra: esta pieza de tela era la mortaja de mi entierro en el claustro".

"No me acordaba jamás de mí, decía Ana Catalina; no pensaba más que en Jesucristo y en mis santos votos: mis compañeras no me comprendían, y yo no podía explicarles el estado en que me hallaba. Dios les ha ocultado muchas gracias que me ha concedido, sin lo cual ellas hubieran tenido de mí la idea más errónea. A pesar de todos los dolores y de todos los padecimientos, jamás tuve más riqueza interior; mi alma estaba inundada de felicidad. Tenía una silla sin asiento y otra sin respaldo en mi celda, y sin embargo estaba para mí tan llena y tan magnífica, que creía ver en ella el cielo todo entero. Con frecuencia, por la noche, llevada por el amor y la misericordia de Dios, me exhalaba en palabras ardientes y llenas de familiaridad afectuosa, como tenía costumbre de hacerlo desde mi infancia; me espiaban y me acusaban de atrevimiento y de temeridad hacia Dios. Una vez respondí que me parecía más temerario recibir el cuerpo del Señor sin haber conversado así familiarmente con El, y me reprendieron severamente. En medio

de todo esto, vivía en paz con Dios y sus criaturas. Cuando trabajaba en el jardín, los pájaros venían a mí, se ponían sobre mi cabeza y sobre mis hombros, y cantábamos juntos las alabanzas de Dios. Veía siempre a mi lado al Angel de mi Guarda, y aunque el espíritu maligno me asaltara y buscase medios de aterrarme por todos lados, no podía hacerme mucho mal. Mi deseo de la santa Eucaristía era tan irresistible, que con frecuencia por la noche salía de mi celda y me iba a la iglesia, si estaba abierta; en el caso contrario, me quedaba en la puerta o cerca de la pared, aún en el invierno, arrodillada o prosternada, extendidos los brazos o en éxtasis. El capellán del convento, que tenía la caridad de venir temprano para darme la comunión, me hallaba en ese estado; mas al aproximarse y abrir la iglesia, volvía yo en mí, me acercaba con ansia al comulgatorio, y encontraba a mi Señor y mi Dios. Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, me sentía de pronto como transportada; subía a los sitios más elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería adonde parecía imposible humanamente subir. Entonces lo limpiaba y componía todo. Me parecía siempre que había sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenían. Esto no lo extrañaba, porque estaba acostumbrada a ello desde mi infancia: nunca veíame mucho tiempo sola, y lo hacíamos todos juntos familiarmente. Sólo entre ciertos hombres me hallaba sola, hasta el punto de llorar como una niña que quiere volver a su casa".

Omitimos algunos otros fenómenos notables de su vida extática, exhortando sólo al lector a comparar lo que acabamos de contar, con la vida de Santa Magdalena de Pazzis. Ahora pasemos a sus enfermedades.

Siendo de una constitución delicada y poco robusta de cuerpo, se había dedicado desde su infancia a la mortificación, al ayuno, a velar, a orar por la noche a cielo raso; añádase a eso los trabajos más penosos del campo en todas las estaciones del año, y la fatiga del estado singular en que se encontraba casi siempre. En el claustro continuó trabajando en el jardín y en la casa, mientras sus trabajos y sus padecimientos espirituales se iban aumentando; de suerte que no es extraño que estuviera enferma con frecuencia; pero sus enfermedades tenían todavía otra causa. Hemos sabido por observaciones exactas hechas por espacio de cuatro años, y por confesiones tímidas que Ana Catalina no pudo menos de hacer, que en el espacio de su vida gran parte de sus enfermedades y de sus dolores, sobre todo mientras estuvo en el convento, que fué la época más activa de

su vida espiritual, le provenían de que tomaba sobre sí los padecimientros de los otros. Tan pronto pedía la enfermedad de alguna persona que no sabía sufrir con paciencia, y la aliviaba de todos sus males o de una parte de ellos tomándolos para sí, como, queriendo expiar algún pecado o poner un término a algún padecimiento, se entregaba a Dios, y el Señor, aceptando su sacrificio, le permitía esta expiación en unión con los méritos de su Pasión, bajo la forma de alguna enfermedad correlativa del pecado que quería borrar. Así tenía que sufrir las enfermedades suyas propias, los males que aceptaba de los otros, ciertos dolores para borrar los pecados de los demás, y aún las faltas y la negligencia de tal o cual porción de la comunidad cristiana, y con frecuencia algunos padecimientos en satisfacción por las ánimas del Purgatorio. Todos estos sufrimientos se presentaban en su cuerpo como una enfermedad propia, con síntomas los más opuestos y los más variables, y bajo este aspecto estaba entregada al médico que, con su ciencia terrestre, se empeñaba en curar males que eran su vida. Con ese motivo decía: "El reposo en los padecimientos me ha parecido siempre el estado más apetecible para el hombre. Los ángeles mismos nos tendrían envidia, si la envidia no fuese una imperfección. Pero el sufrimiento, para que sea provechoso, debe aceptar con paciencia y gratitud los consuelos y los remedios dados a contratiempo, y todo otro peso que se añada a la cruz. Yo misma no conocía del todo mi estado ni con qué tenía relación. Aceptaba mis padecimientos en espíritu, y debía combatirlos corporalmente. Habíame abandonado enteramente a mi Esposo celestial, y su santa voluntad se cumplía toda en mí; pero yo era de este mundo, donde hay un orden y una ciencia terrestre que debía dejar obrar sin murmurar. Aunque hubiera conocido bien mi estado, y aunque hubiese tenido el tiempo y la facultad de explicarlo, no habría habido nadie que pudiera comprenderme. Un médico, sobre todo, me hubiera tenido por loca, y hubiera duplicado sus costosos y penosos remedios. Así he sufrido mucho toda mi vida, y sobre todo en el convento, a causa de los remedios dados fuera de propósito. Con frecuencia, cuando me habían puesto en la agonía, Dios se compadecía de mí, y me enviaba algún socorro sobrenatural que me curaba".

Cuatro años antes de la supresión de su convento, fué a Flamske a hacer una visita de dos días a sus padres. Mientras permaneció allí, fué una vez a arrodillarse y a orar muchas horas delante de la cruz milagrosa de San Lambert de Koesfeld. Pidió a Dios por la paz y la unión de su convento, le ofreció a

este fin la dolorosa Pasión de Jesucristo, y le pidió que le hiciera sentir una parte de los tormentos que su Esposo celestial había sufrido en la cruz. Desde esta oración, sus manos y pies estaban abrasando y llenos de dolores: tenía fiebre continua, a la que ella atribuía los dolores en las extremidades; porque Ana Catalina no se atrevía a pensar que sus ruegos hubiesen sido oídos por Dios. Con frecuencia hallábase imposibilitada de andar, y el dolor de las manos no le permitía ciertos trabajos que hacía en el jardín.

El 3 de diciembre de 1811 el convento fué suprimido, y la iglesia cerrada. Las religiosas se dispersaron cada una por su lado. Ana Catalina se quedó pobre y enferma. Una criada caritativa del convento la sirvió por amor de Dios. Un anciano sacerdote, emigrado, que decía Misa en el convento, se quedó también. Estas tres personas, las más pobres de la comunidad, no salieron del convento hasta la primavera de 1812. Ana Catalina estaba todavía enferma, y la transportaron no sin dificultad. El sacerdote encontró un pequeño alojamiento en casa de una pobre viuda del pueblo: Ana Catalina también encontró en la misma casa un cuartucho en el piso bajo, cuyas ventanas daban a la calle. Allí vivió, siempre enferma, hasta el otoño de 1812. Sus arrobamientos en la oración y el comercio espiritual que tenía con el mundo invisible, eran aún más frecuentes. Iba a ser llamada a un estado que no conocía bien, y no hizo más que abandonarse dócilmente a la voluntad de Dios. El Señor, en aquella época, quiso marcar su cuerpo virginal con las llagas de su cruz y de su crucifixión; escándalo para los judíos, locura para los paganos, lo uno y lo otro para muchos de los que se titulan cristianos. Desde su juventud había pedido al Salvador que le imprimiese fuertemente su santa Cruz en el corazón, a fin de no olvidar jamás su amor infinito para con los hombres: mas no se había acordado nunca de un signo exterior. Rechazada del mundo, lo pedía con más ardor que nunca. El 28 de agosto, fiesta de San Agustín, patrón de su Orden, mientras hacía esta petición en su cama, arrebatada en un éxtasis y los brazos tendidos, vió venir a ella un joven resplandeciente, como su Esposo celestial se le aparecía algunas veces; y este joven hizo sobre su cuerpo, con la mano derecha, el signo de una cruz ordinaria. Con efecto: desde entonces tuvo sobre el epigastrio una señal parecida a una cruz. Eran dos bandas cruzadas, de tres pulgadas de largo y de media pulgada de ancho. Más tarde, la piel se levantaba en este sitio como después de una quemadura, y se abría, dejando salir un humor ardiente y sin color, sobrado

abundante muchas veces para calar algunos paños. Estuvo mucho tiempo sin saber lo que era, creyendo sólo tener un sudor copioso. Jamás reconoció la significación particular de este signo.

Algunas semanas después, haciendo igual súplica, vió la misma aparición, que le presentó una pequeña cruz de la forma descrita en las historias de la Pasión. La tomó con ardor, la apretó fuertemente contra su pecho, y la devolvió. Ana Catalina decía que esta cruz era blanda y blanca como la cera; pero al principio ignoró que le hubiera resultado un signo exterior. Poco tiempo después, habiendo ido con la nieta del ama de su casa a visitar una antigua ermita cerca de Dülmen, cayó de pronto en un éxtasis, y perdió el sentido; después, vuelta ya en sí, fué llevada a su casa. Como el dolor y el escozor que sentía en el pecho se aumentaban cada día, vió la figura de una cruz de tres pulgadas de largo, que estaba aplicada sobre el esternón, y que parecía colorada sobre la piel. Habiendo comunicado su visión a una monja, con la cual estaba muy unida, se comenzó a hablar mucho de sus estados singulares. El Día de los Difuntos, 2 de noviembre de 1812, salió por la última vez, y se llegó con mucho trabajo hasta la iglesia. Desde esta época hasta el fin del año, parecía que estaba siempre a punto de expirar, y recibió los últimos Sacramentos. Por la Natividad se le apareció encima de la cruz que tenía en el pecho una pequeña marca de la misma forma, de modo que figuraba una doble cruz partida. Esta cruz echaba sangre todos los miércoles hasta poderse estampar en un papel. Después fué el viernes. En 1814 este sudor de sangre fué más raro; solamente la cruz estaba todos los viernes de color de fuego. Sin embargo, todavía echó sangre más tarde, y particularmente el Viernes Santo; pero ya no se hacía caso. El 30 de marzo de 1821, el que escribe estas páginas vió la cruz, de un encarnado muy vivo, sudar sangre por toda su extensión. En el estado ordinario quedaba sin color, y se distinguía sólo por algunas grietas de la piel. Algunas otras almas contemplativas han recibido estigmas iguales de la cruz; entre otras, Catalina de Raconis, Marina de Escobar, Emilia Bichieri y Juliana Falconieri.

Recibió las señales de la cruz en los últimos días del año 1812. El 29 de diciembre, a las tres de la tarde, se hallaba en su cuarto muy mala, acostada sobre la cama, pero los brazos extendidos y en actitud de éxtasis. Meditaba sobre los padecimientos del Salvador, y le pedía que la hiciese sufrir con Él. Rezó cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas, redobló su fervor y se sintió muy inflamada. Entonces vió una luz que

bajaba sobre sí, y distinguió en ella la forma resplandeciente del Salvador crucificado: sus llagas resplandecían como cinco soles luminosos. Su corazón estaba conmovido de dolor y de gozo al ver las santas llagas: su deseo de sufrir con el Señor adquirió una violencia extremada. Entonces, de las manos, de los pies y del costado de la aparición, salieron rayos triples de color de sangre, que acababan en forma de una flecha, y que vinieron a clavarse en sus manos, en sus pies y en su costado derecho. Los tres rayos del costado acababan en punta de lanza. Así que la hirieron, la sangre saltó de las heridas. Estuvo todavía mucho tiempo sin conocimiento, y, cuando volvió en sí, no supo quién había bajado sus brazos. Vió con sorpresa la sangre que corría de la palma de las manos, y sintió dolores violentos en los pies y en el costado. La hija del ama de la casa había entrado en el cuarto, había visto sus manos llenas de sangre, y habíalo referido a su madre: ésta corrió asustada, y le preguntó qué había sucedido, y Ana Catalina le rogó que no dijera nada. Después de haber recibido las llagas, sintió que un cambio se había operado en su cuerpo: el curso de la sangre parecía haber tomado otra dirección, y se dirigía con fuerza sobre las llagas. Decía Ana Catalina: "Esto es indecible".

Debemos a un singular incidente el conocimiento de las diversas circunstancias citadas. El 15 de diciembre de 1819 tuvo una visión circunstanciada de todo lo que le había sucedido hasta entonces; pero presentada de tal suerte, que creyó que era de alguna otra religiosa que había pasado lo mismo que Ana Catalina, y que suponía que vivía a poca distancia. Contó todos estos detalles con un vivo sentimiento de compasión, y humillándose profundamente, sin saberlo, ante sí misma. Era muy tierno el oirla decir: "Ya no debo quejarme; he visto los padecimientos de esta pobre religiosa; su corazón está rodeado de una corona de espinas; ella la soporta tranquilamente y sonriéndose. Es vergonzoso que yo me queje, porque ella tiene que llevar una carga más pesada que la mía".

Estas visiones, en las cuales conoció después su propia historia, se repitieron muchas veces, y por ellas se descubrieron los detalles de todas sus llagas, que jamás hubiera dado de un modo tan sencillo, porque jamás hablaba de ellas, por humildad; y cuando sus superiores espirituales le preguntaban de dónde provenían esas heridas, respondía a lo sumo: "Yo espero que vendrán de Dios". Los cortos límites que nos hemos impuesto no nos permiten tratar aquí de la estigmatización en general. Conocemos en la Iglesia Católica un número bastante conside-

rable de personas piadosas que, desde San Francisco de Asís, han llegado a ese grado de amor contemplativo de Jesús, expresión la más sublime de la unión con sus padecimientos, designada por los teólogos bajo el nombre de *Vulnus divinum, Plaga amoris viva.* Ha habido lo menos cincuenta, conocidos. Verónica Giuliani, de la Orden de las Capuchinas, que murió en Cittá di Castello en 1727, es la última de ese número que ha sido canonizada (el 26 de mayo de 1831). Su biografía, publicada en 1810, da una descripción del estado de las personas estigmatizadas, que tiene mucha conexión con nuestra Ana Catalina. Las más conocidas de nuestros días son las dominicanas Colomba Schamolt, que murió en Bamberg en 1787; Magdalena Lorger, que murió en Hadamar en 1806, y Rosa Serra, capuchina de Orieri, en Cerdeña, estigmatizada en 1801; Josefa Kumi, del convento de Wensen, cerca del lago de Wallenstadt, en Suiza, la cual vivía aún en 1815, pertenecía a esta clase de personas, pero no nos acordamos bien si tenía llagas.

Ana Catalina, no pudiendo ya andar ni levantarse de la cama, llegó pronto a no comer ni poder tomar más que agua con un poco de vino, y después tan solo agua: algunas veces, pero muy raras, el zumo sacado de una cereza o de una ciruela: volvía inmediatamente todo alimento fuerte, aunque fuese en muy pequeña cantidad. Esta imposibilidad de tomar alimento, o más bien esta facultad de vivir sin más que con agua, ha tenido algunos ejemplos, según la opinión de médicos sabios. Los teólogos verán en la vida de los contemplativos que muchos estaban largo tiempo sin tomar otro alimento que la sagrada Eucaristía. Citaremos, entre otros muchos, a San Nicolás de Flue, Santa Lidwina de Schiedam, Santa Catalina de Sena, Santa Angela de Foligno, Santa Luisa de la Ascensión.

Todos los fenómenos que se manifestaban en Ana Catalina estuvieron ocultos para todos los que la trataban más de cerca hasta el 25 de febrero de 1813, en que una casualidad los hizo conocer a una antigua compañera de convento de la enferma. A fines de marzo, todo el mundo hablaba de Ana Catalina en el pueblo. El 23 de marzo, el médico de aquel sitio la sometió a un examen; se convenció de la verdad contra su modo de pensar; dió testimonio de lo que había visto, y fué médico suyo y amigo hasta su muerte. El 28 de marzo la autoridad eclesiástica envió a su lado una comisión para tomar informes desde Münster. Con esta ocasión, la enferma captóse la benevolencia de sus superiores y la amistad del difunto deán Overberg, que desde entonces le hacía cada año una visita de algunos días, y fué el

director de su conciencia y su consolador. El consejero municipal de Druffel, que presenciaba los informes como médico, no cesó jamás de venerarla. Dió en 1814, en el periódico de medicina de Salbourg, una relación detallada de los fenómenos observados en Ana Catalina, a la cual remitimos al lector. El 4 de abril, Mr. Garnier, comisario general de policía, francés, vino de Münster para verla; y habiendo sabido que no profetizaba y que no hablaba de materias políticas, declaró que la policía no tenía nada que ver con ella. En 1826 se hablaba de Ana Catalina en París con respeto y emoción.

El 22 de julio de 1813, Overberg vino a verla, con el conde Stolberg y su familia. Estuvieron a su lado dos días. Stolberg, en una carta impresa muchas veces, confirmó la verdad de los fenómenos observados en Ana Catalina, y manifestó veneración constante hacia la misma. Fué su amigo mientras viviera, y su familia no cesó jamás de encomendarse a sus oraciones. El 29 de setiembre de 1813, Overberg trajo a verla a la hija de la princesa Gallitzin, que murió en 1816. Ambos vieron con sus propios ojos correr la sangre abundantemente de sus llagas. Esta mujer, de alta distinción, repitió su visita, y hecha después princesa de Salm, estuvo constantemente ella y su familia en comunión de oraciones con Ana Catalina. Otras muchas personas de todas condiciones encontraron del mismo modo consuelo y edificación al lado de su cama.

El 23 de octubre de 1813 la trasladaron a otra habitación que daba a un jardín. El estado de la pobre religiosa era cada día más penoso. Las llagas fueron para Ana Catalina, hasta la muerte, origen de dolores indecibles: no fijaba su pensamiento en las gracias que atestiguaban; pero los hacía servir de mérito para su humildad, considerándolos como una cruz pesada que la abrumaba por sus pecados. Su pobre cuerpo debía también predicar a Jesús crucificado. Era difícil continuar siendo para todos un enigma; un objeto de sospecha para la mayor parte; de respeto, mezclado de temor, para muchos, sin dejarse llevar de la impaciencia, de la irritación o del orgullo. Se hubiera ocultado con gusto del mundo entero, pero la obediencia la obligo pronto a someterse a los juicios diversos de un gran número de curiosos. Padeciendo los dolores más crueles, había perdido además la propiedad de sí misma, y se había vuelto como una cosa que cada uno creía tener derecho a ver y a juzgar con frecuencia, sin utilidad para nadie, y con gran perjuicio de su cuerpo y de su alma, por el reposo y el recogimiento de que la privaban. Las preguntas indiscretas que se le hacían rayaban

en lo descomedido, y se vió a un hombre muy grueso, que apenas podía pasar por la escalera, quejarse de que una persona, que debía estar expuesta en un camino a la curiosidad pública, viviese en sitio de tan difícil acceso. En otros siglos, las personas que se hallaban en tal estado sufrían en secreto un examen de la autoridad espiritual, acabando su penosa carrera bajo la protección de los santos muros; pero nuestra pobre amiga había sido expulsada del claustro al mundo en una época de orgullo, de indiferencia y de incredulidad: gratificada con las insignias de la Pasión, le era preciso llevar su túnica de sangre ante hombres que no creían en las llagas de Jesucristo, y menos en las que sólo eran una imagen suya. Así, esta mujer, que durante tantas horas de su juventud había orado delante de las estaciones dolorosas de Cristo, o ante una cruz en medio del camino, se había como identificado con esa misma cruz puesta sobre la vía públicá, insultada por los unos, cubierta de lágrimas de arrepentimiento por otros, considerada como un objeto de arte por muchos, y coronada de flores por manos inocentes.

En 1817 su anciana madre vino del campo para morir a su lado. Ana Catalina le mostró su amor filial en sus consuelos y en sus oraciones, y le cerró los ojos con sus manos selladas el 13 de marzo del mismo año. La herencia que dejó la madre bastaba para la hija, que la legó toda entera a sus amigos. Se componía de tres proverbios: "Señor, que vuestra voluntad se haga, y no la mía. — Señor, dadme paciencia, y después herid con fuerza. — Si esto no es bueno para la olla, es bueno, al menos, para ponerlo debajo". El sentido de este último proverbio era: "Si esto no puede mantener el cuerpo, se puede quemar para cocer la comida: este dolor no mantiene mi corazón, pero sufriéndolo con paciencia, puedo aumentar el fuego del amor, el cual nos hace útil esta vida". A menudo repetía estos proverbios, y entonces se acordaba de su madre. El padre había muerto antes.

El que escribe estas líneas tuvo conocimiento de su estado por una copia de la carta de Stolberg, citada más arriba, y por un amigo que había pasado algunas semanas cerca de la enferma. En setiembre de 1818 fué invitado por el obispo Sailer a reunirse con él en casa del conde de Stolberg en Westfalia; estuvo primero en Sondermuhelen, en casa de este último, que lo recomendó a Overberg, el cual le dió una carta para el médico de Ana Catalina Emmerick. Le hizo su primera visita el 17 de setiembre de 1818: ella le permitió pasar algunas horas diarias a su lado, hasta la llegada de Sailer, y le dispensó desde luego

una confianza tan sencilla y tan cordial, que a nadie se la otorgara parecida. Conocía, sin duda, que le hacía una limosna espiritual bien preciosa, contándole sin reserva las pruebas, los gozos y los dolores de toda su vida. Le trató con la más generosa hospitalidad y llaneza, porque él no ofendía su humildad con una admiración excesiva. Le abría todo su interior con la misericordia benévola de aquel piadoso solitario que ofrece por la mañana las frutas y las flores que se han abierto por la noche en su jardín a un viajero cansado, el cual, habiendo perdido el camino en el desierto del mundo, lo halla cerca de su ermita. Toda en Dios, lo hizo como un hijo de Dios, sin sospecha, sin desconfianza, sin objeto particular. Que Dios se lo recompense.

Su amigo escribía cada día lo que observaba en ella, o lo que ella le contaba de su vida interior o exterior. Todas sus comunicaciones, notables tan pronto por una sencillez pueril como por una profundidad sorprendente, dejaban presentir todo lo profundo y lo sublime que descubrió más tarde cuando fué claro que lo pasado, lo presente y lo venidero, la santificación, la profanación y el juicio, formaban constantemente delante de Ana Catalina, y en Ana Catalina misma, un drama histórico y alegórico, al cual el año eclesiástico daba el motivo, las divisiones y las escenas, porque tal era el hilo que unían los ruegos y los padecimientos que ofrecía en holocausto por la Iglesia militante.

El 22 de octubre de 1818 Sailer vino a verla, y habiendo observado que vivía detrás de una taberna, y que jugaban a los bolos debajo de su ventana, dijo del modo jovial y profundo que le era propio: "Esto está bien; esto debe ser así; la religiosa enferma, la esposa de Nuestro Señor, vive en una taberna, encima de un juego de bolos, como el alma del hombre dentro de su cuerpo". Su entrevista con Ana Catalina fué tierna; era un hermoso espectáculo ver estos dos corazones abrasados del amor de Jesucristo, y dirigidos por la gracia y por caminos tan diversos, encontrarse al pie de la cruz, cuya imagen visible llevaba uno de los dos. El viernes 23 de octubre Sailer estuvo solo a su lado casi todo el día; vió salir la sangre de su cabeza, de sus manos y de sus pies, y Ana Catalina encontró en él grandes consuelos en cuanto a sus trabajos interiores. El le recomendó que comunicara al que escribe esto, todo sin reserva; y al efecto, habló con el director ordinario de Ana Catalina. La confesó, le dió la comunión el sábado 24, y continuó su viaje hasta la residencia de Stolberg. Al volver, pasó un día con Ana Catalina, a principio de noviembre. Fué amigo suyo hasta su muerte, rogó siempre por ella, y le pidió sus oraciones. El que escribe estas

páginas estuvo hasta enero; volvió en mayo de 1819, y continuó sus observaciones, casi sin interrupción, hasta la muerte de Ana Catalina.

Esta piadosa mujer pedía a Dios constantemente que le quitara las llagas exteriores, a causa de la perturbación y de la fatiga que le causaban, y sus ruegos fueron oídos al fin de siete años. Hacia el año de 1819 la sangre salía rara vez de sus llagas, y después cesó enteramente. El 25 de diciembre las costras de los pies y de las manos se cayeron, y se veían cicatrices blancas, que se volvían encarnadas ciertos días: en cuanto a los dolores, siempre fueron los mismos. La marca de la cruz y la llaga del costado fueron con frecuencia visibles como antes, pero con irregularidad. Tuvo siempre en días fijos la dolorosa sensación de la corona de espinas alrededor de la cabeza. Entonces no podía apoyarla en ninguna parte ni tocarla con la mano, y estaba largas horas, y algunas veces noches enteras, sentada en la cama, sostenida con almohadas, pálida, lamentándose de dolor. Este estado concluía con un flujo de sangre, más o menos abundante, alrededor de la cabeza. Algunas veces estaba empapada su toca sola; otras, la sangre le corría por la cara y el cuello. El Viernes Santo, 19 de abril de 1819, todas sus llagas se abrieron brotando sangre, y en los días siguientes se cerraron.

Hubo una información rigurosa sobre su estado, hecha por médicos y naturalistas. Para esto la encerraron sola en una casa extraña, en donde estuvo desde el 7 hasta el 29 de agosto: este examen no produjo ningún resultado ulterior. La llevaron a su casa el 29 de agosto; desde entonces la dejaron en reposo hasta su muerte, aparte algunas incomodidades privadas y algunos insultos públicos. Con este motivo, Overberg le escribió las palabras siguientes: "¿Qué os ha sucedido personalmente de que podáis quejaros? Yo hago esta pregunta a un alma que no desea nada más que asemejarse a su Esposo celestial cada vez más. ¿No habéis sido tratada con más dulzura que vuestro Esposo? ¿No debe ser un motivo de gozo para vos, según el espíritu, el que os hayan ayudado a ser igual a El, y por consecuencia, más agradable? Habéis padecido muchos dolores con Jesucristo; pero hasta ahora los insultos habían sido escasos. Con la corona de espinas no habíais recibido el manto purpúreo, ni el vestido de escarnio, ni menos el grito: "¡Que muera! ¡Que sea crucificado!" Yo no dudo de que estos sentimientos sean los vuestros. ¡Alabado sea Jesucristo!"

El Viernes Santo, 30 de marzo de 1820, su cabeza, sus pies, sus manos, su pecho y su costado echaron sangre. Uno de los

que la rodeaban, sabiendo que se aliviaba aplicándole alguna reliquia, aproximó a sus pies un paño que había servido para envolver una, y la sangre de sus llagas llegó hasta este paño. Por la tarde, habiéndole puesto el mismo lienzo con las reliquias sobre el pecho y sobre la espalda, porque sufría mucho, dijo de pronto en un estado de éxtasis: "¡Cosa singular! Yo veo a mi Esposo celestial reposar en su sepultura en la Jerusalén terrestre: además yo lo veo vivo en la Jerusalén celeste, en medio de muchos santos que lo adoran, y en medio de esos santos, veo una persona que no es santa, una religiosa. La sangre corre de su cabeza, de su costado, de sus manos, de sus pies, y los santos están encima de sus miembros, que vierten sangre".

El 9 de febrero de 1821 estuvo en éxtasis durante el entierro de un sacerdote muy piadoso. La sangre corrió de la cabeza y de la cruz de su pecho. Uno le preguntó: "¿Qué tenéis?" Y Ana Catalina respondió sonriéndose y como saliendo de un sueño: "Estábamos cerca del cuerpo. He perdido la costumbre del canto de la Iglesia, y el *De profundis* me ha hecho una impresión muy grande". Tres años después murió en el mismo día. En 1821, algunas semanas antes de Pascua, contó que le habían dicho en su oración: "Ten cuidado: tú sufrirás el día verdadero de la Pasión, y no el día designado este año en el calendario eclesiástico". El viernes 30 de marzo, a las diez de la mañana, cayó sin conocimiento. Su cara y su pecho se inundaron de sangre; el cuerpo apareció cubierto de heridas, que parecían provenir de azotes; al mediodía se puso en forma de cruz, y sus brazos se extendieron hasta dislocarse. Algunos minutos antes de las dos, sus manos y pies echaron gotas de sangre. El Viernes Santo, 20 de abril, estuvo en contemplación tranquila. Esta excepción notable pareció un efecto de la protección divina, pues en la hora en que sus llagas echaban sangre ordinariamente, vinieron muchos curiosos incrédulos, que querían atraerle nuevas incomodidades publicando cuanto hubieran visto, pero que contribuyeron, contra su intención, a tranquilizarla, diciendo que ya no echaba más sangre.

El 19 de febrero de 1822 fué también advertida que sufriría el último viernes de marzo y no el Viernes Santo. Sintió con frecuencia escozores en el sitio de las llagas. Los viernes 15 y 29 la cruz del pecho y la llaga del costado brotaron sangre. Antes del 29 le pareció más de una vez que un torrente de fuego se precipitaba de su corazón a su costado y por los brazos y las piernas hasta las llagas, que estaban encarnadas e inflamadas. El jueves 28, por la tarde, estuvo absorta en contemplación rela-

tiva a la Pasión, hasta la tarde del viernes. Echó sangre por el pecho, la cabeza y el costado: todas las venas de sus manos estaban hinchadas, y en medio había un punto doloroso y húmedo, aunque la sangre no corría. No salió sangre de las llagas hasta el 3 de marzo, día de la Invención de la Santa Cruz. Tuvo también una visión sobre el descubrimiento de la verdadera Cruz por Santa Elena. Creía estar acostada en la fosa cerca de la cruz. Por la mañana echó mucha sangre por la cabeza y el costado; por la tarde, por las manos y los pies, y le parecía que probaban sobre ella si era la verdadera Cruz de Jesucristo, y que su sangre daba testimonio.

En 1823, el 27 y el 28 de marzo, Jueves y Viernes Santos, tuvo visiones sobre la Pasión, y mientras tanto echó sangre por todas sus llagas, con dolores agudos. En medio de estos padecimientos mortales, cuando no tenía su espíritu presente, tuvo que hablar y responder sobre todo lo concerniente a su casa, como si hubiera estado con fuerza y en sana salud; lo hacía sin murmurar, aunque estaba casi moribunda. Esta fué la última vez que su sangre dió testimonio de su unión con los padecimientos de Aquel que se sacrificó todo entero por nosotros todos.

La mayor parte de las circunstancias de la vida extática que vemos en la vida y en los escritos de Santa Brígida, Gertrudis, Matilde, Hildegarda, Catalina de Sena, de Génova, de Bolonia, Colomba de Rietti, Lidwina de Schiedam, Catalina Vanini, Teresa de Jesús, Ana de San Bartolomé, Magdalena de Pazzis, María Villana, María Buonomi, Marina de Escobar, Crescencia de Kaufbeuern y de otras muchas religiosas contemplativas, se manifiestan también en la historia de la vida interior de Ana Catalina Emmerick. El mismo camino le fué trazado por Dios. ¿Había llegado Ana Catalina al término como estas santas mujeres? Dios sólo lo sabe: debemos pedir que así sea, y nos es permitido esperarlo. Los lectores que no conocen la vida extática, según los escritos de los que la han tenido, hallarán los detalles sobre esto en la introducción de Goerres a los escritos de Enrique Suso, publicados en Ratisbona en 1829.

Como los cristianos celosos, para transformar su vida en un culto perpetuo, buscan en su trabajo diario la representación simbólica de algún modo de honrar a Dios, y se lo ofrecen en unión con los méritos de Jesucristo, no debe parecer extraño que los que pasan de la vida activa a una vida de padecimientos y de contemplación, vean algunas veces sus trabajos espirituales bajo la forma de las ocupaciones terrestres en que empleaban antes sus días. Entonces sus actos eran oraciones; ahora sus ora-

ciones son actos, siendo la forma la misma. Así es que Ana Catalina, en su vida extática, veía la serie de sus oraciones por la Iglesia bajo la forma de parábolas, sacadas de la agricultura, de la cría de los ganados, del oficio del tejedor o de costurera. Todos estos trabajos se distribuían, según su significación, en las diversas épocas del año ordinario y eclesiástico, y se cumplían bajo la invocación y con el socorro del santo de cada día y la aplicación de la gracia especial de las fiestas correspondientes a la Iglesia. La significación de este círculo de símbolos tenía relación con toda la parte activa de su vida interior. Un ejemplo explicará nuestras palabras. Cuando Ana Catalina, siendo muchacha aldeana, arrancaba una mala hierba, pedía a Dios que arrancara la cizaña del campo de la Iglesia. Si sus manos estaban picadas de las ortigas, si tenía que hacer el trabajo de los obreros negligentes, ofrecía a Dios su pena y su fatiga, y pedía en nombre de Jesucristo que los pastores de las almas no se cansasen, y que ninguno dejara de trabajar con ardor. Así su trabajo diario era una oración.

Ved aquí ahora un ejemplo de su vida contemplativa y extática. Había estado enferma muchos días y en éxtasis casi continuo, en el cual gemía muchas veces, y con sus dedos hacía los movimientos de una persona que arranca hierba. Una mañana se quejó de escozor y de picor en las manos y en los brazos, y cuantos los miraron de cerca los vieron cubiertos de hinchazones iguales a las que producen las picaduras de las ortigas. Entonces rogó a algunas personas conocidas que unieran sus ruegos a los suyos para cierta intención. Al día siguiente sus dedos estaban doloridos e inflamados como después de un trabajo excesivo. Habiéndole preguntado la causa, respondió: "¡Ah!, he tenido que arrancar tantas ortigas en la viña, porque los que estaban encargados de ello arrancaban sólo la cabeza, y yo tenía con mucho trabajo que arrancar las raíces de un terreno pedregoso". El que le preguntaba, habiendo reprendido a los trabajadores negligentes, se quedó lleno de confusión al oirla responder: "Vos erais de ese número: los trabajadores que arrancan sólo la cabeza de las ortigas y dejan subsistir las raíces, son los que rezan con negligencia". Se supo más tarde que había pedido por todas las diócesis que le habían sido presentadas bajo la imagen de viñas abandonadas, a donde había que trabajar. La inflamación verdadera de sus manos prueba la extirpación simbólica de las ortigas, y es de creer que las iglesias que le habían sido designadas por las viñas, sintieron el efecto de su oración y de su trabajo espiritual; pues si es verdad

que la puerta está abierta para el que llama, debe estarlo sobre todo para los que llaman con tanto ardor que sus dedos están heridos.

Reacciones iguales del espíritu sobre el cuerpo se hallan con frecuencia en la vida de las personas sujetas al éxtasis y que participan de la fe. Santa Paula, según San Jerónimo, visitó los Lugares Santos en espíritu como si los hubiera visto corporalmente: lo mismo sucedió a Santa Colomba de Rietti y a Santa Lidwina de Schiedam, cuyo cuerpo conservó la marca de este viaje espiritual: Ana Catalina sintió todas las fatigas de un viaje penoso, se hirió los pies y tuvo en ellos señales que parecían causadas por piedras o por espinas; en fin, se torció un pie que la hizo sufrir mucho tiempo corporalmente. Conducida en este viaje por su Angel de la Guarda, le oyó decir que esas heridas corporales eran una señal de que había sido arrebatada en cuerpo y en espíritu. Iguales lesiones materiales se veían también en Ana Catalina pocos instantes después de algunas de sus visiones. Lidwina comenzaba su viaje extático, según su Angel bueno, por la capilla de la Virgen delante de Schiedam: Ana Catalina comenzaba los suyos por seguir a su Angel a la capilla próxima a su casa, o al camino de la cruz de Koesfeld. Sus viajes a la Tierra Santa los hacía por los caminos más opuestos; algunas veces daba vuelta a la tierra cuando su marcha espiritual lo exigía. En el curso de sus viajes desde su casa hasta los países más lejanos, socorría a mucha gente y ejercia con ellas las obras de misericordia espirituales y corporales; esto se hacía con frecuencia en parábolas. Al fin del año volvía a hacer el mismo camino, veía las mismas personas, y contaba su progreso espiritual o su retraso. Todo este trabajo se dirigía a la Iglesia o al reino de Dios en la tierra. El objeto de estas peregrinaciones diarias que hacía en sueños, era siempre la tierra prometida, que ella observaba con los mayores detalles, y que veía tan pronto en su estado actual como en el estado en que aquélla se encontraba en las diversas épocas de la Historia Sagrada; pues lo que la distinguía de las otras personas de la misma categoría era la gracia inaudita de una intuición directa de la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, de los personajes de la Sagrada Familia y de todos los santos, hacia los cuales se dirigía su espíritu. Ana Catalina veía la significación de todos los días de fiesta del año eclesiástico bajo el aspecto del culto y de la historia. Vió y narró día por día, describiendo los pormenores y nombrando los sitios, las personas, las fiestas, las costumbres y los milagros, los años de la predicación de

Jesús hasta la Ascensión, y la historia de los Apóstoles muchas semanas después de la venida del Espíritu Santo. No miraba todas estas visiones como un goce espiritual de su alma, sino como un campo fértil lleno de meritos de Jesucristo, y que no había aún rendido beneficios: se ocupaba en espíritu con frecuencia en reclamar para la Iglesia el fruto de tal o cual pena del Señor; suplicaba a Dios que aplicara a su Iglesia los méritos del Salvador, que eran su herencia, de los cuales ella parecía tomar posesión en su nombre de una manera llena de sencillez.

Jamás traducía sus visiones a la vida cristiana exterior, y menos les atribuía ninguna autenticidad histórica. Exteriormente no conocía ni creía más que el Catecismo, la historia popular de la Biblia, los Evangelios de los domingos y de las fiestas, y el Calendario, que parecía a sus ojos el libro más rico y más profundo; pues él le ofrecía en unas cuantas hojas el hilo conductor con el cual iba atravesando el tiempo; pasando de un misterio de redención a otro, y solemnizándolo con todos los santos, para recoger los frutos de la eternidad a su tiempo, conservarlos y distribuirlos en su peregrinación alrededor del año eclesiástico, a fin de que la voluntad de Dios se cumpliera así en la tierra como en el cielo. No había jamás leído el Antiguo ni el Nuevo Testamento; cuando estaba cansada de contar sus visiones, decía algunas veces: "Leedlo en la Biblia", y extrañaba mucho oír que eso no se encontraba allí; y añadía: "Pues hoy se oye decir sin cesar que todo está en la Biblia, que no se debe leer más libro que ése..."

La verdadera ocupación de su vida fué el padecer por la Iglesia y por algunos de sus miembros, cuyo desamparo veía en espíritu, o que le pedían oraciones, sin saber que esta pobre religiosa enferma tuviera alguna cosa más que ver con ellos que rezar un Padrenuestro, ignorando, sobre todo, que sus padecimientos espirituales y corporales venían a ser los suyos, y que debía luchar contra los dolores más terribles, sin ser socorrida, como las contemplativas de otro tiempo, por las oraciones de una comunidad religiosa. En el siglo en que vivía no tenía más socorro que el de los remedios del médico. Cuando luchaba así contra algunos padecimientos, por los cuales se había sustituído a otra persona, volvía los ojos hacia los padecimientos de la Iglesia, y sufriendo por un enfermo, ofrecía al mismo tiempo sus penas por la Iglesia entera.

Ved aquí un hecho notable de esa especie. Por espacio de muchas semanas se vieron en Ana Catalina síntomas de una tisis en último grado: irritación extremada del pulmón, sudores

que calaban toda la cama, tos arraigada, expectoración continua, y calentura violenta sin interrupción; se esperaba cada día su muerte, o, por mejor decir, se deseaba: tan horribles eran sus padecimientos. Observábase en Ana Catalina una lucha extraña contra una grande facilidad a irritarse. Si sucumbía un instante, derramaba lágrimas, sus padecimientos se aumentaban, y no podía vivir sin reconciliarse por medio del sacramento de la Penitencia. Luchaba siempre contra la aversión a una persona que estaba separada de Ana Catalina desde muchos años. Se desesperaba al observar que esa persona, con la cual nada tenía que ver, aparecíale siempre delante con malas disposiciones de toda especie, y lloraba amargamente en medio de una gran perturbación de conciencia, diciendo que no quería pecar, que debían ver su dolor, y otras cosas poco inteligibles para los que las oían. Su enfermedad se fué agravando, y se creyó que iba a morir. En el mismo momento uno de sus amigos se quedó sorprendido al verla levantarse de pronto y decir: "Rezad conmigo las oraciones de los agonizantes". Hizo lo que le decía, y Ana Catalina respondió con voz reposada durante la Letanía. Al poco rato se oyó tocar a muerto, y una persona vino a pedirle por su hermana que acababa de morir. Ana Catalina inquirió con interés los detalles de su enfermedad y de su muerte, y su amigo oyó la descripción más exacta de la tisis que había tenido Ana Catalina. La difunta había estado primero tan atormentada y tan inquieta, que parecía no poderse preparar a morir; pero hacía quince días que estaba mejor, se había reconciliado con Dios, y antes con una persona con quien estaba reñida; en fin, había muerto en paz, y acompañada de todos los Sacramentos, con la asistencia de aquella misma persona. Ana Catalina dió una limosna para su entierro. Sus sudores, su tos y su calentura desaparecieron; estaba como un hombre rendido de cansancio, que se ha mudado de ropa y se ha acostado en una cama fresca. Su amigo le dijo: "Cuando habéis tenido esta enfermedad sobre vos, esa mujer se puso mejor: su odio contra la persona de que se hablaba era el solo obstáculo de su reconciliación con Dios. Vos tomasteis este odio sobre vos misma; ella ha muerto reconciliada, y vos estáis en buen estado. ¿Os halláis todavía inquieta con motivo de esa persona?" "Dios me preserve de estarlo, respondió Ana Catalina; eso me parecería muy irracional; pero, ¿cómo no sufrir cuando la punta sola de un dedo padece? Todos somos un solo cuerpo en Jesucristo". "Gracias a Dios por haber recobrado un poco de tranquilidad", le dijo su amigo. Ana Ca-

talina se sonrió, y contestó: "No durará mucho tiempo; hay otras que me esperan". Entonces se volvió, y quedó tranquila.

Pocos días después sintió dolores agudos en todos los miembros, y todos los síntomas de una hidropesía del pecho se manifestaron. Descubrimos la enferma por quien sufría, y veíamos que sus padecimientos disminuían o aumentaban de pronto considerablemente, según que los de Ana Catalina crecían o cesaban. Así la caridad la hacía tomar sobre sí las enfermedades, y aún las tentaciones de otros, a fin que los que de este modo socorría pudieran prepararse a la muerte. Tenía que sufrir en silencio para ocultar las miserias de su prójimo, y para no pasar por una loca; tenía que aceptar con paciencia los socorros de la medicina para estas enfermedades que no eran suyas, y los reproches por las tentaciones de los otros; en fin, tenía que pasar por una mujer pervertida a los ojos de los hombres, para que las personas por quienes sufría aparecieran convertidas a los ojos de Dios.

Un amigo muy afligido estaba sentado a su lado; de pronto tuvo ella un éxtasis, y se puso a orar en alta voz: "¡Oh, mi buen Jesús! Dejadme llevar un rato esta piedra tan pesada". Su amigo le preguntó qué tenía. "Estoy en el camino de Jerusalén, dijo, y hay un pobre hombre que va arrastrando con una piedra enorme sobre el pecho". Y después añadió: "Dadme esa piedra; vos no la podéis llevar más; dadmela". De pronto cayó sin conocimiento, como oprimida de un peso enorme. En el mismo instante su amigo sintió el pecho libre de la pena que le oprimía, y le sobrevino alegría extraordinaria. Cuando la vió en estado tan triste, le preguntó qué tenía. Ana Catalina le miró sonriéndose, y le dijo: "No puedo estar aquí más tiempo; pobre hombre, tomad vuestra carga". Al momento toda la aflicción de este hombre volvió a su corazón, y habiendo Ana Catalina vuelto a su estado precedente, continuó su viaje en espíritu hasta Jerusalén.

Contaremos todavía un hecho notable de su actividad de espíritu. Una mañana dió a un amigo un saquito lleno de harina de centeno y huevos, y le descubrió una casa en donde vivía una pobre mujer tísica con su marido y dos niños. Debía decir a la mujer que con aquello hiciera unas puches, que serían buenas para el pecho. Cuando al entrar en la choza este amigo sacó el saquito de debajo de su capa, la pobre madre, que estaba con una calentura abrasadora y tendida en un jergón en medio de sus hijos casi desnudos, lo miró con ojos ardientes, tendió hacia él sus manos lívidas, y le dijo con voz temblorosa: "¡Oh, señor!

¡Dios es quien os envía, o la hermana Emmerick! Me traéis harina de centeno y huevos". Esta mujer, enternecida, lloró, tosió e hizo seña a su marido que respondiera por ella. Este dijo que Gertrudis había tenido un sueño muy agitado la noche precedente, y había hablado durmiendo: que habiéndose despertado, le había contado así su sueño: "Me parecía estar contigo a la puerta de casa; la piadosa monja ha salido de una casa vecina, y te ha dicho que la miraras. Se ha parado delante de nosotros, y me ha dicho: "¡Ah, Gertrudis! tienes el semblante de estar muy enferma. Yo te mandaré harina de centeno y huevos; eso es bueno para el pecho". Entonces he despertado".

Tal fué la simple relación de este hombre; mostraron vivamente su gratitud, y el que les había llevado la limosna de Ana Catalina, salió de la casa conmovido. Cuando la vió, no le dijo nada de todo esto; pero algunos días después Ana Catalina lo envió a la misma casa con un presente igual, y él le preguntó cómo conocía a aquella mujer. "Ya sabéis, le respondió, que yo rezo por la noche por todos los que padecen; quisiera ir a ellos para ayudarlos; y sueño ordinariamente que voy de una casa de dolor a otra, y que así los ayudo como puedo. Así he ido en sueños a casa de esta pobre mujer, que estaba a su puerta con el marido, y le he dicho: "¡Ah, Gertrudis! tienes semblante de estar muy enferma. Yo te mandaré harina de centeno y huevos; esto es bueno para el pecho". Así lo hice con vos por la mañana". Las dos habían estado cada una en su cama y soñado lo mismo, y el sueño se había verificado. San Agustín, en la *Ciudad de Dios,* cuenta un hecho igual de dos filósofos que se visitaron en sueños y explicaron algunos pasajes de Platón, habiendo dormido cada uno en su casa.

Esos padecimientos y ese género de actividad eran como un rayo, cuya luz alumbraba toda su vida. El número de trabajos espirituales y de padecimientos simpáticos que desde el mundo en que vivía penetraban en su corazón, abrasado del amor de Jesucristo, era infinito. Como Santa Catalina de Sena y otras contemplativas, sentía con toda la fuerza de una profunda convicción que el Salvador le arrancaba el corazón del pecho, y que ponía el suyo por algún tiempo en su lugar.

La relación siguiente puede dar una idea del simbolismo profundo que la dirigía interiormente. Una parte del año 1820 trabajó en espíritu por algunas parroquias; sus oraciones estaban representadas bajo la forma de diversos trabajos penosos de un viñador. A esto hace alusión la historia de las ortigas, referida más arriba. El 6 de setiembre su conductor le dijo: "Tú has

cavado, podado, atado la viña; tú has quemado las malas hierbas para que no puedan nacer jamás; después te has marchado llena de gozo y has dejado en reposo tu oración: prepárate ahora a trabajar bien desde la Natividad de la Virgen hasta San Miguel; la uva madura, y es menester guardarla". Entonces me condujo a la viña de San Liborio, y me mostró las viñas en que había trabajado. Mi trabajo había prosperado; las uvas coloreaban y crecían, y el mosto corría hasta el suelo en algunos sitios. Mi conductor me dijo: "Cuando la vida se manifiesta en las personas de piedad, tienen que combatir, están oprimidas, sufren la tentación y la persecución. Es menester plantar un seto para que las uvas maduras no sean destruídas por los ladrones o por los animales que representan la tentación y la persecución". Entonces me enseñó a levantar una pared con piedras amontonadas y a formar alrededor un seto espeso de espinos. Como mis manos echaban sangre con este rudo trabajo, Dios, para animarme, permitió que la esencia y la significación de la viña y de algunos árboles frutales me fuesen reveladas. La verdadera cepa es Jesucristo, que debe crecer en nosotros; todo sarmiento inútil debe cortarse para no dispersar la savia, que debe transformarse en vino, y en el Santísimo Sacramento en la sangre de Jesucristo. La poda de la viña se hace con ciertas reglas que me han sido reveladas. Es, en un sentido espiritual, la privación de todo lo superfluo, la penitencia y la mortificación, para que la verdadera cepa crezca en nosotros y produzca frutos, en lugar de la naturaleza corrompida, que no produce más que sarmientos y hojas. Se poda con reglas fijas; consiste únicamente en suprimir en el hombre ciertas varas exuberantes; que no quede ni raíz de una mutilación culpable. La poda no debe jamás atacar al tronco, que ha sido plantado en la humanidad por la intercesión de la Virgen Santísima para toda la eternidad. La verdadera cepa une el cielo a la tierra; la Divinidad a la humanidad; lo que es humano debe ser podado, a fin de que sólo lo divino pueda crecer. Yo ví tantas cosas relativas a la viña, que un libro tan grande como la *Biblia* no podría contenerlas. Un día en que padecía horriblemente del pecho, pedí a Dios que no me hiciera llevar una carga superior a mis fuerzas; entonces mi Esposo celestial se me apareció, y me dijo: "Yo te he acostado sobre mi lecho nupcial, que es un lecho de dolores, y te he dado por vestidura y por joyas los padecimientos y la expiación; debes sufrir; no te abandonaré; estás atada a la cepa, no te perderás". Entonces me sentí consolada en medio de mis dolores. También me ha explicado por qué en las visiones relativas a las fiestas de la

familia de Jesús, por ejemplo, a la de Santa Ana, de San Joaquín, de San José, veo siempre a la iglesia de la fiesta como el tallo de una cepa. Lo mismo es en la fiesta de San Francisco de Asís, de Santa Catalina de Sena y todos los santos estigmatizados.

"La significación de mis dolores en todos los miembros me fué explicada en la visión siguiente: ví un enorme cuerpo humano mutilado horriblemente y elevado hacia el cielo; no tenía dedos en los pies ni en las manos; el tronco estaba cubierto de horribles heridas; algunas estaban frescas, y echaban sangre; otras cubiertas de carne muerta. Un lado entero estaba negro, gangrenado y carcomido. Yo sentía en mí todos estos padecimientos, y entonces mi conductor me dijo: "Es el cuerpo de la Iglesia, el de todos los hombres y el tuyo". Después, mostrándome cada herida, me indicaba con el dedo una parte del mundo; ví una infinidad de hombres y de pueblos separados de la Iglesia, cada uno de su manera, y yo sentí esta separación tan dolorosamente como si se hubieran separado de mi cuerpo. Entonces mi conductor me dijo: "Aprende la significacion de tus padecimientos, y ofrécelos a Dios con los de Jesucristo por los que se han separado. Un miembro debe llamar al otro, y sufrir para curarlo y atarlo al cuerpo. Cuando son los más próximos los que se separan, es la carne que se arranca del pecho alrededor del corazón". Yo pensé en mi sencillez que se trataba de hermanos y de hermanas que no están en comunión con nosotros; pero mi conductor añadió: "¿Quiénes son mis hermanos? Los que guardan los mandamientos de mi Padre. Los más próximos al corazón no son los más cercanos en la sangre, sino los más próximos en la sangre de Cristo, los hijos de la Iglesia que caen". El me enseñó que el lado negro y gangrenoso se curaría pronto; la carne corrompida que había crecido alrededor de las heridas representan los heréticos, que se dividen conforme crecen; la carne muerta es la imagen de los que están muertos espiritualmente, y que no sienten nada; las partes transformadas en hueso representan los heréticos obstinados y endurecidos. Yo ví y sentí así cada llaga y su significación. El cuerpo llegaba al cielo. Era el cuerpo de la esposa de Jesucristo. Este espectáculo era bien triste. Yo lloraba amargamente; pero afligida y fortificada al mismo tiempo por el dolor y la compasión, me puse a trabajar con todas mis fuerzas".

Sucumbiendo bajo el peso de la vida y del trabajo que le había sido impuesto, así suplicaba diariamente a Dios que la libertase, y se la veía con frecuencia al borde del sepulcro; pero siempre decía: "Señor, no mi volutad, sino la vuestra. Si mis

ruegos y mis padecimientos son útiles, dejadme vivir mil años; pero que muera antes que ofenderos". Entonces recibía orden de continuar viviendo: se levantaba con su cruz, y la llevaba siguiendo al Señor. De cuando en cuando el camino de su vida le era mostrado; se dirigía hacia lo alto de una montaña, adonde había una ciudad resplandeciente: la Jerusalén celeste. A menudo creía haber llegado al lugar de beatitud, que estaba cerca, y su gozo era grande. Pero de pronto se veía separada de él por un valle; por todas partes había que sufrir, que trabajar, que ejercer la caridad. Era menester enseñar el camino a los que se perdían, levantar a los que se caían, algunas veces llevar paralíticos, y arrastrar por fuerza a los que se resistían: eran otras tantas nuevas cargas que se unían a su cruz. Entonces andaba más difícilmente; se doblaba bajo el peso, y caía al suelo.

En 1823 repitió con más frecuencia que de ordinario que no podía cumplir su trabajo en la situación en que se hallaba; que sus fuerzas no bastaban; que necesitaba un convento tranquilo para vivir y morir. Añadía que Dios la llamaría pronto a El; que le había pedido que le permitiera obtener por sus ruegos en el otro mundo lo que su debilidad le impedía acabar en éste. Santa Catalina de Sena, poco antes de morir, había hecho una oración igual. Ana Catalina había tenido antes una visión sobre lo que podían producir sus ruegos después de su muerte con relación a ciertas cosas que no existían en su vida. El año 1823, que fué el último en que Ana Catalina corrió por entero el círculo del año eclesiástico, le dió trabajos infinitos. Quiso cumplir todo su trabajo, y cumplió, en efecto, la promesa hecha anteriormente de referir toda la Pasión. Fué objeto de sus meditaciones la Cuaresma de este año, las cuales componen el presente volumen. Su parte no fué menos grande en el misterio fundamental de este tiempo de penitencia, que en los misterios de cada uno de los días de fiesta de la Iglesia: si la palabra *tomar parte* significa bastante la relación en virtud de la cual Ana Catalina daba un testimonio visible al misterio celebrado en cada fiesta por una alteración en su vida espiritual y corporal, leed con este motivo el capítulo de este libro titulado *Interrupción de los cuadros de la Pasión* (*).

Todas las ceremonias y las fiestas de la Iglesia eran para Ana Catalina algo más que la consagración de un recuerdo. Veía

(*) Clemente Brentano publicó esta biografía en el volumen titulado *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo*. El capítulo a que se refiere aparece en el tercer tomo de esta edición.

el fundamento histórico de cada solemnidad, como un acto de Dios operado en el tiempo para reparación de la humanidad decaída. Aunque estos actos divinos le aparecían con el carácter de la eternidad, conocía que para aprovechar al hombre en la esfera estrecha y medida del tiempo, era menester que tomara posesión de ellos por una serie de monumentos sucesivos, y que para esto debían ser repetidos y renovados en la Iglesia en un orden establecido por Jesucristo y el Espíritu Santo. Todas las fiestas y las solemnidades eran a sus ojos gracias de la eternidad que volvían en épocas fijas cada año eclesiástico, lo mismo que los frutos de la tierra vienen en su época cada año. Recogía con celo infatigable estos frutos de gracia, los conservaba, y los ofrecía por todos los que no cuidaban de atesorarlos. Así como su compasión hacia el Redentor crucificado había sido acogida por Dios, y le había merecido el ser marcada con las llagas de la Pasión como un sello de amor el más perfecto, así siempre que la Iglesia y los afligidos padecían, sus padecimientos se reproducían en su cuerpo y en su alma. Y todo esto pasaba sin que lo supiera nadie de los que la rodeaban, y sin que Ana Catalina tuviera más conocimiento que el que tiene la abeja de su trabajo; mientras que cuidaba y cultivaba como una jardinera fiel y diligente el jardín fértil del año eclesiástico, vivía de sus frutos, y los distribuía; animaba sus fuerzas y las de los otros con las flores y las hierbas que en él tomaba, o por mejor decir, Ana Catalina era en él una sensitiva, un mirasol, una planta maravillosa, en donde se producían, sin el concurso de su voluntad, todas las estaciones del año, todas las horas del día, todas las variaciones de la temperatura.

Al fin del año eclesiástico 1823, tuvo por la última vez una visión relativa a las cuentas de aquel año. Diversos símbolos le representaron las negligencias de la Iglesia militante y de sus servidores; vió cuantas gracias no habían sido cultivadas o recogidas, y cuántas se habían perdido. Le fué enseñado que el Redentor había puesto para cada año en el jardín de la Iglesia un tesoro completo de sus méritos, para suplir a todas las necesidades y a todas las expiaciones. Las gracias despreciadas, disipadas o perdidas (y había bastante para levantar al hombre más decaído, para libertar el ánima del Purgatorio más olvidada), debían de ser pedidas con el mayor rigor, y la Iglesia militante estaba castigada por esas negligencias e infidelidades de sus servidores, con la opresión de sus enemigos y con humillaciones temporales. Estas revelaciones exaltaban en el más alto grado su amor hacia la Iglesia, su madre. Pasaba días y no-

ches orando por ella, ofreciendo a Dios los méritos de Jesucristo y pidiendo misericordia. En fin: reconcentró todas sus fuerzas, y se ofreció a tomar sobre sí el pecado y el castigo, lo mismo que un niño que se presentase ante el trono del rey para sufrir el juicio hecho contra su madre. Fuéle dicho entonces: "Ve cómo estás llena de miserias, tú que quieres satisfacer por los otros"; y Ana Catalina se vió con terror como tristísima imagen llena de imperfecciones infinitas. Pero la impetuosidad de su amor se mostró todavía con más instancia en estas palabras: "Sí, estoy llena de miserias y de pecados, pero soy vuestra esposa, ¡oh, mi Señor y mi Salvador! Mi fe en Vos y en la redención que viene de Vos cubre todos mis pecados con vuestro manto real. Yo no os dejaré hasta que aceptéis mi sacrificio, porque el tesoro abundante de vuestros méritos no está cerrado para ninguno de los fieles". Al fin, su oración fué singularmente energica; era para oídos humanos como una querella y una lucha con Dios, a que la llevaba el atrevido impulso del amor. Cuando su sacrificio era aceptado, su actividad cesaba por algún tiempo, y estaba ocupada con la repugnancia de la naturaleza humana contra los padecimientos. Cuando había sostenido este combate, fijos los ojos sobre el Redentor en el Huerto de las Olivas, los dolores que soportaba de toda especie eran indecibles. La vimos con frecuencia estar muchos días sin conocimiento, como un cordero al morir. Si le preguntábamos cómo estaba, abría los ojos para sonreírse, y decía: "¡Estos dolores son tan saludables!"

Al principio del Adviento sus dolores se calmaron con dulces visiones sobre los preparativos del viaje de la Virgen Santísima, y después sobre todo su viaje a Belén con San José. Ana Catalina los acompañaba cada día en las posadas, o iba delante para procurarles alojamiento. En ese tiempo tomaba pedazos viejos de tela, y por la noche, en medio del sueño, hacía pañales, camisas y gorros para los niños de las mujeres pobres que estaban de parto. Por la mañana veía con sorpresa todas las cosas compuestas en su armario. Esto le sucedía todos los años por la misma época; pero este año tuvo más fatiga y menos consuelo. Así, en la hora del nacimiento del Salvador, que era ordinariamente para Ana Catalina un momento de gozo, se arrastró con mucho trabajo en espíritu hasta el Niño Jesús en su pesebre, y no le llevó otro presente más que mirra, ni otra ofrenda más que su cruz, con el peso de la cual cayó como muerta a sus pies. Parecía que acababa su cuenta terrestre con Dios, y que se entregaba por la última vez por todos los

hombres afligidos espiritual y corporalmente. Lo poco que se pudiera saber de esta sustitución a los diversos padecimientos de los otros, toca en lo incomprensible. Ana Catalina decía con razón: "El Niño Jesús no me ha traído este año más que una cruz e instrumento de martirio".

Desde entonces se concentró cada día más en sus padecimientos; no habló casi nada, y aunque continuaba viendo los viajes de Jesús en su predicación, indicaba a lo sumo en pocas palabras la dirección de sus pasos. Una vez preguntó de pronto, con una voz que apenas se percibía: "¿Qué día es hoy?" Habiéndole respondido que era el 14 de enero, añadió: "Dentro de pocos días habré contado toda la vida del Señor; pero esto ya no me es posible". Estas palabras parecieron tanto más extrañas, cuanto que no parecía saber en qué año de la predicación de Jesucristo estaba su espíritu actualmente ocupado. En 1820 había contado la historia del Salvador hasta la Ascensión, habiendo comenzado por el 28 de julio del tercer año de la predicación de Jesús; después volvió al primer año de la vida de Jesús, y había continuado hasta el 10 de enero del tercer año de la predicación. El 27 de Abril de 1823 hubo, a causa de un viaje que hizo el escritor, una interrupción, que duró hasta el 21 de octubre. Reanudó el hilo de la historia donde lo había dejado, y continuó hasta las últimas semanas de su vida. Cuando habló de algunos días que faltaban, su amigo no sabía hasta dónde llegaba la historia, porque no había coordinado lo que escribía. Después de su muerte se convenció de que si Ana Catalina hubiera podido hablar los catorce últimos días de su vida, la narración habría vuelto al 28 de julio del tercer año de la predicación, y, por consecuencia, al sitio donde había comenzado en 1820.

Su estado cada día hacíase más alarmante. Ana Catalina, que ordinariamente sufría en silencio, daba gemidos; tal era la fuerza de sus dolores. El 15 de enero dijo: "El Niño Jesús me ha traído en su Natividad grandes dolores. Me he encontrado de nuevo en el pesebre de Belén. El divino Infante tenía calentura, y me revelaba sus padecimientos y los de su Madre. Estaban tan pobres, que tenían un pedazo de pan por todo alimento. Me ha dado angustias todavía mayores, y me ha dicho: "Tú eres mía; tú eres mi esposa. Sufre como Yo he sufrido, y no preguntes por qué". Yo no sé lo que será, ni si durará mucho tiempo. Me abandono enteramente a mi martirio, ya sea menester vivir o que sea preciso morir. Yo deseo que la voluntad secreta de Dios se cumpla sobre mí. Estoy tranquila, y tengo

consuelo en mis penas. Esta mañana aún era muy feliz. Bendito sea el nombre del Señor".

Sus dolores, si es posible, se aumentaron todavía. Sentada sobre su cama, cerrados los ojos, lamentábase con voz apagada, y caíase a uno y otro lado. Si se acostaba, parecía ahogarse: su respiración era agitada, todos sus nervios y sus músculos temblaban estremecidos de dolor. Su garganta estaba abrasada, su boca hinchada, sus mejillas coloradas con la calentura, sus manos pálidas como el marfil. Las cicatrices de las llagas brillaban como la plata sobre la piel estirada; su pulso daba 160 a 180 pulsaciones por minuto. Aunque no podía hablar a causa del exceso de sus padecimientos, todas sus obligaciones estaban presentes a su espíritu. El 26 por la tarde dijo a su amigo con voz casi extinguida: "Hoy es el día noveno; es menester pagar la vela y la novena a la capilla de Santa Ana". Era una novena que había mandado hacer por su intención, y temía que las personas que la rodeaban la olvidasen. El 27, a las dos de la tarde, recibió la Extremaunción. Por la noche, su amigo, el excelente cura H..., rezó al lado de su cama: fué esto de tanto consuelo para Ana Catalina, que le dijo: "¡Cuán bueno y cuán bello es todo esto!" Y después: "¡Dios sea mil veces bendito y alabado!"

La proximidad de la muerte no destruía enteramente la unión maravillosa de su vida con la de la Iglesia. Habiéndola un amigo visitado el 1º de febrero por la noche, se había colocado detrás de su cama sin ser visto, y escuchaba con gran compasión sus gemidos y su respiración fatigosa. De pronto no oyó nada, y creyó que estaba muerta. En este momento la campana que anunciaba los maitines de la fiesta de la Purificación comenzó a tocar. Era el principio de esta fiesta el que había arrebatado su alma en un éxtasis. Aunque su estado era siempre muy alarmante, algunas palabras afectuosas sobre la Virgen Santísima salieron de su boca en la noche y en el día de la fiesta. A las doce dijo, con voz alterada ya por la muerte: "No había estado tan bien desde hace mucho tiempo. Ocho días van que estoy enferma, ¿no es verdad? Ya no sé nada de este mundo tenebroso. ¡Oh, qué luz me ha hecho ver la Madre de Dios! Me ha llevado a su lado, y hubiera querido estarme allí". Aquí se recogió un momento; y después dijo, poniéndose el dedo en la boca: "Pero yo no debo hablar de eso". Desde entonces decía que todo lo que podían decir en su elogio redoblaba sus padecimientos.

Los días siguientes estuvo peor. El 7 por la noche, encontrándose más tranquila, dijo: "¡Ah, Jesús! mil gracias por el tiempo de mi vida. Señor, que vuestra voluntad se haga y no la mía". El 8 de febrero por la noche, un sacerdote rezaba junto a su cama; le besó la mano con gratitud, le rogó que asistiera a su muerte, y le dijo: "Jesús, vivo por Vos y muero por Vos. ¡Señor, bendito seáis; ya no veo, ya no oigo!" Ayudándola a mudar de postura para aliviarla, dijo: "Estoy sobre la cruz; pronto se acabará: dejadme". Había recibido todos los Sacramentos; pero quería confesarse de una falta ligera de que se había acusado muchas veces: esta falta era probablemente de la misma especie que aquel pecado de su infancia de que se acusara con frecuencia, y que consistía en haber entrado por cima del seto del jardín de su vecino, y haber mirado con envidia unas manzanas caídas del árbol; "porque, gracias a Dios, decía, no las había tocado". Esto le parecía una violación del décimo mandamiento. El sacerdote le dió la absolución general. Ana Catalina hizo un movimiento para extenderse. Creyeron que se moría. Acercóse a la cama una persona que decía haberle causado pena con frecuencia, y le pidió perdón. Ana Catalina la miró sorprendida, y le dijo con acento de verdad muy expresivo: "No hay nadie sobre la tierra contra quien yo tenga algo".

En los últimos días, como se esperaba a cada momento el verla morir, había con frecuencia amigos en el cuarto que precedía al suyo. Estando ellos hablando muy bajo, y de modo que Ana Catalina no pudiera oirlos, de su paciencia, de su fe y de sus otras virtudes, oyeron de pronto su voz moribunda que decía: "¡Ah! por el amor de Dios, no me elogiéis; eso me tiene aquí, porque tengo que sufrir doble. ¡Oh, Dios mío! Ved aquí nuevas flores que caen sobre mí". Veía siempre las flores como el símbolo y el anuncio de algún dolor. Después añadió: "Dios solo es bueno: todo se ha de pagar, hasta el último maravedí. Yo soy pobre y llena de pecados; yo no puedo pagar ese elogio sino con dolores unidos a los de Jesús. No me elogiéis; dejadme morir en la ignominia con Jesús sobre la cruz". Boudon, en la *Vida del P. Sevein,* trae un hecho igual de un moribundo que parecía que ya no oía, y que rechazó todo elogio proferido a su lado.

Pocas horas antes de su muerte, que imploraba con frecuencia por estas palabras: "¡Señor, socorredme; venid, Jesús mío!", un elogio pareció contrariarla, y protestó con energía por el acto de humildad siguiente: "Yo no puedo morir si tantas buenas personas piensan bien de mí por error: decid, pues,

a todos que soy una miserable pecadora. ¡Ah! ¡Si pudiera gritar de modo que todos supieran cuán pecadora soy! Soy menos que el Buen Ladrón que estaba en cruz cerca de Jesús, pues él y todos los que vivían entonces no tenían que dar cuenta tan terrible como nosotros, que tenemos todas las gracias concedidas a la Iglesia". Después de esta declaración, pareció tranquilizarse, y dijo al sacerdote que la auxiliaba: "Ahora tengo tanta paz y tanta confianza, como si jamás hubiera cometido un pecado". Sus ojos se dirigían con amor sobre la cruz puesta al pie de su cama; su respiración era precipitada; bebía con frecuencia, y cuando le presentaban el Crucifijo, le besaba sólo los pies por humildad. Un amigo que lloraba de rodillas al lado de su cama, tenía el consuelo de presentarle el vaso de agua para humedecer los labios. Habiendo puesto sobre el cobertor su mano, donde brillaba la cicatriz blanca de su llaga, él se la tomó, y como interiormente deseaba tener una señal de adiós de su parte, Ana Catalina le apretó ligeramente la suya; su cara tranquila y serena tenía una gravedad sublime; era la expresión de un atleta que, habiendo hecho esfuerzos inauditos para llegar al término, cae y muere al tomar la corona. El sacerdote rezó de nuevo a su lado las oraciones de los agonizantes, y Ana Catalina se sintió advertida de que se acordase delante de Dios de una joven y piadosa amiga de quien eran los días. Dieron las ocho; respiró más tranquilamente algunos minutos, y gritó tres veces con un gemido profundo: "¡Señor, socorredme! ¡Señor, Señor, venid!" El sacerdote tocó la campanilla, y dijo: "¡Se muere!" Muchos parientes y amigos que estaban en la pieza contigua entraron en el cuarto y se arrodillaron para rezar. Ana Catalina tenía en la mano una vela encendida, que sostenía el sacerdote. Dió todavía algunos leves suspiros, y su alma pura salió de sus castos labios con la vestidura de esposa, para precipitarse llena de esperanza ante su Esposo celestial, y para unirse al coro de las vírgenes que acompañan al divino Cordero por todas partes. Su cuerpo inanimado se hundió poco a poco en las almohadas a las ocho y media de la noche, el 9 de febrero de 1824.

Una persona que se tomó mucho interés por Ana Catalina durante su vida, ha escrito lo siguiente: "Después de su muerte, me acerqué a la cama; estaba recostada sobre las almohadas, del lado izquierdo; encima de su cabeza estaban colgadas en cruz, en un rincón, las muletas que le habían preparado sus amigas en una ocasión en que Ana Catalina había podido dar algunas vueltas por el cuarto. Al lado había un cuadrito al óleo

representando el tránsito de la Virgen Santísima, que le había dado la princesa Salm. La expresión de su cara era sublime: estaba retratada en Ana Catalina toda una vida de sacrificios, de paciencia y de resignación; parecía haber muerto por amor a Jesucristo en el ejercicio de alguna caridad para con los otros. Su mano derecha reposaba sobre el cobertor; esta mano, a la cual Dios había dado la gracia inaudita de conocer y tocar todo lo que era santo, todo lo consagrado por la Iglesia, gracia que quizá nadie recibió en igual grado, gracia cuyos resultados podían ser incalculables con tal que se hiciera de ella un uso sabio, y que sin duda no había sido dada a una mujer del campo sólo para distracción espiritual. Yo tomé por última vez esta mano marcada con signo tan venerable; este instrumento espiritual que seguía detrás del velo de la naturaleza toda sustancia santificada para reconocerla y honrarla aún en un grano de arena; esta mano bienhechora, laboriosa, que tantas veces había dado de comer al hambriento y vestido al desnudo; esta mano estaba fría y sin vida. Una gracia sobrenatural se había ido de la tierra: Dios nos había retirado la mano de su esposa, que daba testimonio, que rezaba, que sufría por la verdad. No parecía que había puesto sin objeto, con resignación, sobre su cama, esta mano, símbolo de una virtud particular, concedida por la gracia divina. Como los preparativos necesarios, que se hacían a su alrededor con grande actividad, amenazaban interrumpir la viva impresión que me causaba su semblante, salí del cuarto todo pensativo. "Si, como tantas otras santas habitantes del desierto, decía yo entre mí, hubiera muerto solitaria en un sepulcro abierto con sus manos, los pájaros, sus amigos, la hubieran cubierto de hojas y de flores; si, como tantas personas de su profesión, hubiera muerto entre las vírgenes consagradas a Dios, y hubiera sido acompañada al sepulcro por sus cuidados y su veneración, hubiera sido edificante y satisfactorio para el corazón; pero sin duda estos honores dados a sus restos no agradarían a su amor a Jesucristo, a quien deseaba parecerse también en la muerte".

El mismo amigo escribía más tarde lo siguiente: "Por desgracia no se hizo constar oficialmente el estado de su cuerpo después de su muerte; no se hicieron pesquisas, con las cuales la habían atormentado tanto durante su vida. Aun los que la rodeaban descuidaron examinarla, por miedo, sin duda, de encontrar algún fenómeno extraño, cuyo descubrimiento hubiera podido ocasionar muchas incomodidades. El miércoles 11 de febrero prepararon su cuerpo para la sepultura. Una mujer piadosa,

que no quiso ceder a nadie el cuidado de darle esta última prueba de afecto, me describió en estos términos el estado en que la encontró: "Sus pies estaban cruzados como los de un Crucifijo. Las llagas estaban más coloradas que de costumbre. Cuando levantaron su cabeza, le salió sangre de las narices y de la boca. Todos sus miembros conservaron su flexibilidad hasta en la caja". El viernes 13 de febrero fué conducida al sepulcro, acompañada de todas las personas del lugar. Reposa en el cementerio, a la izquierda de la cruz, al lado del seto. En la fosa que está delante de la suya, reposa un buen viejo labrador de Welde; en la que sigue, una piadosa labradora de Dernekamp.

"La tarde del día en que fué enterrada, vino un hombre rico. no a casa de Pilatos, sino a casa del cura del pueblo. Le pidió el cuerpo de la difunta, no para ponerlo en un sepulcro nuevo, sino para comprarlo por una suma considerable por cuenta de un médico holandés. La proposición fué desechada, como debía serlo; pero parece que corrió la voz en el pueblo de que habían robado el cadáver, y que los habitantes fueron al cementerio a ver si habían profanado su sepultura".

Añadiremos a estos detalles el extracto siguiente de un relato impreso en diciembre de 1824, en el periódico de literatura católica de Kertz. Proviene de una persona que no conocemos, pero que está bien instruída: "Seis o siete semanas después de la muerte de Ana Catalina Emmerick, habiéndose esparcido la voz de que su cuerpo había sido robado, la sepultura y la caja fueron abiertas secretamente por orden superior, en presencia de siete testigos. Vieron con gozo y sorpresa que la corrupción no había llegado a su cuerpo. Su fisonomía era risueña como la de una persona que descansa en agradable sueño. Parecía que se acababa de enterrar: no exhalaba ningún olor fétido. *Es un debe guardar el secreto del Rey,* dice Jesús, hijo de Sirac; pero es también un deber el revelar al mundo la grandeza de las misericordias de Dios". Nos han asegurado que una piedra había sido puesta sobre su tumba. Nosotros deponemos ante ella estas hojas; ¡ojalá contribuyan a conservar la memoria de una persona que ha remediado tantas penas de alma y cuerpo, y la del sitio en donde espera la resurrección!

CLEMENTE BRENTANO.

PRIMERA PARTE

AUTOBIOGRAFIA

Capítulo I

SU INFANCIA, SUS DONES EXTRAORDINARIOS

INTRODUCCION

Conforme al plan con que ha sido concebida esta obra, publicamos las palabras de la venerable sierva de Dios, Ana Catalina Emmerick, copiadas principalmente por Clemente Brentano. El ordenamiento de las visiones generales por asuntos, es nuevo en la edición argentina, no habiendo sido realizado antes en ediciones extranjeras. La introducción de cada capítulo y las frases intercaladas en el texto, destinadas a aclarar circunstancias oscuras o pasajes inconclusos, van en letras bastardillas. Las notas al pie de páginas constituyen asimismo complementos para mayor ilustración del lector acerca de personas o episodios no explicados suficientemente.

Comenzamos con la declaración hecha por Ana Catalina al revelar las razones por las cuales el Señor le concede estas visiones: le son dadas para ser consignadas y publicadas, a fin de que se descubran muchas cosas ignoradas, para mayor gloria de Dios y edificación de los fieles.

Ana Catalina cuenta su bautismo, celebrado el mismo día de su nacimiento, por gracia especial coincidente con la natividad de la Virgen Santísima. Relata diversos cuadros de su infancia, con sencillez y lucidez encantadoras; todo lo que veía y hacía; cómo se le manifestaba el don de las visiones extáticas; los casos de bilocación y otras gracias extraordinarias recibidas de modo sobrenatural.

1. El Señor le manda comunicar sus visiones.

El 1º de enero de 1821, dijo la venerable sierva de Dios, Sor Ana Catalina Emmerick:

Ayer he pedido fervorosamente a Dios que dejase de concederme estas visiones, para verme libre de la responsabilidad de referirlas. Pero el Señor no quiso escucharme; antes bien, he entendido, igual que otras veces, que debo referir todo lo

que veo, aunque se burlen de mí y no comprenda yo ahora el provecho que resulte de esto. También he sabido que nadie ha visto nunca estas cosas en el grado y medida en que yo las veo, y he entendido que no son cosas mías, sino de la Iglesia.

"Yo te doy esta visión, me dijo el Señor, no para tí, sino para que sea consignada: debes, pues, comunicarla. Ahora no es tiempo de obrar maravillas exteriores. Te doy estas visiones y te las he dado siempre, para mostrar que estoy con mi Iglesia hasta la consumación de los siglos. Pero las visiones, por sí solas, a nadie hacen bienaventurado: has de ejercitar, pues, la caridad, la paciencia y todas las virtudes".

Las admirables visiones sobre el Antiguo Testamento y las numerosas visiones sobre la vida de los santos, me fueron comunicadas por la bondad de Dios, no sólo para mi instrucción, sino para que las publicara, e hiciera conocer tantas cosas escondidas e ignoradas. Muchas veces me fué inculcado este mandato.

Hace mucho que yo hube de haber muerto. He conocido en una visión que hace tiempo yo hubiera muerto, si no fuera porque debía hacer conocer estas cosas por medio del *Peregrino* (*). Él debe escribirlo todo. A mí me corresponde únicamente comunicar mis visiones.

Cuando el Peregrino lo haya ordenado todo y todo esté terminado, morirá él también.

2. Habla del carácter de sus propias visiones.

He visto infinitas cosas que no se pueden expresar con palabras. ¿Y quién puede expresar con palabras cosas que se ven, no con los ojos, sino de otro modo? Yo no veo las cosas con los ojos, sino más bien me parece que las viese con el corazón, aquí en medio del pecho (**). Esto me ocasiona, también en este lugar, como una efusión de sudor. Veo al mismo tiempo con los ojos los objetos y las personas que me rodean, pero no atiendo a ellas; no sé lo que son ni quienes son. También ahora, mientras hablo, soy vidente.

(*) Así llama al escritor y poeta Clemente Brentano, a quien había visto ya anteriormente en visión, destinado por Dios para recoger sus revelaciones.

(**) En el libro *Scivias*, de Santa Hildegarda, se lee: "Cuando según la oculta disposición del Altísimo Creador, la forma de un cuerpo humano viene a ser animada en el seno materno, entonces el alma, a modo de un globo de fuego, que no tiene ninguno de los contornos ni lineamientos del cuerpo humano, toma posesión del corazón en esta forma, sube al cerebro y se difunde por todos los miembros" (*Scivias*, I, Vis. 4, Migne).

Desde algunos días estoy continuamente entre una visión sensible y otra sobrenatural. Tengo que hacerme mucha violencia porque en medio de la conversación con otros, veo delante de mí, al mismo tiempo, diversas cosas y toda clase de imágenes y oigo mi propia palabra y la de los demás, como si viniese ronca y tosca de un recipiente vacío. Me encuentro además como embriagada y a punto de caer. Mis palabras de respuesta a las personas que me hablan salen tranquilas de mis labios y a veces más vivaces que de costumbre, sin que yo sepa después lo que he hablado momentos antes; no obstante, hablo ordenadamente y con pleno sentido. Siento una gran pena al verme en este doble estado. Con los ojos veo cuanto me rodea de un modo incierto y velado, como vería uno las cosas cuando está por dormirse y empezara a soñar.

La segunda facultad de ver, la sobrenatural, me quiere arrebatar con fuerza y es mucho más luminosa y clara que la vista natural de los ojos; no obra esta manera de ver por medio de los ojos corporales. Estoy durante todo un día entre el volar lejano y el ver. A veces veo al Peregrino y a veces no lo veo, y esto me pasa continuamente. ¿No siente él cómo cantan ahora? Me parece encontrarme sobre una amena pradera y como si sobre mí los árboles se entrelazasen y formasen arco. Siento cantar con tan maravillosa dulzura como si procediese de suaves voces de niños.

Lo próximo y el contorno de las cosas, me parecen como un sueño; todo lo veo turbio, impenetrable y desconectado, semejante a un confuso sueño, a través del cual veo un mundo luminoso, sucesivamente comprensible, y hasta en su íntimo origen y concatenación con todas sus manifestaciones inteligibles. En el seno de esta vista, cuanto hay de bueno y de santo deleita más profundamente, porque se reconoce su derivación de Dios y su retorno a Dios. En cambio, cuanto hay de malo y de impío perturba profundamente, porque se reconoce el camino que trae desde el diablo y lleva a él, siempre contrario a Dios y a su criatura. La vida en este mundo sobrenatural, donde no existe impedimento alguno, ni tiempo, ni espacio, ni cuerpo, ni secretos, donde todo habla y resplandece, es tan perfecta y libre, que en su comparación la ciega, torcida, balbuciente vida real y actual parece un sueño vacío.

Durante estas vigilias veo siempre resplandecientes las reliquias que tengo conmigo, y a veces veo como escuadrones de pequeñas y lejanas figuras humanas, en medio de nubecillas, que están sobre mí, en dirección de las reliquias. Cuando me

recojo en mí misma, aquellas imágenes se aproximan nuevamente a las pequeñas arcas y relicarios donde reposan los huesos luminosos.

He tenido una bellísima enseñanza de cómo la vista, por medio de los ojos, no es verdadera vista, sino que hay otra mirada interna. Esta última es muy clara y luminosa. Cuando debo permanecer mucho tiempo privada de la comunión cotidiana y no puedo rezar con ardor y decaigo en el recogimiento de la piedad, entonces una nube espesa se extiende sobre mi clara vista interna. Entonces olvido cosas importantes, avisos o exhortaciones y veo y experimento la opresión aniquilante del externo y falso modo de que son las cosas. Tengo un hambre del Santísimo Sacramento que me roe y me atormenta, y muchas veces cuando miro hacia una iglesia, el corazón parece que se me quisiera salir del pecho y volar hacia el Salvador.

3. Ve su don de visión en forma de rostro.

Cuando vi que nació tanto malhumor porque, según orden de mi guía celeste, no dí consentimiento para ser trasladada a otra habitación, supliqué al Señor se dignase dirigirme. Había surgido mucho descontento; sin embargo, yo veía tantos cuadros e imágenes santas, y no podía por lo demás hacer cosa alguna.

Después de esta oración me tranquilicé y vi como un rostro que se aproximaba a mí y penetraba en mi pecho y pareció como si dentro de mí se deshiciese (*). Me pareció que mi alma, al unificarse con aquel rostro, se retrajese en sí misma y se hiciese siempre más pequeña, mientras mi cuerpo se me aparecía como un ser grosero y pesado, grande como una casa. El rostro, que me pareció triple, era infinitamente rico y multiforme y no obstante era uno y único. Se dilataba en sus rayos y en sus miradas, en todos los coros separados de los ángeles y de los santos. Recibí consolación y gozo y pensé: "¿Podría esto provenir del espíritu maligno?" Mientras así pensaba todas esas imágenes claras y distintas me atravesaron otra vez el alma, como una serie de luminosas nubecillas y sentí que estaban fuera de mí, a mi lado, en un círculo luminoso. Sentí entonces de nuevo haber crecido y mi cuerpo no me parecía ya tan grosero ni macizo. Entonces había fuera de mí y en torno mío como un mundo en el cual yo podía

(*) Este rostro es el don de visión, la luz de profecía que viene de Dios; en este rostro podía Ana Catalina ver y tratar con los ángeles y santos y recibir sus comunicaciones. Léase la vida de Ana María Taigi, quien veía en un sol luminoso las revelaciones de Dios.

mirar adentro por medio de una abertura luminosa. Y se me acercó una virgen, que me explicó ese mundo de luz y me dijo que mirase unas veces en un punto y otras veces en otro. Añadió que pertenecía a la viña de aquel santo Obispo en la cual yo debía por entonces trabajar.

4. Ve otro mundo de impiedad.
(11 de agosto de 1821) (*)

He visto también a mi izquierda un segundo mundo lleno de deformes y torcidas figuras, de cuadros de perversidad, de calumnias, de sarcasmo y de burla. Todo este mundo avanzaba como un enjambre cuya punta se dirigía hacia mi.

De todo el círculo que avanzaba no pude reconocer nada de bueno ni recibirlo, puesto que lo justo y lo bueno se hallaba sólo en el círculo puro y luminoso que estaba a mi derecha. Entre estos dos círculos, yo, pobre y abandonada, estaba suspendida de un brazo como entre cielo y tierra, y permanecí mucho tiempo entre graves dolores; a pesar de ello, no perdí la paciencia. Al fin, saliendo de aquel círculo luminoso se aproximó nuevamente Santa Susana *(era el día de la Santa)* juntamente con Liborio, (**) en cuya viña debía yo trabajar. Me pareció que me libraban y fuí llevada de nuevo a la viña que se había puesto silvestre y llena de pujantes y superfluas ramas y hojas. Tuve que limpiar aquellas vides de las ramas silvestres y demasiadas hojas para que el sol pudiese calentar los brotes. Con gran trabajo recompuse y cerré una abertura del parral. Eché las hojas juntamente con los racimos podridos en un montón; otros manchados los tuve que limpiar con un pañito y como no tenía a la mano otra cosa, tomé mi pañuelo de la cabeza. Por todo esto me sentí tan cansada que a la mañana me encontré en mi lecho, llena de dolores, como si hubiese sido destrozada en una rueda: no sentía en mí hueso alguno sano. Los brazos todavía me duelen.

5. Visiones de su bautismo.
(8 de septiembre de 1821)

Hoy, día de mi aniversario, he visto en éxtasis mi nacimiento y mi bautismo. Estaba yo presente con un sentimiento singular.

(*) Esta fecha, como las que aparecen más adelante, corresponden al día en que Ana Catalina relató sus visiones.

(**) San Liborio, Obispo de Padenborn. Trabajar en la viña de Liborio significa trabajar en la diócesis de ese Obispo, y consisitía en oración, expiación y sufrimiento.

Me sentía como un niño recién nacido en brazos de las mujeres que me llevaban a Koesfeld para ser bautizada. Me causaba vergüenza verme tan pequeña y tan necesitada de ayuda, a pesar de ser ya vieja; pues, todo lo que sentía entonces, como niña recién nacida, lo veía y lo conocía de nuevo en esta hora, mezclado con las impresiones presentes. Entonces era yo débil y no podía valerme. Las tres mujeres ancianas que me llevaban a la iglesia, me eran antipáticas, y también la partera; pero mi madre, no; yo tomaba su pecho. Veía todo lo que me rodeaba: la antigua granja donde vivíamos y todo lo que allí había, tal como después no lo he vuelto a ver, porque muchas cosas han cambiado.

Veía con claridad el camino que conduce desde nuestra cabaña de Flamske hasta la parroquia de Santiago de Koesfeld, y sentía y conocía lo que pasaba a mi alrededor. Vi todas las santas ceremonias de mi bautismo, y mis ojos y mi corazón se abrieron de un modo maravilloso. Ví que cuando fuí bautizada estaban allí presentes el Angel de mi Guarda y mis santas patronas Santa Ana y Santa Catalina. Ví a la Madre de Dios con el Niño Jesús y fuí desposada con Él mediante la entrega de un anillo.

Entendía yo todas las cosas santas y benditas y todo lo que se refiere a la Iglesia, tan claramente, como después no he vuelto a entenderlo. Veía imágenes admirables de la iglesia. Sentí la presencia de Dios en el Santísimo Sacramento. Vi brillar en la iglesia los huesos de los santos, que resplandecían sobre ellos.

Vi a todos mis predecesores, hasta el primero que de ellos fué bautizado y conocí, en una larga serie de símbolos, todos los peligros de mi vida futura. En medio de todo esto sentía la impresión singular que me causaban mis padrinos y parientes que estaban allí y las tres mujeres que me eran siempre antipáticas. Vi a mis antepasados en una serie de imágenes que se extendía por muchas comarcas, hasta el primero, que fué bautizado en el siglo séptimo u octavo y que edificó una iglesia. Entre ellos había varias monjas, de las que dos fueron estigmatizadas, pero no conocidas, y un solitario, que había sido hombre importante, había tenido hijos y finalmente se había retirado del mundo y vivido santamente.

Cuando al volver a casa desde la iglesia pasé por el cementerio, experimenté un vivo sentimiento del estado de las almas cuyos cuerpos reposan allí, esperando la resurrección. Entre ellos observé con respeto algunos cuerpos que brillaban y resplandecían magníficamente.

6. El Señor le muestra las bellezas creadas.

Siendo todavía niña estaba yo una noche arrodillada en la nieve del campo y le decía al Señor, alegrándome de ver las hermosas estrellas: "Tú eres mi Padre, y ya que tienes en tu casa cosas tan hermosas, debes enseñármelas". Él me mostraba todas las cosas; me tomaba de la mano y me conducía por todas partes. Era muy natural; yo lo contemplaba todo con alegría y no miraba ninguna otra cosa.

7. Cuando tenía uno y tres años.

Mi padre se preocupaba mucho por mí. Me enseñó a rezar y a hacerme la señal de la cruz. Me tenía sobre sus rodillas, encerraba mis manecitas en su puño y me enseñaba a hacer la pequeña señal de la cruz con el pulgar. Luego abría su mano y me guiaba para hacer la señal de la cruz mayor Cuando llegue a rezar hasta la mitad del Padrenuestro, o quizás menos de la mitad, yo lo recitaba tantas veces hasta que me parecía que formaba el tiempo de un Padrenuestro entero.

Me refiero ahora al primer año de mi vida. Siendo de un año de edad, caí al suelo. Mi madre había ido a la iglesia de Koesfeld, pero parecía que tuviera un presentimiento de que algo me había acontecido puesto que en grande ansia volvió a casa. Por mucho tiempo no pude caminar; recién al tercer año de mi vida curé enteramente de mi mal; el muslo me fué estirado bien, pero ligado tan estrechamente con fajas, que permaneció delgado.

A los tres años solía exclamar con todo mi corazón: "¡Oh Señor y Dios mío, haz que yo muera; porque los que crecen y se hacen grandes, te ofenden con muchos pecados".

Cuando salía de casa me decía: "¡Oh, si cayeses tú muerta aquí, delante de esta puerta, no ofenderías más a Dios!"

8. Dolor y compasión por el prójimo.

Cuando me sentaba a la mesa para comer, dejaba lo que más me gustaba o alguna parte, y decía: "Esto te lo doy a Ti, Señor, con todo mi corazón, para que Tú lo des a aquellos pobres que más lo necesitan".

Cuando veía algún niño enfermo, decía: "Si un pobre no pide y no suplica, no recibe limosna. Así Tú, Señor, no ayudas a los que no quieren rezar y sufrir. Mira, Señor, yo clamo y ruego por aquéllos que no lo hacen por sí mismos".

Cuando más tarde preguntaban a Ana Catalina quién le había enseñado estas oraciones, contestó:

No sabría decir quién me las enseñó: el germen de todo esto está en la compasión. He sentido siempre, íntimamente, que todos nosotros formamos un solo cuerpo en nuestro Señor Jesucristo: el mal del prójimo me duele de tal modo como si sucediera con el dedo de mi mano.

Desde mi infancia siempre he rogado para que las dolencias ajenas viniesen sobre mí. Haciendo esto yo pensaba que Dios no manda ningún sufrimiento sin tener una especial razón; y que con ese sufrimiento se debe descontar algo. El por qué sucede que a veces un mal oprime poderosamente a alguno. yo pensaba que era porque ninguno quiere tomar sobre sus espaldas el mal de otro. Por esto yo rogaba al Señor que se dignase dejarme descontar y expiar por mi prójimo y suplicaba al Niño Jesús que me ayudase; muchas veces tenía por esto mismo bastantes dolores.

9. El Niño Jesús le enseña diversos trabajos.

Cuando yo era niña, el Niño Jesús trabajaba conmigo. Recuerdo que desde los seis años yo hacía lo que hago ahora *(confeccionaba ropa para los pobres)*. Sabía que tendría un hermanito; cómo lo supe no lo podría decir. Quería entonces darle a mi madre algunas cosas para el niño recién nacido, pero no sabía aún coser. El Niño Jesús vino a mí y me enseñó y me ayudó a hacer un gorrito y otras prendas para niño Mi madre se admiró mucho de cómo yo hubiese podido hacer estos trabajos. Recibió lo que le ofrecí y se sirvió de esas prendas.

Cuando comencé a guardar las vacas, vino un Niñito hacia mí e hizo que las vacas se guardasen ellas mismas. Nosotros hablábamos juntos de cosas buenas, cómo queríamos servir a Dios y amar al Niño Jesús, y cómo Dios lo ve todo. Yo me encontraba a menudo con ese Niñito y nos entendíamos perfectamente. Se cosía, se hacían gorritas y medias para los niños pobres. Yo me encontraba capaz de hacer todos los trabajos que quería y además tenía todo lo que necesitaba para esos trabajos. A veces venían también algunas monjas a unirse con nosotros y siempre eran del convento de las Anunciatas. Lo más admirable en esto era que yo disponía y creía hacerlo por mi misma, cuando en realidad era aquel Niñito quien lo hacía todo.

"Nosotros queremos, decía yo a mis compañeritos, representar el cielo sobre la tierra; queremos hacerlo todo en el nom-

bre de Jesús y pensar siempre que el Niño Jesús está entre nosotros. No queremos hacer cosa alguna que sea mala; antes bien, queremos impedirla en cuanto sea posible. Donde encontremos lazos para liebres y trampas para los pájaros, preparadas por los muchachos, las sacaremos para que no vuelvan a semejantes pasatiempos. Queremos poco a poco empezar un mundo nuevo para que la tierra se convierta en un paraíso".

Recordando visiones de viajes a Tierra Santa, reproducía en la arena lugares y cosas sagradas.

Si hubiese tenido ocasión, desde niña, de relatar, sería capaz de reproducir con mi narración la mayor parte de los caminos y lugares de Tierra Santa, puesto que los tenía tan vivamente siempre ante los ojos que ningún otro lugar me era tan conocido como los de Palestina.

Cuando estaba en el campo o jugaba con otros niños en la arena húmeda o sobre un terreno arcilloso, en seguida erguía allí un monte Calvario, el Santo Sepulcro con su jardín, un riachuelo con su puente y cabañas. Recuerdo que hice de barro muchas casitas vacías cuadrangulares y las aberturas de las puertas y ventanas con astillas. Otra vez, hasta quise hacer la imagen del Señor, de los dos ladrones y de María Santísima al pie de la cruz; pero me abstuve de hacerlo por parecerme una profanación el intentarlo.

Una vez estaba con dos niños jugando en un campo. Queríamos tener una cruz en la pequeña capilla que habíamos levantado con arcilla, para rezar delante de ella nuestras oraciones. Queríamos una cruz verdaderamente buena, y no sabiendo cómo conseguirla, dije: "Ya sé cómo la haremos. Tenemos que hacerla primero de madera; después la imprimiremos en la arcilla. Tengo una cobertera vieja de estaño; la haremos derretir sobre los carbones, la derramaremos como si fuera de arcilla y obtendremos una cruz de relieve". Corrí a casa; tomé la cobertera y los carbones. Mientras estábamos en la obra, sobrevino mi madre y fuí castigada.

10. San Juan Bautista niño acude a jugar con ella.

Cuando custodiaba las vacas, solía llamarlo de este modo: "Juancito, el de la piel de camello, ven aquí conmigo". Él venía y se entretenía conmigo. Tuve la más clara visión de su vida en el desierto. En conversaciones familiares era amaestrada que imitase en todas sus acciones la inefable pureza y simplicidad con que tanto había complacido al Señor. Yo celebraba con la

más viva realidad muchos maravillosos acontecimientos de su sagrada infancia en la casa paterna del Bautista y en medio de su santa parentela. Tenía de todas esas personas un sentimiento tan vivo y real, que con admirable familiaridad me sentía movida de vivo afecto hacia esas personas y las trataba con mayor confianza que a las de mi casa.

Siempre, desde pequeña, cada año, en todo el tiempo de Adviento, yo acompañaba paso a paso en viaje a José y María desde Nazaret hasta Belén, y hasta ahora todos los años lo he hecho siempre en la misma forma. La inquietud que yo tenía por la Virgen Santísima durante aquel viaje era tan grande y mi compasión por todas las dificultades del camino tan afectiva y tan viva, cual podía serlo cualquier caso real o aventura que me sucediera en mi juventud. Antes bien, yo tomaba más parte y me sentía más conmovida por estas cosas que por cualquier otra que me pudiese suceder; porque para mí María era la Madre de Dios y de mi Señor y María llevaba en su seno al que debía ser mi salud y mi salvación.

Todo lo que se celebraba en una solemnidad de la iglesia no era para mí solamente una conmemoración o una atenta contemplación, sino que mi alma era introducida dentro, por decirlo así, en la fiesta, de modo que la celebraba oomo si los acontecimientos y los misterios se realizasen ante mis ojos: en todo veía y sentía como si actualmente sucediese y yo estuviese presente.

Dios, que es extremadamente bueno, debe háberse complacido de mi buena voluntad infantil, porque Él, desde mi niñez hasta ahora, en el tiempo de Adviento, me deja ver todo en la misma forma que ha sucedido. Yo me coloco en un pequeño rinconcito y desde allí veo todo. Cuando niña, me sentía más libre y confiada con todos. Cuando monja, fuí más reservada y más tímida. Cuando se lo pedía con íntimo ardor a la Virgen, ella a menudo ponía al Niño Jesús en mis brazos.

11. Espera ver a Adán y a Eva en la iglesia.

Recuerdo que siendo de cuatro años mis padres me llevaron a la iglesia. Yo tenía la persuación de que allí vería a Dios y encontraría a los hombres muy distintos de lo que eran; creía que serían luminosos y bellos como había visto a Adán y Eva. Cuando entré, miré por todas partes y no vi nada de lo que me había imaginado. Yo creía que el sacerdote en el altar fuese el mismo Dios. Buscaba a María y creía que todo lo que había

visto estaría allí dentro; tal era mi deseo más ardiente. Pero no hallé allí lo que pensaba encontrar. Más tarde tuve estos pensamientos y miraba a algunas mujercitas buenas que llevaban pañuelos en la cabeza y estaban muy compuestas: pensaba que ellas podrían ser las personas que yo buscaba; pero no lo eran. Pensaba que María debía llevar un manto azul celeste, un velo blanco y un vestido sencillo y blanco.

Cuando más tarde tuve la visión del Paraíso terrenal, buscaba en la iglesia a Adán y a Eva, tan bellos como eran antes de la caída. Después pensé: "Cuando te hayas confesado, entonces los encontrarás". No los encontré tampoco entonces. Finalmente vi en la iglesia a una familia de antigua nobleza, muy piadosa; las hijas estaban vestidas de blanco. Entonces pensé que éstas se asemejaban algo a lo que buscaba y tuve para con ellas grande veneración; pero tampoco eran ellas lo que yo quería. Tenía la sensación de que todo lo que ahora veía era feo e impuro. Estaba tan penetrada de estos pensamientos que muchas veces me olvidaba de comer y de beber, y mis padres decían: "¿Qué tiene esta niña? ¿Que le ha sucedido a nuestra Catalinita?"

Muchas veces, cuando yo era niña, disputaba con la mayor confianza con Dios y le decía por qué había hecho tal cosa así o aquella otra... No podía concebir cómo Dios hubiese dejado nacer el pecado, desde que El lo tiene todo en sus manos. Sobre todo, la eternidad de las penas infernales me parecía dura sobre todo posible entendimiento. Entonces me sobrevinieron visiones que me instruyeron de tal manera y me amonestaron, que bien pronto estuve convencida de cuán infinitamente justo y amoroso era Dios y también estuve convencida de que si me hubiese sido posible hacer por mí misma alguna cosa, lo hubiese hecho indeciblemente mal en todos los casos.

12. Cómo rezaba con su hermano.

Cuando era muy pequeña, mi hermano mayor dormía en la misma pieza. Era piadoso y muy a menudo rezábamos junto a nuestros lechos, por la noche, con los brazos abiertos. Yo veía frecuentemente a la cámara iluminarse. Cuando había rezado largo tiempo, me sentía como levantada en alto y una voz me decía: "Vete a tu lecho". Mi hermano a veces se asustaba, pero yo continuaba rezando mucho tiempo. También mi hermano era molestado frecuentemente y asustado por el enemigo infernal. Una vez mis padres lo encontraron de rodillas, con los brazos abiertos y aterido de frío.

13. Sentimiento de repulsión ante las tumbas de paganos.

Yo sentía siempre, sin que me hubiese sido narrado antes cosa alguna, repulsión por aquellos lugares que habían sido tumbas de paganos en otros tiempos. Así hay un lugar cerca de nuestra casa, que es una llanura y montecillo de arena, donde de mala gana guardaba las vacas en el pastoreo, porque veía siempre salir de allí un negro y repugnante vapor, como si fuese ocasionado por trastos quemados, que se extendía sobre la tierra sin poder elevarse. Observé a menudo una especial oscuridad y vi figuras oscuras que originaban aquella negrura y vagaban de un lado a otro, bajo tierra, y luego se desvanecían. Pensaba entonces como una niña: "Está muy bien que tengáis sobre la cabeza esta tierra encima, pesada y profunda; así no podéis hacer ningún mal."

Más tarde he visto que cuando en estos lugares se alzan edificios, salía una especie de maldición de aquellos negros huesos de los muertos, si los habitantes de esas casas no eran personas piadosas y no estuvieran por la fe ligados y hechos partícipes de las bendiciones de la Iglesia, y si con este medio no ahuyentaban el mal influjo que nacía de aquellos huesos malditos. Cuando por lo contrario querían los moradores alejar el mal por medios no eclesiásticos o por medios supersticiosos, entonces, sin sospecharlo siquiera, venían a ponerse en relación con las potencias infernales, y el maligno espíritu adquiría aún mayor influjo sobre ellos.

Me es sumamente difícil hacer comprender estas cosas a los demás, porque veo todas estas cosas delante de mis ojos, pero los otros se las deben imaginar pensando y reflexionando. Me parece también más difícil comprender cómo para tantos todo se confunde y se hace indiferente, lo sagrado y lo no sagrado, el creyente y el incrédulo, lo redimido y lo no redimido, y cómo todos ellos no ven en las cosas sino la apariencia externa, es decir, el color, si se puede comer o no comer, sacar ganancia o no, o cosas semejantes. Yo veo y siento todas estas cosas de muy distinta manera. Todo lo santo y bendecido lo veo luminoso, multiplicándose, reflejando luz y difundiendo salud y ayuda; al contrario, todo lo profano, todo lo maldecido, lo veo siempre oscuro, difundiendo tinieblas y ocasionando perdición. Veo la luz y las tinieblas saliendo, según su naturaleza, del bien o del mal, obrar con mucha vivacidad en sentido de luz o de tinieblas. Es en esta forma como todo me es mostrado.

14. La dirección que da Dios a los hombres.

No puedo decir de qué modo las visiones en estos cuadros se juntaban, según su significación, con mis ocupaciones externas, pero es cierto que yo hacía una cosa o evitaba otra sin descuidar nada de lo que me era impuesto y debía hacer en la vida externa. Esto lo he entendido muy distintamente, aunque yo no tenía a nadie que pudiese comprender mis declaraciones a este propósito. Pienso que esto mismo sucede a toda persona que desde la juventud trabaja con celo para llegar a su fin, que es la felicidad eterna. Esta dirección que Dios le concede es para esa persona invisible. Otros, en cambio, que son iluminados de lo alto, pueden ver esta dirección durante todo su curso, como yo misma la he visto en mí misma y en otras personas. También aquella persona que no descubre esa dirección obrará según ella y recogerá todas las bendiciones, siempre que siga los impulsos, insinuaciones y amonestaciones que Dios le hace llegar por medio del Angel Custodio o de la plegaria, del confesor, de los superiores, del sacerdocio, de la Iglesia o por medio de los acontecimientos y de las disposiciones diarias.

La vida ordinaria, donde quiera que yo mirase, no hacía más que mostrarme la imposibilidad de que yo pudiese entrar en un convento; las visiones, en cambio, siempre, y con seguridad, me conducían, y yo recibía un interno convencimiento de que Dios lo puede todo y que El me conduciría hasta la meta. Esto me daba firme confianza.

15. Su manera de vestir y de adornarse.

Preguntada por el Padre Overberg acerca de su modo de vestir, Ana Catalina respondió:

Yo era siempre muy ordenada y limpia en el vestir, no por causa de los hombres, sino por respeto y consideración a Dios. Mi madre a menudo no me vestía siempre como yo deseaba; entonces me iba a mirar en el agua o en el espejo y volvía a ordenar mi vestimenta. El vestirse con orden y limpieza hace bien al alma. Cuando en las oscuras mañanas del invierno iba a tomar la santa Comunión, me vestía con tanto cuidado como en los días serenos, porque esto lo hacía para honrar a Dios y de ninguna manera por el mundo.

16. El "Vía crucis" de Koesfeld.

Una vez fuí con una amiga, a las tres de la mañana, a recorrer el *Vía crucis* de Koesfeld. Teníamos que pasar los muros

ruinosos de la ciudad. Cuando al volver rezábamos delante de la iglesia, vi la cruz, con todos sus ex-votos y dones que pendían de ella. salir de la iglesia y venir hacia nosotras. La he visto clara y distintamente. Mi compañera no la vió, pero oyó el rumor de todas aquellas cosas que pendían de la cruz. Muchas veces solía ponerme detrás del altar mayor y rezar delante de la cruz milagrosa; allí me sucedió a menudo que el Salvador crucificado se inclinaba hacia mí. Yo experimentaba entonces una sensación maravillosamente extraña.

17. Compasión por los enfermos y los pecadores.

Desde niña oraba yo menos por mí misma que por los demás para que no cometieran pecado y no se perdiera ningún alma. Todo se lo pedía a Dios y cuanto más Dios me concedía, más le pedía y nunca me cansaba de pedirle. Era yo muy atrevida en su presencia, pues estaba persuadida de que siendo Señor de todas las cosas, mira con buenos ojos que le pidamos con recta intención.

Siendo niña, todavía muy pequeña, tenía que vendar las heridas a los vecinos, porque yo lo hacía más suavemente y con más cuidado. Cuando veía alguna llaga, decía para mí: "Si la oprimo, dolerá mucho; pero debe salir". Y tuve la idea de chupar las llagas, y se curaban. Nadie me ha enseñado esto; me lo sugirió el deseo que tenía de que se curasen. En el primer momento sentía asco; pero este mismo asco me movió a vencerlo, porque es falsa compasión. Cuando vencía pronto el asco, experimentaba viva alegría; acordábame entonces de Nuestro Señor Jesucristo, que así obró por la salud de todos.

El médico del monasterio, que era un tanto recio de carácter, había increpado duramente a una pobre señora que tenía un dedo inflamado, muy maltrecho y aún el brazo ya negro por haber descuidado el mal de su dedo. Le había dicho hasta que debía cortarle ese dedo. Muy espantada vino la pobre señora a lamentarse conmigo y a contarme el caso, implorando ayuda. Rogué por ella y al momento me vino al pensamiento el modo de curarla. Se lo conté a la Reverenda Madre y ella me permitió curar el dedo de esa señora en la estancia del abate Lambert. Tomé de la planta savia, mirra y yerba Santa María *(balsamita suaveolens)* y las hice cocer en agua con un poco de vino; luego añadí agua bendita e hice un emplasto en torno del brazo de la enferma. Dios debe habérmelo inspirado, porque al día siguiente el brazo estaba deshinchado, y el dedo, que estaba

aún muy malo, lo hice meter en una lejía caliente con óleo; poco después se abrió y extraje de él una gruesa espina. Muy pronto aquella mujer se encontró perfectamente sana.

Yo no puedo tener compasión por una persona que sufre pacientemente, como por un niño que padece con paciencia, porque el padecer con paciencia es el estado más increíble para este cuerpo revestido de pecados. Raras veces nuestra compasión es del todo pura: muchas veces se mezcla repugnancia propia hacia el dolor y un cierto afeminado temor de la turbación que sentimos en nuestro bienestar al ver los padecimientos ajenos. La sola compasión pura fué la de Nuestro Señor hacia los hombres: ninguna compasión humana puede ser pura, si no está en estrecha unión con la compasión del Señor. Tengo sólo compasión hacia los pecadores, hacia los ciegos de espíritu, hacia los entregados a la desesperación. Y ¡ay! hacia mí misma tengo con frecuencia demasiada compasión.

Una campesina estaba sujeta a graves penas y a peligro de muerte en cada parto. Ella me quería mucho y se desahogaba con frecuencia conmigo a causa de sus miserias, y yo rogaba de corazón por ella. Mientras yo estaba en oración, recibí un trozo de pergamino en el cual había algo escrito. Tuve también el aviso de que esa pobre mujer llevase sobre el cuerpo aquel fragmento de pergamino. Ella lo usó como yo le había indicado y desde entonces tuvo partos felices. Cuando años más tarde murió, según la costumbre de nuestros países, llevó consigo a la tumba aquel pergamino.

18. Pide al Señor un director espiritual.

Yo clamaba a menudo al Señor que se dignase mandarme un sacerdote con el cual pudiera abrir enteramente mi corazón. No pocas veces me encontraba en la mayor angustia, temiendo que cuanto pasaba por mí fuera obra del maligno. Caí en las dudas y por temor de ilusiones rechazaba todo lo que tenía ante los ojos, lo que sufría, todo aquello de que vivía y que, por otra parte, me servía de consolación y fuerza. Es verdad que el abate Lambert trataba de tranquilizarme; pero como yo me encontraba fuera de toda posibilidad de mostrarle con claridad los acontecimientos de mi modo de vivir, y él conocía poco el alemán, mis angustias se repetían frecuentemente.

Todo lo que me sucedía y me era confiado a mí, pobre campesina ignorante, me era incomprensible, aunque, por haberlo recibido desde la infancia, no debía parecerme extraño ni ma-

ravillarme. Durante los últimos cuatro años de claustro yo vivía en una visión continua y me sucedían de continuo cosas semejantes. Viviendo en este estado, no podía comunicarlas a otras personas, las cuales, no habiendo probado ni imaginado cosas semejantes, las tenían sencillamente por imposibles. En este interno abandono en que me encontraba, rogué al Señor una vez en la iglesia solitaria, y he aquí que entendí clara y distintamente estas palabras, que me llenaron de profunda emoción: "¿No soy Yo, acaso, suficiente para ti?"

19. Da cuenta del carácter de sus éxtasis.

Cuando se me hizo imposible esconder mis sufrimientos y caía en éxtasis delante de las demás hermanas, me encontré una vez en el coro y sin participar en el canto común, me puse como rígida y petrificada, de modo que caí al suelo. Las hermanas acudieron y me transportaron, mientras yo veía una monja vagar por los techos de la iglesia hasta el más alto caballete donde no era posible llegar. Después me fué dicho que esa monja era Santa Magdalena de Pazzi, que en vida tenía los estigmas del Señor. Otra vez la vi correr por la cornisa del coro; otra, subir sobre el altar y aferrar la mano del sacerdote. De todas estas manifestaciones peligrosas fuí enseñada sobre mi propio estado y me puse atenta para no caer en estas mismas cosas cuanto fuera posible. Al principio mis hermanas, que nada comprendían de esto, me reprochaban que yo me echase a veces en la iglesia de boca al suelo con los brazos abiertos.

Esto me pasaba sin que yo lo pudiese impedir. Por eso yo buscaba siempre lugares escondidos donde no pudiese ser fácilmente observada. Pero unas veces en un lugar, otras veces en otro, yo era arrebatada en éxtasis, quedaba inmóvil y postrada en el suelo o de rodillas, con los brazos abiertos, y en tal posición me encontraba el sacerdote del monasterio.

Tenía muchos deseos de ver a Santa Teresa, porque había oído decir que ella había sufrido muchas angustias por causa de sus confesores. Y la he visto muchas veces débil y enferma escribiendo sobre una mesita o postrada en su lecho. Me parece que existe una íntima manifestación de que Magdalena de Pazzi había sido muy acepta a Dios por causa de su ardiente amor y simplicidad.

En mis ocupaciones de sacristana me sentía muchas veces arrebatada de improviso y subía, caminaba y vagaba por los lugares altos de la iglesia, sobre las ventanas, sobre los ador-

nos, sobre las cornisas. A lugares donde parecía imposible llegar humanamente, yo llegaba para limpiar y para adornar. Me sentía elevada, sostenida en el aire, sin espantarme por ello, porque desde la infancia estaba acostumbrada a probar la ayuda de mi Angel Custodio. Muchas veces, volviendo del éxtasis, me encontraba sentada sobre un armario donde conservaba los objetos de la sacristía; otras veces volvía en mí en un ángulo, detrás del altar, donde no podía ser vista ni del que pasara delante. No puedo pensar cómo podía llegar hasta allí sin desgarrarme los vestidos, ya que era difícil el acceso. A menudo, al volver en mí misma, me encontraba sentada sobre los caballetes principales del techo. Esto me sucedía generalmente cuando me escondía para llorar. He visto a Magdalena de Pazzi vagar de este modo de un lado a otro y de modo extraño correr por los tirantes, sobre caballetes y aún sobre los altares.

El Padre Overberg preguntó a Ana Catalina cómo distinguía el éxtasis de los desmayos de debilidad, y ella contestó:

En los desvanecimientos por debilidad me siento mal y sufro tan fuertemente en el cuerpo que me parece estar a punto de morir. En los éxtasis no siento nada corporal: a veces estoy alegre, a veces melancólica. Me alegro de la gran misericordia de Dios hacia los pecadores, que Él busca para retraerlos del mal y a los que tan amorosamente recibe.

La tristeza la siento pensando en los pecados con los cuales es Dios tan horrendamente ofendido. A menudo, durante las meditaciones, me parece ver el cielo y a Dios en el cielo. Cuando me encuentro en amargura, me parece que camino por un sendero tan angosto, apenas ancho como un dedo; a los dos lados veo negros abismos, inmensamente profundos. Sobre mi cabeza todo es bello y verde, y un niño luminoso me da la mano y me guía por aquella vía tan estrecha. Cuando me encontraba en medio de la angustia y la aridez, el Señor me decía: "Te basta mi gracia." Esto me lo decía al oído de un modo sumamente dulce.

20. Varios casos de bilocación.

A menudo, mientras me hallaba ocupada en un trabajo o postrada en el lecho, enferma, me encontraba al mismo tiempo presente en espíritu en medio de mis hermanas, viendo y oyendo lo que ellas hacían o decían; o en la iglesia, delante del Santísimo, cuando en realidad no había dejado mi celda. Cómo sucedía esto, no lo puedo explicar. La primera vez que me ocu-

rrió lo tuve por sueño. Esto me sucedió al tener quince años de edad, demorada fuera de mi casa paterna, mientras me sentía movida a rezar mucho por una joven que necesitaba ser preservada de la seducción. Una vez, en efecto, durante la noche, he visto que esta joven era insidiada. En la angustia que sentía por ella, corrí a su cámara, eché al servidor de la casa y encontré a la joven, que era una criada, en el mayor espanto, el cual se aumentó al verme entrar en su pieza. En realidad, yo no había abandonado mi lecho, y por eso consideré el caso como un sueño. Al día siguiente apareció aquella sirvienta muy tímida y avergonzada delante de mí, sin atreverse a mirarme a la cara. Más tarde, empero, me contó todo el caso, con las acciones de gracias más cordiales. Me dijo que yo había echado al tentador: cómo había yo entrado en su pieza y la había librado de la seducción. Entonces tuve que pensar que lo sucedido había sido muy otra cosa que un simple sueño.

En otras épocas de mi vida me sucedieron frecuentemente casos semejantes. Cierta vez una dama extranjera, a quien jamás había visto con mis ojos corporales, se me acercó, y cuando pudo hablarme a solas, prorrumpió en llanto y me contó, con grande arrepentimiento, su culpa y su conversión. Recién entonces conocí a esta dama y su historia como una de aquellas obras de oración que me imponía Dios desde mucho tiempo atrás.

No sólo fuí mandada en espíritu a tales personas, sino algunas veces corporalmente. En las construcciones anexas al convento habitaban las personas seglares de servicio. Mientras me encontraba tendida en el lecho, gravemente enferma, he visto a dos de esas personas juntas, conversando sobre asuntos piadosos en palabras, mientras en sus corazones se agitaban intenciones perversas. Me levanté en visión y atravesé el convento hasta llegar a la casa anexa para alejar a esas personas, una de otra. Cuando me vieron, huyeron espantadas; pero me dejaron, aún después de aquel momento, mala impresión de lo acontecido. Durante el retorno, volví en mí misma, y me encontré en mitad de la escalera del monasterio; sólo con grande fatiga, a causa de mi debilidad, pude llegar hasta mi celda.

Sucedió también que una hermana pretendió haberme visto en la cocina, junto al fogón, comiendo algo sacado furtivamente de la olla, o comiendo frutas en el jardín. La hermana corrió como un relámpago hasta la superiora para descubrirle lo que llamaba un engaño; pero fuí encontrada en mi celda, gravemente enferma. Estas cosas eran causa de que mi estado fuera des-

agradable a mis hermanas, pues no sabían qué concepto formarse de mí.

21. La oración y la buena voluntad de orar bien.

Me encontraba en la iglesia, precisamente en el lugar donde me solía hincar para rezar. En torno mío todo era claro y luminoso. He visto que dos mujeres hermosamente vestidas estaban hincadas al pie del altar mayor, con la cara vuelta al tabernáculo y me pareció que oraban con mucho recogimiento y piedad. Mientras las miraba rezar con tanta devoción aparecieron dos coronas de oro muy resplandecientes como pendientes de un hilo sobre las cabezas de las dos mujeres. Me acerqué más y vi que una de las coronas se posó sobre la cabeza de una de las mujeres que oraban; la otra corona permaneció suspendida sobre la cabeza de la otra mujer. Finalmente se levantaron ambas y yo les dije que habían orado con mucha devoción. "Sí, replicó una, hace tiempo que no había rezado tan devotamente y con tanto sentimiento como hoy." La otra, empero, sobre la cual se había posado la corona, se lamentó diciendo que hubiera querido haber rezado con recogimiento y piedad, pero que se sintió turbada por toda clase de distracciones cuando quería recogerse; durante todo el tiempo de la oración, dijo, había tenido que luchar contra estas distracciones. Entonces comprendí claramente cómo el buen Dios mira sólo al corazón de los que rezan.

22. Le es mostrada la acción del Angel Custodio.

Debiendo cruzar un puente muy estrecho, miraba con gran temor lo profundo de las aguas que corrían debajo; pero mi Angel Custodio me guió felizmente a través del puente. En la orilla había una trampa armada y en torno de ella saltaba un ratoncillo; de pronto se sintió tentado de morder el bocado que veía y quedó preso en la trampa. "¡Oh desventurada bestiezuela, dije yo, que por un bocado gustoso sacrificas la libertad y la vida!" "He aquí, me dijo mi Angel Custodio, ¿obran los hombres racionalmente cuando por un corto placer ponen en peligro el alma y la salud eterna?"

23. Sufre por sus padres y los sana.

Recuerdo que mi madre estaba en cama con la cara hinchada, muy encendida. Yo me hallaba sola con ella y sentía mucha pena. De rodillas en un rincón oré fervorosamente y

después le até un paño alrededor de la cabeza, y volví a rezar. De pronto sentí un agudo dolor de muelas y se me hinchó la cara. Cuando llegaron los demás de casa, mi madre estaba ya restablecida. Yo mejoré después.

Algunos años después sentí dolores casi insoportables. Mis padres se hallaban gravemente enfermos. Yo estaba junto a su cama, de rodillas, pidiendo a Dios por ellos. Entonces vi mis manos juntas sobre ellos: me sentía movida a ponérselas encima mientras oraba, para que sanaran.

24. Compadece a los judíos.

Mi padre me llevaba algunas veces consigo, siendo yo niña, cuando tenía que ir a Koesfeld a comprar alguna cosa, a la tienda de un judío. Me daba tanta lástima ver a este desdichado, que yo lloraba con frecuencia amargamente porque los de su raza tienen tan duro el corazón y no quieren hallar la salud. ¡Cuán dignos son de compasión! Los actuales judíos no proceden de aquellos que antiguamente fueron santos, sino de ascendientes corrompidos y farisaicos. Siempre estuve profundamente convencida de la miseria y ceguedad de los judíos; sin embargo, a menudo hallé que se puede hablar muy bien con ellos de Dios. ¡Pobres judíos!... Poseyeron un día el germen de la salud; pero no conocieron los frutos; antes bien, los rechazaron. ¡Y ahora ni siquiera lo buscan! (*).

25. Ve la muerte de Luis XVI.

Ana Catalina estuvo presente en espíritu en numerosas ejecuciones, prestando consuelo a los moribundos. Al contemplar al rey Luis XVI, exclamó:

Cuando vi a este rey y a otros muchos padecer la muerte con tanta resignación, no pude menos de decir: "¡Ah! ¡qué dicha la suya, verse libre muy pronto de tan cruel tortura!". Pero si refería estas cosas a mis padres, no me creían y me tenían por loca.

Muchas veces lloraba yo y oraba de rodillas pidiendo a Dios que se dignara salvar a aquéllos a quienes veía en peligro. He visto y experimentado que por la oración confiada se conjuran peligros inminentes y aun remotos.

(*) Ana Catalina obró varias conversiones de hebreos. Véase la conversión del rabino de Maestricht, en el capítulo XV, y la extensa historia de Judit, en el capítulo XXII.

26. Recibe las participaciones de las almas.

Siendo todavía niña fuí conducida por una persona, a la cual no conocía, a un lugar que me pareció el Purgatorio. Vi muchas almas allí que sufrían vivos dolores y que me suplicaban que rogara por ellas. Parecíame haber sido conducida a un profundo abismo donde había un amplio espacio que me causó impresión de espanto y conmoción. Vi allí a hombres muy silenciosos y muy tristes, en cuyo rostro se conocía, a pesar de todo, que en su corazón se alegraban, como si pensaran en la misericordia de Dios. Fuego no vi ninguno; pero conocí que aquellas pobres almas padecían interiormente grandes penas.

Cuando oraba con gran fervor por las benditas almas, oía muchas veces voces que me decían al oído: "¡Gracias, gracias!" Una vez había perdido, yendo a la iglesia, una pequeña medalla que mi madre me había dado, lo cual me causó mucha pena. Tuve por pecado no haber mirado mejor por aquel objeto y con esto me olvidé de rezar aquella tarde por las benditas almas que más amaban a Dios. Pero cuando fuí al cobertizo por leña, se me apareció una figura blanca, con manchas negras, que me dijo: "¿Te olvidas de mí?" Tuve mucho miedo y al punto hice la oración que había olvidado. La medalla la encontré al día siguiente bajo la nieve, cuando fuí a hacer oración.

Siendo mayor iba a misa temprano a Koesfeld. Para orar mejor por las ánimas benditas tomaba un camino solitario. Si todavía no había amanecido, las veía de dos en dos oscilar delante de mí como brillantes perlas en medio de pálida llama. El camino se me hacía muy claro y yo me alegraba de que las almas estuvieran en torno mío, porque las conocía y las amaba mucho. También por la noche venían a mí y me pedían alivio.

El modo como se reciben las participaciones de los espíritus, es difícil de explicar. Todo lo que se recibe es extremadamente breve. Entiendo más en este caso de una sola palabra, que comúnmente de treinta. Se entiende el pensamiento de aquél que habla, pero no se ve con los ojos y todo esto es, sin embargo, más claro y distinto de lo que puedo decir. Esto se recibe con una sensación de gozo, como quien en un día de caluroso verano recibiera una brisa fresca. No se puede expresar mejor con palabras.

Todo lo que aquella pobre alma me dijo era muy breve, como sucede en todas las comunicaciones de esta índole; con todo esto, la inteligencia de las comunicaciones de las almas del Purgatorio es de mayor dificultad; sus voces tienen algo de so-

focado y de ronco, como si pasasen por medio de un instrumento, que rompe la armonía del tono, o como si uno hablase desde lo profundo de un pozo o del fondo de un tonel. Asimismo el sentido de sus palabras es más difícil de entender y debo poner más atención a estas voces que cuando me habla mi guía o el Señor o un santo. En estos últimos casos parece que las palabras surgiesen y penetrasen en nuestro interior como un límpido torrente aéreo y en seguida se sabe y comprende cuánto dicen. Una sola palabra expresa más el interés del alma que un discurso entero que se pronuncia comúnmente hablando.

27. Ve los diversos misterios de la fe.

Teniendo yo de cinco a seis años, y considerando el primer artículo de la fe católica: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra", se representaba en mi alma toda suerte de imágenes de la creación del cielo y de la tierra. Veía la caída de los ángeles, la creación de la tierra, del paraíso terrenal y de Adán y Eva y su pecado. Creía yo que todos veían estas cosas lo mismo, y hablaba de ellas sin reparo a mis padres, a mis hermanos y a otros niños... hasta que noté que se burlaban de mí y me preguntaban si tenía yo algún libro en que estuvieran escritas. Entonces empecé a guardar silencio, creyendo que no convenía hablar de ellas; pero no pensé especialmente sobre esto (*).

Estas visiones se me representaban ya de noche, ya de día, en el campo, en casa, andando, trabajando y en cualquier otra ocupación. Una vez, estando en la escuela, hablé inocentemente de la resurrección de distinto modo del que nos habían enseñado, con seguridad, y creyendo sinceramente que los demás sabían lo mismo que yo, sin sospechar que el conocimiento que yo tenía fuese un privilegio personal. Los demás niños se admiraron y se burlaron de mí y el maestro me amonestó severamente para que no me imaginara tales cosas. Pero yo seguía en silencio con estas visiones, como un niño que contempla una estampa y se la explica a su manera, sin preguntar qué significa esto o aquello. Porque así como veía en las estampas de la historia sagrada representarse el mismo objeto ya de una manera ya de otra, sin que esta diversidad causara mudanza alguna en mi fe, así pensaba yo que las visiones que tenía, eran mi

(*) Véase el capítulo VI, donde se hallan las visiones de la Navidad.

libro de estampas y las contemplaba en paz y siempre con esta intención: todo para mayor gloria de Dios.

Tratándose de cosas espirituales nunca he creído sino lo que Dios ha revelado y propone a nuestra fe, mediante la Iglesia Católica, haya sido o no escrito. Pero nunca he creído lo que he visto en visiones con la misma fuerza que lo que propone la Iglesia creer.

Contemplaba las visiones, así como en diferentes lugares miraba devotamente los pesebres del Niño Jesús, considerándolos piadosamente, sin sentirme turbada por la diversidad que advertía en unos y otros: en cada uno de los pesebres adoraba al mismo Niño Jesús. Lo mismo me sucedía en las visiones de la creación del cielo y de la tierra.

De los Evangelios y del Antiguo Testamento nunca he retenido precisamente cosa alguna, pues todo lo he visto, durante toda mi vida, todos los años, con claridad y puntualmente, con las mismas circunstancias, aunque a veces variando la escena. Frecuentemente ocupaba yo el mismo lugar y posición que los demás espectadores y estaba presente tomando parte en los hechos y variando de lugar; pero no siempre estaba en la misma posición, pues muchas veces me hallaba levantada sobre la escena y la miraba desde arriba.

Otras cosas, especialmente en lo que tenían de misterioso, las veía yo interior e intuitivamente y algunas veces las veía en imágenes, fuera de la respectiva escena. Siempre veía yo a través de los objetos, de suerte que ninguno me impedía ver lo que había detrás de él, sin confusión alguna.

Cuando era niña, antes de entrar en el convento, tenía muchas visiones relativas al Antiguo Testamento; pero después se hicieron más raras cada vez y más frecuentes las que se referían a la vida del Señor. Conozco la vida de Jesús y de María desde su más tierna infancia; y he considerado a la Santísima Virgen muchas veces en su niñez y lo que hacía cuando estaba sola en su habitación y sé también los vestidos que usaba. En tiempos de Jesucristo veía yo a los hombres mucho más malos y depravados que ahora; pero, en cambio, había otros mucho más piadosos y sencillos, que se diferenciaban de aquéllos como el tigre del cordero. Ahora reina por doquiera la tibieza y la indiferencia. Entonces la persecución de los justos consistía en ejecuciones y suplicios; ahora en burlas, desprecios, sátiras, tentaciones prolongadas y esfuerzos para corromperlos. El martirio es ahora un suplicio perpetuo.

28. Absorta en Dios.

En mi niñez yo estaba siempre absorta en Dios. Todas las cosas las hacía con interior desasimiento de ellas y siempre estaba en contemplación. Aunque fuera con mis padres al campo a trabajar, nunca permanecía en la tierra. Aquí todo era como un sueño oscuro y confuso; pero lo otro era claridad y verdad celestial.

Representémonos el cielo y la tierra y hagamos todas las cosas en nombre de Jesús, acordándonos siempre que el Niño Jesús está entre nosotros. No hagamos nunca cosa mala. Cuando podamos impedir el mal, impidámoslo; donde veamos lazos y piedras puestas por los muchachos para atrapar liebres y aves, quitémoslos para que no logren su intento ruín. Demos principio poco a poco a un mundo enferamente diferente de éste, para que la tierra se convierta en cielo.

29. Acompaña a Jesús y a María en sus viajes.

Desde mi infancia he acompañado paso a paso, durante todo el Adviento, a Jesús y María en su viaje desde Nazaret a Belén y todos los años hasta ahora los he acompañado de la misma manera. La solicitud que yo tenía cuando niña por la Madre de Dios, durante sus viajes, era tan grande y sentía con ella las penalidades del camino tan real y vivamente como cualquier otro suceso exterior que me hubiese ocurrido en mi juventud. Verdaderamente esto me llegaba hasta el alma, más que otras cosas y en esto tomaba mucho más parte que en todo lo que pudiera sucederme, pues María era para mí la Madre de mi Dios y Señor y en su seno llevaba mi salud. Todo lo que se celebra en las festividades de la Iglesia era para mí, no ya un recuerdo o motivo de atenta consideración, sino mucho más, pues mi alma era movida y como impulsada a celebrarlas cual si sus misterios sucediesen y los sucesos se verificasen en mi presencia. Yo lo veía y lo sentía todo como si realmente sucediera delante de mí.

30. Amante de las plantas y animales.

Nunca he podido admirarme de que Juan (el Bautista) aprendiese tanto de las flores y de los animales en el desierto, pues siendo yo niña, todas las hojas y florecillas eran para mí como un libro en el cual sabía leer. Conocía la significación y belleza de sus colores y sus formas; pero si hubiese hablado de

esto se habrían reído de mí. Cuando salía al campo, solía conversar con todas las criaturas, pues Dios me había dado conocimiento de todo esto y yo me elevaba a la vista de las flores y de los animalillos. ¡Qué suave era todo eso!

Aun era yo muy joven cuando me dió una fiebre, mas no guardaba cama. Mis padres creían que yo moriría pronto. Entonces se llegó a mí un hermoso niño y me mostró unas hierbas que yo debía elegir y comer, para ponerme buena. Todavía conozco estas plantas. Entre ellas había enredaderas. Comí de las hierbas y, sentándome, chupé del jugo de las campanillas de las enredaderas, y luego me sané. La planta de la manzanilla me gustaba de un modo especial. No sé qué de suave y misterioso tiene para mí este nombre. La buscaba siendo todavía muy niña y la tenía preparada para los pobres enfermos que me buscaban y me mostraban sus llagas o alguna herida, preguntándome qué me parecía. Entonces se me ocurrían multitud de inocentes remedios, con los cuales recobraban la salud.

31. El sonido de las campanas y su eficacia.

Cuando era niña percibía yo, como si fueran rayos de bendición, los sonidos de las campanas benditas, las cuales tan pronto como eran tañidas, quitaban el mal causado por el enemigo del género humano. Creo ciertamente que las campanas benditas ahuyentan a Satanás. Cuando en mi juventud oraba yo en el campo durante la noche, veía a los demonios muchas veces en torno de mí; pero tan pronto como las campanas de Koesfeld tocaban a maitines, advertía que huían. Siempre creí que mientras la lengua de los sacerdotes resonara tan lejos, como en los primeros tiempos de la Iglesia, no habría necesidad de las campanas; pero ahora es necesario que llamen las lenguas de bronce. Todas las cosas deben servir a Dios nuestro Señor, contribuyendo a la salud y asegurándola contra el enemigo de las almas.

Jesús ha otorgado su bendición a los sacerdotes para que esta bendición llegue a todas las cosas, penetrando y obrando en ellas de cerca y de lejos para su servicio. Allí donde el espíritu se ha apartado de los sacerdotes y las campanas son las únicas que derraman bendiciones y ahuyentan a las potestades infernales, sucede como en el árbol cuya copa florece: que recibe aún la savia por la corteza, a pesar de que el interior está muerto.

El sonido de las campanas benditas es para mí el más santo, más alegre, más vigoroso y suave que todos los demás soni-

dos, los cuales me parecen turbios y confusos en comparación con aquél. Ni siquiera el sonido del órgano de la iglesia puede compararse con el de las campanas benditas.

Nunca he conocido diferencia alguna en el lenguaje de las ceremonias sagradas, porque siempre he entendido no sólo las palabras sino las cosas mismas. Cuando niña, el Evangelio de San Juan era para mí como luz y fortaleza, como bandera. En todas las necesidades y peligros decía yo con firme confianza: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". Nunca pude comprender, aunque después lo oí de labios de sacerdotes, que esto no pueda entenderse.

32. Lugares infestados por demonios.

No lejos de nuestra casa hay un lugar completamente estéril en medio de otras tierras que producen frutos (*). Cuando siendo niña pasaba por aquel lugar, siempre sentía espanto y me parecía que era lanzada de allí; varias veces caí al suelo sin saber como había sucedido. Veía como dos sombras negras que andaban vagando y que los caballos solían espantarse cuando se acercaban. Habiendo experimentado muchas veces cuan temeroso era aquel lugar, pregunté la causa y me respondieron las gentes que habían visto allí cosas extrañas. Esto no era conforme a la verdad. Más tarde me dijo mi padre que durante la guerra de los siete años había sido fusilado allí un soldado de Hanóver, que era inocente, el cual había padecido por culpa de otros dos. Cuando oí esto, ya había yo recibido la primera comunión.

Durante la noche hice oración con los brazos en cruz en el referido sitio. La primera vez esto me costó gran violencia; la segunda, vino una figura como la de un perro que puso su cabeza sobre mi espalda. Yo le miré y ví sus ojos encendidos y su hocico. Temí, pero no me desconcerté, sino que dije: "¡Oh Señor, Tú que hiciste oración en el Huerto de los Olivos en medio de las mayores angustias, Tú estás conmigo. El demonio nada puede contra mí". Comencé, pues, a orar de nuevo y el enemigo se alejó.

Cuando volví a orar en aquel paraje, fuí arrebatada y como lanzada a una cueva que había allí cerca. Pero tuve firme confianza en Dios y dije: "¡Nada puedes contra mí, Satanás!" y el demonio huyó. Seguí orando fervorosamente, y desde entonces no he vuelto a ver las sombras y todo ha quedado tranquilo.

(*) "Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre anda vagando por lugares áridos"... (*Mateo.* 12-43).

33. Defectos naturales.

En mi juventud era bastante vehemente y caprichosa, por lo cual mis padres me castigaban con frecuencia. El mortificar mi propio juicio me costaba mucho trabajo. Como mis padres me reprendían tantas veces y nunca me alababan, y, por otra parte, yo oía a otros padres alabar a sus hijos, me tenía por la hija más desgraciada del mundo y me entristecía pensando si acaso sería mala en la presencia de Dios. Pero cuando veía que otros niños disgustaban a sus padres, me afligía; mas luego cobraba ánimo considerando que podía confiar en Dios, pues eso no era yo capaz de hacerlo.

34. Los templarios.

En mi niñez, cuando veía por primera vez que los soldados atravesaban nuestro país, creía siempre que vendrían de aquéllos que yo había visto en espíritu. Es por eso que los buscaba sin cesar, si no veía entre los soldados que había también religiosos. Llevaban vestidos blancos con varias cruces y un cinturón del cual pendía una espada. Los ví habitar lejos, entre los turcos; tenían prácticas secretas a la manera de los masones y, como éstos, hicieron perecer a muchas personas. Me asombraba no ver jamás soldados como ellos entre las tropas que pasaban; pero después supe que no existían más, desde hacía tiempo y que eran los caballeros templarios.

35. Las lecciones de su madre.

Las primeras lecciones de catecismo las aprendí de mi madre. Su dicho favorito era: "Señor, hágase tu voluntad y no la mía", y éste: "Señor, dame paciencia y aflígeme después". Estas palabras siempre las he conservado en mi memoria.

Cuando jugaba con otros niños, decía mi madre: "Siempre que los niños juegan con modestia unos con otros, los ángeles o el Niño Jesús están con ellos". Esto lo creía yo al pie de la letra y no me causaba admiración; así que miraba con frecuencia al cielo para ver si venían pronto y otras veces creía que estaban con nosotros. Para que no se fuesen de nuestro lado, siempre jugábamos juegos moderados y edificantes.

Cuando tenía yo que ir a la iglesia en compañía de otros niños, iba delante o detrás de todos, para no oír ni ver durante el camino ninguna cosa mala. Mi madre me había recomendado esto y exhortado a que, entretanto, rezara unas u otras oraciones. Cuando me hacía la señal de la cruz en la frente, en la boca y en

el pecho, decía yo interiormente: "Estas cruces son las llaves para que no entre ninguna cosa mala en el pensamiento, ni en la boca, ni en el corazón. Sólo el Niño Jesús debe tener la llave; y si sólo Él la tiene, todo irá bien".

36. La conducta de su padre.

Mi padre era sumamente recto y piadoso, de carácter severo y franco al mismo tiempo. La pobreza le hacía afanarse y trabajar mucho; pero no se inquietaba de cómo mantener a su familia, pues todas las cosas las ponía con filial confianza en las manos de Dios y hacía su dura labor como un criado fiel, sin angustia y sin codicia.

Una vez nos refirió que había un hombre muy grande llamado Hün que iba por el aire. Yo soñaba que veía por encima de la tierra a ese hombre, el cual con una pala arrojaba tierra buena en unas partes y tierra mala en otras. Como mi padre trabajaba mucho, me acostumbró desde niña al trabajo. En invierno y en verano al despuntar el día yo salía al campo a buscar el caballo. Era una mala bestia que daba coces y mordía y muchas veces huía de mi mismo padre; pero se dejaba sujetar en seguida por mí y aún venía corriendo a mi encuentro. A veces daba yo un salto desde una piedra u otro lugar elevado para subir sobre él y así me llevaba a casa. Solía entonces volver la cabeza para morderme; pero yo lo castigaba y ya no era menester más. También debía conducir con él frutos y estiércol. Ahora no acierto a comprender cómo, siendo yo a la sazón tan débil niña, podía manejarlo.

Mi padre me llevaba muchas veces consigo al campo muy de mañana. Cuando salía el sol se quitaba el sombrero y rezaba y hablaba de Dios, que hace salir el sol tan hermoso sobre nosotros. También solía decir que es muy funesto y censurable permanecer en la cama dejando que salga el sol y nos halle durmiendo; pues de aquí proviene que las casas, los campos y las personas perezcan. Una vez le dije: "A mi no me puede suceder esto, pues el sol no da en mi cama". Mi padre repuso: "Aunque tú no veas el sol cuando sale, él ve todas las cosas y brilla sobre todas ellas". Yo meditaba estas palabras.

Cuando salíamos juntos, antes de amanecer, me decía mi padre: "Mira, todavía no ha pasado ningún hombre por aquí; nosotros somos los primeros. Si tú rezas con devoción, bendeciremos el país y los campos. Es muy hermoso salir cuando todavía nadie ha pisado el rocío; aún está en el campo la bendición

de Dios; porque aún no se ha cometido en él ningún pecado, ni se ha dicho en él ninguna palabra mala. Cuando uno sale al campo y encuentra hollado el rocío, no parece sino que lo ve todo manchado y corrompido".

Aunque yo era muy pequeña y débil, trabajaba con mis padres o con mis parientes en las rudas faenas del campo. Siempre acertaba a tomar parte en los trabajos más penosos. Recuerdo que una vez puse en el carro, sin descansar, unos veinte haces de mies más pronto de lo que el trabajador más robusto pudiera haberlo hecho. También trabajaba mucho segando y atando las mieses.

Debía salir al campo con mi padre y llevar caballo, conducir la rastra y hacer todo género de faenas. Cuando dábamos alguna vuelta o nos parábamos, decía: "¡Qué hermoso es esto! Mira, de aquí podemos divisar la iglesia de Koesfeld y contemplar al Santísimo Sacramento y adorar a Nuestro Señor y Nuestro Dios. Desde allí nos está viendo y bendiciendo nuestro trabajo". Cuando tocaban a misa, se quitaba el sombrero y hacía oración, diciendo: "¡Oigamos ahora misa!" Mientras trabajaba, decía: "Ahora está el sacerdote en el *Gloria;* ahora llega al *Sanctus*; y ahora debemos pedir con él esto o aquello y recibir la bendición". Después cantaba o repetía alguna tonada.

Cuando yo levantaba las mieses, decía: "Se espantan las gentes al oír la palabra milagro, y he aquí que vivimos de puro milagro y gracia de Dios. Mira el grano en la tierra: ahí está y de él sale un tallo que produce ciento por uno. ¿No es éste un gran milagro?" El domingo, después de comer, nos refería el sermón y lo explicaba de un modo muy edificante. También nos leía la explicación del Evangelio.

37. Ve a sus antepasados.

He visto el cuadro de mi vida antes de mi nacimiento es decir, la de mis antepasados, no como árbol genealógico, sino como una cosa que se dilataba sobre la tierra en toda clase de lugares y condiciones. He visto salir rayos de uno al otro y luego reunirse en nudos y derramarse en mil maneras de uno al otro He visto muchísimas personas piadosas entre ellos y personas de importancia y otras pobrísimas. He visto también una rama entera de mi familia establecerse en una isla. Eran gente rica, que poseía grandes barcos, pero ignoro dónde estuviesen. Vi en este cuadro muchísimas cosas y saqué mucha enseñanza en cuanto a transmitir el todo siempre puro a nuestros suce-

sores y de conservar puro o de purificar en nosotros aquello que nos viene de nuestros antepasados. Esto lo reconocí tanto en sucesión y descendencia carnal, como espiritual. He visto también a los progenitores de mi padre; su madre era una Rensing, hija de un rico comerciante. Era avara y en la guerra de los siete años sepultó su dinero cerca de nuestra casa. Conozco más o menos el lugar. Sé también que mucho tiempo después de mi muerte, cuando otra familia poseerá la casa, ese dinero será encontrado. Esto lo sabía yo ya desde niña.

38. Trato familiar con el Angel de la Guarda.

El Angel me llama y me guía, ya a un lugar, ya a otro. Con frecuencia voy en su compañía (*). Me conduce adonde hay personas a quienes no conozco o he visto alguna vez, y otras veces adonde hay otras a quienes no conozco. Me lleva sobre el mar con la rapidez del pensamiento y entonces voy muy lejos, muy lejos. El fué quien me llevó a la prisión donde estaba la reina de Francia. Cuando se acerca a mi para acompañarme a alguna parte, las más de las veces veo un resplandor y después surge de repente su figura de la oscuridad de la noche, como un fuego artificial que súbitamente se enciende.

Mientras viajamos, es de noche por encima de nosotros; pero en la tierra hay vislumbres. Vamos desde aquí, a través de comarcas conocidas, a otras cada vez más lejanas, y creo haber recorrido distancias extraordinarias; ya vamos sobre calles o caminos rectos, ya torcemos por campos, montañas o ríos y mares. Tengo que recorrer a pie todos los caminos y trepar muchas veces escarpadas montañas; las rodillas me flaquean doloridas y los pies me arden, pues siempre voy descalza. Mi guía vuela, unas veces delante de mí y otras a mi lado, siempre muy silencioso y reposado. Acompaña sus breves respuestas con movimientos de mano o con inclinaciones de cabeza. Es brillante y transparente, a veces severo, a veces amable. Sus cabellos son lisos, sueltos y despiden reflejos; lleva la cabeza descubierta y viste un largo traje, resplandeciente como el oro. Hablo confiadamente con él; pero nunca puedo verle el rostro, pues estoy muy humillada en su presencia.

Él me da instrucciones y yo me avergüenzo de preguntarle muchas cosas, pues me lo impide la alegría celestial que experimento cuando estoy en su compañía. Es siempre muy parco

(*) El trato familiar con el Angel de la Guarda es frecuente en la vida de los santos. Véase el opúsculo *Los Santos Angeles*. Librería Pío IX.

en palabras. Lo veo también cuando estoy despierta. Cuando hago oración por otros y él no está conmigo, le invoco para que vaya con el ángel de aquéllos. Si está conmigo, digo muchas veces: "Ahora me quedaré sola aquí; vete tú allá y consuela a esa gente". Luego lo veo desaparecer. Cuando llegamos al mar y no sé cómo pasar a la orilla opuesta, de repente me veo del otro lado y miro maravillada hacia atrás.

Paso con frecuencia sobre las ciudades. Cada vez que en el oscuro invierno salía ya tarde de la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld e iba a nuestra casa de Flamske, a través de nubes de agua y nieve, y sentía miedo, acudía yo a Dios. Entonces veía oscilar delante de mí el resplandor como llama, que tomaba la forma de mi guía. Al punto se secaba el piso por donde iba; veía con lágrimas lo que estaba en torno mío; dejaba de llover y nevar sobre mí, y llegaba a casa sin mojarme.

Estaba yo con mi guía en el Purgatorio (*) y veía la gran aflicción de aquellas pobres almas, porque no podían valerse a sí mismas y cuán poco las socorren los hombres de nuestro tiempo. Indecible es su necesidad. Comprendiendo esto vine a hallarme separada de mi guía por una montaña y experimenté tan vivo anhelo y afán de volver a su lado, que casi perdí el conocimiento. Le veía a través de la montaña, pero no podía ir hacia él. Entonces me dijo el ángel: "Ese mismo deseo que tú sientes lo sienten esas almas para que se les socorra".

Llevábame muchas veces a las cárceles y cavernas para que hiciera oración. A la vista de aquellos lugares lloraba yo de rodillas y clamaba a Dios con los brazos abiertos hasta que Él se compadecía.

El ángel me exhortaba a ofrecer todas mis privaciones y mortificaciones para las almas benditas, las cuales no pueden valerse por sí mismas y son cruelmente olvidadas y abandonadas por los hombres. Yo enviaba muchas veces a mi ángel custodio al ángel de aquéllos a quienes veía padecer, para que él los moviese a ofrecer sus dolores por las benditas ánimas. Lo que hacemos por ellas, oraciones u otras buenas obras, al punto se convierte en consuelo y alivio para ellas. ¡Se alegran tanto, son tan dichosas con esto y son tan agradecidas! Cuando yo ofrezco por ellas mis trabajos, ellas ruegan por mí. Lléname de espanto el horrible abandono y el desperdicio que se hace de las gracias de la Iglesia que en tal abundancia son ofrecidas a los

(*) El capítulo XVII contiene la relación de sus frecuentes viajes al Purgatorio.

hombres y que éstos tan poco aprecian, mientras las pobres almas las anhelan y desfallecen a causa del deseo que tienen de ellas.

39. La voz de la obediencia.

Cuando me veo conducida durante una visión o estoy ocupada en alguna obra espiritual que me ha sido impuesta, me siento de repente llamada a este mundo oscuro como por un poder lejano, respetable y santo, al cual no puedo resistir. Oigo la voz "¡Obediencia!", que resuena en mí dolorosamente, es verdad; pero la obediencia es la vida y la raíz de donde procede el árbol de la contemplación.

40. Visión del efecto de la Confirmación.

Nos dirigimos a Koesfeld los que íbamos a ser confirmados. Antes de acercarnos al obispo estaba yo con mis compañeras a la puerta de la iglesia. Tenía un vivo sentimiento de la solemnidad que se estaba celebrando y veía a los que salían de la iglesia transformados interiormente, aunque en diferentes grados, y señalados exteriormente con el carácter indeleble del Sacramento.

Cuando entré en la iglesia, vi al obispo que resplandecía vivamente. Había en torno suyo como un ejército de poderes celestiales. Brillaba el óleo de la unción y de la frente de los confirmados salía luz.

Cuando fuí ungida, sentí un fuego que penetraba por mi frente y me llegaba al corazón y me sentí fortalecida. Después he visto varias veces al obispo, pero apenas lo he conocido.

Desde que fuí confirmada nunca pudo mi corazón dejar de pedir a Dios que castigara en mí todas las culpas que Él me mostrase o que yo misma descubriese.

41. Las asechanzas del demonio.

Siendo niña y aún después, me he visto muchas veces en peligro de perder la vida; pero con el auxilio de Dios siempre he salido bien. Sobre este punto me ha sido dada con frecuencia luz interior, con la cual conocía que tales peligros no nacían de la ciega casualidad. sino que procedían, por permisión de Dios, de las asechanzas del enemigo y surgían en los momentos en que me hallaba descuidada; cuando no estaba en la presencia de Dios o cuando consentía, por imprevisión, en alguna falta.

Por esta razón no he podido creer nunca que pueda darse mera casualidad. Dios es siempre nuestro amparo y auxiliar si

nosotros no nos separamos de Él. Su ángel está siempre a nuestro lado; pero nosotros debemos hacernos dignos de su auxilio con nuestra voluntad y con nuestras obras. Debemos acudir a Él como hijos agradecidos y no separarnos de Él, pues el enemigo de nuestra salvación anda asechándonos y procura de todos modos perdernos.

Tenía yo a la sazón pocos años; mis padres estaban fuera de casa; me hallaba sola. Habíame mandado mi madre que cuidara la casa y no saliera. Vino una mujer anciana y acaso por curioseas o por hacer algo que yo no viera, me dijo: "Ve a mi peral y saca peras; ven pronto, antes que tu madre vuelva". Caí en la tentación; olvidé lo que mi madre me había mandado y corrí al huerto de aquella mujer tan apresuradamente que me dí un golpe en el pecho con un arado que estaba oculto entre pajas y caí al suelo sin sentido. Así me halló mi madre y me hizo volver en mí por medio de un castigo sensible. El dolor del golpe lo sentí durante largo tiempo. Más tarde supe que el demonio se había servido de la mala voluntad de aquella mujer para tentar mi obediencia por medio del apetito desordenado y que habiendo caído en la tentación, puse en peligro mi vida. Esto me hizo ser muy precavida contra la gula y reconocer cuán necesario es al hombre mortificarse y vencerse a sí mismo.

Cierta vez iba yo de noche a la iglesia, cuando se me presentó una figura semejante a un perro. Puse la mano delante y recibí tan fuerte golpe en el rostro que me echó fuera del camino. En la iglesia se me hinchó la cara y las manos se me llenaron de ampollas. Hasta que volví a casa estuve desconocida. Me lavé con agua bendita. Camino de la iglesia había un cerco que era preciso salvar sobre una tabla. Cuando llegué allí una vez muy de mañana, en la fiesta de San Francisco, vi una gran figura negra que intentaba detenerme. Luché con ella hasta que pasé, sin sentir angustias ni temor al enemigo. Siempre me sale al encuentro en el camino y quiere que yo dé un rodeo; pero no lo consigue.

La discordia que reinaba en una familia de Koesfeld me afligía mucho. Rogué por aquellos infelices e hice el *Vía Crucis* el Viernes Santo, en la iglesia, a las nueve de la noche. Aparecióseme el demonio en figura humana, en una calle estrecha, y quiso matarme. Llamé a Dios con todo mi corazón y Satanás huyó. El jefe de aquella familia se portó desde entonces mejor con su mujer.

Yendo yo muy temprano, antes de amanecer, juntamente con una amiga mía, por el campo a hacer oración, en un lugar

por donde debíamos pasar, se nos apareció el demonio en figura de un enorme perro, tan alto como yo, intentando impedirnos el paso. Tan pronto como hice la señal de la cruz, se retiró un tanto, y de nuevo se detuvo. Esta aparición nos retardó un cuarto de hora. Mi amiga estaba tan asustada que se puso detrás de mí, temblando, y se abrazó a mí. Por último me dirigí al demonio diciéndole: "En nombre de Jesucristo, ¡vamos! Somos enviados por Dios y queremos hacer las cosas por Dios. Si tú fueras de Dios, no intentarías impedirnos el paso. Sigue tu camino, que nosotras seguiremos el nuestro". Al oír estas palabras desapareció el monstruo. Mi amiga al ver esto se repuso y dijo: "¿Por qué no le has hablado así desde el principio?" A lo cual respondí: "Tienes razón; no se me había ocurrido antes". Y continuamos tranquilamente nuestro camino.

Un día había yo hecho una oración con mucho fervor delante del Santísimo Sacramento, cuando Satanás se lanzó junto a mí, sobre un reclinatorio, con tanta violencia, que éste crujía con gran ruido. Aunque sentí escalofríos, no logró turbarme. Proseguí mi oración con mayor celo que antes y entonces desapareció.

Capítulo II

SU VOCACION, SUS ESTIGMAS, SUS PRUEBAS

INTRODUCCION

En este capítulo concluyen las manifestaciones de la vidente acerca de su vida misteriosa. A las preguntas de sacerdotes y seglares que la asisten, refiere diversos aspectos de su vocación religiosa y las circunstancias en que se le aparecieron los sagrados estigmas de Jesucristo a semejanza de San Francisco de Asís, cuya estigmatización contempló en una maravillosa visión. Cuenta las pruebas indecibles que debió soportar por causa de las llagas, la lucha contra enemigos visibles e invisibles y otros privilegios sobrenaturales que recibió, todo lo cual lo expresa con simplicidad y profundidad sorprendentes.

Algunos párrafos podían haber pasado a otros capítulos, como asimismo en otros capítulos hay numerosos hechos relacionados con su vida que pudieron haberse incluído aquí; mas debido a la dificultad casi insuperable de deslindarlos por la vinculación que guardan con otras visiones, hemos preferido reunirlos en la forma en que aparecen, que juzgamos la más ordenada posible.

1. Siente vocación por el estado religioso.

Todavía era yo muy niña y ya guardaba las vacas, cosa para mi difícil y penosa. Como sintiera el deseo de dejar la casa y las vacas para servir a Dios a solas, donde nadie me conociera, se me representó en una visión que iba yo a Jerusalén. De repente se llegó a mí una religiosa a la cual después reconocí ser Juana de Valois, la cual motraba mucha gravedad en el porte y tenía consigo un hermoso niño como de mi edad. Comprendí que este niño no era hijo suyo, porque no le llevaba de la mano. Preguntóme qué quería, y como yo le refiriese mi deseo, ella me consoló diciéndome: "No temas; mira este niño, ¿lo quieres por esposo?" Yo le respondí que sí, y ella me dijo que esperara tranquila hasta que él viniera y que yo sería monja. Esto me parecía enteramente imposible; pero ella me aseguró que entraría en un convento, pues para mi Esposo no había nada imposible. Entonces lo creí como cosa cierta y segura.

Cuando volví de la visión, traje tranquilamente las vacas a casa. Esto se me ofreció en pleno día.

Tales visiones nunca me inquietaban. Creía que todos las tenían como yo. Nunca he pensado en las diferencias que hay entre las visiones y el trato real con los hombres.

2. Otra visión la confirma en su propósito de hacerse monja. Había hecho mi padre el voto de regalar todos los años un ternero cebado al convento de la Anunciación de Koesfeld. Cuando llevaba el regalo, solía ir yo con él. En el convento las monjas me hacían sencillas bromas. Poníanme en el torno y le daban vuelta hacia adentro para obsequiarme; luego le volvían hacia fuera preguntándome en broma si quería quedarme con ellas. Siempre les respondía que sí y nunca quería salir del convento. Entonces me decían ellas: "La primera vez que vengas, te quedarás con nosotras". Aunque era muy niña, cobré, sin embargo, mucha afición a este convento, en el cual reinaba el orden. Cuando oía la campana de la iglesia del convento, hacía oración con la intención de unir mi devoción a la de las piadosas monjas. De esta suerte entré en íntima relación con el monasterio de la Anunciación.

En cierta ocasión estaba yo guardando un rebaño de vacas a las dos de la tarde; era un día muy caluroso de verano. El cielo se había oscurecido; amenazaba una tormenta y tronaba. Las vacas estaban muy inquietas con el calor y las moscas. Yo me hallaba muy apurada porque no sabía qué hacer con aquel rebaño de casi cuarenta vacas, que a mí, débil niña, me daban mucho trabajo cuando corrían entre las zarzas. Estas vacas eran de los labradores de la aldea, cada uno de los cuales tiene que guardarlas tantos días cuantas son las cabezas que posee. Siempre que yo las guardaba estaba en oración o en contemplación, caminando a Jerusalén o a Belén, donde en realidad era más conocida que en mi propia casa.

Ahora, cuando estalló la tempestad, me retiré detrás de una pequeña colina de arena donde había enebros y me pude ocultar. Oré allí y se me ofreció una visión. Llegó a mí una religiosa entrada en años, vestida con el hábito de las de la Anunciación y habló conmigo. Me dijo que no se honra a la Madre de Dios con sólo adorar y llevar y traer sus imágenes, ni con decirle toda clase de palabras piadosas; sino que se deben imitar sus virtudes, su humildad, su amor y su pureza. Me dijo además que orando en los peligros y tempestades no hay refugio mejor que las llagas de Jesús, a las cuales había tenido ella siempre

íntima devoción y que había recibido la gracia de sentir los dolores de esas llagas; pero no había manifestado esto a ningún hombre. Me dijo que siempre había usado, sin que nadie lo supiera, camisa de crines con cinco clavos sobre el pecho y una cadena a la cintura, y que siempre había tenido oculta su devoción. También me habló de su especial devoción a la Anunciación de María y me dijo que le había sido dado a entender que María, desde su más tierna niñez, había tenido vivo anhelo por la venida del Mesías y que sólo había deseado ser la esclava de la Madre del Señor. Me refirió, además, que había visto la Anunciación del Angel. Le comuniqué cómo yo la había visto, y así nos hicimos muy amigas; todas las cosas las habíamos visto de igual manera. Serían como las cuatro de la tarde cuando volví de la visión. Las campanas del convento estaban tocando; la tempestad había pasado; las vacas se hallaban reunidas y tranquilas; no se habían mojado. Entonces hice por vez primera el voto de ser religiosa en el convento de la Anunciación; pero luego me resolví a estar más lejos de mi familia y nada dije de esta resolución. Después conocí en mi interior que mi amiga era Juana, y supe también que había sido obligada a contraer matrimonio. Luego la vi muchas veces, especialmente cuando en dicho estado iba yo a Jerusalén y a Belén. Entonces me juntaba con ella, y más tarde con Francisca y Luisa.

3. Aparición de Jesucristo.

Unos cuatro años antes de entrar en el convento, estaba yo al mediodía en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld, arrodillada delante de un crucifijo, en la tribuna del coro, orando con fervor. Hallábame abstraída interiormente en la meditación cuando vi salir del altar, donde estaba el Santísimo Sacramento, en el tabernáculo, y llegarse a mí, al celestial Esposo bajo la forma de un mancebo resplandeciente.

En la mano izquierda tenía una guirnalda de flores y en la derecha una corona de espinas; me ofreció una y otra para elegir. Yo tomé la corona de espinas y Él me la puso en la cabeza, contra la cual me la oprimió con ambas manos. Jesús desapareció y yo empecé a sentir un molesto dolor alrededor de la cabeza. Pronto tuve que salir de la iglesia, pues el sacristán hacía largo rato que andaba haciendo ruido con las llaves. Una amiga mía, que estaba arrodillada a mi lado, debió haber notado algo en mi estado. Cuando llegamos a casa le pregunté si veía alguna herida en mi frente y le referí en general la visión que había tenido y el dolor que sentía desde entonces. Ella no vió nada ni aún pareció

admirarse de lo que yo le dije, porque ya conocía en mí semejantes estados aunque sin tener idea clara de su sentido.

Al día siguiente tenía la cabeza hinchada, por encima de los ojos y en las sienes, hasta las mejillas, y sentía vivísimos dolores. Estos dolores y la hinchazón se renovaron con frecuencia y muchas veces me duraban días y noches enteras. La sangre que salía alrededor de la cabeza no la advertí hasta que mis compañeras me dijeron que me mudara la venda, pues la que tenía estaba llena de manchas como herrumbres. Dejé que mis compañeras creyeran esto y me puse la venda de tal manera que oculté felizmente la sangre hasta entrar en el convento, donde sólo lo ha visto una persona, que ha guardado fielmente el secreto.

4. Se enferma y recibe un libro maravilloso.

Desde aquella hora empecé a enfermar; vomitaba con mucha frecuencia y estaba muy triste. Como andaba tan anhelosa e inquieta, mi madre me preguntó qué tenía. Yo le declaré terminantemente que quería entrar en el convento. Mucho le desagradó este propósito y me preguntó cómo quería entrar en un convento no teniendo bienes algunos y estando delicada de salud. Luego fué a quejarse a mi padre y ambos trataron de quitarme por todos los medios la idea de ser religiosa. Describiéronme la vida del claustro como cosa sumamente difícil para mí y me dijeron que una pobre labradora, como yo, sería desatendida. Respondí: "Aunque nada tengo, Dios es todopoderoso y lo llevará a cabo". La negativa de mis padres me llegó tan a lo vivo, que mi enfermedad se agravó y hube de quedarme en cama.

Durante esta enfermedad vi una vez, al mediodía, cuando penetraba el sol por la pequeña ventana de mi habitación, llegarse a mi lecho un santo varón y dos religiosas. Los tres tenían figuras resplandecientes. Me traían un libro grande como un misal y me dijeron: "Si sabes leer en este libro, verás lo que es propio de una religiosa". Yo respondí que lo leería y lo puse sobre mis rodillas. Estaba en latín; pero yo lo entendía todo y lo leía con mucho afán. Ellos me dejaron el libro y desaparecieron. Las hojas del libro eran de pergamino y estaban escritas con letras rojas y doradas. Había en él imágenes de santos de tiempos antiguos. Su encuadernación era amarilla y no tenía broches. Este libro lo llevé conmigo cuando entré en el convento y lo leía con atención. Luego que había leído alguna parte de él, me lo quitaban. A veces entendí que me decían: "Ahora tienes que leer tantas hojas". En los últimos años veía yo este libro

cuando era arrebatada a algún lugar que se refería a las predicciones y escritos de los santos profetas.

Este libro me era mostrado entre otros muchos libros proféticos de todo el mundo y de todos los tiempos, como la parte que yo tenía en estos tesoros.

Igualmente veía cómo estaban guardados allí otros consuelos y auxilios que de vez en cuando había yo recibido y poseído largo tiempo. Ahora *(20 de diciembre de 1819)* me quedan todavía cinco hojas para leer; pero necesito reposo para penetrar su sentido.

5. Obstáculos a su entrada en religión.

La vida ordinaria me mostraba que podía dirigirme adonde quisiera, pero que entrar en un convento era imposible. Por el contrario, las visiones me conducían allí siempre y cada vez con más seguridad. Siempre conocía yo en lo íntimo de mi alma que Dios todo lo puede y que Él me conduciría hasta el fin, lo cual me daba mucho ánimo. Creo que a todos los que desde su juventud procuran con celo alcanzar su fin, que es la bienaventuranza, les sucede lo mismo, si bien es invisible la manera como Dios los dirige. Aunque no vean esta dirección, obran conforme a ella y reciben todas sus bendiciones tan luego como siguen los impulsos, las inspiraciones y las ideas que Dios les da por medio del Angel de la Guarda, o en la oración, o por medio del confesor o de los superiores o sacerdotes de la iglesia, así como por los acontecimientos y accidentes de la vida.

Una vez quiso mi hermano mayor que fuese en su compañía al baile. Como yo me negara resueltamente a complacerle, se disgustó mucho y se encolerizó conmigo y salió de casa muy descontento. Pero pronto volvió, se postró de rodillas delante de mí, en presencia de mis padres, y me pidió perdón. Antes de esto nunca habíamos estado discordes; después, nunca hemos vuelto a discutir.

Como una vez me dejase conducir por falsa condescendencia a tal diversión, sentí suma tristeza y anduve allí medio desesperada. Verdaderamente no estaba allí presente con mi espíritu; pero experimentaba tanto tormento como si estuviera en el infierno y sentía tal turbación que no quise permanecer más tiempo. Sin embargo, no me fuí, temiendo que no me convenía irme y que yéndome llamaría la atención, y así permanecí aún largo tiempo.

Entonces me parecía como si me llamara desde afuera mi celestial Esposo y yo huyera de Él; y como mirando alrededor le buscara, le hallé bajo unos árboles, triste y airado, con el rostro

desfigurado y cubierto de sangre. "¡Qué infiel eres! —me decía— ¡Cuánta amargura me causas! ¡Qué mal me tratas! ¿No me conoces ya?". Yo le pedía perdón y veía lo que debía hacer para evitar los pecados ajenos. Debía arrodillarme en un rincón y orar con los brazos en cruz o ir al lugar donde podía impedir que se cometiesen pecados.

6. Reprende la Virgen su falsa condescendencia

Cuando por falsa condescendencia me dejé conducir otra vez a una diversión, era tanto mayor la fuerza que experimentaba para alejarme de allí cuanto mayor empeño ponían mis compañeras en retenerme. Huí de allí, pues me pareció como si la tierra quisiera tragarme. Estaba indeciblemente turbada. Apenas había atravesado las puertas de la ciudad y tomado el camino que conduce a mi casa, se llegó a mí una mujer admirable y me dijo con grave ademán: "¿Qué has hecho? ¿Qué vida en ésta? ¿Te has desposado con mi Hijo, y no has de tener parte alguna con Él?" Luego se acercaba el Hijo con el rostro desfigurado y triste y sus censuras me partían el alma; pues yo había estado en tan mala compañía, mientras Él me esperaba sufriendo. Lloré y creí morirme de dolor y rogué a su Madre que pidiera perdón por mí, prometiéndole ya no volver a ser jamás tan condescendiente. Y ella, en efecto, lo pidió y fuí perdonada. Prometí de nuevo no concurrir a tales reuniones. Entonces me dejaron, después de haberme acompañado largo trecho. Yo estaba en mis cinco sentidos y ellos hablaron conmigo como pudiera haber hablado cualquiera persona viva. Sentía mortal turbación y fuí a casa llorando a gritos. A la mañana siguiente me reprendieron por haber salido sola.

Finalmente logré la tranquilidad. Vino a manos de mi padre un librito en el cual leyó que los padres no deben llevar a sus hijos a semejantes diversiones. Fué tanta su aflicción entonces, que lloró amargamente, diciendo: "Dios sabe que yo creía era algo bueno". Yo misma hube de consolarle lo mejor que pude.

Mis padres me hablaron también de matrimonio, hacia el cual sentía yo gran aversión. Ocurrióseme que acaso esta aversión provenía por temor de las penalidades que trae consigo este estado. Sin embargo, si fuera voluntad de Dios, decía yo, que lo abrazara, tales penalidades habrían de serme agradables. Empecé a pedir a Dios que quitara de mi aquella aversión, si era voluntad suya que yo condescendiera con mis padres y me casara. Pero entonces crecía todavía más en mí el deseo de entrar en el claustro.

Al párroco y a mi confesor les había manifestado esta duda, pidiéndoles consejo. Ambos me dijeron que si no tenía ningún hermano ni hermana que cuidara de mis padres, no debía entrar en el convento contra su voluntad; pero como mis padres tenían muchos hijos, yo conservaba mi libertad. Así que permanecí firme en mi propósito.

7. Entra en la casa de Söntgen para aprender el órgano.

Para admitirla en el convento, las monjas le exigieron la dote de costumbre, o bien que fuera útil tocando el órgano en las funciones de la comunidad. Como no era rica para hacer el voto de pobreza, entró como criada en la casa del organista Söntgen, para aprenderlo.

Nunca llegué a tocar el órgano. Yo era la criada y nunca lo aprendí, porque apenas paraba en la casa, pues buscaba la manera de ayudar a los que padecían trabajos y miseria. Servía como criada, hacía todas las cosas y daba todo lo mío.

¡Cómo aprendí a pasar hambre!... Muchas veces pasaron ocho días sin ver el pan. Nadie le fiaba, ni aún por el valor de siete cuartos, a la familia del organista Söntgen. Todo lo que había ganado cosiendo se acabó y llegué a pasar hambre. Dí hasta mi última camisa. Mi buena madre tuvo asimismo compasión y me llevaba huevos, manteca, pan y leche, con lo cual vivían. En cierta ocasión me dijo mi madre: "No sabes la aflicción que nos causas queriendo a toda costa irte a un convento. Cuando miro el lugar que en casa ocupabas, se me parte el corazón, pues eres mi hija". Yo le respondí: "Dios te lo pague, madre mía, que yo nada tengo con que pagártelo. Pero es voluntad de Dios que sean sustentados los pobres por mi medio. Ahora Dios proveerá. Todo se lo he dado y Él sabrá ayudarnos a todos". Y mi madre volvía a estar contenta. Muchas veces pensaba yo: ¿Cómo podré entrar en un convento si no tengo nada y todas las cosas me son contrarias? Pero después, dirigiéndome a Dios, decía: "Yo no sé valerme; mas Tú, que has suscitado en mí este deseo, le darás cumplimiento".

8. Ve la cruz del Salvador. (*)

Esta aparición me causó espanto. Sentía escalofríos; pues miraba alrededor y veía la cruz ensangrentada, no con miradas interiores, sino con los ojos corporales delante de mí. Me vino

(*) La aclaración de éstas, como de otras palabras de la vidente sin comienzo, está en el título, pues se ha querido respetar el texto de los originales.

entonces con mucha viveza el pensamiento de que Dios quería anunciarme con esta aparición algún trabajo muy grande. Temí y vacilé; pero el triste aspecto de mi Salvador venció mi resistencia y me sentí firmemente resuelta a conformarme con todo, por amargo que fuese, con tal que el Señor me diera paciencia.

9. Hace profesión de religiosa agustina.

Yo no tenía de qué disponer. Acudí a mis padres y hermanos, pero ninguno quiso darme nada, ni siquiera mi buen hermano Bernardo. Todos vinieron sobre mí y levantaron la voz como si los hubiera arruinado con aquella fianza. Pero la deuda había que pagarla antes que yo hiciera los votos. Yo no cesaba de pedir a Dios que se compadeciera de mí, hasta que por fin tocó el corazón de un hombre piadoso que les dió tres táleros. Mi hermano lloró después muchas veces por haber sido tan duro conmigo.

Vencido al cabo este obstáculo y terminados los preparativos para hacer los votos, se presentó por último otra dificultad. La Reverenda Madre me anunció a mí y a Clara Söntgen que hacían falta algunas cosas que habían de traerse de Münster, por las cuales era preciso que cada una de nosotras pagara tres táleros. Esto me turbó mucho, porque no tenía dinero. En mi apuro fuí a quejarme al abate Lambert, el cual me dió dos escudos; cuando volví a mi celda muy contenta hallé encima de la mesa seis táleros. Los dos escudos se los llevé a mi amiga, que tampoco sabía cómo reunir la cantidad exigida, pues nada poseía.

Ocho días antes de la Presentación de la Virgen en el templo, el segundo día de la novena que precede a esta fiesta, en cuyo mismo día del año anterior habíamos tomado el hábito Clara Söntgen y yo, hicimos la profesión religiosa de agustinas en el convento de Agnetenberg, en Dülmen, en el año 1803 y desde aquel día fuimos consagradas esposas de Jesucristo bajo la regla de San Agustín.

Después de la profesión volvieron mis padres a ser buenos conmigo. Mi padre y mi hermano vinieron a Dülmen y me trajeron de regalo dos piezas de tela de hilo. Mi piadoso y severo padre, que con toda mi familia había llevado a mal que yo entrara en el convento, me había dicho, al despedirme de él, que pagaría con gusto mi entierro, pero que para el convento nada me daba. Ahora cumplía su palabra, pues aquella tela era la mortaja con que habían de sepultarme en el claustro.

10. Ve la causa de ciertas enfermedades de los animales.

Como una vez hubiera en aquella pequeña ciudad una gran mortandad de vacas, las gentes llevaban su ganado a cierta casa para que las curasen, pero la mayor parte de los animales morían. Una mujer vino a mí lamentándose y llorando y me pidió que rogara por ella y por aquellos pobres labradores. Cuando hice oración, vi los establos de aquellas gentes y las vacas sanas y las enfermas. Vi también cual era la causa del mal y la eficacia de la oración para remediarlo. Muchas vacas estaban enfermas en castigo del orgullo y falsa seguridad de las gentes, que no sabían que Dios puede dar y quitar los bienes y para exhortarlos a penitencia. Yo pedí a Dios que se dignara corregirlo de otra manera.

Vi además muchas vacas enfermas a causa de la maldición y envidia de los que querían mal a sus prójimos, lo cual sucedía especialmente entre aquéllos que no se cuidaban de dar filialmente gracias a Dios por los bienes que poseían, ni de pedirle su bendición. Junto a estas vacas vi yo una como oscuridad, en la cual se deslizaban sombras negruzcas y siniestras. La bendición no sólo consiste en descender la gracia de Dios sobre nosotros, sino también en quitar los efectos de la maldición. Las vacas que, según había visto yo, habían sido perdonadas por la virtud de la oración, se diferenciaban de las demás en algo como luminoso; y de las que se curaron vi salir un vapor oscuro, así como vi oscilar cierto brillo luminoso sobre las que habían sido bendecidas desde lejos por la oración. Vi por último que, de repente, cesó el contagio. El ganado de aquella mujer salió del todo ileso.

11. Recibe remedios sobrenaturales.

Los remedios los recibía yo de mi guía y también de mi celestial Esposo, de María y de los santos. Los recibía ya en brillantes botellitas, ya en forma de flores, capullos y hierbas y también en pequeños trocitos. A la cabecera de mi lecho había una repisa de madera donde hallaba yo aquellas admirables medicinas cuando tenía alguna visión y aún estando despierta a la vida natural. Muchas veces los manojos de hierbas olorosas y delicadas sobre toda ponderación, estaban junto a mi cama o los tenía yo misma en la mano cuando volvía en mí. Yo tocaba las tiernas y verdes hojas y sabía cómo habían de aplicarse. Con su buen olor me confortaban o comía de ellas o las ponía en agua y bebía. Siempre notaba alivio y estuve curada el tiempo necesario para ejecutar algún trabajo.

12. Recibe diversos objetos de modo sobrenatural.

Además recibía imágenes, figuras y piedras, de los seres que se me aparecían, los cuales me instruían sobre el modo de hacer uso de tales dones. A veces estos dones eran puestos en mis manos o sobre mi pecho y me daban fuerza y consuelo. Muchos de ellos podía poseerlos largo tiempo y aún darlos a otros para que se curasen, lo cual hacía yo de vez en cuando, pero sin decir cómo los había obtenido. Todos estos dones son hechos reales, que ciertamente sucedieron; pero el modo como en mi sucedieron no lo puedo explicar. Fueron cosa cierta y como tal los tomaba yo para honrar a Aquél que, por compasión de mí, me los enviaba.

Durante la enfermedad, que después padecí, me dió mi celestial Esposo una piedra blanca y transparente, en forma de corazón, del tamaño de un tálero, donde estaba la imagen de la Madre de Dios con el Niño, en color rojo, azul y dorado (*). La piedra era lisa y dura, la imagen muy delicada y su rostro tan consolador, que me curé. Yo la guardé en un bolsillo de cuero y la llevé conmigo largo tiempo, hasta que me fué substraída. Después recibí un anillo que Él mismo me puso en el dedo. Tenía una piedra preciosa con la imagen grabada de su Santísima Madre. Lo poseí largo tiempo hasta que Él me lo sacó del dedo.

También he recibido semejante don del santo patrón de mi orden. Era el día de su fiesta y yo me hallaba en cama con vivos dolores. Ya estaba próxima la hora en que la comunidad iba a recibir la sagrada Comunión y nadie creía que yo pudiera comulgar. Pero sentí como si fuera llamada y fuí a la iglesia y recibí con las demás el Santísimo Sacramento. Al volver a mi celda, caí desmayada, y en tal estado y vestida no sé quién me recostó en el lecho. Se me apareció San Agustín y me dió una piedra brillante y transparente en forma de haba, en la cual sobresalía a manera de grano de trigo un corazón rojo con una cruz. Se me dió a entender que el corazón había de ponerse tan claro cómo el resto de la piedra. Cuando desperté, me ví con esta piedrecita en la mano. La puse en un vaso de agua y bebí a menudo de ella y me vi curada. Después me quitaron la piedrecita.

13. Ve a Jesús en la santa Hostia.

Muchas veces he visto brotar sangre de la cruz en la hostia y lo he visto con toda claridad. Otras veces he visto al Señor

---

(*) Tal vez se refiere a la piedra preciosa, de que habla el Apocalipsis de San Juan, destinada a los vencedores.

aparecerse en la sagrada Hostia en forma de niño sonrosado y resplandeciente como un relámpago. Al recibir la santa Comunión veo con frecuencia al Salvador acercárseme como Esposo y desaparecer luego que yo he recibido el Santísimo Sacramento; y siento la mayor suavidad en su divina presencia. Cuando Jesús entra en el pecho de los que comulgan, se funde con el alma a semejanza del azúcar que se deshace en el agua. Tanto más íntimamente penetra cuanto más vivo es el deseo del que lo recibe.

14. Oración para después de cometer una falta.

A pedido del Deán Overberg, Ana Catalina le dijo cómo acostumbraba a orar después de cometer alguna falta.

¡Oh Madre de mi Salvador! Tú eres por dos razones Madre mía; pues tu Hijo me dió a ti misma por Madre, cuando dijo al apóstol San Juan: "He aquí a tu Madre"; y porque yo me he desposado con tu Hijo. Ahora, habiendo desobedecido a mi Esposo, tu Hijo, me avergüenzo de comparecer en su presencia. Ten, pues, compasión de mí, ya que es tan bondadoso tu corazón maternal. Pídele que me perdone, que a Ti no te negará mi perdón.

Yo soy el hijo pródigo, oh Dios mío. He disipado la herencia que Tú me diste; no soy digna de llamarme hija tuya. Compadécete de mí. Recíbeme de nuevo. Te lo pido por mi dulcísima Madre, que también es Madre tuya.

15. Las oraciones en latín.

No puedo usar de las oraciones de la iglesia traducidas al alemán, pues así me parecen más lánguidas y pesadas. Cuando hago oración no me sujeto a las palabras de ninguna lengua, pero durante toda mi vida me han parecido mucho más claras y profundas las oraciones latinas de la Iglesia. Estando en el convento me alegraba al pensar que íbamos a cantar y a rezar en latín (*). Entonces sentía más vivamente la solemnidad y veía todo lo que cantaba. Especialmente cuando cantábamos en latín la letanía lauretana, veía yo en admirables visiones, uno tras otro, todos los símbolos de María que se nombran en ella. Me parecía que pronunciaba yo esas imágenes, por lo que sentía en

(*) Es frecuente en los místicos el fenómeno de entender idiomas que nunca han aprendido. Santa Hildegarda escribió sus admirables revelaciones sin haber hecho estudios. Escribió himnos en *ignota lingua*, que le fué revelada. Teresa Neumann repite palabras en hebreo, griego y latín, conforme las oye en sus visiones.

el principio gran temor; pero estas visiones pronto me causaban gracia y alegría, que realzaban mucho mi devoción. He visto las imágenes más admirables.

16. Ve como recibió sus llagas San Francisco de Asís.

Vi al santo en lo alto de una montaña, solo, rodeado de zarzas. En ella había grutas como celdas. Francisco había abierto muchas veces el Evangelio y siempre salía en él la pasión de Cristo. Así rogaba al Señor que le diera parte en sus dolores. Ayunaba allí de ordinario con mucho rigor; no se sustentaba sino con pan y raíces y sólo en la cantidad necesaria para no desfallecer. Estaba de hinojos con las rodillas desnudas sobre piedras de forma irregular, y todavía se puso sobre las espaldas dos pesadas piedras. Le vi de noche, después de las doce, de espaldas a la montaña y apoyado en la roca, orando con los brazos extendidos. Con él vi a su Angel Custodio, que le sostenía las manos. Su rostro brillaba con el fuego del divino amor. Era flaco y demacrado y tenía un manto pardo abierto por delante, con una capucha, como el que a la sazón usaban los pastores pobres en aquel lugar. Alrededor del cuerpo tenía una cuerda. Le vi enteramente rígido. Un indescriptible resplandor celestial descendía perpendicularmente sobre él y en medio de esta gloria vi un ángel con seis alas, dos en la cabeza, dos con las cuales parecía volar y otras dos en los pies. En la mano derecha tenía una cruz, menor que la mitad del tamaño que un hombre y en ella un cuerpo del todo vivo y transparente. Los pies los tenía cruzados y las cinco llagas lucían y resplandecían como soles. De cada una de ellas salían tres rayos encendidos y brillantes que terminaban en una flecha: primeramente desde las manos hasta la superficie interna de las del santo; después desde la llaga del costado derecho a su costado derecho, siendo esta llaga más ancha que las otras; y por último, de los pies a las plantas de San Francisco. En la mano izquierda tenía el ángel un tulipán rojo en el cual había un corazón de oro. Recuerdo confusamente cómo se lo dió. Al volver el santo en sí, no podía andar. Vi que con grandes dolores se volvió al convento y que le ayudó su Angel Custodio. Ocultó sus heridas lo mejor que pudo, pues no quería que nadie se las viera. En la parte superior de las manos tenía costras de sangre grandes y oscuras. No todos los viernes salía sangre de sus manos con regularidad. De su costado salía muchas veces tanta, que regaba el suelo. Le vi orar y vi la sangre que le caía por los brazos. Todavía he visto muchas cosas de él. así vi cómo antes que el santo fuera a ver al Papa, Su San-

tidad le vió llevando sobre sus hombros el templo de Letrán, que se venía a tierra.

17. Cómo recibió sus propios estigmas.

Después de esto tuve otra visión concerniente a mi misma y a mis llagas. Vi cómo las hube recibido. Antes no lo sabía. Hallábame sola en mi habitación en casa de Roters, tres días antes de año nuevo, aproximadamente a las tres de la tarde. Había meditado en la pasión de Cristo y le había pedido que me concediera participar en sus dolores, rezando cinco Padrenuestros en honor de las cinco llagas. Estando en cama, con los brazos extendidos, experimenté gran dulzura y sed insaciable de los dolores de Jesús. Vi descender sobre mí una luz que venía de arriba oblicuamente. Era un cuerpo crucificado, vivo y transparente, pero sin cruz; sus heridas brillaban más que el cuerpo: eran cinco aureolas, las cuales salían de la gloria. Yo estaba transportada y mi corazón se sentía movido con gran dolor y suavidad, al mismo tiempo, del deseo de padecer los dolores de mi Salvador juntamente con Él. Y como a la vista de sus llagas se aumentara mi deseo, que parecía brotar de mi pecho y pasaba a través de mis manos y de mi costado y de mis pies en dirección a sus llagas, luego descendieron, primero de las manos y después del costado y de los pies de la imagen, tres rayos rojos y brillantes, acabados en flechas, sobre mis manos, sobre mi costado y sobre mis pies. Así permanecí largo rato sin saber lo que me sucedía, hasta que una niña de la dueña de casa me bajó las manos. La niña salió de la habitación diciendo a los suyos que me habían hecho sangre en las manos. Yo les rogué que guardaran silencio.

La cruz del pecho hace largo tiempo que la tengo; la he recibido alrededor de la fiesta de San Agustín. Estando arrodillada con los brazos extendidos me la imprimió mi celestial Esposo. Después de habérseme impreso las llagas experimenté en mi cuerpo una violenta mudanza. Sentía que el curso de mi sangre se alteraba dirigiéndose con dolorosa violencia hacia esos parajes. Francisco ha conversado conmigo esta noche y me ha dado consuelo. Me ha hablado de la violencia de los dolores interiores.

18. Es consolada con la presencia del Niño Jesús.

El deán Rensing le había impuesto rezar por una intención, sin decirle cuál fuese. Ella cumple con el mandato, pero no obtiene respuesta.

He pedido ardientemente la intercesión de María por el fin que me ha sido impuesto, pero no he sido escuchada; por tres veces he rezado por esa intención diciendo a María: "Debo rezar porque me ha sido mandado por santa obediencia; pero no he obtenido respuesta y he olvidado hacerlo una vez más por causa de la grande alegría que me trajo la presencia del Niño Jesús. Espero que al fin será escuchada mi oración". No rezo por mí misma y cuando pido por otras personas casi siempre soy oída. Cuando rezo por mí, no consigo nada, sino cuando pido nuevos sufrimientos.

Soy un instrumento de Dios. Poco sé de las cosas que pasan en torno mío. No deseo sino estar en paz.

Se lamentó con el deán Rensing de no poder llevar por más tiempo los dolores y rogó al Señor que la aliviara. Fué escuchada y recitó el Te Deum. Sobre esto se expresó en la forma siguiente:

Entonces recité el *Te Deum,* que pude recitar hasta el fin, ya que lo había empezado varias veces, teniendo que interrumpirlo por la vehemencia de los dolores.

Le he rogado frecuentemente al Señor que me mandara dolores y sufrimientos; pero ahora tengo la tentación de pedir así: "Basta, Señor; no más, no más." Los dolores en la cabeza se hicieron tan crueles que temía perder la paciencia. Después, al terminar el día, me puse sobre la cabeza la parte de la reliquia de la santa Cruz que el señor Overberg me ha dejado. Rogué al Señor que me ayudara y en seguida sentí alivio. Mas aún que las penas temporales me atormentan los sufrimientos del alma: la aridez, la amargura, la inquietud interna; pero desde que he recibido por dos veces la santa Comunión he gustado de quietud y dulce consolación en el alma.

19. Es molestada por una horrible aparición.

He tenido esta noche graves angustias. Mi hermana estaba sumergida en profundo sueño; la lámpara ardía, y yo estaba despierta en mi lecho. De pronto oí un rumor en la estancia. Miré y vi una figura horrible, suciamente vestida, que se acercaba poco a poco hacia mí. Cuando estuvo junto a mi lecho y descorrió la cortina, vi que era una feísima mujer que me miraba fijamente con rostro amenazador. Cuanto más me miraba, más horrenda y espantosa me parecía. Tenía una cabeza monstruosamente grande y abría la boca como si quisiera echarse sobre mí y tragarme. Al principio no me dió miedo; luego mi temor fué en aumento. Empecé a rezar y pronuncié confiada-

mente, en alta voz, los santos nombres de Jesús y María. De pronto todo desapareció.

20. Recibe consuelo después de la Comunión.

Me sucedió algo que me trajo mucha consolación. He visto, después de la Comunión, dos ángeles que llevaban una hermosa corona de flores. Eran rosas cándidas, pero guarnecidas de largas y ayudas espinas, que me punzaron cuando quise sacar una del ramillete. "¡Ah! si no tuviera espinas", pensé entre mí. Al punto recibí la respuesta: "Si quieres tener las rosas, debes soportar que las espinas te puncen". Tendré que sufrir mucho todavía, antes de llegar a las alegrías libres de sufrimientos.

Más tarde tuvo una imagen de igual significación.

Fuí llevada a un hermoso jardín donde había rosas de extraordinario tamaño y bellos colores. Estaban circundadas de espinas tan largas y agudas que no se podían sacar sin recibir sensibles pinchazos. Dije: "Esto no me agrada." Pero mi Angel Custodio me replicó: "Quien no quiere padecer, no tendrá gloria alguna."

Otra visión del sufrimiento y el gozo tuvo poco tiempo después.

Me vi a mí misma que yacía en el sepulcro; estaba tan alegre que no lo puedo decir. Al mismo tiempo me pareció que me decían que antes de mi fin tendría que padecer mucho; que me abandonase a la gracia de Dios y fuese firme y perseverante. Después he visto a María con el Niño y tuve una alegría indecible, porque la benigna Madre puso al Niño en mis brazos. Cuando se lo devolví pedí a María tres gracias que me hicieran agradable a su Hijo Divino: le rogué que me concediera amor, humildad y paciencia.

Volviéndose hacia el deán, añadió:

¡Oh, cuán de buena gana me iría al cielo con nuestro buen Salvador! Pero mi tiempo no es llegado aún; mis sufrimientos y dolores se multiplican y debo ser mejor probada y purificada. Sea hecha la voluntad de Dios, con tal que me dé la gracia de la perseverancia en la paciencia y en el abandono al amor divino.

Confesó al deán que durante la comunión oyó estas palabras:

"¿Prefieres morir o sufrir más aún?"... A esto respondí: "Quiero sufrir más aún, si esto te agrada, Señor." Mi deseo ha sido satisfecho, pues ahora sufro más que antes.

21. Circunstancias en que recibió los estigmas.

Interrogada por el padre Overberg acerca de las circunstancias en que recibió los estigmas, declaró lo siguiente:

Cuatro años antes de la supresión del convento hice una visita a Koesfeld para ver a mis padres. Mientras me encontraba allá, una vez estuve en oración durante un par de horas, detrás del altar que está bajo la Cruz puesta delante de la iglesia de San Lamberto. Sentía gran turbación por el estado de nuestro convento y había rezado para que tanto yo como mis hermanas pudiésemos conocer nuestras faltas y hubiese paz firme entre todas nosotras. Había rogado a Jesús que me hiciese sentir todos sus dolores. Creía tener una fiebre continua y que de ella venían los dolores que experimentaba. A menudo me venía el pensamiento de que esto proviniese por haber sido oída mi oración; pero deseché este pensamiento cada vez que se presentaba, por no creerme digna de gracia semejante. A veces no podía caminar a causa de los dolores en los pies. Las manos me dolían de tal manera que no podía comenzar ningún trabajo, como cavar, y el dedo medio de las manos no lo podía doblar y en ocasiones lo tenía como enteramente perdido.

Después de estos dolores, cierta vez en el convento rogué con fervor que tanto yo como mis hermanas conociésemos bien nuestras faltas, para que renaciese la paz y cesasen mis sufrimientos. Me fué respondido: "Tus padecimientos no serán disminuídos; te basta la gracia de Dios. No morirá ninguna de tus hermanas antes de haber conocido sus faltas." Por esta respuesta, cuando me sobrevinieron las señales externas, pensé, entre mí, que sólo serían visibles para mis hermanas, y me sometí fácilmente. ¡Pero grande fué mi espanto cuando supe que estas señales debían ser también visibles para los del mundo!

Respecto a las llagas del pecho, dijo:

Desde mi niñez he pedido frecuentemente al Señor que me imprimiese su cruz en el corazón para no olvidar jamás sus sufrimientos; pero nunca pensé en algún signo externo.

Preguntada por qué se cubría los estigmas de las manos, contestó:

No puedo yo misma ver estos signos descubiertos, porque son causa de que se estime a mi persona como dotada de gracias especiales, de las cuales no soy digna.

Se me hace muy duro tener que mostrar estos signos; pero tanto más duro se me hace cuando veo que lo desean no por amor a Dios sino para charlar sobre lo visto. No pido al Señor verme libre de los dolores corporales. Dios me los dejará siempre. Pero ¿para qué mirar y examinar? El mismo Señor Jesucristo no logró contentar a todos para que creyeran y se convirtieran. Otros muestran demasiada compasión por mí. ¡Oh!

¡Preferiría que rogaran por mí, para que me sometiera humildemente a lo que Dios dispone por medio de la autoridad eclesiástica, sin que yo pierda la divina gracia! Dios guía a cada persona por un camino especial. ¿Qué importa que nosotros, llegando al cielo, lo hayamos hecho por un camino o por otro? ¡Oh, si pudiésemos hacer solamente lo que Dios nos pide a cada uno según nuestro propio estado!

22. Revela al deán Rensing algunas gracias del Señor.

A ciertas preguntas que formuló el deán Rensing, después de narrar los sufrimientos de Santa Verónica, Ana Catalina contestó:

No he tenido que sufrir tanto. Con todo, la disposición de la autoridad eclesiástica, de que se intentase curar las llagas, fué muy dura, porque me causó muchos dolores. Los dolores de la corona de espinas en torno de la cabeza, los he probado antes de mi ingreso en el convento y, precisamente, por primera vez, en la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld.

Viendo la sangre de sus estigmas, cuando el deán expresó su maravilla, añadió:

Sí, es verdad; Dios me ha concedido gracias que yo no he merecido. Yo hubiese deseado que Él encubriese estas gracias a los ojos de los hombres, porque temo que me estimen por mejor de lo que soy en realidad.

El Señor me preguntó la noche pasada: "¿Quieres venir presto junto a Mí o sufrir aún mucho tiempo por mi amor?" A esto respondí: "Si Tú lo quieres, prefiero sufrir aún más, con tal que me des la gracia de que sufra como Tú lo deseas." Dios me ha prometido esta gracia y ahora me encuentro muy contenta. El Señor me ha hecho notar que durante mi vida monástica había incurrido en muchas faltas contra la perfección, a la cual estaba llamada por mis votos. Me he arrepentido de nuevo de estas faltas y he obtenido de Dios la seguridad de que no había perdido, por esas faltas, su divina gracia, porque me había humillado delante de Él y de los hombres. Se me ha recordado también que durante mi vida en el monasterio, cuando era desconocida y mal interpretada por mis hermanas, yo, perseverantemente, rogaba al Señor se dignase hacer conocer la falta en que incurrían contra la caridad respecto de mi persona. Muy a menudo, especialmente en los últimos días del verano pasado, se me ha dado a entender, durante aquellas oraciones, que las hermanas llegarían a reconocer sus faltas antes de mi

muerte. Ahora ellas han entrado en sí mismas, después que el Señor me ha dado estas señales tan extraordinarias. Y esto es para mí motivo de un gozo tal, que aún en medio de las graves molestias ocasionadas por estas señales éxteriores, doy gracias al Señor por todas ellas.

Preguntada respecto de la llaga que Jesús tenía en los hombros, respondió:

Sí, ciertamente, el Señor tuvo una dolorosísima llaga en la espalda que le produjo la conducción de la cruz. Yo no tengo esta herida, pero he sentido mucho tiempo los dolores de ella sobre mis hombros. Desde mi infancia he honrado y venerado esta herida de los hombros y he entendido que este recuerdo es sumamente grato al Señor. Estando todavía en el monasterio, Él me reveló que había tenido esa herida, en la cual tan poco se piensa y que le había ocasionado gravísimos dolores. Me dijo que le era tan agradable que se honrase esa llaga como le hubiese sido grato que alguien, en el camino del Calvario, le hubiese aliviado de la cruz llevándola hasta la cumbre del monte. Desde pequeña y de seis a siete años yo acostumbraba, cuando me encontraba sola y pensaba en los sufrimientos del Señor, a ponerme sobre los hombros un pedazo de leño pesado o algún otro peso que apenas podía arrastrar por el suelo.

El deán Rensing le dijo palabras de compasión por los dolores que sufría en la espalda al no poder cambiar de posición.

Estos dolores los tengo por nada comparados con los que siento constantemente en las otras llagas. A pesar de esto, quisiera sufrir todos los dolores posibles en el cuerpo, siempre que el Señor se dignase consolarme interiormente con su gracia. En vez de estos consuelos siento ahora una amargura muy grande en el alma. Esto se me vuelve muy duro; pero que se haga la voluntad de Dios. Siento que los dolores se me suben desde las plantas de los pies hasta el pecho y todas estas llagas me parece que están entre sí en tanta relación, que los dolores de una herida se sienten también en las demás. Pero mi sufrimiento me ha traído gozo. Cuando tengo que padecer algo, me alegro, y doy gracias a Dios de no estar ociosa en el lecho.

Una vez que sentía un agudo dolor de cabeza, dijo:

Mi sufrimiento no me será tan gravoso porque el Señor lo ha mitigado con consuelos que no merezco. Cuando estaba en el monasterio no merecía estos consuelos, porque allí a menudo me lamentaba de la conducta de mis hermanas y he fantaseado mucho acerca de la manera cómo ellas se debían portar y demasiado poco me he preocupado de cómo yo misma debía haberme

portado. Era ingratitud e imperfección a un tiempo; ahora estoy contenta de que Dios me haga sufrir. Si supiese que con mis sufrimientos puedo contribuir en algo a su honor y a la conversión de los pecadores, quisiera sufrir con gusto más, y todavía por más tiempo. Sólo pido que Dios me conceda paciencia.

Cuando se le habló de un traslado a Darfeld, para nuevas visitas de médicos, dijo:

Estoy convencida, en conciencia, no poder ir más allá en esto de recibir visitas y mostrar los estigmas. Este aviso me fué dado en espíritu. Yo estaba hincada en una hermosa capilla delante de una imagen de María con el Niño Jesús y rogaba a la Madre de Dios. Ella vino hacia mí, me abrazó y me dijo: "Hija, está atenta y no vayas más allá. Aleja de ti las visitas y custodia tu humildad".

23. Salva de un peligro a su confesor.

He aquí lo que Ana Catalina relató un día al abate Lambert:

Me encontraba rodeada de muchas personas sobre el camino que conduce a la Jerusalén celestial y tenía que llevar un peso tan grande que apenas podía ir adelante. Me detuve algún tiempo para descansar bajo la imagen del Redentor Crucificado y ví en torno de esta cruz, esparcidas, infinidad de cruces pequeñas, formadas por hilos de paja o de ramitas delgadas. Mientras, llena de admiración, pensaba lo que significaban esas cruces, mi guía me dijo: "Estas son las crucecitas que tú debías haber llevado en el convento, que eran bien ligeras. Ahora se te ha impuesto una pesada sobre los hombros; y bien, llévala".

De pronto la numerosa comitiva se esparció a uno y otro lado. Allí se encontraba mi confesor, que se había colocado detrás de una mata y estaba espiando a una liebre. Le rogué que no hiciera eso, sino más bien que me acompañara más adelante en mi penosa senda; pero él no quiso seguirme y tuve que hacer mi camino sola, oprimida por el grave peso. Entonces me vino el escrúpulo pensando que era de mi parte poco noble y amistoso dejar a mi confesor entretenido en cosa semejante, mientras debía, por el contrario, rogarle y aún violentarle a que caminara y me siguiera hacia una meta tan magnífica. Volví atrás y lo encontré dormido y ví, con terror, que bestias feroces estaban en torno suyo dispuestas a devorarle. A fuerza de ruegos lo desperté con violencia, teniendo casi que arrastrarlo conmigo, con lo que se me aumentó el peso que ya tenía sobre mí. Al fin esto me resultó de gran provecho, puesto

que pronto llegamos a un estanque ancho y profundo a través del cual sólo se podía pasar por un estrecho sendero. Aquí yo hubiese caído con mi pesada carga si el buen Padre no me hubiese ayudado. Al fin llegamos felizmente a la meta.

24. Ve la muerte de la Virgen.

En una ocasión dijo al padre Limberg:

He visto a la Madre de Dios cuando moría, rodeada de los apóstoles y de sus parientes. He visto por mucho tiempo esta visión. Luego la pieza y todo lo que allí dentro había me fué puesto sobre la palma de la mano. Esto me ocasionó un gozo indecible; pero me admiraba grandemente de que pudiese tener en la palma de la mano una casa y lo que dentro había; me fué dicho interiormente que eso era pura virtud y que la virtud es más ligera que una pluma.

Durante esta noche pasada también he tenido visiones de la muerte de la Virgen. Yo estaba en viaje a Jerusalén y mientras tanto me encontraba en un estado muy particular: yacía con los ojos abiertos, ni durmiendo ni soñando, y veía todos los objetos de mi pieza, sin que esto me estorbase en el viaje y en las impresiones que recibía durante el camino recorrido.

25. Diversas declaraciones hechas al doctor Guillermo Wesener.

Estando turbada, declaró la razón al doctor Wesener, diciéndole:

Temía sentir disminuir mi absoluta confianza en Dios, mi único sostén. Debiendo yacer en este lecho sin ayuda humana o remedio, todo me conturba. Otras veces sentía una confianza tan grande en Dios, que no me angustiaba por ningún sufrimiento, aunque fuese muy grande; pero ahora me siento turbada ante el proyecto de mi confesor de buscar otro alojamiento, porque lo estimo sobre todos los demás a causa de su saludable severidad.

Confiemos en Dios y mantengámonos firmes en nuestra santa fe. ¿Hay acaso alguna cosa más consoladora en esta tierra? ¿Qué otra religión o filosofía podía reemplazarla? Más que a todos compadezco a los judíos. Ellos son peores que los más ciegos paganos. Su religión ya no es más que una fábula poética de sus rabinos, y la maldición de Dios pesa sobre ellos. ¡Cuán infinitamente bueno es el Señor con nosotros, con venirnos al encuentro a medio camino de nuestra buena voluntad y con hacer depender la más rica participación de su gracia de nuestro simple deseo! Sí, aún un pagano, un hombre que no tiene ningún conocimiento de nuestra santa fe, puede salvarse cuando,

con firme convicción y voluntad de servir a Dios, como a Altísimo Señor y Creador de todas las cosas, sigue aquella luz divina que está infundida en nuestra naturaleza y practica la justicia y la caridad con el prójimo.

Como le dijera el doctor Wesener que le parecía incomprensible que pasara tanto tiempo en oración, contestó:

Piense un poco si no es posible que alguien se sumerja de tal manera en la lectura de un libro agradable, que olvide hasta las cosas que le rodean. Si esto es posible ¿cómo no se perderá del todo y olvidará todo aquél que se entretiene con Dios mismo que es la primera fuente de toda belleza? Empezad una vez con verdadera humildad esta adoración de Dios y veréis como os sucederá también todo lo demás. La plegaria más acepta a Dios es la que se hace por el prójimo, especialmente por las almas del Purgatorio. Rogad por ellas y estad seguro que habréis puesto vuestra oración a buen interés.

En cuanto a mí, yo me ofrezco al Señor y digo: "Señor, haced de mí lo que queráis". Con esto estoy plenamente segura, puesto que Dios, óptimo Padre, no puede hacerme sino todo el bien deseable. Las pobres almas sufren penas indeciblemente grandes en el Purgatorio. La diferencia entre las penas del Purgatorio y las del Infierno reside en esto: en que en el Infierno reina sólo la desesperación, y en el Purgatorio reina la esperanza de la redención. El mayor tormento de los condenados consiste en la ira de Dios. Del enojo de Dios se puede tener idea si se representa el terror de un hombre a punto de caer en manos de un furioso enemigo, de cuyas manos no podrá ya librarse.

Hablando del destino del hombre, Ana Catalina dijo:

¿Sabéis por qué Dios ha creado al hombre? Lo ha creado para su gloria y para felicidad del hombre. Por la caída de los ángeles decidió Dios crear a los hombres para llenar las legiones de los ángeles caídos. Cuando el número de los ángeles caídos se haya completado con hombres justos, será el fin del mundo.

Hablando de la limosna, se expresó así:

Vos debéis emplear vuestras fuerzas y vuestras sustancias en favor y beneficio de los enfermos, de tal modo que vuestra propia familia no tenga daño. No uno solo, sino muchos tienen derecho de pedir vuestros cuidados. Los pobres deben tratar de ganarse méritos por causa de su pobreza, porque la fe nos enseña que la pobreza es un estado digno de envidia, puesto que el mismo Hijo de Dios eligió para sí ese estado, y ha conferido a los pobres el primer lugar en el reino de los cielos.

Respecto de la conversación acerca de Dios, dijo:

Me sucede siempre lo mismo: por más débil que esté, me siento siempre fortalecida y confortada con toda conversación que mire a Dios y a nuestra santa fe; en cambio, el hablar de cosas del mundo me abate y me debilita más.

Sobre la obediencia, se expresó así:

Es verdad que esta medicina me repugna de modo particular. He sufrido ya mucho por causa de ella y me ha ocasionado mucho mal. Con todo, debo tomarla por obediencia a mi confesor, el cual, sin embargo, ha visto en qué debilidad me quedo por usar esta medicina.

26. Visión compleja de todas las tribulaciones de su vida.

Tuve una visión que me pareció contenía la representación de todas las penas y sufrimientos de mi vida entera. Todo lo que personas conocidas por mí han hecho o han dejado de hacer respecto a mi misión durante todo el curso de mi vida hasta el presente, me ha sido puesto ante la vista en imágenes. Eran cosas tales que al principio no quería ni pensar para que no me causaran tentaciones de aversión o de malevolencia hacia algunas personas. Así también, en la noche pasada, tuve que luchar contra estas imágenes y me he defendido hasta el extremo cansancio, pero he oído, con consuelo, que he combatido bien.

Estos cuadros se me presentaban en diversas formas: a veces un acontecimiento como presente; otras veces veía personas que entre sí conversaban y obraban; en ocasiones imaginaba el cuadro como después de haber oído una narración. Me fué mostrado todo lo que he perdido por causa de estas cosas, así en la vida física como en la actividad espiritual. He visto el mucho mal que me han hecho ocultamente varias personas, cosas que había ignorado absolutamente. Todo lo que yo había apenas sospechado, ahora lo veía claramente, en su completa concatenación. Esta ha sido para mí una verdadera lucha, porque tenía que soportar por segunda vez las más duras pruebas de la vida, la perversidad y la falsedad de los hombres, y debía no solamente no sucumbir a la tentación de malevolencia hacia ciertas personas, sino usar mayor caridad con mis peores enemigos.

Estos cuadros comenzaron con mi estado religioso, precisamente con la oposición de mis padres a mi entrada en el monasterio. Ellos me han ejercitado en la paciencia y han regulado y dispuesto todo con absoluta discreción.

Las monjas me han ocasionado muchos sufrimientos. He visto su perversidad y cómo primeramente me maltrataban. Cuando luego mis particulares circunstancias se hicieron públicas, me honraban con exageración para volver luego a las charlas y chismes. Mucho me hicieron sufrir porque mucho yo las amaba. He visto al médico del convento y sus remedios y cuanto daño me han ocasionado. He visto el segundo médico y cómo sus remedios me han arruinado el pecho y puesto al extremo. He visto mi pecho como si estuviese vacío y exhausto, de modo que sin un cuidado mayor hubiera debido sucumbir. Habría sanado de todas mis enfermedades sin medicina alguna si los medios saludables de la Iglesia hubiesen sido regularmente empleados en mí.

He visto la sinrazón con la cual he sido puesta tantas veces a la vista del público, mirando sólo mis heridas y no las otras cosas que las acompañaban. He visto cómo fuí obligada a estar de muestra y a servir de espectáculo; por esto fuí impedida de hacer mucho bien y no he aprovechado nada a otros. Hubiera podido ser mucho más útil si me hubiesen dejado en paz y tranquilidad. He visto todas mis súplicas y pedidos sobre esto; yo no pedía por impulso propio sino por aviso interno. He visto cómo todo esto fué en vano y cómo contra mi propia y segura convicción he debido servir de espectáculo para el mundo y obedecer cosas verdaderamente vergonzosas; y mientras con el corazón oprimido hacía esto, por sola obediencia, se me reprendía con desfachatez y temeridad, sin ser defendida por aquéllos que me obligaban a mostrar abiertamente las señales externas de mis llagas.

27. Manifiesta su pensamiento ante el proyecto de ser trasladada a Münster.

Como quisieran conducirla a Münster para someterla a nuevos exámenes, privados y públicos, Ana Catalina se resistió a ellos, exponiendo sus razones:

El señor Overberg permite que otros abusen de su gran bondad. Quiere sacrificarme para probar, como me lo dijo otras veces, a algunas buenas personas que los fenómenos que aparecen en mí no son mentidos ni artificiales. Pero ¿cómo estas personas, que son sus penitentes, pueden concebir desconfianza alguna, cuando él, siendo un dignísimo sacerdote, les asegura los hechos, y después que él se ha asegurado de los hechos y puede en todo momento procurarse nuevas pruebas? ¿Podrían estas personas encontrar un testimonio más irrecusable y más valioso?

Si cinco mil personas no creen a diez hombres rectos y justos que dan testimonio de la verdad, tampoco veinte millones creerán a algunos centenares de personas.

Como insistiese el doctor Wesener en que se trataba de salvar algunas almas, Ana Catalina añadió:

Seguramente haría el sacrificio por la salud de una sola alma; pero ¿cómo podría yo saber que esto sucederá en virtud de un cambio de domicilio, si no fuera por la voz íntima del espíritu que hasta ahora siempre me ha guiado, y ahora nada me ordena, y al contrario, siento que mi espíritu se rebela a esta idea de cambio? Sobre esto podría añadir mucho más, pero no es llegado el tiempo. Si ahora, contrariando mi interna voz, emprendiera este viaje y muriese en el camino, ¿no sería esto contrario al bien de mi alma y a los designios que Dios tiene sobre mí? ¿Quién me podría decir que éste no sería mi caso si no es por la voz que suele hablar en mi interior? Digo, pues, que no bien mi juez interno me dijese que parta, partiría al instante.

El señor Overberg me dice que debiera hacerlo para dar gusto al buen médico Druffel, ya que su honor es atacado públicamente por causa mía. Muy de buena gana haría todo por el honor de este médico y por todos los que por causa mía fueron juzgados injustamente, siempre que los medios me fueran permitidos, aunque hubiese yo deseado que él no imprimiese la historia de mis enfermedades. ¡Cuántas veces le he rogado también a él que no permitiese que fuera impresa cosa alguna de mí durante mi vida! ¿Y por qué razón debo sacrificar mi vida, y aún más por salvar en un hombre un poco de honor terreno? ¿Dónde estaría aquí la humildad cristiana? Además, el mayor número nunca sería convencido, porque la pereza, la avaricia, la desconfianza, el amor propio, la incredulidad y el temor de tener que admitir la creencia en cosas de mayor importancia, hacen que la muchedumbre sea ciega aún para las verdades claras como el sol.

Si tanta importancia se da a la confirmación irrecusable de las circunstancias en las cuales me encuentro, aquéllos que gozan de buena salud pueden venir aquí sin peligro alguno; yo, por otra parte, no puedo ir a ellos sin evidente peligro. Me someto a todas las pruebas y exámenes que no repugnan a mi conciencia. Si muchos desean convencerse, pueden hacer como otros que ya están convencidos: pueden sentarse aquí junto a mi lecho y observarme y vigilarme. No puedo ahorrar a los curiosos la incomodidad y el dinero con daño de mi conciencia. Quien puede viajar, que venga aquí. Si yo quisiese ir a ellos,

sería temeridad, vanidad y cosa peor; puesto que, según toda seguridad, no podría hacer el mínimo viaje sin evidente peligro. No puedo ponerme a disposición de todo curioso; envíen hombres de juicio que gocen de la estima del público y me someteré a todas las prescripciones que no traigan daño a mi alma. Por lo demás, no pido cosa alguna a nadie. No aparento ser nada grande. Soy una pobre pecadora y no deseo más que olvido de los hombres y estar en paz, para que pueda rogar y sufrir por mis pecados y, si es posible, también por el bien de mis prójimos. El Vicario General ha vuelto recientemente de Roma. ¿No habrá dicho alguna palabra de mí al Santo Padre? El me deja ahora en paz, ¡sean dadas gracias a Dios! ¡Oh, estad tranquilos vosotros, buenos creyentes, que el Señor ciertamente manifestará sus obras! Si todo esto viene de Dios, quedará y se mantendrá; si es obra de los hombres, caerá y será destruído.

En otra ocasión declaró al doctor Wesener:

Es cierto que no es sólo por mí misma que estoy aquí padeciendo. Usted no debe publicar nada respecto de mí antes de mi muerte. Lo que tengo, no lo tengo para mí ni como cosa mía: soy solamente un instrumento en las manos de Dios. Como ahora puedo trasladar mi pequeño crucifijo de un lado a otro, así debo someterme y agradar en todo a lo que Dios quiere hacer de mí y esto lo hago con alegría. Sé perfectamente por qué estoy aquí sufriendo, y aún en la noche pasada me fué enseñado esto. Siempre he pedido como gracia especial el poder sufrir y si fuese posible expiar por aquéllos que por error o debilidad se encontrasen en senderos equivocados. Como esta ciudad y el convento que aquí existía me han recibido a mí, pobre campesina, después que muchos otros me habían rechazado, así me he ofrecido especialmente en sacrificio por esta ciudad. He tenido el consuelo de que Dios recibiese mi plegaria y he alejado ya más de un mal de este lugar y espero poder ayudar todavía mucho más en adelante.

28. La bendición del sacerdote alivia sus dolores.

He orado fervorosamente para que Dios me perdone si por ventura he pedido alguna pena superior a mis fuerzas; pero que se cumpla en mí su divina voluntad.¡El Señor se compadezca de mí, por la sangre de su Hijo, y me dé su gracia para que pueda yo hacer algún bien en el mundo! Cuando sólo se me daba esta respuesta: "Es preciso que se consuma el fuego que has puesto sobre ti", ya no tenía esperanza alguna; al punto me

veía en un estado muy peligroso y encomendaba a Dios todo lo mío, que tenía que dejar en desorden

Cuando el párroco ponía sobre mí sus manos y hacía oración, me parecía sentirme penetrada de una dulce corriente luminosa; y cuando me dormía, me veía como un niño a quien mecen en su cuna. También me parecía que una luz reposaba sobre mí y que cuando el sacerdote apartaba la mano, la luz se retiraba de mí. Yo sentía consuelo y recobraba la esperanza. He aquí lo que pueden la mano y la oración del sacerdote.

Esta noche he padecido espantosos dolores en todo el cuerpo y sed abrasadora, pero no me he atrevido ni me atrevo aún a beber. Por último perdí el conocimiento y hoy, por la mañana, creía morirme, pues toda la noche la había pasado como en agonía. Quise decir en mi interior: "Jesús, María, José", pero ni siquiera eso podía decir. Entonces conocí y experimenté que el hombre no puede nada, que no puede pensar en Dios si Dios no le ayuda con su gracia y que el simple deseo de pensar en Él es también una gracia de Dios. Supe que vino el padre Niesing, pero yo no podía mover ningún miembro ni hablar. Sabía que traía consigo un libro, y conocí con esperanza que iba a rezar por mí. Cuando él comenzó a rezar, su compasión penetró en mi alma como calor, y volví en mí, y pude decir con profunda devoción los nombres de Jesús, María y José, y la vida me fué restituída como un don de la bendición sacerdotal.

29. Reconoce las reliquias que lleva el capellán Niesing.

No dejaba de admirarme que no se quemara, y casi me parecía cosa de risa que recorriera todo el camino sin ver lo que llevaba, ya que el relicario arrojaba llamas de colores como el arco iris. Al principio sólo veía el resplandor, pero cuando se acercó Niessing, percibí el relicario. El que lo llevaba pasó delante de mi habitación y atravesó la ciudad.

Esto no lo podía yo comprender; casi estaba turbada pensando que llevaría las reliquias a otra casa. Estas reliquias me dieron mucho que pensar; conocí que algunas de ellas eran muy antiguas; otras no tanto; habían sido sacadas de su lugar en tiempo de los anabaptistas.

30. Milagrosamente recibe una imagen de la Virgen.

Una noche, mientras estaba rezando a la Virgen, arrodillada delante de la mesita de mi celda, ví una mujer resplandeciente pasar a través de la puerta cerrada, avanzar hasta el lado menor

de la mesa e hincarse como para rezar. Tuve un momento de temor, pero a pesar de todo permanecí tranquilamente en oración. Entonces la aparición arrodillada puso delante de mí una pequeña imagen en escultura de la Madre de Dios, alta como una mano, de blancura deslumbrante; después ella dejó posar su mano abierta sobre la mesa por algunos momentos, por detrás de la imagen. Yo me retiré un poco atrás por timidez y la mano acercó a mí la pequeña imagen, a la que yo rendí homenaje en mi interior. La aparición se desvaneció, pero la imagen quedó. Representa una Madre de pie, teniendo al Niño en sus brazos; ella es de una belleza admirable y parece de marfil. La he llevado muchos tiempo conmigo con grande respeto; más tarde, por una inspiración interior, la he donado a un sacerdote extranjero, a quien le fué retirada la imagen en la hora de la muerte.

31. La flor maravillosa.

Recibí de María una flor maravillosa que se abría cuando era puesta en el agua. Cerrada. parecía un botón de rosa. Cuando estaba abierta desplegaba pequeños pétalos de variados colores, muy delicados, que estaban en relación con los diversos efectos espirituales que esa flor debía producir en mí. La flor tenía un perfume de una suavidad inexplicable. La puse en mi vaso y durante más de un mes yo bebía el agua en que había estado sumergida. Al fin me puse inquieta por querer saber a dónde podía yo llevar ese regalo saludable para que no fuese profanado; fuí advertida, entonces, en una visión, que debía hacer componer una nueva corona a la imagen de la Madre de Dios, que estaba en la iglesia del convento, y colocar en ella esa pequeña flor. Cuando le hablé de esto a la superiora y al confesor, me exigieron que yo ahorrase mi dinero y que esperase antes de poner en práctica mi proyecto. Pero me fué mandado otra vez no esperar más tiempo; por esto mi confesor dió el permiso pedido. Hice preparar la corona en el convento de las Clarisas de Münster y le agregué mi flor. Como las hermanas no estuvieron bastante atentas por tener en buen estado el adorno de la estatua de María, yo no dejaba de mirar la corona. He visto a la pequeña flor allí hasta la supresión del convento; después desapareció y me fué mostrado en visión que fué llevada a otro lugar.

32. Recibe un frasco lleno de bálsamo.

Recuerdo que recibí de mi guía un frasco lleno de bálsamo. Era un licor blanquecino, semejante a un aceite espeso. Me serví

de él en una grave herida que me hizo un canasto lleno de ropa blanca mojada que cayó sobre mí y pude también curar con ese bálsamo a otros pobres enfermos. El frasco tenía forma de pera con cuello delgado y alargado; su tamaño era como el de una botellita o pomo de perfumes. Era de una materia muy transparente y lo tuve mucho tiempo en mi armario.

En otra época recibí también pequeñas porciones de un alimento muy dulce al paladar, del cual comí por bastante tiempo y del cual daba a los pobres para curarlos. Habiendo hallado esto en mi poder, la superiora me dió una reprensión, pues yo no pude decir de dónde lo había recibido.

33. Satanás se aparece fingiéndose ángel.

Padecía tan agudos dolores en las llagas que me ví precisada a gritar en alta voz, porque ya no podía soportarlos. La sangre se dirigía violentamente hacia las llagas como impulsada de un modo intermitente. De pronto se me apareció Satanás fingiéndose ángel de luz, y acercándose me dijo: "Traspasaré tus llagas y mañana estarán curadas; ya no volverán a dolerte ni te atormentarán más". Al punto le conocí y le dije: "Vete, que no me haces falta. Tú no me has causado estas llagas; nada quiero contigo". Entonces saltó y se arrojó como un perro debajo de un armario. Después de un rato volvió y me dijo: "No creas que, porque te figuras que vas siempre con Jesús, estás siempre con Él. Todo esto procede de mí. Yo soy el que te muestro todas las cosas que tú ves; también yo tengo mi reino". Siempre le ahuyenté con mis respuestas.

Ya era muy tarde cuando volvió otra vez y me dijo con toda claridad: "¿Por qué te atormentas sin saber cómo ni cuándo? Todo lo que tienes y ves, procede de mí. A pesar de todo, yo tomaré posesión de ti. Luego, ¿por qué quieres atormentarte de este modo?" Yo le respondí: "¡Apártate de mí! ¡Quiero ser de Jesús! Quiero amarle a Él, y maldecirte a ti, y padecer penas y dolores, según su voluntad". Mi angustia era tanta que pedí al confesor que me bendijera. Entonces huyó el enemigo.

Esta mañana, estaba yo diciendo el Credo, cuando se me apareció Satanás y me dijo: "¿De qué te sirve rezar el Credo?... No entiendes palabra de él; pero yo te lo explicaré y lo comprenderás y lo sabrás". Yo le dije: "No quiero saber, sino creer". Entre tanto me temblaban los brazos y las piernas. Por último desapareció.

34. Su divino Esposo le manda dar camas a los pobres.
(21 de Diciembre de 1819)

Esta noche sentí mucho frío y me acordé de los pobres que se hielan de frío. Ví a mi Esposo que me dijo: "Tú no tienes verdadera confianza en mí. ¿He permitido yo que te hieles de frío? ¿No te he dado todo lo que necesitas? ¿Por qué no das a los pobres las camas que hay allí sobrantes? Cuando tú las necesites yo te las daré".

Me avergoncé y me propuse darles las camas que no hacían falta, a pesar de la oposición de mi hermana. Cuando los parientes quisieren venir a visitarme, podrán dormir sobre un jergón, y si no les parece bien, que se queden en sus casas.

35. Satanás la atormenta y se ayuda con la estola del confesor.
(2 de julio de 1821)

He pasado una noche espantosa. He visto acercarse a mi lecho un gato negro y saltar a mis manos. Le así por las patas y lo eché de la cama, queriendo matarlo, pero se me escapó y huyó. Estaba despierta viendo todo lo que sucedía en torno mío.

Vi a la niña (*) dormida e intranquila y temí que viera mi lastimoso estado. Toda la noche hasta las tres de la mañana siguió maltratándome el enemigo bajo la figura de un no sé qué de negro y espantoso. Me dió golpes y me arrojó fuera del lecho, de manera que tocaba yo con las manos el suelo. Me arrojó hacia adelante con las almohadas y me oprimió con mucha violencia. Todo esto y el haberme levantado en alto, me causó indecible angustia. Yo veía con toda claridad que aquello no era sueño y sabía todo lo que hacía. Tomé las reliquias y la cruz, pero no sentí ningún auxilio.

Rogué al Señor y a todos los santos me dijeran si por ventura pesaba sobre mí algún pecado o si poseía injustamente alguna cosa; pero no obtuve respuesta. Conjuré al enemigo, en nombre de todos los santos, que me dijera qué derecho tenía sobre mí. Nada me respondió y siguió atormentándome. Asíame de la nuca o ponía sobre mis espaldas sus garras frías como la nieve. Por último, habiendo podido llegar, arrastrándome sobre el suelo, hasta el armario que está a los pies de la cama, tomé la estola del confesor que estaba allí guardada y me la puse al cuello. Entonces dejó de tocarme y aún me dió respuesta, hablándome con tal seguridad y astucia que me admiró de tal modo que uno podría creer que tenía razón. Reprendióme como si

(*) Se refiere a su sobrina.

yo hubiera echado a perder muchas cosas y le hubiera causado muchos daños y como si tuviera él los mayores derechos. Habiendo preguntado yo al Señor si tenía en mi poder injustamente alguna cosa, el mismo enemigo me respondió diciendo: "Tienes ciertamente algo que es mío". Yo le repliqué: "Sí, tengo de ti el pecado, que contigo sea maldito. Pero Jesucristo ha satisfecho por él. Toma, pues, tu pecado y consérvalo y vete con él a los infiernos".

No puedo decir lo mucho que sufrí entonces.

36. El "lignum crucis" la alivia.

Dícele a su confesor, el cuál le mostraba una reliquia de la Santa Cruz y de la lanza:

Tambien yo la poseo *(reliquia de la Cruz):* la tengo en mi corazón, sobre mi pecho. Tengo otra reliquia de la lanza. En la cruz estaba el Cuerpo y en el Cuerpo la lanza. ¿A cuál de las dos amaré más? La cruz fué el instrumento de la Redención; la lanza ha abierto una espaciosa puerta al amor. La partícula de la cruz mitiga mis dolores y hasta me los quita. Muchas veces, al ver que el *lignum crucis* dulcificaba tanto mis dolores, decía yo al Señor confiadamente: "¡Oh, si el padecer en esta Cruz te hubiera sido tan dulce, esta partecita de ella no me dulcificaría tanto!"

37. La sangre de sus propias llagas. *(11 de julio de 1821)*

Al ver la página de un libro manchada en sangre:

¿Qué florecilla tan delicada es esta blanca y roja que viene del libro a la palma de mi mano? Tocó en las llagas de Jesús.

38. Una medalla de San Benito.

También ha sido bendecido el terciopelo. Esta es una medalla de San Benito bendecida; está consagrada con una bendición que San Benito dejó a su Orden y que se funda en el milagro que hizo el santo cuando quisieron envenenarle algunos monjes San Benito hizo la señal de la cruz sobre la copa que contenía el veneno y la copa se hizo pedazos. Tiene virtud contra la peste, el veneno, las artes mágicas y las tentaciones del demonio. El terciopelo rojo en que está cosida reposó en el sepulcro de Wilibaldo y de Valburga y procede del lugar de donde mana el óleo de Santa Valburga. La medalla está consagrada en aquel convento.

39. Multiplicación de monedas.

Un día el Vizconde de Galen me obligó a recibir dos piezas de oro que yo debía repartir a los pobres en su nombre. Las hice cambiar en monedas pequeñas y con el producto de ellas mandé hacer vestidos y calzados, que luego distribuí. Hubo una maravillosa bendición de Dios sobre esas monedas, pues todas las veces que las distribuía en partes, volvía a encontrar las dos piezas de oro en mi bolsillo y así las hacía cambiar de nuevo. Esto duró más de un año y con ese dinero socorrí a muchos pobres. Esta gracia tuvo fin cuando a consecuencia de una enfermedad quedé por dos meses sin poder hacer movimientos y la mayor parte del tiempo sin conocimiento. Como todas *(las hermanas)* se apoderaban de mis cosas, Dios retiró de mí lo que podía haber sido motivo de escándalo.

40. Declara la virtud que surge de varios objetos sagrados.
(17 de agosto de 1821)

San José y San Antonio han estado conmigo, y San Antonio me ha puesto la cruz *(se le había perdido el lignum crucis)* en mi propia mano. Nunca he visto lucir ninguna imagen milagrosa; pero sí he visto enfrente de ella un sol luminoso, del que recibía rayos que luego reflejaba sobre los que hacían oración. A la cruz del camino de Koesfeld nunca la he visto brillar, pero sí a la partícula del *lignum crucis* que se hallaba dentro de ella; y he visto que los rayos que de ella salían pasaban a través de la cruz y descendían sobre los que oraban.

Esto es cosa buena *(un Agnus Dei que le regalaron)*. Ha sido tocado por la virtud, está consagrado; pero aquí, en las reliquias, poseo yo la virtud misma. La bendición brilla *(habla de una cruz bendecida)* como una estrella; honrémosla, pues. Pero los dedos del sacerdote *(dirigiéndose al confesor)* son todavía cosa mejor. Esta cruz puede ser destruída, pero la consagración sacerdotal es indeleble, eterna; no hay muerte ni infierno que puedan borrarla. En el cielo, en cambio, será visible y más señalada. Procede de Jesús, que nos ha redimido.

Está bendecida *(se refiere a una imagen)*. Conservadla cuidadosamente, y no la tengáis entre objetos no santos. Al que honra a la Madre de Dios, ella le honra también, intercediendo por él delante de su Hijo divino. En las tentaciones es muy bueno ponerse estas cosas sobre el pecho; guardadla, pues, cuidadosamente. ¡Ah, es la imagen de la Virgen! Esta imagen ha sido tocada en una imagen milagrosa.

41. Su única Madre.

Era yo niña y me hallaba en casa mortalmente enferma. Estaba enteramente sola; mi padre y mi madre habían salido; pero vinieron muchos niños de la vecindad, hijos del alcalde, y toda clase de niños, que me asistían y se mostraban buenos y cariñosos conmigo. Cortaron ramos verdes pues era el mes de mayo y los clavaron en el suelo del jardín formando una choza con muchos ramajes y me recostaron en ella. Venían y me traían juguetes tan bellos como nunca los había visto: muñecas, pesebritos, instrumentos de cocina, animales, angelitos. Con todos ellos jugaba hasta por la mañana. A veces creo que estas cosas preciosas deben estar allí todavía. Hoy, después del mediodía, he llorado aún mucho y una vez estreché fuertemente contra mi corazón a la Madre de Dios repitiendo esta invocación: "¡Tú eres mi Madre, mi única Madre!" Con esto recibí mucho consuelo.

42. Visión consoladora.

Vi una multitud de hombres acercarse a una gran pradera hacia donde yo miraba. Uno de ellos descollaba sobre todos los demás. Habría allí como un centenar. Y dije para mí: "¿No es éste el lugar donde el Señor dió de comer a miles de personas?" Y vino a mí el Señor con todos los discípulos y le ví escoger los doce de entre la multitud. Vi que fijaba los ojos, ya en uno, ya en otro y los conocí a todos: a los ancianos y a los robustos jóvenes. Vi que los enviaba en todas direcciones, en medio de los pueblos y los seguía con la mirada. Y como yo me preguntara interiormente a mí misma: "¿Qué podrán hacer éstos entre tanta multitud?", el Señor me dijo: "Su voz suena muy lejos. También ahora son enviados muchos. Quienes quiera que sean, hombres o mujeres, pueden hacer esto. La salud que aquellos doce trajeron, la traen también ahora éstos a quienes envío, aunque sean ignorados y despreciados". Conocí que esta visión debía servirme de consuelo.

43. Otra visión consoladora.

Me hallaba en la casa paterna y me parecía como si fuera a desposarme. Las almas por quienes había hecho oración venían y me traían toda suerte de regalos, que colocaban en la carroza nupcial. La casa nupcial era la escuela adonde había ido yo cuando niña; ahora parecía mucho más grande y hermosa. Dos santas religiosas ancianas eran las doncellas que me acompañaban. Luego llegó el Esposo en una carroza. Entre tanto yo decía en mi interior: "Ahora vengo por tercera vez a esta es-

cuela. La primera vez vine siendo niña y en el camino se me aparecía la Madre de Dios con el Niño y me decían que aprendiera mucho, que Él sería mi Esposo. La segunda vez, cuando entré en el convento y aquí en la casa de esta escuela se celebró mi desposorio, en una visión. Ahora vengo por tercera vez a celebrar las bodas". Todo era magnificencia y la casa estaba llena de frutos. La casa y el jardín estaban elevados sobre la tierra y desde arriba yo veía a la tierra, oscura y desierta.

44. Habla de Clemente Brentano.

Un día le dijo Ana Catalina al poeta Clemente Brentano mientras le confiaba sus visiones:

Muchas veces me admiro de poder hablarle a usted en confianza y decirle muchas cosas de las cuales no acostumbro hablar a nadie en presencia de otros. En el primer momento ya le conocía, pues le había visto antes que viniera. Con frecuencia se me ha presentado en mis visiones un hombre de rostro moreno, que parecía estar escribiendo junto a mí; y así cuando usted entró por primera vez en mi habitación, me dije a mí misma: "Este es aquel hombre".

INDICE

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. JOSÉ FUCHS, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
DANIEL GARCÍA - MANSILLA

Estudio crítico por
JUAN CARLOS MORENO

TOMO PRIMERO
LIBRO II

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

SEGUNDA PARTE

VISIONES GENERALES

CAPÍTULO I

VISIONES DE SI MISMA

INTRODUCCION

Ana Catalina poseía el don excelso de discernir las reliquias verdaderas y falsas. Al tiempo que tomaba entre sus dedos un hueso, inmediatamente gozaba de la visión de la imagen y tenía el conocimiento intelectual de la vida y de la obra del santo al que pertenecía.

En cierta ocasión Clemente Brentano puso en sus manos una costra de las llagas de la propia estigmatizada. En posesión de su propia reliquia, Ana Catalina tiene una serie de visiones conmovedoras de sí misma, que relata como si se refiriesen a otra persona. De este modo se conocieron muchos espectos de su vida y de su condición como víctima expiatoria, que tal vez nunca hubiera contado voluntariamente, por humildad.

1. Visión de su propia persona.
(15 de Diciembre de 1819)

El Peregrino pone sobre su pecho una reliquia de San Ludgero y junto a ella unas costras de los estigmas de Ana Catalina. La vidente, en estado extático, exclama conmovida:

¡Oh qué buen Pastor! Ha venido atravesando el ancho mar Su cuerpo descansa en una antigua iglesia de mi país. Es el mismo a quien ayer han quitado un dedo.

Pero hay aquí además otra persona a la que hace tiempo que no he visto. Es cosa rara; aquí hay algo oscuro a mis ojos. Tiene estigmas, es agustina. Viste un traje como el mío de hace algún tiempo, medio de religiosa. Es cosa curiosa; debo vivir todavía; debe vivir en alguna casucha. Esto es oscuro. ¡Cuánto padece esta persona! En verdad que puedo tomar ejemplo; todos mis dolores son nada en comparación con los suyos. Sin embargo, es cosa notable, está tan contenta que nadie se imagina lo que padece. Parece que ni siquiera ella lo sabe. Veo a su lado tantos pobres, tantos niños... Me parece que los conozco a todos. A esta persona parece que la han escondido a mis ojos. Mis amigos y conocidos creo que también la conocen. ¡Pobre corazón el suyo,

circundado de una corona de espinas! ¡Qué extraños los que la rodean! ¡Cuántos están mirándola y acechándola! ¡Cuánto tiene que padecer aún por casos que ocurren lejos de ella! ¡Y qué serena y alegre está, saltando como un corzo! Aquí puedo tomar ejemplo: en esto veo cuán miserable soy!

2. Se admira de sus propios dolores.

Esta noche he tenido una visión admirable; todavía no puedo darme cuenta del todo. Aquí debe haber alguna persona oculta, cuyas circunstancias son iguales a las mías. Ha tenido estigmas durante algún tiempo. He visto, durante esta noche, todo el curso de sus padecimientos. Debe haber estado en nuestro convento. Todas las monjas, menos yo misma, se hallaban en torno de ella. Padecía espantosos tormentos sin que nadie supiese algo de ello; sin embargo, estaba siempre alegre. No puedo darme cuenta de cómo sucedía todo esto. Yo nunca he padecido tanto ni recibido tantas gracias como ella. Vergüenza me causa considerar mi flaqueza. Quizás haya estado esa persona en el convento antes que yo; pero sus circunstancias eran tan semejantes a las mías que es cosa singular. No dejo de cavilar pensando quién podrá ser.

He aquí que veo a esta persona pobre y enferma en miserable estado. El párroco de Haltern debe conocerla. Ella yace frente a mí y está mucho más enferma que yo; pero es paciente. Está en grave peligro, aunque el párroco le ha ayudado mucho. No puedo mirar sus dolores por más tiempo, puesto que me enfermo más. Quisiera rezar por ella. Ella me debe servir para humillarme, pues es mucho mejor que yo, está más enferma y es más paciente.

3. Ve otras circunstancias de su vida.

Ví a esa persona como religiosa; después tuvo que salir del convento; luego la ví postrada en el lecho. También la había visto antes de entrar en el convento. En el convento la ví padecer indecibles dolores secretos desde el principio de su noviciado. Ví su corazón cercado de rosas que luego se convirtieron en espinas y ví que estas espinas la traspasaban enteramente; en su pecho penetraban multitud de dardos y agudas puntas. Las otras monjas que estaban con ella y las que se hallaban lejos de ella, la odiaban, la tenían por sospechosa y la calumniaban. Todos estos pensamientos de las religiosas, aunque no se ponían por obra, eran como agudas flechas que le disparaban: en todo su cuerpo no había ni un solo punto sano. Ví que aún las acciones

ejecutadas lejos de ella penetraban verdaderamente en su cuerpo a manera de dardos. Una vez ví completamente desgarrado su corazón. Entre tanto, siempre estaba alegre y era benigna con todos como si no supiera lo que le pasaba; realmente parecía que lo ignoraba. Me inspiró tan viva compasión, que sentí en mí todos sus dolores. Toda su alma la veía yo transparente y cuando le sobrevenía un nuevo dolor, veía en ella rayos rojos encendidos y manchas, sobre todo en su pecho y en su corazón En su cabeza ví siempre una corona de espinas de tres clases diferentes: unas tenían flores blancas con estambres amarillos; otras, anchas hojas y flores también blancas, y las otras, como rosas en capullo. A veces se oprimía la corona contra la cabeza y entonces veía yo penetrar las espinas en ella.

4. Su vida de expiaciones alegrada con apariciones de Jesús y María.

La ví ir de un lugar a otro en el convento y trabajar, y ví que los pájaros se posaban familiarmente sobre ella. Muchas veces se quedaba inmóvil; entonces veía algunas veces un hombre, que la levantaba y la conducía a su celda, la cual nunca se me representó con claridad. Siempre había al lado de ella un espíritu que la ayudaba. Ví al demonio dando vueltas en torno suyo y enfurecerse y asaltarla personalmente y alborotar en la celda. Sus pensamientos estaban siempre en lugar distinto de donde estaba su cuerpo. La ví muchas veces en la iglesia, ante el Santísimo, y al mismo tiempo arriba, en su celda, o en la cocina, o en otros lugares. Una vez la golpearon los malos espíritus. Con mucha frecuencia se veía rodeada de numerosos santos.

La ví tener mucho tiempo en sus brazos al Niño Jesús. La ví en medio de todas las monjas y el Niño Jesús a su lado. Ví que una vez estando ella a la mesa todas le dirigían palabras punzantes y que entretanto estaba ella allí con numerosa cohorte de bienaventurados. Aunque estaba muy enferma, hacía hostias y un espíritu la ayudaba. La ví enferma y abandonada y que dos almas de religiosas le hacían la cama y la conducían de un lugar a otro. Muchas veces estuvo a punto de morir: parecía su muerte inevitable; las medicinas naturales no le servían. Aparecíasele ya una Señora hermosa y resplandeciente, ya un apuesto mancebo, como acostumbra a mostrarse mi Esposo, y le llevaban medicinas en frascos, plantas o manjares y los ponían detrás de la cabecera de su lecho, en una tablita que había allí oculta.

Una vez, estando en oración junto a la mesa, recibió de una de esas piadosas apariciones una imagen de la Madre de Dios. Un joven, que flotaba en el aire a su derecha, le dió un corazón, donde había una imagen de la Virgen. Ví a este celestial Esposo llegarse a ella y darle un anillo con una piedra preciosa y la imagen de María grabada en ella y ponerle aquel anillo en el dedo y al cabo de algún tiempo volver y llevarse la joya. Ví que muchas veces venían los espíritus, estando ella enferma, y ponían sobre su pecho toda clase de dones y que luego se los llevaban cuando había sanado. Ví que muchas veces, hallándose en peligro de muerte, fué milagrosamente asistida. Una vez se hallaba en lo alto de un desván, subiendo una canasta de ropa blanca recién lavada; abajo había otra monja que tiraba de la cuerda para elevar la canasta. Ya estaba la cesta de ropa casi en lo alto, cuando la que estaba arriba intentó tomar la canasta con una mano mientras sujetaba la cuerda con la otra. En aquel momento el demonio hizo ruido en el patio y la monja que estaba abajo se volvió para ver lo que sucedía y soltó la cuerda. Aquélla fué arrastrada violentamente; pero alguien sujetó la cuerda y así, gracias a la protección divina, se quedó en lo alto juntamente con la canasta de ropa, librándose de una caída mortal. Pero se lastimó y tuvo que pasar grandes dolores. Ví que fué socorrida de muchos y admirables modos por el Angel de la Guarda en peligros de cuerpo y alma, pues muchas veces estuvo casi a punto de perder la paciencia a causa del íntimo dolor que sentía viéndose perseguida. Ví después que dos personas la sacaron del convento, mortalmente enferma, y que no hubieran podido sacarla viva si no la hubiesen ayudado otros seres más poderosos.

5. Otras maravillas de su propia existencia.

Fuera del convento la ví con el mismo traje que ahora tengo yo. También la ví padecer aquí los mismos dolores interiores y recibir las mismas gracias. Muchas veces la ví enteramente abandonada y gravemente enferma.

También aquí la ví una vez en dos lugares al mismo tiempo, en el lecho y andando por la habitación, mientras que varias personas estaban a la puerta observándola. La ví en el lecho muy enferma, inmóvil y con los brazos en cruz. Tenía el rostro encendido como una rosa, cuando descendió a la derecha de su cama una cruz resplandeciente que oscilaba en el aire. En esta cruz estaba el Salvador; de las llagas de sus manos y de sus pies

salían rayos rojos que iban a las manos y a los pies de esta persona, y del costado del Señor al costado de ella. De cada llaga del Salvador salían tres rayos como hilos delgados que se juntaban abajo, formando un dardo en el punto donde tocaban el cuerpo de ella. Los rayos que salían de la llaga del costado de Jesús eran más anchos, estaban más separados entre sí y acababan en forma de lanza. En el momento de tocar estos rayos el cuerpo de la enferma, ví que brotaban gotas de sangre de sus manos y de sus pies y del costado derecho. Ví que todo esto se supo y que comenzó a hablarse del caso en la ciudad y que después se ocultó y se guardó secreto. Ví que el confesor, del todo fiel, pero siempre tímido y desconfiado, la puso incesantemente a prueba. Vino a examinarla una comisión muy severa y rigurosa y tuve la alegría de ver que pronto se convencieron todos de la verdad. También la vigilaron otros de la ciudad y, como siempre, fué protegida por seres sobrenaturales. El Angel Custodio estaba siempre con ella.

Más tarde ví a su lado a un hombre que escribía privadamente. Este hombre no era sacerdote.

6. Ve las investigaciones de sus estigmas.

La ví sometida de nuevo a una investigación que comenzó muy cortésmente; pero en el fondo sólo se veía por doquiera al demonio. La ví en frecuentes peligros de muerte y curada por medio de apariciones. Víla engañada y maltratada de todas maneras, por lo cual su corazón estaba destrozado, aunque parecía exteriormente tan alegre. En medio de todos sus tormentos turbábala y molestábala continuamente su hermana (*), en la cual advertí una malicia y perversidad inconcebibles. Sentí mucha compasión de la enferma y me admiré de que todo lo soportase con tanta paz y resignación. Todos sus dolores los sentía yo en mi corazón. De buen grado le hubiera preguntado cómo se conducía de aquella manera. Preguntéle a mi guía si podía interrogarla y hablarle confiadamente y él me dijo que sí. Entonces le pregunté cómo se las había para padecer y sufrir, con tanta paz, todos aquellos males; pero ella no me respondió más palabras que éstas: "Como tú"; lo cual me admiró mucho.

(*) Su hermana menor Gertrudis fué llamada para asistir a la vidente. De esta joven dice el Peregrino: "La hermana era uno de los mayores tormentos de Ana Catalina, que la sufría con paciencia; era muy corta, sin talento, sin afabilidad, colérica y caprichosa; no presta ni los servicios más urgentes a su paciente hermana". Durante seis años toleró Ana Catalina a Gertrudis, quién sólo después de su muerte cambió de carácter.

7. Ve diversos episodios de su juventud.

Ví después que aquella persona vivió en casa de una costurera muy buena y rigurosa. Ví que una vez se quitó en la calle una prenda de su vestido para dársela a una pobre. Ví que el demonio la acechaba; pero no se llegó a ella, sino que le envió instrumentos suyos para que la tentaran. Uno de ellos fué un hombre casado que la seguía, pero ella no quiso ni siquiera oírle. Tres veces ví al demonio poner acechanzas a su vida. Dos veces quiso echarla debajo de un tablado, adonde subió por una escalera para dormir. Estaba allí levantada para hacer oración cuando ví que una negra y abominable sombra la empujaba hacia la orilla, pero el Angel de la Guarda la salvó. Otra vez, camino del *Vía crucis*, cerca de un foso por donde muy pocas personas pasaban, ví que quiso echarla al fondo en un lugar que se llama la ciudadela, pero también la libró de aquel peligro el Angel Custodio. Durante este tiempo la ví conversar frecuentemente con su celestial Esposo y desposarse una vez con Él. No sé si en esta visión hubo cambio de anillos. Ví que estas pláticas eran sencillas y como infantiles.

Hallábase ella orando en la iglesia de los Jesuitas, a eso del medio día. También estaba allí la joven Söntgen. Estaba enteramente arrobada y al mismo tiempo encendida en deseos. Un mancebo resplandeciente, su celestial Esposo, salió del Sacramento y descendió del altar. Tenía en la mano una corona de flores y otra de espinas; ella tomó la de espinas. El Esposo se la puso en la cabeza y se la oprimió contra ella, causándole vivísimos y penetrantes dolores. Entre tanto el sacristán hacía tiempo que estaba haciendo ruido con las llaves de la iglesia. La joven Söntgen parecía haber notado algo en su estado, pero le era enteramente desconocida su significación. De la sangre no supo aquélla nada hasta que sus compañeras le dijeron que tenía manchas en la venda que llevaba en la cabeza. Sin embargo, el que estas manchas procedían de sangre lo mantuvo oculto hasta que entró en el convento y allí sólo una persona tuvo noticia de la verdad. Víla también en casa de Söntgen; daba todo cuanto poseía. Estableció la paz en aquella casa, lo cual le causaba mucha alegría.

La vi trabajar en el campo y crecer extraordinariamente en el anhelo de entrar en el convento y enfermar gravemente y por último decidirse a entrar en religión. Volvió a su casa enferma, vomitando siempre, y tan afligida, que su madre le preguntó la causa de aquel estado. Ella le dijo que quería

entrar en el convento. La madre se disgustó (*) mucho y le preguntó de qué modo esperaba lograr su deseo, si no tenía bienes y además estaba enferma. Díjoselo a su marido y ambos la reprendieron severamente. Ella respondió que Dios podía ayudarla. Estaba muy enferma y tuvo que guardar cama. Era hacia el medio día. La madre estaba sola en la casa; el sol entraba por la ventana. Vi que ella estaba durmiendo y que un hombre y dos religiosas, radiantes de luz, entraron en la habitación y se acercaron a su lecho. Llevaban un voluminoso libro de pergamino, escrito en letras rojas y doradas, con la imagen de un hombre en la portada y otras pinturas semejantes en el interior; la encuadernación era amarilla, sin broches. Diéronle ese libro diciéndole que cuando lo hubiese estudiado, sabría todo lo que debe saber una religiosa. Ella respondió que lo leería gustosa y lo tomó y se lo puso sobre sus rodillas. Estaba en latín, pero ella lo entendía todo y lo leyó con mucha diligencia. Vi que llevó consigo este libro al convento y que aún allí siguió leyéndolo Luego la vi en otro lugar y vi que el padre espiritual la halló muchas veces en oración, rígida y sin movimiento. Vi que se le apareció el Señor el día de San Agustín y le hizo una cruz en el estómago, y que ella recibió de sus manos una cruz que se la puso sobre el pecho y luego se la devolvió al Señor. Aquella cruz era blanca y blanda como la cera. Después estuvo mortalmente enferma hasta casi la Pascua de Navidad y le fueron administrados los Sacramentos. Se durmió y soñó que veía a María en Belén sentada al pie de un árbol. Habló con ella y le dijo su ardiente deseo de morir y quedarse allí con ella. Después despertó; vi la cruz acercarse a ella y vi que ella recibió los estigmas. Volví a verla luego cuando se hizo el examen inquisitorial y ví que había adelantado mucho en la lectura del libro. Después la ví en esta casa y en la de Mersmann. Vi los peligros de muerte que corrió y los socorros celestiales que recibió. Vi, por último, lo futuro y la inquisición eclesiástica.

8. Con ocasión de la vida de Santa Ludgarda ve otros episodios de su niñez.

He visto entonces una serie de visiones de la vida de una persona que, según he sabido luego, soy yo misma. Con frecuencia veía estas representaciones enfrente de las que se referían a Santa Ludgarda y pude así considerar la semejanza de gracias

(*) El padre y la madre, aunque piadosos, compartían el error, común entre cristianos, de oponerse a la vocación de sus hijos al estado religioso. Más tarde reconocieron su error.

divinas y el modo de recibirlas de cada una de ellas. Ví a esta persona perseguida por el demonio desde niña. Ví a esta niña orar en el campo en diferentes lugares donde sentía que pesaba alguna maldición o la influencia del demonio. Ví que el demonio bramaba en torno de ella y la golpeaba y arrastraba por el suelo; que ella se apartaba por de pronto de aquel lugar, pero luego cobraba ánimo y volvía con fe firme y confianza sencilla y decía al demonio: "Miserable, no podrás lanzarme de aquí. Sobre mí nada puedes y nada podrás en adelante sobre este lugar". Y se arrodillaba allí mismo, seguía orando fervorosamente y el demonio huía. Ví que no pudiendo inducir a la molicie a aquella niña, intentó debilitarla con castigos excesivos a fin de que muriera; pero ella, a pesar de las astucias del demonio, redobló sus esfuerzos.

Una vez se hallaba sola en su casa, cuya custodia le había encomendado su madre. El demonio le envió una vecina vieja que le dijo, con intención no buena, que fuera a su huerto y sacara peras maduras antes que su madre viniera. Fué la niña corriendo. Había entre la paja un arado oculto y se dió con él tan fuerte golpe en el pecho que quedó en el suelo sin sentido. Ví que cuando volvió la madre, la halló en ese estado y la hizo volver en sí con fuertes sacudidas. La niña sintió el golpe por mucho tiempo.

9. Las constantes asechanzas de Satanás.

Ví a Satanás engañar a la madre y extraviar su juicio de tal modo que durante algún tiempo pensó mal de su hija y la castigó muchas veces sin culpa y la apartó de sí. Pero la niña lo soportaba todo con paciencia y se lo ofrecía a Dios, con lo cual quedaba vencido el demonio. Una vez que estaba la niña orando en el campo de noche, el demonio indujo a un joven para que la turbara y molestara; pero ella lo lanzó de allí y continuó en su oración. Ví al demonio derribarla de espaldas desde lo alto de una escalera, pero el Angel la contuvo. Una vez iba por una senda muy estrecha junto a una profunda zanja llena de agua, por no pisar las mieses, y el demonio la empujó en el foso; pero no pudo hacerle daño alguno. Otra vez el demonio la echó al agua en cierto lugar donde había tanta como la altura de dos hombres y la empujó tres veces hacia el fondo, pero el Angel de la Guarda la sacó siempre afuera y a flote. Ví que el demonio, cuando a la hora de acostarse subía la niña a la cama, rezando sus oraciones, con manos frías como la nieve la agarraba por las piernas y la derribaba. De esto me acuerdo

muy bien. La niña no decía nada de lo que le sucedía y redoblaba sus oraciones y triunfaba del enemigo. Ví que siempre estaba acompañada de las almas del Purgatorio, a las cuales veía. Oraba con fervor por ellas, pero el demonio no la dejaba en paz.

Siendo ya de más edad la asaltó un joven, instigado por el demonio; pero vinieron dos ángeles y la libraron de él. Ví que estando en oración, en el cementerio de Koesfeld, el demonio la echó al suelo y la arrastró; luego, camino a su casa, la arrojó en una zanja que servía para macerar las pieles. Ví todos los asaltos y persecuciones que padeció en el convento y que el demonio la derribó desde lo alto de un desván, quedándose ella colgada maravillosamente de las manos. Nunca ví que el demonio pudiera suscitar en ella movimiento alguno carnal, ni que siquiera lo intentara.

Ví todo el proceso de la investigación que se hizo respecto de su vida y a Satanás muy interesado en aquel negocio. No podría comprender que ella lo hubiera soportado, si no la hubiese visto siempre asistida de los ángeles y de los santos.

10. Entre la vida y la muerte.

Despojada ya de la venda misteriosa que la hacía creerse otra persona, a partir de aquí Ana Catalina habla ya conscientemente.

Vivo sólo por la misericordia de Dios. Esta noche he visto dos coros de santos y de ángeles sobre mí. Ponían flores, frutos y letras sobre mí; parecía que unos querían que yo muriera y otros que yo viviera aún. Yo creía que ya me había de morir. Yo ya no estaba en mi cuerpo. Le ví yacer, mientras que yo era salvada nuevamente y me circundaban los santos. Unos pedían mi vida, otros deseaban mi muerte y me daban oraciones y méritos. Cierto santo me mostró a un hombre que estaba agonizando en Munster y me dijo que me arrodillara y rogara por él, pues se hallaba en muy mala disposición. Dí al moribundo las oraciones que los santos me habían dado a mí, y como no sabía si mi confesor me permitiría orar de rodillas, pues me lo había prohibido muchas veces el día anterior, envié a aquel santo para que se lo preguntara. Cuando volvió con la licencia, me arrodillé y oré. Ví que llegó un sacerdote al lado del moribundo.

11. Asaltos del demonio.

(17 de Febrero de 1821)

He pasado una noche espantosa. Tres veces me ha asaltado el demonio, maltratándome duramente. Del lado izquierdo de

la cama salía una figura oscura, furiosa, que caía sobre mí, profiriendo terribles amenazas. Yo la rechacé y oré, pero él me golpeó y me lanzó de un lado al otro. Sus golpes eran ardientes y de fuego. Finalmente se fué. Yo pedí y clamé a Dios que me socorriese. Luego volvió y me arrastró de nuevo. Vencile otra vez, pidiendo socorro al cielo; pero me quedé temblando y muy afligida. Por último volvió hacia la madrugada y me maltrató; parecía que me iba a despedazar todos los miembros, que crujían cuando él los apretaba. Tenía conmigo las reliquias y el *Lignum crucis* y Satanás huyó. Luego se me apareció mi Esposo y me dijo: "Tú eres mi esposa". Yo me quedé tranquila.

Cuando llegó el día, todas las cosas que había en la habitación se hallaban en el mayor desorden.

(18 de Febrero de 1821). El enemigo venía a mí en formas diferentes y me desgarraba las espaldas. Muchas veces se muestra grande y aparente como si fuera algo y tuviera que ordenar alguna cosa y quiere darse aire de santo con mucha gravedad, y luego me dice que he hecho una gran injusticia ayudando a alguna alma del Purgatorio, impidiendo alguna maldad, como si con esto hubiera cometido un crimen. Otras veces se me presenta en figura espantosa, con rostro horrible y miembros retorcidos, y me injuria y me oprime y me pellizca y tira de mí. A veces también quiere adularme y lisonjearme. En otras acasiones, lo veo chiquito y astuto, con un cuerno en la cabeza, los brazos cortos y sin codos y las piernas con las rodillas hacia atrás, dando vueltas por todas partes.

12. El demonio la mortifica y Jesús la consuela.

Cuando estaba sola y rezaba, lograba librarme algún tanto y también cuando tomaba en mis manos alguna reliquia. Apenas deponía aquellas reliquias, ya estaba allí de nuevo. Combatí contra él todo el día. Cada vez que el Peregrino quería consolarme, la aparición del demonio se hacía más visible y potente. Era el mismo demonio que estaba siempre presente cuando en casa de Mersmann venían los comisarios *(los examinadores de los estigmas).*

Cuando al fin el enemigo cedió el campo, ví el curso de toda mi vida hasta llegar a la Jerusalén celestial, bajo la figura de un camino duro y escabroso, lleno de precipicios peligrosos, de lazos tendidos por amigos y enemigos dispuestos para atraparme en ellos y hacerme caer. Sobre esos lazos veía ciertas advertencias muy útiles para mí: "Calla. Está atenta. Sufre con pacien-

cia. No mires atrás; mira adelante. No me olvides tan pronto"

Por estas últimas palabras vine a conversación con mi celestial Esposo. De esta conversación salí como una persona nueva, llena de amor y de paciencia con mis padecimientos. ¡Ah, sí!, lo veo ahora: Él me muestra todo lo que he soportado. "Y quién te ha ayudado a soportar todo esto?, me preguntó. ¿Cómo puedes ahora lamentarte? ¡Oh, tú me olvidas demasiado pronto!"

"¡Oh amadísimo Esposo mío, ahora veo todo! ¡Así tenía que suceder para mi bien! Prefiero ser despreciada y burlada contigo, que glorificada en el mundo".

Algunos días después el enemigo me atormentó en mis dolores presentándome toda clase de imágenes de mi propia miseria, haciéndomela insoportable: estuve a punto de sucumbir. Pensaba entre mí: "Voy a reunir todas mis fuerzas y dejar este lugar". Pero no tenía ningún vigor, y caí, porque quería obrar con mis propias fuerzas.

El diablo seguía representándome mi posición como insoportable. Al fin me cansé de estas imágenes y exclamé: "Bien, quiero soportar mi propia miseria junto con mi Señor". En ese mismo memento se me apareció el Señor arrastrando la cruz hacia el Gólgota y tan exhausto de fuerzas, en tan miserable estado, tan pálido, tan cansado, que parecía a punto de desfallecer. Corrí hacia Él. Sentí toda la sinrazón de mis lamentos, deploré mis pecados y tomé la extremidad de su cruz sobre mis espaldas. Entonces adquirí fuerzas, porque obraba por amor de Jesús. Él me representó sus sufrimientos soportados por amor mío y yo me sentí como aniquilada por mi cobardía. Ahora he recibido de Él nuevo vigor.

13. Su martirio y sus expiaciones.

El martirio de mí misma fué en lo alto de un monte, estando en posición yacente, desde donde pude verlo todo. El monte de los profetas estaba enfrente de mí. Todavía siento vivamente el dolor de las ligaduras de esta noche. Una vez tuve una cuerda alrededor de mi cuerpo y al caerme, de improviso, me oprimió y me laceró más cruelmente. No parecía sino que todos mis nervios y venas habían sido desgarrados. Estos martirios para bien de otros, los he recibido después del sacramento de la confirmación. Antes era yo sola la que me martirizaba a mí misma. Todos mis extraños accidentes y enfermedades fueron de este género, especialmente en el convento.

He visto por qué he padecido tantas enfermedades. He visto la imagen de Cristo grande, gigantesca, entre el cielo y la tierra.

Tenía la misma figura y los mismos vestidos que cuando fué objeto de las burlas de los judíos. Sus manos estaban extendidas, pesando sobre el mundo. Era la mano de Dios que le oprimía. Ví rayos de varios colores, pero todos significaban dolor, llanto y ayes que descendían sobre muchos hombres en todo género de estados y condiciones. Cuando yo me compadecía de alguna desdicha y hacía oración, aquellos rayos de dolor venían a herirme, afligiéndome con toda suerte de penas. La mayor parte de ellas las recibí de mis conocidos.

Aquella imagen era de Jesús. Estaba allí también la Santísima Trinidad, de la que, aunque no la ví, sentí su presencia.

14. En nuevos peligros es socorrida por niños y por San Benito.

Después de haber contado que le parecía yacer en un campo donde le azuzaban perros, especialmente un lebrel y un alano, Ana Catalina se encontró de pronto rodeada por veinticuatro niños que había vestido y socorrido en las fiestas de Navidad. Estos niños ahuyentaron a los perros. Luego fué socorrida por San Benito.

Tuve que tomar sobre mí tantas penas, que sin la ayuda de Benito habría perecido. Me prometió ayuda, diciéndome que no me desanimase cuando la ayuda no viniese de inmediato. Entonces tuve una visión, donde me ví a mí misma como si fuese otra persona. Me ví sobre una silla apoyada al muro como moribunda e impotente para hablar y moverme. En torno mío había eclesiásticos y laicos, que pomposamente hablaban de una cosa y de otra y mientras tanto me dejaban morir miserablemente. Tuve por esta criatura la más tierna compasión y ví de repente a San Benito lleno de indignación contra aquellos eclesiásticos; luego se acercó a la moribunda y le habló. Entonces sentí que era yo misma aquella criatura. Avisó que me había mandado la santa comunión, y trajo a un joven y amable sacerdote y mártir, con sobrepelliz y estola, que me administró el Sacramento. Benito me dijo: "No te maravilles de su juventud: es sacerdote y mártir; es mi discípulo Plácido".

Yo sentí que había recibido el Sacramento y me vi salvada. Parece que aquellos señores se dieron cuenta por mi actitud de lo que me sucedía y se mostraron intimidados. Sobrevino también un extranjero envuelto en un manto, que les habló muy severamente y los avergonzó. Benito dijo: "Así son estos sacerdotes: anhelan empleos y oficios y pasan por alto las necesidades, diciendo: No tengo tiempo; no es mi oficio; no se acos-

tumbra, o no tengo órdenes". Plácido me explicó la parábola del Samaritano, y cómo me sucedía a mí lo mismo: el sacerdote y el levita pasaron de largo y un extranjero debió ayudarme.

15. Se le aparece Satanás en figura de eclesiástico.

Cuando después del examen de conciencia me hube encomendado, escondiéndome en las llagas del Señor, caí en grave angustia. Ví junto a mí a un eclesiástico que me dijo haber llegado precisamente de Roma y que traía abundancia de cosas sagradas, de las cuales yo debía tomar. Yo sentía una gran repugnancia hacia él y sus cosas. Puso delante de mí toda clase de crucecitas y de estrellas, pero ninguna estaba en orden y regla; todas eran oblicuas, redondeadas o retorcidas. Me dijo varias cosas: que había hablado con el Papa de mí, que yo no tenía un confesor verdaderamente apto, empleando tan buenas palabras que aun cuando me resultaba repugnante y molesto, yo me decía a mí misma: "Quizás eres injusta con él". Como luego yo mirase de nuevo sus cositas tan curiosas, le dije que no lo tuviese a mal, pero que yo también había recibido recientemente algunas cosas sagradas de Roma y de Jerusalén; que tampoco ellas eran artísticamente preparadas, pero que las suyas me parecían como sacadas de una mina de mármol o de una fosa desierta. Entonces me preguntó cómo podía yo tener un pensamiento tan sospechoso y malo acerca de un hombre inocente como él. Yo, empero, no quise saber más nada de él y le dije: "Tengo conmigo a Dios y los huesos de los santos. No tengo necesidad de ti"; y le volví las espaldas. Entonces desapareció.

Yo temblaba y estaba inundada de sudor y rogué al Señor no dejarme sola en semejantes angustias. Algunos días después se me presentó de nuevo bajo la figura de eclesiástico y por mucho tiempo se afanó con grande hipocresía y sutileza de insinuarme en la mente toda clase de escrúpulos; especialmente me dijo que me mezclaba en demasiadas cosas y otros discursos semejantes. Finalmente descubrí que era Satanás, porque terminó por decirme que yo me metía y me mezclaba en todo y que por esto no tendría paz conmigo en ningún lugar.

16. Sus últimas visiones.

Después de esto he visto a Jesús con Valburga, su bella esposa. A mí misma me he visto tan miserable como un vil gusano. Pedí entonces llegar a ser una esposa como ella y el Señor

me preguntó: "¿Qué es lo que deseas?" "No pecar jamás", le respondí. Luego no ví más.

(9 de Enero de 1824). No puedo aceptar nuevos trabajos. Estoy al borde del sepulcro.

(10 de Enero). Hasta ahora he padecido por otros. Ahora padezco por mí.

(11 de Enero). El Niño Jesús me ha traído esta Pascua muchos dolores; pero esta última noche ha venido y me ha traído muchos más.

(15 de Enero). El Niño Jesús me ha traído muy grandes dolores. Me refirió los dolores, el hambre y la sed que padecieron Él y su Madre. Todo me lo manifestó, así como que entonces sólo tenían una corteza de pan duro. Me dijo: "Eres mi esposa. Sufre lo que Yo padecí. No preguntes por qué. Es caso de vida o muerte". Ahora no sé nada de esto; ni cuanto ha de durar, ni cómo ni dónde he de padecer. He entrado a ciegas en un martirio espantoso y no sé si viviré o si he de morir. En sus manos estoy; hágase en mí la voluntad oculta de Dios. Estoy enteramente tranquila y sometida en mi espíritu y siento mucho consuelo en medio de mis penas. Esta mañana era yo muy feliz. *(Después de decir esto Ana Catalina preguntó):* ¿En qué tiempo estamos? ¡Pronto habría acabado de referir la vida de Jesús, y estoy en tan miserable estado!

(18 de Enero, al oír las campanas). ¡Qué dulce sonido de campanas! ¡Hoy es una gran fiesta! *(El Nombre de Jesús).* No me alaben... que se acrecientan mis dolores...

(27 de Enero). Quiero morir como religiosa.

(2 de Febrero). ¡Cuánto tiempo hace que no me he sentido tan bien como ahora! ¡Ha hecho tanto por mí la Madre de Dios! Ocho días hace que estoy enferma, ¿no es verdad?... No se nada del mundo. ¡Oh, lo que ha hecho la Madre de Dios! Me ha llevado consigo. Yo quería quedarme con ella. Silencio... Por nada del mundo debo hablar de esto...

(7 de Febrero). ¡Mil gracias te doy, Señor, por todo el tiempo de mi vida! No como yo quiero, sino como Tú quieres.

(9 de Febrero, último día de su vida). ¡Pronto se habrá concluído todo! Entre tanto permaneceré en la cruz. Nadie hay en la tierra a quien yo no haya perdonado... Ven, pues, ¡oh Jesús mío!... Es verdad, pero los hombres de entonces, incluso el buen ladrón, que murió en la cruz, no tenían tanto de que dar cuenta como nosotros, porque no tabían recibido tantas

gracias. Yo soy peor que aquel ladrón que fué crucificado... Creo que no puedo morir porque muchas personas piadosas juzgan erróneamente bien de mí. Diga usted a todo el mundo que soy una gran pecadora. ¡Ojalá pudiera declarar en alta voz, para que todos los hombres me oyeran, que soy una miserable pecadora, mucho peor que el asesino que fué crucificado. *(Después de haber hablado con el confesor).* Ahora estoy tranquila y experimento tal confianza como si nunca hubiese pecado. ¡Ayúdame, Jesús; ayúdame, Jesús!...

CAPÍTULO II

VISIONES DE SUS AMIGOS Y ENEMIGOS

INTRODUCCION

Al trascender al público el milagro de la aparición de las sagradas llagas, ya no fué posible impedir la avalancha de la humana curiosidad. La autoridad eclesiástica, por deber, y la civil, por abuso, nombraron una comisión investigadora, que se llamó Comisión examinadora prusiana. *La integraban Bönninghausen, consejero del municipio; los doctores Rave, de Ramsdorf, y Busch, de Münster, y los eclesiásticos Niesert, párroco de Erlau; Roseri, vicario de Leyden, y Roling, profesor de Münster. Entre ellos había protestantes que hicieron sufrir a la estigmatizada toda suerte de dolores y humillaciones. A este propósito Ana Catalina tiene una serie de visiones relacionadas con hechos ocultos y con las intenciones de sus amigos y adversarios.*

1. Las disposiciones espirituales del Peregrino.

He visto al *Peregrino* caminar solo y afligido hacia su casa. No atinaba a ocuparse de alguna cosa; dejaba todo en estado de abandono; todo era desierto en torno a él. Le habría ayudado de buena gana; habría trabajado y limpiado, pero no me era posible acercarme a él; no podría ayudarle.

Entonces tuve delante de mí la imagen de un jardín. Era éste un jardín muy grande, circundado de una defensa, por encima de la cual los hombres miraban en derredor, y que de buena gana habrían traspasado, si hubieran podido hacerlo. Mi guía y yo andábamos por una de aquellas dos partes. Todo allí estaba en demasía lleno de hermosa y florida vegetación. Todo era verdor y espesura; pero habían crecido muchas hierbas malas y dañinas. Entre los vegetales había habas y leguminosas. Crecían también, en gran abundancia, flores y arbustos, pero no se veía fruto de ninguna especie. Entre estos arbustos, que sólo daban hojas y ramas tupidas, ví algunos individuos paseándose con mucha complacencia. Cuando con mi guía hube recorrido por primera vez el camino de estos fértiles campos, me dijo él:

"Mira cómo están aquí las cosas; no se ven sino raras y hermosas flores, pero no hay frutos. Abundante vegetación, pero sin cosecha; aparente plenitud y realidad vacía". "¡Ay!, dije yo, ¿se perderá entonces tanta fatiga?" "No, me respondió; no está del todo perdido. Todo esto se removerá y se pondrá debajo y así servirá de buen abono". Experimenté gozo y compasión a un mismo tiempo.

Cuando pasamos por segunda vez, encontramos en medio del sendero una choza formada con nogales agrupados y cubierta de gran cantidad de abejas. Las nueces que se veían eran las únicas frutas que había en aquel lugar. Aparecían como arbustos mal crecidos y enanos. Bastante lejos de allí se veían dos árboles: el uno era manzano, el otro guindo. También había personas que recogían diligentemente; por lo demás, el lugar era completamente desierto. Mi guía me dijo: "¿Ves tú?... El confesor debe recoger estas nueces y tomar ejemplo de aquéllos que allá recogen". Pero el confesor tenía miedo de sentirse picado por las abejas, y yo pensé que precisamente porque temía, deberá ser picado de ellas; si él se hubiese metido dentro con inocencia y franqueza, esos queridos animalitos no le habrían hecho mal alguno. El no recogió, no miró ni una sola vez a los frutos y fué sólo vagando de un arbusto a otro.

Cuando con mi guía pasé por tercera vez por aquel sendero, la vegetación se mostraba más tupida y densa. Ví, con gran contento mío, que el Peregrino estaba ocupado en recoger frutos cerca de unas maravillosas plantas situadas en el ángulo de las redes, casi cubiertas por la sombra, y que contenían mayor cantidad de frutos. Me alegró mucho el ver al Peregrino de tal modo ocupado (*).

2. Trabajos y contrariedades del Peregrino.

Volví de nuevo al jardín. El suelo era rico y fértil; pero a fuerza de brotar tanta hierba, todo tendía a la putrefacción. Entonces esta vegetación fué arrancada del suelo, pisoteada y enterrada en lo bajo y ví al Peregrino cavar y trabajar con infinitos esfuerzos. Cuando volví nuevamente al jardín, lo encontré completamente labrado y dispuesto en nueva forma. El Peregrino plantaba con orden en los surcos las plantitas, unas junto a las otras; esta vista me causaba mucha alegría.

(*) Clemente Brentano, a quien Ana Catalina llama el *Peregrino*, traía cuando llegó a Dülmen muchos prejuicios en cuestiones religiosas, que la estigmatizada tuvo que corregirle con mucha paciencia.

He visto luego al Peregrino dejar el jardín y he visto a muchas personas, conocidas por mí, aunque no sé sus nombres, que penetraban allí dentro. Estas personas se pusieron, en modo horrible, a asaltarme y a caer sobre mis espaldas, insultándome y burlándose de mí de todas maneras. No me daban tregua ni descanso y me reprochaban mi intimidad y confianza con el Peregrino y me echaban en cara diciendo que ciertamente de nuestro trato nacería alguna nueva secta; me preguntaban qué podían entonces pensar de mí. Estos insultos y estas charlas orgullosas no tenían fin ni término. Dejé entonces caer sobre mí esta tormenta y quedé en el más profundo silencio. De la misma manera ultrajaban estos mismos al Peregrino. Me parecía como que él no estaba lejos de allí y oía todas estas injurias. Me alegraba en el ánimo haber podido soportar con tanta paciencia tantas villanías y exclamaba siempre: "Sean dadas gracias a Dios. ¡Dios bendito! ¡Que pueda yo soportar todo esto; otros no lo podrían llevar!" Después me encaminé hacia un bosquecillo vecino y me senté sobre una piedra.

3. Se le explican los símiles anteriores.

Estando allí sentada vino hacia mí un eclesiástico. Era un hombre hábil, vivaz, de naturaleza semejante al Prior, fuerte y de aspecto fresco y sano. Este eclesiástico dió señales de maravilla al ver que yo había soportado todas estas injurias sin oponer defensa. Se puso pensativo y atento, y dijo: "Esta pobre mujer soportó todo esto con tanta paz y tranquilidad; ella es inteligente y honesta. Cuanto ha hecho el Peregrino debe ser muy diverso de lo que nosotros hemos imaginado. También el confesor es un hombre recto, que no soportaría semejantes cosas, si no fuesen buenas y rectas".

No bien este desconocido eclesiástico comenzó a hablar así en favor del Peregrino, aquel tumulto de gritos injuriosos comenzó a perderse.

He visto después la diligencia del Peregrino y como las plantas crecían luego y se hacían más grandes y más bellas. Entonces me dijo mi guía: "Entiende esta sensible amonestación: Estos insultos, estas befas te caerán realmente encima. Prepárate. Por cierto determinado tiempo podrás llevar vida tranquila junto con el Peregrino. Por esto no debes descuidar este tiempo concedido ni dejar que se pierdan tantas gracias; a aquel tiempo sucederá bien pronto tu propio fin. Todo lo que el Peregrino habrá recogido, se lo llevará consigo lejos; puesto que este

no es suelo apto para recibirlo. Producirá, con todo, buenos frutos en otras partes y de allá la benéfica influencia llegará también a estos lugares". (*).

4. Recibe avisos de nuevas molestias.
(Adviento de 1818)

He recibido de mi guía el aviso de prepararme a la difícil batalla. Debo suplicar al Espíritu Santo que me inspire lo que he de responder. El corazón estaba por reventar en mi pecho por la angustia; me dirigí a mi Esposo celestial y le dije: "Tú has comenzado la obra y Tú la continuarás hasta el final. Me abandono enteramente a tu voluntad".

Diciendo esto me pareció como si yo pusiera el negocio en sus manos y tuve gran tranquilidad y fuerza en el Señor, y dije: "Con alegría quiero dejarme destrozar si sufriendo esto puedo ser de alguna utilidad al mundo". Entre los atormentadores me fueron mostrados un médico y un eclesiástico, que vinieron uno después de otro a asaltarme. Se mostraron en apariencia muy amigables; pero he visto la malicia en sus corazones (**).

5. Las asechanzas de sus examinadores.
(18 de Mayo de 1818)

Esta última noche la he pasado en extremo mal. Todos y de todos lados me caían encima y me maltrataban y al fin me dejaron lacerada en pequeños fragmentos. Entre tanto yo estaba tranquila y me alegraba pensando que iba a morir y así terminaría para mí este tormento. He visto y conocí a los autores de este asalto y he visto también las principales razones: éstos charlaban y se enfurecían en torno mío y al fin me dividieron en pequeños pedazos. Ninguno de mis amigos estaba presente. Ninguno me ayudó, ni siquiera un sacerdote. Quedé angustiada y pensé en Pedro y cómo él había abandonado al Señor.

Vi luego a cierto partido que celebraba consejo y reía con amarga risa al considerar sus tramas bien ordenadas y sobre los medios inventados para apoderarse de mi persona. Querían probar cosas que jamás podrán ser probadas. Mi guía celestial me dijo que no me afanase demasiado; cuando esto venga a su-

(*) Las revelaciones de Ana Catalina, dadas a conocer por Brentano y luego por el P. Schmöger, fueron traducidas al francés, italiano, inglés, etc., y despertaron después mayor interés en Alemania.

(**) El médico Rave y el sacerdote Roseri, adictos a la secta de los Iluminados.

ceder, todo acabará en mayor vergüenza para ellos, y para ventaja de la buena causa.

(28 de Mayo) Me he visto en el tiempo de la persecución, abandonada de todos, y lo que me produjo mayor pena, es que ni siquiera el confesor podía llegarse a mí. Parecía que sin licencia él no podía acercarse. He visto en imagen como si me encontrase sola en mi estancia; me parecía que solo la monja Neuhaus estuviese cerca de mí. Aquellas personas entraban por el lado derecho y se introducían hasta mi lecho. Yo estaba abandonada y sin socorro alguno.

(6 de Junio). Pasé una noche dolorosa; me he visto maltratada más horriblemente que nunca. No puedo decir, sin estremecerme, lo que me ha pasado. Yo yacía abandonada de todos mis amigos. Mi lecho estaba situado en medio de la pieza y personas extrañas me servían. Conocí que fuí llevada a este término por cierta disputa habida entre algunos eclesiásticos y el poder civil. He visto a Overberg en lontananza, silencioso y triste. Parecía que para mí la cosa estaba terminada.

6. Visión de una joven mártir en Roma.

El siguiente relato se refiere a la visión que tiene de diversos martirios, que le sirven para fortalecerla en los tormentos que deberá sufrir a causa de los exámenes de sus estigmas por parte de la comisión designada a ese efecto.

Estaba yo en oración cuando de pronto vinieron dos hombres desconocidos que me invitaron a ir a Roma. al lugar destinado a los martirios. Me dijeron que habría en aquel día gran lucha y que había ciertos parientes de ellos que iban a morir por amor de Jesús y que ellos deseaban verlos morir. Les preguntó por qué querían exponerse al peligro, y me respondieron que eran cristianos, pero en secreto y así no eran conocidos y que como eran parientes tenían licencia de presenciar en un lugar destinado para ellos, a fin de que quedasen espantados del horror de aquellos suplicios. Ellos iban con el intento de fortificarse con el espectáculo de esas muertes y para animarlos con su presencia. Me condujeron al anfiteatro.

De frente a la entrada, en la parte superior vacía, y a derecha del juez, se dilataba en el espacio circular una puerta situada entre dos aberturas. Entramos por allí en una estancia amplia y rica, donde había cerca de treinta personas, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas. Eran todos cristianos en secreto y se habían reunido allí por el mismo motivo.

El juez, hombre viejo y tirano, hizo señas de un lado y de otro y a su orden los verdugos, que estaban ya prontos en el anfiteatro. comenzaron su obra; eran cerca de doce hombres. A la parte de la izquierda del arco situado enfrente de nuestras aberturas, he visto algo así como un ídolo; no sé propiamente lo que fuese; me impresionó espantosamente. De ese lado estaban también las cárceles. Los mártires fueron sacados fuera de dos a dos; los empujaban punzándolos con hierros de punta. Primero eran presentados ante el juez; después de breves palabras, martirizados. Toda la altura de aquel edificio circular estaba formada de gradas llenas de espectadores que bramaban enfurecidos.

El primer martirio fué el de una delicada joven de doce años. El verdugo la echó por tierra y apoyando el brazo izquierdo sobre su pecho, puso sus rodillas sobre ella; luego con un instrumento cortante le hizo como un anillo en torno a las articulaciones de la mano y alzó luego la piel hasta los codos; lo mismo hizo con la mano izquierda y luego con los dos pies. Yo me sentía desfallecer a la vista de los atroces dolores de aquella tierna jovencita. Salí de la puerta y corrí abajo gritando misericordia y quería ser martirizada con la niña; pero el verdugo me rechazó con tal violencia que la sentí vivamente. Los lamentos de aquella jovencita me desgarraban de tal manera que pedí ser martirizada en su lugar. Me parecía como que esto es lo que me esperaba a mí y que estuviese ya destinado. No puedo expresar cuanto me torturaba este desollamiento. Entonces el verdugo ató ambas manos a la pobrecita, en forma de cruz y parecía como que quería cortárselas. Cuando de nuevo entré en la estancia (que del lado posterior era redonda y en el interior recta y en la cual había piedras cuadradas o triangulares para sentarse) algunas personas piadosas me quisieron consolar. Éstas eran el padre y la madre de aquella jovencita y me dijeron que los tormentos de esa delicada poven eran ciertamente atroces y lacerantes; que ella se los había buscado con demasiada audacia. Por lo demás, era la única hija y no cuidándose quería siempre acudir a las catacumbas para instruirse en el cristianismo; que había hablado con demasiada audacia, buscando, casi diríamos, el martirio con vehemencia. En esto, dos verdugos la aferraron y la colocaron sobre una hoguera elevada en forma circular en medio de la plaza. Ella tocaba con los pies el punto del medio y debajo había mucha leña, a la cual se aplicó el fuego que serpenteaba por medio de aquellos

secos ramajes. La buena gente en torno mío tenía aspecto conmovido y resignado.

Una mujer de entre ellos sacó afuera un rollo, atado en el medio por una larga liga; lo desplegó haciéndose algo atrás; después, de tres o cuatro personas por vez, estrechamente unidas, empezaron a leerlo, rezando en voz baja. Así pasó aquel rollo de mano en mano, mientras los unos después de los otros se hacían atrás para rezar. Yo entendía perfectamente cuanto leían; eran simples sentencias y breves versículos reunidos, pero tan poderosos y elevados que no es posible expresar. Se referían siempre a esto: los que sufren van directamente a Dios al salir de este miserable mundo. Pensaba entonces que jamás olvidaría yo aquellas palabras; con todo, ahora no puedo hacer otra cosa que sentir íntimamente el sentido y no me es posible reproducirlas. Aquella mujer, que era la principal lectora, después de haber recitado un versículo, prorrumpía a menudo con estas palabras: "¿Qué pensáis vosotros?" Estas plegarias se dirigían a Dios con fuerza extraordinaria. Yo también miraba en aquel rollo, pero no pude reconocer ni una letra; estaba escrito con caracteres rojos.

Durante este martirio me sentía oprimida de indecible angustia; jamás un espectáculo semejante me había lacerado el alma como esta vez. Aquella virgencita con la piel arrancada en los brazos y en las piernas y con sus dolorosos lamentos, estaba siempre delante de mi espíritu. No podía moverme de allí: no me dejaban salir del anfiteatro.

Muchos otros fueron martirizados. Les herían una parte u otra de los miembros con agudos hierros; la sangre saltaba en abundancia en torno de ellos; luego, con pesados mazos les pegaban y destrozaban los huesos. Al fin se levantaron rugidos entre el pueblo y sentí como el grito de un hombre. Era el último de entre los martirizados el que así rugía; lo maltrataron con tanta crueldad que vaciló en la fe; prorrumpió en maldiciones y bramaba contra sus verdugos. Era cosa horrible verlo en su desesperación combatido por el dolor y la rabia. Toda la gente buena que estaba en torno se contristó en gran manera por su causa. Con todo eso, tuvo que morir él también.

Cuando todos estos cadáveres fueron arrojados en la hoguera ardiente, me sentí muy turbada por la pobre alma de este último hombre; tenía el triste presentimiento de que esa alma no hubiese llegado a la gloria. Cuando todo hubo acabado, aquella buena gente que había estado conmigo, se fué; y quedé sola. Los cadáveres no estaban aún del todo consumidos. Ví

en seguida cómo cavaron el suelo para enterrar aquellos huesos. Entonces ví descender del cielo una pirámide cándida y esplendente de luz y posarse sobre el suelo. Desde esta pirámide ascendían como rayos luminosos las almas de aquellos mártires serenos como niños y con sonrisa de celestial amabilidad. Ví, en cambio, a uno de esos espíritus caer en las llamas de la hoguera, la cual desapareció y se trocó en un lugar oscuro; allí fué recibido por otros espíritus. Aquella era el alma del mártir caído. Él no está perdido para siempre: se encuentra en el Purgatorio y esto me ha alegrado mucho. ¡Ah, en él está quizás aún ahora! Ruego mucho por aquéllos que están completamente olvidados.

Tengo el presentimiento que este martirio me fué mostrado para exhortarme a la paciencia en mis padecimientos y porque he visto recientemente que también a mí me será arrancada la piel de las manos y de los pies. Aquellos antiguos romanos deben haber sido realmente de hierro, tanto los verdugos como los es pectadores, tanto los mártires como sus amigos. Ahora todos son tibios, muelles y viles. Muchos ruegan hoy en día malamente a Dios como antiguamente oraban los paganos a sus dioses.

7. Ve nuevas angustias que le procuran las monjas y los investigadores.
(17 de Julio de 1818)

He visto de nuevo en imágenes los males que me amenazan. He visto que todas las monjas, mis hermanas, me visitaban y hablaban como si hubiesen tenido intimidad conmigo y como si en el convento hubiese yo revelado tal o cual cosa sobre mi estado y otras semejantes. No entendí claramente qué querían y les dije que Dios sabía lo que yo y ellas habíamos hecho. Las he visto a todas irse a confesar y tomar la santa comunión; luego volver junto a mí. Por lo demás, no valían más que antes y querían saber de mí ciertas cosas, aunque no recuerdo ya cuáles eran. Les pregunté si acaso no sabían que de mucho tiempo atrás había probado incomprensibles dolores en las manos y en los pies, de tal modo que mis dedos quedaron como muertos, sin que yo ni siquiera presintiese lo que iba a suceder. Les pregunté si acaso no era cierto que yo no podía desde mucho tiempo tomar alimento alguno sin vomitarlo al punto y esto ciertamente por siete meses continuos; que esto sucedía sin que yo le diese otra importancia ni significación, sino de simple enfermedad; que, por otra parte, raramente dejaba de cum-

plir mis deberes y jamás dejaba de dirigirme suplicante al Señor, única ansia y amor mío. Encontré, a decir la verdad, a todas estas monjas mal seguras e inexactas en sus afirmaciones: no buscaban otra cosa que salir del paso, exceptuada la Superiora y Neuhaus, que se mostraron rectas y sinceras.

Entonces vinieron multitud de mis conocidos y ellos hicieron como siempre habían obrado y charlaron de una manera o de otra. No había entre todos los presentes ni uno que quisiera estar enteramente de mi parte, en mi defensa. Lambert no podía ayudarme: ninguno se ocupaba de él. El confesor no estaba lejos, pero estaba lleno de afanes y angustias. Entonces se me acercaron uno seis individuos, entre seglares y eclesiásticos, entre ellos dos protestantes (*). Vinieron también separados, uno después de otro, y había algunos tan falsos y malignos, que es imposible decirlo: éstos eran los que obraban de modo más lisonjero y más blando, mientras más duramente me maltrataban. Entró luego un hombre en la estancia y exclamó: "Todo lo que se dice de esta mujer, debe ser dicho también por mí". Yo no sabía quién fuese ese hombre, y él se puso cerca de mí, y se mostraba probo y fiel, y parecía que observaba todo. Por lo demás, no podía ayudarme. Esos perseguidores que se agitaban en torno mío (mi lecho estaba en medio de la pieza) se cuidaban mucho de ofender a este hombre. Me preguntaron en un principio toda clase de cosas y yo respondía sólo lo que había sido ya anticipadamente escrito en los protocolos, y declaré no tener nada más que decir. El Vicario general estaba cerca y era uno él también de los causantes de este negocio. He visto también al deán (**) ocupado en el asunto; daba órdenes a este respecto y tampoco él se mostraba favorable. Overberg estaba lejos y rezaba por mí. Las dos monjitas, Francisca y Ludovica, me consolaban y continuamente exclamaban: "Animo, ánimo. Ten valor y todo saldrá bien".

Entonces empezaron éstos a separarme la piel de las manos y de los pies; con todo, las heridas aparecían más rojas que sobre la piel. Me sacaron también la piel en el pecho y encontraron la cruz aún más profundamente impresa que sobre la piel. Quedaron de tal modo atónitos, que no sabían cómo proseguir. Se desanimaron y uno tras otro quietamente se fueron.

(*) El doctor Borges, de Münster, que se había presentado en compañía de un magnetizador.

(**) El vicario de Münster, Clemente Augusto de Droste-Vischering, que fué más tarde Arzobispo de Colonia; y el deán Rensing, que jugaba doble papel, como amigo cerca de la vidente y enemigo afuera.

Cada uno de ellos tenía cierto número de secuaces a los cuales narraba lo sucedido de un modo o de otro. Todos quedaron avergonzados.

Mientras yo yacía esperando una operación inminente sobre las llagas y sentía desmesurada angustia, y mientras las dos santas monjas me animaban diciendo: "No te harán mal alguno", he aquí que se me acercó un joven maravillosamente bello. Su rostro resplandecía como el sol; llevaba un vestido largo, y tomándome de la mano, dijo: "Ven, daremos gracias a nuestro amado Padre". En seguida me llevó consigo. Con su ayuda pude penetrar en una capilla hermosamente adornada, abierta por delante, sin terminar, que parecía cortada por medio. Sobre el altar vi las imágenes de Santa Bárbara y Santa Catalina. Dije entonces al joven: "La capilla me parece a medio construir". Y él respondió: "Sí, en verdad; está a medio hacer"

Experimenté el sentimiento íntimo de la proximidad de una magnífica residencia, donde muchísimos me esperaban. En torno había jardines y campos adornados con senderos y bosquecillos, a semejanza de la huerta de algún agricultor. Todo esto lo sentía como si fuese lejano y como si no tuviese allí una estable permanencia. Solamente sé que distintamente junto a aquel joven observé el interior de la capilla y consideré las imágenes. Todo esto acontecía como si yo estuviese arrebatada en espíritu, mientras los examinadores me arrancaban la piel de las heridas. No sentí dolor alguno y ví luego los paños amontonados llenos de sangre y ví la confusión de estos señores al comprobar la parte interna de los estigmas y como se rascaban la cabeza. Desperté con un sentimiento mezclado y confuso de las cosas vistas en la capilla y de estas operaciones. La imagen de las monjas y de aquellas personas extranjeras era oscura y me parecía como si fuese un preaviso que se me daba del examen al cual estaría sujeta. He visto también como un tumulto en la ciudad.

Y el joven me dijo: "He ahí que todo lo que te atormentaba y angustiaba, duró por poco tiempo; la eternidad no tiene fin. ¡Ea, pues, ánimo! Te queda aún que sobrellevar un violento asalto; pero lo llevarás muy bien, y no te resultará tan duro en la realidad como lo has visto en la visión. Mucho aún puede removerse por efecto de la oración; consuélate, pues". Me fué indicado también cómo debo rezar en mis vigilias nocturnas. "Muchos, muchísimos hombres perecerán; graves tempestades se avecinan. No te retengas de hablar claro y abiertamente; exhorta y envía a todos a la oración".

8. Es transportada a otro lugar por los examinadores.

En horas de la tarde del día precedente a aquél en que fuí trasladada, he visto, estando por otra parte completamente despierta, como una representación de lo que debía realizarse al día siguiente. He sufrido de tal manera que no estaba en grado de poder manifestar lo que tanto me angustiaba. El deán Rensing quería que me resignase de buena voluntad; el Consejero me dijo que perdería él su empleo y se arruinaría, si yo no me sujetaba voluntariamente (a ser trasladada de la casa a otra para el examen). Les declaré que sólo me rendía por la fuerza. Cuando el Consejero me aferró, en ese momento mismo me sentí arrebatada de este mundo miserable y me ví absorta en un imaginario cuadro de mi juventud, que he visto ya a menudo, antes de mi ingreso en el monasterio. Quedé continuamente sumergida en esas imágenes, y cuando al día siguiente volví en mí misma y me ví en aquella estancia extraña, me parecía volver a ser niña y pensé que lo que me había pasado había sido puro sueño. Durante todo el tiempo de mi prisión, quedé sumida en tales consuelos de espíritu, que es una maravilla para mí misma. Estaba siempre serena y sentía la más grande compasión hacia aquellos ciegos inquisidores y rezaba por ellos. Me había propuesto sufrirlo todo aplicándolo por las pobres almas del Purgatorio, para que ellas a su vez rezasen por los que me perseguían. Yo descendía a menudo al Purgatorio y conocía mis propias penas por las que allí se sufren. Más coléricos se ponían mis perseguidores y más me sentía yo dueña de mí misma y contenta; esto hacía enfurecer más al Consejero. El Señor me preservaba de toda palabra violenta que me pudiese salir en sueños; las gracias acostumbradas estaban como suspensas y silenciosas. Estando privada de bendición sacerdotal y sin ningún objeto sagrado, obtuve del Señor un recurso de fortaleza desconocido para mí y además tenía la inspiración de todas las palabras que debía pronunciar, aun cuando momentos antes no conocía ni una sola de estas palabras. Todas las veces que mis opresores se desencadenaban interrogándome y burlándose desde un lado de mi lecho, yo veía del otro lado una aparición luminosa, de la cual me venían fortaleza y gracia. Aún todas las palabras que yo debía decir me parecían como inspiradas: esto era siempre breve, preciso y suave y yo me sentía llena de compasión hacia ellos. Cuando acaso hablaba yo de mí misma notaba una gran diferencia: era una voz diversa, más baja, dura y a veces punzante.

9. Diversas visiones vinculadas con la inquisitoria.

El día de San Lorenzo he visto su martirio. Ví también la Asunción de María Santísima a los cielos. El día de Santa Ana, onomástico de mi madre, fuí arrebatada y llevada junto a la santa en el lugar de su gloria. Deseaba quedarme con ella, pero ella me consoló y me dijo: "Aun cuando muchos males te aguarden, con todo, por medio de la oración, te serán ahorradas muchas calamidades".

Me indicó muchos lugares donde se había rezado por mí. "Tú has soportado ya lo peor, pero aún te queda mucho que soportar y qué hacer".

El día de la fiesta del santo protector de la orden, tuve una visión de mi situación, tal como debía haber sido según las intenciones de mis enemigos. He visto a una parte de ellos convencidos y seguros de que oprimiéndome a mí lo hacían con los otros católicos, a los cuales pensaban llenar de desprecio y de vergüenza. He visto también a los eclesiásticos que formaban parte de aquel número, muy mal intencionados y peor dispuestos. Me he visto en un profundo y oscuro subterráneo y creía que de allí no podría salir. Pero me pareció que cada día subía más alto desde allí y se hacía siempre más luz en torno mío. A mis perseguidores, en cambio, los veía caer siempre más en lo profundo de la noche y de la oscuridad. Se agitaban confusos y se chocaban unos contra otros y yacían como en profunda caverna. San Agustín, a quien imploré ayuda, vino el día de su fiesta junto a mi lecho y estuvo frente a la cara de aquél que tan duramente me oprimía. También Juan vino junto a mí en el día de su fiesta y me anunció la liberación.

He visto también al Maligno estar siempre presente cuando ellos venían a mí. Tenía un modo de ser que parecía un compuesto de todos los malos espíritus unidos y refundidos en uno: a veces lloriqueaba; a veces maldecía; a veces se mostraba con fingida piedad; a menudo mentiroso. hipócrita, lisonjero, irritante. Era el diablo propio de las sectas secretas.

10. Admirable visión de los peligros de su vida y de la ayuda divina.

En esta visión era yo conducida por mi guía, que me tenía de la mano. Me levantó haciéndome salir por la ventana de mi casa paterna y me condujo a través de las praderas, el campo arenoso y las landas, por espacios desiertos siguiendo un camino largo y peligroso y por encima de una áspera montaña. Él te-

nía que arrastrarme detrás de sí para que yo no quedara detenida sin poder avanzar. Me causaba extrañeza al verme como niña y al mismo tiempo adulta. Cuando llegamos a la altura me dijo: "Mira, si tú no hubieses sido una pequeña niña no te hubiera podido conducir hasta aquí. Ahora mira atrás y considera de cuántos peligros, en los cuales debías sucumbir, te ha librado Dios para traerte aquí felizmente". Miré hacia atrás y ví todo el sendero recorrido, lleno de imágenes de los peligros habidos, de las ocasiones de caer en pecado y he visto como por la fiel ayuda del ángel he sido preservada de ellos. Aquellas que me parecieron asperezas del camino, las he visto luego con formas de seres humanos, representando tentaciones de pecado. Ví las muchas opresiones que por gracia de Dios he podido soportar. Ví a personas, con los ojos vendados, vagando al borde de los precipicios y finalmente caer dentro: significaban su mente oscurecida y la ceguera moral. Ví a algunos para quienes fuí medio y causa de salvación. La vista de tantos y espantosos peligros me hizo temblar: no me explicaba cómo pude librarme de tantas insidias. Cuando mi guía me hubo mostrado todo esto, me dejó plantada y prosiguió su camino. Yo me sentí en ese instante tan débil que comencé a vacilar y a caer, como un pequeño que aún no anda y al cual se le sustrae la mano que le guía. Comencé a llorar y a lamentarme como lo hace un niño. Entonces mi guía se volvió de nuevo hacia mí y me ofreció su mano diciéndome: "Ahora ves cómo estás expuesta a caer si no eres guiada. Comprendes ahora cómo necesitas de un guía para atravesar con felicidad los peligros que has visto detrás de ti".

Después de esto me condujo hacia abajo, detrás de la montaña, y avanzamos por un prado lleno de flores blancas, amarillas y rojas. Crecían tan tupidas que yo temía pisarlas y muchas veces no sabía donde posar mis plantas. Había además filas de manzanos en flor y muchas clases de árboles. Al término de esta pradera vimos un camino profundo y oscuro circundado de vallado alto y silvestre: estaba lleno de piedras y de fango. Lo he atravesado, no obstante, felizmente teniéndome de la mano de mi guía y así no tocaba aquel fango, sino que me parecía que me deslizaba por encima. Cuando hubimos atravesado aquel camino llegamos de nuevo a un gracioso monte, más bien alto, que estaba cubierto de bellas y luminosas piedrecitas. Cuando estuvimos arriba, miré hacia abajo, sobre el prado y sobre el sendero peligroso. Mi guía me dijo que la última etapa agradable que habíamos recorrido, entre flores y árboles frutales, significaba los consuelos espirituales, la ani-

mación y los múltiples efectos de la gracia que nacen en el alma de los hombres, después de las tentaciones y peligros ya vencidos. Aquel temor mío de pisar las flores significaba los escrupulos y la mal entendida susceptibilidad de la conciencia. Un espíritu simple, como el de un niño, y abandonado enteramente a Dios, camina en su simpleza sobre todas aquellas flores, sin pensar que las oprime y abate, pues, en realidad, no les hace daño alguno.

Dije a mi guía que pensaba que hubiese transcurrido un año desde que estaba allí con él en ese viaje, pues tan largo me había parecido el camino. Me respondió: "El camino que has visto es tal, que necesitarías para recorrerlo diez años enteros". Entonces miré hacia abajo, desde lo alto del monte, el sendero que aún tenía que recorrer, que se abría delante de mi vista. Vi en línea recta y precisamente en su última extremidad a la Jerusalén celestial. Así he podido ver, desde la altura de ese monte, de un lado el camino oscuro y peligroso de la vida que ya he recorrido y del otro lado el corto espacio que aún me queda para recorrer, que terminaba en la magnífica ciudad de Dios, radiante de luz en medio del éter azul del firmamento.

El espacio que aún tenía que recorrer era breve y atravesado de un camino en línea recta que veía delante de mí; a derecha e izquierda vi además, aquí y allá, diversos senderos que atravesaban el camino, pero que al fin venían a confundirse con la línea recta. Así entendí que debía caminar todavía un buen trecho antes de alcanzar la meta final. Estos senderos no me parecían tan peligrosos, aunque también se podía tropezar de vez en cuando en el recorrido. Miré con grande alegría dentro de la celestial Jerusalén, que vi allí mucho más grande y cercana de lo que hasta entonces la había visto. Entonces mi guía me llevó por un sendero oblícuo hacia abajo del monte. Parecía como si amenazase un peligro y vi al Peregrino irse lejos, pareciéndome que llevaba consigo alguna cosa. Yo lo observaba atentamente. Mi guía me condujo entonces a una casita y allí las dos monjitas, que me eran bien conocidas, me prepararon un lecho y me acomodaron en él. Yo me sentía de nuevo como una monjita y allí dentro me adormecí muy tranquila ocupada mi mente en una continua visión beatífica de la celeste Jerusalén, hasta que desperté. Debo decir también que durante este viaje pude dar la mano a otras personas y las conduje conmigo durante un buen trecho de camino.

11. Visión de la Jerusalén celestial.

He visto la Jerusalén celestial en forma de una ciudad luminosa, áurea y transparente, elevada en el azul firmamento del cielo, sin fundamento alguno terreno. Había muros y puertas pero yo veía a través de esos muros y puertas y a través de todo cuanto había delante. Esta manera de ver se asemeja más bien a un conocimiento íntimo y simultáneo de un todo, que a la vista subsiguiente de una cosa tras otra, según como yo tengo que explicarlo ahora. Había allí dentro muchas calles, palacios, grandes plazas; todo estaba poblado de figuras humanas, de diferentes categorías de dignidad y de grado. Distinguí también clases enteras y corporaciones reunidas. Cuanto más miraba en el interior de la ciudad, tanto más el todo me parecía magníficamente maravilloso. Las semblanzas que veía eran todas luminosas sin ningún color determinado, pero se distinguían entre sí por la forma de la vestimenta y de toda clase de insignias: cetros, coronas, ramos de flores, báculos pastorales, varas terminadas en cruz, instrumentos de martirios y cosas semejantes. En medio de esta completa visión se veía en lo alto la forma de un árbol, sobre cuyas ramas diversas, como si fuesen sillas o asientos, aparecían toda clase de magníficas figuras. Este árbol se dilataba como se ramifican las venas de una hoja que saliendo del centro se alejan y se vuelven a reunir rodeándose en la punta de la misma hoja. Las figuras que posaban más alto aparecían más espléndidas, sumergidas en la más profunda contemplación y adoración.

Parecía que estaban allí sentados santos y venerables ancianos y en la extremidad ví como un globo que terminaba en una cruz, representando el mundo entero; ví, además, allá arriba, a la Madre de Dios, más esplendorosa que nunca. Todo esto es, en realidad, absolutamente imposible de expresarlo con palabras. Sumergida en estas visiones, permanecí absorta hasta que desperté de nuevo a este mundo.

12. Debe expiar por la malicia de sus perseguidores.

Durante estos mis dolores estuve siempre sumergida en visiones. Tuve que ascender escalando un alto monte en compañía de mi guía. Caminando hacia arriba veía diversos senderos a derecha e izquierda que llevaban al precipicio y ví también la miserable condición de los que erraban perdidos por esos senderos y por quienes yo debía rezar. Hacia la mitad del monte encontré una ciudad con magníficas iglesias. Antes que

yo pudiera penetrar fuí recibida por algunas beatas monjitas de mi orden, que me revistieron de cándido y luminoso vestido Les dí a entender mi angustia por el temor de no poder conservar ese vestido libre de toda mancha. Ellas me dijeron: "Haz lo que puedas; seguramente podrá sobrevenir alguna mancha pero tú la lavarás con lágrimas". Tuve también una conversación respecto al secreto que me impuso el Vicariato por medio del señor deán y me fué dicho que yo debía observar sobre eso absoluto silencio con todos, sin excepción. "Por lo demás, añadió mi guía, si ellos quieren llevar las cosas más allá aún, Dios le pondrá remedio y fin".

13. Es consolada por las molestias que sufre durante el examen de sus estigmas.

Una vez me llevó un anciano que traía un niño en brazos; me alejó de aquí y me escondió entre unas plantas de ortigas. Cuando las ortigas me herían estaba yo muy contenta; esto me ayudaba y me consolaba contra las palabras de aquel hombre (el Consejero). El anciano que me llevó era San José con el Niño Jesús. Vino también a mí una noche aquel niñito que me ayudaba a cuidar las vacas cuando yo era pequeña. Estaba muy contento y divertido. Tenía en la mano un bastoncito e iba de un lado a otro con mucha alegría. Le dije: "Querido niño, las cosas no van ahora como entonces en aquel prado; ahora estoy prisionera". Después hablamos alegremente, con gran simplicidad. Otras veces tenía delante un hermoso Niño, todo luz y esplendor, que yacía en una cuna. Yo lo cuidaba meciéndolo en su cuna. Llevaba sobre las espaldas una cruz y como le preguntase lo que significaba aquel leño, me dijo: "Es tu cruz, que tú no quisieras llevar".

En la tercera semana, mientras me sentí muy enferma y deseaba la santa comunión, tuve esta visión: llegué por un camino de sombra, llano y angosto, a una isla circundada de un muro. Se me acercaron dos espíritus; creo que había algunas mujeres, y viéndome tan débil me dieron dos bocados que sacaron de una cajita. Recuerdo que para que la enfermera, que se había dormido a mi lado, no viese estos bocados. me cubrí con la frazada la cabeza, puesto que los espíritus habían venido del lado donde ella se encontraba... Durante el examen las dos santas monjitas, que tantas veces habían venido en mi ayuda, se me acercaron y me ofrecieron de nuevo su ayuda. Pensé entonces cómo San Pedro pudo haberse librado de la prisión...

Pero pronto dije: "¿Quién soy yo en comparación con San Pedro? Quiero estar aquí hasta el fin".

14. Ve que sus males no habrán de cesar.

Yo no veo ningún término a mis padecimientos; se hacen siempre más grandes. Los he visto siempre crecer durante mi vida, a semejanza de un árbol que más fuertemente vegeta cuanto más se le poda. He contemplado muchas veces este fenómeno cuando niña andaba por los campos y cuando ya monja paseaba por el jardín; siempre veía crecer a ese árbol. He hecho ya mucho en el pasado. Con todo, siento que muchos expedientes para sustraerse al imperio del mal, no fueron aprovechados y así muchas gracias fueron desperdiciadas. A menudo me ha sido mostrado que del descuido de los dones que se me han otorgado, como también del dejar de recoger las visiones mías, que comprenden en sí y dan testimonio de tantas relaciones escondidas y concordancias de cosas, ha provenido ya grande daño (*). Muy a menudo he sentido grave pena por ello y mi solo consuelo ha sido el saber que no era yo culpable de ello. Con todo, por demasiada benevolencia de ánimo, he faltado gravemente.

15. Los planes de sus perseguidores.

Ví las poderosas amenazas con las cuales, de buena o mala gana, o con violencia, debía ser sacada yo de casa. Un individuo se me acercó y me dijo: "Ya sea viva o muerta, debe hacerse así". Entonces me eché en los brazos del Señor y clamé fuertemente.

A estas se siguieron otras visiones. He visto a uno que estaba espiando y recogía todas las charlas de la pequeña ciudad. Ví ir y venir a personas que me atormentaban con preguntas y palabras punzantes. He visto venir visitas con intenciones maliciosas y he visto cerca a falsos amigos, que mucho me han afligido. Todo se me hacía atormentador. Ví a eclesiásticos sumergidos en profundo sueño y lo poco que hacían parecía como telarañas. He visto la malicia, la simulación y la prepotencia crecer de tal modo, por todas partes, que se traicionaban a sí mismos, se molestaban mutuamente y al fin se aniquilaban entre ellos. A algunos he visto perder sus puestos y ocupados por otras personas, y he visto en el mundo toda una cadena de

(*) Las visitas que recibía Ana Catalina, los trabajos que hacía para los pobres y el estado de postración en que se encontraba, eran motivos de continuas quejas por parte del Peregrino, que no quería dejar ninguna visión sin anotar.

personas miserables y viles, altas y bajas, y me he visto abandonada de mis amigos con gran espanto de mi alma.

16. Visión de Rave y Roseri, examinadores de sus estigmas. *(19 de Febrero de 1819)*

He visto a Rave repleto de malicia y lo he visto hablando contra su propio convencimiento y calumniándome, para complacer así al gobierno del Aguila. Yo creía que Roseri hubiese cambiado, pero he visto que era falso y disimulado en lo íntimo de su ánimo y hablaba a veces con simulación. Mientras yo estaba pensando en mi interior como podría semejante sacerdote ser de provecho a los fieles, sentí que me respondían: "El aprovecha a sus fieles tan poco, cuanto les aprovecha poco la Biblia a los herejes. El no tiene en sí bendición alguna, pero puede sin embargo hacer parte a los demás de aquéllas que tiene la Iglesia, aunque él no participe de ellas ni poco ni mucho".

He visto el dominio del Aguila estar en malas condiciones en este país. El presidente supremo piensa rectamente y tiene un corazón noble; pero está rodeado de una caterva maligna. Si él viniese en persona a verme, no me inquietaría buscando el modo de convencer su ánimo, que es recto.

17. Advertencias para el Peregrino

Puede muy bien suceder que uno se sienta escandalizado al asistir a una Misa solemne malamente cantada, ya sea por la disonancia de un órgano mal tocado, mientras otros, por el contrario, quedaran edificados. Contra semejantes escándalos hay que luchar con la oración. Aquél que resiste a semejantes escándalos en su propio ánimo por negligencias que se advierten en la iglesia, adquiere gran mérito y acumula para sí una gracia que a veces ha sido no cuidada o dilapidada por otros.

Aquél que trata de convencerse de la verdad por sus propios medios y no por la ayuda de la gracia de Dios, podrá perfectamente quedarse aferrado a su propia opinión, pero no podrá jamás ser penetrado de la luz de la fe.

En todas las noches se me recuerda que debo hacer tal o cual meditación, y así me sucedió ayer tarde. He recibido durante la noche una advertencia respecto de mí misma; pero especialmente mucho se me ha dicho respecto del Peregrino. Es necesario que en él muchas y varias cosas sean mejoradas: me fué mostrado cómo, gracias a nuestro trato, le podrá llegar a él una mejora y mayor luz y crecer en provecho. Como yo pen-

sara en mi ánimo sobre mi conducta para con el Peregrino y sobre el modo de satisfacer mejor a su misión y a la mía propia, para hacer fructificar abundantemente las grandes comunicaciones que debo hacerle, me fué dicho que debemos recíprocamente tener paciencia en los dolores que nos sobrevendrán y que el Peregrino debe comunicarse con mis propias intenciones, para que se siga mayor unión espiritual. "Haz tú lo que puedas, me fué dicho, y lo demás déjalo al cuidado del Peregrino. Muchas personas desean ardientemente y de corazón hablar contigo; cuando se presente la ocasión de que puedan hacerlo, examina en ti misma si esto puede serle a ellos de provecho... Debes rogar al Peregrino se decida a ser humilde y paciente. Debe vencer la propia obstinación y tú debes insistir en que esto se haga seriamente. Guárdate de ceder a las buenas palabras por falsa condescendencia. Opón resistencia e insiste fuertemente para que el Peregrino se decida. Tú eres demasiado benévola: la benignidad fué siempre tu defecto. No debes dejarte llevar jamás a reconocer por bueno lo que encuentras que es defectuoso".

18. Advertencias para el confesor (*).

El guía celestial me dijo, además, que seguramente me vendrían encima otros muchos males, pero que no debo espantarme, sino más bien, sin inquietud, esperarlos en el nombre de Dios. Recibí también muchos reproches a causa de mis defectos: eso de callar sobre muchas cosas por mal entendida humildad, no es otra cosa que secreto orgullo. Yo debo recibir las cosas y darlas, como lo hacía siendo niña, que recibía mucho más que ahora. Debo decir sin ningún miedo cuanto he callado, no bien se me presente a la mente.

También con el confesor me debo lamentar francamente de todo lo que me oprime, aún cuando parezca que no me quiere escuchar: debo pedirle que me escuche y con esto obtendré ayuda más frecuente. Mi guía también me reprendió mi demasiada condescendencia hacia muchos y que con ello descuido el cumplimiento de mis deberes en la oración y hacia los demás. Que es muy inexacto cuando digo: "He aquí que estoy tendida y no puedo hacer cosa alguna". Bien sabía él que yo me arrastraría de noche, envuelta en mi manto, para distribuir limosnas y que me lamentaba de no poder hacerlo, puesto que de buena

(*) Los confesores de Ana Catalina eran el Padre Limberg y el abate Lambert.

gana lo haría. Que lo que el Señor me imponía no era del todo de mi gusto. Debo pensar que yo no estoy inútilmente en este lecho: debo operar con la oración y manifestar lo que me ha sido dado. Me dijo que pronto tendría que contar cosas que me resultaría muy gravoso decirlas; pero que las tendría que narrar. Una furiosa tempestad nos amenaza; el cielo se oscurece horrendamente. Pocos son los que aquí abajo rezan y las necesidades son grandes. Las órdenes religiosas van decayendo siempre más. Debo decir a todos los buenos que recen con todo el corazón. Me dijo, además, que yo debo prepararme con tranquilidad y valor a recibir los males que se acercan. Me podrían hacer morir; pero como mi obra no está aún terminada, si por mi negligencia viniese a morir antes del tiempo, deberé soportar el resto de esos dolores en el Purgatorio; que los dolores de allá son mucho más amargos que los de aquí.

19. Visión de Santa Cecilia - El niño de la Paciencia.

Por la fiesta de Santa Cecilia estuvo a punto de reproducirse el estado de pusilanimidad. Me turbaba el pensamiento de no haber sido bastante paciente durante el tiempo de las pesquisas. Entonces invoqué a Santa Cecilia para que me consolase y ella se me apareció en el mismo momento como si descendiese del cielo. ¡Qué aparición conmovedora! Su cabeza estaba a medio separar del cuello con una extensa herida, inclinada hacia su lado izquierdo; no era muy alta de estatura; tenía ojos y cabellos negros; tez blanca, gentil y delicada. Llevaba un vestido de género basto, pero cándido, adornado de flores grandes, extensas y algunas doradas; con ese vestido fué martirizada. Me dijo más o menos las siguientes palabras: "Ten paciencia; tus faltas te serán perdonadas por Dios, si te arrepientes. No debes estar turbada por haber dicho las verdades a tus perseguidores. Cuando se es inocente se puede animosamente hablar al enemigo. También yo hablé con sinceridad a mis enemigos y les respondí, cuando me hablaban de mi fresca juventud y de las doradas flores de mi vestido, que yo estimaba tan poco todo eso como el fango de que estaban formados sus dioses y que de buena gana cambiaba aquellas doradas flores por el rojo del martirio. Mira: con esta herida aún he vivido tres días y he gozado del consuelo de los siervos de Jesucristo. Te traigo la *Paciencia:* un infante vestido de verde; tenlo con afecto; él te ayudará".

Entonces desapareció y lloré de gozo. El infante quedó conmigo. Se sentó junto a mí en el lecho; estaba muy incómodo

sobre un pequeño lugarcito; tenía sus manecitas escondidas en sus mangas y con cierta serena tristeza inclinaba su pequeña cabecita. Nada pedía, de nada se quejaba. Esta vista me conmovía y me consolaba inefablemente. Recuerdo que tuve ya este infante de la paciencia conmigo. Cuando aquellos holandeses me atormentaban tanto que estaba por impacientarme, la Madre de Dios me lo trajo. Él entonces me habló y me dijo: "Mira, me dejo alzar y pasar de un brazo al otro; yacer en las faldas o por tierra y estoy siempre contento; haz tú también así". Veo a este niño desde que me ha sido traído; también cuando estoy despierta, y he adquirido paciencia y paz.

20. La Virgen de Einsiedeln (*) la libra de un peligro.

(13 de Noviembre de 1819)

Me sentí transportada por mis enemigos en medio de gritos y clamores y puesta sobre un palco alto, tan estrecho, que estaba en peligrosa situación de caer y romperme la cabeza. Cuando me vieron allá, dieron muestras de gran algazara. Yo estaba en grandísima angustia. Al fin apareció la Madre de Dios bajo la figura de la Virgen de Einsiedeln; hizo que el palco se alargase y ensanchase de tal modo que pudiera pasearme sobre el mismo. Al fin, inesperadamente, bajé de allí, a la vista de lo cual mis enemigos quedaron muy avergonzados.

21. Nuevos peligros y socorros.

(25 de Noviembre de 1819)

Me ví de nuevo yaciendo sobre un tablado que estaba formado de tablones que tenían en el medio una abertura por la cual se veía un oscuro báratro.

Todo en torno estaba silencioso; no se veía a nadie. Parecía como que yo debía perecer allí secretamente precipitándome en el abismo central. Pero aparecieron las santas Francisca y Ludovica, que tantas veces me habían ayudado, y levantando una tabla me indicaron una abertura en un ángulo del tablado. Yo debí descender de allí por medio de una escalera, la cual cayó al momento de llegar yo al suelo; me sentí libre de todo tormento. Entonces una monjita de nuestro monasterio me lavó los pies, sobre los cuales yo tenía manchas que debían serme quitadas. Los estigmas no me fueron lavados. Yo sentía gran timidez y retiraba los pies.

(*) Lugar de Suiza con un santuario de la Virgen muy frecuentado por peregrinos.

22. Santas Francisca y Ludovica la salvan de nuevo.
(27 de Noviembre)

Como tenía yo que ver los peligros que había superado, me ví transportada por mi guía a una casa cuadrangular, vacía, a semejanza de una cabaña. En esta casa había de un lado una gran caldera, tan grande como ésta mi pieza. En medio de la casa había un gran fuego dentro del cual debía yo ser arrojada. Primeramente vinieron las personas más jóvenes que yo conocía y trajeron astillas y pequeñas leñitas, levantándose una gran llamarada que muy pronto se apagó. Entonces vino una multitud de personas casadas y de viejas, que yo había conocido antes; trajeron grandes trozos de leña y troncos y encendieron un fuego muy ardiente. Yo por mi parte no entré y bien pronto se apagó la hoguera y la leña no ardió por entero, sino que quedaron troncos a medio arder. Luego vinieron varias monjitas y encendieron un fuego verdaderamente ridículo. Ellas traían casi a escondidas y a hurtadillas toda clase de pequeñas astillas, hojas secas, hierbas áridas, cañitas y juncos, ramas marchitas y vacías ligadas en haces; en una palabra, todo lo que era liviano y que podían traer a escondidas. Entretanto seguían murmurando oraciones y corrían a la iglesia; ninguna de ellas quería dejar ver a las otras lo que hacía, y entre tanto todas hacían lo mismo. Era un trabajo de encender fuego verdaderamente ridículo y yo podía conocer en cada una de ellas su modo particular de trabajar. Acercóse más particularmente Söntgen y puso sobre aquel fuego cuanto más leña pudo y lo dispuso tan bien que pronto los tizones comenzaron a arder. En ese punto las monjitas se separaron y también yo me alejé de allí. Pero volví al lugar bien ligero. De pronto vinieron personajes en carrozas y entre ellos doctores. Observaron curiosamente todas las cosas; suspendieron sobre el fuego la caldera y verificaron varias veces si ya estaba a punto de calentarse. Una vez hasta yo misma probé si estaba la caldera ya caliente. Entonces vino Söntgen (*) y avivó mayormente el fuego; mientras hacía esto me hablaba con melosa manera que al fin me indujo a que yo misma llevase un tronco de leña al fuego. Entonces vinieron infinitos observadores y exploradores. Ví entre ellos al Consejero; de pronto me arrebataron y me echaron en aquella caldera. Me encontré en verdad en un miserable estado; a cada momento

(*) Clara Söntgen había entrado de monja junto con Ana Catalina. Llamada a veces por la Curia para dar informes secretos acerca de la vidente, se creyó con atribuciones que no tenía y causó muchos disgustos a Ana Catalina.

me parecía que iba a morir. Algunas veces me sacaban hasta la cintura; otras veces me metían dentro hasta el cuello, y otras, me metían hasta el fondo y por la pena inmensa me sentía morir a cada momento.

De pronto aparecieron las dos monjitas Francisca y Ludovica, que tantas veces me habían ayudado en lo pasado y que ahora también se dignaban ayudarme. Yo estaba con ánimo de resistir hasta el fin; con todo, ellas me retiraron de la caldera. Me tomaron de derecha y de izquierda por los sobacos y me sacaron fuera. Los que me querían cocer quedaron al fin, aunque contra su voluntad, satisfechos. Se fueron diciendo: "Debemos renovar esta obra en otro lugar; aquí hay demasiada gente". Ví que fueron a inspeccionar otra estancia más segura, donde pensaban encerrarme; pero ví que no lograrían su intento.

23. Ve arder la casa del Consejero (*) - Intervención de un alma.

(28 de Noviembre de 1819)

Ví una gran calamidad: un incendio. La casa del Consejero ardía por los cuatro costados. Salía de allí una espantosa cantidad de astillas y de sustancias inflamadas y caían y herían a personas vecinas y lejanas, aunque no suscitaban otros incendios Me dolía mucho por causa de este hombre y de que le resultase tanto daño; pero ví que el incendio no debía dañarle mucho a él mismo, sino que parecía suscitado para dañarme a mí. Entre tanto he visto que un tronco enorme, semejante a un pernil ardiente, venía en dirección hacia mí y debía caerme sobre la cabeza. Un alma en ese momento se acercó y poniendo la mano recibió y desvió el tronco ardiente, que cayó al suelo, cerca de donde yo me encontraba. Aquella alma me dijo: "Esto no quema; he soportado otro fuego mayor; ahora me va bien".

Reconocí con grande alegría el alma de una antigua campesina que en mi infancia me había querido siempre y se había quejado conmigo de los disgustos que le causaba su propia hija. Yo le demostraba todo posible afecto y a menudo la había aseado y limpiado de insectos. Esta alma, que hacía treinta años estaba separada del cuerpo, era extraordinariamente resplandeciente y bella; me agradeció con alegría pura y simple. Me dijo cuanto

(*) Este Consejero (Bönninghausen) fué obstinado adversario de la estigmatizada. De él dice Ana Catalina: "El Consejero, fumando tabaco, entró en mi pieza, se colocó a la derecha de mi lecho; y el farmacéutico a la izquierda. De pronto vi al diablo que se ocultaba detrás del Consejero".

se alegraba de poderme ayudar ahora a mí que tanto la había ayudado con mis oraciones; me dijo que yo debía consolarme; que tendría que sufrir toda clase de padecimientos; pero que todo lo debía recibir de Dios con calma y sin murmurar; que ella me ayudaría protegiéndome cuanto pudiera, añadiendo: "No estoy sola para ayudarte; tú tienes una extraordinaria cantidad de almas que te ayudan. Mira, son todas éstas por las cuales has rezado y aquéllas a las cuales has ayudado; en el tiempo oportuno todas te ayudarán". Entonces me mostró en torno gran cantidad de almas que yo había conocido; las ví en diferentes estados y supe que todas me iban a ser de gran ayuda. No podría decir cuanta abundancia de gozo y consolación divina saqué de la belleza y del esplendor del alma de esta buena anciana, que entre nosotros siempre habíamos llamado la Adormidera.

Mientras tanto, yo veía arder la casa del Consejero con más fuertes llamaradas y conocía en mí misma que era esto un símbolo de las consecuencias de su perverso obrar, consecuencias que habrían destruído su persona y acabado con su felicidad. Sentía una gran compasión en el corazón por él y dije a aquella alma que ella debía rezar y pedir a Dios e invitar también a todas las demás almas, con las cuales algo pudiera hacer, a unirse con ella en oración para que el Señor no imputase al Consejero todo aquel mal que me había hecho y quería hacerme. Deseaba yo que el Señor así rogado le premiase todo como si me hubiese hecho sólo grandes beneficios. Para conseguir esta gracia, me ofrecía a aceptar todo sufrimiento. Aquella buena alma me lo prometió y luego me dejó.

Tuve después, con gran esfuerzo, que transportar al Consejero hasta la cumbre de una montaña. Ya otras veces hube de hacer esto mismo con muchas personas. Así, mucho tiempo hace, tuve que transportar en visión al Peregrino, antes que viniese a verme. Esto de llevar a uno significa guiarlo a su salvación con grande fatiga y trabajo. También Javier transportó muchas veces en visión a hombres de color sobre sus espaldas, aún antes que fuese enviado a convertir a los paganos.

24. Desacuerdo entre enemigos.

Mis perseguidores me dejarán ahora en paz He visto que tenían el intento de oprimirme y sorprenderme. pero están ahora en desacuerdo y se han separado. He visto todo esto bajo el símil de un fuego que estaba encendido entre ellos. El uno desconfiaba del otro y temía ser traicionado. Yo ya nada temía.

Mi celeste Esposo me había dicho que debía contenerme y esperar con paciencia y que me sería dado algún tiempo de quietud. para que pudiese leer las cinco últimas páginas de mi gran libro (*). Tengo aún mucho, muchísimo que hacer.

25. El proceso inquisitorial que se hará después de su muerte.

(14 de Diciembre)

Ví que esta autoridad eclesiástica había recibido de Roma cartas con facultad para proceder a un examen inquisitorial y ví cómo querían proceder con toda autoridad y dignidad. He visto después una iglesia en la cual no había ningún asiento y que me parecía profanada o al menos en reparación. Estaba fuertemente edificada; era antigua y llena de ángulos, no obstante, era bella y adornada, aunque sin trabajos de madera en relieve ni en similor. Los eclesiásticos penetraron en perfecto silencio. Fuera de ellos no había ninguno, más que mi alma y muchos santos. Un féretro fué sacado de un subterráneo y llevado delante del altar. Los eclesiásticos lo abrieron: tenían la intención de hacer una prueba. Hicieron abrir aquel féretro. Celebraron una misa solemne y luego tomaron de aquel cuerpo un dedo consagrado: era el dedo de un santo Obispo. Posaron aquella reliquia sobre el altar y el féretro fué de nuevo transportado al subterráneo. Tuve el presentimiento que con aquella reliquia vendrían a mí y me apresuré entonces a volverme a casa. Vinieron y se mostraron muy rigurosos y severos. No sé lo que hicieron sobre mí, puesto que yo me encontraba en alto sobre unas praderas: me parecía hallarme entre nubes en la proximidad de aquel obispo antiguo, cuyo dedo aquellos eclesiásticos habían traído. Estaba envuelto en terciopelo rojo y un eclesiástico lo llevaba sobre el pecho. De pronto fuí súbitamente transportada por aquel santo obispo en mi propio cuerpo y me levanté y miré maravillada a aquellos señores. Finalizada esta prueba, he visto de nuevo a los eclesiásticos en aquella iglesia de donde habían llevado el dedo y lo depositaron nuevamente sobre el féretro bajo el altar. Entonces hubo una gran fiesta de acción de gracias. Acudió mucha gente y gran cantidad de santos y de ánimas. Al canto de aquellas almas yo uní mi canto en latín.

Después de esto tuve también la visión de un nuevo monasterio. Todo esto sucedía como si debiese tener lugar recién des-

(*) Libro misterioso que recibe del cielo cuando entra de religiosa. Vuelve a verlo en el Monte de los Profetas entre los libros que custodia Elías. En ningún punto de sus visiones dice claramente qué cosas leía en ese libro.

pués de mi muerte. Hubiera debido vivir aún mucho tiempo, pero como habrían venido sobre mí muchos y graves experimentos y exámenes, tendré que morir antes. No obstante, después de mi muerte se habría igualmente alcanzado el fin. Ví también que después de mi muerte se haría algún corte a mi mano. He visto cómo en una y otra parte y con el mayor sigilo se harían en esa iglesia muchos cambios y que las reliquias serían de nuevo sacadas a luz y serían mucho más honradas.

26. El abate Lambert y el Peregrino.

He visto todo el proceso de la inquisición sobre ella (*), y he visto que en todo ello estaba metido Satanás. No habría podido comprender como ella resistiese, si no hubiese visto tener continuamente en torno ángeles y santos. He visto también la intención y el modo de pensar de la gente; oí sus discursos, ví sus manejos y pruebas y como se enfurecieron porque no encontraron nada. Ví como no la dejaban en tranquilidad de día ni de noche; continuamente se agitaban en torno de ella con luces en la mano en horas de la noche. He visto al Consejero que movía a temor cuando dijo: "Ahora tengo al abate Lambert en mis manos: él ha confesado todo. También ella debe confesar todo el engaño". Lo he visto tan rabioso y al mismo tiempo tan lisonjero e insinuante que aquella pobre persona debía ser inducida a pronunciar alguna palabra, de la cual esperaban ellos construir materia de acusación. He visto, por otra parte, cómo una aparición le ponía la mano sobre la boca. He visto al abate Lambert, aunque muy turbado, vencerse a sí mismo, dominar su miedo y que este vencimiento le ayudó mucho a su alma. Ví que lo restante de su carrera era bien poco. Ví el libro del Peregrino, del cual mucho será extractado para ser publicado.

27. Otra visión del abate Lambert.

Tuve una visión relativa al abate Lambert del cual ocurre hoy el 67º día de su nacimiento. Lo he visto arrastrarse de aquí para allá con el pie enfermo, dentro de su estancia, y ví que se hacía siempre más pequeño. Después he visto que no podía estar más de pie y siempre decrecía, de tal modo que a veces no lo podía ver. Me fué dicho que si él no se hacía semejante a un inocente niño no podría entrar en el reino de los cielos y que esta su enfermedad le era muy útil para conseguir tal fin. Cuando lo ví así, empequeñecido, he visto de repente, junto a él, un niño gracioso y resplandeciente como si quisiera medirse

(*) Se ve a sí misma como si fuera otra persona.

con él. Pero el abate Lambert era siempre más grande que el niño y supe que debía hacerse de igual estatura que el niño para entrar entre los beatos.

28. Recibe anuncios de nuevos padecimientos.
(28 de Febrero de 1820)

Me fueron anunciadas nuevas penas de cuatro clases. Una, la cual me ocasiona mayor pena, proviene del Peregrino y de su hermano (*); consiste en desunión y malentendido. He visto un cuadro que mucho me afligió. Me encontraba en extrema inquietud y a punto de desfallecer; quería beber, pero el agua era impura y sabía a agua estancada; no pude tragarla. Estaban allí dos hombres; el uno quería ayudarme y darme cerezas recogidas de un árbol que se levantaba en el lugar de las aguas estancadas. El árbol se mecía y se inclinaba; las cerezas pendían de las ramas extremas situadas en la parte baja; en las alturas no se veía ninguna. Aquel hombre había subido penosamente sobre el árbol para darme las cerezas, puesto que el agua no se podía beber. El otro hombre comenzó a criticarlo y a lamentarse de la fatiga que se imponía: era demasiado trabajo; las cosas debían ser como eran; sobre esto disputaron tan vivamente, que el uno dejó el árbol y el otro se fué también.

Se separaron y yo quedé abandonada, sin ayuda; y necesitaba mucho de una ayuda: sin ella hubiera perecido. Pensé toda la noche en esta penosa visión, que esos hombres podían ser el Peregrino y su hermano. Las cerezas plantadas en aquel lugar malsano simbolizan las buenas intenciones, los servicios y las ayudas ofrecidas, que no vienen del principio de la fe, sino del mal seguro juicio humano y de opiniones preconcebidas. Aquella agua estancada no provenía de la pura fuente del amor divino, sino que estaba contaminada con amor propio y en la obstinación de ideas y juicios vulgares, que en ninguna manera pueden servir de norma y medida para juzgar su posición y por eso no podían traer ningún verdadero alivio a los males.

29. Representación de la discordia.
(4 de Marzo de 1820)

Me he visto depositada por el confesor y el Peregrino en un campo de cereales, donde las espigas me cubrían entera-

(*) Cristián Brentano, hermano del Peregrino, frecuentaba la casa de Ana Catalina. Ambos fueron causa de frecuentes disgustos para la paciente; ellos pretendían cosas que el guía celestial le prohibía o mandaba otras que no eran del agrado de los dos hermanos.

mente; deseaba quedar allí, pero fuí llevada a una estancia oscura y triste y vi que el Peregrino era presa de violenta cólera contra mí, aunque yo era inocente. Estaban muy lejos el uno del otro. Cuando el Peregrino me habló con tanta ira, he visto al diablo tan sutil de la discordia estar detrás y posarle la mano sobre la espalda. Entonces me pareció que me pasasen delante los cuadros del *Via crucis* y que a cada una de las estaciones que pasaba me encontrase siempre más lejos del Peregrino. En la estación de la Crucifixión vi al demonio de la cólera y de la discordia detrás, que parecía querer echarse sobre mí; pero logré arrojarlo lejos. Yo miraba siempre al Peregrino, que al fin vino junto a mí de nuevo. Me he propuesto recibirlo más amorosamente que nunca.

Tuve una visión sobre su hermano. Él le ocasionará disgustos; piensa sobre mí de modo no recto. He visto que también el abate Lambert será molestado por él. Doy gracias a Dios que se ha dignado mostrarme todo esto y así me ha dado ocasión para prepararme. Quiero soportarlo todo para mi mayor humillación.

30. Nuevas penas domésticas la afligen.

Me sentía muy enferma y exponía al Señor, lamentándome, mi estado miserable y deseaba me fuesen quitados los cuidados de las cosas domésticas y me fuesen alejadas tantas personas por las cuales debo interesarme. Ayer tarde el abate Lambert tuvo consigo a la mesa a seis huéspedes, los hijos de mi hermano y algunos eclesiásticos que habían venido a verlo. Tuve reproches de mi guía celestial: me dijo que debo estar asida a la cruz ya que tampoco Jesús se desclavó de la suya. Cuanto menos piense en librarme de las penas más pronto desaparecerán ellas. Tuve sobre todo esto larga instrucción y avisos.

Veo continuos cuadros de las penas que me esperan. Fuí revestida de un hábito blanco sobre el negro y me fué puesto sobre la cabeza un velo blanco y sobre él otro negro. Había sobre el vestido muchas cruces pequeñas. Pude reunirlas todas y entonces aparecieron tres cruces negras que tenían las puntas cubiertas con pequeñas placas de oro y reunidas formaban una sola cruz. Estaban sobre el vestido, y cuando las toqué las sentí también adentro. Vi continuos cuadros de graves miserias que me esperan y que todos los que están en torno mío no me comprenderían ya más y me verían abandonada y burlada. Me fué dicho que de nuevo podría tomar alimento y llegaría a poder caminar.

Junto a mí se encontraba otra persona y mi hermana no podía ya acercarse hasta mí (*). Me encontraba en otro lugar. El Peregrino me traía de comer. Podía sorber algún líquido y agua y gustar un poco de pan ordinario y algunas habas. Me fué dicho que toda cosa dulce y el vino eran para mí veneno. Supe también que se haría sobre mí un nuevo ensayo y experimentos.

31. Alivia al abate Lambert con sus dolores (**).

Tengo que dejar el cuidado de todas las cosas a Dios. No puedo salvarlo del todo. Cuando vino a mí y lloró mostrándose tan turbado sobre el proyecto de dejar esta casa, ví en seguida que él no tendría más que cuatro días de vida si la gangrena que le amenazaba, comenzara. Clamé suplicante al Señor, rogándole me enviase tanta enfermedad cuanta bastase para que el padre se viese libre de morir no resignado. En el mismo momento mis dolores aumentaron y Lambert mejoró. Espero que pronto podrá celebrar de nuevo la misa.

32. Nuevos disgustos causados por el Peregrino.
(25 de Abril de 1820)

Yo debía poner orden y arreglar en un ramillete gran cantidad de flores que estaban en mucha confusión y había ya dispuesto un buen número, cuando vi despuntar en torno de nosotros una verde maleza de espinas: no tenía las espinas vueltas hacia nosotros, sino hacia afuera, como en nuestra defensa. Crecían allí otras innumerables florecitas sobre tallos sutiles como hilos. Eran de color celeste y rojo en el centro y tenían cinco estambres parecidos a pequeños martillos de plata y sobre ellos se posaba un rocío admirablemente agradable. Estas florecillas se escondían entre muchas malezas de hierbas y yo quería recogerlas; pero el Peregrino y su hermano eran contrarios y decían que esto no valía la pena. Tomé una espina de aquella maleza y con ella saqué aquellas florecitas de en medio de las malezas de hierbas.

(*) Su hermana Gertrudis fué remitida a casa de sus padres cuando Ana Catalina cambió de habitación; en su lugar fué puesta otra muchacha.

(**) El abate Juan Martín Lambert vicario de Demuin, Amiens, había salido de Francia por no prestar el juramento constitucional. Decía misa en el convento de Agnetenberg. Fué luego confesor de Ana Catalina, que lo conoció cuando ella era sacristana en la iglesia del convento.

(1º de Mayo). Vi el cuadro de las pequeñas florecillas y las ví pisadas y destrozadas por el Peregrino y su hermano. Lloré amargamente y escondí en medio de aquellas pobres florecillas la cruz que llevaba sobre mi vestido gris. Bañadas estas flores con mis lágrimas renacieron en toda su extensión, con gran alegría mía. Ví también el cuadro de un gran fuego en la pieza del padre Lambert que ardía precisamente sobre su lecho. Consistía este fuego en pequeñas llamitas que se reunían siempre más y más, y cuando formaban una gran llamarada, ésta, pasando por la cocina bajaba las escaleras. He visto varias cosas que indicaban el por qué de lo que le sucedía. Ví muchas personas y muchas cosas y ahora no puedo recordar la relación de todo ello, porque desperté por causa del miedo. Ví que de aquellas llaman salían muchas pequeñas cruces que cayendo sobre mí llenaban mi vestido gris. Yo estaba muy espantada, pero vinieron dos espíritus celestiales, semejantes a dos apóstoles y me dijeron que no debía espantarme, puesto que se había ya quemado y consumido la mayor parte de aquellas cruces. Efectivamente, aparecían ennegrecidas y quedaban muy pocas aún. Desperté espantada de esta visión.

33. Agonía y muerte del abate Lambert.

(14 de Enero de 1821)

Estoy ocupada en un difícil viaje en visión con el abate Lambert. Algunas veces se encuentra muy cerca de la celestial Jerusalén; pero luego se detiene, porque ha olvidado un paquete. Yo debo buscar ese paquete y llevarlo detrás de él. Otras veces me encuentro transportada al cementerio, donde yace alguno que ha olvidado algo y yo debo traérselo y luego recorrer el largo camino metida en tierra hasta la mitad del cuerpo. Tengo miles de trabajos que hacer. Y ahora siento cerca de mí a alguien que de mala gracia y con violencia se me atraviesa, me impide, me detiene, de modo que no puedo terminar cosa alguna.

(18 de Enero). No puedo describir con claridad cómo veo el siguiente cuadro: Veo el alma (de Lambert) bajo la forma de una pequeña y luminosa figura humana que está sobre su corazon; veo como si quisiera salir fuera, como si buscase de adelgazar o romper algún ligamento de los que por todos lados lo envuelven, como si empezasen a abrirse algunos caminos, como si el cuerpo si disipase, como neblina que se deshiciera. Veo a aquella alma como si no quisiese estar más en su encierro; y

luego veo una lucha en sentido contrario: la materia que la circunda, lo impide y se hace más densa; el alma se siente encarcelada por todos lados o al menos por alguno. A veces veo una densa oscuridad; a veces un rayo de luz penetra hasta ella; a menudo la veo circundada de niebla y mientras dura todo esto veo sobre el enfermo y en torno de él un fuego que se consume siempre más. Veo también un continuo aproximarse del demonio con toda clase de visiones de angustia, y al Angel Custodio del abate Lambert que aleja al demonio, y rayos de luz y de consuelo que le envía su santo patrono y otros santos.

Durante todo el día, aun cuando hablo con otros o estoy ocupada en cualquier cosa, veo, internamente al abate Lambert enfermo. Veo sus dolores y sus disposiciones de espíritu. Veo cuadros de las tentaciones con las cuales el demonio le quiere quitar el ánimo y la esperanza. Parece que leyera un rollo muy largo de culpas y de omisiones y le mostrara que él ha descuidado esto o aquello y que no ha cumplido sus deberes. Veo como él mira estos cuadros de sus negligencias y como se pone angustiado y más enfermo e impaciente. Por el contrario, yo me pongo entonces a clamar al Señor, y rezo y trabajo y todo lo pongo delante del Señor y tomo sobre mí dolores y penas. Entonces veo acercarse el Angel Custodio; veo a San Martín su protector acudir en su ayuda y veo que crece su fe, esperanza y caridad. Cuando veo alejarse de él la tentación, entonces me sucede algo externamente a mí: un disgusto, un caso cualquiera que me saca de mi recogimiento, de modo que no puedo luego rezar por el enfermo. Si logro sobreponerme he aquí que vienen otros contratiempos que debo soportar con paciencia.

Ayer he visto al abate Lambert a punto de morir; había perdido el conocimiento, las tentaciones aumentaban, sus manos se movían de aquí para allá sobre la colcha sin saber lo que hacía. Hablé al Señor y le pedí que pudiese aún padecer aquí para que pudiese expiar. Me fué dicho que debía morir y que yo debía recogerme y pensar si no me convenía dejarlo de buena gana a la voluntad de Dios.

Después de esta declaración de mi buena voluntad, se me presentó ante los ojos un cuadro admirable. Me parecía como si se me presentase una persona que me hizo una dolorosa representación de lo que significaría para mí la pérdida del abate Lambert, si él tuviese que morir ahora, y que hiciese esto para moverme a prorrumpir en lamentos y quejas, y a dejar de lado la paciencia y el abandono a la voluntad de Dios. Tuve que lu-

char mucho contra esta representación. Además de esto, no me encontraba sola ni un momento, se me dirigía la palabra y me daba trabajo la niña que tosía. Con tódo luché contra las insinuaciones del enemigo y al fin me fué posible vencer el asalto y dije con todo el corazón: "¡Señor, tu santa voluntad sea hecha!" Apenas dije esto ví delante en espíritu al abate Lambert, mejorado y más sereno. Cuando últimamente Lambert sufría graves dolores por su llaga y yo rogaba a Dios por él, me fué dicho si quería chupar aquella llaga para mejorarla y cuando dije que sí, me ví transportada junto a él en espíritu y chupé sus llagas. Sus dolores cesaron y él dijo al médico: "Creo que *ma soeur* me ha ayudado".

(9 de Febrero). He recorrido los cuadros del *Via crucis* y fuí al encuentro del cortejo fúnebre que conducía el abate Lambert (*) al cementerio. Allí he visto a muchas almas, entre ellas a una con un cirio encendido que acompañaba el cortejo. Después de esto, he asistido a las exequias y he cantado con gran fatiga en el coro el oficio de difuntos. Ahora veo al abate Lambert en un jardín celestial donde se encuentran sacerdotes y almas de su clase. En este lugar hay cosas que corresponden a las puras raíces de las inclinaciones del alma sobre la tierra, pero sin ninguna mezcla de naturaleza terrena. En la hora de su muerte he visto a San Martín y a Santa Bárbara, a quienes yo había invocado en su ayuda, junto a él.

34. Expía por el Deán, Roseri y Rave.

He viajado a Tierra Santa y ví a Nuestro Señor en las orillas del Jordán. Dijo que había llegado el tiempo en que Él mismo quería salvar a sus ovejas y traerlas a lugar seguro; los corderitos tenían que ser puestos sobre un monte y las ovejitas distribuídas en torno suyo. Cuando lo ví tan afanado por sus corderitos, pensé en mis perseguidores y los ví con una mirada como si atravesasen corriendo un desierto. El buen Pastor dijo: "Todas las veces que me acerco a ellos, me desprecian y dan coces". Yo comencé a rezar por ellos de todo corazón y obtuve el don de poder orar por ellos y espero que algo les habrá aprovechado. Reconozco que mis enemigos han ayudado mucho a mi vida interior.

Mientras yo rezaba por ellos me fué mostrado cómo también el Deán había estado excitado contra mí, cosa que me causó mucha extrañeza. Tuve que llevar a muchas personas, enfer-

(*) Murió el 7 de febrero de 1821.

mos, cojos, lisiados, desde la plaza pública hasta una iglesia, donde todo estaba dispuesto en orden perfecto. Llevé a Rave, que encontré a punto de ahogarse; al Consejero lo llevé desde un inmundo estanque; a Roseri lo encontré manchado y deshecho, como si hubiese caído en un abismo; también por ellos tuve que cansarme, llevándolos.

Me encontré junto a un campo de trigo y centeno situado bien alto; no lejos había excavaciones profundas y estanques de agua pútrida y lugares desiertos y adentro muchas rabiosas bestias que querían devorar a los hombres. Tuve que gobernar y dar de comer a estas bestias para que no se desparramasen por los campos. Tuve que buscar y traer para cada una de ellas, con gran fatiga y sudor, las hierbas y raíces diversas, como también diversidad de gusanos, y todo esto con infinita ansiedad y angustia y en medio de continuos ataques de parte de estos animales. Tuve que llevar y alimentar a gatos, tigres, puercos y a un perro mordedor. Durante esta visión estaba deshecha en sudor. Estas bestias significan las pasiones de aquellos hombres que pensaban reducirme a su dominio.

He tomado sobre mis espaldas un grave compromiso. He hecho el propósito de implorar en este tiempo solemne de Dios Nuestro Señor, por el mejoramiento de mis enemigos y el perdón de sus pecados. He trabajado tanto en ello que por todo lo que han hecho hasta ahora contra mí, no serán castigados, si se arrepienten y entran en sí mismos. Siento ahora lo que es llevar sobre las espaldas los pecados y expiarlos con padecimientos. También he conseguido remover con la oración muchos de los peligros que me amenazaban; sobre esto he recibido avisos precisos y me fué dicho cuánto reconocimiento debo por ello a la protección de las santas reliquias. Le debo a los santos que el proyectado asalto contra mí, sea removido. No me he equivocado: he visto con seguridad que el proyecto había salido del Deán. Yo debía ser llevada de nuevo de aquí por medio de seis hombres, entre ellos dos eclesiásticos, para ser de nuevo examinada; pero el Vicario General no quiso dar su consentimiento.

Me pareció, en la víspera de mi santa patrona Catalina, que yo sacaba mi corazón del pecho y lo partía entre muchos miles de personas: pobres, lisiados, enfermos, hombres, mujeres niños; al fin vinieron todavía algunos hacia mí y les dí las últimas partes de mi corazón, mientras yo veía cómo iban terminándose las postreras partecitas. Cuando acabé de dar la úl-

tima partecita, me encontré tan vacía, tan decaída, que estaba por morir.

Entonces apareció Jesús en la cruz, y le dije: "Señor, ahora ya no tengo mas nada". Entonces El me presentó su corazón y dijo: "Aquí tienes mi corazón; reparte de él cuanto quieras". Me puso su corazón dentro del pecho y yo me sentí fuerte, y desperté.

35 . Visión simbólica de unos ciruelos.

(24 de Agosto de 1822)

Yo estaba sentada cerca de una fuente situada en un vasto campo de cereales, donde las espigas se curvaban por el peso de sus granos y caían al suelo. Mi confesor (*) se adentró mucho en aquel campo y salvó de la ruina muchos granos; había ya segado una buena extensión del campo. Entretanto, yo guardaba su sombrero, puesto que aún había muchos lugares que él debía recorrer para recoger la mies. A cada momento pasaban sobre mí ciertos nubarrones negros llenos de granizo, como si quisieran herirme y triturarme, pero pocos de aquellos nubarrones me hirieron.

Ví un saco lleno de ciruelas pequeñas y míseras, que parecían estar preparadas para mí. Eran ciruelas de aquellas que entre nosotros se llaman witker. Estas ciruelas fueron recogidas para mí y preparadas así por varias distinguidas personas; pero uno solo era el que había llenado el saco. Estos frutos son dañosos, equívocos, lisonjeros quizás, pero llenos de falsedad y engaño. De los árboles que los producen sale siempre mucha resina, hermosa en apariencia, pero que roe los troncos. Aquel saco estaba tendido sobre una fosa y mitad de él posaba sobre un terreno de herejes. He visto a las personas que tuvieron algo que hacer con este saco: aunque las conozco, no las quisiera conocer. Las quiero olvidar. Este saco representa las graves charlas y calumnias que cierta persona ha echado sobre mí. Ella me causaba grave disgusto y yo me avergonzaba y esas ciruelas.

Esto, sin embargo, me fue reprendido por el alma de una pobre mujer, muerta ya hace tiempo y que había trabajado conmigo en el convento; ahora ha venido cerca de mí para que yo, hiciera algo en su provecho. Me preguntó cómo se entendía que yo, que no había mostrado interés otras veces por ciruelas grandes, ahora me preocupaba por estas pequeñas y míseras. Vi entonces que algunos sacerdotes cubrían el saco con blancos

(*) El padre dominico Limberg.

pañitos para que yo no pudiera ver más. Entre estos he visto a Overberg (*), a Raterkamp, al padre Limberg y a otros a quienes conocía. Olvidé, por otra parte, a aquellas personas que me habían preparado esos sufrimientos y no me escandalicé ni me inquieté más a causa de ellos.

Las obras de campo del padre Limberg significaban los cuidados de la cura de almas en [illegible] y sus dispersos penitentes que venían de otras parroquias. Yo le retenía el sombrero como en rehén para que no se alejara del campo de trabajo. Continuamente le rogaba no despedir ni hacer regresar tarde a las personas, aun cuando se sintiese cansado y fatigado. La estación, el estado del campo, todo, en una palabra, estaba como cuando se encontraba aquí Overberg.

"Tú estás aquí, me dijo el Señor, y eres perseguida, a fin de que los ánimos desacordes a tu respecto se aunen y muchos lleguen así al conocimiento del bien y de la verdad".

36. Cuadro simbólico del cordero.

Yo miraba una región como se mira un mapa geográfico y vi bosquecillos, prados y ganado con sus pastores. Junto a mí vi un pastor con un ganado más numeroso y en torno de aquel rebaño algunos grupos de ovejas. Este pastor tenía otros guardianes bajo su mando. Él se entretenía en buscar su propia comodidad. Entre los guardianes había algunos que hacían más que él. Su grey estaba en estado muy mediocre. Había entre las ovejas un corderito más pingüe y más hermoso que los demás y que tenía algo de maravilloso en su modo de ser; los otros se agrupaban lo más que podían en torno de él. Había entre éstos ovejas con tiña. El cordero mejor pacía frente a un bosquecillo donde vi escondido a un espantoso lobo, en acecho. Un segundo lobo estaba detrás del primero, acechando en otra selva. Eran lobos, pero, como hacen los hombres, se entendían entre ellos y más de una vez iban de una a otra parte juntos, siempre espiando por causa de aquel cordero, sin tomarse ningún interés por las ovejas sarnosas.

Me afligía mucho por aquel cordero y no podía comprender cómo los pastores podían descuidarse de tal manera. Uno solo de los guardianes inferiores se preocupaba por el cordero; pero no podía hacer gran cosa, aún cuando cuidaba bien la parte del rebaño que se le había encomendado. Más de una vez vi a los dos lobos lanzarse juntos para arrebatar al cordero; pero en

(*) El anciano Overberg fué en todo tiempo amigo adicto de Ana Catalina.

seguida las ovejas saltaban de tal manera en torno y hacían tanto alboroto balando, que los lobos no se arriesgaban a cumplir su propósito.

Los pastores nada hacían para socorrer al cordero y esto yo no lo podía entender. Una vez los lobos lo hubieran agarrado, pero el segundo llegó demasiado tarde y entre tanto las ovejas hicieron tanto ruido que no pudieron atraparlo. Yo no podía comprender cómo exponían aquel cordero a tan inminente peligro. Otra vez los lobos ya se lo habían llevado un corto trecho de camino, mas todas las ovejas corrieron detrás... Recién entonces conocí, en la compasión que tuve, que el cordero era yo misma. Entonces descendió de lo alto un hombre y los lobos huyeron delante de él. En el mismo momento vi que yo tenía los huesos *(reliquias)* de él y me maravillaba de que estuviese su cuerpo allí conmigo y su espíritu en alto. Entonces vino también el guardián de las ovejas y llevaron a su casa al cordero.

37. Atraviesa una tupida valla de espinas.

Tuve grandísima angustia delante de esta valla de espinas, pero mi guía me dijo: "Has andado ya tanto camino ¿y ahora quieres asustarte delante de este breve trozo?" Me hinqué de rodillas y oré, y así, orando, atravesé aquella valla sin saber cómo lo hice. Sentí que había en torno mío invisibles ayudadores. Vi entonces a tres hombres venir a mí y preguntarme qué pensaba yo hacer con respecto al Consejero. Les contesté que leería el escrito para ver si correspondía a su carácter, y que cuando el superior me lo mandase diría la verdad.

Me fué dicho, además, que el siguiente viernes no saldría sangre *(de los estigmas)* sino otro día, por lo mismo que los perseguidores esperaban esa efusión de sangre. Y supe que ellos jamás verían esas efusiones, puesto que no buscaban la verdad. Vi también a muchos niños de Münster que venían para ver a la impostora; pero se mostraron benévolos, con grande afecto hacia la engañadora. Me parecía como si los amaestrasen. Entre ellos había algunos adultos.

En estas visiones tenía en torno mío muchos santos. Lo que mucho me alegró fué que entre ellos apareció también San Francisco. Estaba revestido de túnica larga y grosera. Su frente era ancha, sus mejillas caídas y descoloridas, su mentón largo. Me suministró gran consuelo; me dijo que yo no debía quejarme, que también él había sido perseguido. Tenía escondidas sus llagas cuanto podía; pero la sangre muchas veces fluía en

cantidad desde el costado hasta los pies, y otros habían visto sus heridas y sin embargo no le prestaron fe. Me dijo que era mucho mejor creer y no ver, puesto que el ver no alcanza a hacer creer a aquéllos que no tienen la gracia de la fe. Él es alto de estatura, flaco, pero vivaz, y sus mejillas, aunque demacradas, estaban como teñidas de rojo por el incendio interno. Los ojos eran negros; no tenía barba. No se mostraba decaído; tenía en sí mucho de vivaz y de benévolo.

38. Es avisada de no promover querella.

Me llaman desobediente, pero no puedo obrar diferentemente. Cuando es demasiado tarde entonces todos quieren ayudarme. Veo cuanto se afana el enemigo infernal para que nazca algún proceso (*). Es su ansia que me venga el deseo de iniciar una querella. El demonio no puede dañar de otro modo. Veo que yo moriría si se llegase a un proceso y que todo quedaría oculto, suprimido y sofocado; este es el plan del demonio.

Mi guía celestial me ha dicho: "Tus mejores amigos te querrán persuadir a que promuevas querella ante el magistrado; pero cuídate bien de hacerlo. No olvides que las señales que tú llevas *(los estigmas)* no son señales de acusación, sino de reconciliación. Las dos letras de tu libro de devoción te lo recuerdan: A y R, esto es, *ama y recuerda*. Son tus consejeros los que deben promover querella, y no tú".

39. Ruega por sus perseguidores. - Valor de la santa Misa.

He clamado y suplicado a Dios Padre que quiera mirar a su Hijo, el cual cada minuto satisface por los pecadores; que ahora mismo se ha ofrecido y en cada minuto se ofrece. Le he rogado no quiera ofenderse demasiado por los pecados del pobre ciego Consejero. Le he dicho que debe ayudarlo, iluminarlo por amor de su Hijo. Yo tenía en aquel momento la visión del Viernes Santo y vi cómo el Señor se ofreció de víctima en la cruz y como María y el discípulo, al pie de la cruz, miraban atentamente el altar del sacerdote que ofrecía el sacrificio de la Misa. Vi que esto sucedía en cada hora del día y de la noche y vi a todos los fieles, y cómo ellos rezaban bien o mal, y vi también cómo el sacerdote ejercía su ministerio.

(*) Querían algunos adictos y amigos de Ana Catalina inducirla a promover querella judicial contra el consejero Bönninghausen, por la manera desvergonzada y cruel con que llevó a cabo el examen de los estigmas.

La primera que vi fué a la iglesia que está aquí y luego las iglesias y comunidades que están en torno, de la manera como se distingue un árbol iluminado por el sol que está vecino, con sus frutos y al mismo tiempo se ven otros que están lejos, distribuídos en grupos o reunidos en un bosque. He visto celebrar la Misa en el mundo entero en toda hora del día y de la noche. He visto lejanas comunidades donde la Misa es celebrada precisamente como en el tiempo de los apóstoles. Sobre el altar veo en visión un oficio divino, donde los ángeles compensan todo aquello que es descuidado por el sacerdote celebrante. También ofrecí mi corazón por las faltas de piedad y devoción de los fieles y supliqué al Señor que usara de misericordia. Vi a muchos sacerdotes celebrar el sacrificio deplorablemente. Los afectados y rígidos, que emplean todo el cuidado en no ofender la apariencia externa, descuidan muchas veces el íntimo recogimiento por causa de esta excesiva meticulosidad. Piensan mucho en cómo el pueblo los observa y lo que piensa de ellos y no piensan lo que pensará Dios de ellos. Son los escrupulosos que quieren tener siempre el sentimiento de su devoción. Este género de sentimientos los he experimentado desde mi niñez. Muchas veces, durante el día, me siento arrebatada en esta lejana visión de la santa Misa, y en tanto se me habla, de modo que me parece probar una impresión igual a la que se experimenta cuando durante el trabajo se debe hablar a un niño que pregunta. Jesús nos ama de tal manera que ha querido en la Misa continuar la obra de su Redención. La Misa es la redención histórica velada y hecha Sacramento. He visto todo esto desde mi más temprana juventud, creyendo que todos lo veían igualmente que yo.

40. Visión de nuevas persecuciones.

(1º de Noviembre de 1822)

Tuve de nuevo una gran visión de nuevas persecuciones y ví crecer mis miserias. Los ví espiar y estar en acecho por ver si alguno me socorría y vi a mis enemigos ocupados en recoger todos los dichos y afirmaciones en contra de mí. Vi también al demonio muy rabioso contra mí y lo vi con las fauces abiertas precipitarse hacia ciertas personas, confundirlas y excitarlas; pero lo que mayormente me afligía era ver que mis más próximos amigos me llenaban de reproches. El diablo los confundía aconsejándoles acusar a derecha e izquierda, y los inquietaba. Aquéllos que hubieran querido ayudarme, quedaban solos y no podían hacer cosa alguna.

Mis perseguidores me oprimieron al verme en este total abandono. Me vi separada de toda ayuda de eclesiásticos y laicos. Los enemigos me escarnecían porque tenía que experimentar ahora lo que la primera vez no había experimentado. ¿Dónde está ahora, decían, el supremo superior eclesiástico? ¿Dónde las demás autoridades de la Iglesia?... ¿No habían tenido tiempo acaso de hacer algo en mi favor? ¿Quién entre los eclesiásticos me había protegido?... Esto y cosas semejantes decían. Estas palabras me indujeron casi a impacientarme y fuí muy atormentada y angustiada. Lo más grave para mí era ese total abandono por parte de todos y aún de mis más próximos circunstantes.

Mientras así crecía mi miseria desmesuradamente y yo casi desesperaba, obtuve un consuelo. Se me apareció Nicolás de Flue (*) y me dijo que yo debía dar gracias a Dios que me hacía prever semejantes cosas y que debía armarme de paciencia y guardarme de toda cólera en mis respuestas y contestar siempre con discreción. Cuanto más soportaría con paciencia más presto pasaría la tormenta. Ante todo sufriré mucho de parte de mis amigos que pensarían que yo debería hacer tal o cual cosa, y cometerían conmigo más de una injusticia a pesar de la inocencia de sus corazones. Me dijo que yo debía soportar todo esto con tranquilidad y que esto me ayudaría mucho. Me prometió que este asunto no duraría mucho más y que me ayudaría. Luego me dió una pequeña hoja que contenía una oración que yo debía recitar. La he recitado siempre desde mi primera edad y había sido en este mundo su plegaria particular. Me dió, además, una imagen grande como una mano; sobre ella había un sol y debajo estaba escrito: *Justicia*. Comprendí que la divina Justicia pondría fin a mi persecución. Debajo había un rostro benévolo y amigable con esta inscripción: *Misericordia*. Comprendí que la Misericordia descendería sobre mí. Más abajo del rostro veíase un féretro con cuatro luces encendidas.

(*) San Nicolás de Flue nació en Sasler, ciudad de Suiza, en 1417. Desde joven se dedicó a la práctica de la piedad y penitencia. Contrajo matrimonio y educó cristianamente a sus hijos. De acuerdo con su mujer se retiró luego a la vida solitaria en el cantón de Unterwald. Fué tal su fama de santidad que tuvo que intervenir para apaciguar los conflictos entre los cantones de Berna, Lucerna y Zurich. Predijo las calamidades que causarían Lutero, Calvino y Zwinglio en Suiza y Alemania. Murió en 1487 a los 70 años de edad. En los países del Norte de Europa se le conoce con el nombre de S. Klaus.

CAPÍTULO III

VISIONES DE LA SANTISIMA TRINIDAD Y DEL SANTISIMO SACRAMENTO

INTRODUCCION

Admirable es la visión de la Santísima Trinidad. cuya descripción concuerda con otras revelaciones y, en general, con los sagrados textos. Asimismo es preciosa la que tuvo del Santísimo Sacramento y el conocimiento que le fué dado de sus orígenes y de sus excelencias; como también de los padecimientos de Jesús a causa del abandono en que le tienen los fieles. Se incluye aquí la biografía de San Antonio de Padua por cuanto está estrechamente relacionada con la Eucaristía.

Describe asimismo detalles de la vida de la bienaventurada Juliana de Lieja, que recibió inspiración para introducir la festividad de "Corpus Christi"; y algunas actividades de San Ceferino, papa, y de San Luis, rey de Francia. Participa en éxtasis en una procesión con el Santísimo y comulga espiritualmente.

1. Visión de la Santísima Trinidad.

Después tuve una visión de la Santísima Trinidad. Ví la figura de un anciano resplandeciente, sentado en su trono. De su frente salía una luz indeciblemente clara y del todo blanca; de su boca manaba un torrente de luz algo matizada de color amarillo y de fuego, y del medio del pecho, de su corazón, un resplandor de colores. Todos estos rayos de luz formaban, entrelazándose, una cruz luminosa, en el aire, delante de su pecho, radiante como el arco iris. Parecía como si el anciano apoyase ambas manos sobre los brazos de la cruz. Ví partir de la cruz innumerables rayos que llegaban a los coros celestiales y a la tierra, y todo lo llenaban y restauraban. A la derecha, algo más abajo, estaba el trono de María. Ví salir del anciano un rayo que llegaba a ella y de ella otro rayo que tocaba la cruz.

Todo esto es enteramente inexplicable; pero precisamente por ser completamente deslumbrador y como embriagador, a causa de la demasiada luz, es en la visión del todo inteligible e infinitamente restaurador, iluminador y que llena completamente el deseo Ví a los ángeles debajo del trono en un mundo

de luz incolora. Más arriba ví a los veinticuatro ancianos, de cabellos de plata, en torno de la Santísima Trinidad. Todo lo demás del inmenso espacio estaba poblado de centros ocupados por diferentes santos. cada uno de los cuales estaba circundado de sus propios coros.

Ví a San Agustín con todos sus santos coros a la derecha de la Santísima Trinidad, en grado muy inferior a María Santísima. En medio había jardines y formas de lugares resplandeciente e imágenes de iglesias por todas partes. Parece que se anduviera por entre las estrellas del cielo, cerca y lejos y en torno de ellas. En medio de la mayor diversidad de formas y de imágenes, todos esos vasos de Dios están llenos totalmente por Jesús. En todas partes la misma ley y el mismo fondo, en diversas formas; pero por cada uno de ellos, camino recto a la luz del Padre por la cruz del Hijo.

Saliendo de la Madre de Dios ví sentadas una larga serie de figuras reales de mujeres. Eran vírgenes, y tenían coronas y cetros, pero no parecían reinas de la tierra, sino almas o espíritus que habían vivido antes que la Virgen o habían seguido sus pasos. Parecía que la servían, como los veinticuatro ancianos servían a la Santísima Trinidad. Todos estos espíritus comenzaron la solemnidad moviéndose con maravillosa majestad, juntos y separadamente. Sólo se puede comparar esta fiesta con una hermosa música. Ví a los santos y bienaventurados, formando una o muchas procesiones, pasar en solemne movimiento bajo el trono de la Santísima Trinidad. Parecía como si las estrellas del cielo giraran en torno del sol.

Cuando miré luego a la tierra ví allí numerosas fiestas y procesiones en este día, que coincidían con la fiesta celestial.. Pero todo esto me parecía tan miserable y oscuro y desunido y deslucido con tantas manchas, que al verlo desde arriba era como si mirase en el cieno. Sin embargo. en varios lugares había mucho bueno. Desde arriba ví también la procesión de Dülmen y en ella ví a un pobre niño vestido miserablemente. A ese niño lo quiero yo vestir.

2. La Institución del Santísimo Sacramento.

(Fiesta del Corpus de 1819)

He estado toda la noche al lado de muchas personas turbadas y dignas de lástima, unas conocidas y otras desconocidas. He rogado a Dios se digne poner sobre mis hombros el peso que llevan todos aquéllos que no pueden acercarse con el corazón

alegre y gozoso al Santísimo Sacramento. Ví entonces sus penas, y, tomándolas, las puse sobre mi hombro derecho. Eran tan pesadas esas penas, que todo mi lado derecho estaba inclinado hasta el suelo.

A cada uno le tomaba yo todas sus penas o parte de ellas, según podía. Estas personas se me presentaban en forma de retratos. En su pecho conocía yo lo que cada una de ellas padecía; y podía sacarles el mal de él, figurado en un rótulo trémulo y delgado. Cada uno de aquellos rótulos era tan ligero como una varilla; pero bien pronto junté tantos, que formé con ellos un haz muy grueso. Tomé entonces mi propio tormento bajo la forma de un cinturón blanco, del ancho de la mano, con rayas rojas; até aquellos rótulos doblándolos por medio y puse el grande y pesado fardo sobre mi hombro. Eran estos rótulos de diferentes colores, según las penas de cada uno. Con este fardo a la espalda fuí a visitar al Santísimo, para ofrecerle las penas de aquellas pobres criaturas que en su ceguedad no conocían bastante este tesoro infinito de las penas que dan consuelo. Primeramente llegué a una capilla sin adorno y sin concluir; pero el Señor estaba allí presente en el altar; y le ofrecí mi carga y adoré al Santísimo.

Me parecía que aquella capilla me la había deparado la divina Providencia para reanimar mis fuerzas, pues casi ya no podía más con el peso. Lo llevaba especialmente sobre el hombro derecho, en memoria de la cruz de Jesús y de la llaga que el peso de la cruz le causó en la espalda. Muchas veces he visto esa llaga, que fué la más dolorosa de su cuerpo.

He visto un cuadro de la Institución del Santísimo Sacramento. El Señor estaba sentado en medio, en la parte más larga de la mesa; a su derecha estaba San Juan y a su izquierda un apóstol esbelto y bello que se parecía mucho a San Juan; junto a éste se hallaba Pedro sentado, quien se inclinaba muchas veces hacia Jesús. Al principio ví al Señor sentado, enseñándoles; después se levantó y lo mismo hicieron los demás. Todos le miraban silenciosos, deseando saber lo que iba a hacer. Ví que levantaba en alto el plato donde estaba el pan, que dirigía los ojos al cielo y partía el pan en pedazos con un cuchillo de hueso. Después le ví mover sobre el pan la mano derecha como para bendecirlo. Cuando hizo esto, salió de Jesús un resplandor que iluminó el pan, y Él mismo estaba resplandeciente y como convertido en luz, la cual se difundió sobre todos los que estaban allí y parecía entrar en ellos. Todos

estaban silenciosos y recogidos; sólo Judas parecía oscuro y como que rechazaba esta luz.

Jesús levantó luego los ojos y el cáliz, y lo bendijo igualmente. No puedo hallar expresión más a propósito para significar lo que ví durante esta ceremonia, que la que empleo diciendo que ví y sentí que se transubstanciaba. Después de esto, el pan y el cáliz se tornaron en luz. Ví luego a Jesús que puso los fragmentos del pan sobre un plato llano, semejante a una patena y que con la mano derecha distribuía estos pedazos, poniendo cada uno de ellos en la boca de cada uno de los apóstoles, empezando, me parece, por la Madre de Dios, que se acercó a la mesa en medio de los apóstoles que estaban de pie enfrente del Salvador. En aquel momento ví salir luz de su boca. Ví el pan resplandeciente entrar en la boca de los apóstoles en forma de un pequeño cuerpo humano luminoso. Ví que todos estaban penetrados de luz, menos Judas, que parecía oscuro y en tinieblas.

El Señor tomó asimismo el cáliz en las manos y les dió a beber de él a todos. Jesús tenía el cáliz por el pie. Ví entonces que los apóstoles volvieron a inundarse de luz. Después de esta ceremonia permanecieron algún tiempo de pie, conmovidos, y luego desapareció toda la visión.

3. Cuadros sobre la forma y la administración del Santísimo Sacramento.

Ví que el pan de la cena fué cada vez más cándido y delgado. He visto que los apóstoles administraban en Jerusalén el Sacramento en forma más reducida y que San Pedro repartió entre la multitud el tamaño de un solo bocado. Cuando fué instituído el Sacramento, cada bocado de pan era dos veces mayor. Después tomó forma cuadrada y, por último, llegó a ser redonda. Ví que los apóstoles se dispersaron por países lejanos y que los cristianos no tenían todavía iglesias, sino que se reunían en salas. Ví que los apóstoles guardaban en sus casas la Eucaristía y que cuando la llevaban a la iglesia los fieles iban detras de ella con mucho respeto; en esto me fué mostrado el origen de las procesiones y del culto público.

Al principio ví a las iglesias como sencillas casas, donde se reunían los cristianos. Después obtuvieron aún de los paganos grandes templos, que fueron consagrados; entonces se conservó en ellos el Santísimo Sacramento. Ví que los cristianos recibían el Sacramento en sus propias manos y luego lo

ponían en la boca. Ví que las mujeres lo recibían en sus manos, pero tomándolo con un paño pequeño. Ví también que en un principio los cristianos podían llevar consigo el Santísimo Sacramento a sus casas y tenerlo pendiente del cuello en una bolsa o cajita con una funda, en la cual estaba envuelto en un lienzo pequeño. Ví que cuando esta costumbre fué perdiéndose, aún se permitió durante largo tiempo en ciertos lugares a personas piadosas el conservarlo así. De este modo ví uno tras otro muchos cuadros sobre el Santísimo Sacramento y del modo de recibirlo y de adorarlo, y sobre la comunión en ambas especies.

Vi al principio, en cientos tiempos, a los cristianos vivir con gran fe y sencillez y poseer abundancia de luces celestiales; después, en otros tiempos, los ví combatidos de tentaciones. confusos y perseguidos. Ví a la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, mudar muchas de sus prácticas, cuando decayó la devoción y el culto al Santísimo Sacramento. Entre los que se apartaban del seno de la Iglesia vi que cesaba por completo este Sacramento. Supe también la causa de aquella mudanza. Ví que en tiempos de mucha decadencia fué instituída la fiesta del *Corpus Christi* con el culto público del Santísimo Sacramento y que de esto vinieron muchas gracias a la sociedad y a la Iglesia.

Entre otros muchos cuadros ví uno donde se representaba una gran solemnidad que tenía lugar en cierta ciudad que yo conocía; creo que en Lieja.

En una gran ciudad, que había en un país lejano y cálido, donde se producían frutos como dátiles, ví a los cristianos reunidos dentro de la iglesia y a los sacerdotes junto al altar, mientras que a la puerta se promovía un espantoso tumulto. Un tirano feroz, montado en caballo blanco, se acercó allí y muchos otros se hallaban en torno de él conduciendo un animal indómito que estaba como furioso y causaba grande espanto. No parecía sino que el tirano intentaba burlarse de los fieles forzando a penetrar en la iglesia a aquel animal indómito. Me parecía oír a aquel hombre que decía: "Ahora verán los cristianos si su Dios de pan es verdadero Dios". Muy grande era la angustia de los cristianos que estaban dentro de la iglesia. Pero el sacerdote dió la bendición con el Santísimo Sacramento volviéndose al lugar donde estaba el tirano y la bestia y en el mismo momento el furioso animal se quedó como clavado en el suelo, cual si hubiese echado raíces en él. El sacerdote se acercó entonces a la puerta de la iglesia con el Santísimo Sacramento en las manos y apenas se llegó a la bestia, ésta se prosternó de

rodillas humildemente. A vista de este prodigio, el tirano y los que le seguían se sintieron mudados, se arrodillaron, entraron en la iglesia y se convirtieron.

También he pasado la noche última padeciendo indescriptibles penas interiores, tales que había yo gritado varias veces. Estos dolores se extienden a todos los miembros. En los intervalos de uno a otro dolor veo toda suerte de cuadros que representan las causas que me hacen padecer estas penas, a saber: las faltas cometidas por los miembros y por toda la comunidad en el seno de la Iglesia cuando es recibido y adorado el Santísimo Sacramento indebidamente. He visto un cuadro, que no puedo explicar con palabras: representaba la manera de como el mismo Señor, en los lugares donde hay malos sacerdotes, protege a la comunidad de los fieles dirigiéndola por caminos maravillosos.

4. Padece y ve las faltas de ciertas personas en relación con el Santísimo Sacramento.

He pasado una noche de indecibles tormentos; estaba despierta y en pleno conocimiento. Estos dolores sólo eran interrumpidos por las imágenes de determinadas personas abismadas en miserias, necesitadas de auxilio, que se encomendaban a mis oraciones. Manifestándome su necesidad se acercaban a mí como las personas que vienen a visitarme durante el día. Hallábame en una gran iglesia y ví penetrar en ella el comulgatorio, que era indeciblemente grande. Fuera de la iglesia había muchas casas y palacios. Ví a sacerdotes y a seglares entrar en las casas y llamar a los fieles para que fueran a recibir el Santísimo Sacramento; pero éstos se excusaron con muy diversas razones. Así he visto en una casa a jóvenes bromear y entretenerse en fruslerías y cosas de ninguna importancia. Luego ví a algunos fieles salir de nuevo por las calles e invitar a todo género de mendigos, ciegos, paralíticos y lisiados. Muchos de ellos entraron en la iglesia; los ciegos eran guiados y los paralíticos eran llevados por los que oraban por ellos. Yo padecí hasta casi sucumbir.

Conocía a muchos de estos lisiados, los cuales, cuando estoy despierta, sé que están sanos. A un ciego de la ciudad le pregunté por qué estaba ciego; yo siempre había creído que veía; él no sabía ni siquiera que estaba ciego. Ví también a una mujer a la que había visto cuando niña y no la había vuelto a ver después. Hallándola tullida le pregunté sobre su mal. Ella me res-

pondió que no estaba tullida. La iglesia no se había llenado aún ni con mucho (*).

5. Una visión de San Bonifacio (**) le sugiere consejos sobre la vocación.

(5 de Junio de 1819)

Hallábame en una iglesia ante el Santísimo Sacramento: en medio de ella había gradas muy altas en las cuales ví al santo obispo Bonifacio. Aquellas gradas estaban llenas de personas de ambos sexos y de todas las edades. vestidas con trajes antiguos y con pieles, las cuales escuchaban al santo Obispo, sencilla e inocentemente, con la boca abierta Ví en torno de la cabeza del santo, y sobre ella, una luz que a manera de rayos del Espíritu Santo descendía en diversos grados sobre la cabeza de los oyentes.

Bonifacio era un hombre fuerte, grande y del todo inspirado. Decía que el Señor elige a los suyos y les da sus gracias y les concede el Espíritu Santo; que los hombres deben cooperar para conservar vivas estas gracias y aprovecharse de ellas; pues eran concedidas para que cada uno de ellos fuese instrumento en el pueblo de Dios. El Señor concede a todos sus miembros fortaleza y capacidad para obrar, no sólo en provecho propio sino también de toda la comunidad. Da ya a los niños la respectiva vocación y el que no coopera a la acción de la gracia y no se aprovecha de ella ni la aviva en los demás, priva a la comunidad de aquel auxilio que debía prestarle y se hace de este modo como ladrón de esa comunidad. Cada cual debe, pues, ver y pensar lo que ha de amar y promover en su prójimo y considerarlo como a miembro de un cuerpo único, como a instrumento del Espíritu Santo que el Señor ha escogido para sí. Así los padres especialmente deben observar esto en los hijos y no inutilizar aquellos instrumentos que entre ellos ha elegido el Señor para su Cuerpo, es decir, su Iglesia, sino animarlos,

(*) Eran ciegos y tullidos espiritualmente: los primeros, porque no veían la Verdad que tenían delante; los segundos, porque no podían andar por el camino de la salud y de la perfección.

(**) San Bonifacio, apóstol de Alemania, llamado Winfrido, nació en Inglaterra o en Irlanda (672-755). Fué monje benedictino, que predicó en Turingia, Frisia y Hese. El Papa Gregorio II le nombró Obispo. Derribó a Thot, dios del trueno y convirtió a los alemanes. Siendo arzobispo de Maguncia fué muerto a orillas del Rin. Su cuerpo descansa en Fulda. Dejó cartas, poesías, poemas y los *Estatutos*. Los cerveceros, sastres e hilanderos lo tienen por su protector.

desarrollarlos y dirigirlos en el camino de la cooperación. Si no lo hicieran, es imposible calcular el robo que cometerían en daño de toda la comunidad.

6. Aparece Santa Clara de Montefalco (*) y la consuela en sus dolores.

"Has cultivado y ordenado el jardín del Santísimo Sacramento, me dijo Santa Clara, y tu trabajo ya ha terminado. Pero estás muy abatida y quiero darte algún consuelo".

Ví en aquel instante descender a la santa resplandeciente, del cielo, trayéndome un bocado triangular. en dos de cuyas caras estaba impresa una imagen. Luego al punto desapareció. Comí aquel bocado con gran consuelo. Me ha sido concedida de nuevo la vida, sólo por gracia especial de Dios. Todavía vivo y puedo amar a mi Dios; todavía puedo padecer por Él y darle gracias y alabarle.

Ví los ocho cuadros que en los últimos ocho días hube de ordenar en el jardín de la santa, trabajo que me hubiera sido imposible realizar sin la gracia de Dios. Me fué mostrado todo cuanto había trabajado en esos ocho días: las deudas que había satisfecho, los castigos que había expiado. Todo esto lo vi en una procesión con el Santísimo Sacramento. Era esta procesión una festividad espiritual de la Iglesia en la que celebraban los santos el tesoro de gracias que había venido a ella mediante la adoración del Santísimo Sacramento. Estas gracias eran figuradas bajo la forma de magníficos vasos sagrados, de piedras preciosas, de perlas, de flores, de racimos y frutos. Iniciaban la procesión niños vestidos de blanco, en pos de los cuales iban religiosas de todas las órdenes, que habían sido especialmente devotas del Santísimo Sacramento. Todas estas religiosas ostentaban en el hábito un signo bordado que parecía la figura del Santísimo. Eran conducidas por Juliana de Lieja (**). Vi asimismo a Norberto con sus religiosos, a los cuales seguían innumerables sacerdotes y religiosas de todas las congregaciones. Había indescriptible alegría, suavidad y concordia en todo cuanto sucedía allí.

(*) Clara de Montefalco (1268-1308), abadesa del Monasterio de Santa Croce. Se discute aún si fué terciaria franciscana o monja agustina. Los bolandistas la consideran religiosa agustina.

(**) Juliana de Lieja (1193-1258), Juliana de Cornillón, priora del convento del monte Cornillón, cerca de Lieja. Por inspiración del cielo se esforzó en introducir en todas partes la fiesta de *Corpus Christi*. Sus reliquias se conservan en la abadía de San Salvador, en Amberes, de la orden Cisterciense.

7. Cuadros de la vida de San Antonio de Padua.

(13 de Junio de 1819)

Ví a este santo que tenía un aspecto muy noble y distinguido. Era alto y esbelto; me recordaba a San Francisco Javier. Era su cabello negro, la nariz aguileña, dulces y oscuros los ojos, la barba poco poblada y partida, el color de su rostro blanco y muy pálido. Vestía hábito pardo, con esclavina, pero no del todo igual a la que usan ahora los franciscanos. Todo en él respiraba vida y ardor y era al mismo tiempo muy dulce y afable. Ví a San Antonio entrar, poseído de celo, en un zarzal, a orillas del mar y subir a un árbol cuyas ramas se extendían mucho. Le ví trepar de rama en rama y apenas llegó a lo alto, ví que el mar inundó el zarzal y que todos los árboles se quedaron en medio de las aguas. Ví que una multitud increíble de peces, grandes y pequeños, de las formas más variadas, como también toda clase de animales acuáticos vinieron con las aguas y sacando la cabeza, con gran tranquilidad, miraban al santo y le escuchaban. Después de algún tiempo el Santo los bendijo con su mano y el mar se retiró de nuevo, llevándose con las aguas a los peces. Habiendo quedado muchos en seco, el santo se bajó del árbol y los empujó hacia las aguas que se iban retirando. Todo lo que sucedía en aquel bosquecillo, era en medio de la noche, pues por doquiera reinaba la oscuridad. Solo donde se hallaba San Antonio había luz.

Ví luego a San Antonio caminado a orillas del mar. Después de haberse arrodillado, se volvió hacia una iglesia que había lejos de aquel lugar, teniendo el espíritu elevado en la consideración del Santísimo Sacramento. En el mismo instante vi a esta iglesia a gran distancia y al Santísimo Sacramento en el altar, y ví allí la oración del Santo.

Ví a un hombre viejo, jorobado, de corta estatura y de rostro repugnante, acercarse corriendo detrás del Santo. Llevaba un hermoso canastillo redondo, entretejido en blanco, cuyo fondo y borde eran de otros colores. El canastillo estaba lleno de flores hermosas y bien colocadas. Queriendo aquel hombre dar las flores al santo, le tocó; pero el Santo no veía ni sentía nada, pues seguía inmóvil, en oración, contemplando el Santísimo Sacramento. Entonces ví que el viejo dejó el canastillo con las flores y se fué. Me pareció que la iglesia lejana se acercaba a San Antonio, que seguía en oración y que del Santísimo salió un pequeño ostensorio, el cual, atraído por el santo, que se hallaba en éxtasis, se movía como un torrente de luz hacia él

y se detenía en su presencia a cierta distancia suspendido en el aire. Ví que del ostensorio salió el Niño Jesús, sumamente hermoso y amable, que se sentó en el hombro del Santo y comenzó a acariciarle. Después de algún tiempo el Niño volvió al ostensorio y éste al tabernáculo, sobre el altar de la iglesia lejana, que ahora estaba próxima. Ví que el Santo no recogió las flores; luego me pareció verle de repente en la ciudad, en cuyas cercanías está edificada aquella iglesia.

Ví a San Antonio en una especie de plaza de torneos, en una ciudad a orillas del mar, disputando con muchas personas, especialmente con un hombre violento y colérico que le dirigía frases punzantes. Parecióme como si ambos determinasen algo entre sí y que Antonio sacando con viveza y santo celo las manos de debajo del hábito, en ademán de confirmar lo que había dicho, se abrió paso por entre la multitud y salió de allí. Era aquel lugar una pradera poblada de árboles, cercada de un muro, junto a la ciudad y no lejos del mar. Estaba llena de personas que se paseaban o estaban oyendo al Santo. Entonces tuve otra visión. Ví a Antonio que decía misa en una iglesia y ví un largo camino que iba desde la iglesia hasta las puertas de la ciudad, lleno de gente que esperaba. Ví al hombre que había disputado violentamente con Antonio, conducir a la ciudad un buey muy grande de largos cuernos. Entretanto se acabó la misa y el Santo salió a la puerta de la iglesia llevando en la mano una Hostia consagrada. En aquel momento no fué posible sujetar al buey, que se le escapó al que lo conducía y se lanzó rápidamente en dirección de la iglesia. Siguióle su conductor corriendo y con él muchos otros. Fué tanta la confusión que muchas mujeres y niños cayeron al suelo, pero no fué posible alcanzar al animal. Cuando llegaron a la iglesia los que le iban siguiendo, le hallaron postrado en tierra con el cuello extendido e inclinado hacia el Santísimo Sacramento, que Antonio, de pie, en la puerta de la iglesia, presentaba de cara al pueblo. Entonces el hombre ofreció comida al buey, pero el animal ni comió lo que le presentaban ni dejó su actitud postrada. A la vista de este prodigio, el hombre y todo el pueblo con él se postraron en tierra y reconocieron y adoraron al Santísimo Sacramento. Entró luego Antonio llevándole consigo a la iglesia y con él entró la multitud. Recién entonces se levantó el buey y conducido de nuevo a la puerta de la ciudad, tomó con ansia el pienso que le habían presentado.

Ví que cierto hombre se acusó ante Antonio de haber golpeado con el pie a su propia madre. Más tarde ví a este hombre

tan contrito, después de oír a San Antonio, que quería cortarse la pierna con la que había ofendido a su madre. Ví que el Santo se le apareció repentinamente y le sujetó la mano con la cual intentaba llevar a cabo su propósito.

8. La fiesta del Corpus y Juliana de Lieja.
(15 de Junio de 1819)

Convertí mi oración al Santísimo y fuí arrebatada en espíritu a la iglesia donde se había celebrado por primera vez en la tierra la fiesta del *Corpus*. La construcción de esta iglesia es antigua y antiguos eran sus cuadros; pero no me pareció a mí antigua ni desusada. Entraba en ella una espléndida claridad. Arrodilléme delante del altar mayor. El Sacramento no estaba en la custodia, sino en el tabernáculo, en un copón que tenía una cruz encima. De este copón redondo se podía sacar un pedestal con tres divisiones. La superior contenía varios vasos pequeños con óleo santo; la del medio, un vaso con hostias consagradas, y la inferior una ampolla brillante, como la madreperla, en la que había algo como vino.

Junto a esta iglesia se veía un claustro con muchas piadosas vírgenes y al lado una casita donde vivía una doncella muy piadosa llamada Eva. Tenía esta joven en su habitación una ventana desde la cual, estando abierta, podía ver, de día y de noche, en el altar mayor, el Santísimo Sacramento, del cual era muy devota. No estaba vestida de religiosa, sino más bien de peregrina. Procedía de otro lugar y aunque era de familia acomodada había ido allí a vivir devotamente junto al Santísimo Sacramento.

Ví, además, en las cercanías de aquella ciudad un monasterio en lo alto de una montaña. No estaba edificado como los demás monasterios, pues éste consistía en muchas casitas juntas. Ví también allí en calidad de religiosa a la bienaventurada Juliana, que fué ocasión de la fiesta de *Corpus*. La ví vestida con su hábito ceniciento vagar por el jardín, con suma inocencia, en contemplación ante las flores. La ví arrodillada ante un lirio, sumergida en celestial contemplación de la pureza. Víla hacer oración por el encargo que había recibido de que se introdujese la festividad de *Corpus Christi*. Estaba muy afligida, y ví que le fué mostrado otro sacerdote a quien debía declarar sus revelaciones, pues el anterior a quien las había comunicado, no la había escuchado. Al punto ví a lo lejos, mientras ella oraba, la figura del Papa en oración y ví que este Pontífice, movido

por una visión, se propuso introducir esta festividad en la Iglesia.

En medio de estas visiones me hallaba yo siempre en la iglesia ante el Santísimo Sacramento del altar y veía salir de él un dedo resplandeciente que después se convertía en una mano; luego ví delante de mí un mancebo luminoso, enteramente cubierto de perlas, que me decía: "Mira, todas estas perlas están aquí y ninguna de ellas se pierde Todos pueden recogerlas". Los rayos que salían de este mancebo iluminaban el mundo entero. Entonces dí gracias y reconocí en esta imagen que el Santísimo Sacramento había venido poco a poco con todas sus gracias a ser objeto de la adoración de los fieles.

A eso del mediodía ví, en un país hermoso y feraz, que cinco anchas zonas de luz con los colores del sol formaban una gran cúpula en el horizonte. Estas zonas salían de cinco grandes ciudades, como partes del arco iris, a través del azul del cielo y se cerraban formando una cúpula encima del centro de aquel hermoso país, sobre la cual se veía el Santísimo Sacramento, en medio de indecible esplendor, sobre un trono, en una custodia maravillosamente adornada. Ví subir y bajar por los cinco arcos innumerables ángeles, como si desde aquellas ciudades fuesen al Santísimo Sacramento y desde el Sacramento tornasen a ellas. No es posible explicar la solemnidad, el consuelo y la piedad que había en todo este cuadro.

9. Ve otra figura de la Santísima Trinidad.

Ví a los veinticuatro ancianos sentarse en preciosas sillas alrededor del trono: unos tenían arpas, otros incensarios, y cantaban e incensaban. Y ví una aparición descender oblícuamente desde lo alto sobre el trono, semejante a un anciano con triple corona y un manto amplio extendido. En su frente había una luz trangular y en ella un espejo de todo lo que se veía alrededor. Parecía que todas las cosas enviaban allí su imagen o la recibían de él. De su boca salía una ráfaga luminosa en la cual ví escritas muchas palabras. Pude conocer letras y números y los ví con claridad, pero los he olvidado.

Algo más abajo, delante de su pecho, vi a un joven Crucificado, que resplandecía indeciblemente. De sus heridas, que eran grandes glorias, salían ráfagas luminosas, cuyos colores eran los del arco iris. Estos rayos luminosos cercaban a todos los santos con un gran anillo, y las diferentes glorias de los santos tenían, según sus diferentes colores, una parte en este torrente de luz

y se reflejaban en él de un modo indescriptible con orden y libertad. Ví caer hacia tierra, desde los torrentes de luz que salían de las heridas, una lluvia de gotas de diferentes colores, que eran como piedras preciosas. Todas estas cosas encerraban profundo sentido y verdad, pues conocí el valor, la virtud, los misterios y los colores de las piedras preciosas y de todos los colores en general.

Entre la cruz y el ojo triangular de la frente ví al Espíritu Santo en forma de aparición alada, hacia la cual se dirigían los rayos de luz que brotaban de la cruz y del ojo.

Algo más abajo, delante de la cruz, ví a la Santísima Virgen y a muchas vírgenes alrededor de ella; y hacia la mitad de la altura de la cruz, un círculo de pontífices, apóstoles y vírgenes. Todas estas apariciones y todos los santos y los innumerables ángeles estaban en amplios círculos, en constante movimiento, con perfecta unidad y variedad. La visión fué por lo demás mucho más rica y mayor que el cielo cuajado de estrellas, y al mismo tiempo muy clara; pero yo no puedo describirla.

10. Participa en una procesión del Santísimo y ve a espíritus celestiales tomando parte en la ceremonia.

Así llegué, por último, a cierto lugar donde se celebraba una procesión y al mismo tiempo ví en diferentes lugares otras procesiones. En aquella, a la cual yo me incorporé, iba la mayor parte de las personas cuyas penas llevaba yo sobre mis hombros. Ví con admiración que iban cantando y que de su boca salían los mismos colores de los rótulos que yo llevaba. Al Santísimo lo ví rodeado de ángeles y de otros espíritus, todos con gran magnificencia y esplendor. El Santísimo tenía forma de un niño del todo transparente, en medio de un sol esplendoroso. Lo que he visto es inefable. Si los que llevaban y acompañaban el Santísimo hubieran visto lo que yo veía, se habrían derribado al suelo con temor y asombro y no habrían podido seguir llevándolo y acompañándolo. Yo lo adoré y le ofrecí mi carga.

Entonces me pareció que la procesión entraba en una iglesia, que surgió como del aire, rodeada de un jardín o cementerio. Había allí todo género de flores raras sobre los sepulcros: azucenas, rosas blancas y rojas y margaritas blancas. De la parte oriental de esta iglesia salía, cercada de infinito resplandor, una figura sacerdotal que parecía la del Señor. Muy pronto se acercaron a aquella figura doce varones resplandecientes y en torno de ellos otros muchos. Yo estaba en buen sitio y podía verlo

todo muy bien. Entonces salió de la boca del Señor un pequeño cuerpo luminoso, que muy pronto creció y tomó forma más determinada, y reduciéndose de nuevo tomó la de un pequeño niño resplandeciente y penetró en la boca de los doce que estaban alrededor y de los demás. Esto no era un cuadro histórico como el que ví el Jueves Santo, donde el Señor estaba sentado a la mesa con los doce, pero me traía a la memoria lo mismo. Aquí estaban todos ellos brillando y resplandeciendo; se celebraba el oficio divino; era una solemnidad de la iglesia. El templo estaba lleno de una muchedumbre inmensa de fieles, unos sentados, otros de pie, o cerniéndose en el aire, o llevados en sillas y gradas puestas unas sobre otras, las cuales, sin embargo, no puedo decir que fuesen reales; estaban compuestas de cierta materia, pues cada uno podía verlo todo sin dificultad. Entonces ví en la mano del Señor una forma en la cual entró aquel cuerpo pequeño resplandeciente que salía de su boca. Y ví a esta forma tomar una figura claramente delineada, resplandeciente y como circundada de una casa adornada espiritualmente: era el Sacramento del altar, en la custodia, como objeto de adoración. El Señor siguió pronunciando su palabra viva y el cuerpo luminoso penetró infinitas veces, eternamente uno y el mismo, en la boca de todos los que estaban presentes.

Entre tanto había yo dejado por un breve rato mi fardo y recibí también el manjar celestial. Cuando tomé de nuevo mi carga, vi a una multitud de hombres cuyos fardos estaban tan sucios que yo no quería tomarlos. Supe que aquellos hombres tenían que ser aún castigados con rigor y después juzgados según la penitencia que hubieren hecho. No me causaron compasión.

Ví continuar y concluir aquella solemnidad y me pareció como si hubiera visto hombres destinados a despertar con nuevas fiestas el sentimiento harto adormecido del amor que debemos al maravilloso misterio de la continuación de la presencia de Dios sobre la tierra. Aquella capilla donde primeramente descansé estaba en un monte, del modo como siendo yo niña había visto estaban los primeros altares y tabernáculos de los cristianos. Era el símbolo del Sacramento en tiempo de las persecuciones. El cementerio significaba que los altares del sacrificio incruento estaban sobre los sepulcros y reliquias de los mártires y que después eran las iglesias edificadas sobre ellos. Aquella iglesia tenía la forma de un templo festivo espiritual y celestial, que tenía ante el altar un candelabro de muchos brazos. Ví las solemnidades de este Sacramento celebradas por los antiguos

cristianos, por los presentes y por muchos de los que han de venir, y supe de cierto que esta solemnidad despertaría una nueva vida en el seno de la santa Iglesia (*).

11. Cómo se venera al Santísimo Sacramento.

(30 de Mayo de 1820)

Sentí de nuevo que los dolores llovían sobre mí como flechas agudas y muy sutiles. En lo interior me atravesaban como tenues hilos de plata. Además, tuve que llevar y arrastrar a tantas y tantas personas que yo me sentía oprimida y aplastada y no tengo en mi cuerpo hueso alguno que no sienta como deshecho y pulverizado. Cuando despierto encuentro mis manos torcidas en el dedo medio y rígidas y contrahechas; he sentido durante toda la noche muy grandes dolores en mis llagas. He visto muchos cuadros del descuido y de la frialdad en la veneración del Sacramento y cómo es recibido casi por simple costumbre y a veces malamente; ví a muchas personas ir a confesarse con pésima preparación. Ante todo cuadro que me era mostrado. yo imploraba al Santísimo Sacramento misericordia y luces para los culpables.

Fuí llevada por mi guía a todas las iglesias principales de mi patria, y en todas partes he visto como se conserva el Santísimo Sacramento. La iglesia de Münster, situada junto al río, era el lugar donde mejor se le honraba. En torno a estas iglesias he visto muchas veces fango y terrenos pútridos, en los cuales ví a las gentes quedar presas y enfangadas, y yo tenía que sacarlas y lavarlas y a menudo llevarlas, como podía, sobre mis espaldas hasta el confesonario. Mi guía me traía siempre nuevos trabajos y me decía: "¡Animo! Sufre también por éstos y por estos otros". Entretanto yo me sentía tan reducida a la miseria, que lloraba a veces como una niña. Pero no quedaba sin consolación. Ví en múltiples formas los maravillosos efectos del Santísimo Sacramento, cómo se difundía luz sobre todos los adoradores y aún para los que no pensaban ni se ocupaban del Sacramento, veía ventajas y provechos por sólo encontrarse cerca. Al fin llegué a esta iglesia y ví al Peregrino atravesando el cementerio y pensando en los difuntos. Esto me alegró y pensé: "Ahora vendrá junto a mí". San Francisco de Sales, Santa Juana Francisca de Chantal, San Agustín y otros santos me consolaban. He visto cómo pude mitigar y sanar muchos dolores, y que yo sufría en unión con los dolores de Jesús.

(*) Probablemente alude a los Congresos Eucarísticos.

12. El celo del Papa San Ceferino en la ordenación de los sacerdotes y el decoro de la Misa.

He visto al papa San Ceferino, el cual hubo de padecer grandes contradicciones de muchos cristianos y de los herejes, a causa de su celo por la dignidad del sacerdocio. Víle mostrar mucho rigor en la admisión de los que se presentaban para ser ordenados, probándolos en lo fundamental y desechando a muchos. Ví que una vez, entre los muchos que aspiraban al sacerdocio, sólo admitió a cinco. Le ví disputar muchas veces con los herejes, que desenvolvían pergaminos, hablando violentamente y rompían los escritos pontificios. Exigía que los sacerdotes fueran obedientes y los enviaba a diferentes lugares; a los que no obedecían les quitaba los cargos. Ví que una vez envió a uno que todavía no era sacerdote, creo que al Africa, donde luego fué obispo y gran santo. Era éste amigo de Ceferino y llegó a ser muy célebre. Ví que este mismo Papa quiso que los cristiano le trajesen de sus casas objetos de plata y que quitó los cálices de madera de las iglesias y les dió cálices de plata. Ví también que las vinajeras eran de vidrio transparente. Él mismo usó para sí vasos de madera; pero viendo que muchos se escandalizaban de esto, los hizo dorar en parte. Todo lo demás se lo dió a los pobres.

Ví que contrajo una deuda para ayudar a cierta familia pobre con la cual no le unían vínculos de parentesco. Ví que una mujer, parienta suya muy cercana, le censuró que contrajera esas deudas, las que ni siquiera eran en provecho de sus parientes; a lo que respondió el Papa que había contraído aquella deuda por Jesucristo. La mujer salió de allí muy descontenta. Ví que Dios había dado a conocer a este Papa que si socorría a aquella mujer, ésta llegaría a ser mala.

Ví que examinaba y consagraba a los sacerdotes delante de los fieles y prescribía severamente el modo de conducirse de los eclesiásticos en presencia de los obispos, mientras éstos celebrasen los divinos oficios. También determinó con precisión la jerarquía de los diferentes órdenes. Ví que él introdujo el precepto que manda que los cristianos desde cierta edad reciban por Pascua el Santísimo Sacramento en la iglesia y que no volvió a permitir que llevaran el Santísimo Sacramento a sus casas, en la cajita pendiente del cuello, por estar las casas muchas veces profanadas con danzas y desórdenes de fiestas. Ví su mucha y cordial devoción a la Madre de Dios y que tuvo muchas visiones de su vida y muerte, por lo cual dispuso que su lecho

fuese semejante a aquel en el cual murió la Santísima Virgen. Siempre, al acostarse, procuraba ponerse en disposición semejante al modo como él se la había representado en el acto de morir. Tenía su lecho oculto tras de una cortina. En honra de la vestidura azul de Nuestra Señora, usaba secretamente, debajo de sus vestimentas exteriores, otro vestido del mismo color. Ví que a los que habían sido lanzados de la comunidad por adulterio o por pecados impuros, los admitía de nuevo después que cumplían las penitencias de la Iglesia y que por esto sostuvo una disputa con un sabio sacerdote (*) que era excesivamente riguroso y terminó en la herejía.

13. Ve a San Luis Rey de Francia (**) y escenas de las cruzadas *(25 de Agosto de 1820)*

También me fué mostrado San Luis, Rey de Francia, y ví cómo siendo niño, todavía de siete años, se preparó con rigurosos ayunos a recibir la sagrada Comunión. Así se lo confesó a su madre, que pidió con él, a la Santísima Virgen, en la iglesia, que le hiciera entender si el niño podía recibir el Santísimo Sacramento. Ví que se le apareció la Virgen y le dijo a la madre que preparara al niño por espacio de siete días y luego lo llevara a comulgar; que comulgara ella con el niño y se lo ofreciera, y que ella, la Santísima Virgen, sería siempre su protectora. Ví que sucedió todo esto y por aquí conocí que en aquellos tiempos la religión era enseñada y aprendida mejor que ahora. Ví que en todas sus expediciones Luis llevaba consigo el Santísimo Sacramento y que cuando se detenía en algún lugar, mandaba celebrar la Misa.

Ví también sus cruzadas y que una vez se suscitó una gran tormenta en el mar y los que iban en su nave y en las otras clamaron a él para que pidiera a Dios que los salvase. Vi que el piadoso Rey, que por entonces no llevaba el Santísimo Sacramento, tomó un niño que había nacido y recibido el bautismo en el barco, y subiendo a cubierta lo levantó y pidió a Dios que por aquel inocente niño los perdonase a todos; hizo una cruz con el niño y la tempestad cesó en aquel preciso momento. El

(*) Parece referirse a Tertuliano, nacido en Cartago el año 160 y convertido al cristianismo en 193. Fué rigorista en extremo y montanista. Murió en Cartago en 220. Dijo de si mismo; *"Miserrimus ego semper uror caloribus impatientiae"*.

(**) San Luis, Rey de Francia (1215-1270). Hizo la séptima y octava cruzadas.

Rey exhortó después a los suyos a honrar el Santísimo Sacramento, diciéndoles que si Dios había hecho aquel milagro por amor de aquel inocente niño cristiano, considerasen lo que haría en favor nuestro, por amor de su Hijo unigénito.

CAPÍTULO IV

VISIONES DE LA MISA

INTRODUCCION

Reúnense aquí las contemplaciones referentes al santo sacrificio de la Misa, reproducción genuina del Calvario, donde Jesús se ofreció expiatoriamente por la humanidad caída, sobre los restos de Adán, allí debajo sepultados. La vidente revela que los patriarcas celebraban sacrificios ante un altar donde colocaban huesos de Adán y de otros justos del Antiguo Testamento. Los apóstoles continuaron la tradición que la Iglesia mantiene al realizar la Misa sobre el ara que encierra huesos de santos y mártires.

El sentido teológico de la Misa y su trascendencia espiritual están expuestos con asombrosa sencillez y ortodoxia. Tan elevado es este augusto Sacrificio, que hasta las celebraciones hechas con disipación, son suplidas necesariamente de modo sobrenatural. Las consideraciones acerca de las negligencias de algunos celebrantes, mueven a meditación e invitan a un estado de mayor gracia personal.

1. El valor de la santa Misa.

En la festividad de San Isidro Labrador me fueron enseñadas muchas cosas acerca del valor de la Misa que se dice y que se oye. Supe que es una gran dicha que se digan tantas misas, aunque las digan sacerdotes ignorantes o indignos, pues mediante ellas se libran los hombres de peligros, castigos y azotes de todo género. Conviene que muchos sacerdotes no sepan lo que hacen; que si lo supieran, no celebrarían por temor, ni ofrecerían el santo Sacrificio.

Ví cuán admirables bendiciones nos vienen de oír la santa Misa y que con ellas son impulsadas todas las buenas obras y promovidos todos los bienes y que muchas veces el oírla una sola persona de una casa basta para que las bendiciones del cielo desciendan aquel día sobre toda la familia. Ví que son mucho mayores las bendiciones que se obtienen oyéndola, que encargando que se diga y se oiga por otros. Ví que las faltas que

se cometen en la Misa son compensadas con auxilios sobrenaturales.

2. Imagen de las distracciones de un sacerdote en la santa Misa.

Tuve también una visión acerca de las faltas cometidas en el servicio divino celebrado en la tierra y ví como estas faltas son suplidas y remediadas de modo sobrenatural. Pero me es difícil y aún imposible decir cómo he visto todo esto; cómo se comprenden y se armonizan entre sí todos estos cuadros y cómo cada uno de ellos se explica y aclara en otro.

Es muy de notar que las faltas y negligencias cometidas en la celebración del culto aquí en la tierra sólo hace culpable al que incurre en ellas, porque el culto divino debido al Señor se compensa y se suple de un modo más elevado. Así se me representan principalmente, entre otras faltas, las distracciones de los sacerdotes mientras ejercen el ministerio, por ejemplo, mientras celebran la Misa; veo al sacerdote allí donde están sus pensamientos y entre tanto veo en el altar, en lugar de él, a un santo que hace sus veces.

Estos cuadros muestran de un modo espantoso la gravedad de la culpa del que celebra los sagrados ministerios sin devoción ni atención. Así, por ejemplo, veo salir de la sacristía a un sacerdote revestido para decir misa; pero en vez de acercarse al altar, sale de la iglesia y se dirige a una fonda, o a un huerto, o va a cazar a casa de alguna persona, o a leer, o a alguna reunión; lo veo aquí o allá, adonde van sus pensamientos, precisamente como si él fuese en persona a esos lugares, lo cual causa compasión y vergüenza. Pero es conmovedor ver que, entretanto, un sacerdote santo celebra los divinos oficios en lugar de aquel otro que divaga. Con frecuencia veo al tal sacerdote alguna vez en el altar, pero muy pronto se vuelve a otro lugar poco conveniente. A veces veo que estas distracciones duran largo rato. La enmienda se me representa en estos casos en forma de constancia y recogimiento en el culto.

En varios lugares veo quitar mucho polvo y basura de los vasos sagrados, los cuales se vuelven resplandecientes y como nuevos.

3. Ve la excelencia y la significación de la santa Misa.
(Mediados de Agosto de 1820)

Veo en todas partes sacerdotes rodeados de las gracias de la Iglesia y de los tesoros de los méritos de Jesús y de los santos,

enseñando, predicando y ofreciendo el santo Sacrificio, pero muertos y tibios espiritualmente. Me fué mostrado un pagano que en lo alto de una columna hablaba de un nuevo Dios, con tal elocuencia que todo el pueblo se conmovió y participó de sus sentimientos y deseos.

Estas visiones me han turbado de día y de noche, tanto que no sé qué partido tomar. El estado actual de miseria y corrupción se me muestra en relación con un estado anterior mejor que el actual, y así tengo que orar sin intermisión.

¡Cosa monstruosa es celebrar indignamente la Misa! ¡Oh! ¡no es indiferente el celebrarla bien o mal! Supe por un cuadro inmenso de los misterios de la santa Misa, que todo lo que hay de santo desde el principio del mundo se refería a ella. He visto el Alfa y el Omega. He visto la significación del círculo, de la forma redonda de la tierra y de los cuerpos celestes, de los contornos redondos de las apariciones y de la hostia. He visto la correlación de los misterios de la Encarnación, de la Redención y del santo sacrificio de la Misa y cómo María comprende lo que ni el mismo cielo puede comprender. Estas visiones se extendían a todo el Antiguo Testamento. Ví los sacrificios desde la primera oblación y entendí la admirable significación de los santos huesos. Ví la significación de las reliquias de los altares donde se dice la Misa.

Ví los huesos de Adán descansar en el monte Calvario y por cierto algo sobre el nivel del mar, exactamente bajo el lugar en que Cristo fué crucificado. Miré dentro de una cueva y ví el esqueleto de Adán. Ví que las aguas del diluvio habían dejado intacto este sepulcro; que Noé tenía en el arca parte de esos huesos; que los puso en el altar cuando ofreció el primer sacrificio, como después hizo Abrahán, y que los huesos que éste colocaba en el altar eran los mismos de Adán, que había recibido de Sem. Así la muerte de Jesucristo en el Calvario, sobre los huesos de Adán, es una significación de la santa Misa, que se celebra sobre las reliquias que están en el ara del altar. Los sacrificios de los patriarcas eran una preparación a este sacrificio de la Misa. Así, mediante los huesos que los patriarcas ponían sobre el altar, recordaban a Dios sus promesas.

4. Ve a Noé y a Moisés ofrecer sacrificios.

Ví a Noé ofrecer en el arca sacrificios de incienso; el altar estaba cubierto de blanco y rojo. Siempre que sacrificaba u oraba ponía en él los huesos de Adán. Estos huesos los poseyó luego

Abrahán, a quien los vi poner en el altar de Melquisedec. La parte posterior del altar miraba al norte. Los patriarcas edificaban siempre el altar en esta posición, porque el mal venía del Norte.

También vi a Moisés orando ante un altar donde estaban los huesos de Jacob. Cuando derramaba sobre el altar alguna cosa, levantábase una llama y en ella echaba el incienso y los perfumes. En la oración conjuró a Dios por la promesa que el mismo Dios había hecho a aquellos huesos. Oró muy largo tiempo hasta que le rindió el cansancio; pero a la mañana siguiente se levantó para orar de nuevo. Moisés oró con los brazos en cruz. Dios no puede resistir a esta oración, pues su propio Hijo ha perseverado orando así en la cruz hasta la muerte. Como había visto orar a Moisés, así ví también orando a Josué cuando el sol se detuvo por su mandato.

5. Ve a la Virgen y a San Juan en la representación de la santa Misa.

He invocado a Dios Padre pidiéndole que se digne mirar a su divino Hijo, que a cada instante satisface por los pecadores, que ahora mismo se ofrece y se ofrece incesantemente de nuevo. Entonces he visto la representación del Viernes Santo y que el Señor se ofrece en el altar del sacerdote celebrante como se ofreció en la cruz y he visto de un modo vivo, al pie de la cruz a María y al discípulo Juan. Esto lo veo a cada momento, de día y de noche, y veo la comunidad de los fieles, si oran bien o mal, y cómo desempeñan los sacerdotes su ministerio. Veo primeramente a la iglesia de aquí y después las iglesias y comunidades próximas, como se ve a un cercano árbol cargado de frutas y alumbrado por el sol, y a lo lejos, otros, agrupados o formando bosques.

Veo a todas horas, de día y de noche, las misas que se dicen en todo el mundo y en comunidades muy remotas, donde todavía se celebra como en tiempos de los apóstoles. Sobre el altar veo en visión una asistencia especial con que los ángeles suplen las negligencias de los sacerdotes. Por las faltas de devoción de los fieles ofrezco yo también mi corazón y pido a Dios misericordia. Veo a muchos sacerdotes que desempeñan su ministerio de un modo deplorable. Guardan las formas, pero muchas veces no se cuidan del espíritu. Siempre tienen presente que los está viendo el pueblo, y con esto no piensan que los ve Dios. Los escrupulosos quieren convencerse de su propia devoción.

Muchas veces, durante el día, estoy viendo de esta manera la celebración de la Misa por todo el mundo; y cuando me dirigen alguna pregunta, me parece como si tuviera que interrumpir una ocupación para hablar con un niño curioso. Es tanto lo que Jesús nos ama, que perpetúa en la Misa la obra de la Redención; la Misa es la redención oculta que se realiza constantemente en el Sacramento. Todo esto lo ví desde mis primeros años y creía que todos los hombres lo veían como yo.

6. Ve una representación de la misa sacrílega.

Cuando ví a mi derecha la espantosa imagen del niño crucificado, me volví a la izquierda; pero seguía viéndolo. Entonces pedí a Dios que se dignara librarme de aquella escena y mi Esposo celestial me dijo: "Mira otra cosa peor aún; mira cómo me tratan diariamente en todo el mundo". Ví entonces a los sacerdotes que celebran la Misa en pecado mortal. Ví la Hostia sobre el altar, como un niño vivo, y ví que era despedazado en la patena y ofendido de un modo horrible: sacrificarlo así es asesinarlo.

Ví además un número indecible de infelices que son hoy en día oprimidos, atormentados y perseguidos en muchas partes y ví que todo esto sucedía como en la persona del mismo Jesús. Son malos estos tiempos y no hay recurso alguno. Sobre el mundo se extiende una niebla espesa de pecados y todas las cosas se hacen con tibieza e indiferencia.

También en Roma ví a malos sacerdotes atormentar de esta manera al Niño Jesús en la Misa. Ellos querían ver al Papa y exigirle una cosa muy peligrosa. Pero el Papa veía lo mismo que yo: que un ángel los rechazaba con una espada desnuda siempre que pretendían acercarse a él.

Capítulo V

VISIONES DE LA IGLESIA TRIUNFANTE Y DE LA IGLESIA MILITANTE

INTRODUCCION

Pocos han tenido la dicha de conocer datos precisos acerca de las tres iglesias: la triunfante, la militante y la purgante. La triunfante o celestial nos es mostrada maravillosamente con todos sus atributos; así como la militante, en sus luchas brillantes o claroscuras, a veces con gran decaimiento, a causa de las asechanzas del demonio y la negligencia de los católicos.

El año eclesiástico y la liturgia de la Iglesia se hallan consignados con claridad: son de indudable provecho para el lector, por la nueva efusión de divinos conocimientos que recibe. La vidente realiza místicos viajes a la "mansión de bodas", donde se ajustan las cuentas del año fenecido, correspondiéndole a ella satisfacer, en parte, las deudas contraídas por la Iglesia militante con la triunfante.

1. Ve la perfección de la Iglesia celestial y la imperfección de la Iglesia terrenal.

(27 de Noviembre de 1821)

Ví una forma luminosa muy elevada de donde venían sobre mí brillantes rayos, los cuales terminaban en una flecha que me tocó en el costado y me hizo gritar de dolor. En estos días tengo constantemente delante de mí una doble imagen de la Iglesia. La veo como una Iglesia celestial perfectísima, en lo alto de una montaña, de piedras preciosas, y veo en ésta a santos pastores y ángeles que hacen cálculos en tablas y pergaminos y parece como si pensaran en la Iglesia terrenal que está debajo de ella, esto es, en las faltas y pecados de los fieles de todos los estados.

Ví las innumerables culpas y negligencias en el cumplimiento de los deberes de los pastores que no apacientan, como es debido, su rebaño. Ví a quienes se acercaban a comulgar sin la debida preparación; ví a otros que no obtenían consuelo en el sacramento de la penitencia; ví sacerdotes negligentes, vasos sagrados sucios, enfermos abandonados, hombres que recibían demasiado tarde el Viático, reliquias tenidas en poco aprecio.

Entonces sentí vivo deseo de ayudarles y pedí al Señor se dignara satisfacer en mí su justicia y llenar con mi buena voluntad lo que faltara en las obras de otros miembros más débiles del cuerpo de la Iglesia. Luego junté mis dolores con la inagotable satisfacción de la pasión de Jesús, y ví que los ángeles y los santos borraban todas las culpas y por caminos extraordinarios restauraban, en orden al servicio de Dios y a la salud de las almas, todo lo que estaba abandonado por culpa de los sacerdotes.

La Madre de Dios ha repartido el trabajo entre siete personas, la mayor parte de ellas mujeres. Ví entre ellas a la estigmatizada de Cágliari, Rosa María Serra (*), y a otras que no puedo nombrar; a un franciscano del Tirol, y a un sacerdote de una casa religiosa, en medio de unas montañas, el cual padece indeciblemente a causa de los crímenes cometidos en la Iglesia de Dios. Yo recibí también mi parte y supe cuál era el objeto de mis penas y lo que conseguía con ellas. Hube de padecer durante toda la semana.

2. Santa Bibiana y los tormentos de los mártires.

(2 de Diciembre de 1821)

Esta noche he visto a Bibiana (**) y aunque no me socorrió. la bondad y las penas que he visto en ella debieron infundirme valor y fortaleza para soportar las mías. Ví luego innumerables géneros de martirios y ví a los santos mártires edificar con todos los instrumentos de su martirio una elevada y maravillosa torre, y en lo más alto de ella ví aparecer la cruz. Y ví a todos los mártires en torno a este monumento de triunfo y sobre todos ellos a la Virgen María. Ví también a los que habían padecido como yo, y a los que ahora, al fin del año eclesiástico (***), hacen las mismas obras que yo. Me ví a mí misma y me sentí traspasada de espinas de pies a cabeza. Du-

(*) Desde San Francisco de Asís, primer estigmatizado conocido, ha habido en todas las épocas místicos con los sagrados estigmas. Por esta misma época vivía en Roma, Ana María Taigi, que seguía en visión, paso a paso, la vida agitada de Napoleón, viendo en espíritu sus triunfos, su caída, su destierro, su muerte en la isla de Santa Elena y su destino en la eternidad. Véase *Vida de Santa Ana María Taigi*, de Bessieres.

(**) Santa Bibiana y Santa Demetria, hijas de Fabiano, prefecto de Roma y luego mártir, sufrieron el martirio bajo el emperador Juliano el año 235.

(***) Con el último Domingo de Pentecostés termina el año eclesiástico y comienza el nuevo con el primer Domingo de Adviento.

rante toda la visión veía siempre a ambas iglesias y creo que he trabajado en favor de tres lugares donde faltaba todo.

(Al aparecérsele agua). No me atrevo a echar agua a mis penas: no sea que vuelvan otra vez. Ahora veo que van cediendo.

3. Padecimientos por la Iglesia.

(25 de Diciembre de 1819)

Acercáronseme tres santas religiosas, entre ellas Francisca Romana (*), y me trajeron un vestido blanco, sin mancha alguna, acabado en puntas y señalado en el lado izquierdo con un corazón rodeado de rosas. Cuando yo las tocaba, me herían las espinas que había en ellas hasta hacerme saltar la sangre. En un momento me pusieron ese vestido y me dijeron que tenía que tenerlo puesto hasta el año nuevo; que después recibiría otro hábito color ceniza y una cruz de hierro muy pesada; que si cuando llegara el año nuevo estaba el vestido tan puro como ahora sería más fácil soportar la cruz de hierro y el hábito ceniciento. Creyendo que esto significaba mi muerte, pregunté: "¿Habré de morir ahora?" Ellas me respondieron: "Todavía tienes que padecer mucho", y desaparecieron. Mi guía me anunció entonces con palabras severas y terminantes que traspasarían mi alma agudos dolores a manera de espadas; pero que no sucumbiría; que yo misma me atraía esas penas, pues había tomado sobre mí tanto para satisfacer por otros; que debía tener más moderación y no tomar tan a pecho el bien ajeno; pues ésto sólo podía hacerlo Jesús.

Entonces sentí dolores hasta las dos de la madrugada. Estaba acostada sobre un rastrillo rodeado de espinas, cuyas puntas me traspasaban los huesos.

4. Recibe consuelos de María y de Jesús en sus expiaciones por el prójimo.

En toda la noche no he dormido y estoy casi muerta. He recibido un consuelo sobrenatural: una suavidad divina indescriptible, en medio de los dolores, penetraba lo íntimo de mi alma. También me ha consolado la Santísima Virgen. He visto los inefables dolores que padeció la noche que prendieran a Jesús, especialmente a causa de la negación de Pedro. Ví cómo

(*) Santa Francisca Romana, viuda de un noble caballero romano, fundadora de la Congregación del Monte Olivete, gozó de la vista contínua de su Angel Custodio. Tuvo numerosas visiones sobre el Purgatorio, el Cielo y el Infierno. Murió en 1440.

decía sus penas a Juan y se lamentaba siempre con él. Preguntó, además, esta noche, por qué sentía tanto y me llegaba tan a lo vivo, cuanto puede concebirse, el estado de mi hermana (*), siendo así que podía soportar penas mucho mayores. La respuesta fué la siguiente: "Así como sientes la luz de las reliquias de los santos por la tierna comunicación que tienes con los miembros del cuerpo de Cristo, así sientes la oscuridad y la angustia y la separación más vivamente a vista del estado de tu hermana. Tal estado procede en línea recta por medio de los antepasados, de la raíz de tu cuerpo pecador, de Adán, que cayó en la degradación por el pecado. Sientes su pecado, a través de tu carne, en la carne de tus padres y ascendientes hasta en la fuente de todo pecado; esto es, el pecado que procede de la raíz de tu cuerpo en el primer pecado".

Padecí y velé y me adormecí; desperté de nuevo y conté las horas. Por la mañana clamé llamando a mi Esposo y pidiéndole que no me abandonara. Vile después de su Madre yví los dolores de María y lo ví a Él en el Huerto de los Olivos. Me dijo: "¿Quieres ser más que María, la más pura, la más amada entre todas las criaturas? ¿Qué son tus dolores comparados con los suyos?"... Después me mostró infinitas miserias y pecados; ví moribundos y pecadores que no estaban dispuestos a padecer, y me dijo: "Si quieres ayudarles, padece; de otro modo ¿cómo se satisfaría a la divina justicia?" Mostróme cuán difícil y pesado es lo porvenir; cuán pocos son los que hacen oración y quieren padecer para que se aparten los males de la tierra. Le dí gracias y cobré ánimo y padecí con alegría, puesto que había gozado de su presencia. Me dijo además: "Mira allá ¡cuántos moribundos! ¡en qué estado se encuentran!" Y me mostró a un sacerdote moribundo de mi país, en tan deplorable estado, que ni siquiera podía comulgar con fe y pureza de conciencia. Yo no lo conocía. Jesús me dijo: "Padece por él hasta mediodía". Yo padecí alegremente y todavía sufro, pero ya mucho menos.

5. Recibe un vestido ceniciento - Santa Teresa la anima.

(1º de Enero de 1820)

Cuando recibí el vestido ceniciento ví todos los tormentos que habían de venir sobre mí. Tuve una aparición de Santa

(*) Su hermana menor Gertrudis, que había traído de la casa de sus padres para que asistiera a Ana Catalina. Era tan inhábil, caprichosa y terca, que ocasionó muchos pesares a su santa hermana, que la sufrió con paciencia durante muchos años.

Teresa, la cual me consoló mucho con sus propios trabajos. Me tranquilizó también con respecto de mis propias visiones: me dijo que no me turbara y lo dijera todo; que a medida que ella declaraba lo que en las suyas veía, todos la comprendían mejor.

También me habló amorosamente mi Esposo y me explicó la significación del vestido ceniciento. "Es de seda, me dijo, porque tú estás herida en todo tu cuerpo. No hagas en él arrugas con alguna impaciencia. Es de color de ceniza, como hábito de penitencia y de humildad". Me dijo también que estando enferma hacía yo su voluntad; pero que si estuviera sana me impediría cumplirla mi blandura de carácter. Y añadió que debo decir todo lo que me fué mostrado, aunque sea objeto de burlas; en esto se cumple su voluntad y todo tiene algún provecho (*).

Parecíame como si de un lecho de espinas fuera trasladada a otro. Todo lo ofrecí por las almas del Purgatorio.

6. Padece por la Iglesia y por diversas necesidades.
(2 de Enero de 1820)

He padecido tres violentos accesos de dolor. He padecido en la misma forma que padeció mi divino Esposo Cuando me iba a dar por vencida y me quejaba, estando casi exánime, ví al punto en imagen o como en realidad, que los dolores de Jesús fueron como los míos y ví toda su pasión como la había visto siempre el Viernes Santo. Así fuí azotada, coronada de espinas, atada, derribada, puesta y clavada en la cruz. Ví al Señor descender a los infiernos y fui también al Purgatorio, y ví liberadas muchas almas de personas a quienes conocía y de otras desconocidas; ví libres a muchas almas que antes estaban ignoradas y abandonadas, con lo cual recibí gran consuelo.

El segundo estado doloroso lo padecí por aquéllos que no soportan con paciencia, para bien de sus almas, las penas que les sobrevienen; por los moribundos y por aquéllos que no reciben los santos sacramentos. He visto a muchos de los que he podido ayudar. Finalmente padecí la tercera vez por la Iglesia. Ví la imagen de una gran iglesia con torre artística muy elevada, en una gran ciudad, a orillas de un caudaloso río (*Viena*). San Esteban (**) era el santo de aquella iglesia y con él ví a

(*) Debido a su obediencia podemos hoy leer y gozar el tesoro inestimable de sus revelaciones.

(**) San Esteban, Rey de Hungría, hijo del Duque Geisa, recibió del Papa Silvestre la corona y se hizo apostol de su nación. Murió en el 1038 viendo ya cristianas a las gentes de su belicosa nación.

otro santo que fué martirizado después que él. En torno de esta iglesia ví a muchas personas principales, entre ellas varios extranjeros, con mandiles y llanas de albañil *(masones)* como si vinieran a derribar la iglesia, que tenía el techo de pizarra y la artística torre. Con ellos había toda clase de personas del país, aún sacerdotes y religiosos.

En medio de mi aflicción hube de pedir a mi divino Esposo que pusiera remedio a tanto mal. Si Javier lo pudo todo con la cruz con la mano, no permita Él que aquí triunfe el enemigo. En esto ví entrar en la iglesia a cinco formas humanas, tres con antiguos y largos trajes y dos jóvenes sacerdotes, que parecía hubiesen sido llamados. Asimismo parecía que éstos recibían la sagrada comunión y que debían resucitar a nueva vida. De repente salió de la torre una llama que prendió fuego al techo; parecía que todo iba a arder. Entonces me acordé del río caudaloso (*) que corre al pie de la ciudad, con cuyas aguas se podía apagar el fuego. Las llamas abrasaron a muchos de los que estaban preparados para destruir la iglesia y ésta quedó en pie. La salvación vendría después de una gran tempestad. que estaba próxima. El fuego, que era espantoso, indicaba al principio un gran peligro; pero luego, pasada la tempestad, produjo un gran resplandor dentro de la iglesia. El mal que sobrevino a dicha iglesia tuvo principio en el hecho de que las escuelas fueron entregadas a los infieles.

Ví estallar una gran tempestad, que vino del norte y se dirigió hacia la ciudad, envolviendo en sus torbellinos a la elevada torre y extendiéndose hacia el occidente. Ví combates y rayas sangrientas en el cielo (**), a lo lejos y a lo ancho, sobre muchos lugares, y ví desolación y duelo infinito delante de la iglesia. Los protestantes empiezan a asaltarla por todas partes. Los siervos de Dios son tan perezosos que no hacen uso de la fuerza que poseen por el sacerdocio. A vista de todo esto tuve que llorar copiosamente.

7. La comunión de los santos.

(Adviento de 1821)

Cuando veo en la luz la comunión de los santos, sus obras y armoniosos efectos, y la atracción y movimientos de unos en otros y por otros, y como uno es para otro y en otro, y cada uno

(*) El río Danubio que separa a Budapest, capital de Hungría.

(**) Probablemente ve los combates de las fuerzas aéreas en las guerras de 1914 y 1939.

es todo, y sin embargo es individualmente uno en infinito esplendor de luz, experimento indecible alegría y claridad. Luego veo de cerca y de lejos oscuras formas de hombres y me siento impulsada con irresistible amor hacia ellos, a clamar por ellos, a pedir a Dios y a los santos que les ayuden, los cuales están dispuestos a ayudarlos con tan dulce y amorosa solicitud, que casi se me rompe el corazón en el pecho por la violencia del amor. Conozco con mayor viveza que la luz del día que todos nosotros vivimos en la comunión de los santos y en constante relación con ellos. Y me siento oprimida de dolores porque los hombres son tan ciegos y duros. Atrévome a llamar al Salvador y le digo: "Tú eres infinitamente poderoso y nos amas con amor infinito. Tú, que todo lo puedes, no permitas que los hombres se pierdan. Acuérdate de tu preciosa sangre".

Entonces el Salvador me muestra que Él hace por ellos los más conmovedores esfuerzos: "He aquí, me dice, que estoy pronto a ayudarlos a salvarse; pero ellos me vuelven las espaldas". Y entonces siento yo su justicia, así como la gracia, con igual suavidad y amor.

8. Relación entre la Iglesia terrenal y la celestial.

(3 de Diciembre de 1821)

He tenido una gran visión acerca de la liquidación de cuentas de este año entre la Iglesia terrenal y la celestial. He visto la Iglesia del cielo no como un edificio, sino como un conjunto de apariciones. He visto en lo más alto a la Santísima Trinidad y proceder de ella todas las cosas. Jesús estaba a la derecha y María algo más abajo. A la izquierda ví los coros de los mártires y santos. Alrededor de Jesús ví todos los instrumentos de su pasión y después, en una serie de imágenes sucesivas, su vida, su doctrina y su pasión: obras todas que encierran en sí los misterios de la misericordia de Dios y los actos de nuestra redención y que son los fundamentos de las festividades de la Iglesia militante. En la Iglesia triunfante ví el manantial perenne de las gracias que el Redentor nos mereció durante su vida mortal, las cuales se nos conceden y nos confortan cuando la Iglesia militante en sus festividades celebra misteriosamente los puntos principales de la vida terrestre de Jesús y da gracias por ellos y los renueva en la comunidad mediante el sacrificio de la Misa y el uso de los santos sacramentos. Ví los torrentes de gracias y los efectos que incesante-

mente proceden de la Santísima Trinidad y de la pasión de Cristo y que se difunden sobre todas las cosas.

Ví todas las festividades de la Iglesia en honor de los misterios de la vida de Jesus hasta la venida del Espíritu Santo y ví que la Iglesia recibe hoy día, como renovación de su círculo de trabajo, al Espíritu Santo, en todos los miembros puros que están preparados para recibirle si ellos lo piden; y que todo el que con amor y celo desea suplir lo que pudiera faltar para que sea generalmente recibido el Espíritu Santo y sufre sus propias penas por Jesús y las ofrece en unión de sus méritos con este fin por la Iglesia, puede conseguir para ella todo el torrente del Espíritu Santo, en cuanto su caridad y la oblación que hace de sí mismo, en unión con el gran sacrificio de Cristo, lo merece. Ví después la efusión del Espíritu Santo sobre las obras de los apóstoles, de los discípulos, de los mártires y de todos los santos; y ví que padeciendo ellos por Jesús y en el cuerpo de Jesús, que es la Iglesia, eran venas vivas del torrente de gracias de su pasión expiatoria. Padeciendo ellos en Jesús, Jesús padecía en ellos y de Jesús recibían los merecimientos que ellos después depositaban en la Iglesia. Ví multitud de conversiones obradas por los mártires: eran éstos como canales dolorosamente abiertos que conducían a miles de corazones la sangre de vida de nuestra redención. Ví los martirios en cuadros y ví sus efectos temporales y en razón de la eternidad de su esencia y de su mérito que procede de los padecimientos de Jesús. Ví también sus efectos eternos en la Iglesia, mediante el acueducto de las festividades, de la fe viva, de la oración, de la devoción y de las buenas obras. Ví los innumerables tesoros y gracias de la Iglesia y el mal uso que hacen de ellos algunos de sus miembros. Parece como si sobre un país asolado hubiera un magnífico jardín donde cayeran mil y mis tesoros, no recibidos abajo, continuando así la desolación en los campos y viéndose disipados tan preciosos tesoros.

9. La negligencia en la Iglesia terrenal.

Ví la Iglesia terrenal, esto es, la comunidad terrena de los fieles. el rebaño de Cristo en su estado temporal sobre la tierra, enteramente oscurecida y asolada; y así como he visto allá arriba el perfecto curso anual de la distribución de las gracias, así he visto aquí la pereza, la infidelidad, y la impiedad con que a ellas se corresponde. Todo era acá en la tierra tan perezoso y descuidado, que las gracias que debían ser recibidas en esta festividad, venían por los suelos y muchos tesoros de la

Iglesia se convertían en deudas. Esto lo ví en general en muchas figuras. Ví también que esta negligencia debía ser expiada con trabajos, pues de otra manera la Iglesia militante no podía pagar este año lo que debe a la triunfante y tendría que deber más todavía. Pero ví que la Santísima Virgen procuraba salvar la diferencia. Esto es difícil de describir, pues la naturaleza entera y los hombres están tan decaídos y tan ciegos y ligados, que las visiones en las cuales tengo que hacer alguna cosa importante y que entiendo sin que me cause admiración lo que hago, tan pronto como vuelvo al estado natural me parecen tan raras como a cualquier otra persona.

Así, por ejemplo, debiendo yo sacar con mis manos miel de los abrojos y llevársela a la Virgen para pagar con ella la cuenta de la Iglesia y teniendo la Virgen que hacerla hervir para tornarla más excelente y darla a quienes faltaba, esto quería decir que los miembros de la Iglesia durante el curso del año eclesiástico despreciaban, disipaban y malgastaban muchas de aquellas gracias de Dios, que con solicitud deben ser recogidas de entre las muchas formas de su amor y convertirlas en consoladora suavidad, y que muchas almas necesitadas de esas gracias languidecían y desfallecían. Para impedir esto, el Señor había dado los bienes de la Iglesia triunfante a la militante, y ésta debe dar cuenta de ellos y compensar aquellos dones con réditos y usura. Así que en la cuenta que la Iglesia militante tiene que dar el empleo y aplicación de los tesoros de la Iglesia triunfante, le falta tanta miel; puesto que aquella gracia emanada de Dios viene a ser lo que en el mundo corpóreo es la miel y esta miel debía ser compensada. Pero la miel que en el tiempo de las flores pueden fácilmente allegar las solícitas abejas, pasado este tiempo, tiene que juntarse con mucho trabajo y dolor. Las flores han desaparecido y sólo quedan abrojos. Jesús misericordioso acude entonces a un miembro del cuerpo de la Iglesia y éste ofrece sus penas y dolores en sacrificio por la negligencia de los demás y con las manos ensangrentadas saca la miel de los agudos cardos. La Virgen, que es la Madre de la Iglesia, pone esta miel a hervir, allí donde la gracia no ha sido correspondida por la Iglesia en el curso de este año. Esto es lo que se da a entender con el nombre de miel. De esta manera entendía yo mi martirio en estos días y en estas noches, bajo multitud de representaciones de trabajos, los más variados, y veía siempre las dos iglesias, y que la de abajo salía de la oscuridad cuando eran pagadas sus deudas.

10. Personas que sufren por la Iglesia militante.

Vi también a los miembros de la Iglesia militante como había visto a los de la triunfante. Obrando por la Iglesia de la misma manera que yo, vi conmigo a seis personas, tres mujeres y tres hombres: la estigmatizada de Cágliari, Rosa María Serra y otra persona muy enferma, deforme de cuerpo; el franciscano del Tirol, a quien muchas veces he visto animado de mi misma intención, y a un joven sacerdote en una casa donde hay varios sacerdotes, en un país montañoso. Debe ser este sacerdote un alma privilegiada: padece inexpresablemente viendo el estado de la Iglesia y tiene que soportar extraordinarios dolores por la gracia de Dios. Todas las tardes pide a Dios con todo su corazón que le haga padecer por todas las faltas que durante el día se cometen en la Iglesia. El tercero era un hombre principal, que tenía muchos hijos, una mujer muy mala y poseía mucha hacienda; habita en una populosa ciudad, donde hay católicos, protestantes, jansenistas y librepensadores. Vive muy ordenadamente; es caritativo con los pobres y lleva muy bien la aflicción que le causa su mujer. Hay en esa ciudad una calle especial de judíos, cerrada con puertas por ambos extremos y mucho comercio en ella.

Cuando hube terminado mi trabajo, vi junto al Salvador dos grandes mesas en las cuales estaba todo lo olvidado y borrado. Toda mi labor se me representaba figuradamente. Vi allí todo lo perdido: a un lado las más hermosas coronas, adornos y flores; en otro, guirnaldas desgarradas, vestidos medio gastados y todo género de legumbres y hierbas desmenuzadas. Vi en un lado un trono de los magníficos dones de Dios, y en otro, escombros y tiestos.

Cuando vi esta miserable compensación que no era sino un montón de ruinas y que sólo en juntarlas había yo empleado las fuerzas recibidas de Dios; cuando vi lo que estaba destrozado, desgarrado y sucio, me sobrevino una tristeza espantosa. Incliné el rostro y lloré por espacio de dos horas, con tanta violencia, que me parecía que se me rompía el corazón dentro del pecho.

Cuando hube llorado de esta manera, se acercó a mí el Salvador misericordioso y me dijo: "Sólo hacían falta estas tus lágrimas. Te hice ver esto para que no creas que se te debe cosa alguna, pues ahora lo he tomado todo sobre mis hombros". A los otros seis auxiliares los vi llorar de la misma manera y ser igualmente consolados por el Salvador. Entonces vi a la Santísima Virgen acercarse a la Iglesia y extender su manto sobre

ella. Ví a muchos pobres, enfermos y tullidos empujar a la Iglesia militante hacia arriba, la cual subió clara y resplandeciente y entró en la triunfante, o más bien la Iglesia triunfante se juntó con la militante. Ví a Jesús y a los apóstoles aparecer en el más alto coro de la Iglesia y dar la comunión como una nueva fortaleza. Ví entrar en el seno de aquella Iglesia muchas almas, hasta de príncipes y reyes que estaban en el seno de Abrahán.

11. El año eclesiástico.

Se acerca ahora un tiempo sagrado: el nuevo año eclesiástico se aproxima y en el pasado han quedado muchas cosas que se han descuidado y retardado y todo esto debe ser descontado con padecimientos. He tomado sobre mis espaldas demasiado trabajo, y debo padecer mucho.

Es cosa sublime e imposible de alcanzar, sin el auxilio de la gracia y sin sencillez y pureza de corazón, que las almas vivan conforme a la fe en esta Iglesia, celebren con ella el culto divino y participen de este modo de los infinitos tesoros de gracia y satisfacción que la Iglesia posee por los merecimientos de Jesucristo y por virtud de ellos en la sangre de sus innumerables mártires, en los sufrimientos u obras de penitencia de sus santos y en las oraciones y buenas obras de los piadosos fieles, para comunicarlos a todos los que, unidos con ella, son sus verdaderos hijos. Con estos tesoros satisface a la justicia de Dios y suple lo que falta a los flacos y necesitados, en esta vida, y a las almas del Purgatorio, en la otra, para satisfacer por sus deudas.

Cada momento trae consigo una gracia; el que la rechaza, tiene que caer y desmayar. Así como hay un año natural con sus diferentes tiempos y una naturaleza con sus diferentes creaturas, sus frutos y sus propiedades, así hay un orden más elevado, ligado con un año espiritual y sus tiempos, establecido para restaurar con innumerables gracias y medios de eterna salvación al género humano caído por el pecado. Todos los años, todos los días, cada momento están madurando en este orden los frutos que se nos ofrecen para nuestra salvación. Los hijos de la Iglesia Católica, que celebran devotamente este año espiritual con sus fiestas y su culto divino y ordenan su vida según sus preceptos, los que hacen oración todos los días, son semejantes a los fieles trabajadores de la viña, y reciben en abundancia sus bendiciones.

Es doloroso que sean tan pocos los que conocen este orden de la gracia y viven según él; pero algún día se verá con terror

lo que es el Año Eclesiástico, lo que son sus fiestas, sus épocas y sus días; lo que son las oraciones y devociones de la Iglesia, el oficio divino, especialmente de los sacerdotes y religiosos. El mismo divino Salvador es quien vive con nosotros en este orden y se nos da en todo tiempo como sacrificio y manjar para que todos seamos uno solo en Él. ¡Cuán misericordiosa es la constante solicitud con que todos los días ofrece por nosotros de una manera incruenta a su eterno Padre en tantos miles de misas como se celebran, el sacrificio de expiación, su cruenta muerte en cruz! Este sacrificio. que se consumó en la cruz, es un sacrificio perpetuo, un sacrificio de eficacia imperecedera siempre nueva, infinita, para bien de los hombres en el tiempo finito, que puede contarse y medirse. Por lo cual, desde que fué instituído por el Hijo de Dios hecho hombre, este sacrificio se renueva y se repite hasta que el tiempo no se pueda contar y pase la figura de este mundo, ofreciéndose el mismo Jesucristo, por las manos del sacerdote legítimamente consagrado, aunque sea indigno, al Eterno Padre, bajo las especies de pan y de vino en sacrificio de expiación.

Vivimos de lo que nos han dejado nuestros antepasados y nuestros padres, y, sin embargo, olvidamos fácilmente lo que les debemos y cuán vivamente desean ellos nuestra gratitud y cuánta es la necesidad que tienen ellos de nuestro auxilio. Ellos nos dicen: "Padeced, sufrid, orad, ayunad, dad limosna por nosotros; ofreced por nosotros el santo sacrificio de la Misa".

12. Los hijos de la Iglesia y los de las sectas.

Mi guía espiritual me ha reprendido por haberme excedido en alabar a los infieles piadosos (*), y me ha preguntado si no sé quien soy yo y a quien pertenezco. Y me dijo que soy una religiosa consagrada a Dios y a la Iglesia y ligada por santos votos; que debo alabar a Dios en la Iglesia y orar llena de compasión por los infieles; que debería saber mejor que otros lo que es la Iglesia y por lo mismo alabar a los miembros de Jesucristo en la que es su cuerpo místico; pero a los que se han desprendido de este Cuerpo y le han causado profundas heridas, a éstos los debo compadecer y pedir a Dios que los convierta. Alabando a estos desobedientes me hacía partícipe de su culpa y que esta alabanza no era caridad, porque con ella se enfría el verdadero celo por la salvación de las almas. Con razón, pues, fuí repren-

(*) En sus conversaciones con Ana Catalina, al hablar de los protestantes Clemente Brentano alababa su honradez y vida concertada. Ella es reprendida por admitir sin objeciones estas afirmaciones.

dida de que no es bueno dejarse llevar de la corriente en estas cosas santas. Verdad es que entre ellos hay muchos buenos, de los cuales me compadezco; pero veo que llevan el sello de su origen, que están separados de la Iglesia y divididos entre sí. Cuando brota en ellos, tomando su origen del tronco católico, algún afecto de devoción, levántase al punto y al mismo tiempo un siniestro e inflexible sentimiento de arrogancia y desvío de su madre la Iglesia; quieren ser piadosos, pero no quieren ser católicos. Aunque no cesan de repetir que las ceremonias y formas no importan y que se debe servir al Señor en espíritu, sin embargo se arrastran tenazmente en pos de la forma, y de una forma muerta, caprichosa, y, por lo mismo, mudable, que no crece vitalmente, porque es cuerpo sin alma y puro mecanismo. Carecen de flexibilidad y todos ellos padecen de orgullo. ¿De dónde han de alcanzar humildad de corazón, si no han aprendido a humillarse desde la juventud ni están acostumbrados a confesar sus pecados y miserias, a acusarse con sincera confusión, como hijos de la Iglesia, ante el representante de Dios, en el sacramento de la confesión?... Por esta razón aún entre los mejores veo algo defectuoso; veo juicio propio, dureza y orgullo.

Sólo van por buen camino aquellos infieles que sin conocer a la Iglesia, única santificadora, viven tan piadosamente como pueden. Luego al punto que Dios les da aún la más leve señal o les inspira alguna duda, son llamados y deben buscar la verdad. Aún los herejes son hijos de la Iglesia cuando han recibido válidamente el bautismo santo y viven sólo de la Iglesia y no reciben otro manjar espiritual que el que les viene de ella; pero no se sientan a la mesa de los hijos de la casa, sino que se quedan fuera, arrogantes, engreídos o por ventura languidecientes. Cuando en mis visiones veía herejes bautizados que se unían a la Iglesia, parecíame verlos salir de entre los muros de la Iglesia y aparecer ante el altar, ante el Santísimo Sacramento; mientras que los no bautizados, los judíos, turcos y paganos que se convierten, veíalos entrar por la puerta del templo.

13. En una iglesia de Francfort.

(22 de Febrero de 1820)

Llegué a una ciudad, más allá de Francfort, a una comarca de viñedos. Allí he visto en una iglesia grandísimos desórdenes y malos sacerdotes. Yo debía consolar a un anciano sacerdote que había sido acusado delante del Obispo por sus malos capellanes. Después que éstos habían pasado la noche entera en

juergas y bebidas, él los había echado del confesonario y de la iglesia con la ayuda de dos sacristanes. Esto ocasionó un espectáculo escandaloso. Aquel anciano sacerdote celebró la Misa, pues de otro modo no hubiera habido oficio divino. Ahora está acusado. Ninguno lo ayudará, fuera de Dios.

14. De la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

(21 de Mayo de 1820)

Estuve con los apóstoles en la sala del Cenáculo. Recibí un refrigerio que no puedo explicar: un alimento a modo de luminoso torrente penetró en mi boca. Lo saboreé aunque no sabía de dónde venía ni veía ninguna mano que me lo diese. Tiene un gusto extraordinariamente dulce y yo tenía la inquietud de no estar en ayunas para poder recibir hoy, esta mañana, el Santísimo Sacramento. Yo no estaba aquí y sin embargo oí distintamente la campana dar las doce y conté cada toque. Ví el descendimiento del Espíritu Santo sobre los discípulos y cómo el Espíritu Santo, en estos días de conmemoración, llueve [illegible] como rocío sobre toda la tierra, allí donde hay un recipiente puro y capaz de recibirlo. No puedo describir este mi modo de ver de otra manera que diciendo que yo veo aquí y allá, en medio de las tinieblas, una comunidad iluminada, una iglesia, una ciudad, una persona o muchas, de manera como si todo el mundo se extendiese bajo mis ojos y yo viese algo como al fulgor de una luz, ya en un punto del mundo, ya en otro, un cercado de flores, un árbol, una mata o una o más flores, o una isleta puesta en medio de un estanque, estas cosas iluminadas desde el cielo o traspasadas por rayos luminosos en medio de la circundante oscuridad.

Todo lo que yo ví en esta noche era por lo demás en orden al bien por la bondad de Dios; las obras de las tinieblas no me fueron mostradas. Ví sobre la tierra gran efusión del Espíritu Santo. Algunas veces Él desciende como un relámpago sobre una iglesia y yo veía a los fieles de la iglesia recogidos, y veía a aquellos que habían recibido la gracia, y veía a otros que oraban solitarios, en sus casas o en las iglesias, colmados de luz y de fuerza. Nació en mí una grande alegría y confianza de que aún cuando crezca la opresión y angustia de la Iglesia, ella no sucumbirá, porque ví en todas partes del mundo, a los defensores de la Iglesia avivados por el Espíritu Santo. Antes bien, sentí que la persecución externa por parte del poder laico la fortifica y la dispone a una mayor fortaleza interna.

He visto en la Iglesia de San Pedro en Roma una gran solemnidad, con muchas luces, y ví que el Santo Padre con muchos

otros obtuvo fortaleza del Espíritu Santo. En esta noche no he vísto allá abajo aquella iglesia oscura que es siempre para mí una abominación (*).

15. Los nuevos doce apóstoles.

He visto también en diferentes partes del mundo, iluminados y resplandecientes, a aquellos doce hombres que tan a menudo veo como doce apóstoles nuevos o profetas de la Iglesia. Siento siempre una sensación como si conociese yo a uno de ellos y como si se encontrase en nuestra vecindad. También aquí en nuestro país he visto algunos fortificados y restaurados. Conozco a todos estos hombres durante la visión, pero raras veces puedo nombrarlos luego. Creo haber visto al severo superior eclesiástico. Tengo el convencimiento más vivo que la persecución resultará ventajosa para la iglesia de nuestro país, pero que las angustias están por crecer aún más.

16. Ve una casa de seminaristas.

(Mayo de 1821)

Me encontré en una sala muy larga; de ambos lados había delante de los facistoles, jóvenes con vestido talar de seminaristas. En medio paseaba de un lado a otro un hombre corpulento. Yo estaba escondida en un rincón. De pronto todos esos jóvenes se transformaron en caballos y en medio se paseaba un buey grueso rumiando, detrás del cual los caballos relinchaban y abrían la boca en forma burlesca, mostrando la lengua. Yo esperaba que aquel buen buey les mostrase los cuernos y los aquietase; pero no hacía otra cosa que dar cornadas en el muro todas las veces que llegaba a la extremidad de la sala. Esas cornadas habían producido ya un boquete y yo pensaba que el muro al fin se le vendría encima.

No sabía cómo salir de ese lugar. Finalmente un caballo escapó y los demás detrás de él. Encontré la puerta por donde salieron y me fuí yo también.

17. Ve los frutos futuros de sus sufrimientos.

He visto una reunión de jóvenes eclesiásticos, como un seminario. Debía tener lugar un banquete. Yo llegué como de una alta esfera; de lo alto a lo bajo tenía que procurar y preparar muchas cosas para el banquete. Busqué todo lo necesario en

---

(*) Se refiere a la iglesia protestante.

muchos lugares, con grande fatiga, lo reuní todo y lo llevé allá. Toda clase de gente estropeada, de pobres, me ayudaron y también almas del Purgatorio. A mis hermanas tuve que hacerlas salir, haciéndoles luz, de una oscura cantina, y ellas también me ayudaron. La reverenda madre Superiora fué aquella que hizo observar a las otras cuán maravilloso era que yo debiese llevarlas allí a ese trabajo. Tuve que partir y distribuir doce panes de azúcar que yo misma había preparado. Había buscado muy lejos las cañas de azúcar y después las he preparado. He distribuído once y una la había puesto para emplearla en los pobres. Una de mis hermanas, Eswig, levantó el grito y me acusó de haber sustraído este azúcar para mí. Propuse entonces: "Bien, dividiré también éste; pero cada una debe darme algo de lo que tiene". Así obtuve más de lo que antes tenía. Todo este cuadro era muy extenso; ví que esto simbolizaba un renacimiento del sacerdocio y de las órdenes religiosas, después de grave decadencia. A esto contribuirían las oraciones, las obras y los piadosos amigos, aún después de mi muerte. Parecía que se hubiese formado una reunión de personas piadosas, del seno de las cuales todo debía luego desarrollarse. Los dones concedidos a aquellos eclesiásticos eran muy diversos entre sí. Cada uno obtuvo aquello que le faltaba. Había entre esos dones, hierbas y flores muy particulares. Entre estos eclesiásticos serán seleccionados los mejores.

18. Una religiosa enferma y un hermano lego que expían por la Iglesia.

Ví con ilustración interior que a pesar de la maldad de los hombres y de la decadencia de la religión, en ningún tiempo han faltado en la Iglesia miembros vivos y activos, suscitados por el Espíritu Santo para orar y padecer con caridad por las faltas de toda la comunidad. Aunque tales miembros no sean conocidos, obran, sin embargo, en la oscuridad aún más activamente, tal como sucede ahora. Luego ví en varias direcciones, en medio de comarcas oscuras, algunos cuadros de hombres piadosos, devotos y pacientes que trabajan por la Iglesia. Entre todas estas imágenes, que me alegraban y confortaban, algunas fueron para mí especialmente consoladoras.

Ví en una gran ciudad, junto al mar, lejos de aquí, hacia el mediodía, a una religiosa enferma en casa de cierta piadosa viuda muy caritativa. Me fué dicho que era una persona escogida por Dios para padecer por la Iglesia y por toda clase de necesidades. Ví que estaba estigmatizada, pero que nadie lo

sabía. Era alta y en extremo delgada. Había venido desde otro lugar y había sido recibida por la viuda, que compartía todas sus cosas con ella y con algunos sacerdotes. La piedad de los demás moradores de la ciudad no me agradó mucho. Practicaban muchas devociones exteriores, pero se empleaban con no menos calor en toda clase de pecados y excesos.

Lejos de este lugar, más hacia Occidente, ví en un antiguo convento suprimido a un anciano y débil hermano lego que a duras penas podía andar en la celda. Parecióme instrumento destinado a orar y a padecer por los demás y por la Iglesia. Ví a muchos enfermos, atribulados y pobres hallar en él auxilio y consuelo. Entendí que tales instrumentos nunca han faltado ni faltarán en la Iglesia de Dios y que siempre los pone la Providencia donde más necesarios son y donde abunda la corrupción.

19. Trabajos en favor de futuras monjas.

Tuve que hacer trabajos en favor de futuras monjas. He visto más de treinta jovencitas en un convento, donde no habían aún abrazado el estado religioso. Discutían y razonaban entre ellas. Parecía que eran de tres clases: de dos instituciones todavía existentes, esto es, una del cuidado de enfermos, y la otra de la instrucción, institutos que debían ser reformados; y de una tercera institución, nueva, que se refería al trabajo manual y a la educación. Me daba mucha pena que aquellas jóvenes tolerasen que hubiese entre ellas tanta suciedad e inmundicia. Había entre ellas una persona que debía llegar a ser superiora y había otras que deseaban simplemente ser hermanas laicas o conversas, que me parecían tan buenas como las otras. Mi guía me dijo: "¿Ves estas jóvenes? Están todas vacilantes; están decididas y no decididas y dicen: 'Esta es la voluntad de Dios, aquélla es la voluntad de Dios, cuál será la voluntad de Dios, si será ésta la voluntad de Dios' y cosas semejantes. Entre tanto, están llenas de su propia voluntad y tienen que habérselas con ciertos caballos a los cuales tú debes domar".

Entonces me condujo delante de una casa donde había una tropilla de caballos furiosos e indómitos. Estos caballos eran las pasiones de las personas que habitaban en aquel convento y de otras personas del mundo que querían impedir la estabilización del convento y de aquella casa religiosa. De estas pasiones estaban ligadas unas a otras en general y más particularmente las unas a otras vinculadas, y así enredadas obraban interior y exteriormente con desventaja, contrariamente a la

prosperidad de la Congregación. Había allí tantos caballos cuantas eran las personas de la casa y todos estaban furiosos, atropellando las puertas como si las tomaran por asalto. Pensé entre mí misma: "Sucede como en el verano, cuando las moscas atormentan a los caballos y ellos se atropellan para entrar en el establo".

Me parecía bastante raro el tener que ocuparme de estos caballos, pues estoy tan débil y nunca me he ocupado de caballos, excepto cuando niña, el día que al amanecer tenía que llevar el caballo a mi padre. Mi guía me dijo: "Tú debes montar todos estos caballos y domarlos y vencerlos con medios espirituales". Yo pensaba: "¿Cómo podrá suceder esto?". Él me replicó "Tú lo puedes y lo harás solamente por medio de la oración y de la paciencia; esto es, con soportar cuanto te sucederá y todo aquello que debes sufrir con paciencia y dulzura. Tú debes principiar siempre. Has dicho muchas veces que querías empezar mil veces; y bien, desde este momento empieza a sufrir y a soportar; piensa que hasta ahora nada has sufrido y nada has hecho y con eso lograrás domar estos caballos. Hasta que no los hayas domado tampoco estas jovencitas serán perfectas. Con esto tú actúa en todas las personas que te rodean. Eres la superiora espiritual de las almas de todas estas plantas del jardín espiritual y debes por los caminos espirituales tener cuidado y hacerlas crecer y purificar con medios espirituales". Dije que el domar estos animales me parecía casi imposible, porque algunos eran demasiado locos y furiosos. Me respondió mi guía: "Aquéllas que están representadas por estos caballos se harán las mejores y las más sólidas columnas de la mansión de bodas. Son aquéllas que tienen mejor talento y se harán sólidas y firmes cuando sus caballos estén domados".

Entonces saliendo afuera empecé a sacar los caballos y los hice correr delante de mí, lejos de la casa. Ellos comenzaron a correr en varias direcciones, y ví en un círculo, en torno mío, diversos cuadros de personas que con pleno conocimiento o sin saberlo, trabajaban contra el instituto y la prosperidad de aquella casa. Entre éstos había gente maliciosa; había también otras, animadas de buena aunque mal entendida voluntad, y me era penoso ver cómo estas últimas ocasionaban mayor daño que las mismas que lo hacían por malicia. He visto entre éstos a eclesiásticos que eran muy estimados.

Tuve más tarde que rogar por el establecimiento de un monasterio de mujeres, que me fué indicado por dos beatas monjitas. He visto aquel monasterio y el prado en donde se

extendía la ropa de las monjas para secarla y purificarla. Había abundancia de ropa blanca en el mayor desorden. En la extremidad del jardín corría una fuente de aguas perennes, frescas y claras; pero no la usaban para lavar, sino que iban a un turbio estanque porque estaba más cercano.

Mis acompañantes me dijeron: "Mira cuánto cuesta poner remedio al desorden de esta ropa; así es difícil reordenar la comunidad de un monasterio. Prueba si tú eres capaz de hacerlo". Me puse al trabajo y encontré esa ropa en tan múltiples modos llena de manchas antiguas y tan arruinada que tuve que atormentarme espantosamente para dar cumplimiento a la tarea. No tuve tiempo de terminar por esa vez y tendré que volver para continuar el trabajo.

20. Visión de las dos ciudades.

Ví dos ciudades, una a la derecha y otra a la izquierda. En la ciudad de la izquierda había una calle recta y hermosa, con árboles llenos de flores; pero estas flores se caían, de suerte que no se veía ningún fruto. Díjome mi guía: "Observa cuanto más pobre es esta ciudad nueva, que la antigua que está a la derecha". La ciudad misma era a la vista muy llana, pero todo estaba como muerto.

Después me mostró la ciudad antigua que había a la derecha. Parecía exteriormente mucho más desordenada e inculta, pero en torno de ella había magníficos árboles cargados de frutos. Sólo sentían allí necesidad y desdicha los que no cultivaban los árboles ni se bajaban a recoger sus frutos. Estos árboles eran muy viejos y sus copas crecían hasta el cielo. Por un lado estaban descuidados y tenían las ramas tronchadas y los frutos en el suelo, porque los guardianes eran negligentes; mas por otro estaban lozanos, florecientes y cargados de preciosos frutos.

¿Cómo es que yo, pecadora miserable, veo estas cosas, cuando no puedo luego referirlas ni entenderlas bien?... Y mi guía me respondió: "Dirás de ellas lo que alcances. No puedes ni podrás nunca contar el número de las almas que algún día han de leer lo que digas y consolarse y despertar y recogerse a la vida devota".

21. Ve el futuro estado de la Iglesia.

(27 de Enero de 1822)

En la Iglesia espiritual se celebraba una fiesta de acción de gracias y en esta iglesia había una gran gloria, un trono magníficamente adornado. San Pablo y San Agustín y otros santos

convertidos tomaban parte de un modo especial en ella. Celebraba esta solemnidad la Iglesia triunfante en acción de gracias por los singulares beneficios que en lo porvenir había de obtener la Iglesia. Esta solemnidad representaba una futura consagración y se refería a la mudanza en el pensar de un hombre de alta condición, alto y esbelto, que algún día sería Papa. Vile en la iglesia en compañía de otros varones piadosos. Era amigo de un anciano y virtuoso sacerdote, cuya muerte presencié en Roma hace algunos días. Ví asimismo en aquel cuadro a muchos cristianos que entraban en la iglesia a través de los muros. Ví que aquel Papa será severo y despedirá a los obispos tibios. Pero todavía tardará esto mucho. Todos cuantos hayan contribuído con sus oraciones a obtener esta gracia estaban presentes en aquella iglesia. Ví también allí a otros orantes especiales, a los cuales veo frecuentemente. El joven había recibido ya algunas órdenes y parecía recibir hoy alguna más. No es natural de Roma, sino de una población cercana. De vez en cuando viaja. Ha de llegar todavía un tiempo de mucha discordia y confusión. Son indescriptibles la hermosura y alegría de esta fiesta. Yo, por mi parte, gozaba sobremanera en ella. Veo todavía aparecer aquella iglesia y deseo entrar de nuevo allí.

22. María es la Iglesia y nuestra Madre.

Me alegré con tal filial alegría de que la Iglesia sea mi madre que se me ofreció una viva imagen de mi niñez, de aquellos días en que el maestro nos decía muchas veces en la escuela: "No tiene a Dios por padre el que no mira a la Iglesia como a madre". Con este recuerdo me volvía en cierto modo niña y decía: "¿Cómo puede ser mi madre la iglesia, siendo que está hecha de piedra?" Esto no obstante, yo la tenía por madre, y creía sencillamente que cuando iba a la iglesia, iba hacia mi madre. Por lo cual dije yo en alta voz durante la visión: "¡Sí, ella es ciertamente mi madre!"

Luego se me representó la Iglesia en forma de una gran Señora muy hermosa. Yo desaprobaba que ella permitiese que sus criados la sirvieran con tanta negligencia.

Pedí a María que pusiera en mis brazos al Niño Jesús y hablé largamente con Él. Entonces adquirí esta hermosa certidumbre: de cómo María es la Iglesia, y cómo la Iglesia es nuestra Madre, y Dios nuestro Padre, y Jesús nuestro hermano. Entonces me alegré de haber ido cuando niña hacia mi madre de piedra, al templo, y de haber dicho interiormente por la gracia de Dios: "Entro en el gremio de mi santa Madre".

CAPÍTULO VI

VISIONES DE LA NAVIDAD

INTRODUCCION

En las visiones completas de la vida de Jesús y de María, el lector hallará numerosos pormenores de la Sagrada Familia en el viaje a Belén y el nacimiento del divino Infante en la gruta. Las contemplaciones de este capítulo son cuadros aislados, vinculados a distintos actos de la vida de Ana Catalina, que le sugieren reflexiones de carácter histórico, como el del año del nacimiento del Redentor y los sucesos de Roma y Oriente en la gloriosa noche; de carácter etnográfico, como la descripción de lugares de Africa y Asia y de los habitantes de la región que baña el río Ganges; de carácter alegórico, el del Jovencito que le da una corona de perlas, el del ángel de la Paciencia vestido de verde y el de la anciana cubierta de telarañas, encerrada por los jóvenes bullangueros que representan la Reforma protestante. Resultan conmovedoras las escenas donde la vidente aparece entre la Sagrada Familia, buscándole albergue y ayudándola con trabajos y oraciones.

1. Fecha del nacimiento de Jesucristo.

He visto que el año 3997 no estaba aún completo cuando nació Jesucristo. Los cuatro años no completos desde su nacimiento hasta el año 4000 fueron más tarde olvidados y así nuestra era comenzó cuatro años más tarde (*). Uno de los cónsules de entonces se llamaba Léntulo; era un antepasado del sacerdote y mártir Moisés, cuyas reliquias tengo aquí, el cual vivió en tiempos de San Cipriano. De él desciende también aquel Léntulo, que fué luego amigo de San Pedro en Roma.

Cristo nació en el año 45 del emperador Augusto. Herodes reinó 40 años. Durante siete años no fué independiente, aunque desde entonces oprimía al país y ejercía muchas crueldades. Murió más o menos en el sexto año de la vida de Jesucristo. Creo que su muerte fué ocultada por algún tiempo. Murió mal

(*) Comúnmente se fija el año 4000 como fecha del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. No obstante el Martirologio Romano admite la fecha de 5199 después de la creación del mundo.

y aún en sus últimos momentos ejercía actos y mandatos de muertes y de terror. Lo he visto arrastrándose en medio de una habitación acolchada. Tenía una lanza consigo y quería herir a los que se le acercaban. Jesús nació más o menos en el año 34 de su reinado.

Dos años antes de la entrada de María en el templo, Herodes mandó hacer obras en el templo. No era una nueva edificación: sólo hacía cambiar algunas cosas y hermosear otras.

La huída a Egipto tuvo lugar cuando Jesús tenía nueve meses y la matanza de los inocentes ocurrió durante el segundo año de su edad (*). El nacimiento de Jesucristo tuvo lugar en un año judaico en que ellos contaban trece meses. Esto era un arreglo semejante al de nuestro año bisiesto. Creo también que los judíos tenían dos veces al año meses de 20 días y uno de 22. Pude oír algo sobre esto a propósito de los días festivos; pero ya no tengo más que un recuerdo confuso. Ví también que varias veces se hicieron cambios en el calendario. Esto fué al salir del cautiverio y mientras se trabajaba en el templo. Ví al hombre que cambió el calendario y supe su nombre.

2. Sucesos del nacimiento de Jesús.

Cuando Jesús nació ví en Roma, al otro lado del Tíber, un barrio donde vivían muchos judíos. En aquel barrio brotó una fuente de aceite y todos se maravillaron. Ví que una magnífica estatua de Júpiter cayó hecha pedazos en un templo, cuya bóveda también se desplomó (**). Los paganos estaban llenos de espanto y preguntaron a otro ídolo, creo que el de Venus, qué significaba eso, e hicieron sacrificios. El demonio tuvo que responder por boca del ídolo: "Esto ha sucedido porque una Virgen ha concebido un hijo, sin dejar de ser virgen, y acaba de dar a luz". Este ídolo habló también desde la fuente de aceite que había brotado. En el sitio donde surgió se levanta hoy una iglesia consagrada a la Madre de Dios. Ví a los sacerdotes de los ídolos, consternados, haciendo averiguaciones acerca de lo sucedido.

Setenta años antes, cuando el ídolo había sido cubierto de espléndidos adornos de oro y piedras preciosas y se ofrecían

(*) Otras videntes, como Teresa Neumann, concuerdan en citar la matanza de los inocentes cuando Jesús tenía cerca de dos años.

(**) San Antonino (IV, 6, 10) narra un hecho parecido y cita a Orosio, Eutropio, Vicencio y a Inocencio III. Natal Alejandro escribe: "Otro prodigio refieren algunos de un templo que cayó en aquella noche del nacimiento de Jesucristo".

sacrificios solemnes, vivía en Roma una piadosa mujer. No recuerdo si era judía. Su nombre sonaba como Serena o Cyrene. Poseía algunos bienes. Estaba dotada del don de visiones; hizo algunas profecías diciendo públicamente a los paganos que no debían rendir tan grandes honores a Júpiter ni sacrificarle, pues habría de quedar despedazado en medio y a la vista de todos. Los sacerdotes la detuvieron y le preguntaron cuándo sería eso. Como no pudo anunciar la época, fué encerrada y perseguida, hasta que Dios le dió a conocer que el ídolo caería cuando una virgen pura diera a luz un niño. Al dar esta respuesta todos se burlaron de ella y la dejaron libre, considerándola por loca. Pero cuando al derrumbarse el templo se hizo pedazos el ídolo, reconocieron que había dicho verdad, asombrándose de lo que había dado como señal del hecho, porque naturalmente ellos nada sabían de que la Santísima Virgen hubiera dado a luz e ignoraban el nacimiento de Jesucristo. Ví también que los magistrados de Roma se informaron de lo sucedido y de la aparición de la fuente de aceite (*). Uno de ellos se llamaba Léntulo, que fué abuelo del mártir y sacerdote Moisés y de aquel otro Léntulo que más tarde fué amigo de San Pedro en Roma.

3. La visión del emperador Augusto.

También he visto algo relacionado con el emperador Augusto, pero ya no lo recuerdo bien (**). He visto al emperador rodeado de otras personas sobre una colina de Roma, en uno de cuyos lados se encontraba aquel templo que se había de-

(*) Santa María *in Transtevere* lleva también el nombre de ***Sancta María in fonte olei*** por una tradición que está de acuerdo con las visiones de Ana Catalina. (Véase Orosius, VI-20 y Cornelio a Lápide, IX-473).

(**) Natal Alejandro (III, 62) escribe: "Bajo el reinado de Augusto sucedieron muchos prodigios que se referían al nacimiento de Cristo, de los cuales hablan los antiguos y presentes escritores". Nicéforo (I, 07) escribe: "Augusto ofreció al oráculo pítico una hecatombe y preguntó quién ocuparía el imperio después de él; no recibió respuesta. Repitió el sacrificio y preguntó por qué el oráculo callaba. La respuesta fué:

Me puer Hebraeus divos Deus ipse gubernans
cedere sede jubet, tristemque redire sub orcum,
Aris ergo dehinc tacitus abscedite nostris.

En resumen: el niño hebreo nos manda volver al infierno.

Baronio, tomándolo de Suida, Nicéforo y otros, dice en sus *Anales:* "La Virgen Madre de Dios con el Niño, apareció a César Augusto en el Capitolio, cuando ya antes preguntado el oráculo de Apolo le fué dicho que había nacido el Niño Hebreo". En el mismo Capitolio erigió un ara máxima con este título: *"Ara Primogeniti Dei"*. En este mismo lugar Constantino Magno levantó un templo a la memoria de la Virgen Madre de Dios, templo que aún existe y se llama vulgarmente *Ara Coeli,* donde se señala el lugar de la visión de Augusto.

rrumbado. Unas gradas llevaban hasta la cumbre de la colina, donde había una puerta dorada, bajo la cual se trataban diversos asuntos. Cuando el emperador bajó de allí, vió hacia el lado derecho, sobre la colina, una aparición en el cielo: era una Virgen sobre un arco iris, con un niño suspendido en el aire y que parecía salir de ella. Creo que el emperador fué el único que vió esta aparición. Acerca de su significado hizo consultar a un oráculo que había enmudecido, el cual, no obstante, habló de un niño recién nacido a quien todos debían rendir homenaje. El emperador hizo erigir entonces un altar en el sitio de la colina donde había tenido la aparición y después de haber ofrecido sacrificios, dedicó este lugar al primogénito de Dios. De todo esto he olvidado la mayor parte.

4. Anuncios en Egipto.

También en Egipto ví un acontecimiento que anunciaba el nacimiento de Cristo. Mucho más allá de Matarea, de Heliópolis y de Menfis, enmudeció un célebre ídolo que pronunciaba habitualmente toda clase de oráculos. El rey mandó hacer sacrificios en todo el país para obtener que dijera por qué callaba. El ídolo fué obligado por Dios a responder que guardaba silencio y que debía desaparecer, porque había nacido el Hijo de la Virgen y que en aquel mismo sitio sería levantado un templo en su honor. El rey quiso levantar ese templo allí mismo cerca de donde estaba el ídolo. No recuerdo ya todo lo que sucedió; sólo sé que el ídolo fué retirado y que se levantó allí un templo a la anunciada Virgen y a su Niño, siendo honrados a la manera pagana.

5. Pormenores de la vida de Joaquín y de Ana.

Cierta vez que manifestó el Peregrino la pena que sentía por ignorar las circunstancias y pormenores de la vida de Jesús, Ana Catalina dijo:

Todos los conozco, aún los más menudos, como si yo misma los hubiera presenciado. También conozco todos los pormenores de la vida de la Madre de Dios y yo misma me admiro de ver estas cosas con tanta viveza, siendo así que no he podido leerlas en ninguna parte. Ana había tenido ya varios hijos, pero conocía que el verdadero retoño no había venido todavía; por lo cual pedía a Dios con oraciones, ayunos y sacrificios, que le otorgara la gracia que le había prometido. Dieciocho años aproximadamente vivió sin tener más hijos, muy afligida, atribu-

yendo humildemtne a sus pecados que no se cumpliera aquella promesa. Dirigióse Joaquín al templo de Jerusalén para presentar algún don como sacrificio expiatorio, pero hubo de ser despedido. Hizo oración muy apenado, y en sueños recibió la certidumbre de que su mujer tendría una hija. Ana alcanzó también la misma promesa y en el tiempo señalado tuvo una niña por nombre María. Como Joaquín y Ana supieron que ella era un don puro del Señor, resolvieron llevarla al templo y consagrarla a su santo servicio.

Condujéronla pues al templo cuando sólo tenía tres años. Luego que llegaron a él quisieron tomar de la mano a la niña. que iba vestida de seda azul celeste, para subir con ella las gradas del templo; pero María las subió sola con gran presteza y agilidad y de esta manera entró con sus padres en el templo. Al despedirse de ellos no mostró miedo ni tristeza, sino se puso tranquila y confiada en manos de los sacerdotes. Ya en el templo fué instruída en todas las cosas en las cuales debía trabajar Cuando cumplió los catorce años escribieron a sus padres para que vinieran por la niña, pues según los estatutos no se podía permanecer en él de esta edad en adelante. De muy buen grado se hubiera ella quedado en el templo en estado de doncella; pero esto no le era permitido.

Sus padres no sabían cómo hallar un esposo digno de tan soberana niña; y así acudieron al templo para consultar al Señor sobre este punto. Dispúsose, pues, que los jóvenes que aspirasen a su mano, llevasen una vara al *Sancta Sanctorum*, pero éstas quedaron sin cambiarse. Como se hubiesen ordenado con tal motivo nuevos sacrificios y oraciones, se oyó una voz que decía que allí faltaba la vara de un joven. Y después de haberse inquirido acerca de esto, dióse con José, de noble familia, quien por su sencillez y por su estado de célibe era menospreciado por los suyos. Habiendo, pues, llevado también éste su vara al *Sancta Sanctorum*, a la mañana siguiente vióse que había florecido y que en el extremo superior tenía una azucena. Fuéle por tanto confiada María en calidad de esposa. Luego que María le dijo que tenía hecho voto de perpetua virginidad, alegróse mucho José.

María no dejaba de pensar constantemente en el Salvador prometido; pero en su humildad sólo pedía a Dios que la hiciera sierva de aquélla a quien Él hubiese elegido para Madre del Mesías: por lo cual concibió gran temor cuando el Ángel le anunció su excelsa maternidad. De todas sus apariciones y del mensaje del Ángel nada dijo a su esposo.

6. María y José camino de Belén.

(27 de Noviembre de 1819)

Fuí a Belén y salí al encuentro de María y José recorriendo un buen espacio de camino. Sabía que habían de entrar en una majada y lleno el corazón de esperanza me dirigí al lugar por donde venían los viajeros. Los ví de nuevo cercados de luz, tranquilos y amorosos, como siempre, aproximarse llevando consigo el asno, y me alegré de verlo todo como en mi primera juventud. Cuando hube caminado un buen trecho me encontré con la choza de los pastores; me dirigí hacia allá, y ví a lo lejos a José y a María con el asno, rodeados de luz, a través de la oscuridad de la noche.

La Sagrada Familia estaba en medio de un fanal de luz que se movía con ellos; por donde iban, veíase alumbrado el camino como por una linterna. Ana y Joaquín habían provisto abundantemente a la Virgen de todo lo necesario para el nacimiento de Jesús, pues esperaban que volvería antes de dar a luz al Verbo encarnado. Pero María, presintiendo que no había de ser al lado de sus padres, tomó consigo, con admirable humildad, sólo dos pañales entre todo lo que estaba preparado; pues entendía, de un modo inefable, que debía y había de ser pobre y no acostumbraba poseer bienes exteriores, porque tenía en sí misma todo Bien. Sabía, sentía y resolvía en su pensamiento, sin advertirlo, que, así como el pecado vino al mundo por una mujer, por otra había de nacer la expiación, y en este sentido había dicho: "He aquí la esclava del Señor". En todo seguía siempre la voz interior que llama y mueve irresistiblemente a todos los que Dios eligió para cosas extraordinarias. También a mí me ha llamado y movido muchas veces esta voz y nunca en vano.

7. La choza de los pastores.

(13 de Diciembre de 1819)

Esta noche estaba yo en las cercanías de Belén, en una humilde choza de pastores, lisa y cuadrada. En ella habitaban unos ancianos que habían dividido su vivienda por la parte de la izquierda con un muro de tierra arcillosa, oblicuo y negro. Junto al hogar estaban colgados los cayados y había algunos platos apoyados en la pared. De allí salió el pastor y me mostró otra vivienda que había enfrente, donde estaban sentados María y José en el suelo, junto al muro, con las piernas cruzadas, guardando silencio. María tenía las manos cruzadas debajo del pecho;

llevaba un vestido blanco y un velo en la cabeza. Yo permanecí algún tiempo allí, para venerarlos, y luego salí de aquel lugar. Detrás de la casa había un soto.

8. Tierra Santa.
(14 de Diciembre de 1819)

Salí de Flamske como un niño que va a la Tierra Santa y corrí al encuentro de María. Iba tan de prisa y con tanto anhelo por la venida del Salvador, que atravesé Jerusalén y Belén con el cabello suelto. Deseaba buscarles un buen albergue para que pasaran la noche. La casa arriba mencionada no distaba mucho de la que encontré, pero había algunas otras casas en medio. Entré en una cabaña junto a la cual había un establo. El pastor y su mujer eran jóvenes. Ví llegar a la Sagrada Familia muy de noche. El pastor reconvino afablemente a San José porque caminaba con María en aquella hora tan avanzada. María iba a su lado en el asno, sobre un asiento, teniendo donde apoyar los pies. Por el aspecto de María parecía muy próximo el nacimiento del Niño Dios. Dejaron el asno delante de la puerta y el pastor lo condujo, según creo, al establo. Habiendo sido muy bien recibidos, entraron en una habitación donde se hallaron cómodamente. Nunca los ví comer mucho. Llevaban consigo panes pequeños y delgados. Hablé ingenuamente con la Madre de Dios y como tenía mi labor en la mano, le dije: "Sé muy bien que no necesitas nada de mí; pero quisiera hacer alguna cosa para los niños pobres. Dime, pues, quiénes son los más necesitados". Ella me contestó que siguiera trabajando tranquilamente, que ya me diría quienes eran los necesitados. Entonces me escondí en un hueco donde nadie me veía, trabajé con afán y me rindió mucho la labor. Ví a la Sagrada Familia prepararse para continuar el viaje.

9. Va a Belén a casa de unos pastores.
(16 de Diciembre de 1819)

Fuí a Belén caminando con mucho trabajo, pero muy de prisa. Me encaminé a una casa de pastores adonde sabía que María había de llegar quella noche. La ví de lejos sobre el asno acercarse con José, cercados de luz. Era aquella una de las mejores casas y desde allí ya se veía Belén. Por dentro era lo mismo que las demás: un hogar con todos los vasos y utensilios de pastores y en la otra parte, una habitación donde yo creía que entrarían María y José. Al lado de la casa había un jardín

con árboles y par la parte de atrás un establo construído, no con tapias, sino con cuatro cercas. Vivía allí un matrimonio joven, de muy buena índole. Cuando llegué me preguntaron qué quería. Respondíles que esperaba a María y José, que llegarían allí aquel mismo día. Ellos me dijeron que esto ya había sucedido, pero no volvería a suceder; y me mostraron alguna aspereza. Pero yo repuse que esto sucedería nuevamente cada año, pues siempre venía celebrándose este acontecimiento. Mostráronse de nuevo afectuosos y benévolos y cuando me senté en un rincón con mi costura, teniendo ellos que pasar delante de mí, quisieron darme luz para poder yo trabajar. Yo les dije que no necesitaba de ella; seguí cosiendo y cortando en la oscuridad, pues veía allí muy bien.

La razón de haberme dicho que todo era pasado y que ya no sucedería más, nacía de que al entrar yo en aquella casa había dicho para mí: "¿Cómo es que esto sucede?" Estas personas se hallaban en este lugar hace largo tiempo, y todavía ¡cosa extraña! están aquí. Después me dije a mí misma: "Toma lo que tienes y no caviles demasiado". Y así me quedé tranquila y segura. La duda que yo había sentido, me la devolvieron aquellos dos pastores. Era como ver en un espejo, que aquello que tú quieres que los demás hagan contigo, debes tú hacerlo con ellos.

Cuando llegaron María y José, recibiéronlos con mucha afabilidad. María se bajó del asno y José entró con el envoltorio que llevaban. Se adelantaron en aquel breve espacio hacia la derecha. José se sentó sobre el paquete y María en el suelo, junto a la pared. Aquellas buenas almas fueron las primeras que les brindaron algo. Trajeron un banquillo sobre el cual pusieron unos platos ovalados y lisos, donde había pequeños panes redondos y frutas. María y José no comieron; pero José tomó de ellos y salió fuera. Creo que a la puerta había un pobre. El asno estaba atado delante de la puerta. Aunque no comieron, aceptaron sin embargo aquellos dones con gratitud y humildad. Esta humildad en recibir siempre la admiré en ellos.

Con respeto y temor me acerqué y dije a la Virgen que cuando tuviera al Niño se dignara pedirle que no me permitiera hacer ni desear sino lo que fuera su santísima voluntad. También le dije, de mi trabajo, que me manifestara cómo había de hacer y distribuir las cosas. Ella me respondió que todo lo que hiciera, lo hiciera bien. Entonces volví a sentarme, toda acobardada, en ún rincón y continué con afán mi trabajo. No esperé a que partiera de allí la Sagrada Familia.

10. Ve a Belén en los tiempos modernos.

Mi guía me apartó un tanto de Belén, por la parte que mira al mediodía. Todo se hallaba allí desierto: era el tiempo actual. Delante de mí ví un jardín con árboles, de hojas finas, en forma de pirámide. Había en él preciosos cuadros cubiertos de verdura con pequeñas flores. En medio, sobre una columna, por la cual trepaban robustas parras, ví una iglesia pequeña, con ocho esquinas, rodeada de sarmientos. Exteriormente sólo se veían pámpanos, pero por la parte de la iglesia pendían racimos de un codo de largo y no se concebía cómo no se tronchaban con el peso de los sarmientos. De los ocho lados de esta pequeña iglesia, en la cual no había puerta alguna y cuyos muros eran transparentes y penetrables, salían caminos hacia arriba. En la iglesia se levantaba un altar donde había tres cuadros de este santo tiempo. El primero representaba el viaje de María con José a Belén; el segundo, el Niño Jesús en el pesebre, y el tercero, la huída a Egipto. Estas imágenes parecían vivas en el altar. Por los ocho lados se veían llegar de arriba doce antepasados de María y de José que daban culto a estas imágenes.

Díjome mi guía que en aquel lugar había en otro tiempo una iglesia donde los parientes y la posteridad de la Sagrada Familia habían celebrado siempre la memoria de este santo misterio. Pero destruída la iglesia, estos bienaventurados han seguido y seguirán celebrando espiritualmente la misma fiesta hasta el fin de los tiempos. Entonces fuí traída de nuevo aquí rápidamente.

11. Describe su extraño estado.

Mi estado es, en estos días, muy curioso. Vivo siempre sobre la tierra como si no viviera en ella, viendo en torno mío, de cerca y de lejos, muchos hombres y muchas imágenes. Veo hombres que perecen de hambre y mueren espiritualmente; veo extenderse la aflicción y el dolor. Ahora veo a las gentes aquí cerca; después en islas, bajo cabañas o en los bosques. En unas partes las veo que aprenden; en otras, que olvidan; mas en todas partes veo miseria y tinieblas. Después veo el cielo abierto, y a todos, tan pobres y desordenados. Pasan el tiempo en la inmundicia; sus caminos son torcidos. Después impelo hacia adelante a las gentes, mientras que yo me quedo atrás y en medio de esto me parece turbio y oscuro todo lo que miro. Siento constantemente profundo tedio por la vida. Todo lo que pertenece a la tierra me parece enteramente abominable; y me

atormenta un gran hambre, hambre que no causa disgusto, porque es suave. ¡Es tan nauseabunda el hambre corporal!

12. Ve a José y María en Belén - Descripción del Belén de entonces.

(23 de Diciembre de 1819)

Era al anochecer cuando encontré a María y a José a las puertas de Belén. Estaban detenidos debajo de un árbol, a un lado del camino, en la entrada de la ciudad. María se bajó del asno y José entró solo en la ciudad para buscar albergue en las primeras casas. Esta pequeña ciudad no tenía propiamente puerta en este lugar; el camino iba entre dos trozos de muralla, como por una puerta destruída. José buscó en vano posada, pues eran muchos los forasteros que había en Belén. Entre tanto me había quedado yo con la Madre de Dios. Cuando José valvió, dijo a la Santísima Virgen que allí no había albergue; y ella entró en Belén a pie con José, que llevaba el asno.

Al entrar en la ciudad, adonde iba José con María para empadronarse, el oficial le reprendió porque fuese con él su esposa, pues esto no era necesario. José estaba confuso en la presencia de María, porque él había estado mal informado. Dijo que habiendo visto en esta parte de la ciudad a tanta multitud de gente, convenía irse por la otra parte donde encontrarían ciertamente albergue. Atravesaron con temor las calles que más que calles parecían caminos, pues las casas estaban sobre colinas. En otro lugar, en que las casas se veían aisladas y desparramadas, había un árbol corpulento y hermoso en un sitio más bajo: su tronco era liso y sus ramas se extendían por todas partes, formando una especie de techo. Bajo este árbol condujo José a la Santísima Virgen y al asno, dejándola otra vez sola para buscar una posada.

Allí estuvo la Virgen María de espaldas al árbol, vestida con un vestido de muchos pliegues y sin ceñidor; su tocado era blanco. El asno estaba mirando hacia el árbol. Mucha gente pasaba y cruzaba y la miraban sin saber que el Salvador estaba tan cerca. ¡Estaba allí la Virgen con tanta paciencia, mansedumbre, paz y humildad! ¡Ah! ¡Tuvo que esperar largo tiempo! Sentóse retrayendo los pies, las manos cruzadas en el pecho y la cabeza baja.

José volvió afligido, porque no había hallado albergue, y fué de nuevo a buscarlo con mucha paciencia; pero al fin regresó desconsolado. Entonces dijo que conocía un lugar delante

de la ciudad donde los pastores solían refugiarse y que allí estarían bajo techado y si llegaban los pastores, sería ciertamente posible permanecer en su compañía. Dirigiéronse allí por una vereda que había a la izquierda, por donde nadie transitaba. El camino subía algo y delante de una colina había diferentes árboles, terebintos o cedros y otros de hojas pequeñas, semejantes al boj. En esta colina había una cueva, cerrada con una puerta formada de ramas. José entró y la despejó y limpió, mientras María aguardaba con el asno a la puerta. Después entró también ella. José estaba muy triste.

La cueva tenía unos diez pies de altura o acaso menos. El lugar donde estaba el pesebre era más elevado. María se sentó sobre una manta y poniendo a su lado el envoltorio de ropas, se apoyó en él. Serían las nueve cuando entraron en la cueva. José volvió a salir y trajo un manojo de leña atado con juncos anchos o cañas. También trajo carbones encendidos en una paleta con mango. Púsolos a la entrada de la cueva y encendió fuego. Estos utensilios y otras cosas pequeñas las llevaban consigo. Ni vi que guisaran ni que comieran cosa alguna. José salió de nuevo, y luego volvió y lloró. Ya debía ser cerca de media noche.

Entonces ví a María orar de rodillas, por vez primera; después se sentó en la manta y apoyó la cabeza sobre el brazo en el lío de ropa. Entretanto José estaba por humildad a la entrada de la cueva. Esta tenía en la parte superior del techo tres agujeros redondos, cerrados con rejas. Saliendo por la izquierda se llegaba a otra cueva, en la misma colina o roca, cuya entrada era mayor y de allí salía el camino hacia el campo, adonde iban los pastores, en el cual había, esparcidas en otras colinas, casas pequeñas y cobertizos con cuatro, seis u ocho postes rodeados de empalizadas.

13. Ve a San Jerónimo celebrando en Belén.

Después tuve otra visión enteramente diferente. Ví a Belén tal como es ahora; no se la podía reconocer, tan pobre y derruída estaba. La cueva del pesebre era una capilla subterránea, donde se decía la Misa. Había sido agrandada y adornada con toda clase de figuras y blancos mármoles. Sobre ella había una iglesia como un antiguo convento destruído.

Los divinos oficios se celebraban sólo en el pesebre; pero ví oscilar en el aire una hermosa iglesia espiritual. Tenía ocho ángulos y un solo altar. Por la parte de arriba la llenaban coros de santos; en el altar había una imagen del pesebre ante el

cual se veían pastores arrodillados y en el espacio corderos como blancas nubecillas. Celebraba los divinos oficios un venerable anciano, de cabellos blancos y luenga barba, con ornamentos antiguos y amplios. Tenía una mitra que le cubría la frente y le tocaba en las mejillas. Era Jerónimo (*). En aquella solemnidad se quemaba más incienso que el que se usa entre nosotros. También fué administrada la sagrada comunión y ví que un cuerpecito luminoso, a modo de pequeño pan, entraba por la boca de los comulgantes. Habría allí unos seis sacerdotes que tomaban parte en la ceremonia. Cuando terminó la solemnidad formáronse coros delante del altar unos frente a otros y cantaron.

Entonces mudóse el cuadro. Jerónimo estaba allí solo y el centro de la iglesia se veía lleno de religiosas de diferentes órdenes que formaban coros en tres filas y cantaban. También ví allí a Anunciata y a Juana, la cual me decía que desde su juventud siempre había visto así aquellos misterios y la salud que de ellos había venido a los hombres, y que por esto había fundado su orden; que ahora estaba allí con todas sus religiosas que han vivido como ella, para seguir celebrando la fiesta que entre los hombres había decaído. Me dijo que yo debo observar lo que procedió de su amor, para enseñárselo a mis hijos espirituales. Otras cosas semejantes a éstas me dijo, que yo me propuse transmitir a las religiosas de mi convento. Dios sea servido de concederlo de nuevo. También ví en esta fiesta a Francisca y a otras religiosas a quienes conocía.

14. Ve a la Iglesia triunfante sobre Belén.

Estoy viendo el pesebre y sobre él hacer fiesta a todos los bienaventurados que han adorado al Niño Jesús y a los que estaban allí con el deseo y la devoción. Los veo en una admirable Iglesia espiritual, la víspera del nacimiento del Salvador, ocupando el lugar de la iglesia, y a todos los que anhelan porque sean honrados este santo tiempo y este sagrado lugar. Así obra la Iglesia triunfante por la militante y la Iglesia militante debe hacerlo por la purgante.

¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué hermosa certidumbre! En torno mío miro, de cerca y de lejos, y veo estas iglesias espirituales. ¡No hay violencia capaz de destruir el altar del Señor!

(*) San Jerónimo nació en Dalmacia y después de estudiar en Roma pasó a las Galias, a Grecia y a Constantinopla, donde oyó las enseñanzas de San Gregorio Nacianceno. Pasó a Palestina y se estableció en Belén, viviendo en el monasterio edificado por Santa Paula. Murió en 419.

Donde ya no existe visiblemente, sigue invisible levantado por los santos espíritus. Nada de lo que sucede en la Iglesia por amor de Jesucristo es capaz de perecer. Allí donde los hombres no merecen celebrar las piadosas solemnidades, las celebran por ellos los bienaventurados; y todos los corazones que anhelan por el servicio de Dios están allí presentes y hallan una Iglesia santa y una fiesta espiritual, aunque su cuerpo, que tiende hacia la tierra, no lo presienta; ellos reciben la recompensa de su devoción. Arriba, en el cielo, veo a María en un magnífico trono ofrecer, a su divino Hijo, que se le muestra como tierno Infante, como Joven y como Salvador crucificado, todos los corazones que le amaban y que alguna vez han tomado parte en esta fiesta.

15. Renovación de la naturaleza en Navidad.

¡Mira cómo resplandece y sonríe la naturaleza entera en su inocencia y alegría! Parece que un cadáver envuelto en el sudario se levanta de la corrupción, del polvo, de la oscuridad, y con su aparición atestigua que es todavía más que un cuerpo vivo, joven, floreciente y risueño, que es inmortal, inocente y puro, que es la imagen inmaculada de Dios. Todo vive y está henchido de inocencia y gratitud. ¡Oh hermosas colinas, rodeadas de árboles, que eleváis al cielo las copas, apresuraos a correr y a depositar ante el pesebre, a los pies del Redentor que se ha dignado visitar a las criaturas, vuestro aroma, vuestras flores y vuestros frutos! Por doquiera alzan las flores sus cálices y ofrecen su apariencia, su color y su hermosura al Señor que pronto vendrá a vivir entre ellas. Las fuentes murmuran y los arroyos saltan con júbilo inocente, como niños que esperan el regalo de Navidad. Las aves cantan suave y alegremente; balan y triscan los corderos; los animales todos se alegran mansamente; la sangre circula con más vida y pureza. Todos los corazones piadosos que estaban afligidos con santo anhelo, palpitan sin quererlo ni saberlo en presencia de la redención. Todo está en movimiento. Los pecadores sienten tristeza, ternura, arrepentimiento y esperanza. Los que no quieren arrepentirse, los pecadores endurecidos, los enemigos, los que han de crucificar al Salvador sienten angustia, inquietud y confusión, cuya causa no comprenden, pero advierten un movimiento indescriptible en el tiempo cuya plenitud se acerca.

Esta plenitud y la dicha que contiene está en el corazón puro, humilde y humano de María, que ora en presencia del Salvador del mundo que en ella se ha hecho hombre y que, como

luz hecha carne, vendrá dentro de poco a esta vida, a sus dominios, donde los suyos no lo conocieron.

Lo que la naturaleza entera dice ahora, lo que proclama ante mi vista cuando viene su Creador a visitarla, escrito está allá arriba en aquel monte (*) en los libros en que la verdad se ha conservado hasta la plenitud de los tiempos. Así como en la estirpe de David se han conservado las promesas hasta la plenitud de los tiempos en María, y así como esta estirpe fué conservada y purificada hasta que produjo la luz del mundo en la Santísima Virgen, así aquel Santo purifica y conserva todos los tesoros de la creación y la promesa y la significación y la esencia de toda palabra y de toda criatura hasta la plenitud de los tiempos. Él purifica y destruye toda maldad y error, y entonces todo fluye puro como cosa que procede de Dios, como en toda la naturaleza es puro lo que procede de esta divina fuente.

¿Por qué hay hombres que buscan y no encuentran? Aquí debieran ver que el bien produce siempre bien y el mal produce mal, cuando no es destruído por el arrepentimiento y por la sangre de Cristo. Así como los santos y los que viven piadosamente y las pobres almas del Purgatorio están en constante relación entre sí, obrando juntamente, ayudándose y comunicándose mutuamente los medios de salud y santificación, así veo yo esto mismo en toda la naturaleza.

Es inexplicable lo que veo: el que es sencillo y sigue a Jesús lo recibe gratuitamente. Esta es la gracia admirable de este tiempo para siempre jamás. El demonio está en estos días encadenado: se arrastra y tiembla. Por eso aborrezco a los animales que se arrastran por la tierra. También el demonio nauseabundo y detestable de la herejía anda encorvado y no puede hacer nada en estos días. Tal es la gracia eterna de este tiempo.

16. Ve a María en la gruta de Belén.

He visto a San José salir por la tarde con una cesta y algunos vasos, como si fuera en busca de refrigerio. No es dado a lengua humana representar, como es debido, su sencillez, su modestia y humildad. Ví a María en el mismo ángulo, puesta en oración, de rodillas, con las manos algo levantadas. El fuego estaba todavía encendido. En el muro había clavada una vara, de donde pendía una lámpara encendida. Pero todo estaba inundado de luz, sin sombra alguna y la lámpara era tan débil como

(*) En el capítulo XXIII *Visiones del Monte de los Profetas,* situado en las cumbres del Himalaya, la vidente encuentra a un anciano que parece ser Elías.

si luciera en pleno día. La luz tenía algo de corpóreo en la llama. María se hallaba enteramente sola. Estaba yo pensando qué había de llevar ante el pesebre del Salvador, cuya venida se acercaba, y para lo cual tenía mucho que andar. Atravesé los diferentes lugares que he visto en la vida del Señor. Ví a los hombres inquietos, confusos y en inexplicable angustia; ví a los judíos confundidos en sus sinagogas interrumpir su culto a Dios. También estuve en un lugar donde ofrecían sacrificios a los ídolos; allí había uno cuya boca era enorme. Los que hacían este sacrificio llenaban sus fauces con las carnes, y él reventó, originándose entre ellos espanto y confusión, y así cada cual huyó rápidamente por donde pudo.

Llegué también a las cercanías de Nazaret, a casa de Ana, momentos antes del nacimiento del Salvador. Ví a Joaquín y a Ana que dormían en habitaciones separadas. Vino sobre Ana un resplandor y supuso, en sueños, que María había tenido un Hijo. Habiendo despertado, corrió hacia Joaquín, que ya venía hacia ella con la noticia. Ambos oraron con los brazos levantados y alabaron a Dios. Y los demás que estaban en la casa sintieron gran emoción: todos entraron adonde estaban Joaquín y Ana y los hallaron muy alegres, y al saber la noticia alabaron a Dios con ellos por el nacimiento del Niño.

No sabían que este Niño era el Hijo de Dios; mas sí que era Niño que traería salud, el Hijo de la promesa, y sentían interiormente esto mismo, sin poderlo expresar. Además los conmovió el admirable estremecimiento de la naturaleza y aquella noche fué para ellos una noche buena. Ví, además, en varios lugares, alrededor de Nazaret, a personas piadosas que despertaban por efectos de una alegría íntima y suave, y se levantaban sabiéndolo o ignorándolo para celebrar con oraciones la venida al mundo del Verbo hecho carne.

Entonces fuí conducida al pesebre. El Salvador había nacido. La Santísima Virgen estaba sentada en el mismo lugar que antes, cubierta con un velo y en su regazo tenía al Niño Jesús, envuelto en pañales. No se le veía el rostro. La Virgen estaba inmóvil y como arrobada. A respetuosa distancia había algunos pastores; otros miraban desde arriba, por los agujeros del techo. Yo oraba en silencio. Cuando se fueron los pastores vino San José trayendo algo como un cubierto y manjares en la canastilla. Después que los hubo dejado, se acercó a María y esta le puso al Niño en sus manos. Él lo recibió con indecible alegría, devoción y humildad.

Entretanto yo permanecía de rodillas pidiendo a la Madre de Dios se dignara llevar a su Hijo a todos los que estaban necesitados de salud. Ví en espíritu a todos aquéllos por los que rogaba, y fué escuchada mi oración.

17. Ve llegar pastores y otras personas a la gruta.

Era ya de día. María estaba sentada en el lugar acostumbrado, con los pies recogidos y el Niño acostado, envuelto en pañales, con las manos libres y el rostro inclinado, en dirección a los pies de ella. Tenía la Virgen en las manos unas como telas de lienzo que ordenaba o preparaba. San José estaba a la entrada, enfrente del hogar, arreglando una especie de espetera donde colgar ciertos utensilios. "¡Oh amado anciano!, decía yo para mí, no trabajarás ya mucho tiempo, que pronto habrás de partir".

Yo estaba junto al asno. Entonces llegaron tres mujeres entradas ya en años. Parecían personas conocidas, pues fueron recibidas con toda confianza. María no se levantó. Traían bastantes regalos: frutos menudos, ánades, pájaros grandes de pico rojo y puntiagudo, debajo del brazo o sujetos por las alas, panes prolongados y redondos del grueso de una pulgada, telas de lienzo y otros objetos. Todo lo recibía María con extraordinaria humildad y gratitud. Ellas, con mucho silencio y recogimiento, contemplaban al Niño, conmovidas, sin tocarlo. Después se despidieron sin muchos cumplidos ni acompañamientos. Entretanto yo miraba al asno muy despacio. Tenía el lomo muy ancho. "¡Qué preciosa carga, decía yo para mí al verle, has llevado, querido animal!" Y quise ver si era verdadero asno, y toqué su pelo, suave como la seda.

Entonces llegaron de la parte de donde vinieron los pastores y donde había jardines cercados de vallados de bálsamo, dos matronas con tres doncellitas como de ocho años. Parecían de más elevada clase, extranjeras, y que venían porque habían sido llamadas de modo más maravilloso que las anteriores. Traían dones de menos volumen, pero de mayor valor: granos en una copa, frutos diminutos y multitud de planchitas de oro, triangulares y gruesas, donde se veían estampados una especie de sellos. "¡Qué cosa tan admirable, decía yo; parece como si estuviera figurado en ellas el ojo de Dios! Pero no; ¿cómo he de comparar el ojo de Dios con la tierra amarilla?" María se levantó y les puso el Niño en las manos. Tuviéronle algún tiempo y oraron en silencio, con ánimo levantado, y le besaron. Las tres doncellas parecían silenciosas y conmovidas. José y María

hablaron con ellas. Cuando se fueron las acompañó José por breve trecho. Todas estas personas vinieron como en secreto, procurando no ser vistas en la ciudad. Parecía que venían desde algunas millas de distancia. En tales visitas José se mostraba muy humilde, colocándose detrás y miraba desde lejos hacia allá.

18. La Virgen la exhorta a relatar sus visiones.

Cuando José salió acompañando a las mujeres, oré y expuse a María mi necesidad con mucha confianza. Ella me consoló brevemente. Esta manera de hablar es difícil de explicar: es como una intuición íntima. En tal forma, a saber, intuitivamente, me daba a entender como si dijera: "La lucha con tu hermana será muy penosa, pero tendrás que sostener otro combate más recio. ¡Animo, pues! Con la lucha y el dolor aumentan las fuerzas sobrenaturales. Cuanto mayor sea tu sufrimiento, verás más profundamente y con mayor comprensión y claridad. Acuérdate del provecho que sacarán de todo esto tus prójimos". Después me dijo que no dejara de manifestarlo todo, sin ocultar nada, aunque me pareciera de poca importancia. Todo tiene su fin y no debo dejar de decir cosa alguna aunque crea que no lo sé bien y aunque parezca inútil e incompleta. Me dijo que después de mi muerte las cosas cambiarán en cuanto a los protestantes, a lo cual ha de contribuir mucho la convicción que adquieran de mis circunstancias, y que por esta razón debo decirlo todo.

19. Se le aparece el Niño Jesús y le da diversas explicaciones.
(19 de Enero de 1821)

¡Ahora empieza mi desdicha! El Niño se ha marchado otra vez. ¡Sí, ahora empieza! El Niño me lo ha referido todo; su cuerpo eran lenguas.

Hallábame junto al pesebre y sentía vivos deseos de tener al Niño Jesús y conversar con Él. Cuando salí de la gruta del pesebre fuí transportada a una suave colina, rodeada de aguas cristalinas y cubierta de hierba fina como la seda. No había árboles, pero la hierba parecía tan tierna como si creciera debajo de ellos. Yo era una pequeña criatura; tenía las mismas ropas que en mi niñez, las cuales conocía yo muy bien y un sobretodo azul; en la mano un bastoncito. Después que estuve sentada un corto rato, el Niño Jesús vino a mí. Yo desplegué en parte mi vestido y Él se sentó a mi lado. Imposible decir cuán dulce y deliciosa fué esta aparición. No puedo dejar de

acordarme de ella y en medio de mis penas me hace sonreír de alegría.

El Niño habló muy afectuosamente conmigo, de todo lo que se refiere a su encarnación y a sus padres; pero me reprendió severamente porque me quejaba y era tan pusilánime. Me dijo que viera lo que a Él le sucedía: la majestad que había dejado; que desde su infancia había sido objeto de persecución y de qué manera se había humillado y me refirió toda la historia de su infancia. ¡Cuántas cosas me manifestó! Me dijo que había tardado mucho tiempo en venir a la tierra, porque los hombres se habían opuesto a su venida. Me habló luego de Santa Ana. ¡Cuán alta se ve en la presencia de Dios, pues fué convertida en arca de alianza! Después me enseñó que la Virgen y San José habían vivido ocultos, desconocidos y despreciados y de todo esto tuve muchas imágenes. Me habló de los Reyes Magos y me dijo que ellos querían llevar consigo al Niño y a San José y a la Virgen cuando vieron en sueños la cólera del rey Herodes. También me mostró los tesoros que aquéllos trajeron: hermosas piezas de oro y finas telas. Me refirió también la cólera de Herodes que, ciego, le había perseguido; que sus satélites habían buscado siempre al hijo de un rey, sin hacer caso del pobre Niño de la gruta del pesebre, hasta que por último, cuando él llegó a cumplir nueve meses, sintió Herodes tal ansia e inquietud que mandó matar a todos los niños.

20. Cuadro de los sufrimientos del Niño Jesús.
(7 de Julio de 1820)

Cuando no puedo llevar en silencio los dolores y me veo precisada a proferir alguna queja, son para mí mucho más penosos, pues me parece que me falta el amor y que no puedo ser escuchada por el Señor. Siento como si tuviera fuego en mi cuerpo y me atravesaran el pecho, los brazos y las manos, agudos y sutiles rayos de dolor. Excede a la humana capacidad comprender los dolores que Jesús sufrió durante su vida entera. Padeció como un cordero sin exhalar ninguna queja y en esto se conoce su infinito amor. Si a mí, pobre criatura, concebida en pecado, siempre me ha angustiado y dolido cualquier injusticia, ¡cuán gravemente no se sentiría ofendida la infinita perfección de Jesús, que fué martirizado y despreciado hasta la muerte!

Esta noche, mientras sentía yo incesantes dolores, he visto lo que padeció durante toda su vida y he visto también sus

dolores internos, en cuanto me ha hecho la gracia de dármelos a entender. Tan flaca soy que sólo puedo referir de estas cosas lo que en el momento me ocurre. He visto en el seno de María una gloria y en ella un niño resplandeciente. Ví crecer al Niño y que se consumaban en Él todos los tormentos de la crucifixión. ¡Qué triste y horrible espectáculo! Yo lloraba y suspiraba en voz alta. Le ví golpeado, azotado, coronado de espinas, puesto y clavado en la cruz, herido su costado; ví toda la pasión de Cristo en el Niño. Causaba horror el verlo. Cuando el Niño estaba clavado en la cruz, me dijo: "Esto he padecido desde que fuí concebido hasta el tiempo en que se han consumado exteriormente todos estos padecimientos. El Señor murió cuando tenía treinta y tres años y tres meses. Ve y anúncialo a los hombres". Pero, ¿cómo he de comunicárselo a los hombres?

También le ví recién nacido, y ví a otros niños venir al pesebre a maltratarlo. La Madre de Dios no estaba presente y y no podía defenderlo. Llegaban con todo género de varas y látigos y le herían en el rostro, del cual brotaba sangre y todavía presentaba el Niño las manos como para defenderse benígnamente; pero los niños más tiernos le daban golpes en ellas con malicia. A algunos los fajaban sus padres y les enderezaban las varas para que siguieran hiriendo con ella al Niño Jesús. Venían con espinas, ortigas, azotes y varas de distinto género, y cada cosa tenía su significación. Uno llegó con una vara tan fina, como una caña de trigo, y al herirlo con ella, la vara se rompió y sus pedazos cayeron sobre él mismo. Yo conocía a muchos de aquellos niños. Otros llevaban vestidos superfluos; se los quité y a algunos les dí muchos golpes.

21. Reflexiones de Navidad.
(21 de Diciembre)

He aquí que veo a todos los niños por los cuales he hecho alguna cosa. Están muy alegres y están vestidos de todas las cositas que les he hecho: todos esos vestiditos resplandecen; y también está presente mi Esposo celestial. ¡Ven aquí, querido joven, siéntate aquí!... ¡Oh! ¡qué sed tengo del Salvador! Es una sed potente, pero dulce. Toda otra sed es nauseabunda. ¡Oh, cuál sed debe haber tenido María de su divino Niño!... ¡Ella lo tuvo sólo por nueve meses bajo su corazón y yo puedo recibirlo tan a menudo en el Santísimo Sacramento! ¡Un tal alimento que sacia está sobre la tierra! ¡Con todo eso, muchos mueren de hambre y de sed!

Aquel país donde descendió esta gran salvación para los hombres, era tan desierto y desordenado, como lo es ahora el mundo entero. Pero los santos no dejan perder nada completamente; donde una vez hubo una iglesia, la hay también ahora. ¡Oh cuántas iglesias veo yo aquí, en Belén y en el mundo entero, suspendidas en el aire sobre los lugares donde en otro tiempo se levantaban iglesias! Y en esas iglesias aéreas son celebradas las grandes solemnidades.

Aquí está aún la iglesia donde fué celebrada de tan bello modo la Inmaculada Concepción de María. En esto consiste su Inmaculada Concepción: que ella no tenía en sí ningún pecado, ninguna pasión y que su santo cuerpo no padeció ninguna flaqueza. Por lo demás, ella no tuvo gracia alguna a la cual no haya cooperado, fuera de aquélla de haber concebido a Nuestro Señor Jesucristo.

22. Visiones diversas relacionadas con la infancia de Jesús.

Cuando yo tenía diez años, aquel jovencito *(tal vez Jesús)* me dijo: "¿No iremos a ver cómo estará aquel pesebrito que desde años hemos fabricado?"... "¿Qué habrá sucedido?", pregunté yo. El jovencito respondió que yo debía sólo seguirlo y que lo encontraríamos en seguida. Cuando lo encontramos, vimos las flores con que lo habíamos adornado, convertidas en guirnaldas y coronas. Algunas, sin embargo, estaban solo a medio formar y el jovencito me dió una pequeña corona de perlas que estaba ya terminada y yo me la coloqué en el dedo. Tuve entonces inquietud y ansiedad porque no podía quitármela del dedo. Rogué al jovencito que me la sacase, puesto que temía no poder ya trabajar con aquella corona en el dedo. Me complació y cubrimos el todo como estaba antes.

Creo que esto era un cuadro simbólico; no recuerdo con certeza que se haya cumplido en realidad esta imagen. Más tarde estuve enferma, siendo ya adulta, y deseaba entrar en un convento; como no tenía dinero alguno y estaba muy turbada, me dijo el jovencito que esto no importaba, que su padre tenía en abundancia y que también el Niño Jesús no había tenido nada y que muy pronto entraría yo en el convento. Y entré y tuvieron lugar las bodas.

Cuando después, siendo monja, enfermé, y me sentía muy turbada porque no tenía nada, yo decía: "¡Sí, sí, ahora estamos! Tú has dicho que tendrías cuidado de todo, que siempre tendría yo bastante y ahora te desentiendes; tú no vienes y yo no tengo nada". Entonces aquel jovencito vino hasta mí de noche

y me trajo dinero, perlas, flores y toda clase de cosas preciosas, de tal modo que yo estaba siempre ansiosa por saber qué haría con tantas cosas. Muchas veces he recibido otro tanto en varias visiones. Pero no sabría decir qué fué de todo ello. Creo que estos regalos eran símbolos de los donativos que efectivamente recibí y que se multiplicaron maravillosamente, como el dinero y el café que me fueron regalados en el día festivo de Santa Catalina. Continué por mucho tiempo enferma y después mejoré por un par de días. Tuve en este estado muchas visiones del Niño Jesús, y de muchas curaciones. Después me encontré en otro estado, fuera del convento, muy enferma y a menudo en grande angustia y necesidad, y siempre aquel jovencito venía junto a mí, me consolaba y me ayudaba.

Finalmente ví como en un cuadro el futuro. Aquel jovencito me condujo de nuevo junto a las coronas y a las flores del infantil pesebre, en una especie de sacristía. Allí lo ví guardado en un armario, pareciendo como coronas y ornatos de oro y el jovencito me dijo: "Conviene añadir las perlas que faltan y luego todo eso será usado en la iglesia". Supe entonces que yo debía morir, no bien aquellas perlas estuviesen enteramente terminadas.

Santa Dorotea vino junto a mí y me dijo que se habían burlado de ella varias veces por haber adornado el altar con muchas flores, y que había respondido: "Las flores se marchitan; pero los colores y perfumes los vuelve a tomar Dios, que los ha dado; así El deja marchitarse los pecados y vuelve a tomar lo bueno que se le ofrece, porque es suyo y a El le es debido".

Ella también ha deseado siempre en espíritu encontrarse junto al pesebre del Señor para ofrecerle todo cuanto tenía en sí. También el Peregrino debe entregar a Jesús Niño todas sus penas, sus debilidades, sus faltas, y no llevarse consigo nada de todo esto. Debe empezarlo todo de nuevo y debe implorar a Jesús Niño, en regalo, un amor ardiente, para encontrar mayor consuelo en Dios.

Veo también a San Jerónimo. Él ha vivido aquí largo tiempo y, pidiéndole a Dios, ha obtenido tal fuego de amor que parecía consumirlo.

¡Oh! ¿Quién podrá decir la belleza, la pureza y la inocente profundidad de los sentidos de María? ¡Ella lo sabe todo, y, sin embargo, parece como si fuese ella sola la que no conociese el valor de su persona, tan profunda es su infantil simplicidad! ¡Baja los ojos y todas las veces que mira, su mirada penetra

como un rayo, como la verdad, como una inmaculada luz! Así sucede porque es toda inocente y llena de Dios, sin voluntad propia o designios. Ninguno puede resistir a semejantes miradas.

23. Cuadros de Navidad en los pueblos de Oriente.

Durante todo el camino, en la noche maravillosamente agitada, tuve un continuo encuentro con los más variados cuadros y visiones de hombres que despertaban en la noche, se juntaban gozosos, y oraban o estaban inquietos y conmovidos; y esto en las más diversas comarcas. Mi viaje se deslizaba con gran rapidez hacia el Oriente, inclinándose más bien hacia el sur que en el viaje a la montana de Elías. Una vez, en una ciudad muy vasta y en ruinas, donde multitud de hombres vivían en casas elevadas, en medio de columnas ruinosas y de magníficos edificios, los he visto a todos sumergidos en la agitación más admirable y en un movimiento extraordinario, en una amplia plaza rodeada de columnas. Hombres y mujeres acudían presurosos y muchos venían desde los campos: todos miraban al cielo, y algunos con largos tubos de cerca de ocho pies, que se estrechaban más buenos ir a sus templos, donde no había ídolo alguno, sino con la mano alguna cosa en lo alto y todos decían: "¡Qué noche maravillosa!" Deben haber observado alguna aparición extraordinaria en el cielo; quizás un cometa. Tal vez naciera de esto la inquietud que observé en todas partes. No recuerdo haber yo mismo mirado hacia el firmamento.

Desde allí me apresuré a ir hacia aquella comarca donde la gente saca agua del río sagrado, por medio de sus sacerdotes (*). Había esta vez mayor gentío y parecía ser un día de fiesta. Cuando llegué, no era ya de noche, sino pleno mediodía. Con los pueblos que había visto antes, no pude hablar. Con éstos he hablado, y me recibieron y parecían conmovidos por mi llegada. Les dije que no debían ya ocuparse de sacar agua del río sagrado, sino que debían volverse al Salvador que había nacido. No sé en qué forma se lo dije; pero se mostraron conmovidos y maravillados, y se tornaron tímidos en mi presencia, especialmente aquéllos que eran de ánimo piadoso y recogido. Había entre ellos almas muy inocentes y sensibilísimas. Ví a éstos más en la parte por donde se aplicaban los ojos; otros indicaban algo que parecía el ara del sacrificio. Hombres, mujeres y niños se hincaron. Las madres ponían delante a sus hijitos y del modo

(*) Se refiere al río Ganges, cuyas aguas derivan, según Ana Catalina, de la fuente que ve en las alturas del Monte de los Profetas.

más conmovedor elevaban las manos a lo alto en actitud de plegaria.

Pense en aquella Judit que está en el monte de los judíos, y de pronto la ví en su casa, en la sala donde pendían lámparas, junto con muchísima gente, entre ellos algunos extranjeros. Parecía una reunión devota y religiosa. Me pareció que discutían y reflexionasen sobre alguna cosa y había entre ellos mucha excitación y movimiento. Ví como si Judit recordase mi aparición y desease con cierta timidez mi retorno. Me pareció que ella pensaba que el Mesías había realmente nacido, y que si lograba convencerse plenamente de aquello que le había anunciado en mi aparición, ella haría cuanto se había propuesto para ayudar a su pueblo (*).

24. Viaje a la Palestina.

Viajé hacia Belén, al encuentro de María y José; quería disponerles un albergue para la noche. Llevaba conmigo ropa blanca y mis utensilios para coser, pues no había terminado aún mi trabajo. Llegué a una casa adonde creí pararían María y José. Esta casa no tenía un techo igual y en declive, sino que se parecía más bien a una de nuestras casas de campesinos. Aquellas gentes eran duras y de mala voluntad. Tenían mucha hacienda y cuando yo les dije que debían preparar un albergue para José y María, me contestaron que no tenían lugar y que esperaban huéspedes. Y efectivamente, vinieron muchos huéspedes: gentuza de toda clase, jóvenes desagradables, y comenzaron a preparar una mesa, a cocinar, a freír y a bailar locamente entre ellos. Yo seguía pidiendo albergue para la Madre de Dios, pero aquellos danzantes me pisaban los pies y me arrojaban de un lado a otro.

Entonces vino hacia mí aquel jovencito vestido de verde (**), que era la Paciencia y que me había traído Santa Cecilia; entonces pude aguantar todo con paciencia. Me parecía conocer a aquella gente descompuesta. Había entre ellos muchos protestantas y ciertas personas que me habían perseguido y burlado. Mientras ellos persistían en no dejar libre ningún lugar para José y María, yo había descubierto una habitacioncita que no usaban para nada. No quisieron dejarme entrar y parecía que se oponían por alguna secreta razón. Entré de todos modos y con gran extrañeza mía encontré allí una mujer viejísima que habían

(*) Véase el capítulo XXII: *Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia.*
(**) El Angel de la Paciencia.

ellos encerrado miserablemente; estaba toda cubierta de telarañas (*). La limpié enteramente y la conduje afuera, a la mansión de bodas. Entonces toda aquella gente se mostró muy extrañada. Reprendidos por mí por su conducta con aquella mujer, se alejaron dejando vacía la casa. La anciana comenzó entonces a ocuparse de la economía doméstica y preparó una refección.

Ví luego a otros muchos jóvenes y especialmente jovencitas que deseaban llevar vida espiritual. Al mismo tiempo descubrí otra pieza que se dilataba maravillosamente y aparecía siempre más luminosa. Ví en ella almas puras de nuestra vecindad y de esta comarca; entre otras, la de mi madre y la de la señora del miembro del tribunal secreto, y con estas almas sus ángeles custodios. Todas estas almas estaban vestidas con trajes al antiguo uso germánico, que se acostumbraban entonces en estos países. Pensé que mi madre, vestida con aquellos magníficos trajes, no me reconocería.

Yo había preparado todo en aquella habitación para la Sagrada Familia, y José y María llegaron, en efecto, y fueron recibidos muy amistosamente. No pusieron atención alguna en las cosas que allí había, sino que se retiraron a un cuarto oscuro y se sentaron, apoyados contra el muro. La pieza se volvió en seguida luminosa. Yo los honré con toda reverencia. María y José no permanecieron, por lo demás, mucho tiempo allí. Los más viejos de los que estaban en la casa los miraban a través de la puerta. Me pareció que se iban por humildad. Entretanto, la anciana mujer, librada por mí, se había tornado joven y muy agraciada, y se transformó en la primera de casa, antes bien era la esposa. También ella estaba vestida bellamente según el uso antiguo de nuestro país. Toda la casa se convirtió poco a poco en una iglesia, y donde estuvo el hogar se erigió un altar.

25. Traída por su ángel, libra a una vieja de la vecindad.

(27 de Noviembre de 1821)

Sí, era muy extraño. Hallándome lejos, muy lejos, en el país de los Reyes Magos, en lo alto de la cadena de montañas que está entre los dos mares (**) y mirando sus ciudades formadas por carpas, de la misma manera que se mira desde la ventana hacia el corral, me sentí de pronto llamada a casa por

(*) La anciana significa la antigua religión del pueblo, que deberá ser renovada. La vestimenta antigua es alusión a la fe de los germanos anteriores a la infausta reforma.

(**) Por la descripción que hace se trata de un país del Cáucaso.

mi Ángel de la Guarda. Volví y aquí mismo, en Dülmen, he visto ante nuestra casa pasar a una vieja pobre que yo conocía y que volvía de la tienda. Hallábase exasperada y llena de enojo; gruñía y juraba horriblemente. Ví entonces que su Ángel Custodio se alejaba, y ví en cambio que se cruzaba en su camino, para hacerla caer, una grande y espantosa sombra diabólica: quería que se rompiese la cabeza y muriese en pecado mortal. Cuando ví esto, abandoné a los tres Reyes, recé ardientemente a Dios para que socorriese a la pobre mujer y volví a encontrarme en mi habitación. Ví entonces que el demonio se precipitaba furioso hacia la ventana y quería entrar, teniendo en sus manos un grueso lío de cuerdas y de cordones entrelazados, pues, para vengarse quería tramar con todo aquello grandes intrigas y suscitar aquí toda clase de disturbios. Entonces me precipité sobre él y le dí un puntapié que lo hizo caer hacia atrás: creo que va a acordarse de ello. Luego me puse a lo largo delante de la ventana para impedirle la entrada.

CAPÍTULO VII

VISIONES DE LOS ANGELES Y DE LOS ESPIRITUS PLANETARIOS

INTRODUCCION

El lector aprende cosas desconocidas de las cuales la ciencia humana no dice nada y aclara muchas ideas oscuras respecto de los coros angélicos. La vidente define a los dos espíritus que se le dan al hombre al nacer: el maligno, que le sugiere inclinaciones perversas, y el Angel Custodio, que lo protege e inclina hacia el bien. Es completamente original su relación de los espíritus planetarios, de aquellos ángeles que se rebelaron contra Dios y tuvieron un principio de arrepentimiento, por lo cual no fueron arrojados al Infierno: se encuentran distribuídos en el aire y en los planetas, desde donde ejercen sus influencias nocivas sobre los hombres. Y así como existe un orden jerárquico en los coros angélicos, así también existe este orden en el grupo de los espíritus planetarios.

Contribuye con nuevos aportes a los conocimientos astronómicos la afirmación de la vidente acerca de la habitabilidad de los astros y de la existencia de aguas y de una vegetación rudimentaria en ciertos planetas. Es maravilloso lo que nos revela respecto de la significación del viento, la lluvia, los cometas y las constelaciones. La descripción del Sol y de la Luna causan admiración. La ciencia no podrá refutar lo que afirma hasta tanto tenga bases con que demostrar lo contrario. El último descubrimiento científico, la irradiación de la luz y del calor del sol por medio de una especie de aureola que está fuera del astro mismo, confirma la revelación hecha por Ana Catalina hace ya más de un siglo.

1. Los coros angélicos y los dos espíritus del hombre.

(Fiesta de los Ángeles Custodios, 2 de Octubre de 1820)

He visto una iglesia terrena y dentro de ella muchas personas conocidas. Sobre ella he visto muchas otras iglesias, dentro de las cuales se podía ver, como en el interior de una torre, varias distribuciones y pisos. Todas estas iglesias estaban llenas de coros y de ángeles y eran todas diferentes. En la mis-

ma altura he visto a la Santísima Virgen delante del trono de la Santísima Trinidad, rodeada de los más altos coros de los espíritus celestiales. Debajo veía a la iglesia; encima se extendían cielos superpuestos, llenos de ángeles.

Allá arriba reinaba un orden y una actividad indescriptibles. Abajo, en la iglesia, todo era soñoliento y negligente. Esto se notaba especialmente porque ocurría la festividad de los ángeles y porque los ángeles llevan a Dios, en lo alto, con indecible prontitud, toda palabra que los sacerdotes pronuncian, aunque sea con pereza o distracción, durante la santa Misa, y reparan todo defecto y toda falta al honor de Dios.

He visto en esa iglesia maravillosa la actividad en los ángeles custodios hacia las criaturas humanas. He visto cómo ciertos espíritus, distintos de los ángeles custodios, huían atemorizados, mientras éstos sugieren pensamientos mejores y les representan cuadros conmovedores. Los ángeles custodios desean ardientemente órdenes de Dios y la oración de las personas encomendadas a su cuidado los hace más diligentes.

He visto que toda criatura humana recibe dos espíritus al nacer: uno bueno y otro malo. El bueno es de naturaleza celestial, aunque es del orden más inferior; el espíritu malo no ha sido aún precipitado en el Infierno, pero si en los tormentos, y está privado de la visión de Dios. Veo siempre en cierto círculo, en torno de la tierra, nueve cuerpos, o espacios, o esferas, como astros lejanos. A estas esferas las veo habitadas por espíritus de diversa naturaleza y veo desde ellas derivarse caminos formados de rayos, por los cuales se puede seguir toda línea hasta cualquier punto de la tierra. He entendido siempre que por este medio aquellas esferas están ligadas con la tierra. Sobre cada tres órdenes de estos mundos de espíritus veo siempre un ángel grande sentado sobre un trono: uno tiene en la mano un cetro, otro una vara y el tercero una espada. Llevan corona, un vestido largo y muchos adornos en el pecho. En estos mundos habitan espíritus malos (*), que al nacer toda hu-

---

(*) "El aire tenebroso es un lugar de pena de los demonios, hasta el día del juicio" (San Agustín, *Super Gennesim ad litteram)* "Cada cosa visible en este mundo tiene una angélica potestad que la gobierna" (San Agustín, cuestión I-79).

En las revelaciones de Santa Francisca Romana se lee: "Los demonios que no se declararon por Dios en la rebelión de Satanás y quedaron como inactivos (dudosos), vagan por el aire y por la tierra tentando a los hombres; promoviendo muchas perturbaciones atmosféricas para cansar y disponer a la tentación de desaliento y enojo entre los hombres y prepararlos así al camino de las caídas graves".

mana criatura se unen a ella por una interna correspondencia que entonces veo distintamente y admiro, y que ahora no puedo dilucidar. Estos espíritus no son transparentes y graciosos, como los ángeles; lucen. en verdad, pero es su resplandor turbio y superficial, como un reflejo. Son perezosos, cansados, visionarios, melancólicos. o bien fogosos, coléricos, arrogantes, irremovibles, obstinados, prontos para engañar y burlar, y así por el estilo. Parece que fueran todo pasiones y dados a las pasiones. Son rojizos, y he observado en ellos los mismos colores que en las penas y en las luchas del espíritu veo manifestarse en las criaturas humanas y que en la gloria de los mártires veo manifestarse purificados por el brillo resplandeciente que los rodea. Parece como si las pasiones en ellos, desterradas por el dolor, se convirtiesen luego en el color dominante de su triunfo. Estos espíritus tienen rostros incisivos, decisivos, violentos y penetrantes; son extraordinariamente insistentes e insinuantes en el alma humana, como los insectos sobre ciertos perfumes y ciertas clases de plantas. Despiertan en los hombres toda clase de deseos y pensamientos. Toda su forma está cubierta de irradiaciones, de caricias y de halagos, como puntas sutiles. No producen por sí mismo ningún pecado, ningún acto; pero separan al hombre del influjo divino y abren en el mortal la puerta a la acción del mundo. Lo llenan de sí mismo, lo vinculan, lo comprimen a la tierra en diferentes maneras, y cuando el hombre cede a ellos, pasa todo a las tinieblas: entonces el demonio se aproxima e imprime en él su sello. De aquí se origina un hecho, un pecado, como un nacimiento. Se ha operado una separación de lo que es divino.

He visto cómo la mortificación y el ayuno debilitan mucho la influencia de estos espíritus, y cómo la vecindad y la actividad de los ángeles custodios fortifica, como asimismo se les opone la recepción de los santos sacramentos y los resiste. He visto que ciertas inclinaciones y repugnancias de las criaturas humanas, ciertos deseos e involuntarias antipatías tienen correspondencia y correlación con estas influencias, y que especialmente el aborrecimiento y las náuseas hacia ciertos animales particularmente los que se sienten por los impuros gusanos e insectos, toman de esta influencia una misteriosa significación: aquellos insectos que mayormente nos repugnan son imágenes y símbolos de los pecados y pasiones, a los cuales, por causa de nuestra correlación con estos espíritus, estamos principalmente inclinados. He entendido que siempre que sentimos esa nauseabunda repugnancia a los insectos impuros, debemos recordar

nuestros pecados y nuestras malas cualidades, de las cuales estos insectos tienen la imagen.

2. Las tentaciones de los malos espíritus

He visto en la Iglesia a estos espíritus poner delante de los ojos y de la mente de varias personas toda clase de adornos y bagatelas y tentarlas para que vuelvan el ánimo hacia toda suerte de deseos y anhelos. Luego he visto a menudo al Ángel Custodio abrirse paso en medio de ellos y enderezar la mente y el alma a esas criaturas humanas. No puedo expresar la infinita variedad de semejantes cuadros. He visto que los grandes de esta tierra tienen en torno de ellos espíritus de esta clase, pero de mayor poderío, como veo, por el contrario, ángeles de mayor potencia avanzar contra ellos y cambatirlos (*). Me fué concedido echar una mirada sobre Suiza y he visto como allí el diablo agita a muchos gobiernos de los cantones contra la Iglesia. He visto ángeles que promueven y favorecen la fecundidad de la tierra y derraman algo sobre los frutos y sobre los árboles. He visto a los ángeles que están en guardia y defensa sobre comarcas y ciudades y he visto cómo abandonaban otras que se les habían encomendado. No puedo decir cuán innumerables son los espíritus que he visto: si tuviesen cuerpo, oscurecerían la atmósfera. Allí donde estos espíritus tienen mayor influencia sobre los hombres, veo siempre niebla y noche. He visto a menudo que la criatura humana obtiene otro espíritu protector cuando necesita de especial y extraordinaria ayuda. En varias ocasiones yo misma he tenido otro guía.

Mientras decía estas cosas, Ana Catalina quedó en éxtasis y al volver en sí, continuó, suspirando:

¡Oh, qué lejos está aquel lugar de donde provienen estos espíritus coléricos, crueles y obstinados, que llegan hasta aquí! Fuí arrebatada muy alto y he visto partir desde allá, de uno de esos cuerpos planetarios, el más lejano de los nueve, muchos espíritus coléricos, obstinados e inflexibles. Descendieron sobre esa comarca, donde ahora reina el desorden y la guerra. Estos espíritus se allegan a los grandes y hacen entre ellos casi imposible el acuerdo y la reconciliación de los ánimos.

(*) La vidente Magdalena de la Cruz dice: "Veo a los príncipes y grandes de la tierra con ángeles de superior jerarquía. Delante del trono del Papa veo siempre cuatro Querubines".

"Debe afirmarse en absoluto que sólo los ángeles de inferior orden son enviados para los ministerios exteriores y nunca los de superior categoría". (Santo Tomás, Cuestión CXII. Art. II).

He visto, por otra parte, a la Virgen Santísima pedir que un ejército entero de ángeles viniese a la tierra, y en seguida los veo agitarse y descender sobre la tierra. Contra esos duros e inflexibles espíritus se ha lanzado un gran Angel radiante de ardor con espada de fuego.

3. El Ángel del castigo.

Pocas horas después, estando en éxtasis, Ana Catalina, dijo:

¡Oh, quién pudiese verlo! Un ángel grande, respirando fuego, se ha desprendido del trono de Dios y ha descendido en la ciudad de Palermo, donde reinaba la insurrección, y ha pronunciado palabras de castigo, con voz tan tremenda y aguda, que penetra hasta la medula de los huesos, y he visto abajo, en la ciudad, caer a los hombres muertos.

4. Los espectros.

Hay almas que no están ni en el Purgatorio ni en el Infierno ni en el Cielo, sino que, llenas de angustia y de pena, deben errar sobre la tierra y esforzarse por llegar a un destino al cual están obligadas. Habitan en lugares desiertos, en las tumbas, en los edificios ruinosos o en los lugares donde han cometido malas acciones o delitos. Son los espectros (*).

5. Los ángeles caídos.

Cuando era niña he visto muchas veces, y luego en edad madura, que tres órdenes enteros o coros de ángeles, que estaban más altos que los arcángeles, cayeron en la época de la rebelión; pero que no todos se precipitaron en el Infierno: una parte de ellos, que tuvo un momento de arrepentimiento, quedó fuera de las regiones infernales. Éstos son los espíritus que están en los planetas y que vienen a la tierra a seducir a los hombres reciben espíritus de categoría superior. Los príncipes y los sufrir la condenación. He visto siempre que los diablos no pueden salir jamás del Infierno. He visto también que muchos condenados no van enseguida al Infierno, sino que quedan en la tierra en lugares desiertos de tormentos.

6. El orden de los espíritus.

A medida que se perfecionan en la vida interior los hombres, reciben espíritus de categoría superior. Los príncipes y los

---

(*) El Padre Rossignoli, en su libro *Maravillas de las almas del Purgatorio,* narra varios de estos ejemplos.

reyes tienen ángeles custodios de orden superior. Los cuatro ángeles Elohim (*), que son los distribuidores de las gracias divinas, se llaman Rafiel, Etofiel, Salatiel y Emmanuel.

Reina mayor orden aún entre los espíritus malos y los diablos que sobre la tierra. No bien el ángel se aleja de un sitio, un demonio ocupa su lugar y despliega sus engaños.

Asimismo entre los espíritus planetarios reina un orden grande. Son ellos también espíritus caídos, pero no propiamente diablos aún: son muy diversos entre sí y suben y descienden a la tierra. En uno de los cuerpos planetarios son turbios y tristes; en otro, coléricos y violentos; en otro, ligeros y disipados; en otro, sofísticos y cautos. Obran en todas las cosas que están sobre la tierra y en las criaturas humanas, desde su nacimiento. Estos espíritus viven en cierta comunidad y orden. Veo en sus planetas apariencias de vegetación y de árboles. Todo es, sin embargo, ligero y de aspecto efímero, como los hongos. Hay allí dentro aguas, algunas puras como cristales, otras turbias como venenosas. Me parece como si cada uno de esos planetas tuviese algo de un metal. Estos espíritus gustan frutos que tienen relación con su propia esencia y naturaleza. Algunos de ellos producen algún bien, en cuanto el hombre usa para el bien ciertos impulsos que de ellos reciben.

7. Los cuerpos celestes.

No todos los cuerpos están habitados (**). Algunos son sólo jardines, recipientes destinados para recibir influencias, acciones y frutos especiales. Veo también, entre ellos, ciertos lugares donde habitan almas que no son de cristianos, pero que han vivido bien. Allá viven tristemente y tienen un presentimiento de que esto ha de cambiar un día. No sienten ni gozo ni pena y gustan de ciertos frutos.

8. El viento, la lluvia de estrellas, el Sol y la Luna.

El viento es algo maravilloso. Muchas veces veo a la tempestad traer desde lejanas tierras una epidemia. Esto aparece

(*) Elohim, plural de Eloha, es en hebreo el Dios verdadero, pero también significa, como en este caso, seres superiores. La terminación *el* significa Dios: así, Emmanuel quiere decir: *Con nosotros Dios*.

(**) "El dogma católico no se opone a la creencia de los mundos habitados; ni niega ni afirma nada sobre esta hipótesis completamente libre, dejándolo como materia de interesante discusión". (P. Félix, *Conferencias*).

Grandes pensadores han tenido opinión favorable a esta tesis; entre otros, el P. Secchi, De Maistre, el P. Monsabré, Bougaud, Gibier, el P. Eymieu y Flammarion.

como un globo lleno de espíritus malignos. Me resulta difícil soportar un viento impetuoso; le he tenido siempre mucha aversión.

También aquellos meteoros, llamados lluvias de estrellas, me fueron siempre odiosos desde mi primera edad. Donde ellas caen, veo el aire lleno de espíritus malignos.

Cuando siendo niña veía al Sol nacer y caer en el horizonte lo tenía por un ser animado y viviente y pensaba entre mí: él llora ahora por tantos pecados que tiene que contemplar.

La luz de la Luna me resultaba agradable a causa de la quietud y el silencio; pero sentía el significado moral de muchos delitos que esconde y cubre, y sentía que ella obra sobre los hombres de modo agravante y sensual, puesto que la Luna cayó más profundamente que el Sol.

9. La Luna y sus habitantes.

La Luna es más fría y rocosa, llena de montes altos, de profundas grutas y barrancos. Tiene un influjo atrayente y deprimente sobre la tierra. Hay en ella aguas que mucho se levantan y luego bajan (*). A veces atraen grandes vapores de la tierra y entonces se ve como si gruesas nubes se escondiesen y fuesen absorbidas en las cavidades de las montañas. Después parece como si todo eso se disolviese cayendo de nuevo abajo, y entonces la luna oprime con tal peso a la tierra, que los hombres se tornan melancólicos. Veo allá muchas formas semejantes a las de las criaturas humanas, que huyen de la luz y se esconden en las sombras: se ocultan como si se avergonzasen; presentan el aspecto de quienes tuviesen mala conciencia. Esto lo veo especialmente en el centro de la Luna.

En sus límites extremos veo lugares campestres, matas y bosquecillos en los cuales habitan animales (**). No veo en la Luna ningún servicio religioso. El suelo de ese astro es amarillo, la mayor parte rocoso y los árboles y vegetales son tenues y mezquinos helechos, hongos y bulbos estériles. La Luna tiene una maravillosa relación con la tierra y su naturaleza entera.

(*) Las mareas se deben a las atracciones de la luna y del sol combinadas con la rotación de la tierra. Cuando la luna se encuentra encima de las aguas del mar las atrae y las obliga a subir hasta cierta altura produciendo así la marea creciente o flujo. Después del paso de la luna vuelven las aguas a bajar y forman lo que se llama marea descendente o reflujo *(Larousse)*.

(**) Los astrónomos afirman que no hay nubes ni seres vivientes ni aguas en la Luna; pero ¿pueden afirmar lo mismo de la parte que nunca es visible para nosotros?

El hecho de que los hombres tan ávidamente la miren, sucede porque se mira siempre ávidamente hacia aquello a lo que se pertenece. La Luna extrae muchísimo de nosotros y luego sobre nosotros lo despide y nos oprime. A menudo veo venir de la Luna gruesas nubes como de veneno: se posan habitualmente sobre el mar. Veo, empero, en seguida espíritus buenos y ángeles que las dispersan y las hacen innocuas.

Sobre la tierra veo ciertas comarcas malditas a causa de delitos y pecados, donde descienden veneno, nieblas y oscuridad y se posan allí. Veo también a las razas más nobles de los hombres colocadas en los países más bendecidos y fértiles.

Veo siempre a aquellas almas en la Luna que se ocultan entre las sombras; parecen estarse allí sin gozo ni pena; como en un lugar de castigo, hasta el día del juicio.

La luz de la Luna es pálida y azulada; se hace más clara solamente cuando se aleja del astro.

10. Los cometas, la Vía Láctea y los cuerpos celestes.

Los cometas están llenos de veneno; son como pájaros de pasada; si no se mezclasen grandes tempestades y otras influencias y acciones de espíritus, harían fácilmente gran daño a la tierra. Habitan su interior espíritus de ira y de despecho. La cola resulta de su acción como el humo del fuego.

La Vía Láctea está compuesta de muchos pequeños arroyos como cristales. Parece como si buenos espíritus se bañasen dentro, como si se sumergiesen repetidamente y derramasen toda clase de rocío y de bendición, como un bautismo.

El Sol recorre un camino elíptico de la forma de un huevo: es un astro benéfico, animado de santos espíritus. En su parte interna no es ardiente; la luz y el calor nacen sólo en el exterior. Es cándido, gracioso y estriado de bellos colores.

Muchos cuerpos son lugares deshabitados, que esperan una futura población. Algunos son jardines y viveros de particulares frutos. Todo el conjunto de los cuerpos celestes se comprende solamente cuando se imagina un estado perfecto, una ciudad o una grande y maravillosa economía donde nada falta. Ninguno de estos cuerpos tiene la dignidad y la fuerza de la Tierra. Los otros planetas encierran en sí, en mayor abundancia, algunas propiedades particulares. La Tierra las comprende a todas. El pecado de Eva nos ha hecho caer; pero ahora podemos aún hacernos vencedores.

Capítulo VIII

VISIONES DEL CIELO Y DEL LIMBO

INTRODUCCION

En estas visiones obsérvanse gran variedad de imágenes, aparentemente distintas unas de otras, pero encadenadas en el espíritu de la vidente, que las vincula con anteriores revelaciones. Ve el Cielo, y en él a la Santísima Trinidad, a la Virgen y a los coros angélicos. La sorprende una disposición singular de almas, que luego se asientan en la Jerusalén celestial. El arcángel San Miguel obtiene una gran victoria, en los tiempos finales, cuando se creerá que todo estará perdido para los buenos.

Santa Francisca Romana vió un día los tres cielos: el estrellado, el cristalino y el Empíreo, cada uno más esplendoroso que el otro. El cristalino le pareció tan elevado sobre el estrellado como éste sobre la tierra. El Empíreo lo vió mucho más elevado que el cristalino sobre el estrellado. Tal vez Ana Catalina se refiere aquí al cielo cristalino.

Ve el alma luminosa de Jesús penetrar en tierra, al expirar en la cruz, y recorrer el Limbo y el seno de Abrahán. Ve tres esferas donde se hallan distribuídas las almas. Es inefable la entrada del Salvador en el lugar donde lo aguardan desde siglos los patriarcas y los profetas, y más aún el encuentro con Adán y Eva, en la zona de nieblas, donde nuestros primeros padres esperaban pacientemente el día de la redención.

1. Visión del Cielo.

Sobre aquella cúpula he visto un mundo todavía superior. He visto en él a la Santísima Trinidad en tres figuras: el Padre, en figura de un anciano revestido de dignidad de gran sacerdote, que entregaba al Hijo, a su derecha, el globo del mundo; el Hijo tenía en la otra mano la cruz; a la izquierda del Padre había una figura alada luminosa. En torno de esas Personas había un círculo de veinticuatro ancianos sentados sobre sillas (*). Los Querubines y Serafines estaban. con muchos otros, en torno del trono de Dios, cantando continuamente alabanzas e himnos de gloria. En el medio, sobre San Mi-

(*) "Y alrededor del trono venticuatro sillas, y en las sillas, veinticuatro ancianos sentados" *(Apocalipsis, IV, 4).*

guel, estaba María, que tenía en torno innumerables círculos de espíritus luminosos, de ángeles y vírgenes.

La gracia que sale de Jesús atraviesa siempre a María, y por medio de ella desciende sobre los tres arcángeles. Cada uno de esos arcángeles irradia tres clases de dones de Dios sobre tres de los coros angélicos de los nueve más inferiores (*). Estos los reparten siempre más lejos, en toda la naturaleza y en la historia. Cuando el copón fué colocado allá, he visto que por influjo de lo alto, por medio de María y de la múltiple cooperación de todos los cielos y por activo trabajo de todos los coros angélicos, este copón crecía, se hacía una iglesia, y luego una gran ciudad luminosa, que bajó poco a poco. Parecía que descendía a la tierra sobre un arco. No sé cómo expresarlo.

He visto muchedumbre de hombres que se acercaban a mí con la cabeza vuelta, como si la tierra se hubiese dado vuelta y girase; luego, de pronto, se pusieron de pie dentro de la nueva Jerusalén, que tal era aquella nueva Jerusalén que bajó sobre la antigua y me pareció venir sobre la tierra. Cuando hube visto descender la nueva Jerusalén (**) se cerró esta visión. Caí en la oscuridad y me encaminé a mi casa.

He contemplado, antes de esto, el cuadro de una inmensa batalla. El campo entero estaba lleno de humo; de todas las matas tiraban, pues estaban llenas de soldados. Aquel lugar estaba situado en un bajo. En lontananza surgían grandes ciudades. He visto al Arcángel San Miguel descender con un gran ejército de ángeles y separar a los combatientes. Esto sucederá solamente cuando todo parecerá perdido. Uno de los combatientes invocará a San Miguel y entonces vendrá el momento de la victoria.

Ana Catalina no sabía decir la época de la batalla. Dijo una vez que acontecerá en Italia, no lejos de Roma, donde muchas cosas antiguas serán destruídas y muchas nuevas, es decir, sagradas, hasta ahora desconocidas, saldrán a la luz.

2. El lugar de los justos.

(24 de Setiembre de 1820)

Tuve que hacer en la mansión de bodas un trabajo que no podía terminar jamás. Tenía que barrer, con una escoba in-

(*) Los nueve coros angélicos son: Ángeles, Arcángeles, Virtudes, Principados, Potestades, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines.

(**) Y ví la ciudad santa de la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios. (*Apocalipsis*, XXI, 2).

servible y rígida, mucha inmundicia; pero no podía llevar a término el trabajo. Entonces vino mi madre y me ayudó, como también una amiga a la cual antes de su muerte yo le había regalado aquella imagen de Santa Catalina que yo había recibido de modo sobrenatural. Ella llevaba aquella imagen sobre el pecho y se entretuvo mucho conmigo conversando. Ellas no están aún en el cielo, pero sí en un lugar muy placentero donde estuvieron un día Abrahán y el buen Lázaro. Este lugar es muy agradable: es como un rocío, como una miel, muy dulce y apacible; todo aparece como con luz de luna, con esplendor blanquecino como la leche. Allí he visto precisamente el cuadro de Lázaro (*) y me fué mostrado este cuadro para que supiese donde me hallaba. El Paraíso terrenal, que he visto de nuevo, como también el Monte de los Profetas, es más alegre que el seno de Abrahán y está lleno de magníficas criaturas. Fuí llevada por mi madre a muchos lugares donde aguardan las almas.

3. Visión del Limbo.

Cuando Jesús, dando un grito, exhaló su alma santísima, yo la ví como una forma luminosa entrar en la tierra al pie de la cruz. Muchos ángeles, entre los cuales estaba Gabriel, la acompañaban. Ví su Divinidad estar unida con su alma y también con su cuerpo suspendido en la cruz; no puedo expresar cómo esto se efectuaba. El sitio donde entró el alma de Jesús estaba dividido en tres partes: eran como tres mundos (**). Parecióme que eran de forma redonda y que cada uno de ellos tenía su esfera separada. Delante del limbo había un lugar más claro y más sereno: en él veo entrar las almas libres del Purgatorio, antes de ser conducidas al cielo. El limbo, donde estaban los que esperaban la redención, hallábase rodeado de una esfera parda y nebulosa, y dividido en muchos círculos.

El Salvador, radiante de luz, era conducido en triunfo por los ángeles entre dos círculos; en el de la izquierda estaban los Patriarcas anteriores a Abrahán; en el de la derecha hallábanse las almas de los que habían vivido desde Abrahán hasta San Juan Bautista. Cuando Jesús pasó así, no le conocieron; mas todo se llenó de gozo y de deseo y hubo como una dilatación en esos lugares estrechos, donde estaban apretados.

(*) El rico Epulón y el pobre Lázaro (Lucas, 16-19).

(**) Los demonios, que a la hora de la rebelión de Satanás se pusieron de su parte, están en tres partes del Infierno, según el grado y jerarquía que tenían cuando eran ángeles buenos, debiendo sufrir más los de mayor jerarquía. (Visiones de Santa Francisca Romana).

Jesús pasó entre ellos como el aire, como la luz, como el rocío de la redención, con la rapidez de un viento impetuoso. Penetró entre esos dos círculos hasta un sitio cubierto de niebla, donde estaban Adán y Eva; les habló y ellos le adoraron con gozo indecible. El Señor, acompañado de los dos primeros seres humanos, entró por la izquierda en el círculo de los patriarcas anteriores a Abrahán; era una especie de purgatorio. Entre ellos había malos espíritus que atormentaban e inquietaban las almas de algunos.

Los ángeles llamaron y mandaron abrir, pues había una especie de puerta que estaba cerrada. Me pareció que los ángeles decían: "Abrid las puertas" (*). Y Jesús entró triunfante. Los malos espíritus se alejaron gritando: "¿Qué hay entre Tú y nosotros? ¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Quieres crucificarnos?" Los ángeles los encadenaron y los echaron delante. Las almas que estaban en ese lugar no tenían más que un leve presentimiento y un conocimiento oscuro de Jesús. El Salvador se presentó a ellas y entonces cantaron sus alabanzas. El alma del Señor, en camino hacia el limbo, propiamente dicho, encontró el alma del buen ladrón, que era conducida por los ángeles al seno de Abrahán, y la del mal ladrón, que los demonios llevaban al infierno. El alma de Jesús, acompañada de los ángeles, de las almas libertadas y de los malos espíritus cautivos, entró en el seno de Abrahán.

4. El seno de Abrahán.

Ese lugar me pareció más elevado, como cuando se sube de una iglesia subterránea a la iglesia superior. Los demonios encadenados, resistían y no querían entrar; mas los ángeles los obligaron. Allí se hallaban todos los santos israelitas; a la izquierda, los Patriarcas, Moisés, los Jueces y los Reyes; a la derecha, los Profetas, los antecesores de Jesús y sus parientes, como Joaquín, Ana, José, Zacarías, Isabel, Juan. No había malos espíritus en este lugar. La sola pena que en él se padecía era el deseo ardiente del cumplimiento de la promesa: éste estaba ahora satisfecho. Una alegría y felicidad indecibles entraron en las almas, que saludaron y adoraron al Redentor.

5. Lugar de los paganos piadosos.

Algunos de ellos fueron enviados a la tierra para que tomaran momentáneamente su cuerpo y dieran testimonio de

(*) "Levantad, ¡oh príncipes! vuestras puertas y elevaos, vosotras, puertas de la eternidad, y entrará el Rey de la gloria". (Salmos, 23-7)

Jesús (*). Entonces fué cuando tantos muertos se aparecieron en Jerusalén. Aparecían como cadáveres errantes; y depusieron otras vez sus cuerpos en la tierra, como un enviado de la justicia deja su capa de oficio cuando ha cumplido con la orden de sus superiores.

Después ví a Jesús, con su acompañamiento triunfal, entrar en una esfera más profunda donde se hallaban los paganos piadosos que habían tenido un presentimiento de la verdad y la desearon. Había entre ellos malos espíritus, porque tuvieron ídolos. Ví a los demonios obligados a confesar su impotencia. Aquellas almas adoraron al Señor con gran alegría. Los demonios fueron encadenados y llevados cautivos. Ví también a Jesús atravesar como libertador muchos lugares donde había almas encerradas; pero mi triste estado no me permite contarlo todo.

6. Un lugar de la Jerusalén celestial.

Ví multitud innumerable de almas rescatadas elevarse del Purgatorio y del Limbo, detrás de Jesús, hasta un lugar de felicidad, debajo de la Jerusalén celestial. Allí he visto, hace poco tiempo, el alma de un amigo mío muerto. El alma del buen ladrón vino y vió al Señor en el Paraíso, según su promesa.

No puedo decir cuánto duró esto y en qué tiempo. Hay muchas cosas que yo no comprendo y hay otras que serían mal entendidas si las contara. He visto al Señor en diferentes partes, sobre todo en el mar: parecía que santificaba y libertaba toda la creación; por todas partes los malos espíritus huían delante de Él y se precipitaban a los abismos. Ví también su alma en diferentes sitios de la tierra. La ví aparecer en el interior del sepulcro de Adán, debajo del Gólgota (**); las almas de Adán y Eva acercáronse a Él, y les habló. Lo he visto visitar con ellos los sepulcros de muchos profetas, cuyas almas vinieron a juntarse con Él, sobre sus huesos. Después, con esas almas, entre las cuales estaba la de David, lo vi aparecer en muchos sitios señalados por alguna circunstancia de su vida, explicándoles con amor inefable las figuras de la Ley antigua y su cumplimiento.

Esto es lo poco que puedo recordar de mis visiones acerca de la bajada de Jesús a los infiernos y la libertad de las almas

(*) "Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Él, se mostraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos". (*Mateo*, 27-53).

(**) Ana Catalina ve el sepulcro de Adán en el mismo lugar donde se plantó la cruz de Nuestro Señor. De allí hace derivar el nombre de Calvario, lugar de la Calavera.

de los justos. Pero además de este acontecimiento en el tiempo he visto una figura eterna de la misericordia que ejerce hoy con las pobres almas. Cada aniversario de este día echa una mirada libertadora en el Purgatorio. Hoy mismo, en el momento en que he tenido esta visión, ha sacado del Purgatorio las almas de algunas personas que habían pecado cuando su crucifixión. Hoy he visto la libertad de muchas almas conocidas y no conocidas; pero no las nombraré.

CAPÍTULO IX

VISIONES DE LA ORACION

INTRODUCCION

Ana Catalina es, antes que nada, una víctima en manos de Dios, destinada a expiar, con Cristo. los pecados del mundo. Con la oración, el trabajo y los padecimientos participa voluntariamente en tan sublime tarea. Satisface a la Justicia divina por los pecadores que el Señor o su Angel Custodio le señalan, al conducirla espiritualmente a lugares remotos. Hay aquí visiones inestimables acerca del valor de la oración, de los trabajos y de las mortificaciones; consideraciones místicas del sentido de las oraciones de los santos y de los medios eficaces de la plegaria. Ve el significado de la oración y sus resultados en la Iglesia militante.

Así como santa Ana María Taigi seguía en visión los triunfos de Napoleón y los males que infligía a la Iglesia, y ella oraba y expiaba por el Papa y por la Iglesia; igualmente Ana Catalina ha seguido visionariamente las ofensas a la Iglesia y al Papa y ha expiado las culpas de los religiosos y seglares, aplacando la cólera divina con sus voluntarias satisfacciones.

1. El valor de la oración.

Hallábame en un espacio inmenso y luminoso, y a medida que me fijaba en el horizonte, aquel espacio se dilataba más y más. Me fué mostrado el valor de las diferentes oraciones en la presencia de Dios. Todas ellas estaban señaladas en grandes tablas blancas y parecían divididas en cuatro clases. Unas oraciones habían sido escritas con magníficos caracteres de oro; otras con letras color de plata; otras con letras oscuras, y las últimas negras: éstas habían sido luego borradas con una raya. Todo lo miraba yo con alegría; pero temiendo no ser digna de entender el significado, apenas me atrevía a preguntárselo a mi guía.

"Lo que está señalado con letras de oro, me dijo, es la oración de aquéllos que tienen intención de hacer sus obras buenas en unidad con los méritos de Jesucristo, renovando con frecuencia esta intención; los cuales están prontos también a obedecer

sus mandatos y a imitar sus ejemplos. Lo que está señalado con letras de plata, es la oración de los que no piensan unir sus obras con los méritos de Cristo, pero son piadosos y oran con sencillez de corazón. Lo escrito con letras oscuras, es la oración de aquéllos que aunque no están tranquilos si no se confiesan y comulgan con frecuencia y rezan todos los días ciertas oraciones, sin embargo, son tibios y hacen sus obras sólo por costumbre. Finalmente, lo escrito con letras negras y luego borrado, es la oración de aquéllos que ponen toda su confianza en las oraciones vocales y en las buenas obras que creen practicar; pero no cumplen los mandamientos, ni hacen violencia a sus pasiones desordenadas. Esta oración no tiene valor alguno en la presencia de Dios; por eso está borrada. De la misma manera están borradas las buenas obras de aquéllos que se afanan mucho en hacer el bien, pero sólo tienen presente, al hacerlo, su propia honra y provecho temporal".

2. Diversas enseñanzas sobre la oración.

Dios no resiste a esta oración *(se refiere a la oración hecha con los brazos en cruz)*, pues su Hijo único ha perseverado orando así hasta su muerte.

Acerca de la santa cruz de Koesfeld (*) se me ha dado a entender que la gracia está vinculada a este lugar a fin de que haya aquí una barrera contra el mal y que lo mismo sucede en los demás lugares donde se veneran tales imágenes. Pero lo que obra milagros es la constancia y confianza en la oración. Muchas veces veo la cruz venerada y conducida en procesiones espirituales y veo también que son oídas y se ven libres de males aquéllos que reciben confiadamente la gracia por medio de ella. Pero a otros los veo cubiertos de tinieblas.

Desde niña he tenido la costumbre de orar todas las noches pidiendo el divino auxilio en todos los casos desastrosos, como caídas, incendios, y después he visto muchas representaciones de aquellos peligros que eran felizmente conjurados. Cuando por ventura omitía esta oración, no dejaba entonces de ver o de oír

(*) Ana Catalina nació en Flamske, pequeña aldea junto a Koesfeld, de Westfalia. En la iglesia de Santiago de Koesfeld fué bautizada. De allí sale el *Via-Crucis* con la primera estación, cruza el campo y termina en la iglesia de San Lamberto, en la plaza del mercado. La última estación está formada por el milagroso Cristo de Koesfeld, en el altar mayor, donde están representados también el descendimiento y la sepultura de Jesucristo. El Crucifijo es del siglo XIII y la cruz tiene forma de Y griega, es decir, con los brazos levantados, como siempre la ve en visiones Ana Catalina.

alguna desgracia; de lo cual deduzco no solamente la necesidad de esta oración espiritual, sino también la utilidad de comunicar a los demás esta convicción mía, a fin de que se muevan a esta obra de caridad, que consiste en que rueguen por el prójimo aquéllos que no ven, como yo veo, los efectos de esta oración.

3. La eficacia de la oración de los justos en la tierra y de los santos en el cielo.

Me vi en un espacioso lugar que no era de naturaleza terrena. El suelo que me sostenía o en el cual me mecía, era transparente como una gasa: a mis pies veía la tierra, como de noche, y en ella muchas imágenes. Alrededor se transparentaban, en espacios ilimitados, ejércitos de espíritus formando coros. No eran propiamente santos, sino almas orantes que tomaban algo de abajo y de arriba y lo cambiaban. Tomaban oraciones, oraban, velaban, pedían auxilio de los coros más altos, los cuales enviando auxilio de regiones más altas, atendiendo a sus súplicas, entraban, ya más, ya menos, en las regiones de la luz. Los más altos eran los santos. Los que me rodeaban, parecían almas destinadas por Dios para ver los peligros de la tierra y pedir auxilio. Cada uno de los oficios y estados parecían tener allí almas que rogaban por ellos. Todo lo que me rodeaba era activo en mutuas obras de caridad.

Yo también oré, porque he visto mil necesidades y Dios envió auxilio por medio de sus santos. El efecto de la oración se manifestaba instantáneamente, ya surgiendo algún obstáculo inesperado que impedía que se cometiera el pecado, ya ofreciéndose alguna circunstancia, al parecer casual, ya mudando de opinión a alguna persona. Ví, por ejemplo, que moribundos impenitentes se convertían por la virtud de la oración y recibían los sacramentos. Ví a otros que habiendo dado caídas peligrosas o estando a punto de ahogarse, se salvaron por la oración. Siempre me parecía que era casi imposible se salvaran si no se hubiera rogado por ellos. Ví que lo que había de ser causa de la ruina de alguno, era removido como leve paja mediante la oración: admiré la justicia de Dios. Mi guía me exhortó de nuevo a orar y a pedir a mis conocidos que oraran por la conversión de los pecadores, por los sacerdotes, para que sean firmes y constantes en la fe, pues se acercan tiempos difíciles y los enemigos de la Religión Católica no perdonan medio alguno para introducir en la Iglesia el cisma y la discordia. La confusión será cada vez mayor.

4. Ve en un cuadro ángeles y santos y el efecto de la oración.

Mi guía me subió a lo alto, como por una escalera infinitamente elevada, y ví desde allí que otras almas, que hacían oración en diversos lugares, fueron subidas como por hilos. Yo estaba arriba, a unas cinco gradas bajo el nivel de una grande y admirable ciudad resplandeciente. Descorrióse por ambos lados una especie de cortina azul inmensamente grande y ví el interior de aquella reluciente ciudad. Las calles de los palacios y los jardines confluían al centro donde todo brillaba con singular fulgor, de tal modo que no resistían mis ojos a tanto esplendor. Allí donde me dirigía con el deseo durante la contemplación, se me mostraba otro orden de santos y de ángeles y yo pedía su intercesión a todos los coros de santos y a todos los ángeles.

Ví que las vírgenes y los mártires eran quienes primeramente ofrecían sus ruegos ante el trono de Dios. Después venían los coros y la Santísima Trinidad parecía acercarse como un sol saliendo de entre nubes. Ví ahora a estos coros como si fueran pequeñas formas lúcidas, cuales ángeles luminosos, pequeños y finos. Ví a los querubines y serafines, ángeles alados, cuyas alas eran de rayos de luz, que incesantemente se movían. Ví también otros coros de ángeles y arcángeles y a los ángeles custodios. Con las santas vírgenes ví a muchas que habían vivido en estado de matrimonio, como Santa Ana y a otras de los primeros siglos; a Cunegunda (*) y a otras mujeres castas; pero no ví a Magdalena. En esos jardines no ví animales ni aves. Cuando miraba al suelo, delante de mí, veía las gradas donde estaba: a izquierda y derecha era todo ceniciento, y mirando a la cortina, era de color azul.

Por detrás, como si fueran islas, ví toda clase de ciudades, campos y jardines. Estos lugares eran de la tierra, que se levantaban a medida que mis ojos se dirigían hacia ellos. Ví allí a muchos que hacían oración: sus oraciones eran como vías que se componían de palabras luminosas o como cartas que subían al cielo y entraban en el pecho de los ángeles y de los santos, en cuyos rostros se reflejaban con mayor resplandor dirigiéndose al trono de Dios.

(*) Santa Cunegunda, hija de los Condes palatinos del Rin, a quien San Enrique tomó por esposa y vivieron en el matrimonio como hermanos. Después de la muerte de San Enrique entró Cunegunda en el monasterio de San Benito que había fundado, donde vivió aún 15 años como santa religiosa.

He visto que algunas oraciones eran negras y caían al suelo; otras, que habían quedado incompletas, fueron apoyadas por otros y encaminadas al cielo. Ví en los ángeles mucho movimiento, pues subían y bajaban; lo mismo ví en los santos. Ví que fueron socorridas muchas necesidades, por ejemplo, la de algunos barcos que estaban en peligro de zozobrar. No deja de ser extraño el vivo deseo que siempre sentía de ver lo que ocultábase detrás de la cortina.

Creo que me ha salido sangre de la cabeza durante la gran visión en que se me ha mostrado la intercesión de los santos, pues en ella ví mucho respecto a penas amargas y trabajos. Mientras cada uno de los santos presentaba ante el trono de Dios lo que había sufrido por los pecadores, se representó ante mis ojos lo que pasaron; y ví todas las espinas de la corona y otros instrumentos de la pasión.

5. Ve la dignidad y virtud del santo Rosario.

Ví el Rosario de María con todos sus misterios. Cierto piadoso solitario había honrado a la Madre de Dios tejiéndole guirnaldas de flores. Tuvo una inteligencia profunda de la significación de las flores y hojas de aquellas guirnaldas, las cuales eran ofrecidas por él cada vez con mayor fervor. Entonces la Virgen pidió para él una gracia a su divino Hijo; la gracia fué concedida y es el santo Rosario. Ví el Rosario rodeado de tres órdenes de hojas de diferentes colores, en las cuales estaban representados, en figuras transparentes, todos los misterios de la Iglesia, del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el centro del Rosario estaba María con el Niño, por un lado rodeada de ángeles y por otro de vírgenes, que se daban las manos unos a otros.

La cruz salió de un fruto semejante a la manzana del árbol prohibido; penetrada de parte a parte, su color era especial y estaba llena de pequeños clavos. En la parte interior ostentaba la imagen de un mancebo, de cuya mano salía un sarmiento que se extendía por los brazos de la cruz, en la cual se veían otras figuras que sorbían el jugo de los racimos. La unión de los granos estaba formada por rayos o hilos de diferentes colores, entrelazados a modo de raíces, según su significación natural y mística. Cada uno de los Padrenuestros estaba rodeado de una guirnalda de hojas, de entre las cuales salía una flor en la que se veía la imagen de alguno de los misterios dolorosos o gozosos de María. Las Avemarías eran estrellas de piedras pre-

ciosas; en ellas estaban figurados, por su orden, los patriarcas y ascendientes de María en obras que se referían a la Encarnación y a la Redención. De esta suerte el Rosario comprende cielo y tierra, a Dios, a la naturaleza y a la historia, y la restauración de todas las cosas mediante el Salvador que nació de María.

Este es el Rosario tal como la Madre de Dios se lo ha dado a los hombres, siendo la devoción que más le agrada. Pocos lo rezan bien. Sólo la gracia, la sencillez y la piedad pueden comprenderlo; velado y distante de todo lo terreno, sólo se acerca a las almas mediante la meditación y el ejercicio de esta devoción.

6. De la manera de orar.

Es verdad que el enemigo trata de impedir al hombre que haga oración, y cuanto más devota es esta oración, mayor empeño pone él en combatirlo. Sobre este punto me fué mostrada una vez esta semejanza: hallábame en una hermosa iglesia y ví a tres mujeres que hacían oración. Detrás de ellas había una figura horrible, la cual empezó a halagar a la primera de las mujeres, que no tardó en dormirse. Se acercó luego a la segunda con el mismo intento; pero no pudo conseguirlo del todo. Habiéndose llegado a la tercera, la golpeó y maltrato tanto que tuve gran compasión de ella. Pregunté a mi guía qué significaba aquella visión y él me respondió que era un símbolo de la oración. La primera mujer había empezado a orar sin fervor ni gravedad y por esto la durmió luego el demonio; la segunda era mejor que la primera, pero también tibia; la tercera era buena y su oración muy fervorosa, por lo cual la tentación fué más violenta, pero felizmente la rechazó.

Es oración especialmente agradable a Dios la que se hace por los demás y sobre todo por las almas del Purgatorio. Rogando, pues, por ellas pone uno su oración a buen rédito. Yo por mi parte me presento delante de Dios, sumo Señor, como sierva suya y hago mi oración diciendo: "Haz, Señor, de mí lo que sea tu voluntad", y me retiro tranquila, pues un Padre tan bueno y amoroso no puede menos que darme pruebas de su bondad.

Las almas del Purgatorio sufren tormentos indecibles. La diferencia entre los tormentos del Infierno y los del Purgatorio está en que en aquél no hay sino desesperación, mientras que en el Purgatorio reina la esperanza. El mayor tormento de los condenados es la cólera de Dios. De esta cólera podremos concebir alguna idea pensando en el espanto de una persona que

ve venir sobre sí a un hombre encendido en ira y no le es posible huir de su poder y de sus amenazas.

7. La oración del Peregrino.
(25 de Julio de 1821)

El Peregrino no procede con solemnidad y gravedad; recita sus oraciones con ansiedad, una después de otra, lo más brevemente posible. A menudo veo toda clase de malos pensamientos pasarle por la cabeza: tienen la apariencia de bestias extrañas y feas. El no las retiene ni se apega a ellas, pero no las desecha tampoco con presteza; parece como si se hubiese habituado a ellas. Estos pensamientos corren por su mente como por un camino ya abierto y acostumbrado.

(El Peregrino comenta: "Es demasiado cierto").

Veo salir de la boca de los que rezan una línea de palabras que surge como una flecha de fuego y penetra hasta Dios. Veo y reconozco en aquellas palabras la forma de los caracteres con los que suelen escribir los que rezan y leo algunos de ellos. Estos caracteres de escritura varían en los diversos hombres. En la misma corriente de la oración algunas frases son de fuego, otras más pálidas, otras corren lejos, algunas transportan y son más breves. En fin, sucede como cuando se escribe.

8. Como presta ayuda a los necesitados.

Siempre que en mi camino hallo alguna necesidad para cuyo remedio quiere el Señor escuchar de los hombres alguna oración, soy conducida al lugar donde está el necesitado. Veo en tales casos al punto la raíz del mal y muchas veces una escena en que se muestra por completo. Llego al lugar donde duerme el necesitado o me acerco a él, si está despierto, y ofrezco a Dios alguna oración desde lo íntimo de mi corazón para que se digne admitir, en provecho de aquel infeliz, lo que él no puede o no sabe ofrecer. Muchas veces tengo que aceptar en tales casos algún sacrificio. A veces se trata de personas que pidieron la oración de otros y aún la mía. De aquí esos viajes de socorro que tan frecuentemente tengo que hacer. Entonces veo a esas personas volverse a Dios y ser consoladas y comprendo que habrán de recibir pronto lo que les falta, aunque raras veces por modo extraordinario, pues lo reciben según el orden natural de las cosas, aunque muchas veces sin esperarlo; lo cual da a entender que las necesidades corporales y espirituales son más bien efecto de la mano de los hombres, que se

cierra por incredulidad y desconfianza, en vez de levantarse filialmente para pedir y recibir, como si la mano de Dios no diera de buena gana o no estuviera El presente. Este mismo oficio que he recibido yo, que tengo la gracia de ver, es la misma mano de Dios que envía al corazón ciego que no da entrada a la gracia, un corazón que ve y que la recibe, para que le sirva de canal por donde se comunique la abundancia de la misericordia. Muchas veces debo impedir, en mis viajes, el mal aquí y allá mediante mi intervención, ya difundiendo temor y espanto, ya turbando e interrumpiendo a los que están a punto de causar el daño. Muchas veces he despertado a madres en ocasión que amenazaba peligro a sus hijos.

9. Obras y oraciones en favor de los necesitados.

Muchas veces me veo conducida en espíritu por mi guía a lugares donde se ven patentes las necesidades de los hombres: unas veces me veo en las cárceles; otras, junto a los moribundos o al lado de los enfermos, de los pobres, de las familias, entre querellas y pecados. También veo a muchos malos sacerdotes; veo oraciones desagradables a Dios, abuso de los sacramentos y de las cosas santas. Veo que los hombres desprecian las cosas santas, los auxilios y consuelos, sobre todo aquel consuelo perpetuo cuya fuente es la Eucaristía, y que se apartan del Señor y le despiden con violencia. Veo a todos los santos moverse íntima y suavemente para ayudarles y veo que ellos pierden los auxilios que a cada momento se les ofrecen del tesoro conferido a la Iglesia por los méritos de Cristo.

Esto me duele en el alma. Por mi parte recojo en mi corazón todos estos dones perdidos y doy gracias a Dios por ellos, diciéndole: "Compadécete, Señor, de tus criaturas, ciegas y miserables. No saben lo que hacen. No mires esta vez su iniquidad. Guarda aún estas gracias para esos pobres ciegos; guárdalas para después otorgarles este auxilio. No permitas que se pierda para ellos tu preciosísima sangre"

El Señor oye muchas veces mis súplicas y veo con mucho consuelo que se digna venir otra vez en auxilio de esas almas. Cuando hago oración por los necesitados en general, voy ordinariamente al *Vía crucis* de Koesfeld y en cada estación pido al Señor por ellos. Entonces se me ofrecen muchas visiones en las cuales veo las necesidades y el socorro de ellas, cuando miro a derecha o a izquierda de la estación, en escenas que se me presentan a cierta distancia.

Hoy estaba arrodillada en la primera estación, orando por los que se preparan a confesarse, para que Dios les conceda la gracia de dolerse de sus pecados y de confesarlos todos. Entonces ví en diferentes lugares a muchas personas orando en sus casas o yendo y viniendo de sus negocios y quehaceres, puesto el pensamiento en el estado de su conciencia y ví a sus corazones y los moví con mis oraciones a que despertaran del sueño del pecado. Veíalas mientras rogaba por ellas. Después veía a los que quieren ir a ver a mi confesor, y me siento movida a decirle cómo se ha de conducir con esta o aquella persona.

En la segunda estación pedía por aquéllos a quienes la miseria y la pobreza en que viven no les dejan dormir, para que Dios les infunda consuelo y esperanza. Y ví en unas miserables chozas a algunos que yacían sobre la paja pensando en que les faltaba el pan para el día de mañana: éstos con el influjo de mi oración pudieron conciliar el sueño. En la tercera estación pedía que desaparecieran las rencillas y discordias. Ví a un labrador que vivía en grave discordia con su mujer: al rogar por ellos, se aplacaron, se perdonaron y se dieron las manos. En la cuarta estación rogaba por los caminantes para que desecharan todo pensamiento mundano y fueran en espíritu a Belén en busca del Niño Jesús. Ví alrededor de mí a muchos hombres que iban en diferentes direcciones llevando las provisiones en la espalda. Uno de ellos iba muy distraído con pensamientos mundanos. Rogué por él y ví que tropezando con una piedra del camino cayó por tierra y dijo: "El demonio es quien ha puesto aquí esta piedra". Pero al punto se repuso y quitándose el sombrero empezó a orar tranquilamente y a dar gracias a Dios. En la quinta estación rogaba por los cautivos que, habiendo perdido la esperanza, no piensan en el tiempo santo, privándose así de este magnífico consuelo; entonces era yo también la consolada. Lo demás se me ha olvidado...

10. Se le muestra el bien que puede hacer en su estado de enfermedad.

Cuando pensaba en que estoy postrada en cama en tan lamentable estado, decía al Señor: "¡Ay de mí! Otros ayudan y trabajan, mientras yo estoy aquí sin movimiento". Le pedía se dignara darme alguna obra que pudiera hacer. Entonces ví de repente una taberna donde disputaban varios hombres. Rogué a Dios de corazón que se aplacaran estos hombres y ví en efecto que se avinieron al punto y recobraron la paz. Después me

acordaba de caminantes pobres carentes de auxilio. Ví de repente a un hombre triste y miserable que se arrastraba por el camino y no tenía qué comer, ni sabía donde iba a pasar la noche. Me moví a compasión al verle y pedí por él. Entonces apareció un caballero que le preguntó adónde iba y de dónde era. El caminante contestó y nombró las ciudades de cuyo nombre no me acuerdo; el caballero le dió algunas monedas y continuó su camino. Admirado quedó el hombre contemplando aquel dinero: eran como cuatro duros en muchas piezas. No acertaba a explicarse la razón por qué le habían dado tan considerable suma. "Dios es admirable, dijo. Si hubiera llegado a la ciudad antes, no habría reunido tanta cantidad". Entonces ví que estaba pensando en qué iba a emplear aquel dinero; todavía me parece que le estoy viendo.

Después me condujo mi guía a un lugar donde había unos veinte enfermos, cuyas llagas exprimí con mis labios para curarlos. Mi guía me indicó esta obra de caridad y yo lo hice ciegamente. Fuimos atravesando puertas y paredes hasta donde estaban los enfermos y él me dijo lo que yo tenía que hacer. Veo las cosas penetrándolas de parte a parte y aunque haya muchas personas alrededor de los enfermos, todavía los veo. Los enfermos parecen dormidos o desmayados, cuando los voy a socorrer; después mejoran. En Koesfeld he socorrido a varios de ellos esta misma noche. A algunos los conozco, en particular a un mancebo de doce años de quien he de informarme. Sólo en países cristianos acudo con tales auxilios; en los países remotos de paganos voy como navegando sobre la oscuridad, y pido a Dios, muy compadecida, que ilumine a sus moradores.

11. Asiste a enfermos espirituales.

También he tenido que asistir a enfermos espirituales. Fuí conducida por mi guía a un hospital espiritual, lleno de enfermos de todas clases, de diferente estado, sexo y condición. Había allí innumerables hombres a quienes conocía y otros desconocidos. Mi guía bendecía agua que yo llevaba en un calderillo. También llevaba reliquias de santos, pero sólo las usaba en secreto. Todos aquellos padecían enfermedades espirituales que consistían en pasiones y pecados; y estas pasiones se reflejaban exteriormente en el cuerpo. Su situación se manifestaba en la mayor o menor pobreza o comodidad de su lecho. Yacían sobre paja en la tierra; otros en camas limpias o desaseadas en lo cual se veían sus disposiciones buenas o malas. Unos estaban

acostados; otros podían sentarse en la cama. No hablé con ellos ni ellos conmigo. Pero cuando los vendaba o exprimía con mi boca sus llagas o las rociaba con agua bendita o los tocaba secretamente con reliquias, se alegraban y sanaban. Los que habían pecado por pereza, tenían las manos o los pies paralíticos; los inclinados al robo o a seguir otros malos caminos padecían espasmos o convulsiones, o tenían llagas en los miembros respectivos. Había también enfermos de la cabeza: eran los que se atormentaban a sí mismos con inútiles cavilaciones. Parecía que tenían embargados los sentidos y que fluctuaban y daban con la cabeza contra algo, y después recobraban la razón.

Me dieron mucho que hacer los moradores de esta ciudad y los de otros lugares lejanos, así como los protestantes, entre ellos una joven que padecía en estado de rigidez. Tenía esta joven a lo largo de su cuerpo cardenales a modo de venas y parecía estar amoratada a fuerza de golpes. La rocié con agua bendita y la curé. Al fin de mi trabajo fuí ayudada por algunas vírgenes. Mi guía me reprendió severamente porque seguía creyendo que no hacía nada, pues, por lo visto, todo esto venía a ser obra mía. Dios emplea a cada uno de diferente manera.

Llegué luego a un hospital de soldados de todas clases, que estaba no sé en qué lugar, defendido de la intemperie. Veíanse en él alemanes y extranjeros que parecían prisioneros y venían en carros. Muchos de los que conducían estaban vestidos con casacas grises. Algunos parecía que se elevaban un tanto en el aire, los cuales tenían el alma enferma y su enfermedad se manifestaba en dolencia corporal, como en el otro hospital. Yo estraba allí y ayudaba, curaba y vendaba y hacía hilas. En mi compañía iban santos que me ayudaban y ocultaban a mis ojos, como en una noche oscura, cuanto había allí de vergonzoso, pues muchos de estos infelices estaban desnudos.

Por último llegaron otros muchos enfermos con heridos corporales: éstos no yacían en el aire sino en la tierra. El olor que exhalaban las llagas de las enfermedades espirituales era mucho más fétido que el de las corporales; aquéllas proceden de lo íntimo del corazón; las corporales no causan tanta repugnancia exterior como las del alma. Las heridas corporales no son tan profundas ni exhalan tan mal olor; pero a quien no las entiende le parecen más espantosas que las espirituales. Las llagas del alma se curan a menudo con la paciencia, con la cual se remedian las del cuerpo. Yo daba todo lo que poseía; he repartido toda la ropa de mi cama y mi ropa blanca y todas las de Lambert; pero cuanto más daba, mayor me parecía la

necesidad y nunca tenía lo bastente. Otras personas caritativas me han traído nuevas ropas que repartir. Mabía allí una habitación destinada a oficiales para los cuales procuré cosas algo mejores. Entre ellos había algunos enemigos míos; y me alegré de poderles hacer algún bien. A uno de ellos no podía servirle porque pedía caprichosamente un médico en quien concurrieran circunstancias tales que no había quien las reuniese todas. El aspecto de este infeliz era horrible. Después vinieron todavía para ser curados otros conocidos míos, labradores, moradores de la ciudad y sacerdotes.

12. Ve la significación y las consecuencias de sus oraciones y trabajos.

Ví a todas las personas a quienes había curado, ya exprimiendo con los labios sus llagas, ya haciendo obras en espíritu o en realidad. Me dijo mi Esposo que todas aquellas curaciones hechas en espíritu y con verdadero deseo, eran verdaderas curaciones y que hube de obrarlas en espíritu porque no era posible entonces hacerlo corporalmente.

Cuando yo era niña, y después, estando en el convento trabajaba en el jardín, sentíame impulsada a pedir a Dios que se dignara hacer en favor de los hombres lo mismo que estaba yo haciendo por las plantas. Muchas veces obtuve esta clara explicación: así como las criaturas tienen cierta semejanza entre sí, de suerte que unas cosas pueden ser consideradas como parábolas de otras; así en la oración y trato con Dios se puede obrar con devoción y amor, en la imagen o semejanza de una cosa, lo que no es posible hacer en las cosas o personas mismas, porque lo impiden las circunstancias y coyunturas humanas. Así como alguna imagen o semejanza puede ilustrarme, conmoverme y excitarme con la relación a aquello que representa, así puedo ejercitar el amor y la solicitud que no me es dado mostrar directamente para con esta o aquella persona, en la imagen o semejanza que de ella poseo; pues si esto lo hago en Jesús y por Jesús, el mismo Jesús lo trasmite, mediante sus méritos, a las personas mismas. Por esta razón Dios misericordioso, en mi oración y deseo de ayudar a otros, me muestra tantas imágenes vivas de diferentes trabajos en los cuales pido salvación y auxilio de éste o aquél. Entendí además cuán inefable gracia es que Dios ofrezca tales imágenes y trabajos y que acepte como verdadero y real el trabajo que se hace en imagen o en espíritu y que pueda computarlo a la Iglesia como parte del tesoro de la

cooperación de uno de sus miembros. Pero este trabajo y cooperación en favor de otro ha de hacerse en la Iglesia, en unión con los méritos de Jesucristo; los necesitados y extraviados sólo pueden recibir auxilio de la Iglesia en cuanto son miembros del cuerpo de la misma Iglesia, y, por consiguiente, la virtud saludable que hay en ella debe ser excitada y difundida como acaece en un cuerpo. En esto consiste la cooperación; todo lo cual es más fácil sentir que expresar.

Paréceme cosa por demás admirable que casi todas las noches haya de hacer tan largos viajes y tenga tantas cosas que obrar. Muchas veces, pensando en esto, me he dicho: "Cuando estoy viajando o ayudando a alguno, todo me parece natural y verdadero; ¡mas he aquí que me hallo enferma y en miserable estado dentro de casa!" Acerca de esto se me hizo la siguiente advertencia: "Todo lo que se desea hacer y padecer de todo corazón por Jesús en favor de la Iglesia y del prójimo, se hace y padece realmente en la oración".

13. Sufre por el abate Lambert.

(9 de Diciembre de 1820)

Esta noche no he dejado en paz a la Madre de Dios. He estado sentada a su lado cosiendo con mucha diligencia una gorra y se la he mostrado diciéndole que la hacía para su Hijo, y pidiéndole que aliviara a Lambert, que se halla enfermo. Esto se me hacía muy recio; pero no por eso he dejado de suplicar, diciendo: "¡Es preciso, es preciso!" Yo únicamente pedía que él sufriera con paciencia, de modo que no reciba detrimento alguno su alma; consuelo, sólo pedía alguno, pero para él. Tuve que aceptar muchas penas porque era forzoso padecerlas.

Cuando así oraba, ví a muchos enfermos, unos detrás de otros, por todo el mundo. Me dijeron que también a éstos debía socorrer. Cuando tengo un momento de gracia se me ponen todos delante. Así he pasado gran parte de la noche orando, trabajando y visitando a los enfermos. Con alegría supe que al mediodía me enviaba Lambert un saludo y que se sentía mejor y había comido con apetito.

14. Sufre por los desórdenes del Carnaval.

Tengo que ver los horrores de la disolución, aún los pensamientos y la maldad interior de los corazones, los lazos que tiende el demonio, las vacilaciones y la confusión de las almas

y finalmente sus caídas. En todas partes veo al demonio y tengo que correr, que deslizarme, padecer, persuadir, pedir a Dios y ofrecerme a padecer el castigo. Entre tanto veo el ultraje que estos insensatos hacen al Redentor y Salvador mío. Lo veo desgarrado y cubierto de sangre y de salivas. Veo las diversiones, al parecer inocentes, en toda su espantosa desnudez y en todas sus consecuencias. Lacerada de esta suerte por el espanto y la compasión paso de un martirio a otro y alcanzo aplazamiento y gracia en favor de los pecadores. Veo esto entre los seglares y entre los sacerdotes: éstos son los que más me atormentan. Tan abatida estaba que ya no podía sufrir más y supliqué al Angel de la Guarda que indujera a los ángeles custodios de varios individuos, que me causaban mucha compasión, a prestarles auxilio.

(Marzo de 1821, Miércoles de Ceniza). Esta noche he pasado todos los dolores y quebrantos que en mi modo de ver puede atormentar el cuerpo de un hombre. Finalmente sentí un agudísimo dolor en los oídos. Me puse un poco de aceite bendito y de algodón... ¡Todavía otro baile! Fuí enviada a una aldea, cuyos moradores estaban aún bailando, para que les dijera algo; creo que lo dije solamente con el aliento, como soplando. Azuzaron contra mí a un perro que parecía furioso. Al principio tuve miedo, pero luego comprendí que no podía morderme porque no estaba allí en cuerpo. Entonces me encogí en un rincón y ví que el perro era el demonio. Al fin pude cumplir mi encargo, de suerte que el baile cesó.

(Pascua de 1823). He tenido que llevar a un hombre por fuerza a la iglesia, ante el sagrario. El no quería ir, y resistiéndose a mi impulso, casi me arrojó al suelo. Padecí horriblemente y sentí tan vivos golpes en el corazón como si se hiciera pedazos.

15. Ve la condenación de un alma pecadora.

(27 de Octubre de 1821)

Esta noche he tenido una espantosa visión que no quiere apartarse de mi mente. Ayer tarde hacía oración por los moribundos y fuí conducida junto a una mujer que estaba por perderse. Luché con Satanás junto al lecho de la enferma; pero el demonio me echó de allí: era demasiado tarde. Me es imposible declarar el dolor que experimenté cuando el enemigo se llevó consigo esa alma, quedándose el cadáver, desfigurado y horri-

ble. No pude llegar hasta donde ella estaba; sólo la ví desde arriba, desde cierta distancia, desde donde la miraban también los ángeles.

Esta mujer estaba casada y tenía hijos. Era tenida por muy buena, y vivía según el mundo y la moda. Tenía trato ilícito con un sacerdote y había callado en la confesión este pecado, que era en ella costumbre de largo tiempo. Había recibido los santos Sacramentos y todos se hacían lenguas de su buena preparación y disposición para morir; pero ella sentía remordimientos. Entonces el demonio le envió una vieja funesta, amiga de la enferma, a quien ella manifestó su inquietud; pero la vieja le dijo que desechara aquel pensamiento y que no diera escándalo; que con lo que había hecho podía estar tranquila, pues había recibido los Sacramentos con edificación de todos y que debía presentarse con segura confianza en la presencia de Dios. Luego mandó que la dejasen sola y tranquila. La enferma, próxima ya a la muerte, deseó en su imaginación al sacerdote con quien había pecado. Cuando yo entré, ví a Satanás en forma de aquel sacerdote, orando delante de ella. Ella no oraba, pues se moría con malos pensamientos. El maldito le decía en voz alta el antiguo Salmo: "Israel, espera en el Señor, pues en El hay gracia y superabundante redención"... ¡Escena horrible!... ¡Yo le dije a él que le hiciera una cruz en la boca; pero él no podía! Todos mis esfuerzos resultaron inútiles; era ya tarde; no me era posible acercarme a ella, y murió. Era espantoso ver a Satanás llevarse a aquella alma. Lloré y grité. La vieja funesta entró entonces y consoló a los parientes de la difunta, hablándoles de su hermosa muerte.

Cuando pasé por el puente que conduce a la ciudad, me encontré con muchas personas que querían ir a casa de la difunta. Yo decía para mí: "Si hubiérais visto lo que yo he visto, ciertamente huiríais de su presencia". Todavía estoy padeciendo y temblando de pies a cabeza.

16. Ayuda a bien morir a un escritor.

En la misma ciudad donde había muerto aquella infeliz, acerquéme al lecho de muerte de un escritor, hombre honrado, que por ignorancia había escrito algunas cosas nada buenas, de las cuales ya no se acordaba. Había confesado y recibido el Viático y después, por instigación del demonio, le habían dejado solo los que le asistían. Entonces se le presentó el enemigo en varias formas, atormentándole y angustiándole en gran mane-

ra. Puso delante del moribundo la imagen de muchos a quienes hacía daño con lo que había escrito: esto le afligió mucho.

Así iba a expirar aquel hombre, enteramente abandonado, pero mi guía me condujo a su lado y con mis oraciones logré que viniera apresuradamente un sacerdote. El enfermo le conoció y le pidió que le dejara, pues tenía negocios pendientes con los que allí estaban. Advirtió el sacerdote que deliraba y le roció con agua bendita, dándole algo que llevaba al cuello para que lo besara, con lo cual el enfermo volvió en sí y declaró al sacerdote su angustia. Aquí erró el golpe el enemigo, porque si no hubiera afligido al enfermo, no se habría acordado éste de semejante escrito. Ví que mandó traer papel y que el sacerdote y otros testigos pusieron las cosas en su punto. El escritor murió tranquilamente.

También he ayudado a bien morir a jóvenes que se iban a condenar por causa de los desórdenes de los bailes.

De un bebedor que murió en mal estado, Ana Catalina dijo: Los demonios están con él, a modo de cachorros, mamando.

17. Padece por un hombre desesperado.

(Sábado Santo de 1822)

Santa Ana ha sido quien lo ha hecho. Durante todo este tiempo he rogado a la Santa por ese hombre; ella ha conseguido la gracia; es la patrona de los desesperados y de los atormentados por el demonio. En estos días he padecido terriblemente por aquel hombre; le estaba viendo desde hace mucho tiempo. Carece de fe; como se ha alejado del estado de la gracia, ha caído sobre él la maldición. Por haber cocido por superstición el corazón de un caballo entró en relación idolátrica con el demonio, la desesperación se apoderó de él, de tal manera que el domingo de Pascua asistió con odio en el corazón al santo Sacrificio del Hijo de Dios, que ha dado la vida por sus enemigos. Santa Ana le ha salvado. Si ahora no se enmienda radicalmente, le irá peor.

18. Sufre por los que se encuentran en peligro.

(22 de Agosto de 1822)

Por la tarde ofrecí mis dolores por los que están en peligro, para que salgan bien de él. Cuando comencé mi viaje acostumbrado a la mansión de bodas, mi guía me condujo a una elevada montaña, donde había un sabio con una pizarra en la mano

que trepaba las rocas. El sabio se cayó de cabeza desde lo alto; pero invocó a Dios, y yo llegué y lo llevé sobre mis hombros hasta un carro cercano. Por este sujeto he padecido mucho.

Después ví a algunos hombres con gruesas y largas varas y con garfios en los calzados, por las escarpadas rocas, que tiraban a una bandada de pájaros. Uno de los tiros habría herido en la cabeza a un cazador; pero como yo me puse de por medio, recibí en la cabeza todo el tiro de gruesos perdigones y sentí espantosos dolores. Tenía la cabeza como partida, y siguiendo la visión ví que aquellos perdigones eran todos semejantes a perlas (méritos). Entretanto gemía fuertemente con mi cabeza destrozada.

19. Padece por el bien de la Iglesia.

(25 de Noviembre de 1822)

Estas penas que sufro me han sido dadas el día de Santa Catalina para bien de la Iglesia y los obispos. Hoy he visto la vida de este santo mártir (*Santo Tomás de Cantorbery*) y las persecuciones que padeció, y he tenido siempre delante la tibieza y flaqueza de los pastores en nuestros días, cosa que me desgarra el alma.

20. Por qué la Iglesia fué fundada en Roma.

(Mayo de 1823)

Creí morirme de dolor, pero no obtuve consuelo alguno. Ofrecí mis padecimientos por aquellos infelices que careciendo de todo auxilio y consuelo desdeñan los santos Sacramentos. Estaba muy débil, pero ví en torno mío, de cerca y de lejos, sobre la tierra, innumerables escenas dolorosas de enfermos extraviados, de moribundos y prisioneros, privados de los auxilios de los sacerdotes y de los santos Sacramentos. Rogué a Dios para que los socorriera. Pero obtuve esta respuesta: "No lograrás gratuitamente esta gracia, pues debes merecerla con tu trabajo". Ofrecí hacerlo así y fuí a parar a un mísero estado. Me fueron atadas cuerdas a los pies y a las manos, de las que me tiraron en direcciones contrarias tan fuertemente, que creí me desgarraban todos los nervios. El cuello se me torció violentamente; los huesos del pecho se me levantaron, y la lengua se me quedó seca y pegada al paladar. Estaba a punto de morir, pero me consolaba saber que con mis padecimientos eran socorridas muchas personas.

¡He visto tanta desolación en la Iglesia a consecuencia de las faltas, negligencias y delitos! Aunque aquí, entre nosotros, son muy graves los males, todavía son mayores en otros lugares. He visto a eclesiásticos en tabernas, con malas compañías, mientras se morían sin sacramentos muchas personas que estaban confiadas a sus cuidados.

He vuelto a ver cómo las sectas secretas tiran a destruir por todas partes, con gran habilidad, la Iglesia de San Pedro. Trabajaban muy activamente con todo género de instrumentos, corriendo de una parte a otra y llevando consigo piedras arrancadas del edificio. Debieron dejar el altar, pues no pudieron llevárselo. Ví profanar y despojar una imagen de la Virgen. Me lamenté, en presencia del Papa, de que él pudiera sufrir que entre los demoledores hubiera tantos sacerdotes.

Ví por qué razón la Iglesia ha sido fundada en Roma, pues esta ciudad era el centro del impero del mundo y tenía comunicación con todos los pueblos. Ví también que Roma permanecerá como una isla, como una roca en medio del mar, cuando todo se convierta en ruinas en torno suyo. Ví que Jesús dio esta fuerza a San Pedro y que en premio de su sinceridad y fidelidad le puso a la cabeza de todos los apóstoles. Cuando el Señor dijo a San Pedro que le siguiera, él entendió que sería también crucificado.

Al ver a aquellos sectarios me quedé maravillada de su arte y habilidad. Tenían muchas máquinas y todo sucedía según habían calculado. Nada se derrumbaba por sí solo; las piedras parece como que desaparecían de entre las manos; no hacían ruido, miraban atentos a su trabajo destructor y ponían en juego todo género de malas artes. Algunos se entretenían en edificar: primero destruian lo que era santo y grande, y luego levantaban construcciones vanas y superficiales. Quitaban piedras del altar y con ellas hacían escaleras a la entrada.

21. Ve el caso del Padre Gassper.

Los exorcismos no producirían en mí ningún efecto, porque mi enfermedad no procede del espíritu malo. Sólo pueden ayudarme las bendiciones, la compasión y las oraciones en favor de aquéllos por quienes padezco. Siempre he tenido, desde que me acuerdo, una fe inconmovible en el nombre de Jesús y he socorrido a otros y me he ayudado a mí misma invocando este santo nombre. Estoy segura de haber tomado sobre mí, en este santo nombre, todo lo que ahora padezco.

He visto muchas enfermedades curadas por el Padre Gassner. Estas enfermedades me eran desagradables porque procedían de una raíz pecaminosa (*).

22. Amonestada por Jesús, se consuela de sus dolores.

(20 de Enero)

Pedía yo a Dios, con muchas instancias, se dignase concederme, en gracia de mis otros grandes padecimientos, alivio del mal que me atormentaba en el bajo vientre. Mi Esposo me respondió: "¿Por qué me lo pides hoy? ¿No será lo mismo mañana?... ¿No te has dado por completo a Mí, para que haga en ti lo que me plazca?"

Quiero entregarme enteramente a El para que haga en mí su voluntad. ¡Qué dicha la de padecer! ¡Bienaventurados los que son burlados y despreciados! Todo esto lo he merecido, y, sin embargo, estoy atendida con excesivo honor. Si fuera arrojada en medio de un camino y cubierta de salivas y pisoteada, besaría los pies de todos los que así me trataren. Santa Inés también padeció mucho. He visto sus dolores.

Me cuesta mucho trabajo aceptar los dolores de las personas poco sufridas, pues cuando los estoy padeciendo, no dejo de advertir en mí una insoportable tendencia a impacientarme, que me es preciso vencer. Hasta aquí me he conservado maravillosamente bien durante esta larga enfermedad. Ordinariamente de noche, y a veces de día, veo delante de mí, o a un lado, una mesa blanca de mármol, en la cual hay todo género de vasos con hierbas y jugos, y veo venir, ya unos santos, ya otros, ya mártires de uno y otro sexo a prepararme remedios, que son mezclados y pesados en una balanza de oro; generalmente son jugos de hierbas. Frecuentemente tengo que oler un ramo de flores o exprimir alguna sustancia con los labios. Estas medicinas calman a veces el dolor; pero de ordinario sólo sirven para dar fortaleza y poder padecer los extraños y entrelazados dolores que se siguen en seguida de tomarlos. Todo esto lo veo suceder con tanta claridad y orden que algunas veces he temido que el confesor, paseándose, andando y volviendo en mi habitación, tropezara con la mesa cargada de medicinas.

(*) Dotado del don de curaciones solía usar de las preces y exorcismos de la Iglesia afirmando que muchas enfermedades son castigos de los pecados y que el demonio adquiere cierto derecho sobre el cuerpo humano en fuerza del mismo pecado. Con Ana Catalina no podía usarse de tales exorcismos, ya que sus males provienen de Dios, que se los manda en expiación por los pecados de los demás.

Capítulo X

VISIONES DE TRABAJOS EN LA VIÑA DEL SEÑOR

INTRODUCCION

El 20 de noviembre de 1820 Ana Catalina dijo: "Hace veinte años que mi Esposo me envió a la mansión de bodas, donde me tendió en el tálamo nupcial sobre el cual permanezco hasta ahora". Con estas palabras descorrió un tanto el velo de su vida de expiación. La mansión de bodas es la Iglesia militante. Es muy extensa, pues abarca toda la cristiandad. Hay en ella huertos, jardines, árboles, frutas, establos, vacas, ovejas; hay trigales y viñedos, parte en buen estado, parte en malo, que significan los diversos estados espirituales de los prelados, sacerdotes, religiosos, monjas, fieles, herejes y cismáticos. Al final del año eclesiástico el divino Esposo controla las pérdidas y las deudas. Las deudas las pagan y expían las almas místicas, como Ana Catalina, con oraciones, trabajos y sufrimientos. La vidente recibe conocimiento del significado de las frutas, su influencia benéfica o nociva. Al referirse a las mieses y a las vides, expresa admirablemente que el trigo, pesado, terrenal, es la carne, el cuerpo; y que el vino, liviano, espiritual, es la sangre, el alma.

1. Ve a la Iglesia en forma de matrona.
(Adviento de 1819)

Fuí a Belén y encontré a la anciana matrona sobre el camino que lleva a la mansión de bodas. Estaba cubierta de tumores y de llagas que ocultaba bajo un manto deslucido. Invocando a Javier logré vencer la náusea y chupé las llagas de esta matrona. Entonces salieron rayos de luz de allí, que esparcieron gran claridad. Esta acción me resultó extremadamente dulce y placentera. A mi derecha apareció una señora radiante de luz, que quitó a la matrona el manto deslucido y duro, la revistió con su propio manto y desapareció. La matrona quedó con pocas heridas y se vió de nuevo resplandeciente. La condujé al jardín de la mansión de bodas. Parecía como si ella hubiese sido echada de allí y que, andando errante, hubiese caído enferma; no pude, por lo demás, conducirla dentro de la casa.

Encontré en el jardín muchas hierbas malas: casi todas las flores estaban sofocadas, porque los jardineros habían dividido y subdividido todo, y cada uno hacía según su parecer; no se consultaban, y bien poco se cuidaban del hombre de experiencia que estaba sobre ellos. Encontré también a éste enfermo y entendí que él nada sabía de las malas hierbas, hasta que no le crecieron bajo su misma ventana, en forma de cardos y de espinas. Entonces quiso que todo eso fuese arrancado y limpiado.

La matrona, que habia recibido el manto de María, llevaba consigo un tesoro en un recipiente, un don santo obtenido por ella, pero que ella misma no conocía ya exactamente. Este tesoro es la misteriosa potencia espiritual y fuerza de la Iglesia, que los que estaban dentro, en la mansión de bodas, ya no deseaban o no comprendían. Pero esta potencia crecerá de nuevo en silencio y los que se oponen a ella saldrán de la mansión de bodas, y todo será restaurado.

2. Las obras de oración y de expiación aparecen en forma de labores de viña.

(20 de Junio de 1820)

Fuí conducida por mi guía a una viña situada al occidente de la mansión nupcial (*). Hallábase esta viña en estado lamentable. Muchos de sus sarmientos eran buenos y robustos, pero no habían sido podados ni ordenados, ni la viña estaba abonada ni cultivada. Las vides se hallaban entre ortigas, algunas muy altas y otras pequeñas. Allí donde la cepa era buena las ortigas crecían altas y recias, pero no punzaban tanto como las pequeñas que en gran número cercaban y consumían vides más endebles. En toda la viña no se veía ni camino ni sendero; todo estaba abandonado y cubierto de maleza. Ví en ellas muchas casas hermosas, pero tan abandonadas que hasta en las puertas había cardos y ortigas y en las ventanas había brotado la hierba. Adentro estaba en el más perfecto orden todo cuanto pertenece a la viña. Ví allí sacerdotes sentados leyendo y estudiando toda clase de libros inútiles: ninguno salía afuera a cultivar la viña. En el centro de ella había una especie de aldea en torno de la iglesia; pero no había camino alguno que condujera a la iglesia. Todo estaba lleno de malezas y toda la iglesia

(*) Se refiere a la mansión de bodas, de que trata extensamente en las *Visiones de las iglesias cismáticas y heréticas.*

cubierta de verdín. En ella se hallaba reservado el Santísimo, pero no había lámpara ante el altar.

Tan pronto como llegué a la viña conocí que estaban allí cerca los huesos de San Liborio, y en efecto los hallé en aquella iglesia; pero no eran tenidos en veneración allí. El Obispo parecía hallarse lejos de la iglesia y no había camino que condujera a ella. Lástima causaba ver la viña. Se me dijo que yo tenía que trabajar en ella. Había allí un cuchillo en forma de hoz, con dos filos, para podar las parras, una azada para cavar y un cesto donde llevar los abonos. Me fué señalado el trabajo que yo debía hacer. Esta labor era al principio muy penosa; pero al fin se hizo más llevadera. También me hablaron de vendimiar y de prensar uvas; pero esto lo he olvidado. Desde que empecé a trabajar en la viña, los dolores que siento son de otra manera. Me parece como si me atravesaran el cuerpo con cuchillos triangulares; los dolores se extendían a todos mis miembros; sobre todo me atormentan punzadas insoportables en los huesos y en todas las articulaciones, hasta en las de los dedos. Estaba trabajando en la viña abandonada cuando vino sobre mí una tempestad de nuevos tormentos. Yo no sabía absolutamente nada de las cosas que me rodeaban. Había trabajado tanto en la viña que desfallecí y sentí la dolorosa impresión de las espinas sobre las cuales estaba echada. Estaba muy encendida a fuerza de arrancar ortigas; y el cortar con el cuchillo corvo de hueso me producía dolores en el cuerpo y en todas las coyunturas. Ya he adelantado en mi trabajo hasta llegar a la primera casa, donde la viña está más abandonada.

En medio de mis vivos dolores puse sobre mi cuerpo las reliquias de San Ignacio y de San Francisco Javier, pidiéndoles alivio; luego me sentí aliviada. He visto a estos dos santos en lo alto; de ellos descendía sobre mí una luz que penetraba todo mi ser y sentí difundirse consuelo en todos mis miembros. "Mira, me dijo Santa Francisca Romana, yo he tenido que trabajar como tú y he venido a parar al lastimoso estado en que ves (estaba demacrada); pero no por eso he muerto".

3. Se le aparece Santa Clara de Montefalco.

Ya me quedan pocos días de trabajo. Gracias a los esfuerzos que he hecho he adelantado dos veces más que antes. La maleza la he reducido a polvo. Lo más difícil de limpiar estaba en una casa parroquial. Aquí se me apareció Santa Clara y me dijo: "Lo más trabajoso ha pasado ya".

(2 de Julio). El trabajo de la viña ha terminado. Las ortigas significan las pasiones de la carne. Me dijo mi guía: "Has trabajado bien; ahora tendrás algún descanso". Pero este descanso nunca me llega.

(15 de Julio). En la noche pasada he tenido un trabajo de oración. Se me mostró a un buen hombre, que está profundamente caído desde hace tiempo. He orado por él y por esto tiene ahora el corazón conmovido. El nada sabe de esto y desde hace tiempo no está aquí. Sentí, empero, que me sería presentado de noche y por esto en esta noche pasada he rezado fervorosamente por él, y sus disposiciones de espíritu han cambiado y quiere confesarse. Esta mañana, inesperadamente, se me presentó y lo he consolado. No sabe absolutamente que tengo un presentimiento de su estado y que le he ayudado y empujado por medio de la oración. Ahora está en el buen camino del retorno. Le he dicho lo que Dios me ha inspirado.

(8 de Agosto). He tenido que hacer con mucha fatiga el encañado de la parra en Koesfeld que se hallaba en lamentable estado: casi todos los racimos estaban medio podridos. Ví a muy pocos cristianos verdaderamente piadosos. Los sacerdotes estaban sentados dentro de sus casas. En un lugar por donde tenía yo que pasar había muchas personas que me injuriaban y después me enviaban a trabajar. He visto también a N... que mira siempre en alto y de soslayo, y deja que todas las cosas en torno de él se arruinen.

(10 de Agosto). Tuve que trabajar mucho en la viña a causa de la falta de caridad en el clero. Mi trabajo era semejante a los padecimientos que vinieron sobre mí en el jardín de Santa Clara, la cual también aquí me acompañó y me mostró un cuadro cubierto de maleza. En el centro de este cuadro había resedá y otro arbusto que en los países cálidos crece mucho; lo demás estaba cuajado de malas hierbas, entre las que se veían plantas con largas espinas. Como no sabía yo la manera de arrancarlas, Clara me dijo que me echara sobre ellas y que el premio de este trabajo lo obtendrían las hierbas buenas que crecían en medio de las malas. Además me refirió y me mostró muchas cosas de su vida. Ví que siendo ella niña se arrodilló para rezar junto a un rosal. Vino el Niño Jesús y le mostró un papel donde estaba escrita una oración: ella quiso conservar este papel, pero el Niño desapareció llevándoselo. Todavía sé algo de aquella oración: "Alabada seas, María, por el dulcísimo Corazón de Jesús. Alabada seas, María, por la salud de las

benditas almas del Purgatorio. Alabada seas, María, por todos los serafines y querubines". Al tiempo de decirla, Clara debía besar el suelo. El final de la oración no lo recuerdo. Me arrojé, pues, sobre la maleza y fuí desgarrada por las espinas. Los dolores que sentí, especialmente en los miembros, fueron tales, que no pude menos que gritar.

(11 de Agosto). Esta noche he vuelto a estar sobre las espinas en la viña, completamente sola, significándose aquí los sacerdotes poco caritativos. Me desperté, gracias a Dios, a las tres de la mañana.

(12 de Agosto). Esta noche concluí una labor muy difícil, en la cual me ha consolado y confortado Santa Clara. Tuve que echarme sobre numerosos sarmientos oblícuamente cortados; esto me causaba espantosos dolores. Clara me dijo que cada púa significaba un párroco y que produciré muchos racimos si ofreciere mi amor y mis dolores por el bien de estos sacerdotes, en unión con la pasión de Cristo. Entonces ví muchísimas parroquias a las cuales les venían grandes bienes por mis sacrificios.

4. Trabajo en los viñedos de un pomar.
(29 de Julio de 1820)

Estuve en un pomar en torno del cual se erigían colinitas cubiertas de viñedos, algunas iluminadas por el sol, otras situadas a la sombra. En aquel huerto de manzanas se levantaba un edificio redondo a modo de cantina. Adentro había barriles y toneles y un gran recipiente de madera que tenía debajo muchos agujeros. Tenía doble fondo y era una prensa. Fué una de las antiguas monjitas la que me acompañó en el huerto. Tuve que recoger aquellas manzanas y las tomé de un árbol alto, y me dolían mucho los brazos. En el gran recipiente eché un delantal lleno de manzanas. Me fué dicho no echar ninguna que no fuera madura. Y mientras pensaba que aquella pequeña cantidad recogida por mí no valía la pena de ser exprimida, me fué mostrado cuanto jugo iba a salir de allí. No comprendo el significado de esta escena; es, por otra parte, el principio del trabajo que me había sido anunciado.

5. Trabajo en favor de ciertas comunidades.
(30 de Julio de 1820)

En aquel huerto había tan sólo una manzana grande. Hoy no recogí ningún fruto. Sólo tuve que enderezar, trasplantar,

poner sostén a las plantas colocadas bajo aquel árbol, quitar lo seco, regar las marchitas y ponerlas a la sombra. Me fué indicado que todo esto se refiere a los sectarios. Aquel árbol tenía manzanas demasiado maduras y picadas de gusanos; algunas estaban podridas por exceso de jugo y en éstas los gusanos eran las consecuencias del orgullo, de la obstinación y de una mezcla común muy peligrosa. Estas manzanas, al caer del árbol, gastaban las plantitas puestas debajo, comunicándoles los insectos. Si fueran recogidas y echadas en la prensa, darían una bebida que podría usarse.

Estas manzanas significaban los maestros y doctores de las comunidades seducidas, representadas en las plantas puestas al pie del árbol mismo. Mis compañeras en este trabajo eran las antiguas beatas monjitas de mi convento. Tuve en seguida una representación del estado de esta gente. Ví entre ellos a los que habían emigrado hacia el norte sobre caminos muy peligrosos, más divididos y separados que los demás; conocí cuanto se debe orar al Señor para que quite las plantas más orgullosas y tupidas de estas comunidades, para que las mejores pudieran ser conservadas en favor de la Iglesia.

6. Otros trabajos de huerto.

(2 de Agosto de 1820)

Tuve que trabajar seriamente en el jardín la pasada noche Apenas había terminado con la cosecha de las manzanas, empecé el trabajo sobre una de las colinas y viñedos situados en derredor. Tenía muy cerca de mí una tinaja. Racimo por racimo tenía que juntar los granos maduros y hasta los demasiado maduros y echarlos en la tinaja, de modo que hasta los ácidos tuviesen tiempo de madurar y no se originase podredumbre. Cuando el recipiente estaba lleno, debía vaciarlo en una prensa más pequeña del manzanar. Hacía este trabajo con oraciones continuas y meditaciones, y veía al mismo tiempo imágenes de la ayuda que de esto derivaba. Este trabajo se refería siempre a la nueva secta. Sólo mi guía estaba junto a mí.

(3 de Agosto). He tenido que elegir y recoger los granos maduros y llenar y vaciar la tina. Muchos granos maduros medio podridos tuve que separarlos y purificarlos. He completado ya un buen trabajo y me fué mostrado que está dando fruto.

7. Trabaja en los viñedos de algunos obispos.

(5 de Agosto de 1820)

He tenido que trabajar tanto la pasada noche en la viña, que me siento cansada. Había racimos monstruosamente grandes, grandes como mi estatura y muy pesados. No sabía cómo hacer para transportarlos. Me fué dicho que eran las viñas de los obispos, y reconocí los racimos de cada obispo. Recuerdo entre otros, la viña del Vicario general, del obispo de Ermeland y hasta de uno que está por venir. Tuve que elegir y recoger muchos granos maduros. Como no sabía cómo transportar esos racimos, me acordé que cuando era niña transportaba sobre la cabeza, inclinándome, atados de pasto para las bestias, que eran más gruesos que yo misma. Entonces me arrastré bajo esos racimos, y como temía dañarlos, los cubrí cuidadosamente con musgo y pámpanos y así los llevé felizmente a la cuba. Entonces tuve otra pena, porque la cuba reventó; pero me consolé porque me fué dicho que esto debía suceder así. Todo esto lo hice estando en continua oración. Me fué dicho que recogiese unos granos de tres racimos para restaurarme; entre éstos estaba el racimo del Vicario general. No puedo decir lo que esto significase.

8. Trabaja en los viñedos del clero.

(5 de Setiembre de 1820)

Tengo que trabajar mucho y viajar desde el día de la Natividad de la Virgen hasta la fiesta de San Miguel. Han venido los ángeles de muchos lugares; estoy llamada en tantísimos lugares para trabajar como obrera. La pasada noche me fué dicho que había ya quitado las ortigas de muchas parroquias, las espinas de muchos viñedos, ordenado y podado las vides, y que las uvas maduraban ahora, pero que toda clase de bestias y de ladronzuelos la desolaban y que yo debía poner reparos con obras de oración.

Ví cómo por obra mía las uvas engrosaban, los racimos se coloreaban, cómo eran prensados y luego el jugo rubicundo corría sobre la tierra. Esto quiere decir que cuando la vida se despierta, en los hombres, retornando a la piedad, entonces luchan, son oprimidos y sufren tentaciones. Me fué dicho que yo había abonado y purificado los viñedos, pero ahora tenía que hacer vallas alrededor para que los racimos no fueran robados por la persecución y por la seducción. Ahora es el tiempo en

que los racimos maduran y deben ser custodiados. Ví entonces innumerables comunidades bajo el símbolo de viñedos, en las cuales yo debo hacer eso, lo cual debe suceder en el tiempo que corre entre la Natividad de María y el día de San Miguel.

9. Significado de la vid y los sarmientos.

(7 de Setiembre)

Fuí conducida a mi viña y ví que mi faena estaba por terminarse. Tenía que recoger, de entre la maleza, los abrojos, las espinas y las ortigas, para hacer con ellos un vallado que protegiera la viña, cuyo fruto estaba madurando. Ví otra vez la viña de Liborio, con sus calles de cepas, y los frutos de mi trabajo. En las aldeas había mucho fruto, en las ciudades poco. La iglesia donde descansa Liborio la ví desierta, pues había caído en manos de los protestantes. Tuve que levantar cuidadosamente con oraciones la cerca de la viña.

Dios usó conmigo de misericordia y me hizo ver el significado moral de la vid y el de muchos frutos. La vid es Jesucristo en nosotros y lo excedente de la vid debe ser podado según ciertas leyes para que no se consuma el jugo, que debe convertirse en granos y vino, y en el Sacramento de la sangre de Cristo, que ha rescatado nuestra sangre pecadora y que debe hacerlo pasar, cambiándolo, de la caída al resurgimiento, de la muerte a la vida. Esta poda según ciertas leyes, significa espiritualmente la supresión de lo superfluo, la abstinencia y la mortificación; para que lo que hay de santo en nosotros pueda crecer bien, florecer y llevar vino; de otro modo nuestra naturaleza pervertida llevaría sólo ramas y hojas. Ese tajo debe hacerse según ciertas leyes, porque es sólo lo superfluo, que hay indeciblemente mucho en la naturaleza humana, lo que debe ser extirpado. Lo demás sería mutilación y se convertiría en pecado. La cepa misma no debe ser cortada, puesto que está plantada en la humanidad por medio de la Santísima Virgen y permanecerá hasta la consumación de los tiempos; antes bien, eternamente, porque se encuentra con María en el cielo.

10. Ve el significado de otros frutos y árboles.

Me fueron explicados otros muchos frutos. He visto un árbol espiritual resplandeciente de dorada luz. El suelo donde estaban las raíces parecía un monte o un escollo sostenido en el aire, de piedras coloreadas, como cristales, muy preciosas. El

tronco era un verdadero torrente de luces de oro. Los gajos y las ramitas hasta en los nervios y ramificaciones de las hojas estaban formados por densos y más finos hilos luminosos de diverso color y forma. Las hojas eran de luces verdes y amarillas, de diversas formas. Tenía tres coronas de ramas a modo de coros: uno bajo, otro en medio y el otro en el vértice. Estaban circundados de tres coros angélicos y sobre la cúspide posaba un serafín sombreado en torno por sus mismas alas. Tenía un cetro con el cual señalaba algo alrededor. El coro más alto recibía rayos y efusiones de luz y de fuerza de Dios mismo por medio de aquel serafín, como también rocío celeste y vigor. Aquel coro que se encontraba cerca de la mitad del árbol, que tenía toda clase de flores y de frutos, se dilataba delante de éstos. Los dos coros estaban inmóviles, es decir, obraban y ejercían oficios sin dejar sus puestos e impartían órdenes al coro angélico de más abajo, que circundaba la parte inferior del árbol. Estos ángeles se movían y llevaban los frutos espirituales del árbol a innumerables jardines celestiales de su especie, puesto que cada fruto tenía su jardín, el cual se dividía en muchos otros, según sus variedades. Este era el árbol universal que nace de Dios; los jardines eran las diversas clases de frutos que brotan del árbol proveniente de Dios. Sobre la tierra había los mismos frutos, pero gastados en el seno de nuestra naturaleza decaída y más o menos venenosos: a causa de usos pecaminosos, a los cuales habían servido, habían caído bajo el influjo de los espíritus planetarios (*).

En cada uno de esos jardines he visto nuevamente un árbol en el centro: este árbol con sus ramas llevaba los frutos de todas las especies de su género, que nuevamente se propagaban en torno de cada una de sus variedades.

En cuanto a los jardines, he visto imágenes de la significación y esencia de lo que era representado y expresado por estas plantas. He visto el sentido de sus nombres en la lengua universal. La influencia de los santos sobre las plantas era maravillosa: parecía que algunas de ellas, por medio de los santos, fuesen libradas de la maldición y del influjo de los espíritus planetarios, y, puestas en ciertas religiosas relaciones con aquellos santos mismos, se convertían en remedios y contravenenos de algunas enfermedades. Efectivamente lo son en estas bajas regiones terrenas, en ciertas enfermedades, que veo en forma de

(*) Son espíritus malos que Ana Catalina ve en los planetas, los cuales descienden para tentar a los hombres.

pecados que han tomado cuerpo. Así en los jardines celestiales tienen eficacia, en el significado de sus formas, contra faltas y pecados, que allá arriba veo bajo el aspecto de enfermedades espirituales.

11. Significado de las nueces.

En uno de estos jardines se encontraba una casucha o tienda que tenía su propio significado. He visto abejas de una calidad superior, grandes y pequeñas, con sus miembros aéreos, como de luz, los pies como flechas, las alas como de plata; no puedo describirlas mejor. En aquellos jardines de frutos y flores había colmenas para su uso, donde trabajaban; todo allí era transparente. Fuí instruída respecto de aquellas abejas y su trabajo, sus formas y significación, tanto bajo el aspecto moral como bajo el físico; pero lo he olvidado.

Fuí llevada a muchos de esos jardines y he visto maravillas de las más interesantes; todo lo he conocido y sabido antes que fuera molestada. Así me fué enseñado que la significación de la nuez, en la lengua universal, es la de lucha y persecución; por eso la he visto crecer junto a la iglesia; yo misma he recogido algunas y dado a otros. Ví también junto a los nogales muchísimos cuadros de todas clases de luchas y de combates en escuadras enteras, o en luchas de dos a dos. He visto a dos que peleaban armados de varas y niguno alcanzaba a vencer al otro, hasta que uno echó polvo en el ojo del contrario y así prevaleció. Aquél quiso de nuevo levantarse y luchar, pero debió quedar debajo. Este cuadro era ridículo y aquellas figuras estaban vestidas como hoy. Me fueron reveladas, en las diversas clases de nueces, las distintas especies de luchas y de contrastes y me fué dicho el significado de aquel duelo. Me fué enseñado cómo este misterio de la lucha, de la persecución, de la discordia, que está expresado en las nueces de aquel jardín espiritual, después de la caída del primer hombre y por influencia del espíritu maligno, se ha hecho el germen de la lucha, del odio y el padre del asesinato. En cada jardín yo era introducida en una casucha y me sentía enferma, y me era indicado cómo la especie y la misteriosa esencia de los frutos recogidos bajo ciertas condiciones y bendiciones y mezclados con otros, se hacían más saludables en tales o cuales casos. Desgraciadamente de todo ello no recuerdo más que algunos fragmentos. Por ejemplo, me fué dicho y ví también, el motivo por el cual se debe, el día de San Juan Bautista, punzar las nueces en el árbol en forma de

cruz con una astilla o con una espina y dejarlas suspendidas de las ramas, hasta que haya llovido encima de ellas. Luego deben ser cocidas y confitadas con miel, para hacer entonces un excelente remedio para el estómago debilitado. Me fueron indicadas otras cosas necesarias para prepararlas, pero las he olvidado. He visto clara y distintamente la íntima razón de todo esto, que, según la limitada inteligencia humana, es aún para mí imposible de concebir.

Supe también que el aceite de nuez es dañino y supe la causa de ello; me fué mostrado cómo se vuelve innocuo si se hace cocer dentro de un trozo de pan que absorba enteramente las partes venenosas. He visto una misteriosa relación de esto con San Juan Bautista. Aquella incisión en las nueces en forma de cruz, el exponerlas luego a la lluvia y el volverse después útiles y saludables para el estómago, se refiere a las obras preparatorias del Precursor y a su bautismo; el pan tiene relación con el Santísimo Sacramento, el óleo con la santa Unción y la consagración sacerdotal. En cuanto al daño que proviene de estar a la sombra del nogal, tuve antes una sensación material de ello. No me fué jamás posible permanecer a la sombra de un nogal situado en el claustro de nuestro convento, donde otros tranquilamente trabajaban y lavaban. Yo sentía siempre una sensación dañosa y sofocante a su sombra y prefería los ardores de los rayos del sol.

12. Ve los efectos de la manzana, del higo, del albaricoque, de la cereza y del árbol del bien y del mal.

Me fué dicho y enseñado acerca de las manzanas muchas cosas, todo ordenadamente y muy distinto, y sus diversas relaciones, como en el asunto de las nueces. He visto algunas cosas de una manzana que tenía seis granos de semilla colorada, uno de los cuales, absorbido convenientemente, en ciertas enfermedades, podía sanar hasta a un moribundo. Ví en esos días la imagen de ciertas manzanas que parecían limones y que probablemente lo eran.

Ví en Roma a una santa que estaba enferma y tenía una manzana semejante; creo que tuvo una visión sobre aquella manzana. He visto que un esclavo, por cierto delito, fué metido en una cueva donde había serpientes venenosas y que aquella santa dió la manzana a su médico para que la llevase al esclavo y pudiese, por ese remedio, librarse del veneno. He visto, efectivamente, cómo aquél comiendo la fruta sanó de las picaduras

de las serpientes y fué conducido en presencia del emperador. Ví otro caso semejante con una manzana de aquella especie, la cual, cocida con leche y miel, era un remedio saludable contra las fiebres más violentas; había en esto cierta relación con una fiesta de María, creo que la Inmaculada Concepción, como también con la historia de la participación de este misterio.

Ví algo sobre el higo, pero no recuerdo ya la concatenación de las cosas. Resultaba un excelente remedio preparado juntamente con la manzana; por separado era dañoso. La manzana debía en todo caso predominar y ser preferida al higo. De aquel árbol celestial, sobre el cual he visto, bajo los coros angélicos, recogidos todos los frutos espirituales, las manzanas y los higos pendían unas junto a los otros.

He visto también muchas cosas acerca del fruto del árbol del pecado, es decir, del bien y del mal. Este árbol, allá en el Paraíso, era por debajo muy ancho y tenía una alta y aguda cumbre. Después de la caída tuvo la propiedad de seguir su impulso natural hacia la tierra. Las ramas se curvaban, entraban en la tierra y brotaban luego afuera en otros troncos, cuyas ramas hacían luego lo mismo, de tal modo que un árbol solo formó muy pronto un bosque. He visto en las regiones calurosas del Oriente a muchas gentes vivir a la sombra de semejantes árboles. Las ramas principales de este árbol no tienen ramificaciones secundarias; las hojas son grandes, como un escudo de guerra; los frutos quedan ocultos entre las hojas; conviene buscarlos y entonces se encuentran siempre en número de cinco, recogidos en un racimo. Son agridulces y no tienen ya buen gusto; son amarillos y con venas rojas como sangre.

He visto también un cuadro de los albaricoques. He visto que en una comarca de su país de origen, son malditos y mortalmente venenosos. He visto que allá los hombres, por obra de magia, preparaban con los albaricoques una bebida maléfica para excitar a la lujuria: la enterraban con abono y con toda clases de destilaciones. He visto que por este medio caían en las más espantosas abominaciones y que por esto el fruto era maldito, de tal modo que los que lo comían se ponían furiosos y se mataban. He visto que otros pueblos, inocentes de esta malicia, penetraron en aquella región y que los persas les daban estos frutos para perderlos; pero por la ayuda de Dios estos frutos les fueron innocuos del todo. He visto llevar estos frutos también al exterior, para causar daño; pero eran nocivos sólo en el lugar de origen. He visto dos especies de ellos: una crece allá,

en aquel país, sobre árboles parecidos a sauces de troncos delgados.

Estuve también en un huerto de cerezas, y ví que ellas significan ingratitud, adulterio y traición. Esto tiene relación con la pulpa dulce y el carozo duro y amargo. Del laurel he visto que un emperador se hacía una corona, cuando amenazaba tempestad, para no ser alcanzado por el rayo. Fuí advertida y lo he visto por mí misma que las exhalaciones de este árbol tienen fuerza y poder contra los temporales. He visto en esto una relación con la Virgen Santísima. Todo esto lo veía claro y maravilloso. He visto el misterio de las plantas antes de la caída del hombre y de la naturaleza con él. Después de la caída ví la influencia de los espíritus planetarios sobre los hombres y sobre las plantas. He visto muchas propiedades secretas de las plantas que usaban y abusaban los paganos, y las he visto por medio de Jesús y de su Iglesia en lucha contra los espíritus planetarios, significándolos y poniéndolos en relación con varios santos y diferentes usos de santificación.

13. Trabaja en varios campos de la diócesis.

(Agosto - Setiembre de 1821)

Estoy muy cansada y abatida a causa del gran trabajo en muchos campos, cuyos patrones conozco. Tengo que sembrar y después trabajar con el rastrillo, pero sin caballo y con rastrillo sin mango. Eran campos de la iglesia; en algunos había ya granos; en otros faltaba todo, y para éstos tenía que recoger semillas de los campos mejores y con ellas cultivarlos.

Recibí de parte de Satanás un golpe tan fuerte que me pareció provenir de una llana de albañil, y me lamente en voz alta. A la mañana ví que la camisa había penetrado en la herida que aquel golpe me ocasionó, precisamente bajo la llaga del lado derecho.

He visto caer muchas espigas de las que no habían sido aún segadas y tuve que ir en ayuda de los segadores. He visto todo esto tan distintamente que reconocí a las personas y sus faltas El cuadro me dió una idea clara del estado de esos campos, porque conozco desde mi juventud todos los trabajos de la campaña y los he ejercitado desde la niñez. Mi trabajo iba unido a ferviente oración y en esta oración he visto que otros sufrían también unidos conmigo. A menudo me parecía como si les mandase mi Angel Custodio para obtener su cooperación. He visto muchos cuadros de los descuidados, de los negligentes, de

los miedosos, de los indecisos, por quienes yo debía corresponder y suplir. He visto acá y acullá alguna administración eclesiástica irresoluta, tendiendo a la pérdida, vacilante en suscribir o no suscribir cosas en buen o mal sentido, o indecisos en dar órdenes. Con mi oración debía forzarlos a elegir lo justo y a defender lo bueno y a dejar lo malo. Todo esto me parecía tan claro entonces y tan natural; mas ahora no lo puedo expresar bien.

14. Realiza trabajos de campo expiando faltas del prójimo.

La noche pasada estuve de nuevo en la mansión de bodas. Encontré allí tres vacas ariscas que amenazaban con los cuernos; yo debía ordeñarlas. Luego tuve que exprimir sobre un gran recipiente, y, con grave fatiga, sacar leche de mi propio rostro, de mis manos y pies y de mi costado, para uso y ventaja de muchos. Me fue dicho: "Estos han disipado y arrojado sus dones, y ahora les falta todo; tú has recogido tanto de la Iglesia, que puedes compensar lo que ellos han disipado". Después fuí a la mansión de bodas, con mi guía, a ordeñar las tres vacas. Se habían vuelto mansas y dulces, y su heno estaba tan limpio que se podía dormir sobre él. Ordeñé primero a la del medio y luego las otras dos, y obtuve tres grandes vasos llenos de leche que llevé fuera en una plaza, donde la leche era medida por algunos sacerdotes en pequeños vasos, que luego eran vendidos y pagados. Tomaron de ellos muchas personas, sacerdotes, maestros, maestras. Esta leche se propagó y se difundió fuera de la mansión. Pregunté a mi guía por qué alguna leche no quedara en casa y yo tuviese siempre que estar ordeñando. Me contestaron que yo no debía preguntar, sino hacer lo que se me mandaba. Yo debía servir y acordarme de Isaac, a quien Abrahán no le contestó cuando le preguntó dónde estaba la víctima. Aquella leche que he exprimido es dividida, ya que el sexo femenino no lleva fruto alguno; por esto no es dispuesta ni preparada. "Recoge solamente, custodia, conserva y cuida. Los frutos y el trabajo son distribuídos y difundidos por el sacerdocio. Por esto tú debes ordeñar y no preguntar. Los sacerdotes lo emplean y por su medio fructifica"... Me fué traída también una vaca flaca y en tan miserable estado que parecía caerse. Quedó cerca de mí y no quiso apartarse de mi lado; yo no sabía por donde comenzar con ella. Supliqué a María, que se me apareció, y me dijo: "Debes tomar sobre ti el cuidado de esta vaca. La miseria de esta vaca proviene de que su guardián, que tenía el deber de

trabajar por ella, de hacer rezar por ella, no quiso invitar a los otros a hacer esto". Me dijo cómo y con qué debía ser alimentada y esto era de pura oración, variados dolores, resistencia a las propias inclinaciones, limosnas y cosas parecidas. Todo esto me fué mostrado bajo la forma de muchas hierbas y frutos.

Tuve una noche tan llena de padecimientos ocasionados por la colitis y otros dolores, que debí levantarme. Al fin perdí el sentido por causa de estos dolores y me ví obligada a usar óleo bendito, que trajo alguna mitigación a mis sufrimientos.

15. Nuevos trabajos simbólicos referentes a las vacas.

Tuve de nuevo mucho que hacer en el establo de la mansión de bodas con las vacas, que debí limpiar y gobernar. Tenía los pies descalzos y sentía repugnancia por la suciedad y el desorden. Tenía que pasar tantos apuros que muchas veces quedé en figurillas entre las vacas. No me hicieron mal alguno. Otras muchas almas me ayudaban. La Madre de Dios es la que en tales casos me da consejos y exhortaciones. Ella me señalaba a esta o aquella vaca. Me indicó también ciertas raíces amargas, para una vaca demasiado gorda. Hoy no tuve que ordeñar, pero junté todas aquellas hierbas con gran fatiga, entre piedras y espinas, con los pies descalzos: todo tenía que ser hecho con padecimientos y con caridad. La Madre de Dios siempre se mostraba cuando la rogaba, en una aparición suspendida en el aire. Ella es bella, es cándida como la nieve; su vestido ligero no está ceñido con fajas y desde lo alto a lo bajo consiste en puros rayos de luz y en largos pliegues. Aunque no puedo reconocer en ella forma corporal, es una noble figura sobrenatural.

16. En la viña encuentra niños y niñas.

He ido de nuevo a la viña de la mansión de bodas y encontre a todos aquellos niños por los cuales había trabajado para vestirlos, como si estuvieran entrelazados e injertados en las vides y como si hubiesen crecido y vegetado allí. Los niños estaban trabados arriba, en los nudos de las ramas, y se mantenían ligados por manos y pies a las ramas, con los brazos abiertos en cruz; de sus cuerpos salían renuevos de los cuales pendían racimos. De las niñas no brotaban racimos, sino espigas de gruesos granos. Allí tuve mucho trabajo: a las espigas y a los racimos se habían mezclado dos clases de malas hierbas, acerca de las cuales el Señor avisó en Sicara a las gentes de las bodas que pusieran atención y las arrancaran al cultivar los campos

y las viñas. Se pueden fácilmente arrancar aquellas hierbas de las vides, pero sacarlas de entre el trigo es cosa muy difícil. Yo tomaba las espigas que aquellas niñas me daban, deshacía los granos entre las manos y los llevaba a machacar bajo una piedra. La harina, que me pareció demasiado grosera, la pasé por un velo sutil y la llevé, juntamente con una tinaja de vino, a la sacristía de la iglesia. Me fué dicho lo que significaban las vides con aquellos niños; pero con los dolores lo he olvidado.

Ví entonces salir de la viñas personas del claustro e ir a recogerse en conventos de órdenes religiosas. Entre ellas reconocí a los que les había hecho vestidos y preparado para la escuela, para la confesión y para la comunión. Aquellas niñas que me habían llevado las espigas para prensarlas y preparar el pan, se hicieron monjas; los niños que llevaban los racimos a la iglesia donde se transformaba el vino en la sangre del Señor, como el pan en el Cuerpo divino, se hicieron sacerdotes. El trigo es más pesado y terrestre y significa alimento él es carne, el vino es espíritu, sangre.

Cuando más tarde volví a la mansión de bodas encontré en dos salas a niños y niñas, los cuales debían ingresar en órdenes religiosas diversas. Eran aquellos los niños de las vides que ya estaban reemplazados por otros. En ambas salas ví la aparición de la Madre de Dios sobre un trono Las dos salas estaban repletas de magníficos y luminosos frutos celestiales: desaparecieron juntamente con los futuros religiosos y religiosas de la mansión de bodas y se difundieron por toda la Iglesia. Los niños injertados en las vides son aquéllos que durante toda mi vida he vestido o ayudado.

Tengo continuamente la visión de las dos iglesias y tuve que trabajar en tres lugares donde todo faltaba. Al fin recogí miel entre los cardos, un trabajo difícil y amargo: empecé por recoger higos entre las espinas y terminé por recoger miel entre los cardos. Dentro de la cabeza gruesa y madura del cardo se encierra, en medio de las semillas, un pequeño y blancuzco gusanillo de gran poder y fuerza contra la fiebre y el reumatismo, especialmente contra los insanables dolores de oídos. A los niños, conviene ligarlo al pulso de las manos; los grandes, lo tragan.

Capítulo XI

VISIONES DEL PAPA Y DE LA IGLESIA ROMANA

INTRODUCCION

En muchos viajes visionarios Ana Catalina se traslada a Roma y participa espiritualmente en distintas actividades en favor de la Iglesia Católica. Asiste al Sumo Pontífice Pío VII, que padece muchas tribulaciones bajo Napoleón I, y lo sigue hasta su muerte, expresada en las circunstancias en que realmente se producen. Son extraordinarias sus descripciones de la iglesia protestante de Roma y de las sectas secretas, que trabajan por demoler la iglesia de San Pedro, con la complicidad, a veces, de eminentes eclesiásticos, cuyos casos denuncia. Ve las asechanzas contra la Iglesia Católica, muchas veces a punto de ser destruída; pero siempre levantada por la asistencia divina y la acción de los buenos. Algunas visiones se refieren, probablemente, a sucesos que se producen mientras la vidente los contempla; otras, a luchas futuras entre los buenos y los malos.

1. Ve la coronación de Napoleón Bonaparte (*)

Un día rezaba yo delante del Santísimo Sacramento por el bienestar de la Iglesia, cuando fuí transportada a una gran iglesia, magníficamente adornada. He visto al Papa, Vicario de Jesucristo, consagrar como rey a un hombre de pequeña estatura, de tinte amarillento y de aire siniestro. Hubo una gran solemnidad, y fuí presa de inquietud y de temor a esta vista. y tuve el sentimiento de que el Papa debía haberse rehusado con mayor firmeza. He visto entonces los males que ese hombre habría de causar al Santo Padre y la horrible cantidad de sangre que habría de hacer derramar.

Cuando le hablé al abate Lambert de esta visión y del terror que me había causado, él no quiso ver en ello más que una imaginación mía. Pero cuando supo la novedad de la consagración de Napoleón, por Pío VII, el abate Lambert me dijo: "*Ma soer*, es necesario rezar y callar".

(*) Aunque relatada con posterioridad, esta visión la tuvo probablemente el mismo día de la coronación de Napoleón, el 18 de Mayo de 1804.

2. Obras en favor de la Iglesia y del Papa.

(15 de Noviembre de 1819)

Fuí a Roma. Ví al Papa excesivamente indulgente, en asuntos de importancia, con gente no católica. Hay en Roma un hombre negro que ha sabido obtener por sorpresa muchas cosas valiéndose de lisonjas, adulaciones y promesas. Este se dirige a ciertos cardenales. El Papa, con la esperanza cierta de conseguir alguna ventaja, ha consentido en cosas que serán convertidas en daño de la Iglesia. Ví, después, a aquel hombre negro gloriarse con orgullo delante de su partido diciendo: "Ya llegó la hora; bien pronto veremos lo que será de la roca sobre la cual está fundada la Iglesia".

Pero se alegró demasiado pronto. Después fuí adonde estaba el Papa: hallábase de rodillas, en oración, y yo, elevada sobre él. Esto es verdaderamente admirable. Yo le decía con gran celo lo que se me había encargado que le dijera; pero no parecía sino que mediaba alguna cosa entre los dos; el Papa no hablaba conmigo. De repente se levantó y tocó una campanilla. Mandó llamar a un cardenal y le ordenó que revocara la concesión que había hecho. Atónito el cardenal le preguntó la causa de aquella novedad. Pero el Papa se negó a responderle, diciendo que bastaba que debiera ser así. El cardenal partió de allí maravillado. Ví en Roma, además, a muchas personas piadosas muy afligidas a causa de las intrigas del hombre negro. Este parecía ser judío (*).

Después hube de ir a Münster para ver al Vicario general (**). Hallábase sentado leyendo en un libro. Me ví precisada a decirle que con su dureza causaba perjuicio en muchas cosas; que debía aplicarse más a procurar el bien de la grey y fijarse aún en las cosas leves y recibir en su casa a los que necesitaban de él. Parecióle hallar en el libro que estaba leyendo un lugar que le sugería estos mismos pensamientos, y llegó a sentir descontento de sí mismo.

(*) Según investigaciones hechas por monseñor Henri Delassús, el *hombre negro* sería agregado de una embajada acreditada ante la Santa Sede, que en las logias masónicas se conocía con el seudónimo de *Nubius (La conjuratión antichretienne;* tomo III; Desclée, de Brouwer et Cie, Lila, 1910).

(**) Clemente Augusto de Droste-Vischering, vicario de Münster y más tarde arzobispo de Colonia, luchó contra las exigencias injustas del gobierno y de los protestantes. Nombrado el hereje Hermes profesor de la Universidad de Bona, donde estudiaba también el clero de la diócesis, prohibió a éstos concurrir a la Universidad. Federico Guillermo III ordenó su arresto (1837-1839). Vuelto más tarde a su sede, conservó el título de Arzobispo, aunque gobernó la diócesis de Colonia por medio de un substituto.

Fuí también a ver a Overberg: estaba tranquilo, consolando a toda clase de ancianas y jóvenes, y rogando por sí mismo a Dios Nuestro Señor.

3. Va a Roma en visión y habla al Papa.
(12 de Enero de 1820)

Díjome mi guía que tenía que ir adonde estaba el Papa y excitarle a que hiciera más oración. Me dijo todo lo que tenía yo que hacer allí. Fuí, en efecto, a Roma. Es cosa admirable que atravesara yo los muros y estuviera en un ángulo de una habitación viendo desde arriba a las personas. Cuando de día pienso en esto me parece harto extraño. De la misma manera también suelo hallarme a menudo junto a otras personas. Tenía, pues, que decir al Papa, el cual estaba en oración, que debía recogerse y contenerse, pues el negocio de que ahora se trataba con tanta astucia, era de gravísimas consecuencias y que debía hacer más uso del palio, en el cual recibía mayor fortaleza y gracia del Espíritu Santo. Sucede con el palio algo de lo que sucedía con aquel adorno que el Sumo Sacerdote del Antiguo Testamento debía imponerse cuando profetizaba. Algunos opinan que el Papa sólo debe revestirse el palio en ciertos días; pero la necesidad no diferencia los tiempos. Conviénele reunir solemnemente a los cardenales con más frecuencia, pues trata estos negocios demasiado en silencio y familiarmente y muchas veces es engañado. Los enemigos son cada día más astutos. Trátase ahora de si es razón que los protestantes ejerzan cierta manera de autoridad sobre el sacerdocio católico. He debido decirle que invoque durante tres días al Espíritu Santo y que después haga lo que es justo. Muchos de los que le rodean son personas que nada valen. El Papa debería humillarlos públicamente: quizás así se enmendarían.

(13 de Enero). Volví a ver al Papa. Todavía está firmemente resuelto a no suscribir. Los otros, empero, comienzan a poner en juego sus artes con mayor astucia; veo, sobre todo, la actividad del hombre negro, rastrero y astuto.

Hallábame en Roma en una asamblea en que el Papa estaba sentado en medio de muchos sacerdotes. Tratábase de cierta restauración o institución, pero los medios para llevarla a cabo habían sido agotados y así era opinión común que no se pensara en ello. "Donde no hay, se decía, nada puede hacerse". El Papa opinaba de la misma manera; pero yo decía: "Lo que es bueno, no debe omitirse; donde no hay nada, Dios puede ayudar".

El Papa me dijo que tenía yo harto valor, por ser una simple monja; pero la razón estaba de mi parte.

(15 de Enero). Esta noche ví que el Papa no cederá: de ningún modo consentirá en aquellos pérfidos proyectos. Ví que casi todos los obispos estaban dormidos. Pero vendrá un Papa de poco más de 40 años que ha de ser más severo en todo. Lo he visto en una ciudad, lejos, algo más hacia el mediodía de Roma, sin hábito de religioso, pero con la cruz como insignia de alguna orden. La Iglesia está extraordinariamente conturbada. Sus adversarios son muy astutos, y, en cambio, los sacerdotes son perezosos y cobardes; no hacen uso del poder que han recibido de Dios. He visto a algunos que desean ser Papa, pero no lo serán.

4. Es llevada nuevamente a la presencia del Papa.
(13 de Mayo de 1820)

En la pasada noche, desde las once a las tres de la mañana, he visto un cuadro maravilloso de dos iglesias y de dos Papas y de un extraordinario número de cosas antiguas y nuevas. Lo que aún recuerde lo contaré como me sea posible. Vino, pues, mi Angel Custodio y me dijo que yo debía ir a Roma y llevar al Papa dos cosas. No sé ya cuáles cosas fueron; será voluntad de Dios que ya no lo sepa. Yo respondí: "¿Cómo puedo viajar tan lejos estando enferma?" Pero cuando me dijeron que habría de llegar felizmente, no opuse ya dificultades. Había delante de mí un coche maravilloso, muy bajo, delgado, con dos ruedas; la carrocería estaba pintada de rojo con borde blanco. No ví caballos. Fuí colocada muellemente en aquel coche y entretanto ví a un niño blanco como la nieve y luminoso que cerniéndose en el aire desde un lado venía hacia mí y se colocó a mis pies en el coche. Este niño me hizo recordar el niño vestido de verde de la paciencia. Era extraordinariamente amable y dulce y todo transparente y me fué dado por compañero para consolarme y curarme. Aquel coche era muy sutil y liso, de modo que pensé que me caería resbalando en él. Empezó a moverse sin ayuda de caballo alguno. Ví a un hombre resplandeciente que nos precedía. El viaje no fué largo; con todo, pasamos sobre muchas montañas y comarcas y también sobre vastas extensiones de agua. Cuando llegamos reconocí a Roma y estuve junto al Papa. No recuerdo ya si él estaba rezando o dormía. Yo tenía que decirle o darle dos cosas y supe que tendría que volver para decirle una tercera cosa. Tuve después una visión maravillosa.

5. Ve la Roma del siglo VII y la del siglo XIX.

He visto de repente a Roma en los tiempos antiguos y he visto a un Papa *(Bonifacio IV, año 608)* (*) y a un Emperador del cual no sé el nombre *(Focas)*. Yo no podía reconocer ya las calles y los lugares de la ciudad: todo estaba cambiado y diverso era también el oficio divino, aunque ví que era el católico. He visto un vasto edificio redondo como una cúpula. Era un templo de ídolos, lleno de bellas estatuas y de imágenes de aquellos dioses. No tenía ventana alguna, pero en el techo curvado y vacío había una abertura y sobre él un artificio para impedir que penetrase la lluvia. Parecía como si allí se hubiesen reunido las imágenes de todos los ídolos existentes. Estaban en toda clase de posiciones y muchas de ellas eran bellísimas. Había también imágenes de cosas bien curiosas; así, por ejemplo, ví dentro ciertos gansos que ellos honraban. En medio de aquel templo de ídolos surgía un palco alto, en forma de pirámide, todo cubierto de imágenes. No se celebraba allí ningún culto idolátrico, pero todo se había conservado en la misma forma que estaba antes.

He visto enviados del Papa Bonifacio dirigirse al Emperador para obtener la transformación del templo en una iglesia cristiana. Oí distintamente su respuesta, esto es, que el Papa debía dejar intactas aquellas antiguas imágenes de los ídolos y ponerles la cruz encima, que el Emperador haría esa cruz y la honraría con los más grandes honores. Este proyecto me pareció muy simple y sin malicia. He visto volverse los enviados y Bonifacio comenzó a pensar en sí mismo cómo podría en alguna manera satisfacer la voluntad del Emperador. Después, mientras él reflexionaba, he visto a un simple y piadoso sacerdote estar en oración delante de la cruz. Llevaba una larga y amplia vestidura que tenía posteriormente un arrastre. He visto también a su lado a un ángel, que luego se levantó y fué adonde estaba el Papa Bonifacio y le dijo que no consintiera en la voluntad del Emperador. He visto a los enviados ir de nuevo a la corte, y cómo el Emperador accedió a que el templo fuese vaciado. He visto acudir la gente del Emperador y cómo muchas de las estatuas e imágenes idolátricas fueron quitadas y llevadas a la ciudad imperial; muchas, sin embargo, quedaron en Roma. He

(*) El Panteón de Roma, edificado por Marcos Vespasiano Agripa, yerno del Emperador Augusto, en el año 25 antes de Cristo, Bonifacio IV lo consagró al culto de la Virgen, llamándolo Santa María de los Angeles. El Papa Gregorio IV lo dedicó a Todos los Santos.

visto también la ceremonia de la consagración del templo; todos los santos mártires estaban con María allí presente. El altar no fué colocado en el medio, sino apoyado contra el muro. He visto más de treinta coches, cargados de santos huesos y reliquias, ser puestos en aquella iglesia. Muchas de estas reliquias fueron muradas en las paredes; otras se podían ver, pues en los muros había aberturas redondas delante de las cuales había un cristal como defensa.

Después que ví este cuadro en sus más pequeñas circunstancias, ví al Papa actual, y ví cómo debajo de él surgía en Roma otra iglesia oscura. *(La capilla de la legación protestante).*

Estaba esta iglesia colocada en un vasto palacio antiguo, semejante a una casa de consejo municipal y tenía delante columnas. No he visto en esta iglesia ningún altar y ninguna cosa sagrada. He visto solamente bancos y en medio un púlpito. Allí sólo se predicaba y se cantaba; ninguna otra cosa se veía dentro. Había poquísima gente. He visto una maravillosa comedia. Cada uno de los circunstantes extrajo del pecho un ídolo y se lo puso delante y lo adoró. Parecía como si cada uno extraía su propia pasión bajo la forma de una negra nubecilla y que apenas ésta había salido fuera, tomaba una forma determinada: eran todas figuras como aquéllas que yo había visto pendiendo del collar de la falsa esposa en la mansión de bodas, esto es, toda clase de figuras de hombres y animales. El dios de unos era bastante encrespado y ancho, abría muchos brazos y quería atrapar y devorarlo todo. El dios de otros era pequeño y encogido. Otro tenía sólo un tronco pequeño de madera, torcido y contrahecho. Un cuarto tenía por dios una bestia fea. Un quinto sólo un bastón largo. Lo más maravilloso era que éstos ídolos llenaban todo el espacio y que esa iglesia, aunque poco frecuentada, estaba tan llena de ídolos que no se encontraba lugar vacío. Apenas terminó la función cada ídolo entró de nuevo adonde había salido y solía habitar. La casa entera era negra y oscura, y todo cuanto allí sucedía, oscuro y negro.

Entonces me fué mostrada también una comparación de los dos papas, del verdadero y de éste, y de éste y de aquel templo. Me duele haber olvidado números y datos; me fué dicho y mostrado cuán débil era el verdadero Papa (en los principios) y cuán desprovisto de ayuda estaba; pero fuerte en la voluntad para derribar tantos ídolos (supe el número de ellos) y tantos falsos cultos y reunirlos a todos en uno verdadero. Por el contrario, cuán fuerte por el número de adeptos, pero débil de voluntad, era este papa (o jefe de secta) pues había dejado al

único y verdadero Dios y al solo y legítimo culto, permitiendo que se cambiasen en tantos ídolos y tantos falsos cultos, y habiéndose erigido ese falso templo.

Me fué mostrado cómo aquellos paganos humildemente adoraban a otros dioses, además de los suyos propios, y cómo, en su simplicidad, habían querido tomar también el culto de un Dios único, de la Santísima Trinidad, y cómo el culto de esos paganos era mejor que el culto de estos sectarios, los cuales se adoran a sí mismos en miles de ídolos y con todos ellos no dejan ningún lugar a la adoración pura del Señor. Todo esto yo lo he visto en números y con exactitud en aquellos tiempos primeros, que eran de reunir y de crecer, mientras ahora son de destruir y disipar. En la totalidad de la visión era más ventajosa la escena de los tiempos antiguos que la de estos tiempos. He visto también cuán perniciosas serán las consecuencias de esta pseudoiglesia. La ví crecer, y ví muchos herejes de toda condición ir hacia Roma y establecerse allí.

6. En Santa María Mayor.

(31 de Agosto de 1820)

En estos días Ana Catalina asistió en espíritu a las funciones en la basílica de Santa María Mayor. Por esto dijo:

La oración se ha hecho ahora más general. Por todas partes las gentes se hincan sobre las tumbas de los santos e imploran ayuda. He visto los santos que cada uno venera especialmente. He visto también al Papa: está extremadamente turbado. He sentido por él grande inquietud y he redoblado mis oraciones... El Santo Padre ha rechazado los últimos deseos expresados por el cardenal Consalvi: no los ha confirmado y se ha retirado. La influencia de este hombre se ha interrumpido (*).

7. La Iglesia en grave peligro.

(1º de Octubre de 1820)

La Iglesia está en gran peligro; por mandato del cielo yo debo pedir a cada uno de los que vienen a mí la recitación de un Padrenuestro con la intención de ayudar a la Iglesia. Conviene rezar para que el Papa no deje a Roma, porque se segui-

(*) Consalvi había influído poderosamente en la elección de Pío VII, que lo nombró cardenal y secretario de Estado y lo envió a París para concertar el concordato con Napoleón.

rían grandes males. Conviene rezar para que sea iluminado por el Espíritu Santo. Se le quieren exigir ruinosas concesiones. Las doctrinas protestantes y las griegas se quieren extender por doquiera. Viven aún dos hombres que desean arruinar la Iglesia. Sienten ahora sobre todo la falta de un hombre del cual se servían haciéndole escribir; hace un año fué asesinado por un muchachote. Uno de estos dos hombres ha abandonado hace algún tiempo la Germania. Tienen sus cooperadores por todas partes; especialmente aquel hombre pequeño y negro, que veo tan frecuentemente, tiene a muchos que trabajan para él sin conocer el verdadero motivo. Tiene también sus agentes en la nueva y negra pseudo-iglesia. Si el Papa abandonase a Roma, estos hombres perversos de la pseudo-iglesia ganarían en seguida ventaja. Veo a este hombrecillo negro interceptar y falsificar muchas cosas.

Veo que se oprime y sofoca de tal manera a la religión en aquel país, que apenas quedan cien eclesiásticos que no hayan sido seducidos. No puedo decir cómo sucede esto; pero veo crecer siempre más la niebla y la oscuridad. Tres solas iglesias quedan aún sin doblegarse: la de San Pedro, la de Santa María Mayor y la de San Miguel. Hacen brechas en ellas, pero no logran éxito. Yo no ayudo, yo no remuevo ninguna piedra del camino; debo guardarme bien de hacerlo. Ellos deben reconstruir en seguida con la misma rapidez lo que han derribado también los mismos eclesiásticos. Aquellos dos enemigos de la Iglesia, que han perdido al tercero asesinado, tienen el proyecto de remover y alejar a ciertos hombres piadosos y doctos, que les son estorbo en el camino por donde andan.

8. Lucha contra el intento de exaltar a malos obispos.

(4 de Octubre de 1820)

He tenido que luchar muy reciamente como antes lo había hecho. Estuve a punto de sucumbir; no puedo decir cuán desesperadamente he debido sufrir. Esta batalla me había sido mostrada de mucho tiempo atrás. Había visto a una persona asaltada por muchos demonios, contra los cuales tenía que luchar. Ahora bien conozco que esta persona era yo misma. Debo combatir contra un escuadrón entero de demonios. Ellos lo excitan todo contra mí, cómo y dónde pueden. He tomado sobre mí demasiadas obras de oraciones. Se quiere ahora instalar a muchos malos obispos, y en cierto lugar se pretende cambiar una iglesia católica en luterana. Debo por esto orar, combatir y sufrir y me

ha sido dado por tarea sostener esta batalla. Si los santos no estuviesen junto a mí y me confortasen, no podría durar esta lucha; estaría entonces en completo desfallecimiento y expuesta en la batalla. Veo al demonio espiar todo momento y todo medio para hacer burla y sarcasmo. Es por esto que me envía siempre gente y visitas, aún desde lejos, para atormentarme y debilitarme.

9. Intrigas protestantes contra el Papa.
(16 de Octubre de 1820)

He recorrido en la noche pasada el *Vía Crucis* de Koesfeld. Muchas almas del Purgatorio me acompañaban. Me representaban las necesidades de la Iglesia y lo que se debía rezar. He visto después en un cuadro de muchos jardines, que se extendían en círculo, en torno mío, la relación del Papa con los obispos. He visto también al Papa en su trono, como en un jardín. He visto los derechos y las fuerzas de estos obispos y obispados, como plantas, frutos y flores en cada uno de los jardines; he visto las relaciones, las corrientes y los influjos como hilos, rayos y flechas que partiendo de la Sede Romana penetraban en aquellos jardines. He visto también la actual potencia espiritual en aquellos jardines terrestres; pero al aproximarse nuevos obispos la he visto arriba en el aire sobre esos jardines mismos. Así he visto, por ejemplo, un nuevo obispo estar en el aire con su ínfula, su pastoral y todo lo que le corespondía, cerniéndose sobre un jardín que debía gobernar como superior severo. He visto en torno de él a los protestantes que querían hacerlo descender, pero no con las condiciones que el Papa había fijado. Ví que intentaban todos los medios de obtenerlo por sorpresa y que aquí y allá desordenaban una parte del jardín o lo sembraban con malas semillas. He visto que en un punto o en otro fabricaban o dejaban caer, o arrancaban o no quitaban las inmundicias y así cosas semejantes. Todo estaba lleno de ruinas y de lazos e insidias. Los ví interrumpiendo y minando las relaciones de aquella sede episcopal con el Papa. He visto también que si ellos alcanzasen a instalar a aquel obispo como pretendían, él sería instalado sólo por sorpresa, contra la voluntad del Papa y no tendría en sí mismo legítimo poder eclesiástico. Así he visto muchísimos cuadros y tuve que rezar y padecer y encontré todas estas cosas muy aflictivas. He visto también que a un obispado, donde había muerto un santo obispo, se aproximaba otro que era completamente profano.

10. Consagración de la Iglesia de San Salvador en Roma.
(9 de Noviembre de 1820)

Estuve en Roma y he visto una bellísima iglesia nuevamente edificada, entonces terminada, y al Papa que con gran séquito recibía esta iglesia del arquitecto, el cual estaba vestido a la manera antigua y llevaba al cuello una cadena con una medalla de oro. El decía al Papa, vanagloriándose, mientras recibía la alabanza, que él hubiera podido hacer la iglesia mejor aún de lo que era. Fué tomado en palabra y se le rehusó la paga porque no había edificado aquella iglesia tan bien y magníficamente como lo habría podido hacer y por haber descuidado tal o cual columna, que, según sus propias palabras, hubiera podido emplear para su mayor belleza; pero he aquí que él dijo: "¡Oh si hubiese callado, y puso el dedo sobre la boca, mi obra hubiera sido recibida como perfecta!" A estas palabras fué apresado y no fué soltado hasta que no hizo mejor el trabajo y hasta que no hubo esculpido en un muro de la iglesia su propia imagen con el dedo sobre la boca.

Entonces escribió al Papa que él ciertamente estaba dispuesto a hacer más perfecta su obra en la iglesia, no bien el Papa perfeccionase su propia obra en la construcción espiritual de la iglesia; luego denunció muchas faltas en la disciplina y conducta de los sacerdotes, muchos defectos de amor al prójimo y cosas semejantes, que mucho menoscababan a la iglesia en su edificio moral; no era necesario, decía, que el exterior fuera más perfecto que el interior. Leída esta carta el Papa lo dejó libre según la sentencia: "No hagas a los otros lo que no quisieras que se haga contigo".

He visto entonces consagrar esta iglesia con muchas hermosas ceremonias y ví al mismo tiempo en el aire una iglesia indescriptiblemente bella, en la cual sucedía todo lo que en la terrestre, pero de modo más perfecto. Debajo en esa iglesia terrena ví una gran procesión y a todo lo que en ella se cantaba, respondían los santos coros en la iglesia superior. Durante esta procesión fuí llamada súbitamente a un hospital junto a un moribundo, teniendo que ir por un camino lleno de nieve, de tal modo que temía se notase que había ido aquella noche con los pies descalzos. Cuando volví, noté que las huellas habían desaparecido. Estuve en la nueva iglesia, en lo alto, sobre un muro, y ví cómo de esa procesión era depositado el Santísimo en un copón sobre el cual estaba en el aire un cándido rayo de luz y sobre él una Hostia resplandeciente, con gran nimbo de gloria.

Cuando la procesión llegó cerca, este Sacramento sobrenatural avanzó siempre en el aire hacia mí, pero no lo recibí; sólo lo adoré. Ví después proseguir la consagración de la iglesia terrena y oí los responsorios de la iglesia celeste.

Fuí también yo elevada y asistí a la celebración de la fiesta de San Martín, de cuya vida he visto muchos cuadros, y en especial su muerte y toda la maravillosa propagación de su influencia espiritual simbolizada en los rayos de luz que salían de la iglesia que llevaba en la mano; de la extremidad de estos rayos salían nuevas iglesias que producían la misma propagación y el mismo fruto.

11. Palabras sobre Prusia y Rusia.

Luego mi guía me transportó sobre la extrema altura de esta iglesia espiritual, que naciendo del interior se alzaba como una torre llena de luminosas y transparentes obras de escultura. De la cumbre de esta torre él me mostró la tierra como en un mapa de geografía. Ví y reconocí todas las comarcas en las cuales había estado tantas veces. He visto el Ganges y aquellos lugares donde yacen sepultadas tantas y tan luminosas piedras preciosas. Entonces pensé en las que habían sido robadas de las tumbas de los tres Reyes Magos. He visto yacer sumergidos y metidos en las profundidades de los mares, muchos tesoros y cosas preciosas, mercaderías, fardos, cajones y buques enteros. He visto también las diversas partes de la tierra. Mi guía me nombró a la Europa y mientras me indicaba un pequeño espacio como una mancha de arena, me dijo estas notables palabras: "Mira, ésta es la enemiga Prusia". Después me indicó más hacia el Norte, y me dijo: "Mira, ésta es Moscú, que lleva calamidades".

12. Estado general de la Iglesia.

(1º de Junio de 1821)

He visto indescriptibles cuadros del estado de la Iglesia en general y en particular. He visto la Iglesia sobre la tierra en el marco de una ciudad semejante a la Jerusalén celeste, pero de forma y apariencia terrena. Ví que esta ciudad estaba provista de muchos caminos, palacios y jardines y fuí girando de un punto a otro de la misma. He visto procesiones enteras de obispos en los cuadros más extraños y raros. Reconocí el estado moral de todos ellos y ví lo que pensaban y decían, con imágenes que salían de sus bocas. Sus defectos espirituales los veía

representados por externas alteraciones y defectos de forma. Así he visto algunos que tenían tan solo el cuerpo y la cabeza parecía una nube de vapor oscuro; otros tenían tan solo la cabeza y el cuerpo y el corazón eran como humo turbio: algunos estaban estropeados, otros rígidos, otros dormidos o vacilantes. He visto también una mitra planear como suspendida en el aire y veía una mano que salía de una nube oscura que intentaba aferrar aquella ínfula que se retiraba hacia atrás. Bajo aquella ínfula he visto a muchas personas no desconocidas por mí que, entre llanto y lamentos, llevaban sobre los hombros todas clases de cruces y entre éstos me he visto también a mí misma. Creo que he visto a casi todos los obispos del mundo y sólo un pequeño número de ellos estaban plenamente sanos.

He visto también al Santo Padre, lleno de temor de Dios y orando. Su rostro era perfecto, pero estaba débil por la edad y los padecimientos. Su cabeza recaía a menudo de un hombro al otro, o sobre el pecho, como si se durmiese. A veces lo he visto caer desvanecido, reducido ya al estado de un moribundo. A menudo lo he visto durante la oración sostenido por apariciones, y entonces su cabeza se mantenía firme. Apenas la cabeza recaía sobre el pecho, yo veía la cabeza de muchos volverse rápidamente de un lado a otro, es decir mirar hacia el mundo. Este cuadro del destino de la Iglesia en cierto país he visto que será extremadamente deplorable y triste, en el caso que aquella mano que sale de la oscuridad lograse aferrar aquella ínfula que siempre se retirará y esto especialmente por causa de la vanamente docta juventud de las escuelas. He visto también la congregación de los protestantes tomar más auge y que la religión iba siempre en decadencia.

He visto a la mayor parte de los sacerdotes enamorados de las vanas apariencias de aquellos jóvenes escolares y que todos juntos trabajaban por la pérdida de la buena causa. Uno, entre otros, cooperaba por vanidad e ignorancia, y cuando se dió cuenta, era demasiado tarde. He visto, a lo más, cuatro eclesiásticos en aquel país permanecer firmes y fieles. Las miserias bajo este obispo crecerán fuera de toda medida. Los cuadros que he visto eran de tal modo turbios, que habría gritado por el dolor en alta voz. He visto también en el porvenir que la religión irá decayendo y que sólo aquí y allá algunas chozas y familias obtendrán de Dios protección en estas desgracias de la tierra. Algunos simples de corazón e iluminados de mente y en modo especial el jefe de escuelas ruegan a Dios que se digne tener lejos un tal pastor.

13. Un falso pretendiente.

Cuando estuve últimamente en la mansión de bodas, encontré, en torno del coro de la iglesia, plantas de nueces en aquel lugar donde antes crecían bellísimas vides. Precisamente detrás del altar mayor había exteriormente unos altos nogales con frutos maduros. Ví entonces venir un eclesiástico de alto grado con una cruz en el pecho, quizás un Vicario general, con un cascanueces en la mano, para abrir esos frutos, cosa que yo claramente conocí. Se acercó a aquella planta y rompió un gran número de nueces, se las comió y luego lo ví entrar en la iglesia. El escondía las cáscaras. Yo sentía en mi interior la grande inconveniencia de que fuese a la iglesia después de haber roto las nueces. Esto de romper nueces es la imagen de la discordia y de la falsedad. El había salido de aquella casa funesta, que por medio de una escalera está junto a la mansión de bodas y donde se encuentran reunidos todos aquéllos que no entran por la verdadera puerta. Pero él fué echado de la iglesia. Este hombre fué causa de que yo sudara, de mis graves dolores en el hombro y de la parálisis del lado derecho. Me fué mostrado cómo él, echado de la iglesia, quedaba junto a un muro y no podía ir ni para adelante ni para atrás. Yo lo aferré por las espaldas y con indecible fatiga lo arrastré hasta la parte superior del muro. Me fué enseñado que yo entonces debía dejarlo caer al fondo desde esa altura, pero ví que él se habría despedazado; por esto con indecible fatiga lo pasé por la otra parte del muro. Después lo arrastré de nuevo a una comarca, donde antes no había estado yo nunca.

Primeramente partiendo de aquí remonté el curso de un gran río y llegué a un lago, a cuyas orillas hay una ciudad (Constanza). En torno de aquel lago había muchas villas y también pueblos. Mientras yo llevaba aquel gran peso sobre el lago, ciertos seres invisibles me colocaban siempre bajo los pies dos tablas estrechas, poniendo después nuevamente la una delante de la otra; cuando yo ponía el pie sobre aquellas tablas de pronto se hundían y luego resurgían. Era un camino difícil: con todo lo pasé sobre esas tablas. A distancia se veían altas montañas. He visto ya varias veces a este eclesiástico (Wessenberg) en la mansión de bodas. Es un hombre de mundo (*): los protestantes lo estiman mucho y él a ellos. Con toda clase de disputas artificiosas y discordias ha conseguido posesionarse de su oficio

(*) Wessenberg con sus secuaces atacaba el celibato eclesiástico para formar la llamada iglesia nacional.

que está simbolizado en el cascanueces. Es muy opuesto al Papa y tiene gran número de secuaces. He rogado últimamente mucho por la Iglesia y por el Papa: por eso he tenido que cumplir este trabajo. Sería cosa muy buena que él se quedase quieto y permaneciese con sus secuaces en silencio; así no daría escándalo. Con esto tendrían un buen golpe los protestantes sobre sus espaldas, ya que ellos constantemente lo han excitado y defendido. Me fué mostrado también cómo los protestantes crecen mucho en fuerza, pero que recibirán gran perjuicio si este eclesiástico no logra sus intentos.

En la mansión de bodas encontré a pocos eclesiásticos que me agradasen. Yo tenía que cocinar para ellos. Muchos vinieron juntos a ponerse a esta mesa y entre ellos vino aquél a quien yo había llevado; se sentó imprudentemente con otros cinco de sus secuaces. Yo había cocinado tres comidas y las puse sobre la mesa y entonces aquel temerario dijo con frivolidad, y burlándose: "He aquí que el Papa nos ha mandado un buen cocinero. De aqui en adelante no tendremos otra cosa que comer que guisantes fofos".

14. Males causados por el intruso en la Iglesia de Dios.

(Después de Pascua de 1820)

He visto en un verde campo (**) a muchas personas entre las cuales algunas doctas que se habían reunido, y ví aparecer una nueva iglesia que los encerró a todos. La iglesia era redonda, con una cúpula gris y había tanta gente dentro que yo no podía comprender cómo esa iglesia los podía contener a todos. Parecía una nación entera. Pero entre tanto allí dentro todo se hacía siempre más oscuro y cuanto allí sucedía me parecía como un negro vapor. Esta oscuridad salió fuera y gastó y resecó todas aquellas hierbas y muchas comunidades de en torno se hicieron áridas y oscuras y aquel prado en una gran extensión se hizo semejante a una tenebrosa llanura de aguas estancadas. Ví entonces muchedumbres de hombres de bien que se apresuraban a salir de esa iglesia y dirigirse hacia una parte de aquel prado donde aún se veía verdor y luz. No puedo describir lo espantoso, oscuro y calamitoso de esta aparición. Se resecó todo verdor, los árboles murieron, los jardines se despoblaron y en cuanto al-

(**) Este campo verde significa el año eclesiástico, la comunidad católica, de la cual no querían salir los Iluminados, aunque enemigos del Papa de Roma. Pretendían destruir desde dentro hacia afuera. Por eso su pseudo-iglesia está dentro del prado.

canzaba la vista, ví las obras de las tinieblas. Allí donde se extendían, aparecía en seguida una negra y espantosa soga. Yo no sé qué pasó con todas las personas que se encontraban en aquella iglesia. Parecía que se alimentaba y devoraba a aquellas humanas criaturas. Se puso cada vez más negra, asemejándose a la oficina de un herrero. Además, por todas partes se cuarteaba y hendía.

15. Llevada a un prado ameno, ve el final de la pseudo-iglesia.

Después de esto fuí llevada en compañía de tres ángeles a un lugar muy verde circundado por un muro, grande como el cementerio fuera de la ciudad, y me ví colocada de lado como sobre un elevado asiento. No sé si yo vivía o estaba muerta; pero llevaba una larga y cándida vestimenta. El mayor de los tres ángeles dijo: "¡Sea alabado Dios! Al menos aquí permanecerá el verdor y la luz". Después, entre el espacio donde yo estaba y la iglesia negra comenzó a caer una lluvia de perlas y de piedras luminosas y uno de mis tres compañeros me dijo que las juntáramos. Luego me dejaron sola en parte o del todo. Sólo recuerdo que por la angustia de aquella negra iglesia no me sentía con ánimo y valor para recoger aquellas perlas. Cuando volvió mi compañero y me preguntó si las había recogido y yo respondí que no, me ordenó hacerlo de inmediato. Me arrastré por el suelo y encontré aún tres piedras con facetas y talladas como cristal. Estaban en fila, una detrás de otra: una era de color azul, otra rosa claro y la tercera de un blanco espléndido y transparente. Yo se las llevé a mis compañeros y ellos frotaban unas contra otras, yendo de un lado a otro, y esparcían vivos rayos de luz y donde iban se acrecentaba el verdor, la vida y la luz. He visto también a la oscura iglesia cómo se consumía y se destruía de un lado. Una multitud inmensa se difundió de nuevo sobre aquella comarca verde y alegre, dirigiéndose a una ciudad luminosa. Del otro lado, en la iglesia negra, todo quedó en tinieblas.

16. Se le muestran los males que produciría el Iluminismo si triunfara.

(Abril de 1820)

Ví nuevamente un gran cuadro de las enormes calamidades que reinan aquí y en otros lugares. He visto como si se mandase al clero se abstuviera de cosas de las cuales no debe abstenerse. He visto a muchos viejos sacerdotes y algunos antiguos fran-

ciscanos, aunque no vestidos del hábito de su orden, y especialmente un viejo eclesiástico, llorar muy dolorosamente. A otros jóvenes también los he visto llorar con ellos. He visto a otros, entre éstos algunos tibios y tímidos, abstenerse de buen grado y adaptarse a aquel mal partido. He visto a los antiguos fieles someterse a aquella prohibición con gran tristeza y cerrar sus iglesias. He visto a muchas otras personas entre los ciudadanos y los campesinos reunirse a ellos y me pareció como que los hombres se dividían en dos bandos: el uno bueno, el otro malo.

17. Ataques contra el celibato de los sacerdotes.

(16 de Agosto de 1821)

Fuí llevada a una grey en la extremidad del campo de la mansión de bodas. Estaban mezclados con las ovejas muchos inútiles y pésimos cabrones que dañaban a la grey con sus cuernos. Me fué mandado buscar y sacar fuera a esos malos cabrones. Esto me resultó muy amargo y penoso, porque no los podía distinguir bien. Entonces se me apareció San Estanislao de Kostka (*) y me procuró ayuda. Tuve que ir a un arroyo ancho, muy torrentoso, y desde allí llamar y recoger a los cabrones. El santo me dijo: "Los malos cabrones son aquellos que detrás de las orejas y a lo largo de la espalda tienen pelos rígidos, mezclados con lana". Aferré a siete de aquellos cabrones y los eché en el torrente frío, que se los llevó consigo.

(19 de Agosto). Pasé una noche horrible. Estuve clavada y crucificada por el mundo, por la carne y por el demonio. Tuve que luchar contra un cabrón grande y nauseabundo Al fin lo vencí, le retorcí los cuernos hacia atrás, se los rompí, se los puse en forma de cruz sobre la espalda y le dije: "Tú también llevarás la cruz".

18. Ve la muerte de un consejero del Papa.

(15 de Enero de 1822)

En este momento ha muerto en Roma de vejez un párroco muy piadoso. Ha recibido la absolución general y yo la he recibido con él. Su alma ha ido directamente al Purgatorio, pero saldrá bien pronto. Debemos rezar por él. Era muy aficionado al

(*) San Estanislao de Kostka, hijo de una noble familia de Polonia, huyó de su patria para ingresar en el noviciado de la Compañía de Jesús. Murió el 15 de Agosto: por eso aparece en el día en que Ana Catalina tiene esta visión, la cual refiere al día siguiente.

Papa y durante su prisión ha hecho mucho bien. También el Papa no durará mucho. Este hombre era uno de aquellos doce que yo veo siempre sosteniendo a la Iglesia y del cual he hecho antes mención; él es en aquel número el segundo que ha muerto; diez viven aún. Veo por otra parte que crecen otros jóvenes. El era amigo y consejero del Papa; pero por fidelidad afectuosa a su parroquia, se había rehusado siempre aceptar un puesto más elevado.

19. Ve las maquinaciones contra el Papa.

(10 de Agosto de 1822)

He visto muy afligido al Padre Santo (*). Vive en otro palacio y sólo se deja ver de muy pocos amigos de confianza. Si el partido malo conociera su propia fuerza, habría ya estallado la revolución. Temo que el Papa tenga que padecer mucho antes de morir. Veo la negra iglesia de Satanás prosperar y ejercitar su pernicioso influjo en el movimiento de las ideas. La angustiosa situación de la Iglesia y del Papa es tan triste que debemos pedir a Dios incesantemente que acuda en su auxilio. Yo recibí encargo de orar mucho por la Iglesia y por el Papa.

Esta noche fuí conducida a Roma, donde el Papa vive todavía oculto con el fin de evitar exigencias injustas. Está muy débil y consumido a causa de la tristeza, de la inquietud y de la continua oración. Se ha ocultado sobre todo porque no puede fiarse de muchos de los que le rodeaban. Junto a él está un sacerdote anciano muy sencillo y piadoso, amigo suyo, al cual no han creído necesario alejarlo de su lado. Este hombre tiene mucha gracia y favor de Dios. Mira y ve muchas cosas y todo se lo dice fielmente al Papa. A él le descubrí en la oración muchas cosas acerca de algunos traidores y personas mal intencionadas que hay entre los altos empleados con quienes más confianza tiene el Papa; todo lo cual debía él comunicar al mismo Pontífice. Así está prevenido y se guardará de aquél que hasta ahora lo hacía todo y ahora ya no podrá hacer nada. El Papa está tan débil que no puede andar solo.

(*) Pío VII (Bernabé Chiaramonti) elegido en 1800 gobernó la Iglesia hasta 1823. Consagró en París al emperador Napopleón en 1804. En 1809 fué sacado violentamente de Roma por orden de Napoleón, que lo tuvo preso cinco años en Savona y en Fontainebleau. Volvió a Roma a la caída de Napoleón. Además de las luchas con este Emperador tuvo muchas dificultades con los protestantes de Alemania. Restableció la Compañía de Jesús en 1814 y condenó la masonería en 1820. Murió en 1823 a consecuencia de una caída.

20. Ve nuevos peligros y a los fieles orando por el Papa.

(25 de Agosto de 1822)

No sé cómo he venido a Roma esta noche; lo cierto es que me encontré en la iglesia de Santa María Mayor y ví que se acercaban muchos fieles, pobres y piadosos, que estaban en grande angustia y aflicción a causa de hallarse escondido el Papa y de las noticias que corrían en la ciudad. Estos fieles habían ido a la iglesia con el fin de invocar el auxilio de la Madre de Dios. No esperaban que se abriera la iglesia y se contentaban con orar desde afuera. Habíales conducido allí un íntimo y misterioso impulso. Pero yo estaba dentro de la iglesia y les abrí las puertas. Todos entraron muy recelosos y admirados de ver que las puertas se habían abierto. Me parecía hallarme detrás de la puerta y que ellos no me veían. En la iglesia no se celebraba ninguna solemnidad ni había más luz que las de las lámparas perpetuas. Todos oraban en silencio.

Ví aparecerse a la Madre de Dios, la cual dijo que la necesidad era grande y que todos debían orar fervorosamente, con los brazos en cruz, aunque no fuese más que el tiempo que se tarda en rezar tres Padrenuestros, pues su Hijo Divino había orado así por ellos en la cruz; que debían levantarse a medianoche para orar en esa forma; que vinieran siempre a esa iglesia y hallarían las puertas abiertas; que pidieran sobre todo que la iglesia de las tinieblas se alejara de Roma; que los soldados que se acercaban no traían salud, sino miserias y desolaciones porque la guerra se hacía sin oraciones y sin sacerdotes. Dijo muchas cosas y algunas que me es difícil repetir ahora; que con un solo sacerdote que ofreciese el santo sacrificio de la Misa con la dignidad y pureza de intención con que lo ofrecían los apóstoles, bastaría esto para alejar el azote.

Yo no sé si los fieles que había en la iglesia vieron esta visión; pero todos sentían un movimiento sobrenatural, puesto que cuando la Virgen dijo que debían orar con los brazos en cruz, todos levantaron los brazos. Todos aquellos fieles eran buenos y piadosos, pero carecían de auxilio y de consejo. Entre ellos no había ningún traidor, ningún enemigo, aunque estaban recelosos y desconfiados unos de otros. De aquí se puede colegir cuán triste era la situación. Parecíame que todos formaban una unión espiritual de oraciones.

(16 de Octubre de 1822)

Esta noche he hecho el *Via crucis* en Koesfeld. Había conmigo muchas almas que me señalaban las necesidades de la Igle-

sia y me decían lo mucho que debemos rogar por ella. Ví luego la representación de muchos jardines, que había a mi alrededor, y significaban las relaciones del Papa con los obispos. Ví los derechos y el poder de estos obispos y de estos obispados, como plantas, flores y frutos en cada uno de los jardines y ví las relaciones, corrientes e influencias, como hilitos y rayos que salían de la Sede Romana hacia cada uno de esos jardines.

21. Maquinaciones de los malos contra la Religión.
(22 de Octubre de 1822)

Viajé de nuevo hacia Roma y tuve mucho que hacer con un extraño niño (*) que encontré en mi camino sobre un prado. Aquel niño parecía tener un día de existencia y yacía en medio de un globo oscuro como neblina. Aquel globo estaba formado de miles de hilos entrelazados que partiendo de los más diversos lugares se desparramaban. Tuve que romper todos esos tejidos para poder sacar al niño y llevarlo conmigo. Estaba estrechamente vestido con un hermoso manto y un gran cubrecuello dentellado. Sentía que en la espalda llevaba algo oculto bajo aquel manto, como un pequeño libro (**) y en vano traté de sacarlo fuera; tenía la idea de que aquello no era nada bueno. Aquella criatura de un día ya sabía sonreír. Me espanté, no pudiendo explicarme esa sonrisa. Supe la explicación. Los que habían urdido el engaño no dudaban de que les saldría bien. Habían de ese modo disfrazado aquel niño para hacerlo entrar en Roma. No recuerdo ya a quién debía yo entregar aquel niño, creo que a un seglar. He visto personas conocidas mías que se alegraron mucho de que me hubiese apoderado de aquel niño, pues en Roma había muchos de pensar no católico que habían cooperado a aquel engaño, entre éstos algunos prelados.

He visto cómo en la Germania se había combinado el plan, entre eclesiásticos, mundanos y protestantes iluminados para refundir en una a las varias religiones, para la supresión del poder temporal del Papa, para nombrar superiores eclesiásticos,

(*) Se refiere al proyecto de la secta de los Iluminados que era el de terminar con el poder temporal y espiritual del Papado. El jefe de este movimiento era el consejero eclesiástico Werkmeister. Su proyecto de una nueva constitución de la iglesia católica tedesca para los estados de la confederación germánica publicada en 1818 circulaba en muchos lugares y el conciliábulo de Francfort lo hizo objeto de sus deliberaciones. El niño metido en la red es la figura del proyecto citado; la niebla significa el sigilo con que trabajaban; la sonrisa del niño es la seguridad prematura del triunfo de los padres del niño.

(**) El librito escondido significa que el escrito circulaba en Roma, donde Werkmeister tenía fautores de su proyecto.

para la economía de gastos que decían inútiles y para disminuir los sacerdotes. He visto que este plan tenía fautores también en Roma entre los prelados. A menudo he visto que C. C. poco o nada vale, que pierde y corrompe muchas cosas y odia a su padre; pero está demasiado metido en los asuntos y no puede ser despedido. Está a disposición de las sectas secretas. Esta asociación está muy difundida. Ella trabaja más rápido, pero más superficialmente que la francmasonería.

22. Es armada la hija del Rey.

Dios ha dispuesto que el Papa estuviese ahora enfermo y así escapase del lazo que se le había tendido. El enemigo ha trabajado largo tiempo, pero no alcanzará su propósito. El plan ha sido descubierto y disipado. He visto sobre esto muchos cuadros, pero recuerdo sólo lo siguiente: he visto a la hija única del Rey de los reyes asaltada y perseguida. Lloraba mucho sobre tanta sangre que debía correr y miraba a un escuadrón de vírgenes fuertes y animosas que debían combatir con ella. Tuve mucho que hacer con ella y le pedí que se acordase de mi país y de aquellas comarcas que le encomendé. Le pedí que donase algunos de sus tesoros a los sacerdotes; pero me dijo: "Sí, tengo grandes tesoros, pero ellos los pisotean". Llevaba un vestidc color azul de cielo. Luego fuí advertida de nuevo por mi guía de rezar y de excitar a otros para que rezasen como mejor pudieran, por los pecadores, especialmente por los sacerdotes envueltos en el error. "Se acerca, me dijo, una época muy mala. Los no católicos atraerán mucha gente e intentarán de todos modos sustraerle todo a la Iglesia. Nacerá de esto gran confusión".

He visto de nuevo un cuadro en el cual me fué mostrado cómo era armada la hija del Rey. Innumerables personas contribuyeron. Lo que ellos traían eran oraciones, buenas obras, todo género de mortificaciones, de abstinencias y de trabajos espirituales. Esto iba subiendo al cielo y allá arriba era dispuesto y trabajado según la naturaleza de las cosas, para ser puesto a aquella virgen como armadura. Era en verdad maravilloso el ver cómo todo se ajustaba y una cosa explicaba a la otra su significación. Estuvo así armada de pies a cabeza. Yo conocía muchas personas que habían contribuído a aquella armadura; he visto, con maravilla, cómo establecimientos enteros y personas grandes y doctas nada habían contribuído, mientras, en cambio, los pobres y los pequeños proveían partes enteras de la armadura.

He visto también el gran combate. Los enemigos eran infinitamente más numerosos, pero la escuadra pequeña y fiel echa-

ba por el suelo enteras filas de enemigos. El ejército de las vírgenes asistía a la batalla, estando sobre una colina. Corrí hacia ellas y les recomendé mi patria y los otros lugares por los cuales debo rezar. Estaba armada de modo extraño y significtivo, con yelmo, escudo y coraza; los combatientes estaban vestidos como están hoy en día nuestros soldados. La batalla fué terrible: al fin no quedaba más que un pequeño escuadrón de la gente de bien que reportó la victoria.

23. Diócesis separada de Roma.

He visto una iglesia que estaba sobre las aguas, en gran peligro de hundirse. No tenía ya base segura: estaba vacilando y flotando sobre las aguas como una nave. Yo y otros teníamos que afanarnos para ponerla en equilibrio, llamando y conduciendo a muchas personas; las distribuimos en todos los puntos para equilibrarla y sostenerla. Esto lo conseguimos nadando de un lado para otro, sostenidos sobre tablas y tirantes. He visto en la nave de esa iglesia a doce hombres postrados en el suelo, orando con todo fervor, como inmóviles; a la entrada y delante del altar había muchos niños. No he visto dentro ningún Papa, sino un obispo ante el altar mayor. Durante este cuadro he visto también que la iglesia era bombardeada desde las naves y que lanzaban contra ella toda clase de cosas para incendiarla. Nosotros suspendíamos paños mojados sobre sus muros y así no sufrió daño alguno. Parecía como que la iglesia estuviese en peligro por todos lados y yo pensaba que se quería quitarle toda firme y segura base. Cuando estuvo en equilibrio y hubo dentro mucha gente, ella se inclinó un tanto y parecía como si se posase sobre la arena. Entonces unimos nosotros los tirantes y formamos un puente y fué así juntada a la tierra firme. Cuando esto se hubo conseguido, toda clase de malos eclesiásticos y de otras personas entraron, y en lugar de ayudar, se burlaban de los doce que dentro rezaban y les pegaban en las orejas; ellos lo soportaban en silencio, pacientes y proseguían rezando. Tuvimos entonces que traer muchas piedras gruesas y enterrarlas en torno de la iglesia, para construir un fundamento y todo esto crecía y parecía que vegetaba. Las piedras venían como torrentes y parecía como si de un solo bloque naciese y se formase el escollo y así todo se puso de nuevo sólido y fuerte. Vinieron entonces muchas gentes y también extranjeros que entraron por la puerta. La iglesia quedó establecida sobre tierra firme.

24. Nuevas maquinaciones contra Roma.

En uno de sus éxtasis la vidente, al ver la felonía de unos pocos que pretendían hacer una iglesia nacional, independiente de Roma, exclamó indignada, en un arranque de celo:

¡Quieren robar al Pastor sus propias ovejas! ¡Quieren meter dentro por la fuerza a otro que cede todo a sus enemigos!... *(Alzando el puño con enojo, prosiguió):* ¡Oh vosotros, malvados germanizantes!... ¡Esperad! ¡Esto no lo alcanzaréis! ¡El Pastor está firme sobre el escollo! Y vosotros sacerdotes ¿no os movéis? Dormís, y entretanto veis que todo arde por todas partes y no hacéis nada. ¡Oh, cómo os habéis de arrepentir un día! ¡Si hubiéseis al menos recitado un Padrenuestro! Durante toda la noche debo ver cómo han maltratado los enemigos a nuestro Señor sobre el monte Calvario. ¡Veo a todos unos traidores! No pueden soportar que se diga que las cosas van tan mal. ¡Todo va bien para ellos, con tal que se puedan gloriar con el mundo!...

25. Enfermedad del Cardenal Consalvi.

Padece mucho en estos días por la conversión del Cardenal Consalvi: lo ve entre tinieblas y con un velo de separación, como si estuviese excomulgado.

Lo veo en diverso estado. Su lenta enfermedad es una gracia de Dios. Ha cambiado su modo de pensar sobre muchos asuntos. Me pareció verlo como si moría y renacía, pero muy cambiado; muchas cosas confesó al Papa, de muchas cosas se acusó, a todo y renunció y entonces ví en él renacer nueva vida. Lo ví yacer en el lecho y en torno de él a muchos eclesiásticos de alto grado y una vez al Papa. Había en torno de él toda clase de escritos y de otras cosas y él entregó muchas de ellas; se hablaba y se preguntaba y he visto que él a menudo alzó la mano solemnemente afirmando. No sé si era que ya no podía hablar más distintamente. Me parecía que él se separaba de todo y que a todo renunciaba. El Papa quedó por un cierto tiempo solo con él; no sé si el enfermo se confesase con él, pero ví que alzó la mano y me pareció que la ponía al cuello del Papa. No sé si lo abrazaba o se despedía, o que el Papa le perdonaba algo. Después el Papa también se fué. Entre los escritos que el Cardenal entregó al Papa había uno que miraba a nuestra Iglesia y que no era según las intenciones del Papa. Me pareció, antes bien, que él lo ignorase del todo y es gran suerte que esto sucediese, pues el asunto ahora tomará un giro diverso del que

ellos esperaban. El cardenal lloraba; el Papa y los demás también lloraban; parecía que se despedían.

He visto que muchos pastores se dejan llevar a peligrosas concesiones contra la Iglesia. Aparté mi vista de este cuadro aflictivo y recé por los obispos. Yo pensaba que si éstos mejoran, mejorarán también los demás como consecuencia. He visto entonces entre otras cosas que la casa a la cual tuve que llevar a aquel hombre, era la iglesia bajo la autoridad del Cardenal Consalvi. En todas las cámaras había hijitos de él *(planes y proyectos)*. Había allí como una exposición de todos sus proyectos. Tuve que arrastrarlo delante del altar: esto significaba su conversión y el reconocimiento de sus errores. Había dado fuego a la casa y tuve que salvar con otros todos los bienes y llevarlos al redil. Habían fabricado una iglesia grande, curiosa y loca; allí dentro debían estarse todos unidos, con iguales derechos, evangélicos, católicos, gente de toda secta, y debían formar una comunidad de profanación y de impiedad, y haber un solo pastor y una sola grey. Tenía que haber un Papa, pero no debía poseer cosa alguna y debía ser asalariado. Todo estaba preparado y muchas cosas se cumplían; pero donde estaba el altar todo estaba en desorden y espanto. Tal debía ser la nueva iglesia. Entonces él pegó fuego a la casa de la iglesia antigua. El llegó a morir, a hacer penitencia y a confesar sus errores, y de nuevo revivió.

26. Ve una representación de concesiones ilícitas.

He vuelto de nuevo a Roma y me he escandalizado muchísimo. Encontré allí amontonada una cantidad desmesurada de ropa de iglesia desde el tiempo del último Papa. Había entre ellas muchas cosas con mis manos preparadas y luego consagradas. Mucha de aquella ropa no había sido usada nunca, sino abandonada y dispersada. Las franjas, los galones, las cintas habían sido quitadas a las vestiduras eclesiásticas y estaban rotas. Me habían dado también muchos crucifijos de marfil, pero los cuerpos estaban arrancados y quedaban sólo los pedestales de mármol y las cruces de leño; a uno de esos crucifijos le habían puesto un pequeño cuerpo de lata. Entre aquella ropa de iglesia iban y venían muchos eclesiásticos de altos empleos y de toda categoría, y miraban especialmente aquellos paños que sirven de examen en las escuelas y los vestidos de primera comunión y a semejantes cosillas que pendían del lado de afuera; pero a los ornamentos y las vestiduras de la iglesia los dejaban en el mayor desorden.

Me escandalicé especialmente por cinco desvergonzadas camisas de mujer que pendían mezcladas a aquellos grandes ornamentos eclesiásticos (*); estas camisas eran de mucho precio y de forma fuera de razón. Me escandalicé, pues me parecía no ser de ninguna manera para la esposa ni para el esposo *(de la mansión de bodas)*, sino para adúlteros. Tenían la parte superior cosida con listas de tela grosera, aunque lo demás era de tela más fina y transparente, adornada con toda clase de puntillas y bordados, franjas y trabajos de aguja. También las mangas eran de finísimo género y en la parte superior, junto al cuello, tenía un capuchón para bajar hasta los ojos, que impidiera ver cómo en medio del vergonzoso lujo y dispendio se ocultase la desnudez y la vergüenza. Me indigné por el escándalo de estas camisas, y aferré y junté todos los objetos que yo había preparado y los guardé en una cesta para llevarlos de allí, lamentándome de que mis cruces hubiesen sido despojadas. Uno de los eclesiásticos presentes no quería permitirme juntar y llevar aquellos objetos; pero otro conocido mío habló en mi favor. He visto también el alma de Lambert, que pasaba a lo lejos. *(Ayer fué día de San Martín)*. Le rogué que me ayudase y le pregunté por qué no venía a llevarme. Él sonrió, hizo una seña con el dedo y dijo: "Ten paciencia. ¿No te he dicho que debes sufrir aún mucho?" Con esto se alejó.

Me entretuve todavía mucho para recuperar lo mío y conseguí finalmente los pedestales de mármol de aquellas cruces sin crucifijos, y lo llevé todo. Pregunté cómo esas desvergonzadas camisas estuviesen allí, que yo de buena gana las rompería en mil pedazos. Me fué dicho que eso sucedió por respeto a ciertos señores y patrones protestantes, de quienes por complacerlos habían sido recibidas. Desprendí una y me dí cuenta de la capucha; creía al principio que fuese un cuello. Me produjo tal enojo, que dije entre mí: "¡Esperad, esperad! Estos vuestros trapos los quiero coser con hilo de pez y resina para que se vea por todos lo que aquí falta". Ví que también el Papa estaba muy amargado e irritado por causa de aquellas desvergonzadas camisas; destruyó una y la hizo mil pedazos. He visto a muchos cardenales y también a príncipes seglares de mal humor por la destrucción de las camisas.

(*) Estas cinco camisas se refieren a la ocupación de cinco obispados católicos, privados entonces de pastores. los cuales pretendía la autoridad civil proveer con sujetos dóciles al gobierno e inclinados al Iluminismo.

27. Va de nuevo a Roma donde ve confusión y tinieblas.

Volví a San Pedro y San Pablo (Roma) y ví un mundo tenebroso de necesidad, confusión y corrupción, penetrado de rayos de luz por las innumerables gracias de los millares de santos que allí reposan. Si pudiera de algún modo referir lo que allí he visto, en el centro de la Iglesia, esto bastaría para ocupar el entendimiento del hombre durante toda su vida.

Ví especialmente a aquellos papas cuyos huesos están cerca de mí. Debo tener además cerca de mí reliquias de Calixto I (*), que fué el Papa décimo séptimo, las cuales aún no he encontrado. Ví que este Papa tuvo muchas apariciones.

Ví también la muerte de San Juan Evangelista y que una vez se le apareció a Calixto juntamente con el Salvador y otra vez con María, para confortarlo en sus angustias. Ví muchas apariciones que tuvo Sixto, de quien poseo una reliquia. Ví sobre todo innumerables apariciones y manifestaciones de los apóstoles y de los discípulos unos a otros y a sus sucesores en aquellos tiempos de persecución. Ví aparecer en cierto orden los mensajeros de la Iglesia triunfante, en el cual sólo podía servir de norma la interior importancia esencial de la ocasión en que se aparecían y no el juicio del mundo ciego. A lo dicho acerca del discernimiento de las reliquias, debo añadir que he visto que Santa Práxedes tenía cierto conocimiento íntimo de ellas.

Ví al Papa en grande aflicción y congoja a causa del estado de la Iglesia. Le ví cercado de traidores. Ví que en sus grandes angustias tiene visiones y apariciones. Ví a muchos obispos buenos y piadosos, pero débiles y condescendientes y ví que los partidos malos adquirían con frecuencia preponderancia. Tuve otra vez la visión de los que intentaban destruir la iglesia de San Pedro y advertí que María extendió su manto sobre ella y fueron lanzados de allí los enemigos de Dios. Ví a San Pedro y a San Pablo obrar con gran solicitud en favor de la Iglesia. Ví la iglesia de los herejes y apóstatas en grande prosperidad; alrededor de ella ví extenderse las tinieblas y que muchos no iban ya a la verdadera iglesia, sino a la falsa, diciendo al entrar en ella: "Aquí todo es más hermoso, más natural, más ordenado".

(*) San Calixto hizo edificar la Iglesia de Santa María in Transtevere en el lugar donde según la tradición y las visiones de Ana Catalina, brotó una fuente de aceite el día del Nacimiento de Nuestro Señor. Hizo muchas obras en las catacumbas de su nombre; sufrió el martirio en una insurrección popular de los paganos contra el jefe de la Iglesia.

Entre ellos no ví a ningún sacerdote. El Papa resistió con firmeza, pero estaba muy atribulado. Ví que aquel tratado del cual esperamos obtener ventajas, no nos levantará, pues todas las cosas van decayendo de día en día. Ví que el Papa usa ahora de rigor y que le ha sido recomendada la fortaleza hasta la muerte. Ví que ha ganado con sus últimos actos de firmeza. Ví venir sobre esta ciudad una negra tormenta desde el septentrión.

28. La iglesia de la embajada protestante en Roma.

(17 de Noviembre de 1822)

Ví la falsa iglesia crecer y ví sus funestas consecuencias y ví a muchos herejes de todas condiciones ir a Roma. Ví aumentar allí la tibieza de los eclesiásticos y difundirse más y más la oscuridad. Entonces se extendió por todas partes esta visión. Ví en todo lugar a la comunidad católica oprimida, perseguida, impedida y sujeta. Ví que en muchos lugares se cerraban las iglesias y ví por todas partes la desolación. Ví guerras y efusión de sangre. Ví surgir poderosamente un pueblo oscuro y feroz, pero que esto no duró mucho tiempo. Ví que la iglesia de San Pedro iba a ser demolida mediante un plan hábilmente concertado por las sociedades secretas y devastada por violenta tempestad.

Pero en medio de tantas desdichas ví cerca la salvación. Ví a la Santísima Virgen subir a lo alto de la iglesia y extender su manto. Cuando ví esto dejé de ver al Papa actual y ví a su sucesor, que era dulce y severo al mismo tiempo. Este supo atraer a los buenos eclesiásticos y alejar de sí a los malos. Ví renovarse todas las cosas y construir una iglesia que se elevaba hasta el cielo.

(2 de Enero de 1823). Fuí al lugar del pastor (Roma), donde había gran peligro. Querían asesinar al fiel mayordomo, pero yo me puse en medio y el cuchillo me penetró por el lado derecho hasta la espalda. El buen mayordomo se volvió a su morada; en el camino le salió al encuentro un traidor que llevaba un cuchillo debajo de la capa. Viendo yo que con maligno intento le abrazaba amistosamente, me arrojé por debajo de la capa y recibí una herida en la espalda. Entonces se oyó un chasquido tal como si el puñal hubiera tropezado en ella. El mayordomo se defendió. pero al fin cayó al suelo desmayado. El asesino huyó y acudió gente.

29. Muerte de Pío VII. - El papa León XII.

(Otoño de 1823)

He visto al Papa en el momento que cayó por tierra. Algunos acababan de separarse de él. Levantábase de su silla para alcanzar alguna cosa, cuando tuvo la caída (*). No podía yo creer que había muerto. Parecíame que seguía gobernando y que todo procedía de él. Cuando le ví ya muerto parecíame que estaba orando. Pío estaba en continua oración conversando con Dios y tuvo frecuentes ilustraciones interiores. Era muy benigno y complaciente. León XII no puede aún orar así, pero tiene una voluntad muy firme.

En la fiesta de la Asunción he visto muchas cosas de Consalvi (**), a quien el Papa y después otro cardenal exhortaron a cumplir su promesa de poner suma atención en los asuntos de la Iglesia. He visto que su madre le enseñó cuando era niño una breve oración a la Virgen Santísima, la cual solía él decir por la mañana y por la tarde, por lo cual intercedió María por él cerca de Jesús. He visto esto muchas veces. También he visto que María le exhortaba y le daba gracia para que se enmendara.

(Noviembre). En estos días induje a un empleado, en San Pedro de Roma, que manifestara al Papa que era francmasón. El se disculpó alegando que en esta sociedad sólo era cajero y decía que en esto no había nada de malo y quería continuar en ella. El Papa le habló severamente diciéndole que renunciara sin tardanza a ser masón o dejara el empleo pontificio. Yo misma oí toda la conversación.

(*) El Papa Pío VII murió el 25 de agosto, a consecuencia de una caída en la cual se quebró el fémur.

(**) Hércules Consalvi (1757-1834), nombrado cardenal secretario de Estado por Pío VII, se opuso a las exigencias injustas de Napoleón. Parece no haber sido bastante enérgico ante las pretenciones de gobiernos masónicos o protestantes. Ana Catalina sufre largo tiempo por la total conversión del ilustre enfermo.

Capítulo XII

VISIONES DE LAS IGLESIAS CISMATICAS Y HERETICAS

INTRODUCCION

Comprende este capítulo numerosas visiones relativas a los males que ocasionaron las sectas, los cismas y las sociedades secretas, que desgarraron la unidad de la Iglesia Católica en época de grandes trastornos políticos. Este lamentable estado era consecuencia de los desórdenes de la revolución francesa, de los errores del josefinismo en Alemania y Austria, de los abusos del poder de Napoleón, del galicanismo en Francia y del auge creciente de la masonería, enemiga declarada de la Iglesia. La supresión de la benemérita Compañía de Jesús, que combatió los errores del siglo, aumentó extremadamente la gravedad de la situación.

Ana Catalina ve en Rusia a los ortodoxos, bajo el zar Nicolás I, que persiguen a los católicos, les prohiben la predicación, los obligan a emplear los libros rituales cismáticos y pretenden que los niños católicos frecuenten los templos ortodoxos. En Alemania los luteranos, amparados por el poder civil, favorecieron la escuela laica, los matrimonios mixtos, y la supresión y despojo de los conventos, como asimismo tuvieron la pretensión de proveer a los obispados católicos. Aumentaron el mal las actividades de la secta de los Iluminados y los propugnadores de una iglesia nacional alemana independiente de Roma.

La "mansión de bodas", a que se refiere la vidente, es un lugar simbólico, donde ella contempla el estado de todas las iglesias cristianas: la Católica y las disidentes, que forman el cuerpo místico de Cristo. La Matrona representa a la Iglesia Católica, y las madres enfermas, a las iglesias cismáticas y heríticas, cuyos hijos, según se muestra en sugestivas figuras, sienten vivos deseos de unirse a la Iglesia universal.

1. Renovación de la Iglesia.
(Navidad de 1819)

Estuve en la mansión de bodas. La Matrona continuaba enferma. A pesar de todo, ponía orden, limpiaba y barría en diversos lugares del jardín. He visto que el redil de la mansión

de bodas se había convertido en iglesia. Las plantas de nueces, que circundaban el establo, ya se habían secado desde las raíces y las nueces estaban vacías y resecas. He visto a muchos santos, en antiguas vestimentas sacerdotales, que limpiaban la iglesia y quitaban las telarañas. Las puertas estaban abiertas y la iglesia se volvía cada vez más luminosa. Era como cuando los patrones hacen las obras que deberían hacer los siervos. Los que estaban dentro de la mansión de bodas no hacían cosa alguna y en parte estaban de mala gana allí; con todo había ahora gran movimiento entre ellos. Parecía como si, ordenada una vez la iglesia, ellos debían también entrar; algunos debían ser echados en seguida y bien lejos. Mientras la iglesia se volvía cada vez más pura y brillante, he aquí que salió de ella una fuente clara y hermosa que se desparramó por todas partes, a través de los muros, con aguas cristalinas y reavivó todas las cosas, serpenteando por el jardín. Cuando brotó esa fuente todo se hizo más luminoso y alegre. Arriba he visto también un altar luminoso como espíritu celeste; he visto un crecer y agrandarse, como si todo aumentase y vegetase en aquella iglesia: los muros, el techo, los ornamentos, las formas, todo, en una palabra. Los santos seguían su trabajo y el movimiento en la mansión de bodas era siempre más intenso.

2. El Cuerpo Místico.

(Junio de 1820)

Me encontré en la iglesia de la mansión de bodas. Había allí fiesta solemne como la que se acostumbra al principiar la cosecha de las mieses. En la iglesia he visto a Nuestro Señor Jesucristo como pastor, a los apóstoles y discípulos, a muchos santos y beatas almas en altos coros y sobre el pavimento ví a muchos eclesiásticos y laicos vivientes, entre los cuales he reconocido a varios. Parecía que venían orando e implorando bendiciones sobre la cosecha y pidiesen obreros para hacerla y como si Jesús invitase a aquella obra y dijese: "La mies es grande y los obreros pocos; rogad por tanto al patrón de la mies para que Él mande operarios a la cosecha". Y parecía que el Señor enviase a sus discípulos y apóstoles, con las formas eclesiásticas, como lo había hecho cuando vivía entre ellos. Yo también salí fuera a la cosecha, y conmigo también algunos de aquellos sacerdotes y laicos vivientes. Muchos, empero, no quisieron salir, y se excusaban y quedaban atrás. En lugar de ellos he visto adelantarse muchos santos y beatos.

INDICE

ANA CATALINA EMMERICK

VISIONES Y REVELACIONES COMPLETAS

Según las anotaciones de
CLEMENTE BRENTANO
BERNARDO E. OVERBERG y GUILLERMO WESENER

Juicios de eminentes autoridades eclesiásticas y civiles de Europa y América

Versión castellana por el
R. P. JOSÉ FUCHS, *S. S.*

Prólogo por el Embajador
DANIEL GARCÍA - MANSILLA

Estudio crítico por
JUAN CARLOS MORENO

TOMO PRIMERO
LIBRO III

AUTOBIOGRAFIA Y VISIONES GENERALES

México, D. F.

CAPÍTULO XII

VISIONES DE LAS IGLESIAS CISMATICAS Y HERETICAS

INTRODUCCION

Comprende este capítulo numerosas visiones relativas a los males que ocasionaron las sectas, los cismas y las sociedades secretas, que desgarraron la unidad de la Iglesia Católica en época de grandes trastornos políticos. Este lamentable estado era consecuencia de los desórdenes de la revolución francesa, de los errores del josefinismo en Alemania y Austria, de los abusos del poder de Napoleón, del galicanismo en Francia y del auge creciente de la masonería, enemiga declarada de la Iglesia. La supresión de la benemérita Compañía de Jesús, que combatió los errores del siglo, aumentó extremadamente la gravedad de la situación.

Ana Catalina ve en Rusia a los ortodoxos, bajo el zar Nicolás I, que persiguen a los católicos, les prohiben la predicación, los obligan a emplear los libros rituales cismáticos y pretenden que los niños católicos frecuenten los templos ortodoxos. En Alemania los luteranos, amparados por el poder civil, favorecieron la escuela laica, los matrimonios mixtos, y la supresión y despojo de los conventos, como asimismo tuvieron la pretensión de proveer a los obispados católicos. Aumentaron el mal las actividades de la secta de los Iluminados y los propugnadores de una iglesia nacional alemana independiente de Roma.

La "mansión de bodas", a que se refiere la vidente, es un lugar simbólico, donde ella contempla el estado de todas las iglesias cristianas: la Católica y las disidentes, que forman el cuerpo místico de Cristo. La Matrona representa a la Iglesia Católica, y las madres enfermas, a las iglesias cismáticas y heríticas, cuyos hijos, según se muestra en sugestivas figuras, sienten vivos deseos de unirse a la Iglesia universal.

1. Renovación de la Iglesia.
(Navidad de 1819)

Estuve en la mansión de bodas. La Matrona continuaba enferma. A pesar de todo, ponía orden, limpiaba y barría en diversos lugares del jardín. He visto que el redil de la mansión

de bodas se había convertido en iglesia. Las plantas de nueces, que circundaban el establo, ya se habían secado desde las raíces y las nueces estaban vacías y resecas. He visto a muchos santos, en antiguas vestimentas sacerdotales, que limpiaban la iglesia y quitaban las telarañas. Las puertas estaban abiertas y la iglesia se volvía cada vez más luminosa. Era como cuando los patrones hacen las obras que deberían hacer los siervos. Los que estaban dentro de la mansión de bodas no hacían cosa alguna y en parte estaban de mala gana allí; con todo había ahora gran movimiento entre ellos. Parecía como si, ordenada una vez la iglesia, ellos debían también entrar; algunos debían ser echados en seguida y bien lejos. Mientras la iglesia se volvía cada vez más pura y brillante, he aquí que salió de ella una fuente clara y hermosa que se desparramó por todas partes, a través de los muros, con aguas cristalinas y reavivó todas las cosas, serpenteando por el jardín. Cuando brotó esa fuente todo se hizo más luminoso y alegre. Arriba he visto también un altar luminoso como espíritu celeste; he visto un crecer y agrandarse, como si todo aumentase y vegetase en aquella iglesia: los muros, el techo, los ornamentos, las formas, todo, en una palabra. Los santos seguían su trabajo y el movimiento en la mansión de bodas era siempre más intenso.

2. El Cuerpo Místico.

(Junio de 1820)

Me encontré en la iglesia de la mansión de bodas. Había allí fiesta solemne como la que se acostumbra al principiar la cosecha de las mieses. En la iglesia he visto a Nuestro Señor Jesucristo como pastor, a los apóstoles y discípulos, a muchos santos y beatas almas en altos coros y sobre el pavimento ví a muchos eclesiásticos y laicos vivientes, entre los cuales he reconocido a varios. Parecía que venían orando e implorando bendiciones sobre la cosecha y pidiesen obreros para hacerla y como si Jesús invitase a aquella obra y dijese: "La mies es grande y los obreros pocos; rogad por tanto al patrón de la mies para que Él mande operarios a la cosecha". Y parecía que el Señor enviase a sus discípulos y apóstoles, con las formas eclesiásticas, como lo había hecho cuando vivía entre ellos. Yo también salí fuera a la cosecha, y conmigo también algunos de aquellos sacerdotes y laicos vivientes. Muchos, empero, no quisieron salir, y se excusaban y quedaban atrás. En lugar de ellos he visto adelantarse muchos santos y beatos.

Entonces ví el campo de las mieses junto a la mansión de bodas y he visto en ese campo un cuerpo levantado y dirigido hacia el cielo. Estaba horriblemente mutilado: ciertas partes de las manos y de los pies estaban cortadas, y en otros lugares se veían anchas heridas y aberturas. Algunas de estas heridas eran recientes y sangraban aún; otras estaban rellenadas de carne mal crecida y pútrida; otras como cicatrizadas y osificadas; un lado entero del cuerpo aparecía negro y grangrenoso, como consumido.

Mi guía me indicó que aquel cuerpo era el de la Iglesia, y también el de todos los hombres, y al señalarme toda herida y toda mutilación, me indicó como estaban en dirección a todas las partes del mundo. Y yo he visto de una mirada a pueblos y hombres separados y aún en la más remota distancia estaban delante de mí con sus usos y costumbres. Sentí los dolores de la separación de esos miembros como si fuesen cortados de mi propio cuerpo. ¿No debe acaso un miembro suspirar por unirse con el otro y dolerse y afanarse para que sane y se una nuevamente con el cuerpo? ¿No debe acaso un miembro sufrir dolores para que otro sane? Me dijo mi guía que los más próximos y más dolorosamente divididos son aquéllos a quienes se les ha quitado el corazón de su seno. Yo pensé en mi simpleza: "Estos son los parientes y consanguíneos"; y dirigía mi pensamiento hacia mi hermana; pero me fué dicho: "¿Quiénes son mis hermanos? Aquéllos que observan los mandamientos de mi Padre son mis hermanos; no son los consanguíneos los más próximos al corazón. Los consanguíneos de Cristo son los que consienten con Él en el modo de pensar, y, después, los católicos que han caído o están separados".

He visto, por otra parte, que el lado negro y gangrenoso del cuerpo será muy pronto curado Aquella carne mal crecida, que cubre las heridas, representa a los herejes. Los que ya no tienen sentimiento religioso se encuentran en estado de gangrena. He visto cada miembro, cada herida, con su significación. Ese cuerpo llegaba hasta el cielo. Era también el cuerpo de Cristo. Esa vista me hizo olvidar mis dolores y comencé a trabajar con todas mis fuerzas en cosechar, atar y llevar cosas a la mansión de bodas. He visto cómo los santos ayudan desde lo alto y cómo los doce futuros apóstoles, el uno después del otro, tomaban parte en el trabajo. De los cooperadores vivientes he visto a pocos y alguno que otro situados a distancia. Me oprimía la fatiga del trabajo y los dedos me dolían a fuerza de atar; sudaba a mares. Tenía precisamente mucho que hacer con unos

haces de granos llenos y las espigas me punzaban y me sentía ya exhausta.

De pronto apareció un hombre muy apuesto y adornado, y me dijo que dejara aquel trabajo, que no podría soportarlo y que por lo demás, no era cosa que me correspondía a mí. Al principio no lo reconocí; pero como empezó a cortejarme y a prometerme días felices, si me iba con él, comprendí que era el diablo y lo despaché con cajas destempladas, y se esfumó.

He visto todo ese campo de las mieses circundado de una vid en demasía grande y he visto a los nuevos apóstoles trabajar allí con mucha voluntad e invitar también a otros. Al principio estaban lejos los unos de los otros. Al terminarse la cosecha hubo una gran fiesta de acción de gracias, celebrada por todos aquéllos que habían tomado parte en el trabajo.

3. Ve la distribución de los frutos de la cosecha.

Estoy aún rendida del trabajo y todos los miembros me duelen por la fatiga. En los campos de la mansión de bodas entré en una cabaña espaciosa y vacía, y encontré adentro, en un ángulo, a ciertas pobres gentes. Estas personas padecían hambre, y yo pensaba cómo podía ayudarlas; pero acudían siempre más personas de alto rango y humildes, de cerca y de lejos, conocidas y desconocidas, eclesiásticos y seglares, de toda edad y condición, y todos querían ser ayudados. Mi guía me dijo que yo podía proveer a todos provisiones, si estaba dispuesta a trabajar con diligencia. Como me mostré pronta y dispuesta, me condujo sobre una llanura junto a un gran campo de cebada y trigo. Aquellas gentes me siguieron y se saciaron con los granos; pero yo las ordené luego para cosechar, para atar y transportar y tuve que dirigirlas y tener cuidado de todo el trabajo. Aquéllos de más alta condición tuvieron sólo el cuidado de la vigilancia. Pero la mayor parte de esa gente era perezosa y poco hábil: sus haces no se mantenían unidos. Yo debía poner siempre a uno en medio y en él apoyaban ellos los demás. La cosecha fué llevada a la choza, allí trillada y colocada separadamente en una cantidad de recipientes. En la parte superior del granero había una gran parte de la cosecha y ésta fué del Papa. Una parte la obtuvo un piísimo Obispo desconocido para mí y otra parte la obtuvo el Vicario General con nuestros vecinos. He visto entonces las comunidades, y aquí y acullá sacerdotes de nuestra vecindad recibir sus porciones. Algunos obtuvieron mucho, otros poco. Los buenos obtuvieron más. Los mejores, más

trigo que cebada. Los malos no obtuvieron nada. Poquísimo de aquella cosecha llegó hasta aquí; muchísimo obtuvo el párroco de H... El confesor obtuvo un cuarto de fanega. Lo restante lo obtuvieron aquéllos que lo habían deseado. A veces obtenía parte un simple vicario y el párroco no obtenía nada. Mi guía trabajaba y hacía las partes. Estaba tan fatigada de este trabajo que aún no he podido restablecerme.

4. Comunidad de herejes y cismáticos.

Encontré la casa de las banderitas donde la gente entra y sale con los libros. Aquí no se ve altar alguno y por eso presenta muy mala figura. Fuí conducido por el medio y era como si pasase por un camino público. Los bancos y los asientos están dispersos de un lado y otro, y en parte fueron robados; el techo está caído y a través de los tirantes se ve el azul del cielo. Entonces he visto dos madres cubiertas de tumores, cada una teniendo dos hijas de la mano, vagando de un lado a otro. como perdidas. Otra tercera, la más mísera de ellas, yacía mucho más atrás, junto a ese templo en ruinas, con un niño pequeño. No podía moverse de aquel lugar. Estas mujeres no eran muy viejas y sus vestidos eran largos y estrechos y no de la forma acostumbrada por los demás habitantes de la ciudad. Parecía que estuviesen sólo envueltas en esas ropas para ocultar sus llagas y tumores Reconocí que no eran los hijos los que tomaban vigor de ellas, sino ellas las que recibían un tanto las fuerzas de sus hijos. Estas madres no valían gran cosa; pero aquellos inocentes niños no eran culpables de tantas calamidades. La una vacilaba caminando detrás de la otra. No tenían ya verdadera casa propia y se habían arrastrado vagabundas y recogiéndose en tan malos albergues que se les habían pegado todas esas enfermedades. Las he visto más tarde de noche; he chupado sus tumores y los he vendado con hierbas medicinales. Las habría llevado también a la iglesia, pero estaban todavía muy tímidas y avergonzadas y se rehusaban.

Estos cristianos separados de la iglesia no tienen ni siquiera un lugar en el Santo Sepulcro, aunque ahora precisamente intentan colarse en algunos lugares; han interrumpido entre ellos la sagrada ordenación sacerdotal y han desechado y perdido el santo sacrificio de la Misa. Esta es la calamidad de estos pobres cristianos.

He hablado con aquellas pobres madres que con sus hijos van errando de aquí para allá por el prado. Ciertamente dentro

de poco les irá algo mejor a ellas. Aquéllos que tiene hijos son como árboles viejos que germinan de nuevo por las raíces y por eso no se arrojan al fuego. Los hijos significan aquellas almas que se esfuerzan por entrar en el seno de la iglesia y arrastran consigo a las madres privadas de todo alimento. Estas madres están ya desprovistas de todo vigor y de todo poder, y son dominadas por sus hijos. Las dos descarriadas madres que están más vecinas a la iglesia tienen cada una dos hijos, que corren sostenidos por la mano, de los cuales ellas están enteramente dominadas. La tercera, que yace tan enferma en el camino, junto a aquel templo descubierto y devastado, no tiene sino un hijo, que es mucho más pequeño, pero es un hijo. También ella vivirá.

5. Efecto de la oración sobre estas pobres madres.

Encontré nuevamente a las dos madres con sus cuatro hijos. Estaban ya más cercanas a la mansión de bodas. Aquellos hijos no se quedaban quietos: las arrastraban hacia delante, y debían seguirlos. Pero no entraron ni siquiera en el jardín; quedaban afuera, tímidas, avergonzadas y admiradas. No habían siquiera soñado lo que allí adentro veían. Oré de nuevo delante del pesebre por estas pobres madres para que llegasen siquiera a penetrar en el jardín de la mansión de bodas, y entonces ví cómo la Matrona (*) salió a buscarlas y a invitarlas a reunirse de nuevo con ella. Ella, empero, las invitaba como a hurtadillas, y hacía así como si sólo hubiese salido por casualidad; procedía con timidez y como ocultándose. Esto me llenó de inquietud tanto más cuando ví que ella se dirigía primero a un pastor separado. Yo temía que no tuviese consigo su vaso y así no tuviese fuerza alguna, de modo que el pastor se pudiera apoderar de ella, no dejándola volver al jardín de las bodas. Yo hubiera deseado que se dirigiese primero a las madres de aquellas criaturas. Le fuí al encuentro y hablé mucho con ella; pero me alegré que tuviese consigo el vaso.

Por mi estado de sufrimiento conocí que no estaba sana del todo la Matrona: alguna de sus llagas se habían cerrado muy pronto y el mal se había renovado internamente. He visto que por esto estaba impedida para hacer bien su oficio de invitar a aquellas madres y que aquel proceder furtivo y su timidez eran consecuencias; no anduvo francamente en el nombre del Señor. Hablé mucho con ella. No estaba llena de amor de Dios,

---

(*) La Matrona es la imagen de la Iglesia Católica, y las madres desfiguradas y enfermas, de las iglesias cismáticas.

porque habló tanto de sus derechos y de sus posiciones, que le prestaban poca fe cuando hablaba de amor. Me habló de todos sus derechos y gracias. Cuando le pregunté qué llevaba en aquel vasito, me respondió que era un secreto, una cosa santa; no sabía propiamente que cosa fuese y no lo usaba, sino que lo llevaba cerrado consigo. Estaba de malhumor porque no la había sanado del todo y curado. La conduje, pasando cerca del pastor, hacia aquellas madres que venían hacia ella arrastradas por los hijos. Habló con ellas; ellas al principio se mantenían reservadas Las invitó a reunirse y a reconcidiarse con ella y a entrar en el jardín de bodas. Los hijos lo deseaban de buena voluntad; las madres querían primero hablar con aquel pastor y entonces todos juntos fueron hacia allá. La anciana Matrona habló con él y yo estaba inquieta porque no estando aún perfectamente sanada la Matrona, temía se condujese con mal humor y con poca habilidad y destreza. Y esto aconteció en parte, puesto que dijo que lo tenía todo y que todo le pertenecía, fuerza y gracia, bienes, derechos y cosas semejantes. Aquel pastor del sombrero de tres puntas no se conmovió mucho ni estaba bien dispuesto y dijo: "¿Qué tienes tú en aquel vasito que llevas contigo?" Ella respondió que era un misterio (*), y bien se veía que era también misterio para ella. El pastor se puso de mal humor ante esa respuesta y dijo: "Si tú vienes de nuevo con tu misterio, no te quiero oír hablar. Por causa de este tu tráfico de misterios nos hemos separado. Lo que no se puede declarar públicamente y mostrar a plena luz a los ojos de los hombres, no tiene valor y mostrar a plena luz a los ojos de los hombres, no tiene valor alguno". Así se separaron. Las dos madres no quisieron entonces ir con la Matrona, que se volvió conmigo a la mansión de bodas. Pero los hijos de esas madres no se dejaron retener y corrieron detrás de nosotras. Tenían y sentían especial inclinación hacia nuestra Matrona y entraron con ella en el jardín. Allí miraron y examinaron todas las cosas; pero no estaban todavía preparados para permanecer allí; corrieron de nuevo hacia las madres para contarles todo lo visto. Estaban, por otra parte, muy conmovidos.

6. La conversión de los cismáticos.
(Noviembre de 1820)

En mis dolores invoqué a la Madre de Dios para que me ayudase a fin de que todos los corazones que estaban próximos

(*) Este misterio, cuya fuerza parece ignorar la Matrona, podría indicar, como Ana Catalina frecuentemente lo lamenta, los grandes dones divinos que posee el sacerdocio: sacramentos, bendiciones, exorcismos, etc.

a la verdad, al fin se convenciesen y volviesen a la Iglesia. Ella vino a mí en la mansión de bodas y me enseñó como debía cocinar para 220 huéspedes. Yo debía recoger múltiples hierbas y frutos del jardín de bodas, en el cual había caído un rocío de los jardines celestiales. Mi trabajo era semejante al que tiene un hobre en una droguería: debía preparar y cocer variadas mezclas según las diferentes enfermedades y faltas de las almas. Era muy diferente de lo que es cocinar ordinariamente. En todas las cosas tenía que ser consumido en el fuego de la caridad todo lo que era terrenal; luego, con fatigosa actividad, debía obtenerse una mezcla y una compenetración perfecta de las más variadas sustancias y esencias. María me explicó lo que yo hacía y me indicó el significado y el fin de los varios condimentos que debía emplear en las comidas, según las circunstancias de uno y otro huésped. Todos estos trabajos simbólicos de visión se cambiaban en dolorosos sufrimientos y múltiples penas en mi naturaleza terrena. He visto por mi trabajo de cocina que se consumían las durezas y resistencias en ciertas naturalezas de hombres y según los defectos de los diversos ánimos resultaba más o menos difícil mi obra. Finalmente los he visto a todos entrar en la mansión de bodas, donde cada uno tuvo su comida. Los he visto en las comarcas más variadas acercándose con los hijos de Dios al banquete del Señor.

7. Conversión de una antigua secta (*).

Viajé hacia Belén y recorrí aquel camino con graves dificultades, pero velozmente. En la proximidad de la mansión de bodas encontré a una mujer viejísima que estaba en el camino; me pareció tan vieja como si fuese contemporánea del nacimiento del Señor. Estaba tan apretadamente vestida de pies a cabeza con un vestido negro, que apenas podía caminar. Me pidió ayuda. La recibió en vestidos y limosnas. Me escondía alguna cosa, que yo presentía y a la cual me sentía también atraída. Era un niño muy pequeño puesto bajo su manto y que no quería mostrar, como si se avergonzase o temiese que yo se lo pudiese quitar; parecía que no tenía otra cosa que aquel niño y que vivía sólo por él. Lo tenía de tal manera oculto como si lo hubiese robado. Pero tuvo que mostrármelo. ¡Ah!, era en verdad una miseria ver cómo aquel niño estaba tan estrecha y malamente fajado; no podía siquiera moverse; yo le aflojé las

(*) Parece referirse a los Maronitas, cristianos del Monte Líbano, antiguamente monotelistas, vueltos a la fe católica en tiempo de las Cruzadas. Tenían una liturgia especial, que dicen haber recibido del apóstol Santiago.

fajas que lo aprisionaban y lo hacían tan miserable y doliente. Lo purifiqué y lo sané un tanto y lo quise retener conmigo; pero aquella vieja no quiso en ningún modo dejármelo. Pensaba yo: "Si este niño estuviese libre, en la mansión de bodas crecería y se desarrollaría muy pronto". Parecía que el niño me quería tanto, que con sus manitas se me aferraba. Pensé también que si tuviese a la vieja en el jardín, me podría ayudar a arrancar los cardos. Le dije que pronto estaría de vuelta y si veía yo que había tratado al niño de modo más razonable, obtendría de mí mayores socorros. Era algún tanto su modo de ser como el de aquel obstinado viejo de la cruz. Me prometió que haría todo según mi deseo.

Esta gente decaída es muy orgullosa por su origen y por la pura continuación de los usos primitivos de la primera iglesia; por eso está tan estrechamente arropada y permanece tan solitaria reunida aquí y acullá en pequeños grupos. No tiene en verdad mala intención, pero llegó a ser en modo espantoso ignorante y obstinada. Así sucede cuando la mujer se separa del marido y quiere predicar; ella se va segregada por los montes. Faja tan estrechamente a su hijo y lo esconde para que no se haga distinto de ella y conserve la entera inocencia de la niñez y del origen, como también ella, la vieja, tan fajada, cree que ha conservado su entera inocencia; pero en verdad esta pobre vieja no tiene otra cosa que su mísera obstinación endurecida y camina vacilante de un lado a otro del desierto. Yo le puse ante los ojos, con toda compasión del corazón y con toda caridad, su perversidad, su pobreza, su obstinación hasta morir de hambre; todo su orgullo y su miseria; lo hice repetidamente y le supliqué tuviera compasión de sí misma y se apresurase a salir de su aislamiento irrazonable y corriese hacia la fuente de vida, hacia los santos sacramentos de la Iglesia. Pero estaba obstinada y dura y me respondía bruscamente con sus palabras. Decía que los católicos no practicaban lo que enseñaban. Yo le respondí que era absurdo y perverso apartarse de las enseñanzas de la verdad y rechazarlas por causa del mal proceder de algunos, tanto cuanto el rechazar la virtud porque existen algunos viciosos. Ella no sabía qué contestar; pero permaneció obstinada. Esta pobre mujer fué echada de la iglesia del Santo Sepulcro: no tiene ni lugar ni asilo; pero allá arriba, en la Iglesia celeste y espiritual que yo veo sobre la gruta del pesebre de Belén, se reza y se ora en su favor y es festejada. En esto está su felicidad; es un hilo delgado de vida del cual le viene algún alivio. ¡Ah! ¡lo espero! Ella está por entrar en sí misma.

8. Entre los miembros de una secta oriental.

Entre las gentes con las cuales tuve que tratar durante mi viaje a la mansión de bodas, había más mujeres que hombres, lo que me ha maravillado. Llevaban vestidos largos y tenían la cabeza envuelta con lienzos de los cuales pendía una faja que descendía por las espaldas. Con ellos había un sacerdote; pero sin fuerza alguna ni poder, como si no lo fuese. Leía y rezaba bastante mal. Entonces fuí conducida delante de un caballo muy fogoso y salvaje, que el sacerdote tenía para domar. Pero él se espantó y huyó y con él todos los demás. Entonces mi guía me mandó montar ese caballo. Mi guía me levantó en alto y yo me senté de lado sobre el caballo, que se puso manso y se aquietó. Tuve por cinco veces y en círculos cada vez más largos que recorrer todo el lugar donde aquella gente estaba reunida, para tener apartados aquellos animales que yo había alejado de ellos y que siempre trataban de volver. Al fin los eché definitivamente. Durante la quinta gira ví un redil y pensé: "También tú debes entrar conmigo", y lo hice entrar cabalgando. Entonces volví con el caballo hacia el sacerdote. No tenía silla, pero sí riendas y freno, y se había vuelto bueno y manso.

9. Con una antigua secta cristiana.
(4 de Octubre de 1821)

Tuve que hacer un viaje sumamente penoso. Tenía que cumplir una embajada, pero se me presentaron miles de obstáculos durante el camino. Fuí perseguida, maltratada, sufrí hambre y sed. calor y cansancio y fuí muy molestada por los espíritus malignos. Con todo esto llegué a cumplir mi embajada; Tuve que ir, bajo la forma de los exploradores de Moisés, los Maleacos, desde Iagbecha hasta una antigua secta cristiana que suspiraba con gran deseo por un maestro de la verdadera doctrina. Me fué puesta encima la vestimenta de los Maleacos y fuí acompañada por el profeta Malaquías, que me instruyó sobre todo lo que tenía que hacer. Pasamos por la Judea, el desierto de Sinaí y a lo largo del Mar Rojo. Durante el camino he visto todos los acontecimientos que habían tenido lugar allí con anterioridad y que tenían alguna relación con la misión que me habían encomendado. Ví también muchas cosas de la vida de Malaquías. Las gentes a las cuales era enviada habitaban en cinco establecimientos y estaban sujetas a un jefe espiritual que daba las

normas en religión, Este sacerdote se atenía mucho al Antiguo Testamento y a la ley de Moisés. Tuve por eso que explicarle el significado de algunas profecías, por ejemplo aquellas palabras: "Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec", y si Aarón fué un sacerdote de esa forma; si Moisés sobre el Sinaí hubiese recibido otra cosa que una simple ley eterna y disciplinaria para un pueblo que creía ya en la antigua ofrenda del pan y del vino; le dije si esa ofrenda no era acaso la más santa posible y el verdadero princípio y fin; si Abrahán no ofreció a Melquisedec el pan y el vino y el pago de los diezmos y se hubiese inclinado reconociéndolos ante las ofrendas de esta iglesia... Después le tuve que aclarar algunos pasajes de los Salmos, por ejemplo: "Dijo el Señor a mi Señor", y también aquellos pasajes de Malaquías que se refieren a un sacrificio y a una ofrenda incruenta. Tuve que exhortarlo a ir a Roma a hacerse instruir y expresar el deseo que en esta instrucción le fuesen declarados especialmente y explicados aquellos pasajes que yo le había indicado. Ví que el hombre, ante mis palabras, se levantó y buscó en el Antiguo Testamento aquellos pasajes.

Esta gente no tenía habitación permanente; parecía que recién entonces comenzaban a establecerse. Ocuparon una cierta extensión de tierra, la circundaron de una muralla y fabricaron casas de arcilla y de ramas entretejidas. Parecía que descendieran de los Madianitas. El bien hecho por los antepasados resulta en ventaja de los descendientes. Quien obra el mal interrumpe esta trabazón; quien obra el bien y triunfa del mal en sí mismo, prolonga también la fuente de las bendiciones.

10. Describe el cisma griego (*)

En el camino desde Belén a la mansión de bodas, encontré a un hombre de cabellos grises, viejo, de noble aspecto, pero muy enfermo y herido; también él había perdido o tirado algo que no le pertenecía a él sino más bien a su familia y que debía buscar nuevamente. Esto estaba muy cerca de él y él nada sabía de ello. Me pareció que él pertenece también a la Matrona que, envuelta en un manto, estaba muy cerca del jar-

(*) El cisma griego fué motivado por la ambición de Focio que con el favor del Emperador despojó a San Ignacio de su sede en Constantinopla y se hizo nombrar Obispo en su lugar. No habiendo obtenido confirmación en su cargo del Papa Nicolás I y condenado en el Concilio y excomulgado, logró más tarde volver a la sede de Constantinopla, separando así la iglesia de Oriente de la de Roma.

dín de la mansión de bodas. Este hombre parecía que no quería ir adonde estaba ella y estaba menos dispuesto que ella a una reunión. Tenía siempre cerca de él una antigua cruz larga de un codo, de leño negro y de la forma de una Y. Pensé que esta cruz debía haber sido muy usada, pues estaba muy consumida y lisa por el uso. Él daba tanta importancia a la posesión de esta cruz que causaba maravilla. "¡Ah tú, querido viejo, ¿de qué te puede servir esta cruz de madera si te olvidas de tu Redentor?" Él está tan rígido, obstinado y lleno de sí mismo, que no puede ser removido del lugar donde se ha plantado y por sí mismo no puede dar un paso más allá. Se ha separado desde hace tiempo de la Matrona; no quiere adaptarse y acomodarse con ella y ella no puede concederle todo lo que pretende. Temo que de éste vendrá todavía grande miseria en el mundo. Con todo, algo he curado en aquel viejo perverso.

Más tarde Ana Catalina añadió las siguientes palabras contestando a algunas observaciones del Peregrino:

Aquel viejo extravagante y obstinado con su cruz, no tiene hijo alguno. Él no quiere dar importancia alguna a esto. Al fin no llegará a entrar en la casa. Ciertamente empezará a ocasionar de nuevo muchos males y graves acontecimientos. También aquella Matrona, con las cosas santas en el vasito, no tiene ningún hijo. Ella es la Iglesia misma, en una forma que representa cómo ella está enferma en muchos de sus miembros y cómo es maltratada y desconocida por muchos de sus hijos. Ahora está de nuevo en el jardín.

11. Encuentra en su viaje a Belén nuevas sectas.

Viajé luego por la Tierra Prometida y tuve que pasar sobre el mar. De pronto ví una navecilla en medio de una tempestad, llena de hombres malos, que bramaban y pensé: "Estos tienen una nave y están en peligro, y yo ¿cómo haré para pasar sobre estas aguas?". Apenas tuve esta duda, caí al agua, y me aconteció como a Pedro cuando dudó. Pero mi guía, aferrándome por el brazo me transportó a tierra y me reprochó mi duda.

En la proximidad de Belén ví la mansión de bodas y quise pasar delante, pero fuí conducida adentro. La recorrí en toda su extensión: había mucha gente extraña, hombres y mujeres. Un joven de aspecto agradable, con uniforme azul, parecía que mandaba allí. Además de ellos había una mujer gruesa, ambiciosa, que se metía en todo con audacia y con aire de superioridad; quería hacerlo todo y saberlo todo mejor que los otros. Los eclesiásticos habían sido como echados de casa. La estancia

donde estaban los vestidos nupciales estaba cerrada; con todo esto, pude entrar. Los muros estaban llenos de telarañas; pero todas las vestiduras estaban allí y en buen estado de conservación. Encontré veinte velas preparadas en los candelabros y cuatro aún no preparadas, como también veinte sacos llenos y cuatro todavía vacíos. Mientras daba vueltas por la casa, aquel joven me seguía por todas partes y se maravillaba de cuanto yo decía o hacía. Me mostró un hoyo donde él y toda su gente habían metido con grande fatiga todas las bestias impuras, como sapos, escuerzos, culebras; y quería impedirme levantar la tapa, diciéndome que correría peligro. Pero yo le respondí que esto no me dañaría y que ya otras veces había limpiado. Miré aquellas feas bestias y volví a cerrar la tapa. Me dijo que sus gentes no eran capaces de echar animales inmundos; yo le respondí que nuestros sacerdotes lo podían y que él debía reflexionar qué prueba era ésta de su fuerza y poder. Encontré también un paquete conteniendo escritos, sellado, y el joven me dijo nuevamente que su gente era incapaz de desatar y romper esos sellos. Entonces le hice observar la total impotencia de su gente. Añadí que si era cierta esa grave falta de poder de su gente, era muy injusto, por su parte, arrastrarse por la casa con aquella mujer gruesa, terca y ambiciosa. Esta mujer se puso muy furiosa contra mí y expresó su indignación porque aquel joven se entretuviese conmigo tanto tiempo. Había ya por largo tiempo disputado conmigo, burlándose de las esposas que ella llamaba damitas, a propósito de la Matrona del vasito y otras cosas parecidas.

Después, temiendo que el joven, que mandaba en la casa, podía echarla de allí comenzó a hacerse la importante, para dar a entender que era necesaria su presencia, con toda clase de manejos. Recogió los vestidos de todos los que estaban en la casa y comenzó un lavado general. El recipiente de ropa se le caía de un lado a otro lado y ella no pudo llevar a término su trabajo; todo lo húmedo y sucio debió ser de nuevo separado y extendido. Entonces comenzó a fabricar el pan, pero también esto le salió mal y no dió resultado. Luego quiso cocinar: encendió un gran fuego, suspendió una gran olla y se plantó delante con toda su gordura diciendo que ninguno tenía que acercarse a la olla. Mientras tanto barbotaba continuamente charlas, repitiendo cosas del Papa y del Anticristo (*). De pron-

(*) El odio al Papa fué una nota característica de Lutero, que perdura aún entre los protestanes, quienes llaman al Papa el Anticristo y a Roma la Babilonia.

to he aquí que se precipita el gancho, la cadena, la olla y la misma chimenea sobre el hogar con un fracaso enorme echando tizones y carbones por todas partes, con tal confusión que la mujer y todos los que allí estaban escaparon de la casa, fuera de aquel joven que dijo querer entrar en el jardín de la mansión de bodas.

Este joven significa el nuevo modo de pensar de los protestantes sobre la Iglesia; su uniforme, el vestido seglar; su mando en la mansión de bodas, la opresión del poder secular en la iglesia de nuestro país, y aquella mujer desvergonzada, la antigua levadura luterana.

12. En una estancia de la mansión de bodas.

Estuve en la casa de la mansión de bodas y barrí la estancia del autero Superior. Barrí hacia afuera la paja, fragmentos y ramitas parecidas a las que quedan después de haber encendido la estufa y también un espeso humo negro. Había un hoyo peligroso sobre cuyo borde debía permanecer con gran atención y eché dentro todas las escorias. La vieja mujer luterana, que se había metido en un ángulo de la casa, se incomodó mucho viéndome allí y comenzó a murmurar contra mí. Me arrojó inmundicias para hacerme enojar, y como, barriendo, llegué adonde ella se encontraba, me gritó diciéndome que yo no tenía que barrer en su lugar, que esto lo hacía ella misma. Yo le respondí que en ese caso no debía ella echar hacia mi lado aquellas inmundicias.

La hija de ella estaba siempre ocupada en adornarse y en parecer bien, para esconder su fealdad y fascinar a los demás y atraerlos; no tenía ningún recato.

Esta fatal joven audaz estaba en medio de los eclesiásticos. El severo Superior vigilaba ahora con mayor cuidado sus manejos y con todo empeño se oponía, y trabajaba para desbaratar sus planes. Barrí también la estancia muy inmunda del Deán, como la tenía en esa casa cuando llegó a habitarla. Él se mostraba embarazado y avergonzado. El maestro de escuela tenía otra esposa que quería empujar entre los protestantes. Ví también que el severo Superior hubiera querido tenerme siempre en Darfeld; he visto un cuadro del miserable estado en que me hubiera encontrado, porque me ví sobre un lecho de exposición. He visto cómo la monja Söntgen hubiera deseado representar un gran papel, cuando yo me hubiere trasladado a Darfeld.

13. Ve los males de la secta de los Moravos.

He visto también el lugar donde habitan los Hermanos Moravos (*). Esta gente está allí circunspecta y obra a escondidas, poco a poco, como quien no quiere despertar del sueño a otros. ¡Todo allí es tan gentil, tan limpio y silencioso!... La gente *(de esta secta)* tiene apariencia de ser piadosa; con todo, me fué mostrado que es internamente más perdida y muerta que los pobres indios por los cuales yo debo orar ahora. Donde no hay lucha no hay tampoco victorias. Ellos se acomodan a todo fácilmente, a la larga y así son espiritualmente pobrísimos, y a pesar de todos sus bellos modos de decir y todas las apariencias externas, sus cosas están en pésima condición.

He visto todo esto en la mansión de bodas. Bajo la imagen de dos enfermas yo debía reconocer la diferencia de sus almas, esto es, de su interior delante de Dios. He visto a la comunidad de los Hermanos Moravos como una enferma que pretende aparecer que no lo está y trata de esconder sus internos males y vergüenzas. Aparecía muy piadosa y complaciente y escondía cuanto podía sus maldades. Entonces en frente a ella he visto a otra enferma, como en una visión más lejana; estaba cubierta de llagas y tumores; pero éstos resplandecían semejando objetos cubiertos de perlas. Todo era luminoso, hasta el lecho donde yacía, y el espacio que estaba en torno, resplandecía con candor de nieve. Mientras tanto, cuando la enferma morava se acercaba a aquel lugar, se manchaba y contaminaba donde ponía el pie. Sólo procuraba que nadie penetrase en el lugar de sus inmundicias.

14. Va nuevamente a la mansión de bodas.

Fuí de nuevo a la mansión de bodas: estaba llena de hombres, divididos entre sí. Con los menos estaban los mejores en torno de Overberg y de Droste; y entre ellos estaba también aquel joven de uniforme azul que parecía querer convertirse. Ahora no llevaba uniforme. Aquellos señores no tenían ahora otro juramento más alto que su nombre; él era todo para ellos. Había en el piso inferior mesas con urnas y fueron invitados también los jóvenes; pero el asunto no prosperaba. Hacia la

---

(*) La secta de los Hermanos Moravos tuvo su origen en Wycleff y en Juan Huss. En Alemania se llaman *Evangelische Brüder-Kirche* y en Inglaterra *Moravian-Church.* En tiempos de Lutero abrazaron muchos errores de estos heresiarcas.

parte superior habían fabricado una escalera exterior y sobre ella se agolpaba una multitud de personas, hombres y mujeres, eclesiásticos y seglares, católicos y protestantes. Arriba reinaba una gran actividad, separada de la iglesia, antes bien contraria completamente a ella. Con todo eso ví allá arriba a muchos sacerdotes conocidos por mí, traficando con los protestantes contra aquéllos que estaban en el piso inferior, y he visto a varios que llevaban cosas sobre la espalda, desde el piso superior al inferior, y subir y bajar. Lo que mucho me espantó fué comprobar que aquel joven que se daba por convertido en el cual los de abajo se abandonaban enteramente y confiaban, era un desvergonzado traidor, que secretamente revelaba los planes que hacían los del piso inferior a los del piso superior.

Estuve de tal modo indignada que quería apresurarme, penetrar dentro y descubrir la traición. Esto me causó tanta amargura que tuve que llorar; pero mi guía me contuvo y me dijo: "No es tiempo aún; espera hasta que él se traicione a sí mismo". Así contemplé mucho tiempo este cuadro y ví finalmente que algo sucedía a aquéllos del piso superior, y que los unos y los otros fueron enviados afuera. Todos los que por aquella escalera exterior habían entrado y no por la puerta del redil, fueron echados y huyeron. Ví después en el jardín un campo de flores y sobre él una angosta escalera que iba hacia el cielo; y ví subir multitud de los dispersos que no fueron admitidos. He visto a otros que habían subido y que de nuevo descendían para buscar a los compañeros. He visto personas al parecer muy importantes ser despedidas y que la escalera subía en alto delante de ellos, porque ella descendía del cielo. Junto a las gradas estaba un joven con la espada en la mano, que rechazaba a los malos.

15. Visión profética de la catedral de Münster.

¿Qué hacen ahora con la grande y bella iglesia? Es la Catedral (de Münster). Todo es trasladado a la capilla donde estaba primero el recipiente de plata donde Bernardo de Galen yace sepultado. Todo va allá adentro, todas las gracias, todo, todo... ¡Oh, cuán bello y maravilloso es esto! Está allí posado un cáliz; está vacío; sin embargo, de aquel cáliz sale un rayo, y he aquí que se desarrolla y crece una alta cruz de resplandor celestial; a la izquierda del cáliz está una esposa adornada con una iglesia en la mano y a su derecha un joven maravillosamente hermoso que debe ser el esposo. He aquí que se celebran

las bodas. ¡Pero, mirad! Afuera, en el aire, está la Madre de Dios y tiene delante de sí a Jesús niño y de sus manos nace una magnífica vid, que cubre el techo de la capilla y crece dentro con sus racimos y estos racimos dan el vino que contiene el cáliz, y a diestra y siniestra salen magníficas flores de luces y todo lo llenan de esplendor y espigas de magníficos granos de oro y todas esas matas de flores nuevas se adornan de pequeños, maravillosos y espléndidos frutos. Todo se hace luz y esplendor. ¡Todo será aquí conservado y cosechado! He aquí que allá en lo alto está un santo y antiguo Obispo y es Ludgario: él conserva y defiende todo. ¿Qué es esto? ¡Mirad! De toda la entera y vasta iglesia, fuera de la capilla, crepitan rojas llamas devoradoras y en la ciudad parece como si gran número de casas se precipitan al suelo destruídas. Allá arriba, en el castillo, las cosas van mal, pero todo esto debe entenderse en sentido espiritual. La iglesia grande quedó exteriormente como era; siguen haciendo todo como antes; pero las gracias se han retirado y amontonado en la capilla (*).

Al día siguiente la vidente completó la relación del cuadro anterior diciendo:

He visto el cuadro entero respecto de la capilla de los Galen y he visto en lo alto, sobre la antigua iglesia, sostenida en el aire, otra iglesia nueva y en la que penetraron y aparecieron todas las magnificencias que había en la capilla de los Galen. Debajo, la antigua capilla aparecía como negra y como si se precipitase en el seno de la tierra. Pensé entre mí: ¡Qué hermoso sería si la iglesia que está en lo alto pudiese bajar al suelo y ponerse en el lugar donde estaba la antigua iglesia! He visto este cuadro muy distintamente, pero he olvidado algunas circunstancias. Me fuí luego por un camino simbólico y encontré no lejos de la parte posterior de la Catedral, en un campo, que medio era prado y medio desierto, a un niño perdido, sin patria, al cual le sangraban los pies en medio de los rastrojos. Lo quise transportar a las flores del prado. Le dije que allá había flores que podía chupar y que él chuparía la miel. Yo no sabía cómo ayudarlo. Él me dijo que tal era su destino y que tenía que sufrir así y desangrarse hasta que fuese recibido y escuchado. Pensé en aquel niño que ayer se desposó en la capilla de la iglesia de los Galen.

(*) También en sentido real por los bombardeos de la última guerra.

16. Visión simbólica de una iglesia relajada.

He visto horribles miserias y cómo en aquella iglesia se jugaba, se bebía, se cortejaba, se charlaba; en una palabra, se cometían todas las abominaciones. Parecía como si en medio de ella se hubiese establecido un juego de bolos. Los eclesiásticos dejaban obrar, y celebraban la misa muy profanamente. He visto también a judíos a la puerta de la iglesia. Yo tenía gran turbación. De pronto mi Esposo me ató con una cuerda semejante a aquélla con la cual Él mismo había sido atado a la columna, y dijo: "Así esta iglesia será atada tan estrechamente hasta que pueda alzarse de nuevo y resurgir".

17. Cinco obispados de la provincia del Rin superior.
(Marzo de 1820)

Llegué en mi viaje a Francfort y ví un gran palacio no lejos de la gran iglesia: allí estaban reunidos los miembros de una sociedad para discutir cosas pésimas. Adentro he visto algunos eclesiásticos. Debajo de los asientos estaban los diablos. En otro viaje volví de nuevo a aquel gran palacio. Delante de la puerta yacía Satanás bajo la forma de un perro negro con ojos colorados y parecía dormir. Lo toqué con el pie, y le dije: "Vamos, Satanás, ¿a qué estás aquí durmiendo?" El me respondió: "Aquí puedo dormir tranquilo. Los que están dentro hacen mi oficio".

He visto también un cuadro simbólico de este nuevo género de arquitectura eclesiástica. Me encontré en un navío todo perforado, y me eché sobre el puente, único espacio angosto que quedaba entero. La gente estaba sentada sobre el borde extremo de los lados del barco. Yo siempre rezaba para que aquellos hombres no cayesen en lo profundo, pero ellos me maltrataban y me tiraban puntapiés. Yo veía inminente el hundimiento del barco y me sentía morir de pena. Finalmente tuvieron que dejarme en tierra donde mis amigos me esperaban y me llevaron a otro lugar. Seguí siempre rezando para que aquellos infelices escapasen de tan grave peligro. Apenas estuve en tierra, el barco se hundió y ni uno de los que estaban sobre él volvió a salir. por lo que quedé muy contristada. En el lugar adonde llegué había abundancia de frutas.

Mientras estaban reunidos para discutir proyectos contrarios a la Iglesia Católica, en Francfort (*), Ana Catalina combate contra ellos con dolores y oraciones.

(*) En el conciliábulo de Francfort se discutieron las bases del proyecto de Werkméister, acerca de la constitución de la Iglesia Católica Tudesca para los Estados confederados, que vieron la luz en 1813.

Llevo un peso enorme sobre mis espaldas: y me he cargado demasiado con dolores y expiaciones en favor de otros; me parece sucumbir. Veo un cuadro tan triste de los hombres, especialmente de los eclesiásticos, que no puedo menos que tomar siempre nuevos trabajos por ellos. He pedido al Señor que se digne mover un tanto los corazones de sus más crueles enemigos a fin de que al menos en esta santa Pascua se inclinen a mejores sentimientos. Dije al Señor que yo me consideraría dichosa de poder visitar a los más endurecidos, que me eran conocidos, o que Él, que conocía a los más necesitados de mis sufrimientos. quisiese enviarme penas expiatorias en su favor. Entonces me sentí elevada en alto y me pareció estar puesta entre el cielo y la tierra. Me pareció hallarme sobre un luminoso barco y sentía correr por los miembros el rigor de agudos e inefinibles dolores que no han cesado aún y me oprimía sobre el hombro izquierdo el dolor que sentía. Mientras miraba hacia abajo, ví a través de un turbio velo, distintamente, los múltiples errores, los falsos caminos, los pecados de los hombres, y cómo ellos obran bestial y maliciosamente contra toda clase de verdades y contra toda razón.

He visto cuadros de diversos géneros y ví de nuevo aquel miserable barco lleno de hombres que se reputan felices y son tenidos como tales por los otros, pasar cerca de mí por aguas peligrosas y a cada instante me parecía verlos como si se hundirían. Reconocí entre ellos algunos sacerdotes. y lo sentí en mi corazón, deseosa de ayudarlos a que reconociesen su verdadero estado. Miré también desde allá a varios lugares, donde ví fluctuar y agitarse una multitud de lúgubres apariciones. Eran cementerios, de los cuales ya nada se sabía, ni que hubiesen existido en aquellos lugares. Ví muchas almas vagando por lugares solitarios, donde sus cuerpos fueron muertos, o donde alguno había sido muerto por ellos, de lo cual no me acuerdo ahora bien; puesto que me parece que fuí advertida que aquellas almas están allí por relación con la expiación de sus asesinos. Todo esto que veía intenté enmendarlo y sanarlo, expiándolo por medio de los nuevos dolores que pedí.

Cuando en cambio miraba a lo alto, la vista era tan bella y celeste, tan opuesta a la abominación y el horror del mundo, que mis ojos casi se cegaban de admiración. He visto a todos los santos, y a los coros de los ángeles y el trono de la Santísima Trinidad, y ví a la Madre de Dios ofrecer de nuevo sus dolores por medio de Jesús. Asimismo hacían todos los santos. Este es un cuadro de inefable multiplicidad y unidad, actividad y reposo,

del más alto esplendor, amor y paz. Mientras así miraba a lo alto observé, por primera vez, que me encontraba colocada sobre una balanza, puesto que ví el asta y el equilibrio encima de mi cabeza. Y entonces ví dentro del otro plato de la balanza, que pesaba en lo profundo de las tinieblas de la tierra, a los más enfurecidos yacer en el centro y a otros en el borde, como en aquel barco visto precedentemente.

Como mis dolores, mi paciencia y mis súplicas aumentaban, así el plato de la balanza subió un tanto más arriba. Era, sin embargo, demasiado pesado, y he visto que los más eran precipitados desde el borde. Todos aquéllos a quienes yo contraponía mis sufrimientos, permanecían vivos. Mientras miraba con gozo arriba, he visto el cielo y la ayuda de Jesús. He obtenido por mis dolores algo de la gracia de Dios; pero estos hombres son duros como piedra y recaen siempre de mal en peor.

18. Las sedes episcopales vacantes.

En mi viaje a la mansión de bodas llegué a un campo, al lado del cual había una cabaña. Allí encontré a un esposo que esperaba a su esposa. Me dirigí hacia un gran palacio situado en la vecindad del campo de los apóstatas y allá vino a mi encuentro una apuesta esposa. En apariencia me acompañó muy alegremente. Estaba con ella el hermano, que tenía algo de curioso y de singular y que a mitad de camino se volvió atrás. Conduje a la esposa hacia el hombre que estaba en la pequeña cabaña. Él la recibió con gran alegría y gozo; sacó fuera y distribuyó muchas buenas viandas, que parecían cosas espirituales. La esposa le había dado la mano, alegre y contenta, pero luego se excusó y se fué, queriendo diferir el casamiento. El esposo quedó muy turbado; con todo, lo ví mostrar mucha dulzura y quiso esperarla y no comprometerse con otra. Me condolí tanto del esposo que le dí el dinero que llevaba conmigo. Él lo aceptó. Sentí que era el Esposo celestial y que la esposa era su grey El dinero que yo le dí era la oración y mi trabajo espiritual con los cuales le había recomendado a la esposa. ¡Oh, si ésta pudiese leer en el corazón del Esposo cuánto la desea, cuánto la mira y suspira por ella y cómo espera a aquélla que le abandonó tan bruscamente! ¡Cuánto se ha hecho en su favor! ¡Cómo le hubiera sido fácil ser feliz con Él! ¡Sin embargo, lo ha abandonado!

19. Ruega por cinco diócesis y ve un cuadro espiritual.

(Noviembre de 1822)

He visto a la esposa presentarse muy apuesta y santa. Yo, con otras cuatro, era doncella destinada a acompañarla en las bodas. El esposo estaba tristón y tenebroso; tenía cinco jóvenes en su compañía. Hubo alegría y fiesta todo el día. Por la tarde se presentó otro Esposo maravilloso, que echó a aquel tristón fuera de la puerta, diciéndole: "Esta esposa es para ti demasiado noble y santa".

Durante estos días estuve siempre sumergida en la visión de este cuadro y he visto aquella casa de bodas como una iglesia y a la esposa tan buena y santa, que sólo con timidez y reverencia era posible acercarse a ella.

20. Estado infeliz de los protestantes.

(2 de Marzo de 1822)

Después de orar por una familia protestante, en grave necesidad, que el Peregrino le encomendara, expresa:

Es cosa rara que en este caso no adelantamos nada con la oración. Veo a estos protestantes tibios en un estado singular. Viven entre sombras, como en medio de tinieblas, sordos y ciegos, y caminan a tientas. Están como en una corriente impenetrable que aparta de ellos todas las cosas. No sé si Dios los sacará de tal estado.

Capítulo XIII

VISIONES DEL RACIONALISMO Y DEL LAICISMO

INTRODUCCION

En una serie de cuadros simbólicos se le representan a la vidente los peligros de las doctrinas modernistas contrarias a la tradición católica, que pretenden imponerse en la sociedad; entre ellas, el racionalismo y el laicismo de todo lo cual habrían de sobrevenir perjuicios para la Cristiandad. El racionalismo aparece bajo la figura de un niño erudito, innovador, con barniz de sabiduría, que gana adeptos por medio de una artificiosa simpatía, aún entre los círculos católicos; y el laicismo como una meretriz, cargada de baratijas, la cual, en definitiva, perece desastrosamente. La vana ciencia del mundo está demostrada en un escenario novedoso, por lo original y convincente. Prevé, finalmente, las desgracias que acarrearán los matrimonios mixtos.

1. Ve diversos jardines cultivados distintamente.
(6 de Febrero de 1821)

He visto tres jardines, que son países o partes de la tierra. El primero estaba lleno de escollos, de montes y de piedras; el segundo, lleno de matas espinosas y de malas hierbas: sólo en alguna parte se veía un grupo de florecillas. El tercero, más vasto y mejor dispuesto, estaba lleno de mares y de islas. Este recibía mejor la semilla y daba mejor fruto y era muy fértil. Yo me encontraba en el segundo. Primeramente fuí y miré en aquel lugar lleno de rocas, que a simple vista parecía un jardín o un país, pero que al quedar dentro y al girar de un lado a otro se había convertido en un mundo, como suele suceder en estos cuadros de visiones. Ví un despuntar grande y bueno en medio del terreno estéril, entre las piedras, y he visto en un ángulo a ciertas gentes que llevaban cosechadas las plantitas que daban esperanzas y querían trasplantarlas a un vivero. Pero vino un hombre hacia ellos y dijo que no debían hacer eso, porque si las espinas que allí estaban no sostenían el tallo, ellas caerían a tierra. El mejor suelo era el del jardín de las islas. Aquello que allí se sembraba prosperaba y daba el céntuplo; pero aquí y allí fué enteramente revuelto y desolado. La semilla fué recibida

con simplicidad e inocencia y los pequeños campos fueron circundados con fuertes vallados. Reconocí en este jardín aquellas partes del mundo e islas donde veo ahora difundirse el cristianismo. En el jardín del medio, donde me encontraba yo misma, reconocí en las hierbas malas y en la negligencia, el jardín al cuidado de muchos jardineros perezosos. Nada faltaba, pero todo estaba descuidado y lleno de cardos y de espinas. Reconocí en aquel campo todas las comunidades de Europa y ví también el jardín del Papa, que no estaba en mejor condición.

En la parte donde estaba situado el jardín de mi patria, he visto a un señor llenando con dinero una gran cavidad donde parecía se juntaba la cosecha de todos los campos (*); pero sobre la tapa de aquella cavidad estaba sentado el diablo. He visto maravillada y estuve a punto de reírme de ello, que media docena de hombres aprovechados habían practicado aberturas y caminos secretos desde lejos, bajo el suelo, hasta el piso de aquel depósito, y que por este medio, con la mayor tranquilidad y seguridad, se llevaban todo aquello que habían echado por arriba y que con gran fatiga habían exprimido y recogido en el jardín. Ví también que el señor vió una vez a uno de esos ladrones que huía con mucho oro en la bolsa. Entonces fué a revisar el pozo del tesoro, que parecía tan bien cuidado por el diablo, y que por debajo era robado por sus mismos servidores. Cuando expresó su extrañeza de que hubiera tan poco dinero allí dentro, le dijeron que no llegaba más, que el jardín no producía más nada, que estaba mal cultivado, que no estaba abonado.

Entonces fuí también a la parte del jardín donde vivo y ví una gran cantidad de campos con jardineros y cultivadores conocidos por mí y en aquellos campos he visto también otros compartimentos dirigidos por los jardineros subalternos. He visto a pocos que cultivasen y sembrasen pasablemente. He visto más bien todo lleno de hierbas y de basuras, seco y en miserable estado. Pasé compartimento uno por uno y conocí a todos y el estado de todos. He visto a muchos en grave peligro que corrían hacia el borde de un negro abismo; otros dormitaban; otros cultivaban trigo pésimo o de granos vacíos. Entre ellos he visto gentes que corrían de un lado a otro y que mandaban y dirigían, pero que en realidad nada tenían que hacer allí. Estas gentes cavaban, punteaban y ponían abono en abundancia, pero nada prosperaba.

(*) Significa las exacciones e impuestos excesivos que se cobran a los pequeños agricultores. Este dinero suele ser malgastado y robado por los empleados del mismo gobierno.

De pronto trajeron a un niño como si lo hubiesen arrastrado allí y con él estaban algunos de esa gente. Lo llevaron poco a poco; entonces, el lugar en donde yo veía al niño se convirtió en la ciudad de Münster y reconocí a la mayor parte de la gente. Este niño me producía un efecto de extraordinaria repugnancia y de contrariedad. Advertí que era un hijo ilegítimo que no conocía padre y que su madre había vivido en desorden con muchos. Al principio aquel niño sólo jugaba y bromeaba, pero bien pronto se mostró en toda su nauseabunda fealdad. Apareció viejo, pálido, enfermo, manchado de viruelas y por sobre esto era desfachatado, lisonjero, despectivo, orgulloso y no iba a la iglesia. Sonreía desdeñosamente a todo y se arrastraba detrás de muchos libros y escritos. Aquellos señores eclesiásticos se lo mandaban uno al otro y él se hacía querer de todos con halagos y zalamerías. Ví con gran maravilla que ciertos eclesiásticos franceses (*) de mi conocimiento se dejaban también ganar. Pocos he visto contrarios a él, porque sabía por todos los medios arreglárselas y lo sabía todo y hablaba todas las lenguas. Lo ví especialmente acercarse a los maestros de escuela; en cuanto a las maestras, las despreciaba. Evitó de todas maneras encontrarse conmigo. Tuve gran miedo porque ocasionó muchos males: donde él se encontraba el cultivo del jardín se volvía peor y crecían pésimas y frondosas plantas que no daban ningún fruto. He visto que el piadoso maestro de escuela (Overberg) se alejó completamente de él y no quiso tener nada con él. El austero superior (Droste) lo dejó ir por su camino; otro, en cambio, con mucho interés, se entretuvo con él. El Deán (**) tomó luego a aquel niño y lo trató con especial cariño; antes bien lo retuvo y quiso que durmiese en su propia casa. Aquel niño me tuvo angustiada todo el día. Lo habían traído poco a poco y se había metido en todas partes y tenía todo el aspecto de una verdadera peste. Lo tengo aún ante los ojos con aquellos sus viejos y temerarios modales, nada infantiles.

Sé que representa el nuevo sistema *(racionalismo)* de instrucción que está por introducirse. Me parecía que me encontraba entre las manos de enemigos enmascarados que ocultamente me arrastraban con ellos. Me habían llevado ya afuera;

(*) Debido a la situación de Francia y a las exigencias del juramento constitucional, muchos sacerdotes emigraron a Alemania; uno de ellos era el abate Lambert, confesor de Ana Catalina.

(**) De este Deán se lamenta Ana Catalina como afecto al Iluminismo y favorable a las pretensiones de los luteranos.

yo me abandoné en las manos de Dios; de pronto vino a mí una paloma que comenzó un tal rumor de lamentos y llamó a tantos pájaros, que los enemigos me volvieron de nuevo a mi casa. Parecía como si naciese un tumulto por eso. Reconocí que estas aves eran mis antiguos amigos: una alondra que mi confesor había echado para mortificarme, una paloma que yo había alimentado desde la ventana mientras estaba en el convento, los pinzones y pechos rojos que se posaban sobre mi cabeza y sobre mis hombros cuando atravesaba el patio del convento o iba al jardín.

2. Desarrollo y muerte del laicismo.

Estuve en la mansión de bodas y ví llegar en muchos coches un cortejo nupcial extensísimo y ruidoso. La esposa, que tenía junto a sí muchos hombres y mujeres, era una gran desfachatada persona adornada como una meretriz. Llevaba en la cabeza una corona y sobre el pecho muchas joyas, tres cadenas y broches de similor, de los cuales pendían cantidad de instrumentos y figuras, como cangrejos, ranas, sapos, grillos y pequeños cuernos, aros, pitos y cosas semejantes. Su vestido era color escarlata. Sobre sus espaldas se movía un mochuelo, de derecha a izquierda, hablándole al oído, como si fuese su genio inspirador.

La mujer entró con todo su séquito, con mucho bagaje y gran pompa, en la mansión de bodas, y echó afuera a cuantos estaban allí dentro. Aquellos viejos señores y los eclesiásticos tuvieron apenas el tiempo de poner mano a sus libros y escritos con presteza; todos tuvieron que salir; muchos con horror y desprecio; otros con sentimiento de simpatía por aquella meretriz. Algunos se fueron hacia la iglesia; otros, de un lado a otro, en compañía o solos, dispersos. Ella, por su parte, allí dentro, dió por tierra con todo y también con la mesa con los cálices. Solamente la cámara que encerraba las vestiduras nupciales y el espacio que ví transformarse en capilla consagrada a la Madre de Dios, quedaron cerrados e intactos. Entre otros, he visto a aquel sutil hipócrita que últimamente lisonjeaba a un tiempo a ambos partidos. Éste valía mucho junto a ella: el docto jovenzuelo era su hijo; creció hasta ser hombre y se metía en todo con imprudente desfachatez. Notable cosa es que la meretriz y todos sus libros hormigueaban de luminosos insectos y ella tenía un hedor como aquel fosfórico escarabajo que entre nosotros se llama *Mutfiste*. Las mujeres que estaban en torno de ella eran profetisas magnetizadas y decían profecías y la

sostenían. Es buena cosa que sean tales: se muestran y se portan de tal modo en sus enredos que finalmente el asunto se ha de aclarar y así el bien se separa del mal. Después que hubo devastado y echado por tierra todo lo que allí había, entró la meretriz en el jardín de las bodas, y con la ayuda de su séquito, arrancó muchas plantas, y donde quiera que pasaba lo hacía secar y ennegrecer: lo llenó todo de hedor y de gusanos.

Esta desvergonzada mujer quería casarse con un piadoso e iluminado sacerdote joven. Creo que era uno de aquellos doce que veo a menudo obrar cosas importantes bajo la inspiración del Espíritu Santo. Apenas la vió, él huyó de la casa. Ella lo hizo volver, atrayéndolo con los más dulces y melifluos discursos. Cuando volvió le hizo ver todo y todo se lo quería entregar. El no la escuchó sino por breve tiempo; mientras ella lo trataba con desfachatada impudencia e insistía y de todos modos quería decidirlo a unirse con ella, él, de pronto, se mostró severo y solemne, la maldijo a ella y a sus artes como las de una condenada meretriz, y se alejó de allí. Después he visto que, de repente, todo lo que estaba con ella desaparecía y se marchitaba, moría y ennegrecía. La mansión de bodas por entero se volvió tenebrosa y los innumerables gusanos conmenzaron a roer y a devorar todas las cosas. La misma mujer era devorada en parte por los gusanos, y cayó y yacía en tierra con toda su forma; pronto todo en ella se deshizo en fragmentos como si fuese estopa. Yo misma he barrido muchos de esos gusanos que allí estaban muertos y que lucían fosfóricamente; internamente estaban secos y carbonizados.

Cuando todo estuvo putrefacto, en sepulcral silencio, vino de nuevo aquel joven sacerdote y dos más con él; uno de ellos, hombre de edad, parecía enviado de Roma. Trajo una cruz y la plantó delante de la ennegrecida mansión de bodas, tomó algo de la cruz y penetró en el interior de la mansión de bodas, abrió todas las ventanas y puertas. Parecía como si los demás orasen, consagrasen y exorcizasen delante de la casa. De pronto se levantó una ruidosa tormenta y sopló dentro de la mansión y sacó afuera un denso y negro vapor y lo echó lejos hasta una gran ciudad, donde aquel vapor se condensó posándose en diversas nubes. La mansión fué ocupada nuevamente por un número de elegidos de los antiguos habitadores. Algunos de los que habían venido con la meretriz y luego se habían convertido, fueron colocados dentro. Todo se hizo puro y comenzó a prosperar. También el jardín recobró su belleza.

3. Aconseja a sacerdotes de su país.

(Julio de 1821)

Tengo que ir de un lugar a otro en busca de ciertos eclesiásticos, pastores y consejeros, o cuando están reunidos, y tengo que comunicar a cada uno lo que le toca particularmente. Este cuidado dura a veces todo el día. Cuando me hallo en medio de reuniones veo cómo muchas veces alguno quiere consentir o suscribir algo que no conviene y cómo, sin embargo, no lo hace, o cuando se trata de hacer prevalecer el derecho, debe por lo menos omitir lo que no es justo.

Tengo también representaciones de las escuelas, y veo jóvenes hollados por niños que todavía no han nacido, y veo doncellas holladas asimismo por niñas. Estas son representaciones de nuevos proyectos, hijos del torpe connubio en que se abrazan el orgullo y el Iluminismo (*). Todo esto lo veo en figuras claras y conozco a la mayor parte de los padres de estos hijos, o sea, de estos designios. He tenido mucho que hacer en pro de la iglesia de esta diócesis y en general ahora me veo obligada a padecer espantosos martirios y trabajos, y estoy como fuera de mí a causa de la multitud de errores y miserias que veo y de las penas y trabajos que debo sufrir. En una representación de la desdicha de los jóvenes estudiantes de ahora, los he visto en las calles de Münster y de Bonn, con manojos de serpientes en las manos, las cuales les entraban por la boca y les sorbían los sesos; y he oído decir: "Estas son serpientes filosóficas". Muchas veces he visto que maestros ancianos, sencillos y piadosos, que eran tenidos por ignorantes, formaban alumnos piadosos; mientras que maestros y maestras modernos y muy brillantes, no enseñaban nada a los niños. La razón es porque con su orgullo, ostentación y egoísmo quitan al trabajo su eficacia o se consumen ellos mismos. Sucede en esto como con aquellas obras buenas que se hacen por publicidad o por política: que son del todo inútiles. Donde no hay amor y sencillez, no hay prosperidad.

4. La vana ciencia del mundo y la verdadera.

Habiéndome conducido mi guía a un gran edificio, me dijo: "Entra y te mostraré la ciencia de los hombres". Entramos, en

(*) Esta secta de los Iluminados (*Aufklarung*) fué fundada por Adán Weishaupt en 1776. Quería sacudir la tutela de la Iglesia en materia de religión y del Estado, creando una democracia universal. Con las escuelas secretas de la sabiduría se difundían los errores del Racionalismo y del Liberalismo.

efecto, en una gran sala llena de maestros y de oyentes donde disputaban con calor y no cesaban los gritos y el ruido. Habiendo yo penetrado con la mirada hasta el corazón de los maestros maravilléme al ver que todos tenían en él una arquilla negra. En el centro de la sala había una mujer principal, que también disputaba y era la que propiamente daba el tono en aquel lugar. Estuve escuchando algún tiempo con mi guía; pero ví con admiración que los oyentes iban desapareciendo poco a poco y que la sala se iba poniendo vieja y arruinándose muy de prisa, de suerte que no se podía entrar allí con seguridad. Los maestros creyeron prudente irse a otra sala y se trasladaron a un piso superior y allí volvieron a discutir otra vez con el mismo calor que antes. Pero también esta sala comenzó a flaquear tan de prisa que yo también me ví por último con espanto en una tabla medio podrida y tuve que pedir a mi guía que me socorriera para no caer desde lo alto. Mi guía me tranquilizó y me puso en lugar seguro.

Habiéndole yo preguntado qué significaba aquella cajita negra, me respondió: "Es la presunción y la sofistería; y aquella mujer es la filosofía o, como dicen, la razón pura, que todo lo quiere según su forma. A ella se atienen estos maestros; no a la verdad de oro de la tradición pura".

Desde aquí me condujo mi guía a otra gran sala donde había muchos maestros sentados en sus cátedras. Al contrario de lo que sucedía en las salas anteriores, de los labios de estos maestros salían palabras tan claras y tan puras que me alegraban el corazón. Allí reinaban el orden y el amor, y allí habían ido a salvarse muchos oyentes de los que antes estaban en las salas que habían caído en ruina. Y díjome mi guía: "Aquí está la verdad sencilla y sin hipocresía. La verdad es hija de la humildad y produce amor y abundancia de bendiciones".

5. Consecuencias de los matrimonios mixtos.

Ví aquí, en nuestro país, muchas iglesias en lastimosa decadencia; representábase al parecer, ante mis ojos su futuro destino. Ví a jóvenes sacerdotes que hacían las cosas de prisa y mal y a varias comunidades que parecía que se extinguían. Ví la mansión nupcial de Münster. La mujer anciana (*) había salido con su hija, pero había allí un viejo tan adulador y fino como si el demonio le hubiese enseñado. Con sus malignas tra-

(*) De otras visiones se deduce que esta mujer anciana es la antigua fe desfigurada por la impiedad, la herejía o el racionalismo.

zas consiguió que los eclesiásticos se dividieran en dos partidos. Hubo entre ellos una especie de concilio y ví que el Austero (*) y Overberg estuvieron conformes y se unieron. Tratábase de cosas relativas al matrimonio. Con estos dos adalides, es decir, en favor de la justicia, no había más que cinco, a lo sumo, entre ellos uno muy anciano. Los otros estaban todos en contra. Habíanse reunido muchos y comenzaron a disputar de tal manera que tuve miedo. Entonces se retiraron los más severos; pero los otros se encerraron con los luteranos.

He visto que Moisés, aún antes de llegar al monte Sinaí, detuvo y lanzó del pueblo a los israelitas degenerados que querían unirse o se habían unido con mujeres paganas; y que éstos, es decir, los unidos con madianitas, no tenían estabilidad en sus uniones, porque nuevamente se separaban y unían con los samaritanos, los cuales, mezclándose con los asirios, se volvieron heréticos e idólatras. Ví en la cautividad de Babilonia matrimonios mixtos por necesidad, pero con grave daño.

Ví al principio de la Iglesia matrimonios mixtos contraídos por necesidad y permitidos en razón de favorecer la propagación de la fe; pero el hacer paganos o herejes a los hijos nunca lo toleró la Iglesia, sino que lo consideró obra de violencia. Mas tan pronto como la Iglesia se estableció firmemente, los matrimonios mixtos fueron prohibidos. He visto comarcas enteras de las cuales ha desaparecido la verdadera fe por efecto de tales uniones. He visto que si se realizan los designios que se han formado acerca del matrimonio y de la educación en las escuelas, de aquí a cien años habrán de llorarse gravísimos males en este país.

(*) El Austero es el Deán Clemente Droste-Vischering, más tarde Arzobispo de Colonia Overberg era rector del Seminario y desde un principio favorable a la vidente.

CAPÍTULO XIV

VISIONES DEL MAGNETISMO

INTRODUCCION

Hasta de esta ciencia oculta, de la que tanto se habla con escasos conocimientos, la vidente nos da una noción bastante precisa, utilísima para los directores espirituales. La fuerza magnética es un residuo, escondido en el sustrato humano, de la potencia primitiva del hombre, antes del pecado. Esta potencia resurge mediante operaciones que pocas personas pueden ejecutar. Aunque en sí el poder magnético no sea malo Ana Catalina ve que siempre es ejercido con fines dañosos. Ve que el diablo actúa siempre en los casos de magnetismo y sugestión, aunque no sea invocado. Hay una adherencia pecaminosa en estas actividades, en las que siempre sufre detrimento el alma. aún en las personas ilustradas.

Es evidente que en ciertas asociaciones con rótulos de científicas se practica el magnetismo, o hipnotismo, actualmente estrechamente vinculado al espiritismo, y a cuyos ejecutores la vidente asigna una relación con el Anticristo, por la iniquidad de sus acciones. Estas importantes revelaciones fueron hechas principalmente al doctor Wesener, médico y amigo de la estigmatizada.

1. Manifestaciones sobre los fenómenos del magnetismo y del sonambulismo.

En ocasión de la llegada de un médico magnetizador de Neeff, que trataba de ver a Ana Catalina y que traía para ello autorización del Vicario General, la vidente expresó al doctor Wesener lo siguiente:

Habéis observado cómo he escuchado todo lo que vos, el padre Limberg y el doctor extranjero habéis dicho sobre el magnetismo. He demostrado una indiferencia total y estuve contenta de que trataseis el asunto con sentido moral. Pero ahora fuí advertida por tercera vez por medio de visiones. La primera visión no era favorable al magnetismo. La segunda me lo mostró con tal luz, que estuve grandemente espantada. En la pasada noche mi guía me mostró que la mayor parte de este asunto es

puro engaño del demonio. Espero tener la gracia de poder exponer esto más distintamente. Por ahora puedo decir solamente esto: si queremos hacer lo que los apóstoles y los profetas han hecho, en este caso tenemos que ser también nosotros como esos hombres y no necesitamos de ningún gesto y pases de mano, como hacen los magnetizadores, puesto que el solo santísimo nombre de Jesús obra por sí mismo lo que es bueno y santo.

El intento de sanar a un individuo enfermo con alguna cosa que se le trasmite por un individuo sano, es algo que de por sí no tiene nada de malo; los gestos, los juegos de mano, los pases que se usan, son cosas tontas y no permitidas. El sueño magnético y la visión de cosas remotas y futuras, por medio de este sueño, son engaños diabólicos. El diablo toma en este asunto cierto aire de piedad para ganar prosélitos y para atraerse a los mejores hombres entre sus redes.

Después de oír esto el doctor Wesener dijo que no se atrevía a continuar curando de este modo a una joven en tratamiento. Describió lo que hacía con la enferma y Ana Catalina añadió:

Paso por alto lo de soplar y calentar el miembro enfermo con la imposición de la mano, que considero medios naturales; pero los pases, las friegas y los movimientos circulares, los rechazo como absurdos y tendientes a peligrosas supersticiones.

Preguntada qué pensaba del médico de Neeff, contestó:

Conviene guardarse de los juicios precipitados. Este doctor vendrá al buen camino y confío en que yo misma le seré de alguna utilidad.

Como el padre Limberg simpatizaba algo con los medios magnéticos, Ana Catalina le avisó se abstuviera de usarlos con ella:

"Es voluntad de Dios, me fué dicho, que tú soportes con paciencia tus dolores; el confesor no debe practicar contigo cosa alguna fuera de lo que ha hecho hasta el presente".

A este propósito tuvo la siguiente visión:

Me ví colocada en un gran espacio, como en una iglesia llena de gente. Algunos hombres que movían a reverencia andaban entre la multitud y echaban de la iglesia a un gran número de las personas allí presentes. Me admiré mucho y pregunté a aquellos hombres respetables: "¿Por qué son echadas afuera estas personas, que parecen tan bien inspiradas y hablan tan bien?" Uno de los hombres severos me dió la siguiente respuesta: "Estos no pertenecen a nuestra reunión; marchan por falsos

caminos y aunque hablasen como ángeles, sus opiniones y doctrinas son falsas".

Ví, además, que el doctor extranjero, que estaba entre ellos, fué echado afuera. Esto me causó gran pena por él, y quise correrlo para detenerlo; pero había otros en torno mío que me detuvieron diciendo: "Esto no conviene". Con todo, no me dejé detener y respondí: "Se trata de la salud de su alma". Conseguí detenerlo y que no lo echasen.

2. Lo que ve acerca del poder magnético.

A propósito de conversaciones acerca de una mujer hipnotizada, una médium, con pretenciones de clarividente, Ana Catalina declaró:

Antes de haber oído hablar de magnetismo por el doctor extranjero, mi atención no se había dirigido nunca hacia este asunto. Pero cada vez que él hablaba de la persona clarividente y de los amigos que están en relación con ella, eso levantaba en mí, sin que supiera el por qué, un vivo sentimiento de repulsión. Esa persona me fué mostrada y fuí instruída sobre su estado por visiones que me probaron que su condición es todo lo que se quiera, pero no pura ni proveniente de Dios.

He visto que el atractivo sensible y el deseo de complacer tienen su parte: aunque ella no lo confiese y no se dé cuenta tiene marcado atractivo y adhesión a su magnetizador. Yo he visto acá y acullá a otras personas de esta clase, en lontananza; se ve eso como a través de un vidrio de aumento. Yo los he visto sentados y aún acostados; he visto algunas de ellas que tenían delante un vaso de donde partía un tubo que ellos tenían en la mano. La impresión que siempre me causaban, era de horror: esto venía menos de la naturaleza misma de la cosa que del inmenso peligro en el cual veía que casi siempre sucumbían. Los gestos del magnetizador delante de los ojos, sus pases, la manera de tomarse las manos, tenían para mí algo tan repugnante que no lo sabría expresar, porque veía a la vez el interior del magnetizador y el de la sonámbula, la influencia del uno sobre la otra, la comunicación de la naturaleza y de las malas inclinaciones del primero a la segunda. Yo veía siempre a Satanás en persona dirigiendo los movimientos del magnetizador y haciéndolos con él.

Estas personas están en sus alucinaciones en otra región distinta de la que estoy yo en mis visiones. Aunque antes de entrar en el estado de clarividencia ellas no tuvieron más que poca

cosa de impuro, no ven, después, más que falsedad y mentira, pues el demonio les presenta cuadros, dándoles a todos buena apariencia. Cuando una tal persona se ha propuesto de antemano decir algo interesante o tiene la menor inclinación sensual, ella se encuentra expuesta en el mismo punto al más grande peligro de pecar. Algunos reciben, a la verdad, algún alivio corporal; pero la mayor parte sienten los perniciosos efectos en el alma sin saberlo y sin reconocer de donde les ha venido. Yo no sé a qué comparar el horror de estas cosas sino con el horror que me inspira cierta unión secreta y los movimientos que la acompañan. Hay allí una corrupción, que veo sin poder explicarla. La práctica del magnetismo confina con la magia: sólo que aquí no se invoca al diablo; pero él viene por sí mismo.

Cualquier persona que se entrega a esta práctica, toma de la naturaleza alguna cosa que no puede ser conquistada legítimamente sino por la Iglesia de Jesucristo y que no puede ser obtenida, con el poder de sanar y de santificar, sino en el seno de la Iglesia. Ella toma este poder de la naturaleza, que está llena de las influencias de Satanás en todo aquello que no está unido con Jesucristo por la verdadera fe y la gracia santificante.

Las personas magnetizadas no ven cosa alguna en su verdadero modo de ser y en relación con Dios: ven las cosas separadas y desunidas como a través de un hoyo o de una hendidura. Ellas perciben un destello de las cosas por el magnetismo, y Dios quiere que esta luz sea pura, es decir, santa. Es un bien que Dios nos haya velado y separado a los unos de los otros y que haya levantado muros entre nosotros, ya que estamos llenos de pecados y dependientes los unos de los otros; es bueno que nosotros nos veamos obstaculizados y forzados a obrar trabajosamente, antes de seducirnos recíprocamente y comunicarnos la influencia contagiosa del maligno espíritu.

Pero en Jesucristo, Dios hecho hombre, nos es dado, como que es nuestro jefe, el medio por el cual, purificados y santificados, podemos llegar a ser una sola cosa, un solo cuerpo, sin comunicarnos, por esta unión, nuestros pecados y nuestras malvadas inclinaciones. Quien pretenda hacer cesar esta separación establecida por Dios, se une de manera muy peligrosa a la naturaleza caída, por la cual reina con sus seducciones aquél (Satanás) que la indujo a la caída. Veo la esencia propia del magnetismo ser cosa verdadera; pero veo que es como un ladrón que se ha desencadenado e introducido en medio de esta luz inaccesible y velada. Toda unión entre pecadores es peligrosa; la penetración mutua lo es mucho más.

Cuando esta comunicación se hace en un alma enteramente abierta y sensible, cuando un estado llega a ser clarividente sólo porque por sí mismo se ha simplificado con la ausencia de toda influencia corpórea, y viene a ser víctima del artificio calculado y de la intriga; entonces una de las facultades del hombre anterior a su caída (facultad que no estaba enteramente muerta) es resucitada en cierto modo, pero para ser desarmada, y en un estado más misterioso, expuesta, interiormente, a los ataques de los demonios. Este estado es real, él existe; pero está cubierto con un velo, porque es fuente emponzoñada para todos, menos para los santos.

Yo siento que el estado de esas personas sigue, en cierto modo, una marcha paralela a la mía; pero caminan en direcciones diversas: vienen de otra parte y tienen otras consecuencias. El pecado del hombre, dotado de la facultad ordinaria de ver, es un acto ejecutado con los sentidos y delante de los sentidos. La luz interna no está oscurecida y queda intacta. Esta luz exhorta en la conciencia: ella empuja como un juez interior a otros actos sensibles de arrepentimientos y de penitencia; ella conduce a los remedios sobrenaturales que la Iglesia administra por los sacramentos bajo una forma sensible. En este caso está el sentido que es pecador y la luz interior que es la acusadora.

Cuando en el estado magnético los sentidos están muertos, y la luz interior recibe y da impresiones, entonces aquello que hay de más santo en el hombre, la vigilancia interna, está expuesta a las influencias perniciosas y a infecciones contagiosas del maligno espíritu, del cual el alma en estado de vigilia ordinaria no puede tener conciencia por medio de los sentidos, sujetos, como ella a las leyes del tiempo y del espacio; y así ella no puede deshacerse de sus pecados ni aún con la ayuda de los remedios purificadores de la Iglesia.

Yo veo en verdad que un alma, toda pura y reconciliada con Dios, ni aún en este estado, en el cual los principios de su vida íntima están expuestos, no puede ser herida por el diablo. Pero veo también que si antes, lo que acontece fácilmente sobre todo en el sexo femenino, ella ha consentido a la menor tentación, Satanás hace libremente su juego en el interior del alma, siempre de manera deslumbradora y con apariencia de santidad.

Las visiones se tornan mentirosas, y si ella ve, por acaso, algún medio de sanar el cuerpo mortal, compra este poder a caro precio, es decir, a precio de una infección secreta del alma

inmortal. Está frecuentemente manchada por un contacto mágico con las inclinaciones malas del magnetizador.

3. Declara diversas formas de clarividencia.

Como un médico de Francfort alabara las visiones de una persona clarividente, Ana Catalina dijo:

Yo quisiera que ella estuviera aquí, delante de mí; sus bellas y agradables visiones cesarían en seguida, pues ella misma reconocería que ha sido engañada. Ella me fué mostrada varias veces en visión y he visto siempre que mientras estaba bajo la influencia magnética, el demonio usaba de todos sus prestigios con ella, mientras ella lo creía un ángel de luz.

En vano advirtió Ana Catalina al doctor Wesener que avisara al médico de Neeff, magnetizador. Sobre esto dijo la vidente:

Cuando estas dos personas me fueron mostradas, yo ví correr un hilo de esta sonámbula, que ella devanaba y hacía como un nudo, que luego tragaba, de suerte que el magnetizador la sujeta por todas partes y la tiene ligada por ahí. Yo he visto ese montón de hilo en el interior de la sonámbula, como una tormenta horrorosa que pesaba y la sofocaba. Muchas veces le viene a la mente echar fuera eso que ha tragado, pero no lo consigue nunca.

En otra ocasión dijo, refiriéndose a una clarividente a quien le habían recabado noticias acerca de ella:

Esa persona me fué mostrada por mi guía celestial y yo ví que ella se esforzaba mucho sin poder llegar a saber nada de mi persona. Yo veía siempre al diablo en todo ello. Cuando estuve libre de mi prisión, me fué mostrado que mi confesor se encontraba cerca de esa persona. De un lado estaba el diablo; otro espíritu estaba del otro lado. La intención del enemigo era que ella dijese de mí cosas infamantes en presencia de todos y delante de mi confesor. Pero a pesar de todos los esfuerzos que hizo, ella no pudo ver nada. Al fin, cuando ella tomó la mano del padre Limberg, dijo: "La hermana Emmerick está en oración. Está muy enferma. No es una engañadora. Esa persona no es de nuestro círculo". Cuando mi confesor vino de M... y me contó lo sucedido, yo tuve otra visión sobre este asunto y me llené de pena por tener que recibir de él la santa comunión la mañana siguiente, pues yo creía que él había participado por curiosidad en una cosa en la cual debe saber que tiene parte el mismo demonio. Pero fuí tranquilizada al enterarme que él había ido sin saberlo y que sin quererlo había estado junto a

esa mujer. Yo he visto cómo esa sonámbula decía mentiras a propósito de otras personas y he visto cómo el diablo le suscitaba sus visiones.

A propósito de la adivinación por cartas, Ana Catalina dijo:

No son las cartas las que muestran o hacen ver algunas cosas a estas personas, sino que es la fe en esas cartas lo que las hace videntes. Ellas dicen lo que ven y no lo que muestran las cartas. Las cartas son el simulacro del falso dios y este falso dios es el diablo. A veces se ve forzado a decir la verdad y entonces la clarividente lo anuncia con ira.

4. La clarividencia de ciertas personas.

Estas luces no son tales. La gracia que se da a los fieles hijos de la Iglesia, es grande. Sólo ellos, por la confesión sincera y la obediencia de la fe católica, la sola verdadera, por su comunión viviente con la Iglesia visible, están dentro de las aguas que vienen de la Jerusalén celestial. En cuanto a aquéllos que tienen la pretensión de elevarse sobre la Iglesia y la autoridad espiritual, que pretenden ser los únicos que poseen la luz y se llaman ellos mismos "la comunión de los santos", no tienen ninguna luz real, pues no están en la fe, sino que se extraviaron y se separaron de Dios y de la Iglesia.

Yo veo entre ellos, aún entre los mejores, un orgullo tenaz, y nada de humildad, ni simplicidad ni obediencia. Son terriblemente vanos por la separación en que viven. Hablan de fe, de luz, de cristianismo viviente, pero menosprecian y ultrajan a la Iglesia, en la cual sólo se debe buscar la luz y la vida. Se colocan por encima de todo poder y de toda jerarquía eclesiástica y no conocen ni la sumisión ni el respeto a la autoridad espiritual. Por su presunción, pretenden comprender todas las cosas mejor que los jefes de la Iglesia y que los santos doctores. Rechazan las buenas obras y pretenden tener toda perfección, ellos, que por su pretendida luz, no creen necesarias ni la obediencia ni las reglas de disciplina ni la mortificación ni la penitencia. Yo los veo alejarse cada vez más de la Iglesia y veo salir mucho mal de ellos.

Como le pareciera muy severo al Peregrino este juicio, un día Ana Catalina añadió lo siguiente:

Yo los veo en cierta relación con la venida del Anticristo; pues ellos, con sus arterías, cooperan al cumplimiento del misterio de la iniquidad.

5. Malicia del magnetismo.

En enero de 1821, contemplando la curación milagrosa del poseído del Evangelio, Ana Catalina tuvo una visión sobre el carácter del magnetismo y las relaciones del hombre con los tres reinos de las tinieblas. La esfera inferior, la más tenebrosa, era la de la magia y del culto formal a Satanás. La segunda era la de la codicia sensual y la superstición. La tercera comprendía el libre pensamiento, la masonería y el liberalismo. En el recinto de la esfera inferior y en la del medio vió los estados magnéticos como los medios más potentes con los cuales el reino de las tinieblas atrae a los hombres.

He visto dentro de la esfera más tenebrosa ciertos estados y ciertas relaciones que en la vida ordinaria no son considerados ilícitos y he visto a muchas personas magnetizadas. Yo veo algo de abominable entre ellas y el magnetizador: eran como nubes negras de diversas formas que iban de unos a otros. Yo no he visto jamás personas bajo la influencia del magnetismo sin que se haya mezclado al menos una impureza carnal muy sutil. Siempre veo que sus visiones provienen de espíritus malignos que sirven de intermediarios. He visto a personas de la región luminosa más elevada caer a la región tenebrosa, por su participación en los procedimientos magnéticos que se aplicaban con apariencia de tratamientos de enfermedades y ejercidos con pretexto de intereses científicos. Yo los ví magnetizar y seducir con sucesos engañadores y ví que sacaban a muchos del reino de la luz y los llevaban al de las tinieblas. He visto que querían confundir estas curaciones, de origen infernal, y estos reflejos de las tinieblas, con las curaciones obradas con la luz y con la clarividencia de personas favorecidas por Dios. He visto en este estado inferior a muchos hombres distinguidos, que trabajan, sin saberlo, en esta esfera de la iglesia infernal.

CAPÍTULO XV

VISIONES DE PECADOS Y CONVERSIONES

INTRODUCCION

El maravilloso don que poseía la sierva de Dios de trasladarse de un punto a otro, corporal o espiritualmente le permite realizar numerosas obras benéficas entre los pecadores y necesitados. Ve las circunstancias de la conversión de un rabino judío; evita que una joven deshonrada mate a su hijo; ayuda a morir reconciliado con Dios a un pecador; presencia, horrorizada, un robo sacrílego; influye para rectificar confesiones mal hechas, por las cuales sufre y ora.

Ana Catalina, postrada en su lecho de dolor, al parecer inactiva, desarrolla, empero, por virtud divina, una acción intensa y multiforme, siempre en favor de las almas sufrientes y necesitadas, desesperadas o privadas de socorro impulsada por la ardiente caridad que inunda su alma privilegiada.

1. Muerte de un pecador convertido en Münster.
(2 de Septiembre de 1820)

He visto morir a un pobre inválido, muy temeroso de Dios y muy penitente. Junto a su lecho estaban la Madre de Dios y el Niño Jesús. He visto la historia de este hombre. Sus padres eran de Francia y pertenecía a una familia distinguida; cuando él nació lo consagraron a la Virgen. Luego creo que murieron los padres en la guillotina. Vi que el hijo se alistó en la milicia, que luego dejó las filas y que la virgen Santísima le libró de los mayores peligros, porque él siempre conservó cierta devoción secreta a la Reina de los cielos. Por último vino a formar parte de una banda de ladrones y a quitar la vida a más de un inocente. Entre tanto vivía en la mayor disolución, aunque siempre que pasaba delante de un cuadro de la Virgen se avergonzaba de sí mismo y sentía temor. Finalmente fué condenado a pasar el resto de su vida en un oscuro calabozo, del cual le libraron en seguida sus compañeros. Lo vi luego vagabundo, y después en una casa de corrección, por haber cometido cierto latrocinio en la ciudad. Cuando vinieron los france-

ses recobró de nuevo la libertad y sentó plaza en el ejército, pero de nuevo abandonó sus filas y sirvió luego en otro. Habiendo sido herido en un brazo, regresó a la ciudad, donde le fué concedida una pensión como inválido. Entonces contrajo matrimonio, y se dedicó a cuidar enfermos y a otros oficios semejantes. Otra vez intentó apropiarse de lo ajeno en un pueblo cerca de Münster; pero la Virgen le salió al encuentro y le dijo que era preciso que se enmendara, que cuando nació había sido consagrado a ella. Entonces entró en sí mismo; consideró la paciencia que Dios había usado con él; hizo rigurosa penitencia: se azotaba durante noches enteras, ayunaba y vivía santamente.

Esta noche le vi morir contento y dichoso, después de habérsele aparecido la Santísima Virgen. En el transcurso de su vida había mudado varias veces de nombre.

2. Ve un robo sacrílego en una iglesia.

(Octubre de 1820)

Con inmenso dolor, en medio de indecibles angustias, he visto que la iglesia de este lugar ha sido robada. Yo no tenía a nadie a quien llamar ni a quien enviar a la iglesia. Esto ha sucedido entre la una y las tres de la madrugada. Los malhechores eran cinco o seis; tres estaban dentro de la iglesia y los demás afuera. Los serenos pasaron por allí dos veces, pero los criminales se escondieron. Dos de ellos pasaron por aquí. Me parece que uno se había quedado escondido en la iglesia y éste fué el que abrió la puerta a los demás. Dos horas y media han estado los ladrones ocupados en fracturar y robar. Detrás del coro, en la calle, estaba en acecho una mujer; otro de la banda estaba junto a la casa del médico y cerca del correo, un muchacho de ocho años. Una vez se detuvieron porque pasaba gente que venía del cementerio. Pensaban entrar también en la casa de un canónigo para robar y estuvieron atisbando largo tiempo. Son estos ladrones los mismos que robaron en la casa del Déan. Creo que uno de ellos tiene aquí a su madre. Cuando volcaron las sagradas formas sobre el altar, dijo uno de ellos: "Quiero hacer un lecho a Nuestro Señor". También estuvieron detrás del altar mayor viendo lo que podían recoger. El espectáculo era horrible. Con cada uno de los ladrones estaba un demonio que le ayudaba. A veces venía uno cruzando el aire y hablaba al oído de alguno de los ladrones. Vi a los ángeles sobre el cuerpo del Señor. Cuando arrancaron la plata de la

cruz, vi una imagen de Jesús, en figura de joven, a quien ellos golpeaban, maltrataban y pisoteaban.

¡Que horror! Todo aquello lo hacían con la mayor indiferencia y sangre fría. Ninguno de ellos tiene religión. Llamé a Jesús pidiéndole que hiciera un milagro, pero se me respondió que no era aquella su hora. Yo estaba en la mayor angustia y confusión.

3. Conversión de un rabino en Maestricht.
(26 de Febrero de 1821)

En ocasión en que el Peregrino le narraba la conversión del rabino de Maestricht, Ana Catalina refirió:

Esta historia la conozco yo; la he visto en varios tiempos, hace cerca de un año. Ví una vez al judío de viaje en una silla de posta. Iban con él varias personas piadosas que hablaron de la Madre de Dios y de una imagen milagrosa, creo que de Nuestra Señora del Buen Consejo, que habían visitado y de los milagros que habían visto. A esto decía el judío: "¿Madre de Dios?... ¿Madre de Dios? ¡Pero si Dios no tiene Madre!"... Y se burlaba de la fe de los cristianos. Estos se afligieron y deseaban vivamente que otras personas rogaran por el judío para que la Virgen tocara su corazón.

Como desde mis primeros años he sentido mucha compasión por los judíos y se me han ofrecido muchas veces por la misericordia de Dios como asunto de mis oraciones, así ahora, al ver todo esto, oré por él. Después lo vi muchas veces y vi que no podía dejar de pensar en María. Vi también muchas veces que María se acercaba a él y le decía, presentándole al Niño Jesús: "Este es el Mesías". No sé si él lo veía en realidad o si sólo se me han mostrado sus más ocultos pensamientos, al modo como se me muestran los combates y los consuelos. Estos pensamientos los consideró como tentaciones, y combatió contra ellos y buscó las procesiones en que era llevado el Santísimo Sacramento para burlarse de ellas. Lo ví en una procesión, creo que en el día de *Corpus,* arrodillarse involuntariamente. No sé si entonces sintió alguna emoción inexplicable, o si vió lo que yo vi: que la Madre de Dios le mostraba a su divino Hijo como saliendo del Sacramento. Vi que en seguida se hizo cristiano. Sé ciertamente que si se le preguntara lo que antes pasaba por él, diría que un pensamiento fijo en María lo perseguía con frecuencia. Yo no he oído hablar de esa conversión: por esto la había tenido por un sueño.

4. Evita que una mujer cometiera un infanticidio.

(27 de Febrero de 1821)

Hallándose Ana Catalina en oración, exclamó de pronto:

He llegado a tiempo. Gran dicha ha sido que me encontrara yo aquí ¡El niño se ha salvado! ¡He rogado que lo bendijera, pues entonces no podía ciertamente arrojarlo al estanque! Una pobre pecadora quería ahogar a su hijo no lejos de aquí. Recientemente he rogado por los inocentes niños para que no mueran sin bautismo y sin bendición. Ahora he podido socorrer a un niño y a su madre; quizás pueda volver a ver a ese niño.

Cerca de Münster vi a una joven disoluta que había dado a luz detrás de un vallado y se dirigía a un profundo estanque, donde había plantas acuáticas, para arrojar allí al niño. Al lado de ella había una figura sombría y desmesurada que arrojaba una luz siniestra. Creo que era el espíritu del mal. Ella tenía al niño en la falda. Me acerqué y oré. Entonces ví que el mal espíritu se alejó. La madre, tomando a su hijo, lo bendijo y lo besó; después ya no tuvo valor para arrojarlo al agua. Sentóse y lloró amargamente, pues no sabía cómo hallar auxilio. Yo la consolé y le inspiré el pensamiento de que acudiera a su confesor. Ella no me vió, pues se lo dijo su Angel de la guarda. Me pareció que era una joven de la clase media.

5. Ve como unos pobres sacan del río un tonel de vino.

(30 de Diciembre de 1821)

Tuve que ir (a orillas del Rin) y hacer oración para que aquellos pobres no fueran sorprendidos. Vi las penas que hubieran tenido que padecer si hubiesen sido presos. Estaba yo junto al tonel y sentí mucho frío, porque sobrevino una tempestad. Era un buen tonel. Creí que se perdía entonces y dije para mí: "Si al menos lo tuviera el Padre en la bodega." Entonces me vino a la memoria esta adivinanza infantil y la dije mientras estaba tiritando de frío:

Hay en la orilla del río
un tonel de vino lleno.
No tiene tapón ni aros;
adivinen lo que es eso.

6. Ve las imágenes de los pecados ocultos.

Cuando veo católicos que se acercan al tribunal de la penitencia, se me ofrecen muchas veces imágenes espantosas y

conozco cuán necesario es rezar por ellos. Así veo penitentes que en la confesión lanzan por la boca una serpiente, pero luego se la vuelven a tragar muchas veces antes de ir a comulgar. Los que callan pecados en la confesión se me ofrecen con aspecto horrible y junto a ellos veo un animal espantoso que les clava las garras en el pecho. A los que viven en unión pecaminosa los veo cuando se confiesan teniendo junto a sí una figura que les dice al oído que no digan nada de ese pecado. A otros veo que se estrechan contra el pecho una figura con cuerpo de dragón. Siempre he visto que los animales repugnantes, como los gusanos y ciertas clases de insectos, son imagenes de los pecados. Los que cometen pecados ocultos y exteriormente parecen castos y piadosos, veo que son asiento y morada de estos animales, los cuales están a su lado, en sus vestidos, ocultos, alimentados y acariciados secretamente por ellos. Los he visto muchas veces tan claramente en estos pecadores, que yo quería quitárselos, hasta que, advirtiendo que los circunstantes se admiraban al verme, me acordaba que no eran reales.

7. Ve en un simil a hombres y mujeres que se confiesan mal.

Rogué por los que se confesaban con un sacerdote que me había encargado que hiciese oración por ellos y tuve que hacer una obra muy difícil. Vi en el agua dos botes a punto de sumergirse. En uno estaban los hombres y en el otro las mujeres, éstas en gran número. El sacerdote, que estaba en la orilla, quería atraer las barcas hacia sí. La de los hombres llegó a la orilla sin mucha dificultad; pero muchos de ellos, y casi todas las mujeres, contra la voluntad del confesor, en parte sin que él lo supiese, llevaban gatos escondidos en los vestidos, los cuales pesaban tanto que casi hacían zozobrar el barco. Sujetábanse fuertemente con las garras y no querían desprenderse de las mujeres. Yo empecé a remar sobre una tabla y habiéndome acercado a ellas les dije que lanzasen de sí esos gatos; pero ellas me oían de mala gana y disputaban conmigo. El confesor tiraba de la barca con todas sus fuerzas; pero no siempre en buena dirección y hube de decirle que tirase de ella de otro modo.

8. Ve las dificultades de algunas personas para confesarse.

Me ha mostrado el santo *(San Antonio)* las personas a las cuales debo mover a hacer una buena confesión general, las que van acudiendo poco a poco en busca de Overberg y de mi

confesor. Solamente las conozco cuando estoy en estado de contemplación. Esta misión me es conferida diciendo el santo a mi guía que me diga a mí: "Disponte a seguirme, si quieres ayudar aquí o allá".

Tomo, pues, mi camino, hago un viaje trabajoso con dificultades de todo género, en relación a los obstáculos espirituales que hay en el ánimo del penitente, que son imágenes de la maldad, de las pasiones y de la repugnancia interior que siente el alma y que debe vencer para hacer una confesión sincera y humilde. A algunos de estos infelices los veo muy pequeños y de lejos, y a otros de cerca, según el camino mayor o menor que tienen que correr para hacer una buena confesión. A veces una persona que, en efecto, está cerca de mí, me parece que en realidad está lejos y que es pequeña, y, por el contrario, a otros que en realidad están lejos, los veo cerca y grandes. A muchos los veo cerca de mí; pero debo salvar una escarpada montaña, de la cual caigo siempre. Venciendo estos obstáculos, con la gracia de Dios y el auxilio de los santos, llego a ellos y veo sus ánimos mudados.

9. Visita en espíritu a unos presos.

(29 de Noviembre de 1822)

He visto a los presos y he rogado por su conversión. Cuando me acerqué a la cárcel, hallábase este edificio cercado de espinas que me herían las manos hasta saltar la sangre; trepé por los muros sobre los cuales salían espinas. Subí a lo alto, donde no había techo, pero no pude llegar al lugar de los presos, porque éstos se hallaban en celdas oblicuas y largas, y había sobre ellos, ante su vista, innumerables vigas fijas y unidas unas con otras. Todo estaba oscuro, desierto y como petrificado. Yo trabajé mucho, pero no pude llegar a ninguno de ellos, porque estaban encerrados entre aquellas barras y eran del todo obstinados.

10. Sufre por un pecador que quiere hacer confesión general.

Este dolor es un residuo de la Cuaresma, durante la cual he cargado sobre mí un peso excesivo de expiación; yo creí que este peso había de venir más tarde. Lo he tomado por un extranjero que quería hacer aquí su confesión general. Lo he visto en el confesionario, muy mal preparado; no quería confesarse con sinceridad y cayó en grave culpa. Entonces he pedido al Señor que me hiciera padecer para satisfacer a su justicia y

mover el corazón de este hombre, y de repente he sentido este violento dolor que apenas puedo soportar.

Al volver en sí de uno de sus éxtasis, Ana Catalina dijo: Mi Ángel Custodio me ha llamado a hacer oración, porque un hombre de la clase media está en trance de muerte.

11. Viajes de socorro a personas que se confiesan mal.

(22 de Agosto de 1820)

Esta noche he llevado a cabo una obra verdaderamente asombrosa. Ayer consideraba yo el miserable estado de los pecadores que viven en la impureza y que no se confiesan con sinceridad, y rogaba por ellos. Entonces se me apareció el alma de una señora principal, pidiéndome que rezara por la conversión de su hija y que rogara a Dios, con los brazos en cruz, para obligarle más a misericordia, pues su Divino Hijo había orado de esa manera. La joven iba a morir y había callado sus pecados dieciocho veces en la confesión.

Fuí entonces conducida por mi guía en un largo viaje. Al principio caminamos en dirección al Oriente, y ví muchos casos en que fué preciso prestar auxilio. Se me ofrecieron a lo menos diez casos diversos, pero sólo me acuerdo de los siguientes: llegué a una gran ciudad, más bien luterana que católica, y fuí conducida a la casa de una viuda que se hallaba enferma. Cuando entrábamos en ella mi guía y yo, salía de allí el confesor. Acabaron de rodear a aquella señora sus amigas y compañeras. Yo me quedé muy atrás, pues ignoraba que había ido allá como espíritu y como mensajera. Ví todas las cosas y experimenté en mí misma con cuán poco miramiento son tratadas las personas pobres y humildes por las que son nobles y distinguidas. Ví todo lo que la enferma había hecho. Era católica; hacía una vida exteriormente piadosa y daba muchas limosnas, pero en secreto era disoluta y había callado sus pecados en la confesión dieciocho veces, creyendo siempre que reparaba esta falta dando limosna a los pobres. Ocultaba sus pecados y la enfermedad que padecía. Yo me sentía avergonzada en presencia de aquellas personas distinguidas y oía a la enferma decir a sus amigas: "He dicho al confesor tal y tal pecado, pero tal otro. no". Las amigas se reían. Apartáronse luego del lecho. como si quisieran dejar dormir a la enferma; entonces me dijo mi guía que me acordara que era mensajera de Dios y que me acercara a la enferma. Me acerqué en efecto con él y hablé con la enferma, y ví que todas mis palabras estaban delante de sus

ojos en forma de letras resplandecientes y que un renglón aparecía después de otro mientras el anterior se desvanecía. No sé si me veía y si veía a mi guía, pero se puso pálida como si desmayara. Ví luego que leyó con más claridad que antes lo que yo le decía, que aparecía escrito ante sus ojos. "Te ríes, le dije, y has abusado dieciocho veces de la confesión para tu condenación... Has cometido"... Le dije todos sus pecados ocultos. "Todos los has ocultado en tus malas confesiones. Dentro de pocas horas habrás de comparecer ante el tribunal de Dios. Ten compasión de tu alma. Arrepiéntete y confiésate". Hallábase la enferma enteramente abatida; un sudor frío corría por su frente.

Apenas me separé de ella, llamó a las mujeres que la asistían y pidió que viniera el confesor. Le dijeron que no era necesario, pues acababa de salir; pero ella insistió en que se le llamara, pues se hallaba en la mayor angustia. Vino en efecto el confesor y la enferma confesó todos sus pecados derramando muchas lágrimas. Después recibió los últimos sacramentos y murió. Sé su nombre, pero no debo declararlo.

En una gran ciudad entré en cierta casa, en torno de la cual había un hermoso jardín con árboles, estanques y todo género de cenadores. Los padres vivían; la madre era una mujer buena y piadosa. La hija parecía una joven honesta, pero se deslizaba por el jardín para mantener relaciones pecaminosas y reunirse con hombres con quienes estaba de acuerdo. La encontré de noche, fuera de casa, esperando a su amante. Ésta era la última noche de su vida. Yo estaba a su lado pidiendo a Dios que la ayudara. Ví una figura, en la cual reconocí a Satanás, que quería acercarse a ella y no podía. La joven se hallaba interiormente triste e intranquila. La seguí hasta llegar a un cenador del jardín, donde ví otra sombra inmóvil envuelta en una capa. Llegóse a ella la joven, creyendo que era su amante. Entonces se abrió la capa y ví la figura del Salvador, atadas las manos, cubierto de sangre y de heridas y coronado de espinas. Aquella imagen del dolor le dijo: "Mira cómo me has puesto". Entonces la joven cayó al suelo como muerta. Yo la tomé en mis brazos y le dije que vivía mal, que debía confesarse y hacer penitencia. Volvió en sí y creyendo que sería yo alguna criada o alguna persona extraña que se había encontrado con ella, me dijo: "Si al menos pudiera volverme a casa. Si mi padre me viera aquí, me quitaría la vida". Yo le dije que si prometía confesarse y arrepentirse de sus pecados, la llevaría a su habitación. Prometió confesarse y enmendarse y sintió en sí fuerzas para

poder entrar en su casa del modo acostumbrado. Cayó enferma. El sacerdote, a quien llamó por la mañana, estaba ya preparado por la gracia de Dios. Habiéndose confesado, arrepentida de todo corazón, murió la joven después de haber recibido los santos sacramentos. Sus padres no llegaron a saber nada de sus extravíos.

De estos casos he visto unos diez esta noche; pero no todos se resolvieron favorablemente. Algunos pecadores no quisieron rendirse. Es cosa horrible. Todavía me acuerdo de ellos, llorando... El demonio los tiene muy sujetos. He visto que sobre todo es tan difícil conducir por el verdadero canimo a los sacerdotes que viven en tales pecados. Esta noche he visto casos semejantes; no hay para ellos otra esperanza que la oración.

12. Libra de la muerte a un hombre piadoso y convierte a un malhechor.

(16 de Octubre de 1820)

En una gran ciudad, que abarca muchos suburbios y donde hay vapores y negros montones de carbón, habitada por muchos estudiantes y personas doctas, y donde se elevan varias iglesias católicas, he visto en una casa de huéspedes a un hombre que pensaba en cosas nada buenas. Estaba sentado a la mesa y junto a él saltaba un perro negro muy singular, como si fuese el demonio. Ví que quería engañar y que por no pagar su hospedaje saltó por una ventana y huyó. Los demás huéspedes y moradores de la casa le estaban esperando a la puerta, pero él ya habíase alejado bastante.

Víle después en un bosque por donde caminaba a pie un hombre piadoso. Era un bosque de abetos. El fugitivo acometió al viajero, el cual, por librarse de la muerte, le dió una cantidad de dinero y huyó de allí. El ladrón llevaba oculto un cuchillo y se lanzó contra el viajero para herirlo por la espalda. Pero mi guía y yo le salimos al encuentro y sucedió que por doquiera que se volvía, nos tenía delante. Por último, tanto le pesaba aquel dinero que casi estaba por desesperarse el infeliz. Temblábanle los brazos y las piernas, y comenzó a gritar al que había sido robado: "¡Amigo, amigo: deteneos y tomad vuestro dinero!" Entonces pudo avanzar. El viajero le esperó y él se aproximó, le devolvió su dinero y le confesó que le había querido matar, pero que dos blancas formas le habían asustado y turbado. Añadió que no volvería a hacer semejante cosa; que era un estudiante que tenía muchos compañeros de latrocinios y

que les exhortaría a que se enmendasen. Luego siguió en compañía del viajero, que le prometió mirar por él.

13. Milagrosamente libra a muchos del pecado y del infortunio.

Hallábame en una ciudad populosa como a cien leguas de aquí. Había en ella una iglesia y en la iglesia una imagen ante la cual pendían ex-votos de plata. Ví a tres jóvenes que querían robar a la imagen, aguardando, para eso, que llegara la noche. A uno lo conocía: había sido bueno. Yo le había dado una camisa antes que hubiera empezado su viaje, pero el hambre y la miseria lo habían llevado a tan deplorable extremo. Respecto de los demás no experimentaba yo tan vivo sentimiento de simpatía; acaso no fueran católicos; lo cierto es que no podía orar por aquéllos con tanto fervor como por el primero.

Aquellos malhechores decían: "Estamos muriéndonos de hambre y la imagen no necesita de nada". Creían, sin duda, que robándole a ella no robaban a nadie. Los pobres padres del joven, a quien yo conocía, le habían encomendado a la Virgen y a San José cuando partió, y ahora fuí yo la encargada de impedir que cometiera aquel delito. Habían proyectado entrar por la ventana del santuario sirviéndose de una escalera. Al joven le habían encargado colocarse junto a un muro y guardar las espaldas a los compañeros. No comprendía bien el mal que iba a hacer y por otra parte estaba instigado por el hambre. Por fortuna, había delante de la iglesia una pobre mujer orando, cargada de hijos y deudas y abandonada de su marido. Iba a perder todo cuanto tenía, porque todo lo había empeñado. Venía, pues, a la iglesia para invocar el auxilio de la Madre de Dios. La presencia de esta mujer impidió que los malhechores llevaran a cabo su proyecto; lo aplazaron para el día siguiente. Yo pedí también por aquella pobre mujer.

Al día siguiente, a eso de las doce, ví a los tres hombres que se paseaban madurando su proyecto; pero nuestro joven se negó a acompañarles, diciendo que antes sacaría patatas de la tierra y las asaría cuando tuviera hambre. Amenazáronle los otros dos diciéndole que lo matarían si no los acompañaba; él, acobardado por esta amenaza, les prometió ir, pero se separó de ellos resuelto a no cometer el crimen. La iglesia está en un extremo de la ciudad.

Siendo yo joven había conocido a un mancebo que se disponía a pecar, y le espanté con el horror de la culpa. Más tarde se casó con aquella persona y después tuve ocasión muchas veces

de amonestarle a él y a su mujer. Carecían los dos de bienes y él maquinaba recurrir al robo. Le ví varias veces acercarse furtivamente a un horno de pan, llevando un saco con intención de hurtar, aunque no llegaba a tanto su necesidad. Siempre impedí la ejecución de su intención, haciendo ruido o saliendo a su encuentro. Una vez lo ví entrar furtivamente en casa de un conocido mío que había amasado pan en una artesa. Yo estaba como atada y no pude impedir el siniestro. Se había metido en el saco mucho de lo codiciado, cuando despertó el dueño a los ladridos de un perro y se puso en movimiento para encender luz. A la verdad, si era sorprendido aquel infeliz, estaba perdido, y su familia deshonrada para siempre. Por mi parte, no habiendo podido impedir el hurto, quise salvar a aquel desgraciado, para que se enmendara; tuve fuerzas para abrir la puerta; de esta suerte la corriente de aire apagó varias veces la lámpara que había encendido el dueño del pan y entre tanto el otro pudo huir con el saco. Algunas semanas después vino hasta mi el dueño del pan y me contó el caso, añadiendo que no sabía cómo se le había escapado el ladrón; que había tenido íntima compasión de él y que ahora aquél podía enmendarse, y así se alegró de no haberle conocido. También estuvo conmigo la mujer del ladrón y cuando dijo que yo la había preservado del pecado, antes del matrimonio, yo le hice presente cuán fácil es deslizarse en pecados graves cometiendo faltas livianas. Ella rompió a llorar amargamente, pues sabía lo que había hecho su marido. Ambos repararon el mal y se enmendaron. Yo obré así por voluntad de Dios.

14. Ve al demonio en medio de un baile y la solicitud del Angel de la Guarda.

Esta noche he padecido mucho, viendo constantemente, en la casa inmediata, bailes y espectáculos disolutos. He notado primero el ruido en general y ví al demonio en persona siempre en medio de ellos; luego he visto a cada uno de los que allí concurrían, a quienes instigaba el enemigo y les sugería malos deseos de todas clases. He visto como el Ángel de la Guarda los llamaba desde lejos y como corrían ellos al mal. No he visto salir de allí nada bueno ni que alguno quedara sin padecer algún daño. Veo que los acompañan animales de todo género y que sus almas están afeadas por negras manchas. También he tenido que suscitarles terrores e impedir muchos males esta noche.

15. Misericordia de Dios con los pecadores arrepentidos.

(Pascua de 1823)

En toda la noche no he podido dormir a causa de los violentos dolores de las heridas; pero he sido muy consolada mediante una aparición. He visto al Divino Salvador que recibía a los pecadores arrepentidos y conversaba con ellos. Era tan benigno y afable como no es posible decirlo. He tenido un breve éxtasis muy consolador. He visto a muchos pecadores convertirse a Dios en este tiempo pascual y salir muchas almas del Purgatorio. Ví cómo Jesús era maltratado una y otra vez y que a pesar de todos los tormentos siempre permanecía tan bueno y amoroso que sus sufrimientos me causaban nueva y dulce tristeza. "¡Ah, me decía yo, todos los pecadores tienen su parte en estos dolores y con sólo un poco de buena voluntad se salvarán!"

También ví personas, a quienes conocía, que han llegado a reconocer sus faltas y se han enmendado. Entre éstas hay una piadosa y que habla muy humildemente de sí; pero no quería reconocer que estaba muy prendada de sí misma. Mucho trabajo costó que conociera su falta. No es verdadera humildad la del que se abate a sí mismo y no puede sufrir que otro le censure o le posponga a los demás.

Hallábame viendo cómo Dios ha juzgado a grandes pecadores. Grande es la justicia de Dios, pero todavía es más incomprensible su misericordia. Sólo condena a aquéllos que absolutamente no quieren convertirse; pero los que siquiera tienen una centellita de buena voluntad, éstos se salvan. Los que verdaderamente se arrepienten de sus pecados y los confiesan sinceramente y confían enteramente en los merecimientos del Salvador, serán bienaventurados y sus pecados no les serán tenidos en cuenta. Estos van al Purgatorio por poco tiempo. Por el contrario, permanecen en él largo tiempo muchos que no han sido grandes pecadores, pero que han vivido en la tibieza y que por amor propio no han oído las advertencias del confesor ni han hecho caso de sus correcciones.

Capítulo XVI

VISIONES DE LOS PREMIOS DE LA VIDA FUTURA

INTRODUCCION

Pónese de manifiesto aquí, en bellísimos cuadros alegóricos, las recompensas que obtienen los justos en la vida futura. La vidente participa en un gran banquete de bodas, donde se distribuyen los premios, según los méritos de las obras hechas en la tierra. En la visión de las mesas preparadas se rechazan a las personas indignas, sean reyes, príncipes, nobles, prelados, ricos, pobres... En cambio, en la visión del joven Gasparito, se nos muestra cómo los pequeños vencimientos, los actos de virtud practicados por amor de Dios, forman un cúmulo de méritos que tienen su epílogo en la espléndida mansión de los bienaventurados. Entre las delicias celestiales ve, con otras personas conocidas, al conde Stolberg, convertido del protestantismo al catolicismo, que había visitado a Ana Catalina, edificándose con su heroica paciencia.

1. Visión del banquete de bodas y de los expulsados de diversas categorías.

(Domingo XIX después de Pentecostés, 1819)

He visto al bienaventurado Nicolás de Flue en forma de un anciano de elevada estatura, de cabellos blancos, que llevaba una brillante corona de piedras preciosas. Su vestido, blanco como la nieve, le llegaba hasta los pies; en la mano tenía una gran corona de piedras preciosas. Le pregunté por qué tenía en vez de hierbas aquella brillante corona. Él me habló con severidad, en pocas palabras, de mi muerte y de mi destino y me dijo que quería conducirme a una gran boda.

Me puso la corona y yo fuí como navegando con él al palacio que ví delante, como suspendido en el aire. En aquel palacio se celebraba una boda extraordinariamente suntuosa. Parecíame que iba a ver juzgadas en aquel banquete todas las acciones y omisiones de todos los estados que hay en el mundo y que iba a ver la influencia de los bienaventurados en todos sus descendientes. Previamente fué preparada una mesa para el clero. Ví al Papa y a los obispos con sus báculos y ornamentos, sen-

tados alrededor de ella y a muchos eclesiásticos, altos y humildes, cada uno de los cuales tenía ante sí, en un coro elevado, a los santos y beatos de su estirpe, a sus antecesores, a sus patronos y abogados, que influían en él, juzgaban y decidían. También estaban sentadas a la mesa esposas espirituales de las elevadas clases, a cuyo lado, como si fuera una de ellas, yo tuve que sentarme con mi corona, no sin sentir mucha confusión Sobre mí estaba el que me había convidado y como yo me hallaba tan turbada, todo lo hacía él y lo disponía para mí. Los manjares que había en la mesa, aunque en forma de tales, no eran alimentos terrenos.

Veía todas las cosas en su íntimo ser y leía en los corazones Detrás de la sala del convite ví otras habitaciones y estancias de todo género, en las cuales había muchas personas, cuyo número aumentaba con otras que iban viniendo. Muchos sacerdotes fueron expulsados del banquete como indignos, porque se habían confundido con los mundanos y habían servido a éstos más que a la Iglesia. Los seglares fueron castigados primero; luego fueron despedidos los sacerdotes de la mesa y enviados a otras estancias más o menos próximas. El número de justos era muy reducido. Esto sucedió en la primera mesa y a primera hora. Los eclesiásticos salieron.

Fué dispuesta otra segunda mesa; yo no comí en ella, pero estuve entre los espectadores en segundo término. El beato Nicolás estaba siempre sobre mí para ayudarme. Vinieron entonces numerosos emperadores, reyes y príncipes, a quienes servían otros grandes señores. Sobre ellos se veían los santos de su respectiva estirpe. Algunos de estos gobernantes tuvieron noticia de mí. Yo estaba avergonzada, pero Nicolás respondía por mí. No estuvieron sentados mucho tiempo a la mesa. Todos eran entre sí semejantes y su trato nada bueno, lánguido y equívoco, y si alguno superaba a los demás, esta ventaja no la debía por tener más virtud. Muchos hubo que ni siquiera se acercaron a la mesa, sino que fueron lanzados al lugar que les correspondía. Me acuerdo especialmente de haber visto a la familia de los Croy, entre cuyos ascendientes hubo una santa estigmatizada, pues ésta me dijo: "Mira, estos son los Croy" (*).

Luego apareció la mesa de los nobles. Después la mesa de los ciudadanos ricos. No puedo explicar cuán abominablemente estaba constituído este estado. La mayor parte de ellos fueron

(*) La noble familia francesa de los Croy, emparentada con los reyes de Hungría, dieron cardenales, obispos, mariscales y generales a Francia, Alemania y a España. Por el tratado de Viena obtuvieron el señorío de Dülmen.

expulsados y encerrados con sus semejantes, del estado de los nobles, en un hoyo que se parecía a una cloaca, metidos entre inmundicias.

Finalmente apareció la mesa de un estado bastante bueno: el de los antiguos ciudadanos honrados y el de los labradores. Entre ellos había muchas almas buenas, aún de los míos. Mi padre y mi madre estaban sobre éstos. También vinieron los descendientes del beato Nicolás de Flue, aldeanos buenos y muy vigorosos; él, sin embargo, desechó a muchos de ellos. Vinieron también pobres e impedidos, entre los cuales había muchos buenos y otros malos, que fueron expulsados. Yo tuve mucho que hacer con ellos; no puedo decirlo todo.

Cuando desapareció la última mesa, me sacó el santo de aquel lugar y me condujo de nuevo a mi lecho, de donde me había sacado. Hallábame muy débil y sin conocimiento; no podía moverme ni dar señal alguna de vida, como si estuviera muerta. Nicolás señaló el término de mi vida, pero de un modo indefinido.

2. Visión de la Iglesia triunfante.

(1º de Noviembre de 1819 - Día de Todos los Santos)

He hecho un largo viaje con mi guía y no es para decirse lo que se me ha ofrecido. Yo no pienso aquí ni en quién soy ni cómo soy. Voy tranquilamente con él recorriendo lugares y miro y estoy contenta. Cuando pregunto, recibo respuesta; y si no la obtengo, me quedo también contenta. Pasamos sobre la ciudad por los lugares de los mártires (Roma), y sobre el mar, y por países desiertos, hasta donde estaba la casa de Ana y de María. Aquí subí desde la tierra.

Ví innumerables santos en infinita variedad, siendo, sin embargo, el todo una sola cosa en cuanto a lo interior de su alma y a su modo de sentir. Todos vivían y se movían en una vida de alegría y todos se penetraban y se reflejaban los unos en los otros. El espacio era como una cúpula infinita llena de tronos, jardines, palacios, arcos, ramilletes de flores, árboles, todo unido con caminos y sendas que brillaban como el oro y las piedras preciosas. Arriba, en el centro, había un resplandor infinito: el trono de la Divinidad. Los santos estaban agrupados según sus vínculos espirituales. Todos los religiosos estaban juntos, según sus órdenes, y adentro se hallaban colocados más o menos altos, según habían sido sus combates personales. Los que fueron martirizados juntos, estaban juntos también y ordenados según el grado de su victoria. Los estados que no tenían consagración

espiritual en la tierra, estaban ordenados según el impulso interior de cada uno en orden a la santidad.

Todos estaban en admirable orden, distribuídos en jardines y moradas. Los jardines eran indeciblemente hermosos y resplandecientes. Ví árboles con frutos pequeños, amarillos, brillantes. Aquéllos que, por la semejanza de sus esfuerzos dirigidos para alcanzar la santidad, estaban juntos, tenían como vestidura de orden sobrenatural, una gloria uniforme; pero se diferenciaban entre sí por los signos de su victoria. Llevaban coronas y guirnaldas, ramos en las manos y estaban confundidos los de todos los estados y comarcas.

Ví a un sacerdote a quien yo conocía, el cual me dijo: "Tu causa no está terminada todavía". Ví a una gran muchedumbre de soldados con trajes romanos y muchas personas a quienes conocía. Todos cantaban juntos una deliciosa canción; con ellos cantaba yo también. Entonces miré a la tierra y la ví yacer entre las aguas, a modo de una pequeña mancha: todo lo que había en torno mío me parecía inmenso. ¡Ah, es tan corta la vida! ¡Llega tan rápidamente su fin! Pero es tanto lo que se puede ganar en tan breve tiempo que no me atrevo a entristecerme. Con gusto quiero, pues, aceptar todas las penas que Dios me envía.

3. En ocasión de tener una reliquia, ve la vida de un joven santo.

(12 de Enero de 1820)

Ví el alma de un joven acercarse a mí en forma resplandeciente; su vestido era muy semejante al de mi guía. Tenía una aureola blanca y brillante y me decía que había alcanzado la salud luchando contra la naturaleza y venciéndola y que había contribuído mucho a su victoria el haber renunciado a las cosas que apetecía.

Luego pasé a otra visión. He visto a la misma alma en forma de un jovencito de trece años, en compañía de otros compañeros, en un jardín espléndido y hermoso El sombrero de este joven era fruncido, su jubón amarillo, abierto. le llegaba hasta las piernas, con una franja en las mangas cerca de las manos. Los pantalones y las medias eran una sola pieza, estrecha por los lados. La parte de ella donde había lazos era de otro color. Las rodillas del joven estaban ceñidas; sus zapatos eran estrechos y adornados con cintas. Había en el jardín setos hermosos, hábilmente cortados y muchos cenadores y casas de follaje, cuadradas por la parte exterior y redondas por dentro. También se

veían allí campos con árboles y gran número de personas trabajando. Estos trabajadores aparecían vestidos como acostumbraba yo a vestir a los pastores en el Nacimiento de mi convento. El jardín pertenecía a personas de alta clase de una ciudad importante que había allí cerca y que era la patria de aquel joven. En el jardín se permitía pasear. Ví a los jóvenes saltar alegremente en medio de cercas de rosas y cortar muchas de estas flores, blancas y encarnadas. El dichoso joven renunció al gusto de recoger flores y los otros para tentarlo le ponían delante los ramos con las rosas. Entonces me dijo aquel bienaventurado espíritu: "Yo aprendí a vencerme en esto haciendo un sacrificio mucho más útil y más difícil. Entre las personas que vivían cerca de la casa de mi padre, era compañera de juego una joven de mucha belleza, a la cual quería yo con inocente cariño. Mis padres iban a menudo a la iglesia a oír la palabra de Dios; yo asistía a la Misa con ellos. Como en tal ocasión oyera hablar al predicador contra semejantes compañías, huí del trato de aquella joven, aunque no sin gran esfuerzo de mi parte. Desde entonces aprendí a vencerme en no tocar las rosas".

Cuando hubo dicho esto, ví a aquella doncella andar en la ciudad muy adornada y florida como una rosa y ví la hermosa casa de los padres del joven, que estaba en una gran plaza cuadrada. Las casas estaban adornadas con emparrados. El padre era un acaudalado comerciante. Entré en la casa y ví al padre, a la madre y a varios hijos. Era una familia buena, cristiana y piadosa. El padre comerciaba en paños y vinos. Estaba muy bien vestido y tenía una bolsa de cuero pendiente de un costado. Era alto y grueso. La madre era robusta y tenía un caprichoso y rico tocado. El joven era el mayor de aquella buena familia. Delante de la casa había carros con objetos de comercio. En el centro de la plaza se veía una fuente y alrededor de ella una hermosa y artística verja de hierro con figuras de tamaño natural y en medio de la fuente una figura de donde salía agua. En los cuatro ángulos de la plaza se veían construcciones pequeñas, a modo de garitas. La ciudad estaba edificada en una comarca feraz; por un lado la cercaba un foso y por otro corría un río delante de las puertas. Tenía siete iglesias, pero ninguna torre importante. No podría decir qué comarca fuese; me parecía una ciudad alemana, pero no lo sé con seguridad.

Después ví al joven entrar en un monasterio con el propósito de estudiar. Este monasterio se hallaba como a unas doce horas de dicha ciudad, en un monte donde se elabora mucho

vino. Era este joven muy aplicado, tan devoto y confiado en la Madre de Dios, que cuando no entendía alguna cosa en los libros, acudía ante la imagen de la Virgen y decía: "Tú enseñaste a tu Hijo; enséñame también a mí". Entonces se le aparecía la Virgen y le enseñaba. En su trato con María era muy sencillo y tenía mucha confianza con ella. Era tanta su humildad que no se determinó a recibir las sagradas órdenes. Fué muy estimado por su piedad. Tres años permaneció en el convento, uno de ellos estando muy enfermo, al cabo de los cuales, cumplidos los 23 años de edad, murió y fué sepultado allí mismo.

Había entre sus conocidos uno que, no pudiendo dominar sus pasiones, pecaba con frecuencia. Teniendo éste mucha confianza en su difunto amigo, se encomendó a él durante años enteros y aconteció que el bienaventurado se le apareció y le dió sus instrucciones diciéndole que en uno de sus dedos vería una señal a modo de anillo, el cual había él recibido en su desposorio con Jesús y María y que hiciera buscar esa señal en el cadáver; así se conocería que realmente se le había aparecido. Ese amigo tenía unos treinta años. Habiendo puesto por obra aquel aviso, fué exhumado el cadáver, en el cual se halló la señal dicha. Las reliquias fueron distribuídas. No ha sido beatificado. Yo me acordé mucho de San Luis Gonzaga.

4. El joven aparecido la conduce a un lugar de la Jerusalén celestial.

El alma de este joven me condujo a un lugar que parecía hallarse en la Jerusalén celestial; todo era allí transparente y diáfano. Fuí a una gran plaza circular, cercada de magníficos y brillantes palacios. En medio de esta plaza fué puesta una gran mesa prolongada, cubierta de indescriptibles manjares. De cuatro de los palacios salían arcos de flores, que se juntaban sobre la mesa formando una corona en torno, en la cual resplandecían los nombres de Jesús y María. No había allí nada de artificioso: todo nacía y daba frutos según su especie. Los arcos estaban formados de multitud de flores varias, de frutos y de brillantes figuras. Conocí allí la significación de todas y cada una de las cosas, pues veía lo que era cada una de ellas. No es del todo exacto decir que conocí la significación de las cosas; todo era esencia y la esencia de las cosas me penetraba como rayos varios de un sol y al mismo tiempo me decía lo que eran esas cosas. Aquí en la tierra no es dable expresar esto con palabras. A un lado, detrás de los palacios, había dos iglesias: la

más próxima consagrada a María; la otra al Niño Jesús; ambas octógonas. Cuando llegué allí, numerosas almas de toda clase de niños bienaventurados salían de los palacios para darme la bienvenida. Éstas tenían, al principio, la forma común de las almas, pero después las ví vestidas como cuando vivían en el mundo; entre ellas conocí a muchos de mis compañeros de juego que ya habían muerto.

El primero a quien conocí fué a Gasparito, niño travieso, pero no malo, que murió a los once años de edad, después de una larga y dolorosa enfermedad. Este niño se acercó a mí y me guió y me explicó todas las cosas. Me admiré de ver tanta hermosura y cortesanía en aquel niño que había sido tan inculto. Como le manifestara mi admiración, me dijo: "Aquí no viene uno por su pie, sino gracias a las buenas obras". Estas palabras me alegraron.

Como yo no le había reconocido en seguida me dijo: "¿No sabes que fuí yo quien te afiló el cuchillo? Entonces me vencí dichosamente a mí mismo. Tu madre te dió cierto objeto para que lo partieras; pero tu cuchillo estaba tan embotado que no cortaba. Esto te hizo llorar, pues temías que tu madre te reprendiera. Yo lo advertí y pensé para mí: "Quiero ver cómo la riñe su madre". Pero luego dominé ese deseo y dije: "Voy a afilar el cuchillo de esta pobre niña". Así lo hice y te ayudé; esto fué de mucha ganancia para mi alma. ¿No te acuerdas que cuando los niños jugaban a algo que no era bueno, tú les decías que dejaran aquel juego, que no era bueno, y luego te sentabas en una zanja a llorar? Yo me acercaba a ti y te preguntaba por qué no querías jugar con nosotros y tú me respondías que uno te había llevado allí asida violentamente del brazo. Por mi parte, pensándolo bien, me vencí a mí mismo, no sin provecho de mi alma, resolviendo no volver a tomar parte en aquel juego. ¿No te acuerdas que yendo con otros niños recogíamos las manzanas que habían en el suelo? Tú decías que no la debíamos tomar; yo replicaba que si no las recogíamos nosotros, otros las encontrarían. Tú decías que no debíamos dar mal ejemplo y no tomabas ninguna. También esto lo advertí para dicha mía. En otra ocasión lancé contra ti un hueso; pero de este peligro te libró uno, desviándote buenamente. También esto hubo de dolerme de corazón".

Estas y otras cosas semejantes me recordó Gasparito. Luego ví que en premio de toda victoria sobre nosotros mismos y de toda acción buena, se nos da otro género de manjares, de los cuales disfrutamos, pues los entendemos y nos penetramos con

ellos. Esto es inexplicable. No estábamos sentados a la mesa, sino que íbamos de un extremo a otro de ella y cada uno de los que estaban allí recibía un gusto determinado a cambio de toda privación.

Al principio sonó una voz que decía: "Sólo comprenderá estos manjares el que los guste". Los manjares eran en su mayor parte flores, frutos, piedras brillantes, figuras y hierbas, de substancias completamente diversas a las de la tierra y más espirituales que las de aquí. Estaban estos manjares presentados en una vajilla brillante, transparente, indescriptiblemente bella y de ella salía una virtud admirable hacia los que mediante algún sacrificio, realizado en el curso de la vida, tenían algún orden respecto a uno u otro manjar.

En la mesa había vasos de cristal en forma de pera, como aquéllos donde yo tomaba medicinas. En estos vasos bebíamos. Uno de los primeros manjares constaba de mirra admirablemente preparada. De una copa de oro surgía un pequeño cáliz, en cuya tapa había un botón y en él una crucecita muy fina. Alrededor del borde del plato había letras violadas luminosas. Del plato nacían ramos de mirra, en forma de pirámides, de color amarillo y verde, muy bellos y llegaban hasta la copa del cáliz. Había hojas pequeñas con flores como claveles de extraordinaria hermosura. Arriba había un botón, rojo en el centro y de bello violeta alrededor. El amargor de esta mirra era ahora suavidad aromática, que daba fortaleza al espíritu. Yo probé de estos manjares porque había padecido en silencio tanta amargura de corazón. A cambio de aquellas manzanas que yo no había tocado, tomé de otras manzanas brillantes: había muchas juntas en una rama. También gusté de cierto manjar por haber repartido entre los pobres muchos pedazos de pan duro. Conservaba aquel pan la apariencia de duro, pero era brillante como cristal de muchos colores y estaba en un plato de cristal. Por haber huído de ciertos juegos, recibí una vestidura blanca.

Todo me lo explicó Gasparito. Ví también en un plato una piedrecita que había recibido cuando estuve en el convento. Oí decir que antes de mi muerte me darían una vestidura blanca y una piedra también blanca, en la cual habría un nombre que sólo yo podría leer (*). Al terminarse el festín fué también recompensado el amor al prójimo. Había allí vestiduras blancas, frutos blancos, rosas blancas muy tupidas y todo género de

(*) "Al que venciere le daré del maná escondido y le dare una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe mas que el que lo recibe" *(Apocalipsis, II, 17)*.

manjares y formas blancas y admirables. Me es imposible describir todas estas cosas.

Gasparito me dijo: "Ahora verás el pesebre que aquí tenemos; a ti te gustó siempre hacer pesebritos". Fuimos a la Iglesia de la Madre de Dios, en la cual resonaban cánticos incesantes. Había allí un altar ante el que iban desfilando representadas las varias escenas de la vida de María y en derredor había coros, unos más altos que otros, de adoradores. Era necesario pasar a través de esta iglesia para ir al pesebre que estaba en la otra iglesia. También en ésta había un altar y en él se veía representado el nacimiento de Cristo, y sucesivamente todos los hechos de su vida hasta la institución de la Eucaristía, tales como siempre he visto en mis visiones.

5. Ve la gloria del conde Stolberg (*)

Fuí a otro lugar más elevado. Subí a un jardín donde había magníficos frutos y muchas mesas ricamente adornadas y aparadores con diversos dones. De todas partes venían cerniéndose almas que en la tierra habían producido muchos frutos con sus estudios y trabajos, ayudando a otros. Estas almas, ya una sola, ya muchas juntamente, ocuparon sendas mesas para recibir lo que les correspondía. En medio del jardín se veía un pedestal a manera de escalera semicircular, llena de cosas bellas y deleitables. Este jardín tenía una hermosa puerta por la cual penetró una muchedumbre de almas, unas en pos de otras. Todas las que en el jardín estaban, corrían y formaban dos filas para dar la bienvenida a las que habían llegado últimamente.

Estas numerosas almas traían consigo al difunto conde de Stolberg. Iban en ordenada procesión llevando banderas y guirnaldas. Cuatro de ellas llevaban sobre los hombros, aunque sin sentir peso alguno, el asiento de honor en que iba sentado el conde Stolberg. Las otras almas iban detrás; las almas que recibían a estas últimas tenían flores y guirnaldas. En su cabeza se veía una corona, especialmente de rosas blancas y de piedras brillantes y de estrellas. Esta corona no estaba fija en su cabeza, sino oscilando. Al principio me parecieron iguales todas estas almas, como me habían parecido las que vi en el cielo

(*) Leopoldo, conde de Stolberg (1748-1819), poeta y literato alemán, amigo de Goethe y embajador en la corte de Copenhague. Por la influencia de la princesa católica Galitzin, se convirtió al catolicismo con su mujer y sus hijos. Escribió libros y opúsculos en defensa de la religión católica. Habiendo llegado a Dulmen, visitó a Ana Catalina, quedando profundamente edificado de su virtud

inferior de los niños; pero luego ví a cada una de ellas vestida conforme a su propio estado y ví que eran las que con su trabajo y doctrina habían contribuído a la salvación de otras almas. Ví también a Stolberg bajar de su sillón de manos y ví desaparecer el sillón. Le ví tomar posesión de los dones que le estaban destinados. Ví aparecerse un ángel detrás del semicírculo dispuesto en forma de gradas. De cada uno de los lados de la escalinata, llena de preciosos frutos, vasos y flores, salía un brazo que presentaba a los circunstantes un libro abierto. El ángel recibió de los espíritus que había alrededor, libros en los cuales escribió y señaló varias cosas; luego los puso en dos pedestales que estaban a su lado. En cambio ellas recibieron del ángel escritos, unos breves y otros más difusos, que corrieron de mano en mano. Especialmente del lado de Stolberg circularon multitud de escritos muy breves. Parecíame que esto era como la continuación en el cielo de las obras que en la tierra habían practicado aquellas almas. Ví dirigirse hacia el bienaventurado Stolberg, desde la mesa con gradas, un gran plato transparente, en cuyo centro se veía un hermoso cáliz dorado y alrededor de él, muy bien ordenados, racimos, panes pequeños, piedras preciosas y recipientes de cristal. El cáliz no estaba fijo como en el plato de la mirra, y las almas bebían de él y de los recipientes y gustaban de todas las cosas que allí estaban. Este cáliz corría de mano en mano. Ví muchas veces que algunas almas, al comunicarse unas con otras, se daban la mano. Después todas las almas se elevaron más arriba para dar gracias.

6. Ve a varios niños muertos en la inocencia bautismal.

Vinieron a buscarme los bienaventurados niños que habían jugado conmigo en mis primeros años. Fuimos a un lugar donde jugábamos en otro tiempo y después nos encaminamos al pesebre. El asno estaba a la entrada. Dí un paso, me subí sobre él y me senté, diciendo a los demás niños: "Así estaba sentada en él la Madre de Dios". El asno se dejó acariciar y dejó que se le sacara del pesebrero. Después nos acercamos al pesebre y adoramos al Niño Jesús. Los otros niños me dieron muchas manzanas y flores y un ramo de rosas rodeado de espinas; pero yo rehusé todas esas cosas. Preguntáronme por qué no los llamaba en mis necesidades y me dijeron que estaban dispuestos a ayudarme; que los hombres invocan muy pocas veces a los niños, los cuales pueden mucho en la presencia de Dios, sobre todo los que mueren inmediatamente después del bautismo.

Uno de estos infantes me dijo que yo había pedido para él la feliz muerte que tuvo y que si sus padres hubiesen sabido esto, se habrían enfadado conmigo. Recordé, entonces, que me lo habían llevado después de recibido el bautismo y que, levantándole yo en alto, pedí a Dios de todo corazón que se dignara llevárselo consigo en estado de inocencia, antes que hubiera podido perderla. Ahora me daba gracias porque yo había pedido por él y él quería ahora rogar por mí. Los niños me dijeron que se debe orar especialmente para que ninguno se muera sin bautismo. Si esto se pide a Dios, el Señor envía de buen grado el auxilio oportuno. Con frecuencia he visto en figuras auxilios inesperados conseguidos por este medio.

7. La gloria de los santos en el cielo.
(1º de Noviembre de 1820)

He tenido una visión indeciblemente grande y magnífica, que no puedo describir. Ví una mesa que se perdía de vista, de color rojo y blanco transparente y surtida con los más excelentes manjares. Los vasos eran como de oro y tenían en los bordes unas letras azules. Había allí mezcladas flores y frutas de toda clase; pero no partidas y como muertas, sino vivas y creciendo: aunque eran eternamente comidas, quedaban sin embargo completas. En verlas estaba el gozar de ellas. Los que administraban y servían eran obispos, y, bajo su dirección, toda suerte de pastores de almas. En torno de la mesa estaban sentados o de pie, formando coros de muchas órdenes diferentes, toda la multitud de santos, en tronos y semicírculos. Yo estaba de pie, junto a la mesa y veía a estos coros innumerables en torno de ella y todo lo veía como en un jardín. Pero si me acercaba a uno de los coros o lo miraba a él sólo, lo veía en un solo jardín y en él veía una mesa propia y que esta mesa procedía de aquella gran mesa de cuyo deleite participaban todos.

En todos estos campos y jardines, cuadros, plantas y ramas, flores y frutos vivía todo lo mismo que en aquel jardín común. El gozar de los frutos no consistía en comerlos, sino en la íntima percepción de los mismos. Todos los santos estaban con sus atributos. Muchos obispos tenían iglesias en las manos, porque ellos las habían fundado; otros sólo llevaban el báculo, porque sólo las habían apacentado. Junto a los santos había muchos árboles cargados de frutos. Queriendo yo llevar algunos de estos frutos a los pobres mortales, empecé a sacudir los árboles y ví que

muchos frutos caían en diversas comarcas de la tierra. Y ví también que todos los santos, cada coro según su especie y poder, allegaban tablas, flores y guirnaldas para edificar un trono en el lugar extremo de la mesa. Y todo se hizo con orden indecible, como en una naturaleza en que no hay falta ni pecado ni muerte. Todo esto surgió de su esencia y actividad sin previo acuerdo, y entretanto guardaban la mesa centinelas y soldados espirituales.

CAPÍTULO XVII

VISIONES DEL PURGATORIO

INTRODUCCION

Nada tan impresionante, tan encogedor, pero al mismo tiempo tan edificante, como las visitas de Ana Catalina a la mansión de las almas que sufren con esperanzas. Fija la vidente el lugar aproximado del Purgatorio. Describe los distintos grados: el de los que están por salir, acompañados de ángeles, rumbo al Paraíso; el de los que padecen todavía tormentos espantosos, y el de los que permanecerán en sus dolorosos encierros hasta el fin de los tiempos. Trabaja por unas almas, consuela a otras, reza por las restantes.

Se impresiona hondamente al saber que las almas desean ardientemente oraciones y sacrificios, y en la tierra nadie se acuerda de ellas. Le aterran los padecimientos de los sacerdotes que fueron negligentes en la administración de su ministerio. Ve los espacios destinados a los herejes y a los judíos. Nos parece lógico, de acuerdo con el juicio divino, que las almas purguen por aquello en que más pecaron en la tierra, como con simplicidad encantadora nos relata la vidente.

Muchos santos han tenido comunicaciones con las benditas almas del Purgatorio. Conocidas son las revelaciones de Santa Brígida, que asiste al juicio de muchísimas personas que mueren en su época y que después se le aparecen pidiendo sufragios. El padre Carlos Rossignoli, de la Compañía de Jesús, en su libro Maravillas de las almas del Purgatorio, *relata más de cien casos de almas que aparecen reclamando oraciones y sufragios. En nuestros tiempos se observan los mismo hechos en Teresa Neumann, de Konnersreuth, y en María Luisa de Brault, la mística del Canadá.*

Al lector le parecerá acaso leer algunas escenas repetidas Debe tenerse presente que como la vidente va muchas veces al Purgatorio, describe el mismo lugar o la misma alma que ha visto con anterioridad.

1. Ve diversas almas en el Purgatorio.

Veo por lo general muchas almas tenidas en la tierra por santas que están aún en el Purgatorio y no gozan por tanto de

la visión beatífica. Pero en esta visión ví además el Purgatorio como Iglesia purgante y ví una oscura y extensa bóveda donde las almas parecían ya libres de su pasión. Había allí la luz roja de un cirio de una especie de altar y ví venir un ángel y consolar a las almas con un presente. Esto sucede algunas veces al año; pero desapareciendo el ángel, desaparece con él todo lo que hay de eclesiástico. También entendí que las pobres almas, que no pueden hacer nada por sí, ruegan por la Iglesia.

Cuando veo un cuadro general de la Iglesia, veo siempre entre Occidente y Norte una laguna oscura y profunda, donde no hay rayo de sol alguno, y me parece que allí está el Infierno.

2. Visiones referentes a las almas del Purgatorio.

Triste cosa es que las almas benditas sean ahora tan pocas veces socorridas. Es tan grande su desdicha que no pueden hacer nada por su propio bien. Pero cuando alguno ruega por ellas o padece o da una limosna en sufragio de ellas, en ese mismo momento cede esta obra en bien de ellas y se ponen tan contentas y se reputan tan dichosas como aquél a quien dan de beber agua fresca cuando está ya a punto de desfallecer de sed. ¡Ah! ¡cuánto tienen que padecer las pobres almas a causa de su flojedad y tibieza, de su piedad relajada, de su falta de celo en promover la gloria de Dios y la salud del prójimo! ¿Y qué otro medio hay de socorrerlas si no es la caridad satisfactoria que ofrece por ellas aquellos mismos actos de virtud con relación a los cuales se descuidaron ellas durante su vida mortal?

Los santos del cielo nada pueden hacer en expiación y satisfacción de las culpas que están purgando las almas benditas; todo lo tienen ellas que esperar de la Iglesia militante. ¡Cuán vivamente anhelan estas almas por esta expiación! Saben muy bien que no hay sobre la tierra ningún pensamiento bueno, ningún buen deseo en favor de ellas que no dé algún alivio a sus penas; pero ¡qué pocos son los que toman parte en su aflicción! El sacerdote que rece devotamente las horas con intención de satisfacer por las negligencias que tienen que expiar las almas, puede procurarles increíble consuelo. La virtud de la bendición sacerdotal penetra hasta el Purgatorio, y consuela, como rocío del cielo, a las almas a quienes con fe firme bendice un sacerdote. El que viera todas estas cosas, como yo las veo, de seguro que procuraría con todas sus fuerzas socorrer a las almas del Purgatorio.

3. Necesidad de orar por los difuntos.

En este momento mueren unas 5000 personas. Entre ellas hay muchos sacerdotes. Debemos orar. En el valle de Josafat se volverán a juntar todos ellos con nosotros y se acordarán de los que hemos rezado por ellos. Dios dé a esas almas el eterno descanso y las ilumine. Se calcula muchedumbres extraordinarias de moribundos en las situaciones más diversas. Yo estoy en el arco, elevado sobre la tierra. Rayos de luz parten hacia mí de diferentes puntos y me hacen ver el estado y circunstancias de los moribundos, como si estuviera viendo a través de un tubo. Algunos mueren completamente abandonados.

Respecto de los elogios desmedidos que suelen hacerse a los muertos, declaró:

La desmedida alabanza me parece una privación esencial y una especie de hurto cometido contra aquéllos a quienes se tributa ese honor inmerecido.

4. Consecuencias de las obras buenas y malas.

Todo cuanto el hombre piensa, dice y hace, tiene vida y continúa viviendo como obra buena o mala. El que obra mal debe apresurarse a borrar su culpa con la contrición y la confesión en el sacramento de la Penitencia. No borrándola, difícilmente podrá impedir las consecuencias de su pecado. Esto lo he visto frecuentemente de un modo corpóreo en las enfermedades y dolores de muchos y en la maldición que pesa sobre algunos lugares.

Siempre se me ha mostrado que las culpas por las que no se hace penitencia y las que no han sido expiadas, llevan en pos de sí incalculables consecuencias. He visto los castigos de muchos pecados hasta en lejanas generaciones, como cosa naturalmente necesaria, así como el efecto de la maldición que llevan consigo los bienes injustamente adquiridos, o como el horror instintivo que causan los lugares donde se ha cometido algún crimen. Todo esto lo veo como cosa no menos natural y necesaria que lo que expresamos cuando decimos que la bendición bendice y la santidad santifica.

Desde que tengo uso de razón discierno con viva claridad lo que está bendecido de lo que no lo está; lo que es santo de lo que no lo es. De lo que es santo me siento atraída y lo sigo irresistiblemente; lo que no es santo me causa horror, me angustia y me estremece y debo combatirlo con el auxilio de la fe y de la oración.

5. Diversas impresiones a la vista de huesos humanos en los cementerios.

Esta impresión la he sentido con especial claridad y viveza al ver los huesos humanos y aún los más cortos residuos de algún cadáver, morada de un alma. Por la violencia del sentimiento que experimento en mí, siempre he creído que hay cierta relación entre todas las almas y sus cuerpos, pues los huesos que veo en las sepulturas y cementerios, producen en mí diversos sentimientos y efectos. Al ver ciertos cadáveres siento una impresión de luz, de bendición y de salud; mientras que en otros he experimentado distintos grados de pobreza y necesidad, y me he sentido movida a socorrerlos con oraciones, limosnas y ayunos. Otras veces fuí presa de terror y de espanto.

Cuando iba a orar en el cementerio por la noche, sentía en tales sepulcros una oscuridad más profunda que la de la misma noche; esto me parecía más negro que lo enteramente negro, como sucede cuando se abre un agujero en un paño negro, que el agujero parece aún más negro que el mismo paño. A veces veía salir de ellos un humo o vaho negro, que me estremecía. También me sucedía que cuando el deseo de ayudar me impulsaba a penetrar en esas tinieblas, me sentía repelida hacia atrás. En estos casos la idea de la santísima justicia de Dios era para mí como un ángel que me libraba de lo que hay de espantoso en tales sepulcros. En otros veo como una columna sombría de color gris más clara o más oscura; en otros una columna luminosa de un resplandor más o menos intenso; pero en muchos no veo absolutamente nada y esto es lo que más me aflige. Los rayos más o menos claros, más o menos oscuros, son señales que indican el mayor o menor grado de necesidad de las almas; los que no pueden dar señal alguna son las almas más necesitadas; no tienen quien las socorra ni quien se acuerde de ellas, y como nada pueden hacer por su bien, son las últimas en la comunicación con el cuerpo de la Iglesia.

Cuando me acerco en oración a estos sepulcros suelo oír una voz penosa y confusa que sale de lo profundo y suspira diciendo: "Socórreme y sácame de aquí", y experimento claramente en mí la misma angustia que sentiría el que se encontrara enteramente solo y desvalido. Por estos pobres abandonados pedía yo siempre con mayor fervor y constancia que por otros; entonces veía salir poco a poco de tales sepulcros solitarios y vacíos una columna de sombra que se iba aclarando mediante el auxilio constante de la oración. Los sepulcros en que veo

una columna de sombra más o menos clara son los que contienen cuerpos cuyas almas no están enteramente abandonadas, ni del todo ligadas y por el grado de su tormento o por los sufragios y oraciones de sus amigos vivos, están en cierta relación más o menos consoladora con la Iglesia militante. Estas almas poseen todavía la gracia de dar señal de sí en la comunidad; están en una corriente que va hacia la luz y hacia la bienaventuranza y nos ruegan que las ayudemos, ya que ellas no pueden valerse. Lo que hacemos en su obsequio ellas lo ofrecen a Nuestro Señor por nosotros. Me parecen pobres cautivos que pueden excitar la compasión de sus semejantes ya con algún grito, ya con alguna súplica, ya extendiendo las manos fuera de la cárcel.

Cuando contemplo así un cementerio y se ofrecen a mi alma estas señales según los diferentes grados de luz y de sombra, me parece todo ello como un jardín que no está cuidado por igual o que está en parte abandonado. El orar y el trabajar y el mover a otros a que también oren y trabajen es como levantar y enderezar las plantas, es como cultivar la tierra y sacar a luz semillas escondidas y hacer que desciendan la lluvia y el rocío sobre un jardín.

6. Ve cómo suben al cielo las almas socorridas.

¡Ah! si los hombres vieran esto claramente como yo lo veo, todos trabajarían en este jardín con más diligencia de lo que lo hago yo misma. Cuando entro en un cementerio y se me representan estos objetos, puedo formar juicio del celo y caridad de un pueblo, así como se puede apreciar la diligencia y laboriosidad de sus habitantes con sólo ver los campos y las huertas que lo rodean. Dios me ha dado muchas veces la gracia de ver subir al cielo con infinita alegría a muchas almas del Purgatorio.

Pero como no hay trabajo ni auxilio alguno en la necesidad, sin combate, esfuerzo y lucha, me acontecía que, desde niña tierna y como doncella vigorosa, era muchas veces turbada, asustada y maltratada en mi oración en los cementerios, por los espíritus malditos y aún por el mismo demonio. Me cercaban espantosos ruidos y apariciones; con frecuencia era derribada en los sepulcros y sacudida fuertemente; a veces me querían sacar violentamente del cementerio. Pero con la gracia de Dios nunca he llegado a acobardarme ni a ceder al enemigo un palmo de terreno; antes bien, redoblaba mis oraciones allí donde era más turbada.

¡Cuántas gracias he recibido de las benditas almas del Purgatorio! ¡Ojalá quisieran todos participar conmigo de esta alegría de socorrer a las almas! ¡Qué abundancia de gracias hay sobre la tierra! Sin embargo, ¡cuánto se olvida a las almas y se malogran las gracias, mientras que las almas benditas suspiran por ellas! Allí, en lugares distintos, padeciendo diferentes tormentos, están estas almas llenas de angustia y de anhelo de ser socorridas y salvadas. Pero por grande que sea su aflicción y necesidad, ellas alaban a Nuestro Señor y Salvador. Todo lo que hacemos por ellas les causa infinita alegría.

7. Ve en el Purgatorio almas de diversas condiciones.
(Día de los Fieles Difuntos, 2 de Noviembre de 1819)

Llegué con mi guía a un oscuro sitio, donde había muchas almas. Habiendo penetrado en aquel lugar, las consolé. Aquellas almas estaban sumergidas en las tinieblas, unas hasta el cuello, otras hasta la cintura. Hallábanse unas junto a las otras, cada una en su propia cárcel. Unas padecían sed; otras, frío; otras, calor; no podían valerse a sí mismas; sufrían indecibles tormentos y sentían gran anhelo por salir de allí.

Ví que muchas consiguieron su libertad; su alegría era inexplicable. Elevándose a un lugar más alto, en gran número, en forma espiritual meramente gris, recibían durante este breve tránsito, los vestidos e insignias propias del estado de cada una de ellas, lo mismo que cuando vivían en la tierra. El lugar donde se reunían era un espacio amplio, sobre el Purgatorio, cercado como de una valla de espinas. Ví allí a muchos médicos libertados, recibidos por una procesión de otros médicos y conducidos arriba. Ví también que eran libertados muchos soldados, y la dicha de estos infelices destrozados en la guerra, alegró mi corazón. Ví pocas monjas y aún menos jueces; pero sí he visto que muchas doncellas que se habrían consagrado a Dios en estado de religión, si las circunstancias les hubieran sido propicias, eran buscadas y recogidas por otras bienaventuradas religiosas. Ví también a algunos antiguos reyes y almas pertenecientes a familias reales; a bastantes sacerdotes y a muchos labradores. Ví a muchas almas de mis conocidos y a otras de países extranjeros, a juzgar por sus vestidos. Cada uno de los varios estados sociales era elevado en diversas direcciones por almas del mismo estado; mientras duraba esta elevación perdían sus insignias terrenas y recibían un resplandeciente vestido de gloria. En el Purgatorio no sólo conocía a mis amigos,

sino también a sus parientes, a quienes yo nunca había visto. Entre las almas más abandonadas he visto a aquellas pobres de quienes nadie se acuerda y cuyo número es grande, pues muchos hermanos nuestros en la fe no hacen oración por ellas. Por estas pobres almas olvidadas ruego yo siempre.

8. Visión de diversos santos con el Salvador.

Entonces se me ofreció una visión nueva. Me ví de pronto vestida de campesina como lo había estado en otro tiempo. En la frente llevaba una cinta y una toca en la cabeza. Mi guía me condujo hacia una brillante multitud que descendía del cielo. Eran blancas figuras coronadas, sobre las cuales flotaba el Salvador, llevando una cruz blanca y en ella una bandera. Venía un centenar de figuras, la mayor parte vírgenes y una tercera parte de hombres. Todos estaban cubiertos con deslumbrantes vestidos de reyes de diversos colores de gloria, cuyos rayos se penetraban entre sí y hacían la visión más admirable. Llevaban coronas de anillo, unas abiertas y otras cerradas. Entre estas figuras había muchas visiblemente señaladas con los estigmas que difundían un resplandor rojo en torno de ellas.

Fuí conducida ante ellas, por mi guía, muy avergonzada, porque no sabía, pobre campesina, cómo llegarme a la presencia de estos reyes. Pero mi guía me dijo: "Llegarás a ser lo mismo que éstas". Y en lugar de mi vestido se me dió otro blanco de religiosa. Ví alrededor de mí a todos los que habían estado presentes en mi toma de hábito y especialmente a las religiosas bienaventuradas de nuestro convento. Ví a algunas a quienes había conocido y tratado, que me miraban desde el Purgatorio.

9. Un alma descubre el estado de dos esposos.
(10 de Abril de 1820)

He tenido la noche pasada una visión grave y severa mezclada con importantes asuntos. De pronto se presentó delante de mí el alma luminosa y beatífica de una mujer de Koesfeld, ya difunta, y que había amado mucho a su marido, a quien tuve yo siempre por bueno, pues parecía muy piadoso. Hacía ya mucho que no pensaba en estas personas. Aquel hombre había contraído segundas nupcias. Yo conocía a su segunda mujer. El alma me dijo: "Por fin he conseguido llegar hasta ti. Soy feliz ahora; pero mi marido me causa mucha pena. Mientras yo vivía aún y estaba enfermiza, él ya tenía comercio muy pecaminoso con su mujer actual, y también ahora, aunque casado con ella,

no vive cristianamente. Tengo mucha compasión por su alma, y también el alma de su nueva mujer me causa angustia".

Mientras el alma me decía estas cosas yo me maravillaba del estado de aquél que había tenido siempre por hombre de bien. Ella me contó muchas cosas y me rogó que amonestara seriamente a su marido, ya que él tenía la intención de venir a verme. Tuve que ir con ella hasta Koesfeld. He visto todo el camino claro y luminoso y que esta alma resplandecía como el sol, y esto me causaba infinita alegría. Reconocí todos los ángulos de aquel camino y encontré muchos puntos cambiados. Me condujo a casa de aquellas personas, adonde había yo estado varias veces en el pasado, y encontré también allí muchos cambios. Estuve con ella cerca del lecho de aquellas personas, que estaban durmiendo. Parece que la mujer sintió internamente nuestra llegada y se enderezó, sentándose en el lecho. Hablé con ella largamente y le dije que debía entrar en sí misma y exhortar al marido a reconocer su propio estado. Así me lo prometió. Apenas puedo dudar de que no venga a mí y aquella alma me ha rogado con tanta instancia a orar por él y aconsejarlo. Yo, en verdad, me encuentro con cierta timidez en cuanto al modo de entrar en el asunto del discurso, en caso que no sea él mismo que comience a hablar de su estado.

10. El pecado de la campesina y la hermana del sacerdote.

(12 de Abril de 1820)

Una jovencita campesina había dado a luz secretamente por temor de sus severos padres. El niño había muerto poco después de nacido, por torpeza de la madre, que escondió el cadáver dentro de un armario, donde fué descubierto. Este caso ocasionó gran turbación; rogué y sufrí sin tregua en favor de la culpable para obtener que se moviese a seria penitencia.

Conozco a esta joven; no hace un año estuvo aquí a verme. Desde Natividad en adelante la he visto a menudo envuelta en un manto y yo sentía siempre un interno presentimiento de que estaba rumiando algo malo. Más adelante la he visto en tiempo de confesión en peores condiciones aún. Rogué por ella y avisé al confesor para que estuviera atento. Pero no se acercó al confesor. También esta noche he tenido que hacer mucho con ella y he visto su interior muy turbio. Aunque es una estúpida, no está sin embargo libre de culpa por la muerte del niño. He visto todo el desarrollo del asunto y he rezado mucho por esta causa

Pensando en esto, se me presentaron a la mente aquellos dos ex jesuítas (*) con los cuales me había confesado en mi juventud: pensaba cómo vivían piadosamente, cuánto trabajaban, y cómo en su tiempo no sucedían casos semejantes. Mientras así pensaba se me presentaron aquellos dos religiosos en óptimo estado y uno de ellos me condujo junto a una hermana suya, en cuya casa había vivido y que yo había conocido. Ella se encontraba en un lugar muy misterioso y nunca hubiera creído que semejante persona piadosa tuviese aún algo que expiar. Era un lugar oscuro, donde había otras muchas almas, dentro de una angosta cavidad cuadrangular, en la cual podían estar como amurallados; pero ella parecía contenta y paciente, y estaba a punto de pasar a otro lugar más amplio. Me dijo que debía visitarla más a menudo. Hablé también largamente con el anciano y beato sacerdote, y le rogué y pedí algo también a ella.

Ya de mucho tiempo atrás tuve revelación sobre el estado de los niños que mueren antes del bautismo. No puedo expresar con palabras aquello en lo cual veo consistir su pérdida, pero me siento de tal modo conmovida que siempre que vengo a saber de un caso semejante me ofrezco a Dios con la oración y el sufrimiento para satisfacer y expiar por aquello que otros han descuidado, a fin de que el pensamiento y el acto de caridad por otros no hechos se vean compensados por la comunión de los fieles, o por mí, o por otro miembro de la misma comunidad. Así he sentido verdadera turbación y solicitud por aquel pobre niño infeliz muerto antes del bautismo, y me he ofrecido a Dios para satisfacer y expiar por él.

11. Ve el alma de un general inglés abandonada.
(24 de Setiembre de 1820)

Tenía yo que ejercitar una laboriosa tarea; pero no me era posible hacerla. Para limpiar una casa de la inmundicia que en ella había, sólo contaba con una escoba inservible. Entonces se acercó mi madre y me ayudó; y vino también una amiga mía, a quien antes de su muerte le había dado una imagen de Santa Catalina que yo había recibido de un modo sobrenatural; tenía dicha imagen en el pecho y habló conmigo de muchas cosas.

Fuí conducida por mi madre a muchas mansiones de espíritus y me acuerdo haber ido a una montaña de la cual salió

(*) La Compañía de Jesús fué restablecida para todos los países por Pío VII en el año 1814. Probablemente los llama ex-jesuítas porque habrían muerto durante la supresión.

hacia mí un espíritu que lucía con un resplandor rojo, como el del cobre, y que se encontraba sujeto por una cadena. Estaba allí desde mucho tiempo, abandonado y sin auxilio alguno; nadie se acordaba de él ni le ayudaba, ni rogaba por él persona alguna. Habló sólo pocas palabras. Después supe toda su historia de la cual sólo algo recuerdo. El era, en tiempos en que un rey de Inglaterra se hallaba en guerra con el rey de Francia, un general inglés, en tierra francesa, donde todo lo asolaba y donde cometía todo género de crueldades. Había sido muy mal educado y creo que por culpa de su madre; pero siempre conservó un sentimiento de reverencia a la Santísima Virgen. Todas las imágenes las destruía y habiendo llegado una vez ante una hermosa imagen de la Madre de Dios, quiso también destruirla; pero sintió cierto movimiento en su interior y la respetó. Por entonces fué atacado de una enfermedad acompañada de violenta fiebre; de buen grado se hubiera confesado a no haber perdido el sentido. Sin embargo, murió muy arrepentido, por lo cual halló misericordia y no se condenó. Sin duda alguna esta alma podía ser socorrida, mas nadie se acordaba de ella. Decía que lo que más le aliviaría sería la santa Misa y que con pocos sufragios habría sido libertado mucho tiempo antes. El lugar a que me refiero no es el Purgatorio propiamente dicho. Yo le vi constantemente acosado y despedazado por perros, porque él había atormentado cruelmente a los hombres. Muchas veces yacía encadenado en diferentes posturas, como en un patíbulo y era regado con sangre hirviente que circulaba por sus venas. Decía que le consolaba mucho la esperanza de verse libre algún día. Después de haber hablado conmigo, se hundió de nuevo en la montaña. El lugar donde se hallaba estaba cubierto de hierba ardiente. Con anterioridad ya había hablado conmigo. Esta era la tercera vez que lo hacía.

12. Ve las almas del Purgatorio y recibe útiles enseñanzas. *(27 de Setiembre de 1820)*

Esta noche he pedido mucho por las almas benditas y he visto las numerosas y admirables penas que ellas padecen y la incomprensible misericordia de Dios. También he vuelto a ver al desdichado guerrero inglés y he rogado por él. He visto la infinita justicia y la misericordia de Dios y he comprendido que no hay cosa alguna verdaderamente buena en el hombre que no le sea útil. He visto el bien y el mal pasando de padres a hijos, y convertirse en salud o en desdicha por la voluntad y

cooperación de éstos. He visto socorrer de un modo admirable a las almas con los tesoros de la Iglesia y con la caridad de sus miembros. Y todo esto era una verdadera substitución y satisfacción por sus culpas, no faltándose ni a la misericordia ni a la justicia, aunque ambas sean infinitamente grandes.

He visto muchos estados de purificación. En partículas he visto castigados a aquellos sacerdotes aficionados a la comodidad y al sosiego, que suelen decir: "Con un rinconcito en el cielo me contento; yo rezo, digo misa, confieso, etc." Estos sentirán indecibles tormentos y vivísimos deseos de buenas obras y verán a todas las almas a quienes han privado de su auxilio, ante su vista, y tendrán que sufrir un desgarrador deseo de socorrerlas. Toda pereza se convertirá en tormento para el alma, su quietud en impaciencia, su inercia en cadenas, y todos estos castigos no son ya invenciones, sino que proceden clara y admirablemente del pecado, como la enfermedad de la causa que la produce.

En esta ocasión he visto muchas cosas relativas al Purgatorio y especialmente a los niños que mueren antes y después de nacer, lo cual, no pudiéndolo decir con claridad, lo dejo de decir. Lo que siempre veía con certeza es que todo lo bueno que hay en el alma o en el cuerpo, conduce a la luz, y que lo malo conduce a las tinieblas, mientras no sea expiado y borrado; que la justicia y la misericordia son perfecciones de Dios y que la divina misericordia satisface a la justicia divina por los inagotables méritos de Jesucristo y de los santos, unidos con El en la Iglesia, mediante la cooperación y las obras de la fe, esperanza y caridad de los miembros de su Cuerpo espiritual. Siempre ví que nada se pierde de cuanto se hace en la Iglesia en unión con Jesús; que todo deseo piadoso, todo pensamiento bueno, cualquier obra de caridad hecha por amor de Jesús, cede en bien de todo el cuerpo de la Iglesia; y que el que no haga otra cosa que rogar a Dios en plena caridad por sus hermanos, ése hace una gran obra saludable.

13. Ve a un piadoso franciscano del Tirol.

(6 de Octubre de 1820)

He tenido la visión de un piadoso franciscano del Tirol. He visto cómo este religioso conoció anticipadamente un grave peligro que amenazaba a la Iglesia con ocasión de una reunión política próxima a realizarse. Le fué mandado hacer oración constantemente por la Iglesia, y le ví orar en su convento, que

no era grande y estaba situado no lejos de una pequeña ciudad. Se arrodillaba por la noche ante una milagrosa imagen de la Madre de Dios, y ví que el demonio, con el fin de turbarle, hacía mucho ruido en la iglesia del convento dando bramidos y fuertes golpes a las ventanas, contra las cuales se lanzaba en figura de un cuervo negro. El piadoso franciscano no se turbaba por eso, sino que seguía orando con los brazos extendidos.

A consecuencia de esta oración ví penetrar en mi estancia tres formas: una de ellas era un ser parecido a mi guía, que se acercó a mí; las otras dos eran almas que deseaban oraciones. Una de ellas era la de un príncipe católico de Brandeburgo, y la otra de un piadoso emperador de Austria. Habían venido por la oración del franciscano, que vió el mismo peligro que yo había visto. Pidieron adelantar más en su estado para poder influir en sus actuales sucesores. Supe que estas almas tenían con éstos más relación que otras. Me llamó la atención que el mismo espíritu que los conducía me tomara de las manos y me las levantara hacia arriba. Sentí sus manos blandas y suaves como plumas. Tan pronto como dejé caer las manos, volvió a levantármelas, diciendo: "Tienes que orar aún más". Esto es todo lo que recuerdo.

14. Describe un lugar entre el Cielo y el Purgatorio.

(2 de Noviembre de 1820)

Fuí arrebatada por mi guía. No sabía a punto fijo si la dirección que seguíamos era a una región determinada del mundo; lo cierto es que nuestro camino era muy trabajoso, muy estrecho y empinado, que conducía como un puente luminoso a cierta altura inmensa. Por uno y otro lado se extendía la oscuridad de la noche; yo tenía que andar de costado, pues el sendero, como he dicho, era muy estrecho. Mirando hacia abajo veía la tierra llena de tinieblas y oscuridad y a los hombres cavando angustiosamente en el fango. Pasé casi toda la noche en esta subida. Muchas veces me caía y temí precipitarme; pero mi guía, que iba delante, me daba la mano y podía continuar.

Es posible que siguiéramos alguna dirección determinada del mundo, puesto que mi guía me mostraba a derecha y a izquierda, algunos lugares desiertos de la tierra, donde sucedieron ciertos misterios en el camino que siguió el pueblo de Dios. Ví los lugares por donde anduvieron los patriarcas y después los hijos de Israel. Cuando mi guía me señalaba estos lugares me parecía ver a lo lejos parajes claros en medio de la noche. Veían-

se desiertos extensos, grandes torres destruídas, pantanos, árboles corpulentos tronchados. Me dijo mi guía que cuando estos lugares se poblasen otra vez y fuesen habitados por cristianos, serían llegados los últimos tiempos.

En este sendero flotaban muchas almas, acompañadas de sus guías, como formas cenicientas que se destacaban en medio de la noche delante de nosotros. Parecía que volaban desde una noche general a este estrecho sendero luminoso, al cual llegué a subir con mucho trabajo a fuerza de continuas súplicas y oraciones. No ponían el pie en la misma huella, sino a derecha e izquierda; iban junto y detrás de mí a lo largo del sendero. Eran almas de personas que habían muerto en aquellos días, por las cuales tenía yo que orar y padecer, pues hacía poco tiempo que se me habían aparecido Santa Teresa, San Agustín, San Ignacio y San Francisco Javier y me habían mandado que hiciera oración y trabajara.

Mi sendero no conducía al Purgatorio, propiamente dicho: éste quedaba debajo. Ví a estas almas entrar allí por ocho o más días mediante mi oración, la cual debía proseguir todavía.

He visto ciertos espíritus planetarios, espíritus caídos, sí, pero aún no condenados, atormentar a aquellas almas privadas de toda ayuda, con muchos reproches y tentarlas para apartarlas de la paciencia y de las celestiales aspiraciones. Aquel lugar era un vasto espacio sin cielo; parecía que por arriba también todo fuese como de argamasa, como una bóveda o emparrado. Había allí árboles, frutos y flores, pero todo era turbio y triste. Había allí innumerables espacios separados entre sí por diversos vapores, neblinas y nubes según las ideas diversas de limitación, de separación y de soledad; en estos espacios ví vagar almas, a veces pocas, a veces más. Este lugar es una morada intermedia entre el Purgatorio y el Cielo.

15. Visita diversas mansiones extraterrenas y el limbo de los justos.

Ví a mi llegada una multitud de almas acompañadas por un ángel, que se alejaban y subían por un lugar donde brillaba a lo lejos una luz en lo alto. Estaban sumamente alegres. Ví a todas estas almas resplandecer con brillantes colores. Cuando salían, sus colores eran de gloria más pura. Además supe cual era el significado de sus colores. Lanzaban rayos rojos las almas de amor inflamado, porque no habían amado con puro afecto y esto las atormentaba; el color blanco era la pureza de intención,

a la que ellas habían faltado por pereza; el verde, la paciencia, turbada por mala voluntad. Del amarillo y del azul no recuerdo la significación.

Las almas salían siempre de tres en tres, me saludaban y me daban las gracias. Había muchas a las cuales yo conocía; la mayor parte pertenecía a la clase media y a la de los labradores. Ví también a personas principales, aunque no muchas. Aún cuando aqui no hay clases, sin embargo se conoce la educación de las personas. En las estirpes hay una diferencia esencial, que se distingue a simple vista. El sexo se discierne por la fortaleza, la severidad y la fijeza, en el alma de los hombres; mientras que en la de las mujeres hay algo de débil, de sufrido, de impresionable, que no puede ser descrito. En este espacio se detienen los ángeles que sustentan a las almas con los frutos que hay allí; también ejercitan éstas su actividad en el Purgatorio y en la tierra, y tienen idea del gozo celestial y saben que su último dolor consiste en anhelar y aguardar a que se cumpla su anhelo. Salí de aquí, y ví, a través de una abertura que se tornaba brillante, un espacio claro, adornado de hermosos árboles. Ví allí una especie de movimiento de ángeles. Supe que aquélla fué la mansión de los antiguos patriarcas, antes de la bajada de Cristo a los infiernos. Me fué mostrado el lugar donde habían estado Adán, Abrahán y Juan Bautista. Desde allí fuí a casa, tomando por la izquierda, a través de un camino difícil. También volví a la montaña donde había visto al hombre atormentado por los perros. Ya no estaba allí, sino en el Purgatorio.

16. Libra a varias almas.

(3 de Noviembre de 1820)

Esta noche he invocado con gran determinación a los santos cuyos huesos tengo aquí conmigo; he invitado especialmente a mis bienaventuradas hermanas Magdalena de Hadamar, Columba de Bamberg, Juliana de Lüttith y a Liduvina a venir conmigo al Purgatorio para sacar de allí a las almas más amadas de Jesús y de María. Tuve la alegría de ver socorridas y libradas a muchas de esas almas.

17. Recorre en espíritu la diócesis y visita la catedral.

(4 de Noviembre de 1820)

Esta noche he recorrido casi toda la diócesis y he estado en la catedral, donde he visto los descuidos y negligencias de los

sacerdotes; se me ofreció a la vista un espacio lleno de inmundicia, cubierto con arte. Tuve que conducir toda aquella inmundicia a un lugar donde había agua que la arrebataba consigo. Arrastrando todo esto por el suelo, quedé como muerta de cansancio. Mientras estaba en esto, acercóseme el alma de la hija de cierta mujer de mi país y me dijo que ayudase a su madre, que estaba en el Purgatorio. Me acompañó hasta allá. Ví a la madre, que había sido muy golosa y habladora; la ví solitaria, sin compañía, sentada en un lugar, a modo de una estrecha cocina; estaba llena de tedio, moviendo siempre la boca, como si probara alguna cosa y la mascara. Me rogó vivamente que me quedara con ella aquella noche. Después pasó a otro lugar que había delante del suyo, más elevado y mejor y estuve allí con ella para consolarla. En el Purgatorio obran espíritus planetarios que reprochan a las almas sus pecados.

18. El juicio de las almas.

Las almas benditas son instruídas por los ángeles acerca de lo que sucede en el cielo y en la tierra en orden a la salud. Así sucedió con el alma de la joven que me rogó que orase por su madre. Estas almas no pueden hacer absolutamente nada para sí mismas. En el Purgatorio no hay naturaleza, ni árboles ni frutos. Todo es incoloro, claro u oscuro, según el grado de purificación de las almas. Los lugares donde están las almas guardan cierto determinado orden.

El juicio que se pronuncia sobre las almas, lo veo instantáneamente en el mismo lugar en que mueren los hombres. Allí veo a Jesús, a María, al santo Patrono de cada uno de ellos, y a su Angel Custodio. Aún en el juicio de los protestantes veo presente a María Santísima. El juicio concluye en breve tiempo.

19. San Ignacio le da una lección.

(6 de Noviembre de 1820)

Por la tarde pensé que las almas del Purgatorio están ciertas del cumplimiento de su esperanza, mientras que los malos corren peligro de perderse. Esta consideración me indujo a rogar por estos últimos. Entonces se me apareció San Ignacio. A un lado suyo estaba un hombre orgulloso, libre y sano, a quien yo conocía; al lado opuesto, un sujeto metido hasta el cuello en un pantano, que clamaba y que no se podía valer; este infeliz sacaba fuera los dedos de una de sus manos. Era un sacerdote difunto, a quien yo no conocía. Ignacio me preguntó: "¿En

favor de cuál de estos dos prefieres pedir auxilio: en favor de este joven orgulloso, que puede hacer penitencia, si quiere, o en favor de este otro, que no puede valerse?"

Temblé de espanto en todos mis miembros y lloré amargamente. Fuí conducida al Purgatorio por un camino trabajoso y rogué por las almas que había allí detenidas.

20. Visita varios lugares de la tierra.

Después fuí llevada a una gran casa de corrección y de trabajo. Allí pude ver y conmover a muchos que habían caído en la ruina, vencidos por las tentaciones y la miseria. Los malos permanecían inconmovibles. Esta casa de corrección estaba en mi patria. Estuve, además, en muchos lugares y en cárceles debajo de tierra, donde había gentes de larga barba. Hallábanse sus almas en buen estado expiando sus culpas; y las consolé. Ví estos lugares como si fueran purgatorios de la tierra.

Después fuí adonde había algunos obispos. A uno de ellos, muy mundano, lo ví en un banquete, al cual habían sido invitadas algunas señoras. Pensé en lo que costaría aquel banquete y en el número de pobres que habrían podido vivir con la suma que importaban aquellos gastos. Así se lo dije al prelado, y como recibiera mal mi observación, añadí que todo aquello sería escrito por un ángel que estaba sobre él, teniendo en sus manos un libro y una vara. Me replicó que eso no era nada, pues en otras partes sucedían cosas peores. Ví que efectivamente era así; pero ví también en todas partes al ángel del castigo.

21. Salen dos sacerdotes del Purgatorio.

He tenido un placer muy grande, aunque muy breve, que me ha llenado de consuelo. He visto que durante este tiempo pascual muchos grandes pecadores volvieron a Dios y que muchas almas salen del Purgatorio. He visto el lugar de purificación y he notado un aire de indecible contento en los rostros de esas almas como signo de su próxima liberación. Fué para mí causa de gran alegría verlas libres de sus tormentos. Así he reconocido las almas de dos sacerdotes que fueron admitidas ya en el cielo. Tuvieron que sufrir muchos años, el uno a causa de su negligencia en cumplir las obligaciones de su estado en las pequeñas cosas; el otro, por su inclinación a burlas y chanzas.

22. Ve a muchos príncipes, reyes y obispos.
(9 de Noviembre de 1820)

Tenía que trabajar en varias viñas, donde se había hecho mal la operación de cubrir los sarmientos para preservarlos de los hielos. Fuí también a Coblenza, en cuyas cercanías tuve que trabajar mucho en tres viñas. Estaba pensando en acudir a las almas benditas, cuando me rodearon nueve formas que traían fardos sobre los hombros. Otra forma había dejado el fardo que cargaba y se había vuelto corriendo. Entonces tuve que tomar aquel bulto sobre mis hombros y debajo del brazo y caminar con él, subiendo hacia Oriente, en compañía de las nueve formas. El camino no era natural; dirigíase hacia Oriente en línea recta y parecía resplandeciente, mientras que a uno y otro lado de él sólo se veían tinieblas y oscuridad. Cuando cansada ya no podía más con aquel bulto, ví en el camino un banco, donde lo deposité. En aquel fardo había una gran figura humana, precisamente aquélla que dos días antes me había mostrado Ignacio sumergida en el cieno: era uno de los últimos electores de Colonia. Llevaba en el brazo el sombrero de elector. Las nueve formas eran como correos, semejantes a los que mantenían estos príncipes. Parecía que él no podía andar como los demás; que alguno que le había conducido hasta entonces le dejaba solo y que tenía yo ahora que conducirlo. Siempre subiendo llegamos a un lugar admirable. Había en él una puerta guardada por espíritus. Los nueve entraron dentro; a mí me quitaron la carga, la guardaron y me condujeron a una elevada fortaleza. En ese lugar había muchos árboles. Desde allí se divisaba gran extensión en torno; pero no pude ver otra cosa que una gran superficie de agua cortada por toda clase de fortalezas y colinas, en donde trabajaban innumerables formas.

Allí había reyes, príncipes, obispos, personas de distintas clases, sobre todo siervos. Algunos príncipes tenían sus coronas en el brazo; los peores las tenían entre las piernas. Era forzoso que todos trabajasen en estas fortalezas, cavando, transportando materiales, subiéndose por los muros. Ví que muchos se caían siempre de lo alto y tenían que volver a subir. Las almas de los criados empujaban a las almas de los que habían sido sus patrones. En toda la extensión que se divisaba no había más que agua y fortalezas y sólo junto a mí se veían algunos árboles sin frutos. A aquél a quien había llevado yo le ví también en aquellas fortificaciones; creo que debe cavar siempre la tierra. Las nueve formas hablaron conmigo: yo debía ayudarlas en algo,

de lo que ya no me acuerdo. Allí no había ninguna mujer. Esta mansión parecía mejor que el Purgatorio, pues hay movimiento y vida; parecía como si allí las almas quisieran allanar y rellenar algo. Ví con admiración que el horizonte no tenía límites. Sólo se veía el cielo, arriba, y debajo de mí, a derecha e izquierda de los trabajadores, como una inmensa superficie de agua o de aire.

23. Va a una mansión misteriosa de espíritus en expiación.

Entonces me fué mostrado muy lejos otro espacio, donde sólo había mujeres. Díjome mi guía que fuera allá, y no sabiendo yo al principio cómo hacerlo, añadió: "Sigue la luz de tu fe". Entonces quise tomar mi manto y extenderlo sobre las aguas para pasar sobre ellas; pero de repente vino una pequeña balsa en la cual pasé al otro lado sin remar. Mi guía flotaba a mi lado sobre las aguas.

En aquel lugar ví una especie de mansión cuadrada en la cu había toda clase de almas de mujeres, entre éstas monjas y otras almas a quienes yo había conocido. Tenían que cultivar jardines; las criadas mandaban a las que habían sido sus señoras. Todas habitaban en chozas de follaje. En los cuatro ángulos de la mansión se movían cuatro espíritus que la guardaban. Las almas cuidaban frutos de varias clases, que no estaban del todo maduros, pues había mucha niebla y un cielo bajo y pesado. Lo que ellas sacaban de su trabajo, lo recibían otras almas, a quienes ví moverse en lugar diferente entre montañas de hielo. Cargaban los frutos en balsas y se los llevaban a estas almas, que elegían entre ellos y enviaban los mejores a otros lugares de almas. Las de las montañas de hielo eran almas procedentes de pueblos no cristianos y aún medio salvajes.

Preguntábanme las mujeres en qué año estábamos y qué sucedía en la tierra. Se lo dije, y pensé que vendrían muy pocos a estos lugares. Fuera de esto, ya no me acuerdo lo que hice allí.

24. Necesidad de rogar por las benditas almas.

Esta noche he estado en el Purgatorio. Me parecía que era conducida a un abismo profundo. Había allí un gran espacio. Causa lástima ver cuán triste están las pobres almas en aquel lugar. Pero en su semblanae hay algo que revela la alegría de sus corazones cuando consideran la misericordia del Señor. Ví también a la Madre de Dios en un magnífico trono, tan hermosa cual nunca la había visto. Diga usted *(Ana Catalina se dirige al*

Deán Rensing, que estaba presente) a los fieles en el confesonario, que rueguen fervorosamente por las almas del Purgatorio, que ellas, muy agradecidas, de seguro rogarán mucho por sus bienhechores. La oración por las almas es muy agradable a Dios, pues por este medio se les anticipa el gozar de la presencia de Dios.

La mayor parte de los hombres están allí expiando la indiferencia con que miran ordinariamente los pecados veniales; esto les impide practicar actos de bondad, de mansedumbre y de conseguir victorias sobre sí mismos. La relación de las almas del Purgatorio con la tierra es tan delicada que con sólo desear su bien y aliviarlas y consolarlas desde la tierra, reciben ellas gran consuelo. ¡Cuánto bien hace aquél que constantemente está haciendo actos de vencimiento de sí mismo, en favor de ellas, deseando vivamente ayudarlas!

Desde allí fuí caminando siempre hacia el Norte. No puedo figurarme en qué comarca está propiamente el Purgatorio. La mayor parte del tiempo voy caminando hacia el Norte; pero pierdo pie y tengo que pasar por lugares oscuros, venciendo muchas dificultades y obstáculos, y tengo que padecer trabajos como son los que ofrece el agua, la nieve, los matorrales y los pantanos. Todo lo venzo por amor a las almas. Después me parece como si descendiera frecuentemente por un camino oscuro y movedizo, bajo la tierra, y luego entro en lugares más o menos sombríos, nebulosos, fríos, del todo inhospitalarios, y pasando de un lugar a otro llego hasta las almas que están en sitios altos o profundos, en lugares regularmente accesibles.

Esta noche he ido de un punto a otro; he consolado a las almas y he recibido de ellas encargo de hacer diferentes obras, como rezar las letanías de los santos y los siete salmos penitenciales. Díjome mi guía que procurara no enfadarme, antes bien, ofreciera todas las contrariedades que me ocurriesen por las benditas ánimas. Por la mañana ya no me acordaba de esta advertencia; estuve a punto de sentir enfado, pero pude dominarme y me alegré de ello y dí gracias a mi Angel Custodio que me había ayudado. No es posible decir el gran consuelo que obtienen las almas mediante algún pequeño sacrificio o triunfo sobre nosotros mismos.

25. Encabeza una procesión de almas.

Fuí motivo de una procesión formada únicamente de almas del Purgatorio. Eran todas conocidas mías que rogaban por mí.

Tomé en la iglesia la pesada cruz, después de haber sacado el Cristo y la llevaba delante. Era yo la única viviente en aquella procesión. Las almas no llevaban los vestidos que habían usado en vida, sino que estaban diversamente vestidas y así eran diversos sus semblantes. Todas marchaban con los pies descalzos y aparecían más blancas o más grises unas que otras.

Empecé a marchar desde la puerta con esta procesión y tuve después mucho que hacer con estas pobres almas. Así, por ejemplo, me acerqué a dos jesuitas con los cuales me había confesado en mi juventud. Uno de ellos habitaba con sus dos hermanas, que fabricaban encajes y vendían trabajos hechos, privadamente, por no tener negocio público. Allí yo había comprado alguna vez hilo retorcido, después de la primera misa de la mañana. El alma de aquel buen viejo me señaló la casita y cómo todo había cambiado. Me dijo que él se acordaba bien de mí, que siempre me había estimado y que rogaba por mí. El otro también se entretuvo conmigo conversando.

26. Un sacerdote va al Purgatorio por tres horas.

(31 de Diciembre de 1820)

He hecho interiormente el balance del año que ha transcurrido. Se me han ofrecido todas las cosas desatendidas y todo cuanto tengo que reparar. He visto que soy digna de compasión y he llorado mucho. He tenido muchas visiones de almas y de moribundos.

He visto a un sacerdote, muy piadoso y caritativo, que murió anoche a las nueve. Ha pasado tres horas en el Purgatorio, por haber perdido el tiempo con todo género de bromas. Este sacerdote tenía que permanecer allí algunos años, pero ha sido socorrido con fervientes oraciones y muchas misas. Ví los tormentos que padeció por espacio de tres horas y cuando salió de allí le oí decir a su ángel una cosa que me causó risa: "Ahora veo, dijo, que aún los ángeles pueden engañar a uno: me había dicho el ángel que yo tenía que estar sólo tres horas en el Purgatorio; sin embargo, ¡he estado tanto tiempo!" A este sacerdote lo he conocido mucho.

27. La trágica historia de un alma pecadora.

He visto también el alma de una mujer muerta hacía veinte o treinta años. No estaba en el Purgatorio, sino en otro lugar de más severo castigo. Permanecía como si fuese condenada a

sufrir la pena de ser flagelada, en comparación con otras que sólo sufren la prisión. He visto a esta mujer llena de indecible turbación, que llevaba en brazos una criatura de oscura piel, a la cual siempre mataba y volvía a darle vida. Está condenada a lavarla continuamente con sus lágrimas hasta que se vuelva blanca. Me rogó que la ayudara con mis oraciones. También las almas pueden derramar lágrimas: de otro modo no se podría llorar viviendo en el cuerpo.

Ella me narró su historia o, mejor dicho, la he visto en una serie de imágenes. Era nativa de una ciudad polaca y mujer de un hombre de bien. Acudían allí por docenas eclesiásticos y gente tranquila. Esta mujer pasaba por buena y piadosa; tenía un pariente eclesiástico piísimo en un convento misionero de los Religiosos del Santísimo Redentor. Mientras su marido se había alejado una vez en viaje por algún tiempo, vino a alojarse en la casa un malvado, que la sedujo con violencia. Su culpa la puso casi en estado de desesperación. Alejó cuanto pudo a aquel malvado; pero él no quiso salir de casa ni siquiera cuando estaba próximo el retorno del marido. Estaba sumida en la más espantosa miseria y he aquí que el diablo le sugirió la idea de envenenar a su seductor. Así lo hizo; pero aquel asesinato le hizo perder de tal manera la cabeza que en su desesperación mató también al fruto de sus entrañas. En este estado de horrenda miseria interna, fué en busca de un sacerdote extranjero para confesarse; pero un vagabundo, vestido de sacerdote, se alojó en su casa y ella se confesó con él con indecible humildad y deshecha en lágrimas. Poco después murió. Dios miró a su gran arrepentimiento y aunque había muerto sin absolución y sin sacramentos, la envió a aquel lugar de tormentos donde la encontré. Allí deberá ella pasar en expiación todos los años que la Providencia tenía destinados de vida a su niño, hasta que él, con el transcurrir del tiempo, hubiere alcanzado el momento de gozar de la luz eterna, dado que para estos niños hay crecimiento y desarrollo aún en el otro mundo. Cinco años después de su muerte habíase aparecido a su pariente sacerdote durante la Misa. Yo he conocido a ese buen anciano, que rogó conmigo.

28. Ve otro espacio del Purgatorio.

(29 de Junio de 1821)

He visto la vida de San Pedro y cuadros relativos a María de Marcos; pero contemporáneamente veía un cuadro de algunas pobres almas a las cuales me sentía como llevada, sin

que pudiese por otra parte llegar hasta ellas. Quería consolarlas y no me era posible acercarme. Eran las almas de una madre y de sus dos hijos. La madre estaba muy en el fondo y no pude llegar junto a ella; me hablaba con voz baja y confusa; era difícil entenderla. Los niños estaban en un círculo, adonde pude llegar. Uno había sido bautizado y hablé con él; estaba allí como de visita y pertenecía a un círculo más elevado. Aunque intenté acercarme a la madre, parecía como si se hundiese, por ser demasiado pesada. Intenté aplicarle toda clase de ayuda: ofrecí oraciones y dolores, pero no me fué posible acercarme.

He visto un espacio oscuro y muy vasto, dentro de un mundo de tinieblas, y en él muchos círculos. Allí las almas se encuentran en relaciones, privaciones y penas que necesariamente derivan de sus terrenas imperfecciones y faltas. Los espacios en que se encuentran son turbios, como envueltos en nieblas, a veces más claros, húmedos, secos, fríos, sofocantes, ardientes y también diversos en luz y color. He visto allí, no obstante, la vislumbre de amarillenta luz matutina. Los niños estaban próximos al borde de aquel círculo. Los no bautizados sufren mucho más a causa de su correlación con los pecados y la impureza de sus padres. Los bautizados están libres y limpios.

No se puede ayudar a aquellas almas sino por medio de la gracia, con la mediación, con la oración, con las buenas obras, con los méritos de los santos y quizás con los frutos que pueden derivar de alguna buena cualidad espiritual y de la vida terrena de las almas mismas. No se puede dar a la mente otra idea más adecuada de este estado, que imaginando en la tierra las instituciones y lugares de justa y perfecta corrección y castigo, en los cuales todo fuese medido y tasado para castigar y corregir las faltas de los detenidos, exigiendo expiación y satisfacción. Haciendo abstracción de la separación corpórea de los hombres y mirando sólo a que uno puede obrar en favor de otro, se obtiene una imagen real y completa de lo que es la expiación y la liberación. El prisionero no puede hacer otra cosa que padecer: es como el miembro enfermo o paralizado de un cuerpo. Si las arterias y los nervios más inmediatos que vinculan las partes diversas del cuerpo no están muertos o perdidos, en tal caso sus dolores se comunican por consentimiento y compasión a las otras partes del cuerpo que entonces intentan librarlo. Como en los establecimientos penales de la tierra, se puede obtener gracia por mediadores y amigos, y con suplicar, trabajar, expiar y cancelar deudas o, en los días solemnes, con gracia y perdón. Así como con los detenidos en lugares más

profundos es sólo posible hablar desde lejos o por la ventana, o por sobre el muro, de igual manera acontece en este reino de penas y expiaciones. En las cárceles terrenas todo está mezclado con culpas, mentiras e injusticias; por el contrario, aquí, todo lo que se hace y se emplea para consuelo y ayuda de los necesitados, es de perfecta justicia. Reina aquí la diferencia que existe entre el dinero terreno y el dinero moral, que vale solamente para saldar deudas y reconciliar con Dios.

Hice muchos esfuerzos para comprender a aquella alma y ayudarla a ella y a sus hijos, y cuando me imaginé haberla llevado más arriba, se presentaba siempre un nuevo obstáculo. Alcancé a conmover a María de Marcos y decidirla a que me acompañase. El cuadro de esas almas se me presentaba siempre mezclado e interrumpido con la visión de la fiesta de San Pedro y de María de Marcos. Vino, pues, conmigo, y por su intercesión y sus méritos pude llegar más cerca de aquellas pobres almas. Tuve entonces un aviso y un cuadro relativo a un niño muerto, que no podía ser sepultado y que yo debía hacer sepultar y a esto debía contribuir también el Peregrino. Y supe que aquella alma deseaba mucho para sí misma el mérito de esa buena obra como si le fuese necesaria. Además me dijo cuánto se debía hacer por ella para su aprovechamiento con continuas plegarias, y a tiempo oportuno se lo diré al Peregrino.

Al día siguiente vino una pobre mujer de Dülmen pidiendo ayuda para cubrir los gastos de sepultura de su hijo muerto de tres años de edad. Era el mismo que había visto en la noche. El Peregrino contribuyó. Todo esto se hizo en sufragio y mérito del alma vista anteriormente.

29. Ayuda a la madre y al hijo.

(1º de Julio 1821)

Cuando el niño fué sepultado, Ana Catalina tuvo la siguiente visión:

Me encontré de nuevo con aquella alma. Tenía que habérmelas con un pequeñuelo a quien yo debía vestir. El niño no tenía fuerzas ni para permanecer de pie y estaba como inerte. Debía revestirlo con un vestido que había recibido de una señora. Creo que era la Madre de Dios. El vestido era blanco y transparente, adornado de fajas como si fuese bordado. Yo tenía vergüenza, aunque no sabía por qué: podría ser por las personas a las cuales les correspondía vestirlo.

Ese niño antes no podía estar en pie y ahora ví que se iba a una fiesta adonde muchos niñitos estaban reunidos en alegre diversión. El espacio donde esto sucedió y donde estaba ahora la madre, era mejor y más claro. El alma de la madre me agradeció, y esto no sucede como aquí en el mundo: yo lo sentía internamente. Cuesta mucha fatiga y trabajo llegar hasta almas semejantes, ya que ellas mismas nada pueden hacer por su alivio. Si una de estas almas pudiese venir de nuevo a la tierra, aunque fuera por un cuarto de hora, podría cancelar muchos años de castigo en el Purgatorio.

30. Otra alma se presenta pidiendo ayuda.

(3 de Julio de 1821)

En el crucero de la catedral de Münster tuve que lavar y purificar con gran fatiga y esfuerzo algunos paños de iglesia que me fueron traídos de todos lados por los eclesiásticos del país. Fuí ayudada en este trabajo por Clara de Montefalco, por Francisca Romana, por Ludovica y por muchas monjitas de nuestro convento. Yo estaba ocupada sobre todo en almidonar y dar el añil. El trabajo era muy grave y yo deseaba siempre saber qué hora era y así iba a ver el reloj.

De pronto vino a mí una pobre alma que me había recomendado el Peregrino y me entregó un pequeño reloj de arena, porque me dijo que ese instrumento se le había hecho insoportablemente pesado. Se lo sacó fuera de un costado. Lo tomé en mis manos y el alma se sintió indeciblemente aliviada al verse sin el reloj. Yo no lo encontré tan pesado y volví al trabajo pensando en vender aquel reloj en favor de los pobres. Encontré el trabajo muy desordenado y perdido, y me puse casi impaciente. Entonces aquella alma se me acercó y me dijo: "Calla... Aún tienes tiempo"; y me rogó mucho que continuara el trabajo tranquilamente, porque ella era rechazada y debía sufrir por causa de mi impaciencia.

Me dejó y empecé a lavar todo de nuevo felizmente y puse también en orden toda aquella ropa almidonada que se había malogrado y la dejé en buenas condiciones de uso. Tuve de nuevo deseos de ir a ver el reloj; pero me arrepentí de mi impaciencia. En este caso los relojes eran una imagen del tiempo y de la paciencia; mi perseverancia paciente en el trabajo había ayudado a aquella pobre alma, y desde el momento que la alivié del peso del reloj, el tiempo no se le hizo tan pesado como antes.

31. Niño nacido muerto, pero bautizado.

En la primera semana de Julio una mujer de Dülmen se encontraba en un parto difícil. Mandó rogar a Ana Catalina para que la ayudase con sus oraciones: ésta, que veía de continuo el estado de la madre, pidió y rogó instantemente para que el niño pudiese ser bautizado. La nodriza, hasta el momento indecisa, dió el bautismo a esa criatura que aún vivía y que al día siguiente vino al mundo ya muerta. La madre vivió hasta el 13 de Julio, pero el niño nacido muerto apareció el día 8 a Ana Catalina, alegre y luminoso y como si desde tiempo la conociese le dió las gracias por el bautismo y le dijo: "Sin tu ayuda hubiera tenido que estar con los paganos".

32. Un alma que permanecerá en el Purgatorio hasta el fin del mundo.

(13 de Julio de 1821)

Visión después de haber contemplado la vida y martirio de santa Margarita.

Tuve a continuación la vista de un cuadro espantoso. Al principio no podía saber qué relación debía tener con esta santa. He visto un grande y espantoso jabalí que salía asomando de un lugar profundo y maloliente. Yo temblaba y me estremecía. Era el alma de una dama de París. Me dijo que yo no podía rogar por ella, puesto que no había posibilidad de ayudarla, ya que ella debía hasta el fin del mundo permanecer y revolcarse en aquella inmundicia; pero que yo debía rogar por su hija, para que se convirtiese y no fuese causa de tantos males y desgracias cuantos había ocasionado la madre.

Tuve la visión de Santa Margarita dentro de una pequeña capilla de París, única parte que había quedado de una antigua abadía. Allí se encuentra un trozo de un brazo y la calavera de la santa. Después que hube venerado aquellos huesos, ví el alma de aquella dama y un cuadro de su vida. Su tumba está no lejos de esa capilla. Ella era de altísimo rango y durante la revolución fué causa de graves males; por su culpa muchísimos sacerdotes perdieron la vida. Pero en medio de sus viciosas costumbres, tuvo, desde su infancia, cierta veneración por Santa Margarita y logró impedir que la capilla de la santa fuese destruída. Por esto, con la intercesión de la santa, obtuvo la gracia de poder implorar ayuda de oraciones en favor de su hija, para impedir la continuación y consecuencias de sus propios pe-

cados. He visto a esa hija en alta y distinguida situación social, hallarse en relación y comercio con los peores y más peligrosos partidos de aquel país.

33. Varios trabajos en relación con las faltas.

(28 de Agosto)

Toda clase de personas difuntas, desde hace tiempo, y que yo había conocido, han venido pidiéndome ayuda y me han conducido en torno de oscuras y angostas chacras y de espacios, donde tienen que hacer toda clase de trabajos, los cuales no alcanzan nunca a terminar, porque siempre falta algo, un utensilio o algún instrumento. Todas clamaban por mi ayuda y yo debía con fatiga y gran esfuerzo hacer por ellas este o aquel trabajo, del cual se sentían aliviadas. La mayor parte de estas obras eran trabajos campestres. Entre uno y otro trabajo me volvía a casa y luego debía empezar una obra nueva. Tuve que hacer muchas obras de viñatero, esto en favor de algunos sacerdotes, y en un sitio de muchos palos en punta, donde la gente no podía moverse sin herirse. En aquel lugar tuve una caída y me lastimé con uno de esos palos en la parte carnosa de la pierna y derramé mucha sangre.

En efecto, en el lugar indicado se veía una ancha y profunda cicatriz de forma triangular. En estos días sufrió un martirio como si le hubiesen aplicado al cuerpo algunas vides que luego fuesen trituradas y prensadas.

34. En el Purgatorio de los hebreos.

(30 de Agosto de 1821)

La noche pasada tuve serios trabajos con las pobres almas y especialmente con judíos muertos y vivientes. Primeramente tuve grandes penas. Fuí llamada en ayuda del alma de una mujer de esta vecindad, que había tenido una hija piadosa, aunque un tanto simple, a quien ella había constantemente reprendido y castigado mucho. Yo no podía en modo alguno llegar hasta esa alma; pero oía sus lamentos y veía que era azotada y maltratada de modo espantoso. Tuve que afanarme mucho por ella y ahora debo decir a la hija, que aún vive, que se acuerde del alma de su madre.

Ayer he visto el cuadro de una boda de judíos. Esta noche vino a mí el alma de una pobre hebrea y me condujo en torno de la ciudad para exhortar a los hebreos a convertirse y a mejorar el estado de sus almas.

Narró luego la vidente toda clase de escenas que había contemplado entre los judíos vivientes, conocidos y desconocidos. Había estado con los judíos en los más apartados países, en el Asia y en el monte Sinaí. Estuvo también en un negocio de judíos, que había conocido en Koesfeld. La mujer hebrea estaba ocupada en poner en orden, para engañar a la gente, toda clase de malas mercaderías mezcladas y cubiertas con buenas, y éstas eran puntillas y tejidos de lino, de las cuales una tercera parte apenas valía algo. Ana Catalina le impidió de todos modos encontrar lo que buscaba. No podía encontrar las mercaderías. Se sintió muy angustiada, de modo que fué hacia donde estaba su marido y se lamentó con él. Este le dijo que quizás había pecado con malos pensamientos y que debía hacer penitencia. Vió a aquella mujer retirarse a un ángulo y expiar. Entonces obtuvo poder sobre ella y le dijo muchas cosas: la angustió, la reprendió y la conmovió tan sensiblemente que ella llamó al marido en su ayuda. Él acudió y dijo: "¿No ves ahora tú que ciertamente tienes pecado?" Entonces aquella mujer se decidió, en reparación de sus engaños, a distribuir muchos paños viejos a los pobres cristianos. Esta distribución y otras limosnas resultaron, por cooperación de Ana Catalina, que se le había aparecido, obras expiatorias por los diversos pecados de la hebrea.

Fuí llevada por el alma de la vieja hebrea al lugar de purgación de las almas de los hebreos y tuve allí que aconsejar y ayudar a diversos pobres israelitas de Koesfeld, de los cuales conocía a algunos. He visto que este lugar está separado y como suspendido del lugar de expiación de los cristianos. Me sentí muy conmovida al saber que éstos no estaban perdidos en la eternidad.

He visto los más diversos y dolorosos estados. He visto a una pobre familia hebrea, por otra parte piadosa, que entre nosotros traficaba con objetos de plata viejos y con mil cosillas de igual género, metidos en un lugar semejante a una oficina de platero. Los miembros de esta familia tenían siempre que ocuparse de fundir, pesar y limar, y siempre faltaba algo a los objetos que preparaban, y no terminaban jamás con el trabajo. Quedaba siempre algo que hacer, algo que completar, y comenzaban de nuevo. Recuerdo que les tuve que preparar y construir el fuelle. A todos ellos les hablé del Mesías y de semejantes cosas y cuanto yo hacía o decía lo repetía la vieja hebrea. He visto también a hebreos que nadaban y se revolvían en la sangre y en toda clase de intestinos y eran atormentados de náuseas

incesantemente. Otros corrían continuamente sin parar: arrastraban pesados fardos, haciéndolos rodar de arriba abajo. Otros sufrían toda clase de tormentos ocasionados por la picadura de las abejas. Esto no es posible describirlo.

Estuve también con los judíos de estos lugares. Llegué de noche a sus habitaciones. El rabino era incapaz de ser conmovido: estaba como petrificado. No había en él abierto ningún acceso a la gracia; no pude acercarme a él de ninguna manera. La señora P. se atiene, como estrechamente ligada y como encadenada, al principio de que es pecado aún el pensar simplemente en alguna cosa cristiana y que semejante pensamiento debe rechazarse de inmediato. La más próxima al cristianismo es aquella gruesa hebrea que trafica y vende carne; si no fuese tan inclinada al fraude sería accesible a la gracia. Por otra parte, ninguno tiene misericordia y compasión con esta pobre gente. Traté de acercarme al lecho de aquella mujer y busqué el modo de obrar sobre ella. Mucho le he dicho. Ví que despertó y fué espantada hacia su marido y le dijo que le parecía que el alma de su madre hubiese aparecido. Se encontró llena de espantosa turbación y se decidió a dar algo a los cristianos pobres.

Estuve también con los judíos de un gran *ghetto;* había allí, entre ellos, muchas personas pías. Había también muchos hebreos ricos, que tenían el piso cubierto y por dentro lleno de oro y de perlas. Estuve con judíos ricos y de alta posición; pero, por desgracia, con ellos no había nada que hacer. En Tesalónica estuve en una gran ciudad hebrea y tuve relación con muchos israelitas piadosos; los he visto conmovidos, reunirse y conferenciar entre ellos, diciendo que había nacido el Mesías. Se contaban toda clase de impresiones y de agradables conjeturas. Estuve también con ciertos hebreos que habitaban en el monte Sinaí, en antiguas cavernas de ladrones y ejercitaban muchos robos y crueldades. Creo haberlos espantado, con ventaja para los cristianos y los peregrinos que frecuentan esos lugares.

35. En el Purgatorio de los no católicos.
(Octubre de 1821)

Estuve cerca de ciertas almas, que no eran católicas, en un lugar muy oscuro. Les faltaba alguna cosa, que yo tenía que buscar y procurársela. Querían que yo preparase ciertos objetos de vestuario para diversos pobres y que hiciera confeccionar algunos y que comprase el género indispensable colectando lo necesario con limosnas. Me fueron mostradas las formas de esos

vestidos y donde se encontrarían los géneros. Al principio intenté rehusar el encargo; pero aquellas almas me instaban con tanta insistencia, que al fin consentí en ello, aunque me resultara muy grave y penoso.

He tenido de nuevo mucho que hacer con las pobres almas y ahora conozco los vestidos que debo preparar para los pobres. Conozco el ancho y largo del género, pero no sé aún quiénes son esos pobres. Tuve el aviso de pedir limosna para esto aún del Peregrino. Llegué a esas pobres almas en mi viaje a la mansión de bodas; allí tengo que limpiar un campo desierto y espinoso. Dentro de la mansión de bodas encontré a la gruesa y gorda cocinera que llevaba en torno de la cintura una cadena de hierro, de la cual pendían las cucharas, los cucharones y todos sus utensilios. Como el mal en el bajo vientre me atormentaba, el confesor me dijo que resistiese aquellos dolores. Estuve tranquila, pero hacia media noche se hicieron cada vez mayores y ví los dolores avanzar sobre mí para oprimirme en forma de una aparición horrible. Me recogí entonces como mejor pude y dije con simplicidad y con fe: "¡Idos de aquí! ¿Qué queréis de mí? No tengo necesidad de vosotros". Así me lo había mandado mi confesor. Instantáneamente se fueron aquellos dolores y tuve paz hasta la mañana.

Ya desde el 10 de Octubre aquellos objetos de vestuario estaban terminados, según el pedido de las ánimas. Entonces se presentó una mujer pobre, que pidió precisamente esos objetos para sus hijos; y las almas le indicaron a Ana Catalina otros pobres a los cuales debía repartir los sobrantes.

36. Otros trabajos en favor de las almas.

(Octubre de 1821)

Desde hace varios días, al aproximarse la solemnidad de los difuntos, Ana Catalina tiene durante la noche mucho trabajo que hacer, y trato frecuente con almas conocidas y desconocidas. Son las almas o el Angel Custodio quienes le encargan diversas expiaciones, trabajos o visitas a parientes para reparar por bienes injustamente retenidos. Una mujer aparece repetidas veces pidiéndole que persuada a su hija a restituir unos bienes mal adquiridos de sus antepasados y por medio de ella pasados a su hija. Tuvo que amonestar a ésta haciendo para ello un viaje largo entre las nieves de altas montañas y se acordó de una iglesia espiritual en la cual tuvo que ayudar a la misa y administrar el Sacramento a algunas almas.

Yo sentía gran temor, aunque tocaba las cosas por medio de pañitos. Sentía que no podía tocarlos como mujer que soy. También el servir en la Misa me ocasionó mucha angustia, hasta que el sacerdote se volvió a mí y me lo ordenó en modo serio, diciendo que así debía suceder. Reconocí en aquel sacerdote el alma buena, ahora luminosa y resplandeciente, del abate Lambert. No tengo ideas más claras de esta escena, y no la he entendido.

37. Descripción de diversos lugares de expiación.
(2 de Noviembre de 1821)

He recorrido muchas veces el Purgatorio en compañía de los santos. Los lugares de expiación no están en un mismo espacio, sino en varios diferentes y hay que ir de unos a otros; en el camino dejamos atrás mares, montes de hielo, nieve, nubes. Muchas veces me parece que tengo que descender dando la vuelta alrededor de la tierra. Los santos se acercan fácilmente a mí. Tienen un pedestal como nube luminosa que se mueve con ellos. Estos pedestales son de diversos colores, según las clases de consuelo que los santos han procurado con sus obras mientras vivían. Siempre debo andar por caminos tristes; pero acepto este trabajo en expiación de los pecados de las benditas almas y voy orando por ellas. Aquí recuerdo los padecimientos de los santos y los ofrezco, juntamente con los de Jesús, por las benditas ánimas.

Los lugares donde están las almas son muy diferentes, según el estado de ellas. Es posible compararlos a parajes que yo llamaría huertos, porque en ellos se conservan ciertas gracias y efectos, como se conservan las frutas en los huertos. Así los diferentes lugares donde están las almas, son como jardines o mansiones, mundos, de diferentes clases de penas, desdichas, carencias, privaciones, necesidades y angustias. Al llegar a estos lugares veo rayos de luz que caen sobre algunos puntos o un crepúsculo alrededor del horizonte. Estos son los mejores. En ninguno de ellos se ve el cielo azul, pues en todas partes está más o menos turbado y oscurecido. En muchos lugares están las almas muy juntas y esto les causa grave angustia. Unos son más oscuros y profundos; otros más claros y elevados. Los espacios donde se hallan encerradas las almas, separadas unas de otras, son también de diferentes formas. Aquellas almas que estuvieron unidas en la tierra, permanecen unidas sólo en caso de que necesiten ser purificadas en el mismo grado. En ciertos lugares está la luz teñida con un tinte de fuego turbio o rojo.

No puede expresarse la gran alegría y el consuelo de las almas que se quedan cuando las otras son rescatadas. Hay asimismo lugares donde las almas deben trabajar por penitencia, como ví en otro tiempo en las torres y fortalezas y en la isla donde las mujeres cultivaban frutos y los transportaban en balsas. La naturaleza es allí pobre, marchita y sin vigor, y los frutos se asemejan a ella.

Ví que las almas de los reyes y señores que habían atormentado durante su vida mortal a los demás, ahora servían humildemente como siervos. He visto en el Purgatorio a protestantes que habían vivido piadosamente en su ignorancia. Están abandonados porque carecen de oraciones. He visto almas a las cuales, cuando otra salía, subían de su grado inferior a otro más elevado. A otras he visto que podían andar errantes de un lugar a otro y gozar de mutua comunicación y consuelo. El poder aparecerse para pedir sufragios es una gracia señalada. He visto lugares donde se purifican las almas que habían sido proclamadas santas, pero que al salir del mundo no habían perfeccionado su santidad.

38. Un alma le revela los intrigas de parientes en la tierra.
(18 de Diciembre de 1821)

He visto a una campesina que volvía de una fiesta de Consagración. Se le acercó un alma una forma gris y melancólica, que le susurró algo al oído. Esta mujer continuó su camino; se puso triste, pero creyó que sólo era una vana imaginación y luego se fué a una pieza a hablar con la criada. Aquella alma no se alejó, sino que prosiguió susurrando palabras al oído de la mujer. Esta, por su parte, se fué nuevamente a las fiestas de la Consagración.

Entonces aquella aparición gris y melancólica se aproximó a mí me habló en voz baja y profunda, como si saliese de un pozo, en breves sentencias, que encerraban palabras de grave y profundo sentido. Entendí que estaba en estado de dolorosa prisión, porque había nacido en un rebaño en el cual las ovejas no iban a pacer en el verdadero campo y apenas conocían a sus pastores y nada de bueno podían recibir de ellos. Dijo ser cosa en verdad espantosa vivir, por culpa de los antepasados, en la injusticia y en la ceguera y advertirlo sólo después de muertos; dijo tener la misión de Dios de persuadir a aquella campesina y contenerla, puesto que, excitada por falsos amigos, se encontraba a punto de iniciar un peligroso proceso mediante el cual perdería casa y haberes y reduciría a la miseria a sus hijas. Esta campe-

sina había casado a su hijo con la hermana de una viuda y se había de tal manera dejado llevar por ella que la había inducido a iniciar un proceso que la arruinaría. El alma que hablaba era la del marido de aquella campesina y decía que no tendría tranquilidad hasta que la mujer no cambiase de parecer; dijo que, desgraciadamente, él se encontraba en estado tan mísero y angustiado que no podía hacer otra cosa que, por medio de internos reproches, despertar inquietud en la mujer e inducirla a mejor consejo. Aunque él no dejaba de advertirla, hasta el momento todo había resultado inútil, pues aquella mujer creía que eran todas vanas fantasías: no hablaba con nadie, se distraía con fiestas de bodas, bautismos y solemnidades; daba oídos solamente a criados falsos y simuladores y a criadas que cada vez más la empujaban a la ruina, y no daba oídos a los honestos y justos avisos. Aquella casa y su economía no andaban concertadas, porque la campesina no se confesaba de antiguas culpas y desoía los internos remordimientos, puesto que no se da ni se obtiene gracia alguna fuera del camino de la penitencia.

"Hace tiempo, dijo aquella alma, trato de turbar el ánimo de mi infeliz mujer, pero ella siempre se abandona más bajo la influencia de la viuda, y la casa y los haberes irán de mal en peor. No me escucha y cuando se siente oprimida por la inquietud y no sabe cómo librarse, corre al establo o a los prados, se ocupa de los animales y de los campos o hace trabajar. Tú has rezado últimamente por mi pobre mujer y has rezado tan eficazmente que el Señor te ha escuchado; le has ofrecido los graves dolores del día en favor de mi mujer y he obtenido poder venir hasta ti y tomarte como ayuda mía. Quiero ahora llevarte junto a mi hijo y debes hablar con él. Yo estoy tan atado que no lo puedo hacer. Quizás mi hijo pueda abrir los ojos a la madre; él es bueno y simple y más prontamente creerá". Me fuí primero a la solemnidad con aquella alma; allí estaba su mujer sentada con otras mujeres. He visto que aquel espíritu se acercó a la mujer y le habló al oído diciéndole que debía al fin librarse de la viuda y no perder el alma y el cuerpo, la heredad y los bienes en un injusto proceso. He visto que la mujer, inquieta, dejó aquella compañía y fué en busca de otros entretenimientos. El alma me dijo que la mujer, como bestializada, estaba a punto de meterse más en aquel negocio, pero que él no perdería el ánimo, puesto que su miseria y separación de la luz en el otro mundo, eran aumentadas y multiplicadas por la perversidad de la mujer; dado que por culpa suya muchas cosas habían sido descuidadas en el desempeño de los trabajos domésticos.

Me condujo entonces junto a su hijo. El camino para llegar era largo y desierto y tuve que pasar por sobre un ancho lago de aguas agitadas. Había gran peligro; me sentía temerosa e inquieta. Tenía junto a mí aquel espíritu grisáceo que hablaba tan oscuramente como de lejos y todo estaba lleno de peligros y angustias. Durante el camino, aquella alma, al pasar sobre cada campo o choza, me decía qué pecado o delito pesaba sobre esos lugares y cómo debía conjurarlos con la oración y qué debía hacer yo. Después que pasamos el lago, el camino se dirigió hacia comarcas áridas y oscuras en dirección al Norte. Llegamos a un lugar muy vasto; el alma me condujo, por sobre un campo, hasta una casita. Entramos en la pieza del hijo. Este se espantó; creo que veía el alma de su padre; pero volvió en sí y recobró el dominio de sus sentidos. Tuve que hablar largo tiempo con él y decirle que debía rezar mejor para alcanzar la salud y lo que debía hacer con su madre; que perdería todo si iniciaba el proceso aconsejado por la cuñada. El alma de su padre, que no podía llegar hasta la madre, le avisaba que la advirtiera y le dijera cual era la verdadera causa de su inquietud. Le dije también otras cosas importantes que ahora no recuerdo. He visto que este hijo era simple, bueno y pacífico; tenía cara redonda, nariz un tanto aplastada; era sin cólera ni rencor, y estaba muy conmovido, deseoso de caminar por el sendero recto, y la conducta de su madre le inspiraba mucha compasión. La simplicidad de este labrador era muy conmovedora.

Ví entonces el efecto de mis palabras como en lejana visión. Ví a aquel hijo con una antorcha en la mano ir en busca de la mujer que estaba en el cuarto del telar. Ella lo siguió de mala gana y le decía que estaba ocupada. Pero él le habló del asunto por el cual había venido y rogó con instancia para que su madre pudiese librarse del proceso. Entendí que le decía esta mujer: "Le conviene a tu madre quitarle hasta el vestido que lleva encima". He visto, empero, al marido rogarle en favor de su madre, hincado de rodillas, suplicándole hacer de modo que le quedasen siquiera dos propiedades, a las cuales ví como islas suspendidas en los aires. Ví también y entendí que la mujer le dijo: "Tú eres tan bueno y honrado que quiero, si puedo, regalarle un vestido a tu madre". Me parecía como si el proceso de la madre fuese mal, como si el asunto se inclinase hacia el lado oscuro de la pérdida y como si la campesina no estuviese ya más metida en ese negocio. Ví a la campesina más pobre, pero caminando por mejor sendero, entre los campesinos de aquella comunidad contra los cuales la viuda había empezado el proceso.

Tendré que acompañar aún al alma del pobre marido. El camino que hicimos era difícil y penoso, especialmente cuando atravesamos el lago. En la angustia de aquella alma había mucho de conmovedor. Cuando yo quería acercarme a la campesina, parecíame siempre como si estuviese rodeada de un lago y no podía acercarme. El estaba en el medio, vacilando.

39. Fija vagamente el lugar donde se encuentra el Purgatorio.
(2 de Noviembre de 1822)

En la pasada noche tuve mucho que hacer en el Purgatorio. Estuve viajando siempre en dirección al Norte y me parece como si aquel lugar estuviese situado sobre la parte más aguda de la esfera del mundo. Cuando estoy allí veo las montañas de nieve como si estuviesen sobre mí. Con todo, no se me representa como si estuviese en el interior de la tierra, puesto que veo la luna, y hasta intenté, corriendo por el interior de aquellas cárceles, practicar alguna abertura para hacer penetrar al menos un rayo de luna.

Por la parte de afuera me parece el Purgatorio como un baluarte oscuro, humeante, en forma de medialuna; por dentro tiene innumerables calles que conducen arriba y abajo, y espacios altos y bajos. En la entrada, aquel espacio es mejor, pues las almas pueden ir de un lugar a otro y deslizarse por los contornos; las de adentro están más duramente encarceladas. De trecho en trecho se ve a una de ellas en una cueva, dentro de una fosa y con frecuencia se ven muchas almas juntas en un mismo espacio, en diferentes departamentos, unos más altos y otros más profundos. A veces está un alma sentada en un lugar alto. como sobre una piedra.

Más adentro, en el fondo, todo es mucho más espantoso. Allí los demonios tienen poder y es como un infierno temporal. Las almas son atormentadas y expectros espantosos y larvas diabólicas recorren esos sitios atormentando y angustiando a las almas.

Veo en el Purgatorio un lugar destinado a los ejercicios de piedad, una especie de iglesia, donde son a veces consoladas las almas; éstas la miran como nosotros a nuestras iglesias. Las almas no reciben allí inmediatamente auxilio del cielo: todo lo obtienen de la tierra. de los vivos que ofrecen por ellas al Juez divino oraciones y buenas obras, sacrificios y mortificaciones y, sobre todo, el santo sacrificio de la Misa.

Cuando voy hacia el Norte y paso por encima del hielo, allí donde el círculo de la tierra se hace más angosto y estre-

cho, entonces veo aparecer desde allí el lugar del Purgatorio más o menos como se ve el sol o la luna cuando bajan al horizonte. Un camino como sobre un círculo, sobre una calle o sobre un anillo, no encuentro la palabra propia, y el Purgatorio se ofrece a la vista a manera de semicírculo. A la izquierda, allá a lo lejos, está el molino, y a la derecha muchas obras y trincheras.

Cuando estoy en el Purgatorio, no veo que nadie lo visite más que mi guía. Pero en la lejanía, en diferentes lugares de la tierra, veo algunos penitentes, ermitaños, religiosos y otras personas que trabajan por las ánimas benditas.

Este Purgatorio es el de la Iglesia Católica. Las sectas están allí separadas, como aquí, y padecen mucho más, porque no reciben de la tierra sufragios de oraciones y misas. Acercándose a las almas se conoce si son de hombres o mujeres. Se ven figuras más o menos claras, cuyo rostro está infinitamente afligido y dolorido, aunque en él se echa de ver la paciencia con que llevan sus penas. No es posible explicar la compasión que me causa el verlas. Nada hay más consolador que contemplar su paciencia y ver como se alegran las unas de la salvación de las otras y como se duelen a la vista de los dolores de las demás que allí moran y de la aflicción de las que van llegando. He visto también a niños en este lugar.

40. Lugar que se extiende delante del Purgatorio.
(3 de Noviembre de 1822)

Estuve en la comarca que se extiende delante del Purgatorio: es un espacio de hielo en torno de un molino, donde muchos príncipes, reyes y reinas deben machacar, como aquí lo hacen los hombres y caballos. Los hombres debían machacar hielo. Las mujeres llevaban bajo las prensas todas las comidas superfluas, las cosas preciosas y ellos debían machacarlas. Más allá se veían perros que eran alimentados con las cosas machacadas. Aquellos que antes les servían, eran ahora los patrones y los empujaban al trabajo.

Contó también de un camino que conduce al Purgatorio que había recorrido y mencionó muchos países como si hubiese viajado a través del Asia hacia el polo norte. Había pasado por el país de origen de Dschemschid y llegado a una comarca donde había un monte lleno de monos grandes y pequeños; cuando un lado de aquel monte se enfría, ellos se refugian en el otro lado. Luego llegó a un país donde las gentes, envueltas en pieles, lle-

vaban cabellos largos y viven como embrutecidos; habitan en miserables lugares y se hacen llevar por perros. Allí los perros sin guía humana arrastran los trineos cargados de mercaderías y luego tornan a casa. Allí se ven hombres blancos y negros, pero los negros han venido hace poco. Aquellas gentes van a caza de animales pequeños y grandes cubiertos de ricas pieles. Estos animales tienen orejas largas y pequeñas garras, pero no son tan plácidos y agradables a la vista como los animales que juegan al pie del Monte de los Profetas. Estos animales huyen hacia el norte. Allá hay un país lleno de lugares pantanosos y salvajes, aunque es algo más templado y parece que el sol de Oriente algunas veces penetra allí. Hacia allá ve ella a aquellos animales buscar refugio y correr, y de tanto en tanto veía hombres de pequeña y mísera estatura y nariz aplastada, y también algunos árboles enanos y desmedrados. Después de esto no hace mención de tierra alguna habitada y dice que todo se hace nebuloso y gris y a distancia negro. Después llegó a aquel camino o círculo ya mencionado que describió ser de bronce o de metal y luego volvió al lugar delante del Purgatorio, bajo el cual está el Infierno, hacia el punto medio de la tierra.

Veo la luna desde aquellos caminos en toda su grandeza, llena de cavernas y de montes que arrojan fuego. Todo está allí petrificado, como árboles de coral. La luna atrae y envía gran cantidad de vapores; parecería que absorbiera flúido y que luego lo despidiera. No he visto criaturas semejantes a las humanas en la luna, ni en los otros planetas. Muchos de ellos se asemejan a cuerpos quemados y privados de vida. Veo, sin embargo, allí dentro almas y habitaciones de espíritus, pero ninguna criatura de nuestra especie.

41. Almas de la secta de Krüdner.

(19 de Octubre de 1823)

Estuve en el Purgatorio y he visto a muchos individuos de la secta de Krüdner, de los cuales algunos recientemente han muerto martirizados por ellos mismos. Estas almas no estaban en el Purgatorio de los católicos, sino debajo; es decir, en ciertos espacios semejantes a fosas profundas; algunos en el borde, otros dentro de las fosas. Eran las almas de aquéllos que por ceguera o ignorancia estaban complicados en este asunto. Podían hablar con las pobres almas purgantes de los católicos y les suplicaban con amargo dolor quisieran amonestar a sus amigos vivos sobre la tierra, para que reconociesen su error y se

volviesen a la Iglesia (*). Las almas de los católicos contestaron que ellas no podían hacerlo, pues sólo los vivientes podían rezar por ellas, obrar y mandar celebrar misas.

He sabido también allí cómo el diablo había persuadido a esa gente a estos asesinatos y crucifixiones, volviéndolos insensibles y cómo muchos de ellos se perdieron eternamente. Supe también cómo está a punto de formarse una secta más extraña todavía y más sutil. *(Describió la secta de Hennhöfer).*

He visto también que de aquellos diablos que fueron encadenados cuando Jesús descendió a los infiernos algunos fueron recientemente soltados de sus vínculos y han suscitado y formado esta secta (**). He visto que cada dos generaciones otros demonios son soltados de sus cadenas.

(*) Recuerda a la parábola de Jesús donde el rico Epulón, desde el infierno, ruega al patriarca Abrahán que avise a sus parientes vivos. (*Lucas*, 16-19).

(**) Los secuaces de esta secta fundada por Krüdner llegaron en su fanatismo e ignorancia hasta creer que hacían cosa buena matándose y crucificándose por Dios, como lo hicieron algunos en Wildensbucher, cerca de Zurich en Suiza. La secta de Hennhöfer era una consecuencia del Iluminismo que estaba en boga por aquella época.

CAPÍTULO XVIII

VISIONES DEL INFIERNO

INTRODUCCION

Ana Catalina, que sufría indeciblemente con gran paciencia, dijo, sin embargo, una vez, como aquéllos que padecen mucho, que vivía como en un infierno. Su Ángel Custodio la amonestó severamente, diciéndole que le mostraría el verdadero Infierno para que no lo comparase con su estado personal.

Va, en efecto, al Infierno, que ubica hacia el Norte, en una región glacial aislada de la Tierra. "Cuando me acuerdo de lo que ví, dice, tiemblo de pies a cabeza". Su relato, empero, es muy breve. Parece que el horror le hubiese impedido dar una relación más amplia de la mansión de los dolores eternos. Con ocasión del descendimiento de Jesús al limbo, para rescatar las almas de los justos, ve el Infierno, en forma general, y hace una elocuente comparación entre el abismo de los condenados y la gloria de los bienaventurados.

1. Es llevada hacia la región del Infierno.

Hallándome una vez muy turbada y abatida a la vista de las miserias que me rodeaban y de tantas penas y violencias que sentía, pidiendo a Dios que se dignara concederme siquiera un día tranquilo, pues vivía como en el infierno, mi guía me reprendió muy severamente: "Para que no compares tu estado con el Infierno, me dijo, voy a mostrarte el Infierno".

Condújome hacia el Norte, a un lugar en que la tierra declina rápidamente. Primero nos levantamos mucho de la tierra. Seguimos hacia el Norte por un sendero muy escarpado, sobre un desierto de hielo y llegamos a un país espantoso. Parecía como si me moviera en una elevada región alrededor de la tierra y conociera con certeza que iba descendiendo frente a aquélla. El camino estaba desierto y se tornaba oscuro y helado a medida que descendía. Cuando llegué al lugar de terror, me pareció que entraba en un mundo desconocido. Cuando me acuerdo de lo que ví tiemblo de pies a cabeza. Todo lo ví en globo: allí había un abismo tenebroso, allí había fuego, allí tormentos, allí

noche. Los límites del horizonte eran siempre tinieblas. Al acercarme ví un país de infinitos tormentos.

2. Visión del descendimiento de Jesús.

Ví al Señor acercarse con gran severidad a lo más profundo del abismo. Parecióme el Infierno una construcción de roca, indeciblemente grande, espantosa, negra, con brillo metálico, cuya entrada estaba formada por puertas negras, extraordinarias y horribles, cerradas con llaves y cerrojos que movían a espanto. Abiertas las puertas se vió un mundo horrible y tenebroso.

Así como solía yo ver las moradas de los justos en forma de Jerusalén celestial, como una ciudad y según los innumerables modos de bienaventuranzas, como diferentes castillos y jardines, llenos de admirables frutos y flores de ciertas clases determinadas, así aquí lo veo todo como un mundo de partes coordinadas, en forma de edificios diversos, espacios y campos. Pero todo procedía de la antítesis de la felicidad, esto es, de penas y tormentos. En la mansión de los justos parece todo formado según el fundamento y la conexión de la paz infinita, de la perfecta armonía y contento; pero aquí todo nacía de la perpetua cólera, de la falta de unidad, de la desesperación. Como en el Cielo hay magníficos y transparentes edificios, en donde las almas se alegran y adoran a Dios, se veían aquí innumerables cárceles tenebrosas, cavernas de tormentos, donde se maldecía y reinaba la desesperación. Así como allá se ven los más admirables jardines con frutos de gozo divino, así se veían aquí los más espantosos desiertos y pantanos de tormentos, de penas y de todo lo que puede causar horror, aversión y espanto. He visto templos, altares, castillos, tronos, jardines, lagos y torrentes de maldición, de odio, de terror, de desesperación, de confusión. penas y suplicios; así como en el Cielo los había visto de amor, de concordia, de paz y de felicidad. Aquí la desgarradora discordia perpetua de los condenados; allá la dichosa comunidad de los santos.

Todas las raíces de la corrupción y de la falsedad estaban representadas en innumerables manifestaciones y obras de tormento y de dolor; nada había aquí de justo y únicamente podía tranquilizar el ánimo esta reflexión: que la divina justicia da a cada uno de los condenados la pena y el tormento que siguen a la culpa. Todo lo que aquí se veía y sucedía de horrible era la esencia, la forma y el espíritu rencoroso del pecado, de la

serpiente que se revuelve contra el que la ha amamantado en su seno. Ví aquí una columnata pavorosa, construída para causar horror y angustia, como en el reino de Dios para paz y tranquilidad. Todo esto se comprende bien, pero no se puede explicar distintamente. Cuando el ángel abrió las puertas, víme en medio de una confusión de voces de espanto, de maldiciones, injurias, aullidos y lamentos. Algunos ángeles lanzaron hacia abajo ejércitos de espíritus malos. Todos se vieron obligados a reconocer a Jesús y a adorarle, y éste fué su mayor tormento. Gran multitud de ellos fueron encadenados en un círculo alrededor de otros que estaban también sujetos. En medio de ellos había un abismo tenebroso. Lucifer fué arrojado con cadenas en él y a su alrededor hervían las tinieblas. Todo sucedía según ciertos arcanos divinos.

3. Desencadenamiento de Lucifer.

He sabido que Lucifer debe ser soltado por algún tiempo, cincuenta o sesenta años antes del 2000 de Cristo, si no me equivoco.

Otros muchos nombres, de los que no me acuerdo, fueron designados. Algunos demonios deben quedar sueltos antes para castigar y tentar al mundo. Algunos han sido soltados ya en nuestros días; otros lo serán pronto. Me es imposible contar todo lo que me ha sido mostrado; es demasiado vasto para que yo lo pueda coordinar. Además, estoy muy mal, y cuando hablo de estas cosas se me representan de nuevo ante los ojos y son tan terribles que su vista me haría morir.

Capítulo XIX

VISIONES DE LA REDENCION

INTRODUCCION

He aquí páginas de profunda ciencia teológica. De modo inefable, Ana Catalina es ilustrada acerca de los caminos empleados por Dios para consumar la Redención. Entiende que Cristo se hizo Hombre no sólo por haber caído Adán: la segunda Persona se hubiera humanado para elevar al hombre a la condición angélica. Este sentido está concorde con las revelaciones de Sor Natividad Juana La-Royer. Si el hombre no hubiese pecado, no habría estado sujeto, como está, a la ignorancia, a los sufrimientos y a la muerte. Sin embargo, hubiera sido necesaria la encarnación del Verbo, no ya para el rescate del mundo, sino para suplir la deficiencia de la criatura y hacerla digna de la bienaventuranza eterna. La Encarnación estaba decretada desde la eternidad, formaba parte del plan divino; pero si el hombre no hubiese pecado, el Verbo humanado no hubiese padecido.

1. Le son mostrados los caminos de la Redención y los misterios del reino de Dios.

No me atrevo a asombrarme ya de mis penas. He tenido una admirable visión acerca del pecado y del remedio traído por Nuesto Señor Jesucristo al mundo y del estado del sacerdocio. He entendido claramente que todo debe ser restaurado, santificado y renovado a costa de miles de esfuerzos, para que lo que ha sido corrompido, destrozado, perdido y desgarrado, sea reconstituído y llevado al camino de salvación. He tenido una visión inmensa y comprensiva de todos los pecados y de toda la salvación. Necesitaría un año para decir todo lo que he visto, pues se me ha mostrado clara y distintamente todos los misterios y los he llegado a entender, pero no me es posible ahora declararlos.

He visto, bajo símbolos, todo género de culpas y restauraciones. He visto los pecados desde la caída de los ángeles y de Adán hasta el día de hoy, en sus diversas ramificaciones. Al mismo tiempo he visto toda la preparación a la salud y a la

restauración hasta la venida de Jesucristo, y su dolorosa pasión y muerte. He visto el poder transmitido a los sacerdotes en orden a la salvación y he visto que todos los cristianos la reciben de Dios. He visto las faltas y decadencia del sacerdocio y sus causas; los castigos que amenazan y la satisfacción que se da en el sacrificio a favor de otros. He sentido la suma de las culpas y castigos en la suma de mis dolores. He visto la futura guerra, diversos peligros y muchas penas que todavía me han de sobrevenir. Todas estas cosas, los modos más diferentes con que ellas se ofrecen ante los ojos en la historia, en la naturaleza y en los misterios del reino de Dios sobre la tierra, las veía yo con toda claridad, considerando la relación exacta que de ellas procede gradualmente. Todo me fué declarado en trabajos, en hechos y obras, como también en parábolas.

Así, el hecho de padecer, de restaurar y satisfacer, me fué mostrado en el trabajo de costura como en cuadros simbólicos. Innumerables prendas ajenas me ví obligada a coser, teniendo que deshacerlas primero para volverlas a coser con mucho trabajo y fatiga; hube de conocer toda la perversidad que se había originado de esas prendas y en cuya expiación debí satisfacer. En las formas de las varias prendas de vestir, en las clases de costura y en los adornos, he visto las diferentes influencias de todos los pecados; y en el trabajo de coser conocí cuál es el fin de los trabajos espirituales y de las obras de oración. Reconocí muchas obras de costura hechas por personas a quienes hace tiempo había conocido, las cuales ya habían muerto: éstas me llevaban sus labores para que yo las reformara. También tuve que cambiar la forma de varias prendas hechas por mí, entre ellas la de una camisa, a la que habían puesto ricos bordados por complacer el vano capricho de una señora, y otras cosas más. Ví que mi trabajo de costura en favor de la Iglesia y de los pobres estaba muy bien.

Mi Esposo me lo explicó todo. Me mostró todo lo que desde el principio de la caída dispuso y preparó para la rehabilitación. Todo esto lo ví en grandes imágenes de historia sagrada, como si hubiese sucedido otra vez en mi presencia; pero siempre me parecía ver las cosas como en un espejo, que era yo misma.

2. Ve cómo eran Adán y Eva antes de la culpa y ve las consecuencias de la culpa.

Me mostró mi Esposo la extraordinaria confusión e interna impureza de todas las cosas y cómo todas sus obras van enca-

minadas a restaurarlas desde el principio. Cuando pecaron los ángeles, vinieron muchos espíritus malignos a la tierra y al aire, y he visto muchas cosas penetradas y poseídas del odio de estos espíritus malos.

Imagen de Dios fué el primer hombre: era como un cielo, todo era uno en Él y con Él; su forma era una impresión de la forma divina. Debía dominar a las demás criaturas y gozar de ellas, dando gracias a Dios porque se las había entregado. Era libre y por lo mismo estaba sujeto a prueba.

El Paraíso terrenal y cuanto allí había era la imagen completa del reino de Dios; asimismo el árbol de la ciencia, cuyo fruto, a causa de su naturaleza, de sus propiedades y efectos, no debía probar el hombre, porque por medio de él el hombre saldría fuera de Dios, entraría en sí mismo y obraría por sí mismo, de manera que lo infinito se tornaría finito en el hecho de ser comprendido por el hombre. No puedo decir cómo ví estas cosas. El caso es que le fué prohibido comer de aquel árbol. Al principio todo era llano e igual. Cuando aquella colina luminosa, donde estaba Adán, empezó a levantarse y el florido valle donde se hallaba Eva, empezó a descender, ya estaba cerca de allí el demonio. Después de la caída se mudaron las cosas. No había ya armonía y unidad en el ingenio y aptitud de Adán y Eva para orar. Lo que era único se hizo discordante y de uno se hicieron muchos y ya no procedieron sólo de Dios, sino más bien de sí mismos. Entonces eran dos, luego fueron tres y por último innumerables. Cuando quisieron ser como Dios, esto es, todas las cosas en uno, fueron número infinito, una separación de Dios, una repetición eterna de esta separación. Eran imagen de Dios y se convirtieron en imágenes de sí mismos, las que produjeron imágenes de su pecado. Se pusieron en relación con la esfera de los ángeles caídos. Recibieron influjo de sí mismos y de la tierra, con la cual y con los hombres caídos tienen relación los ángeles caídos. Y de la infinita mezcla y división de los hombres entre sí y de ellos y de la naturaleza degradada surgió una variedad infinita de pecados, de culpas y de miserias.

Mi Esposo me mostró todo esto con mucha claridad y distinción, con mayor claridad que la que vemos en las cosas ordinarias de la vida. Entonces creí que un niño podría entender esto y ahora no lo puedo explicar. Me mostró el plan y los caminos de la Redención, desde el principio, y todo lo que Él ha hecho. Ví también que no es del todo exacto decir que no fué preciso que Dios se hiciera hombre y muriese por nosotros en la cruz; que pudiera con su poder haber dispuesto las cosas de

otra manera (*). Ví que Él hizo esto por su infinita perfección, misericordia y justicia; que en Dios no corresponde estar forzado a obrar. Él hizo lo que hizo, y Él es lo que es.

3. Es mostrada a los ángeles la Redención y la creación de María.

Tuve una admirable visión: cómo Dios mostró a los ángeles. después de la caída del hombre, que quería restaurar al género humano. Ví el trono de Dios, la Santísima Trinidad y al mismo tiempo un movimiento en su triplicidad. Ví los nueve coros de los ángeles, a los cuales Dios anunciaba que quería restaurar la humanidad caída. Ví que los ángeles se alegraron entonces con júbilo indecible.

Ví aparecer ante el trono de Dios una montaña como de piedras preciosas, que crecía y se extendía. Esta montaña tenía escalones y era semejante a un trono. Después tomó la forma de una torre que contenía todos los tesoros espirituales, los dones de la gracia. Los nueve coros de los ángeles la rodeaban. Ví aparecer en el cielo una forma semejante a una virgen que traspasó la torre y en cierto modo se fundió con ella. Esta forma no era la Santísima Virgen en el tiempo, sino en la eternidad, en Dios. Ví formada su aparición ante la Santísima Trinidad, como el aliento toma forma al salir de la boca, como una nubecilla.

Ví también salir de la Santísima Trinidad una aparición hacia la torre. En este momento de la visión ví surgir entre los coros de los ángeles un vaso de lo que hay de más santo. Todos los ángeles trabajaban a una en este vaso, que tenía la forma de una torre, rodeada de toda suerte de símbolos. Al lado de él había dos figuras que se daban la mano detrás del mismo. Este vaso espiritual, que nunca cesaba de crecer, era cada vez más rico y magnífico. Ví luego salir de Dios y atravesar los nueve coros de ángeles algo semejante a una nubecilla santa y resplandeciente, que se hacía cada vez más distinta a medida que se iba acercando a aquel vaso de santidad, en el cual entró por último.

Ví después que los ángeles preparaban un cáliz. Este cáliz tenía la misma forma que la copa de la santa Cena; entró también en la torre donde había penetrado la Virgen. Ví luego florecer una rama en medio de los coros de los ángeles, a la derecha de la santa torre. Esta rama se convirtió en todo un

(*) Concuerda con las revelaciones de Sor Natividad Juana La-Royer.

árbol de figuras pequeñas de hombre y de mujer que se daban las manos y terminaba en la aparición de un pesebre, donde yacía un Niño. Después ví aparecer una magnífica iglesia.

En todas estas visiones había admirable relación y gradación. Toda la visión era indescriptiblemente rica y significativa.

4. David comprendió el proceso de la Redención; Salomón, no.

Ví que David comprendió el proceso de la Redención; no así Salomón, porque se complació demasiado en su propia sabiduría. Ví que varios profetas, especialmente Malaquías, conocieron el misterio del cristianismo. Ví, además, innumerables cosas, todas en mutua relación y unas viniendo naturalmente de otras.

Mientras así era instruída, ví como unas veinte personas, moviéndose o acostadas, lejos de mí y en muy diferentes lugares, y más mujeres que hombres, parecían participar de estas mismas enseñanzas. Ví que venían del círculo de aquellas imágenes, unos rayos que tocaban a cada una de dichas personas, aunque cada cual las recibía de diferente manera. Hubiera querido hablarles, pero no podía acercarme a ellas. Ví, además, en este gran cuadro el rigor con que se observan las prácticas y ceremonias del mundo carnal y que las maldiciones, los conjuros y prodigios en el reino de Satanás, como asimismo el culto de la naturaleza, la superstición, la magia, el magnetismo, las ciencias y artes mundanas y todos los medios de embellecer la muerte, de adornar el pecado y de adormecer la conciencia, se practican con escrupulosa y supersticiosa exactitud, aún por aquellos que sólo ven en los misterios de la Iglesia Católica meras formas supersticiosas, creyendo que estos misterios pueden ser celebrados indiferentemente de ésta o de otra manera. Así, mientras ellos llevan un género de vida mundana, observando con sumo rigor fórmulas conforme con el mundo, es desatendido y mirado con indiferencia el reino terrestre del Hijo de Dios humanado. Ví también el servicio del mundo practicado con gran perfección, y el servicio de Dios lastimosamente olvidado.

Capítulo XX

VISIONES DEL PODER SACERDOTAL

INTRODUCCION

Estas revelaciones son dignas de la meditación de los sacerdotes y de las almas piadosas. El poder que Jesucristo ha otorgado a los sacerdotes, es inmenso. Espanta el cor ocimiento de esta potencia sobrenatural en manos del hombre, que tiene la facultad de bendecir las cosas, de exorcizar a los endemoniados, de absolver los pecados, de consagrar el cuerpo de Cristo. Este ilimitado poder está simbolizado en la vara del profeta Eliseo. Ana Catalina se lamenta en diversas ocasiones de que el sacerdote católico no use con la frecuencia o con la disposición necesarias tan altas prerrogativas para vencer las influencias malignas y sanar las almas, como hacían los primeros apóstoles.

1. Ve a Melquisedec, a Enoc y a Noé.

Ví a Melquisedec, como figura de Jesucristo, en razón del sacerdocio. En cuanto el sacerdocio está en Dios, era Melquisedec un sacerdote del orden eterno. Ví sus preparaciones, fundaciones y trabajos. Ví también a Enoc (*) y a Noé, su significación y sus obras, y al lado de todo esto, las obras del reino del infierno y sus apariencias mil veces diferentes y los efectos de una idolatría terrena, carnal, diabólica, de formas semejantes entre sí, pero siempre pestíferas. Así he visto todos los pecados y todas las preparaciones y figuras de la restauración, que según su especie eran imágenes del poder de Dios, como el hombre es imagen del mismo Dios. Me fué mostrado el conjunto desde Abrahán hasta Moisés, desde Moisés hasta los profetas, siempre en relación y en imágenes semejantes a todo lo que sucede entre nosotros.

2. El poder del sacerdocio explicado en la vara de Eliseo dada a Giezi.

He visto por qué los sacerdotes no ayudan ni sanan, por qué no logran este resultado o lo alcanzan de otro modo de como lo

---

(*) "Enoc agradó a Dios y fué trasladado al Paraíso para que un día predicare, (al fin del mundo) la penitencia a los pueblos" *(Eclesiástico, XLIV, 16)*.

obtenían otras veces. Este don y poder del sacerdocio me fué mostrado en los profetas y me fué explicada la razón de su forma.

Ví, por ejemplo, cómo Eliseo dió su vara a Giezi para que la pusiera sobre el niño difunto de la mujer de Sunam. En esta vara estaba de un modo espiritual la virtud y la misión de Eliseo: la vara era el brazo o la continuación del brazo del profeta. Ví aquí la razón íntima del poder del báculo de los obispos y del cetro de los reyes cuando los que lo llevan tienen la fe que en cierto modo los une con aquél de quien han recibido la misión y los separa de los demás. Giezi no creyó con firme fe y la madre del niño creyó que sólo Eliseo podía ayudarla; por consiguiente entre el poder de Eliseo, que procedía de Dios, y la vara, se interpuso la duda nacida del juicio humano y la vara no resucitó al niño. Pero ví a Eliseo poner sus manos, su boca y su pecho en contacto con las manos, boca y pecho del niño, y hacer oración; entonces el alma del niño volvió al cuerpo de donde había salido. Ví la explicación de este milagro y su relación simbólica con la muerte de Jesús. En Eliseo estaban abiertas al hombre, mediante la fe y el don de Dios, todas las puertas de la gracia y de la expiación que por el pecado se habían cerrado: cabeza, pecho, manos y pies. Púsose como una cruz viva y prefigurada sobre la cruz muerta y cerrada del cuerpo del niño; mediante la virtud de su oración y de su fe, derramó sobre el niño la vida y la salud y expió y satisfizo por los pecados que los padres del niño habían cometido con la cabeza, el corazón, las manos y los pies.

En todos estos cuadros ví siempre por vía de contraposición la muerte de cruz y las llagas de Jesús y cómo había armonía en todo esto y semejanza cada vez mayor. Desde que murió Jesús en la cruz ví plenamente en el sacerdocio de su Iglesia este don de restaurar y sanar; y en cuanto que vivimos con Él y somos crucificados con Él, se abren las puertas de la gracia, que son las sagradas llagas, en nosotros.

3. Ve la potestad de bendecir en los sacerdotes.

Ví muchas cosas acerca de la imposición de las manos, del efecto de las bendiciones y de la acción de la mano a lo lejos; todo lo cual me fué explicado por el ejemplo de la vara de Eliseo. La razón por la cual los sacerdotes de hoy día sólo raras veces bendicen y sanan, me fué explicada en un ejemplo, que también deriva de la semejanza simbólica en que se fundan

tales efectos. Ví tres escultores que imprimían figuras en la cera. Uno de ellos tenía buena cera blanca y era muy hábil, pero estaba muy pagado de sí mismo: no tenía en sí la imagen de Cristo, y su intento resultó vano. Otro tenía cera pálida; era indolente y terco, y nada consiguió. El tercero era inhábil, trabajaba muy torpemente en cera común, pero lo hacía con aplicación y sencillez: su trabajo fué bueno y la figura verdadera, si bien resultó con rasgos imperfectos. Así los sacerdotes elegantes, elocuentes y sabios, según el mundo, no hacen nada, mientras que otros, pobres, sencillos, continúan ejercitando la potestad de bendecir y sanar que hay en el sacerdocio.

4. Recibe otras enseñanzas sobre el poder sacerdotal.

Mi Esposo me mostraba que desde su concepción hasta su muerte no había dejado de padecer, de expiar y de satisfacer, todo lo cual ví en representaciones claras de su santa vida. He visto también que por medio de la oración y del ofrecimiento de nuestros trabajos en favor de prójimo, pueden convertirse en la hora de la muerte y salvarse muchas almas que en la tierra no han trabajado nada.

Ví también que los apóstoles fueron enviados a la mayor parte de la tierra para que destruyeran el poder de Satanás y difundieran por doquiera las bendiciones del cielo, y que las comarcas donde ellos trabajaron eran las más infestadas por el enemigo; pero que Jesús, con satisfacción perfecta, ha adquirido esa potestad y la ha establecido perfectamente en los sacerdotes, que han recibido y que en adelante reciban el Espíritu Santo. Me fué mostrado que este don de arrancar al mundo del poder de Satanás mediante virtud y bendición sacerdotal está significado en las palabras: "Sois la sal de la tierra", y que por esta razón, precisamente, se pone sal en el agua para bendecirla.

5. Ve en muchas iglesias las faltas en el servicio divino.

(28 de Agosto de 1820)

En las primeras horas de la mañana recibí la orden de satisfacer con la oración por una misión que me fué encomendada la noche precedente. Ante todo oí una Misa en la iglesia de este lugar y después ví al Peregrino hacer la santa comunión. Fueron celebradas otras muchas misas. En esta ocasión he visto las culpas y las faltas de los sacerdotes y de los laicos y constantemente he padecido toda clase de dolores ofreciéndolos al

Señor por los culpables, mientras suplicante le presentaba y le ofrecía en reparación de estos pecados a su Hijo Divino en la cruz, cada vez que era alzado en la elevación de la Misa. Esto no lo he hecho aquí solamente, sino que de modo maravilloso fuí transportada rápidamente de iglesia en iglesia, e hice actos de piedad quizás en millares de iglesias. En efecto, estuve en todas aquellas iglesias de Europa donde ya había estado antes y en otras de distintas comarcas del mundo.

Todo lo que he visto no sería posible hacerlo caber ni en dos gruesos volúmenes. He visto en uno y otro lugar gentes verdaderamente piadosas, también en nuestro país; pero, por lo general, he visto tibieza y frialdad. En Holanda he visto ciertas comarcas a orillas del mar. En Suiza he visto algunas piadosas comunidades de fieles, siempre mezcladas con otras malas.

Luego estuve de nuevo en el Norte de Alemania, en los confines polacos, donde se encuentran aquellos eclesiásticos que veo a menudo. En Italia he visto a muchos muy celosos y en la antigua santa forma; pero he visto otros pésimos y temerarios.

6. Los dedos consagrados.

Los dedos de los sacerdotes serán conocidos en el Purgatorio y aún en el Infierno y arderán con un fuego especial. Todos los conocerán y vituperarán.

Por la noche tuve mucho que padecer; pero si puedo sufrirlo en paz, todo me parece suave. Es muy dulce pensar entonces en Dios. Un solo pensamiento dirigido a Dios tiene a mis ojos más valor que el mundo entero. Las medicinas no me aprovechan y no puedo tolerarlas.

7. Habla de la bendición y de las cosas benditas.

Muchas veces me he visto a punto de morir a consecuencia de los dolores de cuerpo y alma que he padecido y de las espantosas imágenes que he visto. En tales ocasiones desfallezco y no tengo ni una gota de agua con que confortarme, porque no puedo hacer movimiento alguno.

Al oír esto, Brentano le dió de beber, mojando antes el borde del vaso con agua bendita. Ella dijo: ¡Esto es vino, vino del jardín de la Iglesia!

Estando otra vez Ana Catalina sufriendo fuertes dolores, exclamó: ¡Agua fresca y bendita!...Aquí cerca hay dos sacerdotes que han recibido de Dios la facultad de bendecirla; pero

se olvidan de mí y voy a desfallecer. Dios quiere que yo viva de esto. ¡No me dejen morir! *El sacerdote bendijo el agua y ella bebió y dijo:* Ya he adquirido fuerzas. Es muy triste la negligencia de los sacerdotes en nuestros días, respecto de las bendiciones... No parece sino que ignoran muchas veces lo que son las bendiciones. Gran número de ellos apenas creen en su virtud y se avergüenzan de ellas como de ceremonias anticuadas y supersticiosas. Otros usan de este poder y gracia, que Jesucristo les ha conferido, sin atención y como de paso. Cuando ellos no me bendicen, Dios me suele bendecir; pero como el mismo Dios ha instituído el sacerdocio y le ha otorgado la potestad de bendecir, casi desfallezco por el deseo de recibir las bendiciones. En la Iglesia todo forma un solo cuerpo: cuando a alguno de sus miembros se le rehusa algún bien, se siente desfallecido.

8. Las misas de obligación.

Estuve en muchos lugares e iglesias y en la casa de algunos sacerdotes y mandé decir misas y hacer actos de piedad. Estuve en Roma, en la Iglesia de San Pedro, con altos dignatarios eclesiásticos: creo que eran cardenales. Debían decirse siete misas por ciertas almas y no sé por qué se dilató la celebración. Cuando se celebraron, acercáronse al altar algunas almas tristes y desvalidas, diciendo, como pobres hambrientos: "Desde hace tanto tiempo no hemos gustado alimento alguno". Creo que aquellas eran misas de obligación, de las que se habían olvidado. Apoderarse de bienes destinados para celebrar misas por las benditas ánimas, es una crueldad y un robo que se les hace a ellas. Yo lo he visto así.

Pocas personas, casi ninguna, encontré en mi camino; pero he visto almas, ángeles y santos y también he visto varios efectos nacidos de la oración. En estos días he conducido a la Iglesia, poco menos que a la fuerza, para que se confesaran, a muchos que de otro modo no habrían ido.

Por encargo de almas penitentes del padre Limberg, tenía que besar los pies a dicho confesor. Esto me costó mucho trabajo, pues él no quería ni me entendía bien lo que yo debía hacer. Tampoco me dió la bendición con fe firme, por lo cual he tenido que padecer anoche.

9. Palabras sobre la Iglesia Católica.

Sólo hay una Iglesia, la Iglesia Católica Romana. Aunque no hubiera en la tierra sino un solo católico, ése sería la Iglesia

única y universal, esto es, la Iglesia Católica, la Iglesia de Jesucristo, contra la cual no prevalecerán las puertas del Infierno. Puesto que Jesucristo ha dicho que los hijos de Dios deben honrar y amar a Dios como a Padre, es indudable que también deben dar el nombre de Madre a la Madre de Dios y tenerla por Madre. Pero el que no entiende esta verdad y no la pone por obra, ése está muy lejos de ser hijo de Dios, y a sus ojos el Padrenuestro es sólo una manera de hablar, vacía de sentido. El conocer la grandeza y majestad de la Iglesia, en la cual se conservan los sacramentos inviolablemente santos en toda su virtud, ha llegado a ser en nuestros días cosa por desdicha rara, aún entre sacerdotes. Y por lo mismo que muchos sacerdotes no saben lo que son, muchos fieles desconocen su propio carácter e ignoran lo que es la Iglesia de que forman parte. Para que ninguna potestad humana pueda destruir la Iglesia, Dios ha elevado la consagración sacerdotal a carácter indeleble. Mientras quede en la tierra un solo sacerdote debidamente consagrado, vivirá Jesucristo, como Dios y como Hombre, en la Iglesia en el Santísimo Sacramento del Altar; y el que habiendo sido absuelto de sus pecados por el sacerdote, reciba este sacramento, ése estará verdaderamente unido con Dios.

Capítulo XXI

VISIONES DE VIAJES A DIVERSOS PAISES

INTRODUCCION

Desde la más tierna edad Ana Catalina era conducida por su Angel Custodio a través del firmamento y por diversas regiones del globo, donde le mostraba los desórdenes humanos por los cuales debía hacer reparación, o le indicaba determinadas personas por quienes debía orar y sufrir. La vidente afirma que conocía mejor los caminos y lugares de Palestina que los de su pueblo, en razón de los numerosos viajes que había realizado a Tierra Santa para contemplar los misterios de la infancia de Jesús, de María y de José, como también la vida y la pasión del Salvador.

Es lamentable que de los viajes a la América del Sur, el padre Carlos E. Schmoeger nos haya dado sólo una vaga descripción, al reducir el texto completo de estos viajes, para nosotros tan interesantes. Por eso sería muy deseable que los Padres Redentoristas de Alemania, poseedores de los manuscritos dejados por Clemente Brentano, nos dieran algún día la relación completa, tal como los ha referido la vidente, ya que al presente no poseemos otra fuente de información del diario del Peregrino, que la que nos da el padre Schmoeger en su extensa y valiosa Vida de Ana Catalina Emmerick.

Resulta asombroso que haya visto, a distancia de más de un siglo, el estado calamitoso que habría de sobrevenir a España, debido a la acción de la masonería y del comunismo, hasta culminar en la guerra civil. Son cuadros admirables, por su concisión y precisión, los que nos presenta de Irlanda, Inglaterra, Suecia y Rusia, este último, "inmenso país, enteramente oscuro y lleno de malicia".

1. Viajes por diversas partes del mundo.

El padre Schmoeger halló, entre los manuscritos de Brentano, relatos dispersos de visiones de viajes, entre ellos algunos a la América del sur, los cuales los resumió de la siguiente manera:

"Vió en Tierra Santa a monjes y ermitaños y cuanto ellos habían hecho allí. Vió también a muchos que habían llegado

allí en viajes extáticos, como ella. Fué al país de donde habían salido los hijos de Israel (Egipto). Todo allí aparecía tenebroso y desierto; sólo algunos monjes ignorantes pertenecientes a una secta, eran piadosos. Vió muchas pirámides medio destruídas y algunas enteras y los desmesurados muros de los templos antiguos. Vió allí a Sabas (1) *y a muchos ermitaños. Pasó luego a los lugares de Agustín* (2), *de Perpetua* (3) *y de otros, y luego lejos, en dirección meridional, atravensando espantosas oscuridades, visitó a Judit* (4), *encontrándola meditando en su pieza, revolviendo en su pensamiento la idea de salir de allí y de hacerse cristiana. "Ella es ya en su corazón cristiana y conviene rogar al Señor que la ayude".*

Después fué al Brasil y también allí vió santos. Visitó las islas del mar del Sur y vió muchos planteles aptos para el cristianismo. Atravesó toda la América y vió allí el despertar del cristianismo; vió a Santa Rosa (5) *y a otros santos.*

Volvió, pasando sobre el mar; llegó a Cerdeña, y encontró en Ozieri a la estigmatizada Rosa María Serra (6) *aún con vida, pero muy anciana, yaciendo en el lecho y a todos maravillados de que pudiera aún vivir. Vió también a la estigmatizada que no mucho antes había observado en una ciudad marítima situada en la costa meridional de Sicilia. Encontró a las gentes de esta comarca en estado aun discreto. Volvió de nuevo a Roma y vió allí muchas cosas. Luego entró en Suiza; allí visitó el santuario de Einsiedeln y otros antiguos lugares de ermitaños; a Nicolás de Flue (Klaus) y una antigua ermita de un lugar casi abandonado. Pasando de largo vió al de Sales (San Francisco)* (7) *y el monasterio de la baronesa de Chantal* (8), *y las actuales tinieblas.*

---

(1) San Sabas de Mutalasca, monje Basilio (439-532), Abad de la Laura en Palestina, hacía una vida de penitente; pasaba hasta cinco días sin comer.

(2) San Agustín, ilustre convertido por San Ambrosio, fué Obispo de Hipona; escribió muchos libros y murió cuando los vándalos cercaban la ciudad de Hipona, en 430.

(3) Santa Perpetua, compañera de Santa Felicitas, que padecieron martirio en Cartago, el año 202.

(4) La hebrea Judit es una de las siete hermanas que Ana Catalina visita en Abisinia. De esta visión se habla más adelante.

(5) Santa Rosa de Lima (1586-1617). Llamada Isabel en el bautismo es más conocida con el nombre de Rosa por un milagro sucedido en su niñez y al ser confirmada por Santo Toribio de Mogrovejo.

(6) Estigmatizada contemporánea de Ana Catalina.

(7) San Francisco de Sales, obispo de Ginebra (1567-1622), doctor de la Iglesia y patrono de los periodistas y escritores.

(8) Santa Juana Fremiot de Chantal (1572-1641) fundadora de la Congregación de la Visitación.

Entró luego en la Germania, viendo a Santa Valburga (9), *San Quiliano* (10), *al Emperador Enrique* (11); *reconoció a Francfort y vió al jovencito martirizado y al viejo mercader en su sepulcro. Pasó sobre el Rin, viendo a San Bonifacio* (12), *a San Goar* (13), *a Santa Hildegarda* (14): *tuvo visiones acerca de ella. Le fué dicho que ella tenía el don del Espíritu Santo de poder anotar y escribirlo todo, sin que jamás haya antes sabido leer ni escribir. Ella era aquélla a la cual le fué dado pronunciar amenazas y profecías contra el reino de la perversa mujer de Babilonia. Ella era la elegida y muchas de sus profecías vendrán a cumplirse ahora. Vió a Isabel de Schonau* (15).

Penetró en Francia y vió a Santa Genoveva (16), *Dionisio* (17), *Martín* (18) *y muchos otros; vió, por lo demás, la extrema perversión y miseria y el horror de la abominación en la capital. Parecía como si hubiese de desplomarse y presentía la vidente que ni una piedra debía permanecer sobre otra. Llegó a Lieja y vió a Juliana y a Ad[illegible]liana; en el Brabante vió a Liduvina* (19) *y muchas visiones relativas a ella: cómo no se había dado cuenta de su cuerpo ya putrefacto, ni del pésimo colchón, ni de las lágrimas que derramaba, que cayendo se congelaban y cómo María estaba junto a su lecho y la había cubierto con su mismo*

---

(9) Santa Valburga, nacida en Devonshire (710-770), que fué abadesa de Heidenheim, hija de Ricardo, reyezuelo de Sajonia y de Wina, hermana de San Bonifacio. De su sepulcro mana aún hoy un aceite que se usa para curaciones milagrosas.

(10) San Quiliano, nacido en Irlanda (640-689), pasó a Alemania y fué apóstol de Franconia. Predicó en Wurzburg y fué martirizado allí mismo.

(11) San Enrique, emperador de Alemania (973-1024), vivió en castidad con Santa Cunegunda su esposa.

(12) San Bonifacio, apóstol de Alemania. Se llamaba Winfrido. De Inglaterra pasó a predicar a Alemania (673-755). Fué martirizado allí; su cuerpo está sepultado en Fulda.

(13) San Goar, anacoreta de Aquitania (585-649). Hizo vida solitaria en Oberwesel; elegido Obispo de Met, murió antes de hacerse consagrar, según pidió al Señor.

(14) Santa Hildegarda (1098-1179) abadesa del monasterio de las Benedictinas de Ruperberg .Escribió varios libros, como *Scivias, Liber vitae meritorum, Divinum operum.* Eugenio VI aprobó sus escritos.

(15) Santa Isabel de Schonau, fué abadesa benedictina de Schonau (Treveris). Escribió un libro de Revelaciones. Murió en 1129.

(16) Santa Genoveva, patrona de París (422-512). Salvó a París de la invasión de Atila y de la inundación del Sena.

(17) San Dionisio, obispo de París y mártir.

(18) San Martín, obispo de Tours y patrono de Buenos Aires (316-397).

(19) Santa Liduvina de Schiedam (1380-1433). Pasó treinta y ocho años enferma sufriendo como víctima por los pecados del mundo. Su vida está llena de éxtasis y visiones. Su Angel Custodio la llevaba frecuentemente al Paraíso terrenal donde encontraba a Enoc y a Elías.

manto. Vió a María de Oignes (Flandes) y muchas otras personas piadosas de aquel país. Llegó finalmente a las cercanías de Bockholt y encontró en los confines holandeses algunas personas piadosas. Al principio de su viaje a través de Sajonia había visto a Santa Gertrudis [1] *y Santa Matilde* [2] *y especialmente cuantas gracias y dones habían obrado en favor de la Iglesia. En las cercanías, donde yacía el joven martirizado, hizo temblar a un par de hombres que querían asesinar a un pobre cartero, para apoderarse de las cartas que llevaba".*

2. Ve cuadros de luz y sombra en diversos países y épocas.

Cuando llego a una comarca veo primero en la capital, como en un punto céntrico, el estado general del país, bajo la forma de oscuridad, de niebla y de frío; veo muy de cerca los centros principales de la perversidad y del mal y en seguida lo entiendo todo, porque veo imágenes de los peligros mayores. Veo que esta perversión deriva de fuentes y cenagales, como venenosas arterias que atraviesan el país. En medio de todo esto veo a todos los hombres piadosos en oración y a las iglesias en las cuales se encuentra el Santísimo Sacramento y los innumerables cuerpos de los mártires, y todas las obras de inocencia, de humildad, de fe, y otras semejantes que obran mitigando, conciliando, interrumpiendo el mal o ayudando al bien. Luego tengo cuadros y símbolos del bien y del mal comprendidos en un cuadro general.

Cuando he visto los pecados y las abominaciones de un país o de una entera raza de hombres; cuando he visto el bien y el mal y he encontrado el veneno y la enfermedad hasta en sus fuentes, veo como necesarias consecuencias los sufrimientos, los castigos, la destrucción, la mutilación o la entera o imperfecta curación de la perversidad que, según el supremo bien que sana, obra en el país, o la caridad, el mérito y los sacrificios de otros que atraen del amor de Jesús un torrente de gracias y de salud. Así veo sobre particulares lugares y ciudades el peligro inminente o la destrucción en imágenes amenazadoras.

Veo un lugar como si se hundiese en el horror de la noche; en otro lugar veo lucha y efusión de sangre en batallas aéreas, y como en las nubes. De estas imágenes a menudo salta afuera más vivo un cuadro particular que tiene una importancia es-

(1) Santa Gertrudis, benedictina del monasterio de Hefta, donde estaba Santa Matilde de superiora. Escribió un libro de Revelaciones. Murió en 1303.
(2) Santa Matilde de Hacerborn, monja benedictina (1241-1298).

pecial. Y estos castigos y peligros no los veo aislados y dispersos, sino como encadenados y como consecuencias de otras vecinas comarcas, donde el pecado tiene manifestaciones desencadenadas en violencias y batallas. Así veo al pecado servir de vara para castigar la culpa.

Mientras estas cosas se desarrollan ante mi vista en las oscuras imágenes terrenas de varias comarcas, veo desarrollarse y germinar las buenas y luminosas semillas que se encuentran en ellas, en serie de cuadros, en una región superior. Veo sobre estas comarcas un mundo de luz que representa todo lo que fué obrado por los santos de ese lugar en favor de los hombres y toda aquella porción de méritos de Jesucristo que por medio de los tesoros de gracia de la Iglesia, fué como atraída al seno de aquella comarca.

Sobre iglesias devastadas, veo suspendidas en el aire iglesias de luz, y veo a los obispos y doctores, a los mártires, a los hombres de oración, a los videntes y a todos los elegidos de la gracia que allí han vivido. Penetro con la mirada en las imágenes de sus milagros y gracias y veo las más importantes visiones, revelaciones y apariciones que ellos han tenido; veo todos sus caminos y correlaciones, toda su acción eficaz sobre vecinos lejanos hasta en la más remota distancia.

Veo todo lo que ellos han hecho, y cómo esto fué destruído después; y, no obstante, la bendición siempre permanece sobre los senderos que han recorrido, y cómo por medio de piadosas personas que se acuerdan de ellos y los invocan, quedan siempre vinculados con la caridad, en relación con su patria y con su grey. Especialmente donde reposan sus huesos, éstos permanecen en íntima y secreta relación con sus almas, como fuentes de su caridad e intercesión. Por otra parte, sin una gracia especial de Dios, no sería posible ver tanta miseria y tanta abominación de los hombres, junto a tal caridad y misericordia de Dios, sin sentirse morir de pena.

3. Visita Münster, Paderborn, Venecia, Milán y otras ciudades de Italia.

Pasé sobre la diócesis de Ludgario (Münster) donde ví las mismas penas de siempre y atravesé la viña de Liborio (Paderborn) recién cultivada por mí y la hallé dispuesta para mejor estado. Atravesé los lugares donde descansan Nepomuceno, Wenceslao, Ludmila (Bohemia) y otros santos. Había allí muchos bienaventurados; sacerdotes piadosos vivos había pocos.

Ví que las personas buenas vivían ordinariamente como escondidas. Seguí siempre hacia el mediodía y llegué a una gran ciudad donde se levantaba una alta torre, en cuyo alrededor había muchos caminos y suburbios. Delante corría un caudaloso río. Dejando a la izquierda esta ciudad, llegué a un país elevado y montañoso donde en varios lugares, especialmente entre las personas que viven allí diseminadas, había algunos cristianos piadosos. Proseguí hacia el mediodía hasta llegar a una ciudad junto al mar, donde he visto recientemente a San Ignacio y sus compañeros. Allí ví también gran corrupción y ví a San Marcos (Venecia) y a otros muchos santos. Llegué también a la ciudad de San Ambrosio (Milán) donde recordé muchas visiones suyas y gracias obtenidas por medio de él, especialmente el efecto de su influencia en la conversión de San Agustín. Supe por él muchas cosas y cómo había conocido a una persona que tenía en cierto modo el don de discernir las reliquias. Tuve muchas representaciones relativas a estas cosas y creo que él habló de esto mismo en un libro. Se me dijo que a ninguna persona humana había sido concedido este don en el grado que se me ha concedido a mí; que la razón era que estas cosas estaban muy decaídas y era necesario restaurarlas.

Siguiendo mi viaje hacia el mediodía ví innumerables iglesias y santos enriquecidos con todo género de gracias; ví especialmente muchas obras, visiones y apariciones de San Benito y de todos sus compañeros. Ví a Clara de Montefalco, a Catalina de Sena y de Bolonia y muchas visiones y revelaciones que ellas tuvieron. En la gran visión que tuve en el obispado de San Ambrosio, parecía estar el santo hablando desde el cielo. Habló también de la diferencia de las visiones verdaderas y de las falsas; pero no puedo repetir sus palabras. Debo todavía decir que la mayor parte de las veces veía primero a los santos obispos, después a los sacerdotes y finalmente a los religiosos y religiosas a los ermitaños y a los legos, y especialmente las apariciones que ellos tuvieron de otros santos en casos apurados en que recibieron de Dios auxilio y consejo. Ví también aquí a Magdalena de Pazzi y a Rita de Casia. De Santa Catalina de Sena he visto muchas revelaciones y encargos que recibió de Dios.

4. En viaje a Chipre.

Estaba yo en viaje hacia la isla de Chipre (acompañando al Salvador en su viaje a aquel lugar) (*). Al dejar el continente,

(*) En las visiones de la vida de Nuestro Señor, que se publica en otro volumen, se habla del viaje de Jesús a la isla de Chipre.

tenía a mi derecha a Marsella, y una vez toqué la punta extrema de cierta comarca. Mi guía y yo avanzábamos siempre como en vuelo. Durante el camino yo tenía algo que hacer en diversos lugares y dar órdenes sobre diversos asuntos. Así una vez tuve que llevar un paquete oculto y entregarlo. Lo llevé cubierto bajo mis vestidos. A menudo, entre inquietudes y peligros, tenía que llevar cartas y superar graves obstáculos, exhortar a personas que rezaban, despertar a los que dormían, curar y vendar a enfermos, atemorizar a ladrones y delincuentes, consolar a prisioneros y avisar a otros que estaban en peligros.

Varias veces y otra en estos días pasados he avisado a un hombre, que llevaba una carta como aquella de Urías. Tenía escrito que el dador de la carta debía ser eliminado. Esto sucedió de Roma hacia aquí. Yo le pregunté: "¿Dónde vas tú? Vas por mal camino". El contestó: "No, la dirección está escrita en la carta". Entonces le dije: "Abre la carta y verás". Abrió la carta y vió allí escrito que debía ser muerto; y cambió de camino.

Tuve luego que trabajar en una obra muy difícil en torno de toda clase de ornamentos sagrados. Esto sucedió en aquella casa donde había visto un incendio en la primavera pasada. Tenía que preparar un alba para un obispo que debía ir lejos; no podía terminar mi trabajo y tuve que mendigar. Overberg me dijo que no quería dar para eso más que unos céntimos. Esto me afligió. Yo debía hacer el alba y terminarla, porque pronto tendría que morir. También en Suiza tengo que mendigar con mucho trabajo para concluir toda clase de géneros para vestidos de coro y llevar un pesado fardo hasta Roma, cuando esos vestidos estén preparados.

5. Es conducida a lugares tenebrosos llenos de pecados.
(1ª Semana de Adviento de 1819)

Esta noche he tenido que luchar incesantemente y estoy rendida de cansancio a causa de los esfuerzos que hice para defenderme de las tristes imágenes que he tenido que presenciar. Llevóme mi guía alrededor de la tierra y siempre a través de extensas y lóbregas cavernas, en las cuales ví errando a innumerables hombres ocupados en obras tenebrosas. Me parecía caminar debajo de lugares habitados y no veía por doquiera otra cosa que un mundo de pecados. A veces veía caer como desde lo alto nuevas muchedumbres en esta noche de vicios.

Ninguno de ellos se enmendaba: había más hombres que mujeres; niños casi ninguno.

Cuando ya no podía soportar más tiempo aquellas tinieblas mi guía me sacaba un momento a la luz, y así me veía en alguna pradera u otro lugar donde brillaba el sol; pero allí no había hombres. Luego volvía a ser conducida a las tinieblas y veía de nuevo ruindades, ceguedad, malicia, intrigas, venganzas, orgullo, engaños, envidia, rencores, homicidios, impurezas, horribles maldades, que nada aprovechaban a aquellos infelices, cada vez más ciegos y miserables, y cada vez más sumergidos en profundas tinieblas. Parecíame como si hubiera encima de esas cavernas, grandes ciudades, separadas de aquel tenebroso lugar por una corteza de tierra delgada, y que pronto se hundirían en lo profundo. Ví que todos aquellos malvados, estando en oscuros espacios, grandes y anchos, pecaban unos con otros en medio de una confusión y ruido semejante al de un mercado, formando grupos de toda especie y masas mezcladas unas con otras, y he visto como un pecado se convierte en muchos otros.

Parecíame a menudo internarme cada vez más en aquella noche subterránea. El camino descendía bruscamente en sendero horroroso, que se extendía alrededor de toda la tierra. Ví pueblos de todos los colores y vestidos, metidos en tales horrores. Muchas veces la angustia y el espanto me hacían volver en mí y entonces veía la apacible luna por la ventana de la habitación y pedía a Dios que no me mostrara aquellas imágenes tan horribles. Pero pronto volví otra vez a aquella tenebrosa noche y a contemplar aquel espantoso lugar. Me ví una vez en un mundo de pecados tan espantoso que, creyendo hallarme en el infierno, empecé a lamentarme en alta voz. Mi guía me dijo: "Yo estoy contigo y el lugar donde estoy dista mucho del infierno".

6. El subsuelo de París. - Cómo crucificarían de nuevo a Jesús.

Dirigíme entonces con gran anhelo a las almas del Purgatorio, deseando hallarme entre ellas. Fuí, en efecto, conducida al Purgatorio. Parecióme que este lugar estaba junto a la tierra. Ví allí indecibles tormentos, pero las almas estaban consagradas a Dios y no pecaban. Ví vehementes anhelos, hambre y sed de redención. Todas podían ver lo que a cada una de ellas le faltaba y esperaban con ansiedad. Sus dolores, soportados con paciencia y conciencia de sus culpas, y la imposibilidad de ayudarse a sí mismas, eran cosas inefablemente conmovedoras.

He visto también todos sus pecados. Estaban sentadas en diferentes profundidades, en medio del dolor y el desamparo,

unas hasta el cuello, otras hasta el pecho y hacían súplicas pidiendo socorro. Cuando oré por ellas y desperté, esperé verme libre de aquellas espantosas imágenes y así lo pedí a Dios fervorosamente.

Volví a ser conducida por los caminos más tenebrosos. Satanás me amenazaba innumerables veces y me presentaba horribles imágenes. Una vez salió a mi encuentro un demonio desvergonzado y, poco más o menos, me dijo estas palabras: "Es del todo necesario que bajes y lo veas todo para que allá arriba puedas brillar y hacer que todo esto se escriba". Le respondí que no me inquietara con sus necedades.

En cierto lugar parecióme ver una ciudad especialmente llena de vicios y minada; obra en la cual estaban ocupados muchos demonios que ya habían adelantado mucho en el trabajo. Creía yo que se vendría abajo en los sitios donde había grandes edificios. Muchas veces he creído que París vendría por tierra. Allí abajo veo muchas cuevas, pero no veo en ellas obras de escultura como en Roma.

Finalmente me pareció ver un gran espacio donde daba más abundamente la luz. Era como la imagen de una ciudad de nuestra Europa. Entonces se me mostró un espectáculo horrendo: vi cómo crucificaban a Nuestro Señor. Yo temblaba de espanto, pues eran los hombres de ahora los que lo crucificaban haciéndole padecer un martirio mayor y más horrible que el que padeció en tiempo de los judíos. Gracias a Dios que esto fué sólo una imagen. "Así, me dijo mi guía, tratarían ahora al Salvador, si el Señor pudiera padecer de nuevo".

Vi allí con espanto a muchas personas a quienes conocía, incluso sacerdotes. Vi también a mis perseguidores, y lo que habrían hecho si me hubieran tenido en su poder: habrían intentado obligarme, con tormentos, a confirmar sus torcidos propósitos.

Mi guía me ha dicho: "Ya has visto los horrores de la ceguedad y de las tinieblas de los hombres; ahora haz oración y no murmures de tu suerte, que es muy suave".

7. Va a España y ve allí muchos males y ve a varios santos de esa nación.

Desde aquí fuí por mares e islas y entendí los bienes y desdichas de ellas, notando que las más solitarias eran las más felices. Hacia occidente llegué a la patria de Javier (*)

(*) San Francisco Javier, apóstol de las Indias.

donde vi muchos santos y el país ocupado por soldados rojos. Vi gozar a este país de relativa tranquilidad en comparación con la patria de San Ignacio (*), adonde llegué, hallándola en espantosa desdicha. Vi extenderse las tinieblas sobre todo el país en el cual hay un tesoro de merecimientos y de gracias. En el centro de este país estaba yo. Reconocí el lugar donde hace algún tiempo había visto el cuadro en el cual algunos eran arrojados al fuego, y vi, por último, que los enemigos interiores se acercaron por todas partes y arrojaron al horno a los mismos que habían atizado el fuego. Vi extenderse por el país una confusión espantosa. Aquí es Babel.

Vi por todo el país una cadena de sectas secretas y una agitación como en Babel. Vi en este país perecer todo lo que es santo e implantarse la impiedad y la herejía. Acercábase también la guerra civil y con ella una ruína total. Vi las anteriores obras de innumerables santos y a esos santos mismos. Nombraré solamente a Isidoro ([1]), a Juan de la Cruz ([2]), a Juana de Jesús ([3]) y especialmente a Teresa, muchas de cuyas acciones y visiones he contemplado. Me fueron mostradas las obras de Santiago ([4]), cuyo sepulcro está en una montaña y vi que muchos peregrinos han encontrado aquí la salud.

Mostróme también mi guía la montaña de Montserrat y los ancianos ermitaños de los primeros tiempos que allí ha-habitaron, y tuve una visión muy conmovedora de ellos: vi que no discernían los días de la semana sino partían un pan en siete pedazos, uno de los cuales tomaban cada día y así contaban los días de la semana. Algunas veces, transportados en éxtasis, erraban la cuenta. Se les aparecía la Madre de Dios y les decía lo que debían anunciar a los hombres. Esta visión fué muy consoladora.

Vi, por otra parte, tantas y tales desdichas en aquel país y tantas gracias holladas y tantos santos e imágenes de ellos, que dije para mí: "¿Por qué he de ver yo, miserable pecadora, estas cosas? No puedo referir algunas, ni aun en gran par-

---

(*) San Ignacio de Loyola de Azpeitía (Guipúzcoa), fundador de la Compañía de Jesús.

([1]) San Isidoro de Sevilla (560-636). Escribió *Etimologías u Orígenes*, como suma del deber de entonces.

(2) San Juan de la Cruz, de Fuenterrabía (1542-1591). Junto con Santa Teresa fué el reformador de los Carmelitas descalzos. Fué escritor y místico.

([3]) Juana de Jesús (1583-1636), fundó una comunidad con reglas de San Agustín. Escribió himnos y libros ascéticos.

([4]) Santiago apóstol, que predicó en España; fué martirizado en Jerusalén y sus restos trasladados a España.

te entenderlas siquiera". Entonces me dijo mi guía: "De lo que has visto, refiere lo que puedas. Tú no acertarás a contar las almas que leyendo esta relación algún día serán consoladas, animadas y sostenidas por ellas. Hay muchas historias de sucesos semejantes y gracias, pero en parte no fueron convenientemente escritas ni concebidas y las antiguas son desconocidas y están viciadas por criminales añadiduras. Lo que tú digas estará convenientemente concebido y redactado y producirá mucho fruto de bendiciones, que tú ahora no comprendes". Esto me consoló, pues en los últimos días estaba muy cansada y me había vuelto escrupulosa.

8. Visita a Irlanda y a Inglaterra.

Desde aquel infeliz país fuí conducida, caminando un tanto hacia el Norte, sobre el mar, a una isla donde había estado San Patricio (*). Aquí eran los habitantes casi todos católicos; estaban muy oprimidos, y tenían relaciones con el Papa, aunque muy en secreto. Había allí todavía gran abundancia de bienes, parque aquellas familias vivían en fraternal unión. Aquí recibí una advertencia e instrución acerca de la armonía que debe reinar entre los miembros de la Iglesia. Vi a San Patricio y muchas obras de gracia del Santo. Supe por él muchas cosas, algunas relativas a grandes visiones que tuvo del Purgatorio en una caverna. Supe que reconoció a muchos en el Purgatorio y los libertó y que se le apareció la Santísima Virgen y le decía lo que debía hacer.

Desde la isla de San Patricio fuí, por un mar angosto. a otra gran isla muy oscura, nebulosa y fría. Vi en varios lugares grupos de sectarios piadosos, pero fuera de ellos todo estaba en gran fermentación. Casi todo el pueblo estaba dividido en dos partidos, que hacían un tráfico oscuro y nada limpio. El partido más numeroso era el peor; el otro tenía consigo a los soldados, pero valía poco, con ser el mejor. Vi que era inminente una gran confusión y lucha y que triunfó el partido menos numeroso. Era aquél un estado de cosas abominable; unos hacían traición a los otros y todos se observaban y parecían espiarse mutuamente.

En este país vi a muchos amigos de Dios de otros tiempos, a santos reyes, obispos y propagadores del cristianismo

(*) San Patricio, apóstol de Irlanda y obispo de Armagh, logró hacer con sus predicación del pueblo irlandés una nación verdaderamente católica, a pesar de las persecuciones que durante siglos sufrió por causa del protestantismo de Inglaterra. Murió en 493.

que han influído en nuestra patria. Vi a Santa Valburga y al rey Eduardo [1]; a Edgardo [2] y a Santa Ursula [3]. Aprendí que la historia de las once mil vírgenes, tal como se refiere, diciendo que fué un ejército de doncellas, no es exacta. Formaban una asociación, una hermandad, como son ahora las congregaciones benéficas de señoras y doncellas. No vinieron todas juntas a Colonia; muchas vivían en diferentes lugares y otras moraban juntas.

En aquel país nebuloso (Inglaterra) he visto mucha miseria, muchas riquezas, muchos vicios y muchos barcos.

9. Suecia, Noruega y Rusia.

Desde allí fuí por mar hacia Oriente y llegué a un país frío, donde vi a Santa Brígida [4] y a los santos Canuto [5] y Eurico. Era este país más tranquilo y más pobre que el anterior, pero también frío, nebuloso y oscuro. Había allí mucho hierro y el suelo no era fructífero. No recuerdo todo lo que vi y lo que hice allí. Todos eran protestantes.

Desde allí fuí a un inmenso país enteramente oscuro y lleno de malicia (Rusia), en el cual se formaban grandes tempestades. Los hombres eran sumamente orgullosos; edificaban grandes iglesias y creían que tenían razón (ortodoxos). Vi armar y obrar por todas partes: y todo era oscuro y amenazador. Vi allí a San Basilio [6] y a otros santos. Entonces seguí mi viaje hacia Oriente y Mediodía.

10. Va al Ganges, Persia, Egipto, Abisinia y Sicilia.

Volví de aquel lugar descendiendo siempre por un escarpado sendero. Entonces vi surgir extremidades de la tierra; vi los ríos como cintas de plata, mares como espejos, bosques y ciudades y finalmente descendí a la tierra junto al Ganges (*).

---

(1) San Eduardo, rey de Inglaterra, muerto en 975.

(2) San Edgardo II, rey de Inglaterra y mártir en 962.

(3) Santa Ursula, que salió de Inglaterra con sus compañeras y fueron martirizadas por los hunos en las costas de Alemania.

(4) Santa Brígida, de Suecia (1302-1373), madre de Santa Catalina de Suecia. Escribió un libro de Revelaciones.

(5) San Canuto IV rey de Dinamarca, martirizado allí mismo en 1086.

(6) San Basilio el Magno, obispo de Cesárea (329-379), hermano de San Gregorio de Niza. Es autor de las famosas *Epístolas*.

(*) Es creencia de los Indos que muriendo a orillas del Ganges, de aguas sagradas, se borran los pecados y se tiene segura entrada en el cielo, por eso están sembradas de templos paganos las orillas del río y de piadosos enfermos que esperan allí la muerte.

Mirando hacia atrás apareció el camino a manera de un tenue resplandor que se perdía, como una centellita, en el sol. Los buenos indios, a quienes vi orar hace poco ante una cruz, habían edificado una iglesia muy hermosa vestida con ramas entrelazadas. Hallábanse muchos reunidos celebrando los divinos oficios.

Desde allí fuí atravesando la Persia, al lugar donde pasó el Señor, antes de la crucifixión. En aquella comarca no quedaba otra cosa que hermosos frutales y restos de una viña que el Señor había plantado. Desde allí fuí a Egipto y después atravesé la Abisinia. Luego hice un admirable camino, andando sobre las aguas de Sicilia, donde vi muchos lugares asolados y abandonados.

Después pasé sobre las montañas, no lejos de Roma. Más tarde vi, en un arenal, junto a un pinar, una gavilla de ladrones que intentaban sorprender un molino que había no lejos de allí. Cuando mi guía y yo llegamos cerca de ellos, uno de los ladrones tuvo miedo y dijo a los otros: "Siento mucho temor; me parece que hay alguien aquí, detrás de nosotros". Todos huyeron.

¡Estoy tan cansada de este viaje! Especialmente por haber transportado a aquella alma tan pesada, estoy tan rendida, que me siento llena de dolores. En este viaje he visto otras muchas cosas de las que ya no me acuerdo bien.

11. Atraviesa la Palestina y luego un país extraño. *(9-10 de Diciembre de 1819)*

En la noche pasada he atravesado, en muchas direcciones, la Tierra Prometida, y la he visto tal cual era en tiempos de Nuestro Señor. Ante todo, llegué a Belén como si fuese al encuentro de la Sagrada Familia. Luego recorrí todos los caminos ya conocidos por mí, pasando de un lugar a otro, y he tenido visiones de la vida pública del Salvador. Así lo vi también, aún antes de su aparición en público en el mundo, distribuir pan al pueblo reunido, por medio de dos individuos que junto a Él se encontraban, y después de esta distribución, contar una parábola. Aquella gente estaba sentada en la falda de una colina, a la sombra de árboles altos y delgados, que sólo en la cumbre tenían una corona de hojas. Bajo aquellos árboles crecían espesos matorrales, de los cuales pendían toda suerte de frutos colorados y amarillos, semejantes a las moras. Fuentes de agua corrían separadas desde aquella altura hacia abajo.

Todo estaba tapizado de hierba blanda, muelle y fina como seda, debajo de la cual había un estrato de tupido musgo. Toqué algunas de aquellas hierbas; pero si me dirigía a algunos de los otros objetos allí presentes, ellos se alejaban de mi mano y reconocí ser aquello sólo un cuadro de tiempos pasados. Las hierbas las toqué y sentí el contacto con mis dedos.

El Señor vestía, como siempre, una larga túnica de lana amarillenta; los cabellos aparecían divididos sobre la frente y descendían, largos, sobre sus espaldas. Su aspecto era serio, tranquilo y luminoso; su frente blanca y reluciente. Los dos que dividían el pan, lo hacían partiéndolo. La turba acudía. Hombres, mujeres y niños se saciaban y luego se sentaban. Detrás del Señor había un estanque. Así vi muchos cuadros de este género y pasé rápidamente de uno a otro lugar.

Luego volví a emprender el viaje partiendo de Jerusalén hacia el Oriente. Muchas veces llegué hasta grandes extensiones de agua, y pasé sobre montañas, por las cuales habían pasado los Magos que vinieron de Oriente. Atravesé comarcas habitadas por muchas poblaciones; pero no me detuve en estos lugares; por lo general eran desiertos. Después llegué a un lugar donde hay gran frío y fuí llevada a regiones más altas. La superficie del suelo era allí sumamente elevada. A lo largo de aquella cadena de montañas se extendía, desde Occidente hasta el Sur, una grande y extensa senda, sobre la cual vi moverse y caminar grandes turbas de hombres. Una clase de estos hombres eran de pequeña estatura, muy ágiles y veloces, y llevaban astas con banderas; otros eran de grande y elevada estatura. Entre ellos no había ningún cristiano.

12. Libra del naufragio a los tripulantes de un barco.

(22 de Enero de 1820)

Fuí súbitamente llamada por una oración ferviente y ví en la costa del mar a un hombre anciano, que estaba orando con suma inquietud. Había mucha nieve y muchos pinos y otros árboles semejantes de hojas puntiagudas. Aquel hombre llevaba una gruesa piel y una gorra tosca con una trenza, también de piel. Habitaba en una gran casa aislada, a la cual pertenecían otras más pequeñas que había en los alrededores. Iglesia no se veía ninguna, pero sí otra casa grande, que parecía escuela. En aquel hombre se advertían señales de gran bondad. Su hijo, lleno de cólera, dejó la casa paterna y se alejó de su tierra embarcándose; era muy disoluto. Yo estaba mirando el barco; en él

había grandes tesoros en oro y mercancías. El padre, que presentía el gran peligro que corría el barco a causa de la tempestad, experimentó grande inquietud, temiendo que su hijo pereciera en pecado juntamente con el barco. Hizo oración con mucha instancia y envió por toda la comarca criados y criadas con limosnas, pidiendo que rogaran por él. Él mismo se encaminó a un bosque donde moraba un piadoso solitario en quien tenía mucha confianza, para pedirle oraciones. Todo esto lo ví del lado de allá del mar y ví el barco donde iba el hijo entre las olas turbadas del mar en muy grave peligro. Era un barco muy grande como una iglesia. Ví a los hombres subir y trepar por las cuerdas y gritar. Entre ellos había pocos piadosos. Ví al hijo, cuyo aspecto era una imagen de la desesperación.

Pedí a Dios con todas mis fuerzas y ví a lo lejos en otros lugares a otros que también oraban, especialmente al anciano del bosque. Rogué con mucho fervor, con vivas instancias y atrevida confianza. Debí haber sido demasiado atrevida, porque fuí reconvenida; pero no dejé por eso de orar. Me parecía que no iba a ser escuchada; pero la necesidad que yo estaba viendo era tan viva, que no cesé de clamar y de pedir hasta que ví al barco entrar en una ensenada, defendida por rocas que formaban una especie de muralla. Entonces podían estar ya seguros. De esto el padre recibió también cierta noticia interior y yo tuve confianza en que su hijo se enmendaría. Por esto dí gracias a Dios. Acerca de las relaciones del padre con el hijo, pues la madre ya no vivía, supe toda la historia, que ya he olvidado completamente.

13. Yendo de viaje socorre a varios hombres heridos.

(8 de Marzo de 1820)

Esta última noche, yendo de viaje, he llegado a un lugar donde había caído mucha nieve, y allí he visto a dos hombres que eran apaleados por otros. Uno de ellos cayó muerto. Me apresuré a ayudarles y me pareció que se asustaron los asaltantes. El otro vivía aún. Vinieron algunos parientes y lo condujeron a un lugar vecino, donde había médico. Conocí en la oración que este hombre habría de sanar. Bien sé que no me es dado tomar sobre mi nuevas cargas; pero quise de muy buen grado satisfacer por sus penas y en efecto recibí una parte de ellas.

Me vi después haciendo un largo viaje, al volver del cual anduve de nuevo por la nieve. Cuando estaba ya cerca de mi

país, entre otras desdichas, vi dar una caída peligrosa en la nieve, de la que ya no podía salir, a un infeliz hombre hambriento, que buscaba con que sustentar a sus hijos. Yo le alcancé en aquel apuro salvación y sustento.

Sea cualquiera el juicio de los demás sobre estas cosas, la voluntad de Dios es que yo haga y padezca todo esto. Lo mismo he hecho desde mi juventud y he sido llamada por Dios a tales obras de misericordia. Cuando tenía cuatro años oí a mi madre gemir y lamentarse: estaba con dolores de parto por causa mi hermana. Yo dormía junto a una mujer anciana y no cesaba de repetir y pedir a Dios, diciendo: "Yo quiero sufrir los dolores de mi madre; dame los dolores de mi madre".

14. Viaja por diversos países y ve las necesidades y las consecuencias de los pecados.

(2 de Julio de 1820)

Ie fué dicho que era necesario viajar y que debía ver las miserias y necesidades del mundo. Fuí conducida a la diócesis de San Ludgario (Münster); a la de San Pedro (Roma), y ví por todas partes, bajo la forma de grados diferentes de oscuridad, frío y nieblas, el lamentable estado en que se hallaban los hombres y la Iglesia. En medio de esta oscuridad resaltaban aquí y allá algunos puntos luminosos: hombres que resplandecían, a los cuales ví haciendo oración y perseverando en el verdadero camino.

Ví estas representaciones no sólo en general, sino en particular: en todos los lugares adonde llegué fuí conducida junto a los necesitados, a los que estaban abandonados, enfermos, oprimidos y cautivos, por los cuales oré y a los cuales consolé y presté todo género de auxilios. En todas partes ví el estado de la Iglesia y los santos de cada país, los antiguos obispos y mártires, las religiosas y solitarios, y, en suma, todos aquéllos que habían implorado y obtenido la gracia de Dios sobre cada uno de los países. Especialmente me fueron mostrados todos aquéllos que habían tenido visiones, muchas de las cuales ví y cómo se habían aparecido a otros en la oración y otros a ellos, y cómo de esa manera obraron eficazmente. Ví que nunca habían faltado estas personas en la Iglesia ni semejantes visiones y auxilios, desde los primeros siglos de su fundación; y que estas visiones son una de las gracias más eficaces en favor de la salud y de la íntima unión de los miembros de la Iglesia. Ví en todas partes los sagrados cuerpos, sus efectos, su relación con los

santos y las bendiciones que producían en torno suyo. De esta manera se puede tener concepto de lo que ví en todas partes.

En medio de estas amplísimas visiones no tenía yo otra alegría que la de ver a la Iglesia fundada sobre la roca y ver que el amor consiste en obedecer a la Iglesia e imitar a Jesús. Se me dijo que en el Antiguo Testamento Dios envió ángeles a los hombres y les habló en sueños, lo cual no era tan claro y perfecto como los avisos espirituales que reciben los cristianos, habiendo, no obstante, aquellos antiguos seguido tales avisos con fidelidad y sencillez.

15. Ayuda a una pobre familia de arrendatarios.
(16 de Julio de 1820)

Hube de hacer un largo viaje acompañada de mi guía. Fuí a una ciudad del Norte. Vivía allí en una casita, aislada, pobre y miserable, una familia de arrendatarios sobre los cuales pesaba la amenaza de ser lanzados de su casa y del huerto y de caer en el abismo de la miseria. La razón de esto no la sé. Ellos confiaban en mí, y en medio de su espantosa angustia esperaban que yo pidiera a Dios que los socorriera. Tenían muchos hijos; con ellos había niños de poca edad y lejos de allí ví otros hijos ya mozos y uno de ellos persona distinguida, que viajaba mucho por razones de negocios, el cual pedía con fervor a Dios por sus padres; me parecía como si detrás de mí una hija suya me impelía hacia ellos. El padre se había enmendado, pues antes no había sido tan bueno. La mujer parecía contar más años que él. Yo me sentía impulsada hacia aquel lugar, pues ellos me atraían con sus oraciones y mi guía me mandó que fuera con él.

Una cosa tenía conmigo que no sé lo que era, ni siquiera si era real o alegórica. En el viaje ví levantarse en medio del camino una elevada montaña que al parecer no podía ser franqueada. Me acordé de la palabra de Jesús: que la fe es capaz de trasladar las montañas. Cuando, poseída de esta verdad, seguí adelante, la montaña se hundió ante mis pies y el terreno se volvió llano. Atravesé luego la comarca donde en otra ocasión había visto a un padre de familia salvarse de la muerte por la virtud de la oración en medio de los mayores peligros. Seguí caminando a través de un país montañoso y ví a Santa Eduvigis a mi derecha, y en el camino, a otros santos encima de las regiones que estaban bajo su protección o donde descansaban sus cuerpos. Los moradores del lugar adonde debían ir habitaban cerca de una ciudad pequeña, en una miserable casita. Cuando

llegué era allí de noche. El marido se había levantado, creo, por haber oído cierto ruido. La mujer estaba en cama, llorando. No sé lo que hice ni qué llevaba; pero fueron consolados y ayudados. Cuando salí de aquel lugar había pasado el peligro que les amenazaba. Volví por otro camino, y, de regreso, hice muchas cosas, entre ellas impedir un robo.

16. Viaje a la isla de Cerdeña.

(Agosto de 1820)

Ayer, durante toda la tarde, me pareció tener que viajar, pues me llamaba un hombre pidiendo oraciones y auxilio. La noche última tuve una visión en la cual vi que en una isla en la baja Italia se habían cometido espantosos homicidios y robos, los cuales volvían a repetirse, y que había entre los facciosos un hombre que no cesaba de clamar a Dios y a la Virgen diciendo que si bien había vivido muchos años en la impiedad, ahora quería firmemente enmendarse. Vi que aquel hombre tenía mujer e hijos y que la mujer era de los que cometían los mayores excesos y violencias. En los tristes días de su vida irreligiosa había llevado aquél una imagen de la Madre de Dios pintada en un pergamino o cosa semejante, cosida al vestido entre los ojales, de la cual nunca se había desprendido y alguna que otra vez se acordaba de la Virgen. Esta imagen era azul y dorada, hecha con arte.

Vi que aquel hombre era como cabecilla inferior entre muchos sediciosos durmientes, que tenían armas, aunque no usaban uniforme. Cualquiera diría que al llegar la mañana iban a efectuar alguna sorpresa, pues estaban en campo raso delante de cierto lugar. En aquella isla reinaba la desolación. Vi que muchos buenos recibieron la muerte y la recibirán todavía para no ver la desolación que les amenaza. Vi la terrible angustia, la espantosa confusión y la exasperación de los ánimos. La plebe era paupérrima y en gran parte supersticiosa. Vi a aquel infeliz, en medio de la gran agitación de su conciencia, invocar siempre a Jesús y a María. "¡Ah, decía para sí mismo, si es verdad lo que enseña la religión, la Virgen ruegue por mí, para que no muera en pecado; de otro modo me condenaría eternamente! ¡Ojalá ella me ayude, pues no veo el modo de librarme yo mismo!".

Tuve también una visión de Santa Rosalía y de su fiesta, después de la cual empezaron aquellas crueldades. Apenas vi la angustia y miseria de aquel pobre hombre, empecé a ro-

gar por él de todo corazón, para que Dios se dignara compadecerse de su alma y salvarle. Al mismo tiempo, sin que notara que hacía un viaje, me vi junto a él en medio de sus camaradas que dormían. Yo no sé todo lo que le dije; sólo recuerdo que le mandé que se levantara y huyera, porque allí no tenía nada que hacer. No creo que él me viera; creo que sólo sintió una conmoción interior. Dejó a los malhechores, corrió hacia la orilla del mar y entró en un bote dotado de remeros y de una vela. Yo estaba allí con él. Llegamos, durante la tranquila noche de luna, sin novedad particular, a la capital de la isla (Cerdeña), donde hay dos religiosas estigmatizadas. Allí lo dejé en seguridad; quería enmendarse y vivir piadosamente, sin que nadie lo conociera. Visité a la religiosa de Cagliari, que vive en casa de una piadosa mujer; goza de buena salud y hace oración por las necesidades comunes. Vi también a Rosa Serra en el convento de capuchinas de Ozieri, ya muy anciana, enferma y demacrada. Las religiosas eran muy buenas y muy pobres. En aquella comarca reinaba la paz.

17. Va a Siracusa y aconseja a un hombre angustiado.

(2 de Setiembre de 1820)

He visto la fiesta de San Evodio, en Siracusa, y en ella a un hombre piadoso que invocaba al santo con mucha fe. En medio de la gran inquietud en que se hallaba, a causa de los disturbios del país, quería salir de allí; pero tenía muchos hijos y su mujer no quería salir. Me fué mandado que le dijera a él que debía partir. Era por la tarde cuando entré en el patio de su casa donde él se hallaba paseando, muy intranquilo. No me preguntó quien era yo; nos hablamos y yo le dije que debía partir solo si su mujer no quería acompañarle y que ella le seguiría después. Así lo hizo.

18. Ayuda a fugitivos de Sicilia.

(13 de Octubre)

Esta noche me he encontrado en el mar con un barco sin velas ni timón en medio de una tempestad. El barco estaba lleno de fugitivos de Sicilia. Mi guía me dió una vara de hierro con la punta redonda, para que yo empujara el barco, pero la vara de hierro se escurría. Pedíle otra que fuera puntiaguda. Pero él me dijo que aquella obra debía hacerla yo con trabajo y así lo hice. Los fugitivos llegaron felizmente a tierra firme.

19. Salvación de una familia francesa en Palermo.

Hace varios días he visto diversas representaciones de un suceso que hasta esta noche no se ha verificado. Me fué mostrada una familia en aquel desdichado lugar donde se han efectuado esas matanzas. Ocupaba esta familia una posición espectable; la constituía el marido, la mujer, varios hijos ya mayores, y un criado que había sido esclavo, moreno, de cabellos rizados y muy hábil. Vi cómo había ido a establecerse allí esa familia francesa. Antes de la revolución vivían muy felices en Francia: eran muy buenos y piadosos, sobre todo, muy devotos de la Virgen, ante cuya imagen encendían una luz los días sábados y hacían oración en familia. El esclavo no era aún cristiano, pero bien inclinado y muy habilidoso. Es alto, esbelto y tan ligero y flexible que me daba placer ver cómo servía a sus patrones. No he podido sufrir nunca a los hombres rígidos, inmóviles y lentos; muchas veces creo que las almas de los hombres activos se conmueven más fácilmente.

Vi que el señor de la casa y todos estimaban al esclavo y deseaban que Dios se dignase concederle un movimiento interior para abrazar le religión, y que el señor y la señora de la casa se lo pedían muchas veces a la Virgen Santísima. Vi que el esclavo cayó enfermo y que la víspera de la Asunción llegó a él su señor y le llevó una imagen de la Virgen diciéndole que, ya que no podía hacer otra cosa, le tejiera una guirnalda de flores para esta imagen; que mirara que aquella Señora a quien la imagen representaba, podía curarle y tener piedad de él ante Dios y que al tejer la guirnalda pusiera allí todo el amor de que era capaz su corazón. Vi que el siervo aceptó con alegría el encargo de su patrón e hizo una guirnalda extraordinariamente bella y artística y que estando en esto se sintió interiormente turbado. Vi también que por la noche se le apareció la Madre de Dios, la cual le curó y le dijo que le había gustado la guirnalda; que fuera y dijera a su señor que le instruyera y preparara para recibir el bautismo. Así lo hizo el siervo al día siguiente. Vi que el señor, que tanto había pedido a Dios aquella gracia, se alegró mucho de ver realizados sus deseos. Vi que el esclavo se hizo cristiano y muy devoto de la Madre de Dios. En todas sus fiestas le hacía una guirnalda y cuando no tenía flores, la hacía de papel de varios colores. Todos los sábados encendía una luz ante la imagen de la Virgen y era muy piadoso.

No dejó sin recompensa la Madre de Dios la piedad de esta familia. Estando en grave peligro durante la revolución, llegó felizmente a Sicilia. Después este hombre adquirió grandes riquezas: poseía edificios magníficos, jardines y casas de campo, numerosa familia y mucha prosperidad. Pero ya no era tan piadoso como antes; había tomado parte en toda clase de negocios malos. Desempeñaba un empleo público y, no obstante, se había afiliado al partido rebelde. Hallábase en situación tal que ya no podía volver atrás: o se iba decididamente con los rebeldes o corría gravísimo peligro su misma vida. Todavía quedaban en casa restos de las antiguas buenas costumbres; seguía encendiéndose la luz todos los sábados en honor de la Madre de Dios. El buen criado quedó mucho mejor que su amo y seguía tejiendo guirnaldas a la Virgen. Yo estuve muchas veces con esta familia exhortando al marido y a la mujer, y les recordé los tiempos en que eran piadosos e inocentes, cuando se convirtió el esclavo por medio de la guirnalda que había tejido a la Virgen, antes de aquella misma fiesta, en aquel mismo día del año. Les mostré el estado de sus almas de entonces y cuan diferente era del actual y les exhorté a que tejieran, como en otro tiempo, una guirnalda con todos sus pecados y malas obras y la quemaran en la fiesta de la Virgen con sincero arrepentimiento, y a que salieran del país cuanto antes. Tomé del brazo al caballero y lo desperté; él despertó a su mujer. Ambos se refirieron mutuamente el mismo sueño y se sitieron conmovidos. El criado tenía entonces encendida la luz con motivo de la fiesta. Después he vuelto allí de cuando en cuando para persuadir a aquel hombre. Costábale mucho trabajo dejar la casa, los campos y la grande abundancia en que vivía; pero la última noche lo hallé ya resuelto. Tenían mucho oro, más de lo que necesitaban. Todo lo dejaron y en un gran barco partieron para la India, porque había oído decir el marido que allá en cierta isla florecía la religión. De esta suerte volvió a su patria aquel buen criado.

Vi la espantosa desolación que reinaba en Sicilia. Los habitantes del país se espiaban unos a otros continuamente. He visto también a la mujer de aquél que se salvó huyendo a Cerdeña. Estaba tan poseída de furor que hubiera derramado la sangre de su marido; ella fué quien principalmente le condujo a tomar parte en la revolución. Por su parte, aquél se hallaba tan conmovido en su huída que se volvía en espíritu a todos los santuarios. En Cerdeña se confesó. Me pareció admira-

ble lo que me fué dicho: que aquel hombre vendría a nuestro país y que quizás le vería yo aquí.

(14 de Octubre). He visto a la familia francesa con su criado llegar a la isla, donde fueron muy bien recibidos.

20. Escena de las catacumbas.

Me hinqué en una sala subterránea que parecía una cueva de mineros. Muchas personas estaban arrodilladas en el suelo. Había antorchas en los muros y otras dos sobre el altar de piedra que tenía un tabernáculo también de piedra con una puertecita. Un sacerdote decía Misa y el pueblo respondía. Al fin sacó del tabernáculo un cáliz que me pareció de madera. Tomó el Santo Sacramento y lo dió a los asistentes sobre pequeños lienzos blancos, que ellos ponían con cuidado sobre sus pechos. Después se separaron.

21. Socorre a un hombre y a una mujer en el Siam.
(12 de Noviembre de 1820)

He llegado a un vasto yermo, donde he visto a un hombre y una mujer en el estado más miserable, arrodillados y clamando al cielo. Me acerqué a ellos y me preguntaron qué tenían que hacer, añadiendo que me lo preguntaban a mí porque yo era la persona que les había sido prometida para que los consolara, cuando tantas veces habían clamado pidiendo auxilio. Yo no sé si antes había visto su estado miserable o si ellos mismos me lo refirieron. Ambos habían sido conducidos a aquel desierto en castigo de un gran crimen. Debían de haber sido mutilados, mas por compasión no lo fueron. Habían hecho penitencia con sus padecimientos y miseria y no sabiendo nada de Dios y habiendo pedido en ferviente oración ser instruídos, el Angel de la Guarda les había prometido en sueños que Dios les enviaría una persona que les diría qué tenían que hacer. Vivían en una cueva y como todos los años llegaban allí cazadores, tapaban la entrada con ramas y ponían delante el cadáver de algún animal salvaje. Cuando los cazadores sentían el mal olor se alejaban de aquel lugar, teniéndolo por impuro, según una antigua creencia; de esta suerte estos desdichados vivían ocultos. Hallábanse abatidos casi por completo a causa de la tristeza y de la carencia de todas las cosas.

Yo les dí toda clase de consuelos y les aconsejé lo que Dios me inspiró; les dije que el consorcio pecaminoso en que vivían

era abominable en presencia de Dios y que debían separarse hasta que, instruídos en la fe cristiana, pudieran unirse de modo espiritual. Esto lo entendieron ellos con mucha dificultad y les pareció muy difícil, porque eran como animales. Les indiqué la manera cómo debían llegar al lugar donde florecía el cristianismo en aquellas comarcas, adonde he enviado otras muchas personas de Sicilia para que fuesen instruídas. No me acuerdo ya de ninguna otra cosa sobre esta visión.

22. Va a una isla donde hay refugiados de Sicilia.

Estuve además en aquella isla donde los cristianos fueron bien recibidos por los paganos. Ví en ella muchas cosas nuevas. Hallábase en esta isla aquel caballero francés que había salido de Palermo, el cual había edificado una casa para recibir y albergar a sacerdotes en ella. Por desgracia había en aquel lugar pocos sacerdotes católicos; los más eran enviados de otras sectas.

En este viaje ví en el mar un barco que se hallaba en muy grave peligro de naufragar, pues no pudiendo navegar adelante, estaba a punto de irse al fondo del mar. En torno del barco se veían muchos malos espíritus. Iba en él toda una familia de Sicilia, desde el abuelo hasta los nietos, los cuales no podían seguir adelante, porque en medio de los tumultos se habían apoderado de muchos tesoros de la iglesia, con los cuales pensaban construir magníficas casas en el lugar donde desembarcaran. Díjeles que ciertamente se irían a pique si no renunciaban a aquellos bienes injustamente adquiridos y no los restituían. Pero ellos no sabían cómo restituirlos sin ser descubiertos. Por último les aconsejé que los depositaran en la orilla y en ellos pusieran el nombre y demás señas de su legítimo dueño, en lugar donde pudiesen ser encontrados por otros barcos y así pudiesen ser llevados a sus dueños. Yo sabía que Dios cuidaría de esto. Habiendo seguido ellos mi consejo, pudieron continuar el viaje sin ningún obstáculo

23. Va a Paderborn y convierte a una joven mundana.

(Noviembre de 1820)

Hice un largo viaje en el cual he tenido que trabajar mucho. Entre otros muchos casos que he visto me acuerdo claramente del siguiente: condújome mi guía al país de Paderborn, a una casa situada junto al camino y me dijo: "En esta casa hay una joven llena de vanidad y debes excitarla a que haga penitencia.

Te daré el habla y la voz de la hija de un vecino, muy piadosa, y cuando la joven esté desvistiéndose, le hablarás". Ví entonces en varias imágenes toda la vida de esta joven. Era vana, presumida, aficionada al baile, disoluta y engañaba a los jóvenes, uno tras otro. La ví entrar en su habitación después de haber estado en un baile y empezar a despojarse para acostarse.

Me acerqué a ella y le dije: "Debes dejar estas galas y este género de vida y no servir más al demonio, sino sólo a Dios, que ha creado tu cuerpo y tu alma y te ha redimido con su sangre". Cuando la joven oyó estas palabras, se turbó y enfadó mucho, diciéndome que podía volverme a mi casa y que no necesitaba de maestra, pues sabía muy bien lo que hacía. Después de haberse acostado, sin rezar, y dormido un poco, mi guía me dijo: "Háblale otra vez. Yo le mostraré algunas imágenes donde se le represente la vida que lleva". Estas imágenes no las ví yo; pero se que vió al demonio, que se vió a sí misma y vió a sus festejantes. Mi guía nombró a Satanás con otro nombre; creo que le llamó Príncipe del mundo. Yo le dí una embestida y ella se levantó temblando de miedo y de angustia; se arrodilló en su cama y dijo con temor todas las oraciones que sabía. La ví ir corriendo adonde estaba su madre y referirle su angustia, diciéndole que no volvería ya a los bailes. La madre intentó calmarla, pero no lo consiguió. A la mañana siguiente fué, como yo le dije, a buscar un confesor, a quien refirió toda su vida. Llegué a tener esperanza cierta de su enmienda.

24. Habla de Santa Ermelinda.

(28 de Octubre de 1821)

Esta noche he visto a la santa doncella Ermelinda. A los doce años trató honestamente a un joven con el cual sus padres querían desposarla. Era una joven noble y rica y vivía en una gran casa. Una vez intentó salir al encuentro de aquel joven; pero se le apareció Jesús y le dijo: "¿Por ventura no me amas tú a mí más que a aquél?" Ella respondió de mil amores que le amaba más que a otro cualquiera y Jesús fué con ella a su habitación y dándole un anillo la hizo su esposa. Ví que al punto Ermelinda se cortó el cabello y que dijo a sus padres y a aquel joven que ella se había desposado con el mismo Dios.

Pedí a la Santa que me condujera junto a los moribundos y a las ánimas benditas y me pareció que me iba con ella por Holanda. Fuí trabajosamente atravesando mares, valles, hornagueros y cuevas. Estuve en compañía de muchos infelices que

carecían de sacerdotes. Los consolé, los socorrí y rogué por ellos en todas sus necesidades.

25. En compañía de Santa Francisca Romana va a Roma.

(7 de Octubre de 1822)

He hecho un viaje sumamente penoso. He estado en Roma, en las catacumbas. He visto la vida de un mártir que vivía secretamente con otros. Había convertido a muchos. Vivió poco tiempo después de Tecla (*). De su nombre no me puedo acordar. Cuando era niño aún iba a las catacumbas y a las cárceles en compañía de piadosas mujeres a consolar a los cristianos. Fué martirizado con otros muchos compañeros. Había vivido por algún tiempo escondido en la soledad. Padeció crueles tormentos y por último fué decapitado. Estuve con Francisca Romana y ví a este mártir en las catacumbas, en una cueva cuyo suelo estaba cubierto de lucientes flores, que representaban los tormentos del mártir y de sus compañeros que habían dado la vida por Jesucristo. Había allí especialmente muchas rosas blancas muy hermosas, una de las cuales vino a posarse sobre mi pecho *(las reliquias de ese santo)*.

Estuve además en muchos lugares donde ví innumerables flores, que eran los padecimientos de los mártires, que apliqué a la Iglesia por sus actuales necesidades. Cuando atravesé a Roma con Francisca Romana y aquel santo mártir, vimos un gran palacio ardiendo completamente *(el Vaticano)*. Temí que los moradores del palacio fueran abrasados por el incendio, pues nadie lo apagaba. Cuando nos acercamos, se extinguieron las llamas y vimos el palacio ennegrecido y ahumado. Recorrimos magníficas salas y llegamos al lugar donde se hallaba el Papa. Estaba a oscuras, durmiendo en un sillón, enflaquecido por las penas, sin fuerzas para andar. Por delante de la puerta pasaban y cruzaban personajes ilustres. Los sacerdotes que vivían cerca de su persona, no me agradaban; parecían falsos y tibios. Los piadosos y sencillos que veo algunas veces con él, vivían en lo más apartado de la casa. Hablé largo tiempo con Su Santidad, pero no puedo declarar el modo como me parecía estar allí, pues me hallaba en extremo débil y los que allí estaban tenían que sostenerme de continuo. Le hablé de los

(*) Santa Tecla, virgen y mártir, hacia fines del siglo primero, escuchó la predicación de San Pablo, en Iconio de Licaonia, y se hizo cristiana. Martirizada de muchas maneras, se vió libre de sus verdugos milagrosamente y murió a los 90 años en Seleucia.

obispos que iban a ser nombrados. También le dije que no saliera de Roma; que de esta salida se originaría gran confusión en todas las cosas. Pero el Sumo Pontífice decía que no le era posible conjurar el peligro y que al fin tendría que salir para salvar su persona y poner a salvo muchas cosas. Estaba, pues, muy inclinado a dejar la ciudad. Francisca habló con él todavía más. Yo estaba sumamente débil y los que me acompañaban me sostuvieron.

Antes que yo partiese, el Papa me dió un pequeño plato de fresas con azúcar. No las quise comer; quería llevármelas para dárselas a un pobre enfermo y alegrarlo.

Estas fresas no tienen en verdad muy buena significación: indican que el Papa está todavía ligado al mundo por demasiados cuidados.

Era tan lastimoso el estado de Roma que aún la más leve centella podía producir un gran incendio. A Sicilia la ví en grande oscuridad y espanto: los que podían huir, huían.

Capítulo XXII

VISIONES DE UNA COMUNIDAD HEBREA EN ABISINIA

INTRODUCCION

La multiplicidad de las visiones adquiere aquí un carácter admirablemente novedoso. Se halla fuera de todo cálculo e imaginación. El alma de una anciana hebrea convertida, que todavía no ha muerto, guía a la vidente a tierras africanas, a través de Egipto, a un país, a todas luces Abisinia, por la descripción topográfica, donde contempla una ciudad de verdaderos israelitas que conservan la tradición más o menos pura. Una mujer extraordinaria, llamada Judit como la heroína bíblica, está destinada a hacer grandes beneficios a la comunidad. Ana Catalina conversa con ella, se refiere a Cristo, verdadero Mesías, y la induce a la conversión, y, por su intermedio, al pueblo, que espera de ella grandes obras.

A esta ignota ciudad parece referirse la obra "Travels to discover the Source of the Nile", 1790, de James Bruce y Salt, hallada por Brentano después del fallecimiento de Ana Catalina. El jefe de esta ciudad adopta siempre el nombre de Gedeón, si es hombre, y el de Judit, si es mujer, en memoria de los grandes caudillos bíblicos.

1. Viajes a Egipto.

(Domingo I de Adviento de 1818)

Me pareció que venía hacia mí el alma de la vieja hebrea Meyr, a la cual he socorrido varias veces con limosnas; me pareció como si esta persona estuviese ya difunta, en el Purgatorio, y viniese a agradecerme de haber llegado, por mi medio, a la fe de Jesucristo. Había reflexionado que muchas veces yo le había dado limosnas, siendo que ninguno hace lo mismo con los hebreos pobres; al mismo tiempo se sentía movida de un vivo deseo de morir en la fe de Jesús, si esa fe era la verdadera. Su corazón había sido conmovido por mi mediación. Todo esto se me apareció como sucedido o como si debiese suceder, puesto que producía el efecto de una invitación a dar gracias y a rezar.

La anciana Meyr no estaba muerta; pero su alma había sido como separada del cuerpo para que me sirviera de guía y para que muriendo en esa disposición pudiese llegar al Purgatorio. Me dijo que su madre también había tenido antes de la muerte un presentimiento de la verdad del cristianismo, y que seguramente no estaba perdida. Vi, en efecto, el alma de su madre como amurallada en un lugar oscuro y doloroso, donde no recibía socorro alguno, sin posibilidad de ayudarse a sí misma y sin poder ser ayudada en modo alguno por otros. Junto a ella, arriba y bajo, estaban inumerables almas de la misma condición. Experimenté el alegre presentimiento de que ninguna alma se perdía de equéllas que sólo por ignorancia no conocían a Jesús, aunque no tuviesen un determinado deseo de conocerlo, siempre que no viviesen en pecados graves. El alma de aquella hebrea me dijo que quería llevarme a un lugar de donde procedía su familia y del cual sus antepasados por parte de madre habían sido echados quizás por inhumana crueldad. Me dijo que quería llevarme adonde vivían gentes de su fe, entre ellas algunas muy piadosas, que como no recibían nunca admoniciones ni enseñanzas, manteníanse en sus errores, y que yo tentase de conmover sus corazones.

La seguí de buena voluntad. Aquella alma aparecía mucho más hermosa de lo que es ahora, que aun vive. Mi guía celestial estaba a mi lado y todas las veces que la hebrea me decía alguna cosa que no fuese absolutamente cierta, por error de ella, yo veía que mi guía resplandecía más y le oía decirme la exacta verdad. Me parecía que ella se hubiese dado cuenta de la presencia de mi guía, porque me preguntaba con ávida curiosidad: "¿Quién te ha dicho esto?... ¿Ha sido el Mesías?"... Nos pusimos en marcha, en dirección al mar, pasando por Roma. Atravesamos Egipto. Aquí no he visto abundancia de agua, sino sólo he visto correr por medio del país un río largo y blanquecino que a menudo se desborda: allí donde el agua se inunda se vuelve fecundo (Nilo). De otro modo toda aquella extensión aparece arenosa, árida y cubierta de médanos de arena que son llevados por el viento. En medio del desierto se levantan grandes construcciones, tan largas, macizas y altas, que no se encuentran parecidas en otra parte, de grandes y pesadas piedras. No son propiamente casas; internamente están llenas de subterráneos y corredores, donde se encuentra inmensa cantidad de cuerpos muertos. Todo esto difiere mucho de los subterráneos sepulcrales de Roma. Los cadáveres están aquí, en el Egipto, enteramente fajados como niños; son rí-

gidos y duros, de colór gris oscuro y sobre ellos están dibujadas toda clase de cosas. Sobre los muros de estos edificios se ven aquí y allí, esculpidas, figuras rígidas en la forma, de trabajo tosco. Fuí llevada adentro de uno de estos edificios y vi muchísimos cadáveres; pero entre ellos no había siquiera uno solo que resplandeciese.

Marchamos siempre hacia el sur, sobre grandes desiertos de arena, donde vi muchas veces, en rápida carrera, diversos animales de piel manchada de varios colores, semejantes a gatos de gran tamaño. Vi también desparramados sobre montecillos ciertas construcciones altas, de forma redonda, cubiertas de paja, con torres en torno de ellas. Proseguimos hacia la altura, sobre una arena blanquecina, donde había piedras verduzcas y lisas como cristales. Llegamos a una región montañosa, muy recortada y áspera, que se levantaba cada vez más. Me causaba maravilla que fuese tan fértil en algunos lugares, en medio de aquellas rocas.

Subiendo siempre fuimos a parar a una grande y extraordinaria ciudad, llena de hebreos (*). Esta ciudad no tiene nada de parecida con cuantas he visto antes, por la angustia, la oscuridad, el número y la extraña y embrollada distribución de calles y casas. No es posible recorrer ningún punto de esta ciudad con vehículos o coches. Por dentro se ven aquí y acullá levantarse inmensas cumbres de montes y escollos, de tal manera, que parece que habrían de precipitarse sobre las casas de abajo; todo está lleno de cuevas, de grutas y de cavernas abiertas en la viva roca. A cada momento hay que agacharse o trepar. Más bien que una ciudad, se podría decir que es una inmensa montaña llena de cavernas, torres, subterráneos y habitaciones cuadrangulares abiertas en la roca y dispuestas sobre y debajo de la superficie. Entramos en ella sin tocar el suelo, pero tampoco por encima de las habitaciones, sino más bien recorriendo un espacio intermedio, a lo largo de las calles, siempre subiendo. Me parecía como si el todo fuese vacío internamente o por debajo y tuviese que deshacerse y caer en el precipicio.

Parece que allí no había ningún cristiano; sólo en un ángulo extremo del monte habitaban hombres, que no eran judíos. He visto a un lado un edificio de piedra, grande, alto, cuadrado, abierto arriba con aberturas redondas guarnecidas de barras de

(*) Esta extraña ciudad sería la tribu abisina de Falascha, que mantiene muchas costumbres judaicas, donde una princesa, de nombre Judit, destruyó el templo de Axum. (Véase Hartmann, *Abisinia*).

hierro. Me parece que era un templo judío. Aquí y acullá, sobre las casas o a sus pies, se veían jardines extendidos sobre las superficies planas de los escollos.

El alma de la anciana Meyr me contó durante el camino que era verdad que los hebreos, en la antigüedad, y aún entre nosotros, habían matado a muchos cristianos y especialmente niños, porque empleaban la sangre de ellos en toda clase de supersticiones y brujerías. Ella también había creído que eso era necesario; ahora había aprendido que todo eso no es más que vergonzosa superstición y verdadero asesinato. Entre nosotros y en otras comarcas los hebreos lo practican aún ahora, pero con el mayor sigilo, porque tienen que tener necesariamente comercio con los cristianos.

Apenas llegamos a esta ciudad, inmediatamente junto a la puerta, entramos por un grupo largo y estrecho de habitaciones, donde era peligroso caminar, puesto que lo que parecía calle con salida, cerrábase en un ángulo lleno de agujeros y cavernas, que terminaban en los escollos. En torno de estas aberturas se veía cierta cantidad de figuras esculpidas. Yo tenía la persuación de que aquí se había asesinado a más de una criatura humana y que pocos viajeros podían salir con vida. No penetré en aquellas cavernas; tenía un sentimiento de horror, y no sabría decir cómo hemos salido de tales sitios.

2. Va a casa de unas descendientes de Judit.

El alma de la hebrea Meyr me dijo que quería conducirme a casa de una familia muy piadosa, donde vivían casi como santos. Me dijo que todos los habitantes de aquella ciudad hebrea miraban a esta familia como una esperanza, como si de ella nacería un protector y quizás el Mesías. Me dijo que era una familia muy piadosa, como todos los que más intimamente la frecuentaban y que me la quería hacer conocer.

Avanzamos por aquella montañosa ciudad, en la cual habíamos penetrado por el lado norte, y subiendo, nos dirigimos hacia el Oriente. Llegamos a una llanura dilatada. Se veía allí una línea de habitaciones, en cuya extremidad meridional la plaza estaba limitada por un edificio muy amplio de aspecto muy sólido, sobre el cual se levantaban nuevamente cumbres de montañas y jardines. El alma de la hebrea me dijo que allí habitaban siete hermanas. Descendían de Judit y la mayor de ellas era aún soltera y se llamaba

también Judit. Me dijo que la ciudad entera esperaba que un día había de ser lo que Judit fué para sus antepasados. Ésta habitaba en aquella construcción fortificada y grande que cerraba la plaza. El alma me rogó que me mostrara benévola con estas personas que nada sabían del Mesías, para conmover sus corazones, como ya había conmovido el suyo. Olvidaba decir que era de noche cuando atravesamos la ciudad y que en todas las cavernas y ángulos he visto criaturas humanas durmiendo. He visto que muchos del pueblo eran simples y piadosos, muy diversos de los judíos que habitan entre nosotros. Parecían mucho más libres y nobles y en parte parecíanme tan diferentes como es el oro en comparación con el plomo y el cobre. Con todo, he visto entre ellos mucha superstición, maldad y espantosa suciedad, como también brujerías.

3. Las hermanas de Judit.

Después que llegamos a la plaza penetramos primeramente en casa de una de las siete hermanas. Estaba situada en un ángulo y atravesando un patio redondo, penetramos en un espacio cuadrado, donde aquella señora tenía su cama. Tenía la nariz curva. El alma de la hebrea me habló de nuevo de la gran perfección moral de esta persona. Toda vez que decía algo que no era exacto, mi guía celestial se me acercaba, esto es, se aparecía y corregía la afirmación. Me parecía que la hebrea veía la aparición, porque cuando yo le exponía el error en que estaba, me preguntaba, mostrándose curiosa y deseosa del bien: "¿Era acaso el Mesías quien te ha dicho esto?" Yo respondía: "No era el Mesías, sino un siervo de El".

Cuando miré a la hermana de Judit, que dormía, en seguida me dí cuenta que no era una buena mujer. Ví que era una adúltera maliciosa, que ocultamente recibía a otros hombres. Ella tuvo, al parecer, un sentimiento de nuestra presencia, puesto que despertó y miró en torno, espantada. Se levantó luego y anduvo vagando de aquí para allá en el palacio. Dije al alma de la hebrea que tenía que ver en qué mala situación se encontraba esa persona. Cuando lo hubo notado se mostró maravillada y preguntó si también eso me lo había dicho el Mesías.

Fuimos luego a casa de las otras seis hermanas, que tenían también la nariz curva, pero la una menos que la otra. Todas eran en grado diverso mejores que la precedente, que era la peor de todas. No recuerdo más como las encontré singular y particularmente; recuerdo que todas estaban casadas, con mu-

chos hijos. Tenían abundancia de todas las cosas. Sus casas estaban llenas de buenas alfombras y repletas de ricos muebles; unas espléndidas lámparas colgaban de lo alto en sus estancias. Todas, por su parte, vivían de lo que les proveía su hermana mayor Judit, que habitaba en el gran palacio. La sexta hermana no estaba en casa: se encontraba con la madre camún de todas, que habitaba una pequeña casa frente al palacio de Judit.

Penetramos en aquella mansión por un pequeño patio redondo. Desde una ventana ví adentro a la madre, anciana judía, que vivamente, de modo áspero, se lamentaba con la sexta hija, quejándose de Judit, porque ésta daba más a las hijas que a ella y más a la hija disoluta que la había echado a ella, la madre, de la casa. Era cosa en verdad desagradable oír a aquella vieja hebrea, tan violenta y agitada, mientras gesticulaba y regañaba.

4. El palacio de Judit.

Dejamos a estas mujeres litigando y nos dirigimos al gran palacio de Judit. Entre nosotros y el gran palacio de piedra se interponía un anchísimo y profundo abismo, que causaba vértigos al mirarlo; era más bien un gran precipicio que se hundía entre escollos profundos, donde se perdía y se desvanecía la cabeza. Había que pasar sobre un puente cerrado por un cancel de hierro. El suelo de aquel puente no era sino un tejido de hierro a través de cuyas barras se veía el profundo y peligroso abismo, donde echaban las inmundicias, sobras, huesos y desperdicios. Quería pasar sobre el puente, pero no podía moverme sobre las barras de hierro. Algo había que me retenía: parecíame que no debía llegar hasta Judit. Debía esperarla aquí; tal era mi destino. Entretanto, comenzaba a clarear y ví que todo el lado del monte en el cual estábamos, era de naturaleza menos áspera y parecía fértil y fecundo. El lado norte por el cual habíamos venido era mucho más salvaje y desierto. Observé que la puerta del castillo estaba cerrada con una gruesa viga en forma de cruz, cosa que me causó maravilla.

Judit, la mayor de las hermanas, compareció de improviso delante de nosotros sobre el puente. No venía del mismo lado que nosotros. Había salido fuera de su palacio para distribuir secretamente limosnas en la ciudad y en aquel momento volvía a entrar en su casa. Es como de unos treinta años, de una majestad y presencia extraordinaria. Jamás he visto una mujer de semejante apariencia fuerte y tranquila. Tiene un aire de dominio y de fuerte resolución. El rostro, lleno de nobleza; la na-

riz es algo curva, aunque apenas perceptible. Todo su modo de ser y todos sus movimientos tienen algo de extraordinario y de heroico; tiene un ánimo franco, simple, puro y valiente. Debí darle a primera vista toda mi simpatía natural. Estaba envuelta en un manto. Su vestido era, desde el cuello hasta las caderas, bastante ajustado, como con fajas, sólida y rígidamente cerrado sobre el seno, y tenía un busto fuertemente moldeado. En el cuello llevaba una cadena de oro o cosa parecida y gruesas perlas pendían de las orejas. Las mangas del vestido eran amplias, y llevaba cadenillas y broches. El vestido exterior era largo, de una tela a franjas, de varios colores. Llevaba en la cabeza un turbante variopinto y tenía velo. Del brazo pendía un cesto algo grande y transparente, de mimbres negros con bordes blancos.

Esta mujer estaba a punto de entrar en su casa al volver de la excursión nocturna, cuando se dió cuenta de mi presencia. Me pareció muy espantada y retrocedió, sin darse a la fuga, exclamando, poco más o menos: "¡Dios mío! ¿Qué queréis conmigo? ¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que me sucede?" Bien presto reaccionó y me preguntó quién era y cómo había llegado hasta allí. Le dije que era cristiana y virgen consagrada a Dios y que había sido conducida hasta allí porque se encontraban buenas criaturas humanas, deseosas de la salud eterna, pero que se apartaban de las oportunas enseñanzas. Cuando oyó decir que yo era cristiana, se manifestó muy maravillada de que yo hubiese podido llegar hasta allí por tan peligrosos caminos, dado que ningún cristiano podía con seguridad llegar vivo. Le respondí que no había ido por propia curiosidad, sino que el alma, que estaba junto a mí, me había llevado para conmoverle el corazón. Le dije que ahora era la época de la venida del Mesías *(Adviento)* y que esta época se recordaba cada año; que debía mirar la miseria de su pueblo, dirigirse al Salvador, y cosas semejantes.

Judit parecía, por sus palabras, más conmovida y más persuadida de que yo le hablaba en espíritu y no corporalmente. Me pareció que dijese o pensase querer probar si yo era ente natural o sobrenatural. Entonces me tomó de la mano y me guió por el puente. Había abierto sólo un angosto pasaje, aunque podía abrirse mucho más. No tuvo otro trabajo que levantar un poco el grueso tronco en forma de cruz que estaba encima y en seguida la puerta se abrió. Entramos primeramente en un patio al cual se abrían muchas puertas. Por todas partes se veían las más diversas esculturas y cabezas talladas, ya amarillentas y antiguas. Me condujo hasta una estancia donde había muchas mujeres sentadas sobre el suelo, con las piernas cruza-

das, a lo largo de estrecha y larga mesa, como una tarima, donde tomaban alimento. Judit tenía intención de someterme a una prueba. Me fuí a colocar detrás de las mujeres que estaban sentadas a la mesa. Cuando Judit entró, ellas se levantaron, fueron a su encuentro y se inclinaron en su honor; de mí no se dieron cuenta siquiera. Tenían delante ciertas tazas en las cuales bebían. Judit tomó una, giró en torno de las mujeres y se dirigió a mí con la taza en la mano, deseando conocer si yo era algo espiritual o corporal. Cuando vió que yo rehusaba todas sus ofertas y que ninguna de aquellas mujeres había notado mi presencia, se puso muy seria, y se retiró conmigo a su propio departamento. Se portó como si estuviese sola, a como quien quisiera persuadirse de estar sola, al mismo tiempo que no lo está. Habló conmigo tímidamente, pero sin temor.

Era una verdadera Judit, valerosísima. Su pieza era muy simple. En torno había muchas almohadas y en los muros se veían bustos esculpidos como los que vi antes. Aquí se entretuvo conmigo mucho tiempo. Le hablé de una de sus hermanas que llevaba mala vida. Se mostró afectada y me dijo que haría lo posible para corregirla. Le hablé también de la madre, a la cual había oído quejarse y lamentarse tanto. Me dijo que a causa del humor inquieto de ella había tenido que hacer la pequeña casa habitación al lado del castillo. Se lamentada como si hubiese sido echada de casa y como si la hija beneficiase más a las otras que a ella; pero todas vivían de su largueza, aunque no toleraba que ejerciesen la usura. De noche les llevaba dinero y muchas personas de la ciudad vivían de sus dones.

Me dijo que su padre difunto le había dejado un gran tesoro, cuya existencia era de todos ignorada, menos de ella. El padre, que la había amado mucho, la dejó heredera de todo. Me dijo que era verdad que los habitantes de la ciudad pensaban grandes cosas de ella y que era como esperanza de grandes acontecimientos, que aparecía ante ellos como algo de sobrenatural a causa de las secretas limosnas, ignorando ellos que era poseedora del tesoro escondido. Me dijo que su pueblo había sido muy oprimido y dañado por dura guerra. Ella se sentía dispuesta a hacerlo todo por su pueblo, y es por esto que le había dejado el tesoro su difunto padre. Todos deseaban que se casase, esperando que de ella nacería un salvador; pero siempre se había sentido como retenida por un sentimiento íntimo. Dijo que jamás había sentido cosa semejante a la que sentía en este momento, con mi aparición, y que presentía que

el Mesías bien pudiera haber nacido ya en la persona del Cristo. Dijo tener intención de examinarlo todo más a fondo, y cuando lograse convencerse plenamente, trabajar para que todo el pueblo entrase por el camino de la salud. Dijo estar convencida que todos seguirían su ejemplo y quizás sería ésta la salud que de ella se esperaba.

Luego, por una puerta secreta del piso de su estancia, me condujo a un especie de subterráneo. Tenía una lámpara en la mano y me mostró su desmesurado tesoro. Jamás he visto reunido tanto oro. El piso y el pavimento parecían de oro; había también una inmensa cantidad de piedras preciosas. Cuando quería sacar algo, tenía como a la fuerza que arrancarlo del montón. Me condujo luego por toda aquella mansión, y a través de una estancia donde estaban sentados hombres con la cabeza cubierta por turbantes y vestidos de pieles, que fumaban en largas pipas. Como en la primera estancia las mujeres, aquí estaban los hombres bebiendo. Entre ellos había algunos moros. En otra estancia había hombres y mujeres. Llegadas al segundo piso, me condujo a una estancia muy vasta y bien adornada. En todo el contorno de los muros y sobre las puertas veíanse esculpidas cabezas de antiguos hombres barbudos. Eran de color amarillento y tenían algo de venerables en los lineamientos. En esta pieza había muchos muebles de formas maravillosas, todos antiguos y esculpidos con gran arte. Me vino a la memoria la iglesia de los Jesuítas de Koesfeld; pero aquí aparecía todo hecho con mayor arte y perfección. En el centro pendía una gran lámpara y en torno se veían, creo, otras siete lámparas. Había también algo así como un altar con rollos encima: era un lugar verdaderamente maravilloso.

Muy cerca de esta estancia había otra, donde estaban acomodados hombres viejísimos y endebles, que eran albergados y atendidos. De este punto se podía subir a caminar sobre la terraza del edificio. Detrás del palacio se extendía, en terrazas superpuestas, un jardín que subía hacia lo alto del monte con toda clase de compartimentos. Se veían adentro grandes árboles cortados con arte y extendidos. Judit me condujo, por aquel lado, fuera del palacio y subimos siempre más alto. Me indicó en lontananza viejas murallas en ruínas, con torres destruídas y me dijo que hasta allá se entendían los confines de su pueblo; pero que habiendo sido vencido y rechazado por un pueblo vecino, su pueblo temía que esto le sucediese otra vez, y así esas ruínas le servían de aviso. He visto estos muros y en lontananza un espacio cubierto de agua. Proseguimos siempre su-

biendo, pasando por angostos caminos y maravillosos edificios. A menudo los escollos se sobreponían de modo que las casas y los árboles de los extremos parecían caer sobre nosotros.

Llegamos a otra parte de la ciudad, donde se veía un alto y áspero escollo como una muralla, al cual se subía por gradas cavadas en la piedra. De vez en cuando salían de allí vertientes de agua clarísima. Judit me dijo que se decía que esta ciudad había sufrido mucho por falta de agua y que en tiempos antiguos un cristiano, que había vivido en este país, un hombre maravilloso, había bajado de este escollo, lo había herido con su vara y que había surgido esta vertiente de agua, socorriendo así al miserable pueblo de sus extremas necesidades. Esta fuente fué luego dirigida por diversos canales para uso general; ahora estos canales ya no daban agua, con excepción del primero.

5. Visita a otros pueblos y tribus nómadas.

Aquí, cerca de esta vertiente, me dejó Judit. Ella volvió atrás y yo seguí mis viajes. No nos hemos despedido una de otra. Ella parecía como si se moviese a caminar, soñando, y se separó de mí como si no me viese más.

Mi camino siguió aún mucho tiempo en subida. Vi aquí y allá árboles, al pie de los cuales había grandes frutos amarillentos y vi muchos campos fecundos, bellas flores y también muchas abejas, aunque eran colmenas diferentes de las nuestras, esto es, cajas cuadradas, agudas hacia la cumbre, de color negro, como si estuviesen untadas con alguna substancia. Me encontré entonces fuera del monte de los judíos, y vi aquí y allá hombres que vivían bajo grandes y extensos árboles, como bajo el techo de las casas. Tenían consigo pocos utensilios. Los vi hilar; tenían instrumentos con los cuales parecían tejer. Sus ganados, entre los cuales he visto algunos animales como los de los Magos de Oriente, vagaban de aquí para allá por la campaña. Había también asnos gruesos y nervudos. Los animales se mostraban muy domesticados con los hombres. Estos pueblos habitaban, en parte, bajo tugurios cubiertos de mantas suspendidas. No quedaban mucho tiempo en un mismo lugar y se desparramaban por todas partes pastoreando a sus animales.

Llegué, también, pasando por entre piedras y ramajes, a un vasto espacio subterráneo situado no sé donde, que semejaba una cantina, bien conservado, apoyado sobre muchas colum-

nas bajas y cuadradas, sobre las cuales estaban esculpidas toda clase de imágenes e inscripciones. Había adentro algo así como un altar, es decir, una piedra grande, encima de la cual y en torno habían excavado aberturas como hornos, y me maravillaba que la gente no se sirviera de este hermoso espacio. Los pueblos que habitaban en los contornos eran muy buenos y simples, y creían admirablemente en aquello que tenían por verdadera fe. Finalmente llegué a orilla del mar, pasé sobre él y volví a casa.

6. Visión de un lugar maravilloso.

Estuve con Judit en los montes de la Luna.

Había habido un gran cambio. Mientras antes, por la plaza donde habitaban las hermanas, se llegaba al castillo de Judit pasando por un puente sobre un profundo abismo, ahora el abismo ya no existe. Estaba colmado, pues se podía llegar directamente al castillo. Judit, que me pareció mucho más avanzada en edad, estaba también más próxima al cristianismo, o era ya cristiana en su interior, aunque posiblemente no hubiese sido bautizada. Si allí hubiese un sacerdote, de seguro lo sería. En aquella pieza donde la había visto tomar café, surgía algo como un pequeño altar. Sobre él yacía un niño dentro de un recipiente y delante había una cavidad como una taza excavada en el altar, donde vi una pequeña cuchara junto a un cuchillo de hueso o de piedra. Sobre el altar pendían lámparas y había en torno atriles cubiertos de rollos. Ella estaba allí dentro rezando con muchas personas más jóvenes y tenía un anciano de ayudante. Todo esto indicaba que había nacido en ella la convicción de que el Mesías había ya venido. No he visto ninguna cruz. En la estancia de arriba, de donde pendían aquellas antiguas cabezas esculpidas, hallábanse reunidos los antiguos judíos, separados de ella. Mucho había extraído del tesoro del subterráneo, puesto que Judit distribuía bastante limosna entre los pobres. La posición de este lugar es, en verdad, maravillosa. El castillo de Judit desde Occidente mira, por encima de un profundo valle, a un alto monte, que brilla y centellea al sol, como si fuese una estrella. Del otro lado, pero a gran distancia, se ven altas y maravillosas torres y grandes edificios sobre las montañas. No es que propiamente éstos se puedan ver desde allí, pero yo los veía. Vi también a las gentes que están a orillas del Ganges. Tenían ya su iglesia en buen orden y un anciano eclesiástico entre ellos, que, según creo, era un misionero.

CAPÍTULO XXIII

VISIONES DEL MONTE DE LOS PROFETAS

INTRODUCCION

En la segunda semana de Adviento de 1819, Ana Catalina es transportada a la cumbre más elevada del Tibet, que ella afirma ser completamente inaccesible para los mortales. La describe como una región llena de misterio y de belleza. Allí ve, al parecer, al profeta Elías, que custodia los sagrados tesoros de los conocimientos trasmitidos a los hombres por el ministerio de los ángeles y de los profetas, desde el principio. Adquiere el íntimo convencimiento de que de allí proviene el misterioso libro profético que había recibido milagrosamente en su juventud. No es la primera vez que llega a este paraje maravilloso: durante varios años eclesiásticos es conducida allí por su Angel Custodio, como también al Paraíso terrenal, que ella cree ver no muy distante del Monte de los Profetas. Ana Catalina comprueba que las naturalezas de ambos lugares sin afines. El misterioso personaje de la tienda le informa que ella posee un derecho de participación de los tesoros allí conservados, por la luz profética que le ha sido infundida.

Con respecto al monte, el Manual Bíblico, *de Vigouroux, cita una montaña sagrada al Norte, la Huakirga, llamada después Albordy, donde los iranios ubicaban la fuente Ardvizuras, cuyas aguas vivificantes provienen del cielo y fertilizan la tierra. Según Schuster y Holzammer, la tradición china señala un monte sagrado, situado en la meseta central de Asia, que forma parte de la cordillera de Kuen-Lun. Todo hace pensar que la hermosa novela de James Hilton,* Horizontes perdidos, *se halla inspirada en estas visiones.*

1. El Monte de los Profetas.

(Fiesta de Pentecostés, 1819)

He visto la fiesta de Pentecostés como una solemnidad en el seno de la Iglesia Católica, como también muchos cuadros de la difusión del Espíritu Santo en el mundo entero. He visto doce nuevos apóstoles (*) y sus relaciones con la Iglesia

(*) En ninguna parte de las visiones encontramos los nombres de estos varones apostólicos a que se refiere repetidas veces.

He visto también formarse una iglesia espiritual, recogida de todas las comunidades de los fieles, y cómo ésta recibía al Espíritu Santo. Era un renacimiento de la Iglesia Católica. He visto a muchos recibir el Espíritu Santo.

He visto asimismo un cuadro del Espíritu Santo, de una superficie triangular, donde aparecía como una forma alada en medio de una difusión de septiformes luces. He visto cómo se difundía en la iglesia espiritual que estaba en el aire y en aquéllos que con ella están en relación. En esta visión de la difusión del Espíritu Santo sentí cómo la difusión tenía influencia también sobre la naturaleza.

He hecho la noche pasada un largo viaje y estuve en el Monte de los Profetas. He visto de nuevo el Paraíso terrenal muy vecino a él. En el Monte de los Profetas estaba todo como yo lo había visto. He visto al hombre bajo la tienda escribiendo, hojear libros y rollos y cancelar y quemar muchas cosas. He visto que daba ciertos folios a algunas palomas, que con ellos se alejaban volando.

Yo estaba a la vista del globo terrestre, en la proximidad del Monte de los Profetas. He visto las aguas que desde allá descienden, como una tienda o defensa de velo cándido, semejante a la leche, por sobre la tierra. Aquel velo era voriopinto y transparente. Ví toda clase de cosas brillando a través. Todo color deriva de otro y lo sigue y produce diversos efectos; y si aquel velo llega a ser perforado, entonces cae la lluvia. Estas efusiones están coligadas a ciertas épocas fijas y van precedidas de los santos con sus solemnidades y la celebración de sus triunfos. La fiesta de un santo es su verdadero día fructífero, en el cual se recogen aquellos dones que él produce y lleva como a manera de árbol frutal. Lo que las almas no reciben como efusiones de los dones del Espíritu Santo, lo recibe la naturaleza como rocío de lluvia. Así la demasía y superabundancia de la lluvia puede ser castigo de Dios.

Veo a menudo hombres malos en lugares fértiles y fructíferos, donde la bendición nutre su carne, y veo a hombres buenos en comarcas pobres, donde reciben la bendición por obra del Espíritu Santo. Allí donde el hombre y la tierra estuvieren en perfecta armonía, allí sería un paraíso. La oración domina las estaciones (*) y los días de observación de las antiguas reglas de las estaciones son como días en los cuales son concedidos y distribuídos estos dones. Cuando la regla dice: si llueve en el

(*) La Iglesia tiene ordenadas preces y procesiones para pedir la prosperidad sobre las cosechas y la oración *Ad petendam pluviam*, en la Misa.

tercer día de Pentecostés, la cosecha no llega seca a casa, significa: si los dones del Espíritu Santo, que en el día de Pentecostés son distribuídos a los hombres, son recibidos sólo en pequeña cantidad, se resuelven en lluvia no propicia, que cae a torrentes y como castigo. Veo la vida de la naturaleza estrechamente unida a la vida de las almas.

2. Llega a una región maravillosa.

Después de haber descrito un lugar misterioso, donde encuentra almas que estaban sobre montes de hielo, continúa diciendo:

El regreso de ese lugar lo hice descendiendo siempre por un angosto sendero. Sucedió pues que ví de nuevo el Monte de los Profetas; me pareció allá arriba más verde y más pujante la vegetación. Estaban las dos figuras ocupadas con los libros (*). El uno imponía sobre la mesa nuevos rótulos, el otro borraba cosas de los libros. Ví entonces la extremidad de la tierra salir fuera; veía los ríos como hilos de plata y los mares como espejos; reconocí bosques y ciudades y fuí finalmente a descender sobre la tierra, junto a las riberas del Ganges.

El sendero se dirigía hacia abajo; mi camino, por el contrario, se dirigía hacia las alturas, a una región extraordinariamente hermosa. Allí arriba la temperatura es templada, y todo aparecía verde y fructífero; había flores indeciblemente bellas y muchos arbustos y bosquecillos atrayentes. Gran cantidad de animales corrían acá y allá jugueteando y no parecen de ningún modo feroces. Ninguna criatura humana habitaba en esta región ni podría llegar allí ni penetrar. De aquel gran camino de que he hablado mirando hacia abajo, no se veían sino nubes.

Ví turbas de animalitos semejantes a pequeños cabritos, con piernas sumamente ligeras y delgadas, sin cuernos, de pelaje gris oscuro con manchas algo más negras. Corrían con suma agilidad. Ví un animal de cortas dimensiones, color negro, parecido a un marranito. Ví, además, animales grandes como cabras, aunque tirando más a cabritos, muy domésticos, muy ágiles, de ojos limpios y claros. He visto otros que parecían ovejas, de lomo más largo, con un gran copete de lana, de colas abundantes y largas. Ví animales semejantes al asno, de piel manchada. Había majadas de animales como pequeños cabritos de color amarillento. Ví también pequeños caballos. Veíanse grandes volátiles

(*) A veces habla de Elías y de San Juan Bautista; otras veces de Elías y de Enoc.

de patas largas que corrían velozmente. Había otros semejantes a las gallinas, con las alas muy graciosamente pintadas y una gran variedad de pequeños, graciosos y variopintos pajarillos. Todos estos animalitos estaban allí, alegres, juguetones, sin ser molestados, como si ignorasen la existencia del hombre.

3. Pasa a otra región misteriosa, más bella aún.

Desde esta región paradisíaca tuve que subir aún más alto y me pareció que era llevada otra vez a través de las nubes. Así llegué a la cumbre extrema de aquella alta región de montaña, donde he visto cosas muy admirables. Sobre la cumbre de la montaña se extendía una gran llanura y en ella se veía un lago. En el lago había una isla verde unida a aquella llanura por una verde lengua de tierra. La isla estaba rodeada de árboles altos, como cedros. Fuí elevada sobre uno de estos árboles y me sostuve sobre una de sus ramas.

Desde allí contemplé toda la isla. Se elevaban en su seno diversas torres de forma esbelta y delgada. Cada una de estas torres tenía por delante un pequeño edificio, como si sobre la puerta de cada una de ellas fuese elevada una pequeña capilla. Estos edificios estaban cubiertos completamente de verdes arbustos, de musgo y de yedra. Me parecía verlos crecer y vegetar y había en ese verdor algo de viviente. Aquellas torres eran más o menos altas como campanarios, pero más elegantes: me recordaban a las altas columnas que durante el viaje había observado en antiguas ciudades en ruinas. Eran variadas en la forma: había redondas y algunas octogonales.

Las torres redondas tenían techos semejantes en la forma a las cebollas; las octogonales estaban defendidas por grandes y extensas techumbres. Las torres redondas estaban hechas de gruesas piedras, pulimentadas y lúcidas, con vetas variopintas y abigarradas. Las otras tenían toda clase de prominencias y nichos de piedra, representando imágenes de profunda significación. Por medio de las piedras salientes del contorno de las torres se podía subir cómodamente a lo alto. Estas piedras eran de diferente color: rosadas, coloradas, negras, y estaban dispuestas formando toda clase de dibujos. Las torres no se elevaban sobre la altura de los árboles, que eran extraordinariamente altos, desde la cumbre de uno de los cuales me hallaba yo mirando.

Según un íntimo sentimiento mío debía haber en aquella isla tantas torres cuantos árboles la circundaban. Estos árboles semejaban abetos y tenían las hojas terminadas en punta. De

sus ramas pendían frutos de color amarillo y escamosos, no tan largos como las bayas de los abetos, sino más bien semejantes a las manzanas. Estos árboles eran muy robustos en la parte del tronco y no lisos; se mostraban más lisos en las ramas, las cuales se extendían en torno de aquel tronco en forma de círculo muy regular, de modo que los árboles tenían mucho de simétricos y se elevaban derechos como cedros. No estaban situados vecinos unos a otros, sino que había mucho espacio entre ellos, de modo que no se tocaban sus ramajes unos con otros. Todo el suelo de la isla estaba tapizado de un espeso follaje, corto y finísimo, que no parecía hierba sino más bien un vegetal con hojas finísimas y ensortijadas, semejante al musgo, pero de tal manera tupido que parecía un gracioso y muelle almohadón.

De caminos no se veía ni el más mínimo vestigio ni en aquella isla ni en todos los contornos. Cerca de cada torre se veía un pequeño jardín lleno de risueñas flores distribuídas en círculos o en otra forma, dividido en canteros con diferentes arbolillos y plantas. En esos jardines todo era verde y en cuanto a la forma, variaban según la diversidad de las torres. Cuando miraba desde mi árbol más allá, sobre aquella isla, podía ver en la otra extremidad las aguas del lago; pero no podía ver hacia abajo las cumbres del monte. Este lago era vivaz en sus movimientos y extraordinariamente limpio y claro. Sus aguas atravesaban la isla por numerosos canales y se precipitaban formando muchas corrientes, largas y finas, en un abismo subterráneo (*).

Frente a aquella pequeña lengua de tierra, que unía la isla al continente, se levantaba sobre la verde pradera una grandísima tienda que se alargaba mucho y parecía formada de materia gris y tenía las paredes internas decoradas de bandas multicolores y ricamente bordada o pintada con toda clase de figuras.

En torno a la mesa que estaba en el medio había asientos de mármol distribuídos, sin apoyo, a manera de almohadones, porque también estos asientos parecían cubiertos de una sustancia vegetal siempre verde. En un asiento del medio, distinto de los demás, estaba la figura de un hombre, radiante de santidad, junto a la mesa de piedra baja, de forma ovalada. Aparecía sentado al modo oriental, con las piernas cruzadas, y escribía en un gran rollo con un lapicero o pluma de caña. El lapicero

(*) Algunos sabios señalan el lugar del Paraíso terrenal en la meseta de Pamir, en la India. Según los sudaneses, los cuatro o cinco ríos más grandes nacen al norte de la montaña sagrada (Meru) y de allí se dirigen hacia diferentes partes del mundo. (*Manual Bíblico*, de Vigoroux).

semejaba un pequeño ramo. A derecha e izquierda posaban muchos gruesos volúmenes y rollos arrollados en bastones terminados en capullos. Junto a la tienda había un hoyo abierto que parecía murado en el exterior; allí ardía un fuego que no pasaba con su llamarada el extremo del recipiente.

Toda la comarca parecía por todas partes una verde y hermosa isla, rodeada de nubes. Por encima de mi cabeza se extendía el cielo, indescriptiblemente claro. Veía salir del sol sólo una forma semicircular de rayos, a través de las nubes. Este semicírculo parecía formar parte de un disco mucho más grande de lo que parece entre nosotros. Toda aquella escena tenía algo de inefablemente sagrado, solitario, y, sin embargo, lleno de alegría. Cuando lo consideraba me parecía que bien podía saber y comprender todo lo que esto fuese y significase. Pero no pude traer este conocimiento a la tierra. Mi guía celestial estuvo presente conmigo hasta entonces; pero delante de la tienda se me hizo invisible.

4. El santo personaje habla de su misión.

Cuando ví todo esto pensaba entre mí misma: "¿Qué tengo yo que hacer aquí? ¿Y por qué, yo, pobre criatura, tengo que ver todo esto?"

Entonces aquella forma humana, refiriéndose a la tienda, me dijo: "Esto te acontece porque tú tienes aquí una parte que te pertenece". Esto me causó aún mayor maravilla. Bajé, o fuí trasportada hacia él, a la tienda donde estaba sentado. Vestía al modo que veo vestidos a los espíritus. Su aspecto parecía el de San Juan Bautista o de Elías.

Los muchos volúmenes y rollos que tenía junto a él eran muy antiguos y preciosos. Sobre algunos de esos volúmenes se veían ornamentos en relieve y figuras en metal, como, por ejemplo, un hombre con un volumen en la mano. Esa aparición me dijo, o sentí internamente que me decía, que esos volúmenes contenían cuanto hay de más santo para los hombres, y que él examinaba todo y lo comparaba, y todo lo falso lo quemaba en el fuego que había junto a su tienda. Me dijo que se encontraba allí para impedir a toda criatura humana que penetrara en ese lugar; que debía custodiar y defender todo eso hasta que viniese el tiempo de ponerlo en uso. Ese tiempo hubo de haber venido algunas veces, pero aún se interponían graves obstáculos. Le pregunté si no sentía hacerse largo el tiempo y serle molesto el tener que esperar tanto. Me respondió que en Dios no hay tiempo.

Me dijo que yo debía verlo todo allí, y me condujo fuera de la tienda y me hizo observar todo lo que había en torno de ella. Me dijo también que los hombres no merecían aún todo lo que allí estaba guardado.

Fuí luego recorriendo la isla entera. La tienda era de la altura de dos hombres y larga como de aquí a la iglesia de la ciudad; el ancho era la mitad de la longitud. La techumbre era algún tanto estrecha en el centro y como suspendida de una cuerda que iba a lo alto y se perdía en el aire. Yo pensaba dónde podría estar sujeta esa cuerda. Los cuatro ángulos de la tienda estaban formados de columnas que casi podrían abrazarse con ambas manos; tenían en apariencia vetas como las puertas lúcidas y lisas, y encima verdes penachos. La tienda estaba abierta por delante y por los costados. En medio de la mesa había un volumen extraordinariamente grueso que se podía abrir y cerrar; parecía que estuviera fuertemente sujeto a la mesa. El personaje leía en el volumen y lo observaba todo para ver si estaba en regla y todo exacto. Me parece que debajo de la mesa había una puerta y que allí dentro se custodiase un tesoro grande y sagrado, alguna cosa santa. Aquellos asientos cubiertos de verdor estaban dispuestos de tal modo en torno de la mesa que se podía circular entre ellos. Los numerosos volúmenes estaban dispuestos detrás de esos asientos, a derecha e izquierda. Los que estaban a la izquierda eran los que debían ser quemados.

Me condujo en torno de aquellos libros. Sobre las tapas se veían toda clase de figuras; hombres que llevaban escalas, libros, pequeñas iglesias, torres, mesas. Me dijo que él todo eso lo examinaba y comparaba y quemaba todo lo superfluo y lo falso; pero que los hombres no podían recibir aún estos tesoros; debía antes venir otro. Todo lo que rechazaba lo ponía a la izquierda.

Me mostró los contornos y llegué al extremo límite del lago, cuyo nivel es precisamente tan alto como el de la isla. Sentí perfectamente bajo mis pies cómo aquellas aguas se desparramaban por muchas corrientes hacia abajo del monte, y, luego, mucho más abajo, salían a luz en grandes y pequeñas vertientes. Me parecía como si toda esta parte del mundo recibiese de aquellas aguas salud y bendición. Allá arriba, en lo alto, no desbordan jamás. Del lado del Oriente y del Mediodía todo aparecía verde y lleno de flores hermosas; del lado del Occidente y del Norte todo era verde, pero sin flores. Llegué a la parte posterior de la isla, pasando sobre las aguas, sin puente alguno, y luego fuí

caminando por en medio de todas las torres. Me parecía que todo aquel suelo fuese solamente una compacta y densa capa de musgo: que todo lo de abajo estuviese completamente vacío.

5. Describe las flores y las maravillas del paraje.

Todas aquellas torres se levantaban como salidas del musgo; en la base de cada torre había un jardín, a través del cual corrían varios riachuelos que luego se echaban en el lago, o quizás nacían del lago. Esto no lo he podido notar con precisión. Tampoco en estos jardines había caminos; había árboles distribuídos ordenadamente, matas y flores. He visto rosas, más grandes y voluminosas que las nuestras. Había rojas, blancas, amarillas y oscuras. Ví flores semejantes a los lirios en la forma, pero muy altas. Entre ellas ví algunas azules con franjas blancas y he visto un tallo alto casi como un árbol, guarnecido de hojas largas, semejantes a las de las palmas, sobre la extremidad de las cuales posaba una flor ancha como un gran plato.

Sentí internamente que en aquellas torres se conservaban los más grandes tesoros de la humanidad y tenía el sentimiento de como si allí reposaran cuerpos santos. Entre algunas torres ví allí un carro (*) de forma extraña, con cuatro ruedas bajas; cuatro personas podían perfectamente caber adentro. Internamente tenía dos bancos y delante un pequeño asiento. Este coche estaba todo revestido de verde, como todas las cosas que están allí dentro. Era sin timón y enteramente ornado de figuras esculpidas; creí, al primer momento, que dentro hubiera hombres sentados. La caja del coche estaba formada de esas mismas figuras: era delgada y lúcida, como metal; las ruedas gruesas y anchas como las de los carros romanos. Pensé que era liviano, lo bastante como para ser llevado por hombres. Observé todo esto con detención, pues aquel hombre me dijo: "Tú tienes tu porción en todo lo que hay aquí y puedes en seguida tomar posesión". Yo no podía comprender qué porción me perteneciese y pudiese tener allí. ¿Qué haría yo con aquel curioso carro, pensaba yo, y con aquellas torres y con esos volúmenes?

Tenía un íntimo y profundo sentimiento de la santidad de aquel lugar. Me parecía que juntamente con aquellas aguas descendiese a los valles mezclada la salud de muchos tiempos y como si los mismos hombres hubiesen descendido de aquellos

(*) "He aquí que un carro de fuego con caballos de fuego separó al uno del otro y Elías subió al cielo en un torbellino" (IV, Reyes, 2, 11).

montes, y cuanto más descendido a lo bajo tanto más profundamente decaídos (*). Aquí sentí yo como si fuesen custodiados, purificados, preparados divinos dones a favor de los hombres. De todo esto tenía claramente el sentido, pero me parecía que no iba a poder traer esta claridad a la tierra. Conservo sólo una impresión general.

6. Sale del Monte de los Profetas.

Cuando de nuevo entré en la tienda, aquel hombre me repitió lo mismo: "Tú tienes aquí una porción que te pertenece y puedes desde ya entrar en posesión de ella". Cuando le declaré mi incapacidad e ineptitud para ello, me respondió con tranquila convicción y certeza: "Tú volverás pronto junto a mí". No salió de la tienda mientras yo me hallaba en ella; sólo se movía como suspendido en el aire en torno de la mesa y de los volúmenes. Esta mesa no estaba tan cubierta de verde como los asientos, los cuales eran, sin embargo, menos verdes que las cosas situadas bajo las torres. Cerca de la tienda no había tanta humedad. Con todo, también aquí y en torno de la celda, el suelo estaba cubierto de musgo. Tanto la mesa como los asientos parecían nacidos y crecidos allí mismo. La base de la mesa estaba formada de un arca cuadrada y parecía que adentro había algo de santo.

Dentro de la tienda yo sentía como si un cuerpo santo estuviese allí depositado (**). Me parecía que debajo todo estaba vacío y como si saliese un perfume de una tumba sagrada. Tuve también la íntima persuación de que aquel hombre no permanecía siempre con sus volúmenes dentro de la celda. Me había recibido y me había hablado como si me conociese ya y hubiese sabido que yo debía venir. Con igual certeza me predijo mi retorno junto a él y me indicó el sendero para bajar.

Me dirigí hacia el Mediodía y llegué primeramente hasta la áspera costa del monte, y, atravesando las nubes, bajé a aquella amena comarca donde había tantos animales. Allá arriba, donde había estado, no había ni un solo animal. Ví muchas corrientes de agua surgir del monte, precipitarse en cascadas y tomar un curso muy rápido. He visto volátiles del tamaño del ganso con las patas munidas de tres garras delante y una detrás, del color de las perdices, con cola caída y cuello largo. He

(*) Ana Catalina ve a Adán y a Eva descendiendo cada vez más al ser echados del Paraíso, y a éste alejarse y como subir detrás de ellos a las alturas.

(**) Quizás el cuerpo de San Juan Evangelista.

visto aves semejantes a los avestruces, algo más pequeñas, con plumas más bien azules. Ví todos los demás animales.

7. Llega, al parecer, a la India y al río Ganges.

En este segundo viaje ví de nuevo muchos más hombres que en el primero. Llegué a un río pequeño el cual conocí, en mi interior, que nacía del lago visto en el monte. Después seguí mi camino a lo largo de sus orillas hasta perderlo de vista.

Legué a una comarca donde pueblos de gente pobre habitaban en cabañas. Me pareció que eran prisioneros cristianos. Ví que se acercaban hacia ellos otros hombres de color oscuro con vendas blancas en torno de la cabeza. Estos traían a los cristianos alimentos en cestas entrelazadas; se los daban tímidamente, extendiendo primero las manos como en defensa y luego huían temerosos como si se hubiesen expuesto a algún contagio. Estas gentes vivían en mezquinas cabañas de una ciudad destruída. Ví también una corriente de agua donde crecían cañas muy fuertes y de una grandeza increíble.

Luego volví de nuevo a las orillas del río; el punto donde lo volví a ver era muy extenso, contenía islas y escollos de arena con verdes matas donde jugueteaban las olas. Era el mismo río que salía de la altísima montaña, que allá arriba, era pequeño y tenue, y ahora se había colmado. Gran multitud de gente de color moreno, hombres, mujeres y niños, en abigarrada vestimenta, estaban en las islas y sobre los escollos ocupados en beber de esas aguas o en lavarse con ellas. Parecía que habían venido desde lejos. Este modo de ser y de obrar ya lo había visto junto al Jordán, en Tierra Santa. Había un gran personaje que parecía ser su sacerdote y que llenaba los vasos con agua mientras la gente se los alcanzaba. Muchas otras cosas he visto y me encontraba no lejos de aquella comarca donde estuvo San Francisco Javier *(la India)*.

Luego, pasando sobre el mar, ví islas en gran cantidad.

8. Da algunas explicaciones de los viajes anteriores. *(22 de Diciembre de 1819)*

Ahora sé por qué fuí llevada a aquel monte. También mi libro está entre los volúmenes que ví sobre la mesa; me será devuelto para que pueda leer las últimas cinco páginas (*). El

(*) Este libro lo recibió antes de su entrada en el convento. Le faltan cinco páginas, significando, probablemente, los cinco años de vida que le restaban cuando tuvo esta visión: de 1819 a 1824.

hombre que estaba junto a la mesa ha de volver a su tiempo. Su carro está colocado allá para eterna memoria *(Elías)*. Sobre él fué transportado a lo alto y los hombres lo verán, con gran sorpresa, volver aquí abajo sobre el mismo carro.

Allá arriba, sobre aquel monte, el más alto del mundo, donde nadie jamás podrá llegar, fueron llevados y salvados los más sagrados y secretos tesoros, para sustraerlos a la creciente perversidad de los hombres (*). Aquellas aguas, la isla, las torres, son los medios con los cuales estos tesoros son fuertemente guardados y conservados en seguridad. Desde aquellas aguas todo será refrigerado y renovado. Aquel río que de arriba desciende y cuyas aguas tanto veneran los pueblos, tiene realmente una fuerza en sí mismo y vigoriza a los hombres. Por eso es que lo tienen en mayor precio que su vino.

Todo bien ha descendido a los hombres desde allá arriba, y todo lo que debe ser preservado de la devastación, está allá arriba puesto en seguridad. El hombre del monte me ha conocido porque allá arriba poseo mi porción. Todos nos conocemos; todos pertenecemos los unos a los otros. No puedo expresarlo como desearía, pero somos como una sola semilla que se extiende por todo el mundo. El Paraíso terrenal no está lejos de aquel monte. Con anterioridad yo había visto que Elías vivía en un jardín delante del Paraíso terrenal.

9. En el Monte de los Profetas ve a Elías y a San Juan.
(25 de Diciembre de 1819)

He visto de nuevo el Monte de los Profetas. El hombre de la tienda dió folios y volúmenes y recibió otros, en cambio, a una aparición que había venido del cielo y estaba suspendida en el aire. Aquel espíritu aparecido era distinto a él en su modo de ser. Este espíritu que volaba sobre el lugar me hizo recordar a San Juan. Aparecía mucho más movible, pronto, amable y ligero de lo que era el hombre de la tienda, que tenía en sí algo de más firmeza, severidad, rigidez e inmovilidad. Era, respecto del hombre de la tienda, como el Nuevo Testamento respecto

(*) En medio de la montaña hay un jardín donde un céfiro suave sopla constantemente y agita las hojas del hermoso Tong. Este jardín delicioso está situado junto a las puertas cerradas del Paraíso. Las aguas que lo riegan proceden de una abundante fuente amarilla, llamada fuente de la inmortalidad; los que de ella beben no mueren. Se divide en cuatro ríos que corren hacia las cuatro partes del mundo. (Tradiciones de los Indos, *Manual Bíblico*, Vigoroux). "La autoridad de la Escritura es mayor que toda capacidad humana y por esto, de cualquier modo y cualesquiera sean estas aguas allí existentes, no dudamos que estén allí en las alturas". (San Agustín, Sup. Gen. ad litt.).

del Antiguo. Así me fué posible reconocer en uno a Juan y en el otro a Elías. Parecía que Elías daba a Juan las revelaciones ya cumplidas, y que, en cambio, recibiese otras nuevas.

Después he visto saltar súbitamente de aquel límpido lago una vertiente semejante al borbollón de una fuente y elevarse perpendicularmente a lo alto a manera de saeta pura como un cristal; llegado a lo alto, se dividió y se abrió en infinitos surtidores y gotas de agua, que caían en anchas curvas sobre los más variados lugares de la tierra. He visto a muchos hombres iluminados y refrigerados por estas aguas, en casas, en chozas, en la ciudad, en muchas partes del mundo. Ví también a algunos protestantes, los más convencidos en sus creencias, ser iluminados por aquellas gotas. Principia cierto movimiento en sus corazones y germina cierto fermento que, después de graves tempestades, se desarrollará en todo su esplendor.

CAPÍTULO XXIV

VISIONES DEL PARAISO TERRENAL

INTRODUCCION

Al ponerse en contacto con un hueso fósil, Ana Catalina tiene la visión de animales antediluvianos. Describe luego el Paraíso terrenal, que ve algo más elevado que el Monte de los Profetas. Afirma que el Paraíso terrenal ha sido sustraído de la tierra después del pecado de Adán y Eva y que se conserva en todo su primitivo esplendor.

El Cardenal Belarmino declara no haber leído jamás en escritores de la antigüedad que Dios haya destruído el Paraíso terrenal. Como, por otra parte, ningún viajero ha encontrado vestigios de su existencia en la tierra, parece lógico admitir lo que afirma Ana Catalina: que ha sido trasladado a un lugar inaccesible, donde es conservado para morada de Henoc y Elías y para alegría de los bienaventurados después de la resurrección final.

No parecerá tan nueva la visita de Ana Catalina al Paraíso terrenal para quien haya leído la biografía de Santa Liduvina. Esta santa estuvo 38 años enferma, y cuando sus padecimientos eran más graves el Angel Custodio la llevaba espiritualmente al Paraíso terrenal, donde podía contemplar sus bellezas, pasearse, confortarse con sus frutos y conversar con los dos patriarcas que aguardan su venida a la tierra en la época del Anticristo.

1. Visión inefable.

He visto cosas infinitas, inefables... He visto una vez como si el Monte de los Profetas se hubiese aproximado a la cruz: se había acercado mucho y, con todo, estaba aún radicado sobre la tierra y estaba todavía unido con ella. Tuve la visión de aquel monte como en las primeras imágenes. Más alto y detrás de él he visto luminosos y admirables jardines, donde observé animales y plantas resplandecientes, y sentí en mi interior como si aquello fuese el Paraíso terrenal (*).

(*) "Según la doctrina de los Padres y de los Santos, el Paraíso terrenal existe y está conservado hasta el presente y no fué destruído por el Diluvio. Allá fueron transportados Henoc y Elías para aparecer en el tiempo del Anticristo y predicar a los judíos". (Nota del P. Schmöger).

"Elías fué elevado al cielo aéreo, pero no al empíreo, que es el lugar de los santos. Igualmente Enoc fué arrebatado al Paraíso terrenal, donde se cree que vivirá con Elías hasta la llegada del Anticristo". (Cita de Schuster y Holzammer).

2. Una visita al Paraíso terrenal.
(13 de Febrero de 1821)

El Peregrino trajo, en presencia de su hermano y del confesor, el fragmento de un hueso petrificado del grosor de un huevo, encontrado en el lecho del río Lippa, y lo depositó sobre la cama de Ana Catalina. Esta se encontraba en visiones; con todo, tomó el hueso con la mano izquierda y lo retuvo inmóvil durante algún tiempo. Luego abrió los ojos, los fijó en el Peregrino, que no se esperaba otra cosa que una reprensión por haberle puesto en las manos el hueso de un animal en vez de una reliquia, y continuando sumergida en la visión dijo:

¿Cómo ha llegado el Peregrino a este bello y maravilloso jardín, en el cual apenas sólo puedo mirar?... Observo allá dentro al Peregrino, con aquel grueso animal, y ¿cómo es posible esto?... ¡Cuán inefablemente bello es ese lugar!... No lo puedo expresar. ¡No puedo traer conmigo la impresión que me causa!... ¡Oh Dios mío, cómo eres de admirable e incomprensiblemente poderoso, magnífico y amable en tus obras!... ¡Ah! ¡Aquí hay más que en la naturaleza entera, aquí nada ha sido contaminado por el pecado; aquí no hay ningún mal; aquí aparece todo como cuando salió nuevo de las manos de Dios! Aquí veo un rebaño entero de blancos animales... Las crines les caen de sus espaldas como una cabellera rizada. Son mucho más altos que el hombre, y, sin embargo, corren tan ligeros y listos como si fuesen caballos. Sus pies son como columnas y, no obstante, pisan tan levemente; tienen pendiente una larga trompa, que pueden volver hacia arriba, hacia abajo y a todos lados como si fuese un brazo; de sus fauces salen largos dientes blancos como la nieve, y ¡son tan graciosos y tan puros! Este animal grande es tan elegante; sus ojos son pequeños, pero tan prudentes, tan limpios y benévolos en el mirar, que no lo puedo decir con palabras. Tienen grandes orejas pendientes; su cola no es gruesa, pero es sedosa; no se alcanza a aferrarla cuando se extiende la mano. ¡Ah, deben ser muy viejos!... ¡Son tan largas sus crines!... ¡Tienen también prole y cuánto la quieren!... Juguetean con la mayor dulzura con sus hijitos. ¡Son tan prudentes, tan benévolos, tan dulces!... Corren con mucho orden, uno detrás de otro, o uno al lado de otro. Parece como si tuviesen graves preocupaciones.

He ahí otros animales. No son perros, en verdad; son de color amarillo de oro y tienen largas crines y unas caras casi humanas. Son leones, pero ¡tan sosegados y dulces! Se aferran unos a otros por las crines y juguetean.

Veo también ovejas, camellos, bueyes y caballos, todos blancos y luminosos como de seda. Veo jumentos blancos, maravillosamente hermosos. ¡No puedo decir cuán bello es todo esto y cuánto orden, paz y amor reina allí!

Los animales no se hacen daño alguno; antes bien, se ayudan los unos a los otros. La mayor parte son blancos o amarillo de oro; no veo aquí casi ningún animal de pelaje oscuro. Y lo que me maravilla es que todos tienen sus habitaciones muy ordenadas y muy bellamente repartidas; tienen espacios y caminos, todo tan puro y limpio que no puede uno imaginárselo. No veo allí a criatura humana alguna: no hay hombres. Supongo que deben venir espíritus que mantienen el orden en todo; no puedo creer que los animales lo hagan por sí mismos.

3. Ve a diversos santos y las aguas maravillosas de esa altura

Después de algún intervalo Ana Catalina añadió:

¡He allí a Francisca Romana y a Catalina de Ricci! (*) En lo alto, sobre el hermoso jardín, hay un sol y ellas están allá. Aletean y se mueven en los rayos de aquel sol y miran hacia abajo. Veo también a otros santos, que están sobre mí, en aquel sol de brillo cándido. Sobre mí resplandece un firmamento como de seda, que brilla iluminado por aquel sol, y sobre él se mueven los santos y miran hacia abajo.

Ahora conozco todo eso. Toda agua desciende desde allá hacia nosotros. Este es el Paraíso. Los animales están allí dentro conservados. Todo está aún tal como Dios lo creó; pero me parece ahora mucho más grande de lo que era otras veces. Ninguna criatura humana puede penetrar allí (**). Aquella agua sagrada, magnífica, maravillosamente clara, que desde allá se desborda y tan graciosamente riega el jardín de los animales, forma en torno del Paraíso un gran muro acuoso. No

(*) Santa Francisca Romana tuvo muchas visiones sobre el Cielo, Infierno y Purgatorio. Santa Catalina de Ricci (1590), abadesa del monasterio de Florencia, fué enriquecida con continuas visiones y éxtasis.

(**) "Y desterrado Adán, colocó Dios delante del paraíso de delicias un querubín, con espada de fuego, el cual andaba alrededor para guardar el camino que conducía al árbol de la vida" (Gén. III, 24).

ya un lago sino un muro ¡y qué muro maravilloso y resplandeciente! En la parte superior es de gotas límpidas, que semejan piedras preciosas. Se parecen a aquellas gotas que en las mañanas penden como rocío de las vides; así es ese muro en la parte superior, todo transparente como cristal. En la parte inferior, el muro se extiende y termina por transformarse en pequeños arroyos, que mucho más abajo forman una gran cascada de agua. Esta cascada hace un ruído tal que nadie podría oirlo sin ensordecerse. Toda agua desciende desde allá y llega a nosotros, pero enteramente desnaturalizada y mezclada con otras sustancias.

El Monte de los Profetas recibe de aquí sus aguas y su humedad. El monte está situado mucho más bajo aún que la gran cascada y precisamente allá donde el agua nuevamente se cambia en nubes. El Monte de los Profetas está situado muy alto, casi como el cielo, y ninguna criatura humana puede llegar allá, y no se ve sobre él otra cosa que nubes. Este jardín está situado más alto que el Monte de los Profetas, a la altura de un cielo; y el punto donde he visto a los santos, está de nuevo más alto que la altura de otro cielo sobre el Paraíso terrenal. Aquí no hay edificio alguno de piedra; hay bosquecillos espesos y altos, caminos y espacios para los animales. Los árboles son inmensamente altos, los troncos muy derechos y graciosos. Veo algunos blancos, amarillos, colorados, castaños y negros. No son negros, sino que despiden un fulgor como de azul plateado.

¡Y cuán maravillosas son las flores!... Veo muchas rosas, especialmente blancas: son muy grandes, tienen elevados tallos y casi semejan en su altura a los árboles que allá arriba se ven. Veo también rosas encarnadas y cándidos lirios muy altos. Veo la hierbecilla delicada y muelle como seda; pero solamente la veo y no la puedo tocar; está demasiado lejos de mí. ¡Y cuán maravillosamente bellas son estas manzanas! ¡Cuán grandes son y amarillas! ¡Qué anchas son las hojas del árbol que lleva tales frutos! Los frutos que están en la mansión de bodas parecen míseros e imperfectos en comparación con éstos, y, sin embargo, son indeciblemente magníficos en comparación con los frutos terrestres.

Veo también muchas aves: cuán bellas y numerosas son y de variados colores, imposibles de describir. Hacen sus nidos entre las flores, en la corona de las más hermosas flores. Veo palomas, que llevan ramitas y hojas en el pico, volar hacia abajo, sobre el muro de las aguas. Creo que las hojitas y flores

que a veces me traen para sanarme, provienen de este jardín.

No veo a ningún reptil de aquéllos que entre nosotros se arrastran sobre la tierra. Empero, hay allá una graciosa bestiezuela, de color amarillento, que tiene la cabeza de serpiente y en la parte superior es más gruesa y en la parte inferior más delgada. Tiene cuatro patas y a menudo se mantiene alzada sobre las dos patas traseras; entonces alcanza la altura de un hombre. Sus patitas anteriores son cortas, los ojos limpios y muy listos: es extremadamente graciosa y ligera. Veo de ella poquísimos ejemplares. Así era aquel animalito que sedujo a Eva.

4. Ve a dos personas en el jardín.

¡Qué maravilla! Veo allá una puerta abierta, en aquella muralla de agua, y a dos hombres que yacen allí, junto a la muralla. Yacen allí y duermen con el dorso apoyado a aquel esplendoroso muro de agua, cruzadas las manos sobre el pecho, con los pies vueltos los unos a los otros. Tienen cabellera larga y blonda. Son hombres pertenecientes a un orden espiritual, visten largos y blancos mantos y tienen bajo el brazo rollos delgados escritos con letras brillantes. Junto a ellos vense bastones curvos como báculos pastorales.

Son profetas; antes bien, lo reconozco y lo siento en mí, tienen relación con aquél que está en el Monte de los Profetas. ¡En qué maravillosos lechos o hendiduras reposan! ¡Las flores crecen en torno de ellos, tan luminosas, en tan vagas y ordenadas formas dispuestas!... Circundan sus cabezas especies de coronas, primero de flores blancas, luego de flores amarillas, rosas, verdes y finalmente azules, todas brillantes y luminosas como el arco iris.

Mientras así hablaba Ana Catalina, el confesor le alargó su mano, y ella exclamó:

¡He aquí un sacerdote! ¿Cómo ha venido hasta aquí? Está bien. ¡Él también verá las maravillas de Dios!

Al día siguiente, el Peregrino encontró a Ana Catalina algo confusa por la visión que había tenido. Dijo que el confesor se había reído como si fuesen cosas imposibles. Cuando el Peregrino le replicó que no tenía motivo de quejarse de los que se burlaban de sus visiones, si ella misma parecía confusa y el confesor no las creía, ella volvió a repetir toda la visión que había tenido, añadiendo lo siguiente:

Yo estaba como levantada en alto, fuera de la muralla del Paraíso. Podía ver sobre él, y a través de aquella muralla de

gotas de agua, y también me miré en ella, como en un espejo, y me he visto indeciblemente agrandada. Esta muralla en torno del Paraíso está formada de gotas de agua que parecen todas triangulares, o redondas, o de otra forma, la una junto a la otra, sin ningún intervalo. Estas gotas forman además toda clase de figuras y de flores, como se suele ver en los tejidos y bordados. Se pueden ver a través de la muralla, pero en ese caso no tan distintamente como si se mirara por arriba. El borde extremo de la muralla parecía pintado con los colores del arco iris y no formaba ninguna figura; se perdía y se confundía con el cielo como precisamente el arco iris cuando se le mira aquí, en la tierra. Siguiendo con la vista la muralla, hacia abajo, pareciera que en la parte inferior aquellos cristales se deshacían en pequeños arroyos, como cintas de plata, y luego éstos, reunidos, formaban una inmensa cascada. Se oía un fragor tal que cualquiera que lo oyera moriría de espanto. Lo siento aún ahora retumbar en mis oídos. Mucho más abajo, en lo profundo, parecía que esta cascada de agua se derramase en vapores y formase puras nubes, como si el Monte de los Profetas recibiese de ellas todas sus aguas. La puerta de aquella muralla acuosa, aunque estaba abierta por la parte superior, mostraba, sin embargo, tener forma de arco. El borde coloreado de la muralla se extendía para formar la puerta por ambos lados, pero cerca del centro relucía más tenuemente en apariencia, como cuando un rayo pasa debilitado a través de un cuerpo transparente. El borde de la muralla al cual se apoyaban los dos profetas no parecía ya consistir en gotas de agua o cristal, sino que formaba un compuesto denso y blanco, como la leche, o como el más fino tejido de seda.

Aquellos dos profetas tenían cabellera larga, de un amarillo de oro, los ojos cerrados y yacían como sobre lechos de flores, con las manos cruzadas sobre el pecho, envueltos en anchos y luminosos vestidos, con la mirada vuelta hacia el mundo. Los rollos y volúmenes no tenían ningún botón en la extremidad, eran delgados y voluminosos, y los veo escritos con caracteres azules y dorados. Sus varas curvadas eran delgadas y blancas. En torno a ellos he visto a las flores con todos los colores del arco iris, dispuestas en gran orden y como si viviesen. Alrededor de sus cabezas se difundía un resplandor más vivo, con los colores del arco iris, semejante a la aureola de los santos y el borde extremo del resplandor se perdía poco a poco en el seno de la luz. La puerta estaba vuelta al Oriente.

Algunos de los elefantes no tenían el pelo tan denso, sino que eran más lisos. Los hijitos corrían entre sus piernas como si fueran corderitos. Tenían grandes bosques de sombra destinados para ellos, donde los he visto permanecer de a dos juntamente con su prole. He visto también camellos de pelos blancos, y jumentos bellísimos, estriados de color azulado. Vi animales semejantes a grandes gatos, con manchas azules, blancos y color fuego. Parecía que aquella especie de serpiente, que he visto, sirviese a todos los otros animales.

5. El Paraíso terrenal, grande como un mundo.

En los límpidos ríos vi peces brillantes y otros animales. No he visto insectos o bestias asquerosas, como sapos (*). Todos los animales tienen espacios especiales destinados a ellos y caminos bien distribuídos.

He visto que el Paraíso es tan grande como un mundo. Contiene alturas de formas redondas, no recortadas, magníficamente cubiertas de árboles. He visto la más alta de las colinas, y pensé que ése era el lugar donde había reposado Adán (**).

He visto una especie de salida hacia el Norte; pero no era en verdad una puerta: era más bien un principio de oscuridad naciente como un hoyo, un precipicio. Me parece que internamente reconocí como si las aguas hubiesen sido precipitadas desde aquellas alturas en el diluvio universal (***). Del lado de la gran reunión de aguas, del cual se precipitaba la cascada, he visto un dilatado y verde prado sembrado de huesos, desmesuradamente grandes y blanqueados, que parecían depuestos allí por las aguas. Encima, en la más alta región, surge la muralla de agua cristalizada; un tanto más abajo, en lo profundo, corren las corrientes como cintas de plata. Después viene, algo más abajo, la gran reunión de aguas. de la que deriva la cascada con su inmenso fragor. Al pricipitarse, la cascada se deshace en nubes, de las cuales el Monte de los Profetas recibe sus aguas. Este monte yace mucho más bajo,

(*) La vidente repite en varias ocasiones que sólo después del diluvio aparecieron insectos y animales asquerosos, como castigo del pecado.

(**) Se refiere a lo que dice en visiones del Antiguo Testamento: que Adán, solitario, solía permanecer sobre una colinita que parecía formada de piedras preciosas.

(***) "Se rompieron todas las fuentes del grande abismo y se abrieron las cataratas del cielo". (Génesis, VII, 11).

"Sobre el firmamento hay aguas naturales que son, sin embargo, las mismas, o distintas, según la diversa acepción o naturaleza del firmamento". (Santo Tomás de Aquino. Cuestión LXVIII, Art. II).

en dirección de Oriente. Sobre esto, todo tiene ya un carácter más terreno.

6. Ve otros animales antediluvianos.

(1º de Noviembre de 1823)

De los mamuts, esos desmesurados animales que eran comunes antes del diluvio, un par muy joven entró también en el arca. Fueron los últimos en entrar y estaban precisamente cerca de la puerta. En los tiempos de Nemrod, de Schemshid y de Semíramis, ví que había aún muchos; pero fueron cada vez más perseguidos, y se perdió la raza.

Los unicornios duran aún y viven siempre juntos. Conozco un disco hecho con el cuerno de uno de ellos, que produce en los animales enfermos lo que las cosas benditas y consagradas producen en los hombres. He visto a menudo que existen aún unicornios (*); están a gran distancia de los hombres, en los valles más elevados y en aquella región desde donde veo el Monte de los Profetas. Son grandes como un potro, tienen piernas delgadas, pueden subir muy alto y recogiendo las patas se sostienen en un pequeño espacio. Se despojan de sus uñas como de cortezas o de zapatos, puesto que he visto de esas uñas dispersas en varias partes. Tienen crines largas y amarillentas. En torno al cuello penden crines más densas y largas, que forman como una corona. Estos animales llegan a gran vejez. Llevan sobre la frente el único cuerno: he visto que es del largo de un codo y curvado hacia atrás. En ciertos tiempos fijos pierden y mudan aquel cuerno, que es buscado y conservado como cosa preciosísima. Son muy tímidos y no es posible llegarse cerca de ellos. Por otra parte, son benévolos y pacíficos los unos hacia los otros y aún con los animales de índole mala. Los machos y las hembras van generalmente separados, y sólo se juntan en determinadas épocas. Son muy reservados y tienen poca prole. Es dificilísimo verlos y cazarlos, porque viven escondidos detrás de otros animales.

He visto que tienen un dominio maravilloso y despiertan reverencia aún entre los animales más brutos y ponzoñosos. Las serpientes y otras bestias horribles se estrechan y se extienden humildes sobre el lomo cuando el unicornio se acerca o respira en su vecindad. He visto que tienen como una

(*) Los viajeros hablan del seru o chiru, del Tibet e Himalaya, como del unicornio, que dan como existente aún en esas regiones.

alianza con los animales más peligrosos y mutuamente se protegen. Cuando el unicornio está amenazado de un peligro, los otros animales distraen, infundiendo espanto, a los perseguidores, y el unicornio se retira detrás de estos animales, que así lo protegen. El, por su parte, protege a sus aliados contra los enemigos; todos se retiran y se alejan temerosos, cediendo a la secreta y maravillosa fuerza del unicornio, cuando se aproxima y respira o sopla sobre ellos. Debe ser uno de los animales más puros, pues todos los demás tienen profundo respeto hacia él. Donde él se apacienta y donde bebe desaparece todo elemento venenoso.

Me parece que se quiere significar y simbolizar algo de santo, cuando se dice que el unicornio reposa su cabeza solamente en el regazo de la más pura virgen. Esto significa que la carne (de Jesús) salió pura y santa solamente del seno de la Santísima Virgen María, y que la carne corrompida y contaminada renació pura por ella, o que es la primera en la cual la carne se purificó, que en ella se venció lo que era invencible, que en ella se ha dominado toda rebeldía y bestial instinto, que en ella la humanidad rebelde fué vencida y hecha pura, o que en su regazo se ha desvanecido el veneno de la tierra.

He visto a estos animales en el Paraíso, mucho más nobles que los de la tierra. He visto, una vez, a estos animales delante del carro de Elías en su aparición a un hombre del Antiguo Testamento. He visto al unicornio junto a los ríos fragorosos, en lugares salvajes, en valles profundos, rocosos y angostos, donde rápidamente corren y se agitan. He visto también en lugares lejanos, junto a las aguas y bajo tierra, que yacen muchos huesos de ellos acumulados en diversos lechos.

CAPÍTULO XXV

VISIONES DEL ANTICRISTO
Y DEL TRIUNFO DE LA IGLESIA

INTRODUCCION

Entre el cúmulo de visiones de sucesos pasados y presentes, en algunos de los cuales interviene misteriosamente Ana Catalina, alúdese reiteradas veces a la lucha de los poderes de las tinieblas contra los hijos de la luz. Algunas pueden ser consideradas proféticas, porque se refieren a acontecimientos ocurridos con posterioridad a la muerte de la vidente y a nuestra época (final de la guerra de 1939). Entre otras, hállanse cuadros que juzgamos apocalípticos, como los que describen la desolación de la tierra, la apostasía de las masas, las tribulaciones de los cristianos bajo el reinado del Anticristo y el triunfo glorioso de la Iglesia de Cristo.

La visión de la bestia del mar es semejante a la consignada en el Apocalipsis, con el añadido, sobre el texto canónico, de que el monstruo tiene cola de pez y varias cabezas que forman como una corona en torno de la mayor. Las notas al pie de las páginas contribuyen a identificar algunas de estas escenas con las de San Juan, cuyo maravilloso libro era desconocido por la estigmatizada de Dülmen.

1. Maquinaciones de los malvados contra la Iglesia.
(Octava de Navidad de 1819)

Ví a la Iglesia de San Pedro y a una gran multitud de hombres afanados en destruirla, mientras otros trabajaban en restaurarla. Los trabajadores estaban esparcidos por todo el mundo y me admiraba la conformidad de sus trabajos. Los obreros que trataban de destruir el templo, arrancaban pedazos del mismo; entre éstos distinguí a muchos herejes y apóstatas. Trabajaban de acuerdo a ciertas reglas los que llevaban mandiles blancos, con bolsillos, bordeados con bandas azules y llanas sujetas a la cintura. Estaban vestidos con toda clase de trajes; entre ellos había hombres altos y corpulentos, con uniformes y estrellas; pero éstos no trabajaban, sino que indicaban en los muros, con

la llana, dónde y cómo habían de demoler. Ví con espanto que entre ellos había sacerdotes católicos. A veces, cuando no sabían cómo demoler, se acercaban a uno de los suyos, que tenía un gran libro, en el cual parece que estaba indicado cómo estaba hecho el edificio y la manera de derribarlo. Después señalaban con la llana una parte de él, para que fuera destruída, la cual, en efecto, se derrumbaba. Los que derribaban el edificio, obraban tranquila y seguramente, pero con timidez, secretamente, puestos como en acecho.

He visto al Papa en oración rodeado de falsos amigos, que muchas veces hacían lo contrario de lo que se les mandaba. Ví a un hombre malvado, negro y de baja estatura, trabajar muy activamente contra la iglesia. Mientras el templo era destruído por éstos en alguna parte, reedificábanle otros por otra parte, pero sin energía ni vigor. Ví a muchos eclesiásticos a quienes conocía, entre ellos el Vicario General, cuya vista me causó mucha alegría. Pasó sin turbarse por entre los demoledores y dispuso lo necesario para la conservación y restauración del templo. Ví también a mi confesor llevar una gran piedra, dando un buen rodeo. Ví a otros sacerdotes, perezosos, rezar las horas con su breviario y llevar, muy de tarde en tarde, alguna piedrecita bajo los hábitos o alargársela a otros. Parecía que ninguno tenía confianza ni gusto en el trabajo, puesto que trabajaban sin dirección y sin saber lo que hacían. Aquello era aflictivo. Ya estaba destruída la parte anterior de la iglesia y no quedaba en pie más que el Sagrario. Yo estaba muy triste, pensando dónde se hallaría aquel hombre con veste roja y bandera blanca, que se me había representado otras veces sobre la misma Iglesia, salvándola de la destrucción.

2. La Santísima Virgen protege la Iglesia.

Entonces ví a una gran Señora, llena de majestad, que venía por la gran plaza que hay delante del templo. Tenía un manto extendido, sujeto con ambos brazos y se movía apaciblemente en el aire. Detúvose en lo alto de la cúpula y extendió su manto, que brillaba como el oro, sobre todo el recinto de la iglesia. Los demoledores dejaron de trabajar en aquel momento. Quisieron proseguir su obra de destrucción, pero no pudieron acercarse al espacio protegido por el ancho manto. Entretanto los que trabajan en reedificar la iglesia, mostraban extraordinaria actividad. Vinieron muchos hombres oscuros, ancianos e impedidos y muchos jóvenes vigorosos; mujeres y niños, sacer-

dotes y seglares, y muy pronto estuvo casi del todo restaurada la iglesia.

Ví entonces venir un nuevo Pontífice en procesión. El Papa era mucho más joven y enérgico que el anterior. Fué recibido con gran solemnidad. Parecía que iba a consagrar la iglesia, pero oí una voz que decía que el templo no necesitaba nueva consagración, pues la parte principal de él, el tabernáculo, no había sido destruído. Debía celebrarse una doble fiesta en toda la Iglesia: un jubileo universal y la restauración de la Iglesia. Antes que el Papa comenzara la fiesta, había preparado a los suyos y éstos lanzaron de la asamblea, sin contradicción ninguna, a una multitud de eclesiásticos, unos de mucho viso, otros de poca significación, los cuales salieron murmurando, llenos de cólera. El Pontífice tomó a su servicio a otros eclesiásticos y también a seglares. Después empezó la gran solemnidad en la Iglesia de San Pedro. Los que trabajaban con mandiles blancos mantuviéronse silenciosos, circunspectos y tímidos, mirando si alguno los observaba.

3. El Arcángel San Miguel lucha por el triunfo de la Iglesia.
(30 de Diciembre de 1819)

He visto nuevamente la Iglesia de San Pedro con su gran cúpula. Sobre ella resplandecía el Arcángel San Miguel vestido de color rojo, teniendo una gran bandera de combate en las manos. La tierra era un inmenso campo de batalla. Los verdes y azules luchaban contra los blancos; éstos, sobre los cuales había una espada de fuego, parecían que iban a sucumbir; no todos sabían por qué causa combatían. La iglesia era de color sangriento, como el vestido del arcángel. Oí que me decían: "Tendrá un bautismo de sangre". Cuanto más se prolongaba el combate, más se apagaba el vivo color rojo de la iglesia y se volvía más transparente. El ángel descendió y se acercó a los blancos. Lo ví delante de todos. Estos cobraron gran valor, sin saber de dónde les venía. El ángel derrotó a los enemigos, los cuales huyeron en todas direcciones. La espada de fuego que estaba sobre los blancos, desapareció. En medio del combate aumentaban las filas de los blancos: grupos de adversarios se pasaban a ellos y una vez se pasaron en gran número. Sobre el campo de batalla había, en el espacio, legiones de santos que hacían señales con las manos, diferentes unos de otros, pero animados del mismo espíritu.

4. Ve a San Francisco de Sales y a Santa Juana de Chantal.
(Domingo de infraoctava de la Santísima Trinidad, 1820)

Para consuelo mío he visto cuadros de la vida de los dos santos: San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. Decían que los tiempos que corremos son muy tristes; pero que después de muchos desastres, vendrá un tiempo suave y apacible, en que los hombres estarán muy unidos unos con otros y se amarán mucho; entonces florecerán muchos monasterios en el verdadero sentido de esta palabra. Ví también una imagen de estos lejanos tiempos, la cual no puedo describir; de allí se alejaban las tinieblas de la noche y surgían la luz y el amor. Ví toda clase de cuadros relativos al renacimiento de las órdenes religiosas.

Los tiempos del Anticristo (*) no están tan próximos, como algunos creen. Han de venir precursores del mismo. He visto en algunas ciudades maestros de cuyas escuelas podrán salir esos precursores.

5. Ve la Iglesia de San Pedro en peligro.
(28 de Agosto de 1820)

Ví una imagen de la Iglesia de San Pedro, donde me parecía que el templo flotaba sobre la tierra y que muchos corrían presurosos a ponerse debajo de él para transportarlo, grandes y pequeños, sacerdotes y seglares, mujeres y niños y aún ancianos impedidos. Yo sentía grande angustia e inquietud, pues estaba viendo que la iglesia amenazaba ruina por todas partes. Pero todas aquellas gentes se pusieron debajo de ella sosteniéndola con sus hombros; cuando esto hacían todos tenían la misma estatura. Cada uno estaba en su puesto: los sacerdotes debajo de los altares; los legos debajo de las columnas y las mujeres a la entrada. Era tan grande el peso que todos soportaban, que creí que serían aplastados. Sobre la iglesia aparecía el cielo abierto y los coros de los santos la sostenían con sus oraciones y sus méritos y ayudaban a los que la sostenían sobre sus hombros. Yo estaba flotando entre unos y otros. Ví que los que la llevaban se movían hacia adelante y que una fila de

(*) Recuérdese que esta visión tiene más de un siglo. Se han abreviado los tiempos. Cuando Ana Catalina habla del Anticristo lo hace siempre como de una persona y no de una sociedad o estado anticristiano. Sólo en un mundo anticristiano podrá imperar el Anticristo. En el mismo sentido habla Santa Hildegarda en su libro *Scivias*.

casas y palacios que había enfrente caían por tierra, como las espigas de un campo, al pasar sobre ellos la iglesia y que la misma iglesia fué puesta allí sobre la tierra.

Entonces tuve otra visión. Vi que la Santísima Virgen estaba sobre la iglesia y alrededor de ella los apóstoles y obispos. Abajo vi grandes procesiones y solemnidades. Ví que todos los malos pastores de la Iglesia, que habían creído que podían hacer algo con sus propias fuerzas, sin recibir la virtud de Cristo, de los vasos de sus santos predecesores y de la iglesia, fueron lanzados y reemplazados por otros. Ví que desde lo alto descendían bendiciones y que se obraban grandes mudanzas. Ví al Papa que dirigía todas estas cosas. Ví elevarse a dignidades a hombres muy pobres y a jóvenes.

6. Ve una iglesia falsa en contra de la Iglesia de Roma.

(12 de Setiembre de 1820)

He visto construir una iglesia curiosa, falsa y perversa. Había en el coro tres divisiones, cada una de varias gradas, unas más altas que las otras. Debajo se extendía una oscura extensión llena de tinieblas. Sobre la primera de estas divisiones vi que arrastraban un asiento, en la segunda una gran taza llena de agua; sobre la más alta había un mesa. No he visto ningún ángel presente en la construcción; pero estaba la especie más ardiente y furiosa de los múltiples espíritus de los planetas (*), que transportaban toda clase de objetos bajo esa techumbre; y allí abajo, ciertas personas envueltas en una especie de manteletas o capas eclesiásticas, llevaban todas esas cosas afuera. Nada venía de lo alto en aquella iglesia; todo provenía de la tierra y de la oscuridad, y los espíritus de los planetas lo traían y lo preparaban todo. Sólo el agua parecía tener en sí misma fuerza saludable y en cierto modo santificante. He visto traer luego dentro de esa iglesia una increíble cantidad de instrumentos. Muchas personas y también niños llevaban utensilios e instrumentos de la más variada especie para hacer y producir alguna cosa; pero todo era oscuro, pervertido, privado de vitalidad y no se veía más que separación y división.

Cerca de ésta he visto otra Iglesia luminosa, colmada de gracias de lo alto; he visto a los ángeles subir y descender y he

(*) Espíritus planetarios son, según Ana Catalina, los ángeles caídos que no fueron tan culpables como los del infierno, que habitan en los planetas, desde donde descienden para tentar a los hombres; parece recordar a los ángeles que *pervagantur in mundo*...

visto allí dentro vida y crecimiento, aunque también disipación y negligencia. A pesar de todo era un árbol lleno de jugo y de fuerza vital en comparación de la pseudo iglesia, que parecía un sarcófago lleno de reliquias muertas y de figuras. Una iglesia era como un ave que vuela y se remonta en los aires; la otra como un barrilete hecho de papel por los niños, lleno de nudos, de adornos y de trozos de papel de colores en la cola, que se arrastra sobre un campo árido cubierto de estopa, en vez de remontarse a los aires. He visto que muchas de las cosas reunidas en aquella iglesia estaban amontonadas en contra de la Iglesia viviente: así he visto dardos y flechas. Cada uno se empeñaba en llevar allí dentro alguna cosa, como bastones, varas, pompas de agua, garrotes de toda clase, muñecos y espejos. Allí había trompetas, cuernos, fuelles y toda clase de objetos de toda forma y manera. Bajo la bóveda de la sacristía se afanaban por hacer pan; pero no fermentó y quedó todo abandonado. He vist a aquellos hombres con la manteleta llevar leña delante de las gradas sobre las cuales estaba el púlpito y encender fuego y soplar con los fuelles y con la boca y afanarse mucho; pero no salía de allí más que humo de una oscuridad espantosa. Entonces hicieron una abertura por arriba y colocaron un tubo; pero aquel fuego no quiso prender y todo se hizo oscuro y tan denso de humo que terminó por sofocar. Otros soplaban en las trompetas y clarines y se esforzaban de tal modo que parecía les salían los ojos por las órbitas; pero todo quedó allí abandonado en el suelo y luego desapareció bajo tierra; de modo que todo era allí muerto y ficticio y vana obra humana.

Esta iglesia es en verdad obra de los hombres, en conformidad con la nueva moda, como lo es la nueva iglesia, no católica, de Roma, que es también de esa especie.

7. Ve la obra de los espíritus malos en la falsa iglesia.
(12 de Noviembre de 1820)

He viajado por un país oscuro y frío y llegué a una gran ciudad. Allí dentro he visto de nuevo la extraña gran fábrica de la iglesia; pero he visto que allí no hay nada de santo, sino innumerables espíritus planetarios que trabajaban en torno de ella. He visto todo esto como veo, de modo parecido, hacerse una obra eclesiástica católica de común acuerdo entre los ángeles, los santos y los cristianos; pero aquí las formas empleadas eran mecánicas, y las ayudas y los medios de otra especie. He visto subir y bajar y enviar rayos y luz por muchos espíritus

planetarios sobre aquella gente que trabajaba. Todo se hacía y resultaba según la pura razón humana. He visto allá arriba, en las altas regiones, cómo un espíritu hacía líneas y diseñaba figuras y cómo luego aquí en la tierra se ejecutaba, porque veía que uno abría los cimientos y hacía aberturas o planos. He visto que la acción de estos espíritus planetarios, que trabajan para sí y para esa gran fábrica, extendía su influjo a las más remotas comarcas. Todo aquello que parecía necesario o sólo útil a la fabricación y existencia de esta iglesia, he visto excitarlo y ponerlo por obra en los más apartados lugares y distancias y he visto ponerse de acuerdo hombres y cosas, enseñanzas y opiniones para cooperar a la obra. Había en todo ese cuadro algo de admirablemente egoístico, de orgullosamente seguro y violento; y que todo tuvo éxito lo ví en un cuadro múltiple de cosas; pero no he visto siquiera un solo ángel o un santo concurriendo a la obra. El cuadro que he visto eran grandioso y perverso.

He visto también mucho más lejos y detrás de aquel asiento o trono, un pueblo feroz armado de picas, y un rostro feo que sonreía y decía: "Fabrica no más lo más sólido que quieras; nosotros la destruiremos". Penetré además en una sala grande de aquella ciudad, donde se celebraba una ceremonia odiosa, una horrible y falsa comedia. Todo estaba tapizado de negro. Uno fué puesto dentro de un catafalco y luego resucitó El estaba presente en persona y llevaba en el pecho una estrella. Parecía que esto significaba una amenaza de que así sucedería. He visto dentro al diablo en mil formas y figuras. Todo era densa y oscura noche: aquello era horrible.

8. Ve nuevamente la Iglesia de San Pedro.

(10 de Setiembre de 1822)

He visto la Iglesia de San Pedro del todo destruída, excepto el coro y el altar mayor. San Miguel, armado y ceñido, descendió a la iglesia y con su espada impidió que entraran en ella muchos malos pastores, y los impelió hacia un ángulo oscuro, donde se sentaron mirándose unos a otros. Todo lo que había sido destruído en la iglesia fué reconstruído en pocos momentos, de suerte que pudiera celebrarse el culto divino. Vinieron sacerdotes y legos de todo el mundo trayendo piedras para reedificar los muros, ya que los cimientos no habían podido ser destruídos por los demoledores.

9. Ve en éxtasis a la Iglesia abandonada y afligida.

He visto a la Iglesia enteramente abandonada por completo y sola. Parece que todos huyeran de ella. Todo es contienda en torno de ella; por doquiera veo grandes miserias, odio, traición y encono, inquietud, falta de auxilio y ceguedad absoluta. De un lugar oscuro veo salir mensajeros anunciando por todas partes malas nuevas, que causan amargura en los corazones de los que las oyen, y encienden la cólera y el odio. Yo ruego con mucho fervor por los oprimidos. Sobre los lugares donde algunos hacen oración veo descender luces, y sobre todos los demás, negras tinieblas. Este estado de cosas es espantoso. He rogado a Dios que tenga misericordia. ¡Oh ciudad!... *(Roma)* ¡Oh ciudad!... ¡Qué gran calamidad te amenaza!... La tempestad está próxima; prepárate, pues. Confío, sin embargo, en que has de permanecer firme.

10. Supervivencia de la Iglesia e indignidad de los cristianos.
(4 de Octubre de 1822)

Cuando esta noche ví a San Francisco llevando sobre sus hombros la iglesia, según la visión que tuvo el Papa (*), ví que un hombre de corta estatura, en cuyo rostro había algo de judío, llevaba a cuestas la Iglesia de San Pedro, lo cual me pareció muy peligroso. En la parte Norte, sobre la iglesia, estaba María protegiéndola bajo su manto. Diríase que aquel hombre iba a caer. Parecióme seglar y que le conocía yo. Aquellos doce a quienes siempre veo como nuevos apóstoles, venían a socorrerle, pero demasiado despacio. Ya iba a caer, cuando por fin llegaron todos y se pusieron debajo de ella; también ayudaron muchos ángeles. Tratábase de salvar sólo el suelo y la parte posterior de la iglesia, pues todo lo demás lo habían destruído las sectas y aún los mismos eclesiásticos. Aquéllos llevaban la iglesia a otro lugar y parecía que a su paso venían por tierra muchos palacios como si fueran campos de mieses. Viendo en ruina a la Iglesia de San Pedro y los muchos eclesiásticos que habían trabajado en destruirla sin que ninguno quisiera decir delante de los demás lo que había hecho, sentí tal tristeza que hube de clamar en alta voz pidiendo a Jesús misericordia.

Entonces ví delante de mí a mi celestial Esposo en figura de un mancebo, quien habló largo tiempo conmigo. Me dijo

---

(*) Inocencio III aprobó el Instituto de San Francisco a raíz de haber visto en sueño misterioso cómo el santo sostenía en sus hombros la iglesia de San Juan de Letrán que estaba a punto de desplomarse.

que esta traslación de la Iglesia significaba que en la apariencia había de caer en tierra por completo, pero que descansaba en estas columnas y que de ellas había de surgir de nuevo; que aunque no quedara más que un solo cristiano católico en el mundo, ella podía vencer, pues no está fundada en la razón ni en el consejo de los hombres. Luego me mostró que en la Iglesia nunca habían faltado fieles que hicieran oración y padecieran por ella. Mostróme además lo que El había padecido por la Iglesia, la virtud que había comunicado a los méritos y trabajos de los mártires y que todo lo volvería a padecer de nuevo si fuera posible. También me mostró en innumerables escenas la miserable conducta de los cristianos y de los eclesiásticos, en círculos cada vez mayores, en todo el mundo y en mi patria, y me exhortó a orar con perseverancia y a padecer por ellos. Había una grandeza y tristeza incomprensibles en esta escena, que no puedo describir. También se me dió a entender que casi no quedaban ya cristianos en el sentido en que antes se tomaba esta palabra, así como entendí que los judíos que ahora existen, son todos ellos fariseos y aún peores que fariseos. El solo pueblo de Judit en Africa está compuesto de antiguos verdaderos judíos (*). Esta visión me afligió mucho.

11. Visión de la bestia del mar y del Cordero de Dios.
(Agosto a Octubre de 1820)

Esta visión, según dice Brentano en sus anotaciones, está llena de interrupciones, porque Ana Catalina veía las cosas en tal forma que le era muy difícil describirlas luego ordenadamente. Nota también que la visión tiene muchas formas de semejanza con las revelaciones de San Juan, que ella no había leído antes.

Veo a nuevos mártires, no de ahora, sino de tiempos futuros. Veo su aflicción y veo que se precipitan los hechos. He visto a las sociedades secretas trabajar y combatir cada vez con mayor intensidad para destruir a la gran Iglesia; y he visto entre esta gente a un espantoso animal, salido del mar (**).

El monstruo tenía cola como de pez, melena como de león y muchas cabezas alrededor de una mayor que las otras, erizada,

---

(*) De esta Judit se habla extensamente en el capítulo *Visiones de una comunidad hebrea en Abisinia.*

(**) "Y ví una bestia que subía del mar, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemias. Y la bestia que ví era semejante a un leopardo y las patas como de oso y la boca como de león" (*Apocalipsis*, XIII, 1-2).

formando una corona. Sus fauces eran grandes y rojas. Estaba manchado como un tigre y andaba confiadamente entre aquellos sectarios destructores. Muchas veces estaba en medio de ellos, mientras trabajaban, y también ellos iban a buscarlo en la caverna donde solía esconderse.

Mientras estas cosas sucedían, he visto aquí y allá, en el mundo entero, muchos buenos y piadosos hombres, especialmente eclesiásticos, atormentados, encarcelados y oprimidos, y tuve el sentimiento interior de que un día habría nuevos mártires. Cuando la Iglesia estaba en gran parte destruída, de tal modo que no quedaban más que el coro y el altar mayor, ví a estos destructores, juntamente con la bestia, entrar en la Iglesia. Allí encontraron a una Señora grande y magnífica, que parecía estar encinta, pues caminaba lentamente (*). Los enemigos quedaron muy admirados y espantados, y la bestia no pudo dar un paso más. Extendió furiosamente el cuello hacia a Señora, como si quisiera tragarla (**), pero ella se volvió y cayó postrada sobre su rostro. Vi entonces a la bestia huir de nuevo hacia el mar y a los enemigos correr, confundidos y desconcertados, atropellándose unos a otros: porque ví que, en torno de la Iglesia, venían desde lejos y se aproximaban, grandes círculos, en la tierra y en el cielo. El primer círculo estaba formado de jóvenes y de doncellas; el segundo, de personas casadas de todos los estados, entre ellos reyes y reinas; el tercero, de personas pertenecientes a las órdenes religiosas; el cuarto, de guerreros, delante de los cuales vi a un jinete sobre un caballo blanco (***). El último círculo estaba compuesto de labradores y gente de la comarca, muchos de ellos señalados con una cruz roja en la frente (****). Mientras se acercaban, los prisioneros y oprimidos fueron liberados y se juntaron con ellos. Los destructores y conjurados fueron echados de todos los puntos, reunidos delante de aquellos círculos, y se encontraban, sin saber cómo, juntos en un escuadrón, envueltos en confusión y tinieblas. No sabían ni lo que habían hecho ni lo que debían hacer y con la cabeza baja se precipitaron unos contra otros, como los veo hacer a menudo. Cuando todos estuvieron reunidos confusamente, los vi aban-

(*) "Y apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas; y estando en cinta clamaba con los dolores del parto". (*Apocalipsis*, XII, 1-2).

(**) "Y el dragón se irguió delante de la mujer". (*Apocalipsis*, XII, 4).

(***) "Y ví el cielo abierto, y apareció un caballo blanco, y el que montaba en él se llamaba Fiel y Veraz". (*Apocalipsis*, XIX, 11).

(****) "Hasta que señalemos a los siervos de nuestro Dios en sus frentes", (*Apocalipsis*, VII, 3).

donar la obra de destrucción y perderse desorientados entre los diversos círculos.

He visto después a la Iglesia, de nuevo, rápidamente restaurada, con mayor esplendor que antes, pues las gentes de todos los círculos, de una extremidad a la otra del mundo, se alcanzaban unas a otras las piedras para reedificarla. Cuando esos círculos se aproximaban, el primero o el más interno se colocaba detrás de los otros. Parecía que se distribuían entre ellos las obras diversas de oración y como si el círculo de los guerreros comenzase obras de guerra. En este círculo me parecían confundidos amigos y enemigos de todos los pueblos. Eran verdaderos soldados de nuestra especie y color. Este círculo, sin embargo, no estaba del todo cerrado, sino que hacia el Septentrión tenía una mancha amplia y oscura, como una abertura, como un abismo. Este abismo se extendía hacia abajo, en las tinieblas, precisamente como en los umbrales del Paraíso, en aquel punto donde Adán, arrojado, salió afuera. Me parecía como si allá abajo se extendiese un oscuro y tenebroso lugar. He visto como si porciones de este círculo quedasen atrás y no quisiesen avanzar y éstos se mantuviesen estrechados entre sí y tristes los rostros, mirándose unos a otros. En todos estos círculos he visto a muchos que serán mártires de Jesucristo, ya que había también muchos malos y por esta causa habría otra división.

Ví que la Iglesia había sido del todo restaurada, y sobre ella el Cordero de Dios, encima del monte, y en torno de Él, un círculo de vírgenes con palmas en las manos, y los cinco círculos de las escuadras celestes, como los de la tierra. Los círculos celestes habían avanzado juntamente con los terrestres y obraban de común acuerdo. En torno del Cordero estaban las cuatro imágenes apocalípticas de los animales sagrados.

12. Ve las abominaciones de la Francmasonería (*)

Esta iglesia maldita es pura inmundicia, es la vaciedad y las tinieblas. Casi ninguno de los suyos conoce las tinieblas en las cuales trabaja. Todo es en ella vana oscuridad; sus escarpados muros nada contienen; el altar que usan, es una silla. En una mesa hay una calavera cubierta, entre dos luces; a veces la descubren. En sus "consagraciones" echan mano a dagas desnudas. Aquí está el mal sin mezcla de bien; ésta

(*) El Papa Pío VII condenó la secta secreta de los Carbonarios, nombre con que se designaban los masones en Italia, el 13 de septiembre de 1821.

es la comunión de la gente *non sancta*. Yo no puedo declarar con palabras cuán abonminables son, y cuán perniciosos y vanos los intentos de esta asociación, desconocidos en gran parte por sus mismos adeptos. Quieren hacerse todos un solo cuerpo con algo que no es Jesucristo. Habiendo yo apartado a uno de ellos, se llenaron de furor contra mí. Cuando la ciencia se divorció de la fe, surgió esta iglesia sin Salvador, sin creencia; esta comunión de "santos" sin fe; la contraiglesia, cuyo centro es la maldad, el error, la mentira, la hipocresía, la flaqueza y la astucia. Nació así un cuerpo, una comunidad fuera del cuerpo de Jesucristo, o sea, fuera de la Iglesia; una iglesia falsa sin Salvador, cuyo misterio es no tener misterio alguno, distinta en cada lugar, temporal, infinita, cortesana, egoísta, dañosa y que a pesar de las obras buenas de que se precia, conduce finalmente al abismo de la miseria. El mayor peligro que ofrece en su aparente innocuidad. En todas partes hacen y desean cosas diferentes; en muchas obran sigilosamente; en otras preparan ruínas sin que sean conocidos, sino de pocos, sus malvados planes. Así coinciden todos con sus obras en un centro que es el mal, y obran y trabajan fuera de Cristo, porque en El únicamente es santificada toda vida y fuera de cuyo reino toda obra es trabajo que permanece en la muerte y en el demonio.

13. Los trabajos de las sectas.
(Fiesta de la Candelaria)

En estos días he visto muchas maravillas de la Iglesia. La Iglesia de San Pedro estaba casi destruída por las sectas; pero los trabajos de éstas fueron aniquilados y todas sus pertenencias, mandiles y utensilios, quemados en un lugar inmundo por la mano del verdugo. Había allí pelo de caballo que exhalaba tal hedor, que me causó mucho daño. En esta visión se me presentó la Madre de Dios ejercitando su poder en favor de la Iglesia. Desde entonces mi devoción a María es cada vez mayor.

14. Visión de la época del Anticristo.

Después de haber visto la cesación del santo sacrificio de la Misa, en la época del Anticristo (*), continuó narrando lo siguiente:

(*) "Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo y fuere entronizada la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos y noventa días" (*Daniel*, XII, 11).

He visto un gran cuadro eclesiástico, pero no soy capaz de reproducir todo el conjunto. He visto la Iglesia de San Pedro y en torno de ella muchos campos, jardines, vecindades y bosques. He visto a muchas personas contemporáneas nuestras de todas las partes del mundo y muchísimas otras que conozco personalmente o por medio de las visiones, que entraban en la Iglesia, y parte de ellas paseaban con indiferencia yendo a otros puestos diversos. Había dentro una gran solemnidad y sobre ella se veía una nube luminosa de la cual descendían apóstoles y obispos santos, que se reunían en coro sobre el altar. Entre ellos he visto a Agustín y a Ambrosio y a todos aquéllos que han hecho mucho para la exaltación de la Iglesia. Había una gran solemnidad y se celebró la Misa.

Y yo he visto en medio de la iglesia un gran libro abierto, de cuyo lado más largo pendían tres sellos; de cada uno de los lados más estrechos, dos solos (*). Estaba abierto más bien hacia la parte anterior de la iglesia, que en el centro de la misma. He visto también encima al Evangelista Juan y supe que eran las revelaciones que tuvo en la isla de Patmos. Aquel libro estaba apoyado sobre un atril en el coro. Alguna cosa había tenido lugar (**) antes que este libro hubiese sido abierto, pero he olvidado lo que fué. Es una verdadera lástima que aquí haya un vacío en mi visión. El Papa no estaba en la iglesia. Estaba escondido. Creo que aquellas gentes que había en la iglesia no sabían dónde estaba él. No sé ya si él estaba en oración, o hubiese muerto.

He visto por lo demás que todas aquellas gentes tenían que poner la mano sobre cierto pasaje en el libro de los Evangelios, fuesen eclesiásticos o laicos, y que entre muchos de ellos descendió una luz, como una señal que los santos apóstoles y obispos les participaban. He visto también que muchos hacían este acto superficialmente. Fuera de la iglesia he visto aproximarse a muchos judíos que querían entrar, pero no lo podían hacer aún. Al fin llegó toda entera la multitud que al principio no había podido entrar adentro. Era un pueblo

(*) "Ví en la mano derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos". (*Apocalipsis*, V, 1).

(**) Este acontecimiento, que lamenta no recordar, nos hubiera dado una pauta para interpretar algunos capítulos del Apocalipsis.

innumerable (*). Entonces he visto de improviso aquel libro ser tocado por un contacto sobrenatural y cerrarse en seguida. Esto me hizo acordar cómo una vez en el convento, de noche, el demonio me apagó la luz y me cerró el libro.

En torno de allí, pero en lontananza, he visto una espantosa y sangrienta batalla, y vi una gigantesca lucha del lado del Septentrión y del Occidente. Este fué un cuadro grande y muy serio. Siento haber olvidado aquel lugar del libro, sobre el cual los hombres debían poner los dedos.

15. Ve los estragos que causan los enemigos a la Iglesia y la futura restauración por medio de María.

(Pascua de 1820)

Cuando Ana Catalina tuvo esta visión, el guía le dijo que abarcaba siete espacios determinados de tiempo; no pudo luego, al relatarla, fijar los límites de cada tiempo ni decir a cuál de esos tiempos correspondían dichos acontecimientos.

He visto a la tierra como una superficie redonda, cubierta de oscuridad y tinieblas. Todo estaba corrompido y a punto de perecer. Esto lo he visto muy detalladamente, en todas las criaturas, en los árboles, en los arbustos, en las plantas, en las flores, en los campos. Parecía como si las aguas de los arroyos, de las fuentes, ríos y mares fuesen sorbidas y volviesen a su origen. Fuí por la tierra desolada y vi a los ríos como líneas delgadas, a los mares como negros abismos, en medio de los cuales sólo había algunas grietas con agua. Todo lo demás era fango espeso y oscuro donde veía toda suerte de animales monstruosos y peces luchando con la muerte. Vi tanta distancia alrededor que pude distinguir con toda claridad la orilla del mar donde en otra ocasión yo había visto que San Clemente (**) fué sumergido. Vi también lugares y muchedumbre de gentes, tristes y turbadas y muchas ruínas.

A medida que crecían la sequedad y la desolación de la tierra, se aumentaban las obras tenebrosas de los hombres. Ví muchas maldades en particular; reconocí a Roma y ví la opre-

---

(*) Es un hecho admitido que los judíos, constituídos ya en nación, reconocerán finalmente que Jesucristo es el Mesías que han desconocido por tanto tiempo y entrarán en la Iglesia Católica. Algunos colocan este hecho durante el tiempo de la predicación de Elías y Enoc. Entre otros muchos textos sobre la conversión de los judíos, véase especialmente el capítulo XI de la Epístola de San Pablo a los Romanos.

(**) San Clemente I, romano, gobernó la Iglesia por nueve años; fué martirizado en el Quersoneso Taurico, precipitándosele en el Mar Muerto el año 100.

sión que padecía la Iglesia y su decadencia en lo interno y en lo externo. Ví grandes ejércitos que se dirigían a un mismo punto desde varias regiones y todos estaban empeñados en luchas y batallas. En medio de ellos he visto una gran mancha negra a manera de un enorme agujero y en torno de él los combatientes eran cada vez menos, como si cayesen en aquel abismo sin que nadie los viese caer.

Durante esta lucha ví en medio de tanta ruina y corrupción a doce hombres, en diferentes comarcas, sin conocerse ni tener noticia los unos de los otros, recibir como torrentes del agua viva que deriva de la vida eterna. Ví que todos ellos trabajaban en lo mismo, en diferentes lugares y que no sabían de dónde les venían los dones necesarios, pues cuando acababan una misión se les encomendaba otra. Eran doce y ninguno de ellos pasaba de los cuarenta años; tres eran sacerdotes y algún otro quería serlo. Ví también que algunas veces yo tenía relación con uno de ellos, como si le conociera o estuviera cerca de él. En sus trajes no había nada de particular; cada uno de ellos vestía según el uso actual de su país. Ví que obtuvieron de Dios lo que se había perdido y cómo en todas partes obraban el bien. Todos eran católicos.

En medio de la tenebrosa corrupción ví falsos profetas y otras personas que trabajaban contra los escritos de estos doce apóstoles, los cuales desaparecían con frecuencia en medio del tumulto y luego salían otra vez más resplandecientes que antes. Ví unas cien mujeres que estaban como en éxtasis y junto a ellas hombres que las magnetizaban (*). Ellas predecían lo futuro; pero a mí me causaban aversión y horror. Me pareció ver a aquella mujer de Münster y pensé dentro de mí, con inquietud, que al menos el padre Limberg no estaría junto a ellas. Cuando las filas de los que combatían en torno de aquel negro abismo se aclararon más y más, y en medio del combate desapareció toda una ciudad, aquellos doce hombres apostólicos aumentaron mucho el número de los que peleaban a su lado y desde la otra ciudad (la verdadera ciudad de Dios, Roma) salió un cono de luz que penetró en el oscuro disco. Ví por arriba de la iglesia, humillada y menoscabada, una hermosísima Señora con un manto azul celeste muy extendido y con una corona de estrellas en la cabeza. De ella procedía la luz que penetraba cada vez más en la oscuridad, y allí donde llegaba esa luz, todo

(*) En otra visión habla extensamente del magnetismo, del sonambulismo y de la clarividencia.

era renovado y todo volvía a prosperar. Los nuevos apóstoles entraron todos en aquella luz. Yo creía haberme visto a mí misma con otros a quienes conocía, que estábamos delante, en lo alto. En una gran ciudad ví una iglesia, la más pequeña entre otras, que llegaba a ser la primera. Los nuevos apóstoles fueron iluminados por la luz. Creo haber visto con ellos, a la cabeza, a otros que conozco.

Todo volvió a florecer de nuevo. Ví un nuevo Papa muy severo. El abismo se hacía cada vez más estrecho: se hizo tan pequeño que podía ser cubierto con un balde de agua. Finalmente ví que tres ejércitos o comunidades se unían a la luz. Había entre ellos personas buenas e ilustradas, las cuales entraron en la Iglesia. Todo se había renovado y estaba floreciente. Ví que se edificaron iglesias y monasterios. Durante aquella tenebrosa aridez, fuí transportada a un prado lleno de verdor y de cándidas flores que otras veces había tenido que recoger. Después encontré un vallado de espinas, con el cual me había lacerado y arañado mucho durante aquellos tiempos oscuros. Ahora estaba todo florido y penetré en él alegremente.

16. Las llagas del Señor derraman bendiciones sobre la Iglesia y el mundo.

El arcángel San Miguel descendió de la iglesia y ví sobre ella, en el cielo, una gran cruz luminosa, de la cual pendía el Salvador. De sus llagas descendían sobre el mundo franjas de luz que se difundían por todas partes. Las llagas eran rojas y como brillantes puertas, y el centro de ellas, dorado como el sol. No llevaba la corona de espinas, pero de las heridas de su cabeza salían rayos horizontales de luz que iluminaban el mundo. Los rayos que salían de las manos y de los pies eran como el arco iris y se dividían en rayos muy finos, y, muchos, iban a iluminar aldeas, ciudades y casas por el mundo entero. Ví estos rayos, en muchos lugares al mismo tiempo, cerca y lejos, descender sobre toda clase de moribundos y atraer con violencia a las almas, las cuales, por uno de estos colores del arco iris, se corrían hacia las llagas del Salvador. Los rayos de la herida del costado descendían sobre la iglesia que estaba debajo, como un torrente ancho y caudaloso. De esta suerte resplandecía la iglesia y por este torrente de luz entraban la mayor parte de las almas en el Señor.

Ví oscilar en el cielo un corazón rojo y brillante unido con la cruz por una franja luminosa que de él salía hacia la herida

del costado del Salvador. Otra franja luminosa, que partía también del corazón, se extendía sobre la iglesia y sobre muchas comarcas. Estos rayos de luz atraían a muchas almas al corazón y pasando a través de él iban por la faja de luz que lo unía con la cruz y entraban en el costado de Jesús. Se me dijo que este corazón era el de María.

Además de los rayos luminosos, pendían de las llagas unas escalas, algunas de las cuales no llegaban a tierra. Estas escalas eran unas treinta, diferentes todas entre sí: las había anchas y estrechas, unas con peldaños juntos y otras con peldaños separados; unas aisladas, otras juntas y agrupadas. Sus colores eran los mismos del lugar de purificación, oscuros, claros, grises, cada vez más vivos a medida que se subía en ellas.

Por estas escalas ví subir trabajosamente a muchas almas. Unas iban rápidamente, como si hubiera quien las ayudara a andar con firmeza; otras se empujaban unas a otras y caían en los escalones inferiores; algunas caían en la oscuridad más profunda. Aquella trabajosa subida parecía más conmovedora cuando se la comparaba con la alegre entrada de las que eran atraídas a modo de absorción. Las que subían sin retroceder y con paso firme, parecía que estaban más unidas con la iglesia que las otras que se detenían o esperaban o se quedaban solas.

Detrás de la cruz, muy adentro, allá en el cielo, ví muchas imágenes de la obra de la Redención en el camino de la divina gracia, a través de la historia del mundo hasta su cumplimiento en la Redención. Yo no me detuve en ningún punto: recorrí la franja luminosa viéndolo todo.

17. Ve la proximidad del reino de Dios.

Cuando hubo cesado el combate en la tierra, la iglesia y el ángel se tornaron blancos y resplandecientes, y el ángel desapareció. También desapareció la cruz y en el lugar que ella ocupaba apareció una Señora alta y resplandeciente, encima de la iglesia, extendiendo sobre ella su dorado y brillante manto. Debajo en la iglesia se oyeron voces de mutua humillación y reconciliación. Ví a obispos y pastores acercarse y cambiar sus libros. Las sectas reconocieron a la Iglesia por su admirable victoria y por la luz de la revelación que habían visto resplandecer en ella. Cuando ví esa unión, sentí profundamente la proximidad del reino de Dios. Ví un resplandor y una vida superior en toda la naturaleza y un santo impulso en todos los hombres, como cuando se aproximaba el nacimiento de Jesús,

y de tal manera sentí la proximidad del reino de Dios, que me ví obligada a salir a su encuentro. *(En esta parte de la visión, oraba en alta voz).*

De la venida de María tuve un vivísimo presentimiento. Ví a su estirpe ennoblecerse a medida que se iba acercando a esta flor. Ví venir a María: cómo la ví, no podría decirlo. De la misma manera siento la proximidad del reino de Dios. Sólo puedo comparar aquel sentir con este modo de ver. El reino de Dios lo ví acercarse cumpliéndose el anhelo de muchos fieles atraídos por la fe humilde y el ardentísimo amor. Ví aparecer en la tierra muchos rebaños pequeños y luminosos de corderos, apacentados por pastores; ví que éstos eran verdaderos pastores de Aquel que, como Cordero, dió su sangre por nosotros; y ví que un amor infinito y una virtud divina reinaban entre los hombres.

Cerca de mí ví pastores, de quienes yo sabía que no pensaban en nada de esto; y deseé vivamente que despertaran de su sueño.

18. Ve la Iglesia de Roma.

(27 de Diciembre de 1820)

Veo a la Iglesia Romana resplandeciente como el sol. De ella salían rayos a torrentes que se dilataban por el mundo entero. Me fué dicho que esto se refería a la revelación de San Juan, mediante los cuales algunos cristianos debían recibir parte de esa luz y que ésta recaería por entero en favor de la Iglesia. He visto acerca de esto un cuadro muy preciso, pero no lo puedo expresar con palabras.

19. Ve a la Iglesia después del combate.

Ví a la Iglesia después del anterior combate, resplandeciente como el sol. En ella se celebraba una gran solemnidad y ví que entraban muchas procesiones. Ví un nuevo Papa muy severo y riguroso. Antes de empezar la fiesta había despedido a muchos obispos y pastores, porque eran malos. Ví que concurrieron a la celebración de esta fiesta los santos Apóstoles especialmente. Entonces ví muy próximo el cumplimiento de estas palabras: "Señor, venga a nos el tu reino". Parecíame ver descender de lo alto luminosos jardines celestiales y unirse con lugares inflamados de la tierra y todo allí sumergirse en la luz primitiva. Los enemigos. que habían huído del combate, no fueron perseguidos, pero se dispersaron.

20. Visión de la Jerusalén celestial.

Ví en las brillantes calles de la ciudad de Dios muchos palacios y jardines resplandecientes, en los cuales había innumerables cohortes de santos, que discurrían alabando a Dios y derramando sus gracias sobre los hombres. En la celestial Jerusalén no hay ninguna iglesia: el mismo Cristo es la iglesia. María reina en la ciudad de Dios, y sobre ella están Cristo y la Santísima Trinidad. Desde Ella desciende sobre María celestial rocío, que se difunde sobre toda la santa ciudad.

Ví debajo de la ciudad de Dios, a la iglesia de San Pedro y me regocijé porque, a pesar de la negligencia de los hombres recibe siempre del cielo la verdadra luz. Ví los caminos que van a la Jerusalén celestial y a los santos pastores que conducían a ella a las mejores almas de su rebaño. Estos caminos no estaban muy llenos.

Ví también el camino por donde yo he de ir a la ciudad de Dios, y ví, como desde el centro de un amplio círculo, a todos aquéllos a quienes de algún modo había yo ayudado. Ví a todos los niños y a los pobres a quienes había cosido algún vestido y me admiré y me alegré especialmente al ver las diversas maneras en que los había cortado. Después ví todas las escenas de mi vida en que había sido útil a alguno, ya con mi consejo, ya con mi ejempio, o con auxilios, oraciones y trabajos. Ví el provecho que de aquí se había seguido en forma de jardines nacidos de mis propias obras. Estos jardines habían sido cultivados de diferente modo por sus respectivos dueños; algunos los habían dejado perderse. He visto qué suerte cupo a cada una de aquellas almas en quienes yo había causado alguna impresión.

Capítulo XXVI

VISIONES DIVERSAS

INTRODUCCION

La actividad visionaria de Ana Catalina es incalculable: sus revelaciones son de las más complejas, y están relacionadas con los asuntos más inesperados. Las visiones recogidas en este capítulo, por no corresponder a ninguno de los anteriores, ponen de relieve la incomparable riqueza con que el Señor ha dotado a la angelical estigmatizada de Dülmen.

Se refieren al carácter de las anotaciones de Clemente Brentano, al número de las almas elegidas, al valor de las indulgencias y a inefables detalles de la pasión del Redentor y de la misión de la Virgen María.

1. Testimonio sobre las anotaciones de Clemente Brentano.

Cuando en enero de 1820 consideraba Ana Catalina la vida de Magdalena de Hadamar, también estigmatizada, dijo:

La vi frecuentemente padecer tentaciones por visitas, estorbos y falsa veneración, que la ponían en peligro de estimarse por algo. Sus comunicaciones fueron muy engrandecidas, lo que le traía mucho pesar, como ella misma me lo dijo. Yo he visto en efecto a su confesor anotar y escribir, pero él no escribía bien, y expresaba más sus propias maravillas que las cosas en sí mismas. Yo pensé entonces en los escritos del Peregrino sobre mis visiones, y he visto que él no mostraba admiración y comúnmente escribía menos de lo que yo había visto, porque yo no podía decirlo todo y porque nunca narró lo que no supiera bien.

Habiéndosele el 3 de mayo de 1820, contado algo de la vida de Santa Verónica Giuliani, declaró:

Nunca he oído o leído de la vida de las santas y de su estado interior, que no fueran como cosas muertas, pobres y ordinarias, en comparación de las cosas que de ellas veo. Todo esto es como un sol pintado con tierra amarilla y gris en comparación con el verdadero sol. El Peregrino escribe tales cosas razonablemente. Este hombre no escribe así las cosas por sí mismo: él tiene la gracia de Dios para ello. No lo puede hacer otro hombre más que él: es como si él mismo lo viera.

2. El destino del hombre.

¿Saben ustedes para qué ha creado Dios al hombre? Para gloria suya y felicidad nuestra. Después de la caída de los ángeles determinó Dios crear al hombre para ponerlo en el lugar de las legiones de ángeles réprobos. Por lo cual tan pronto como se complete el número de los ángeles réprobos con otros tantos hombres justos, se acabará el mundo.

3. Las indulgencias.

Las indulgencias tienen mayor valor, pues con ellas se alcanza la remisión de las penas que tenemos que pagar en el Purgatorio después de la vida. Mas, para ganar las indulgencias no basta rezar las oraciones y practicar las buenas obras que están prescriptas con este fin: es necesario, además, recibir los santos sacramentos con verdadera contrición y propósito de enmienda. Creo, pues, que sin verdadero arrepentimiento y firme propósito de enmendarme no me es dado ganar indulgencia alguna, y que a toda obra meritoria va unida una indulgencia.

Las buenas obras de los hombres son tan varias como los números y hasta la que valga menos debe estimarse en mucho si con ella va unida alguna parte de los merecimientos de Cristo. Todo lo que ofrecemos a Dios en unión con estos méritos infinitos, aunque en apariencia carezca de valor, nos será descontado del castigo que hemos merecido. No me canso de lamentar la ceguera de tantas almas en cuyos ojos se ha oscurecido la luz de la fe. Siguen viviendo tranquilamente en sus pecados acostumbrados y se engañan a sí mismas creyendo ganar indulgencias con sólo decir algunas oraciones. Alguna vez entenderán que los paganos y los turcos, que procuran vivir virtuosamente según la ley natural, serán juzgados más favorablemente que ellos en la presencia de Dios.

Nosotros tenemos la gracia y no la estimamos; la gracia nos solicita y nosotros la rechazamos. Inclínanse hasta el suelo para recoger una moneda que brilla; pero tienen delante de sí la gracia de la salvación eterna y pasan sobre ella para ir en pos de las quimeras del mundo. A éstos no les valdrán las indulgencias y aún serán juzgados por las obras de piedad que hubieren practicado por ciega costumbre.

4. Los que van tras los bienes del mundo.

Hallábame en un campo dilatado, el cual podía abarcar enteramente con la vista. En él había innumerables hombres que

trabajaban de todas maneras y se esforzaban en apariencia por conseguir cierto fin. Pero en medio del campo estaba el Señor con su infinita bondad y me dijo: "Mira cómo se atormenta y se afana este pueblo; mira cómo busca en todas partes consuelo y auxilio y va en pos de ganancias; pero a Mí, que soy su Señor y Bienhechor, que estoy aquí a la vista de todos, no me atiende ni me mira. Sólo algunos pocos están dispuestos a manifestarme alguna gratitud y reconocimiento; pero aún éstos me lo muestran como de paso y como si me arrojaran migajas".

Vino luego un ejército de sacerdotes a los cuales mostraba el Señor especial benevolencia; pero ellos pasaban de prisa, le hacían apresuradamente un leve obsequio y luego se confundían entre la multitud. Solamente ví a uno acercársele, pero con negligencia. Cuando estuvo junto al Señor, el mismo Señor le tomó por la espalda y le dijo: "¿Por qué no me pagas tu deuda, a mí que tanto te amo?" En esto desapareció de ante mis ojos la visión; pero tuve otras visiones tocantes a la vida de nuestro clero, que me causaron gran turbación. Si Jesús en persona viniera de nuevo al mundo a predicar su doctrina, el espíritu del siglo y la corrupción dominante le harían sufrir tanta oposición como la que halló entre los judíos.

5. Los derechos de Satanás.

He visto dentro de una ciudad una compañía de sacerdotes, de laicos y de damas que estaban sentados en un banquete y conversaban con mucha ligereza. Sobre ellos se extendía una densa niebla, que terminó por condensarse en una verdadera noche oscura. Allí he visto, y precisamente en el centro, a Satanás, sentado, con semblante horrible, y en torno de él, a otros tantos compañeros suyos cuantos eran los miembros de esa reunión. Todos estos malos espíritus estaban ocupados en continua actividad de influencias sobre la conducta de aquella gente. Les soplaban algo al oído, obraban o animaban de toda forma y manera. Todos estaban en estado de excitación peligrosa a la lujuria y se entretenían en punzantes, satíricas y petulantes charlas. Los eclesiásticos eran de ésos que tienen por principio que es necesario vivir y dejar vivir a la gente, que ahora en nuestros tiempos no conviene hacerse el singular y aparecer oscurantista, que es necesario estar alegres con los alegres. Y en este estado celebraban todos los días la santa Misa.

En toda esta alegre comparsa ví sólo a una joven que estaba aun en buen estado y que tenía cierta piedad y devoción

hacia su santo protector. Era un santo de renombre conocido y ella lo invocaba continuamente. Ví que los otros la burlaban y hasta trataban de seducirla. Para ella he visto que aquella oscuridad de la noche era interrumpida y he visto que el Santo desde lo alto lanzaba los malos espíritus que estaban en torno de ella y le mandaba luz y resplandor. Ví entonces que en medio de aquel círculo oscuro Satanás habló con el Santo y le preguntó qué tenía que hacer allí y por qué invadía sus derechos. Se jactaba, con sorna, que todos esos sacerdotes le pertenecían, que todos los días celebraban la Misa en ese estado y así cada vez más se enredaban en sus lazos. El Santo rechazó sus pretensiones y le dijo que no tenía derecho alguno sobre aquella persona por los méritos de Jesucristo y que no debía ni acercarse a ella. Entonces Satanás le respondió, haciéndose el osado, que de todos modos la prendería en sus lazos y que para ese fin traería cierto hombre que ya otras veces le había causado impresión y que la haría caer. El aspecto de Satanás era espantoso. Tenía los brazos cortos, con garras, los pies largos y las rodillas al revés. No podía hincarse. Su rostro era de forma humana; pero frío, maligno y repugnante. Tenía así como membranas o alas; era negro, dando oscuridad en torno: parecía que de él salían tinieblas. Como él habló de su derecho y esto me causara maravilla, me fué dicho que él en realidad adquiere un derecho especial cuando un bautizado, que ha obtenido de Jesucristo el poder de vencerlo, obrando con libre voluntad, por medio del pecado, se somete al poderío del demonio. Este cuadro tenía mucho de conmovedor y de serio. Yo conocía a toda esa gente y también a la joven salvada por su celeste protector.

6. Es anunciado a Santa Ana el nombre de María.

Cuando Ana se durmió en su lecho, después de haber orado mucho tiempo, ví descender del cielo sobre ella una brillante claridad que tomó la forma de un mancebo resplandeciente. Era el ángel del Señor que le anunciaba que tendría una hija santa. Extendiendo la mano sobre ella trazó en el muro, con grandes y muy vivos caracteres, el nombre de María. El ángel desapareció, disolviéndose su luz. Entre tanto Ana estaba como en íntimo y regocijado sueño. Levantóse media dormida; oró con el corazón; luego volvió a acostarse sin saber claramente lo que hacía. A medianoche despertóla un como leve presentimiento y vió con extrañeza y alegría lo que había sido escrito en la pared. Los caracteres eran rojos, dorados, resplandecientes

y grandes, pero no muchos. Estuvo mirándolos con indecible alegría y compunción hasta que se desvanecieron con la luz del día. Los vió con tal claridad y su alegría fué tanta que cuando se levantó parecía rejuvenecida. En el momento en que la luz del ángel juntamente con la gracia vinieron sobre Ana, ví yo en su seno un resplandor y reconocí en ella a la madre escogida, al vaso esplendoroso de la gracia que estaba próxima. Lo que en ella advertí sólo puedo describirlo diciendo: reconocí a una madre en la cual hay una cuna adornada, un lecho cubierto, un tabernáculo abierto, destinado a recibir y guardar un santuario. Ví que esta bendición, por virtud divina, estaba en Ana. No es posible expresar cuán admirables me parecieron todas estas cosas, pues reconocí en Ana la cuna de toda la humana salvación y al mismo tiempo el depósito de la Iglesia, ante el cual fué levantado el telón.

Durante una visión relativa a la Virgen Santísima oí entre otras cosas estas palabras: "El que hoy, después de mediodía, rezare con amor y devoción nueve Ave Marías en honor de los nueve meses durante los cuales permaneció ella en el seno de su madre y de su nacimiento y continuase esta devoción por espacio de nueve días, dará a los ángeles todos los días un ramillete de nueve flores, que ella recibirá en el cielo y lo presentará a la Santísima Trinidad para obtener de este modo alguna gracia en favor del que se lo hubiese ofrecido".

7. Ve al Salvador con sus discípulos.

Después ví al Señor con sus discípulos. Consideraba los dolores que ya había padecido en el seno materno y durante su niñez y cuando enseñaba a los hombres, a causa de la dureza y ceguedad de ellos, y, sobre todo, por la maldad de los fariseos que, envidiosos, espiaban todos sus actos. Habló con sus discípulos de su Pasión, y ellos no lo comprendieron. Ví al Señor traspasado de íntimos dolores y éstos se me ofrecieron como colores y sombras oscuras y dolorosas que venían sobre su rostro triste y severo, que entraban en su pecho, ceñían su corazón santísimo y le traspasaban por todas partes. No es posible describir este espectáculo. Le ví padecer a causa de los tormentos interiores que sentía, y ví que estos dolores eran mayores que los que sufrió después en la crucifixión. Pero Él los llevó en silencio, con infinito amor y paciencia.

Ví a Jesús en la cena y el indecible dolor que sintió a causa de la maldad de Judas. Ví que de buen grado habría padecido

todavía mayor martirio con tal de que Judas no le entregara. También su divina Madre había amado mucho a este apóstol y le había hablado muchas veces, instruyéndolo y dirigiéndolo. Esto fué lo que más le dolió. Ví que le lavó los pies con infinito amor y dolor, y que le dió el bocado de pan y le miró amorosamente. Le saltaban las lágrimas y se le apretaban los dientes por la violencia del dolor. Ví a Judas llegarse a Él y a Jesús darle a comer su propia carne y sangre, y decirle con dolor infinito: "Lo que has de hacer, hazlo pronto". Luego ví que Judas se volvió atrás y salió de la sala.

Siempre ví al Señor aquí traspasado por nubes, colores y rayos de infinito dolor. Después le ví caminar con sus discípulos al Monte de los Olivos y ví que durante el camino no dejó de llorar y que lloraba a mares; y ví a Pedro, tan atrevido y tan confiado en sí mismo, que creyó que él sólo bastaba para derribar a todos los enemigos, lo cual también contristó a Jesús, pues sabía que Pedro le había de negar. Vile dejar a sus discípulos, excepto a los tres más amados, cerca del Huerto de las Olivas y que les dijo que se dormirían. Siempre le ví llorar. Se internó en el huerto dejando atrás también a los tres apóstoles que tan fuertes se creían. Ví que no tardaron en dormirse, en tanto que el Salvador, destrozado por el dolor, sudó sangre; y ví al ángel que le presentó el cáliz.

8. La Pasión del Señor y su bondad con los pecadores.

(8 de Febrero de 1823)

Estando en el rezo de las horas el jueves, me vino con insistencia a la mente la consideración de nuestra nada y de la infinita misericordia y mansedumbre divina; y me conmovió enteramente el pensar que tantos hombres se pierden a pesar de esta misericordia. No puedo menos que pedir al Señor gracia para estos desdichados. Entonces ví de repente mi cruz (era una de plata, pequeña, con dos astillitas de la verdadera cruz) que estaba junto a mi cama, cercada de resplandores. Me hallaba despierta, con mis cinco sentidos y pensaba: "¿No será esto una ilusión?" Y continué rezando las horas. Pero el resplandor de la cruz me deslumbraba. Entonces, convencida de que no era engaño, cobré ánimo y pedí a Dios fervorosamente gracia y misericordia para todos y especialmente para los flacos y para los que viven en el error. Entretanto aumentaba el resplandor de la cruz; y ví pendiente de ella un cuerpo. De las llagas de este cuerpo crucificado salía mucha sangre. que corría por la

cruz; pero no la ví caer de ella. Recordé mis súplicas y mi adoración y entonces el cuerpo extendió el brazo derecho formando con él un arco para abrazarnos a todos.

Mientras esto sucedía, estaba yo tan en mis sentidos que observaba los objetos que había alrededor y podía contar las campanadas. Acabaron de dar las once y media y luego nada más entendí de lo que había y sucedía en torno mío. Fuí arrebatada en éxtasis y transportada a la contemplación de la pasión de Cristo y he visto con mis propios ojos el curso de ella con tanta exactitud como si realmente hubiera sucedido en mi presencia. He visto al Salvador caminar con su cruz sobre sus hombros, y a la Verónica, y a Simón Cirineo cuando fué obligado a llevar la cruz. Le ví finalmente extender los miembros que fueron clavados en ella. Este espectáculo conmovió mi alma. Sentía tristeza y al mismo tiempo alegría. Ví a la Madre de Dios y a muchos de los suyos. Seguí adorando al Señor mi Salvador y pidiéndole gracia para mí y para mis prójimos. Entonces me dijo Él: "¡He aquí mi amor, mi amor sin límites! Venid, pues, todos a mis brazos y a todos os haré dichosos" Ví que la mayor parte se apartaban de Él con violencia. Al principio de esta visión pedí al Señor que se terminase la guerra y desapareciesen los horrores y reinara la paz, y también ahora le pedí gracia y reconciliación. Entonces oí una voz que decía: "La guerra no se acabará todavía: aún se sentirá con rigor en algunas comarcas; pero tú ora y ten confianza". Ahora espero confiadamente que los pueblos de Münster y Dülmen no serán duramente oprimidos.

9. Detalles de la pasión de Jesucristo.

La corona de espinas de Nuestro Señor era muy gruesa y pesada y se dilataba mucho en torno de la cabeza. Los verdugos le quitaron la ropa interior, hecha de malla, por sobre la cabeza y al quitarla le arrancaron también la corona. Recuerdo oscuramente que entrelazaron una más pequeña de unas espinas que yo conozco, y se la pusieron mientras estaba tendido sobre la cruz. Los tres agujeros de la cruz estaban ya hechos, pero demasiado distantes uno de otro. Cuando clavaron una mano, tiraron fuertemente la otra, por medio de cuerdas anudadas, apoyando los pies sobre los agujeros ya preparados. Los pies tampoco alcanzaban a las perforaciones hechas, y entonces los desalmados tiraron con violencia, apoyadas las rodillas sobre el cuerpo del Señor, mientras otros martillaban los clavos. El cuerpo del Señor estaba completamente dislocado de todas sus ar-

ticulaciones y como transparente, y la parte inferior al pecho enteramente enflaquecida, sutil y vacía. Fué terrible el momento en que levantaron la cruz y la hicieron caer en el foso para apuntalarla y sostenerla firme: esto produjo una sacudida tan vehemente que se agitó su sagrado cuerpo.

No he visto a Jesús bajar al Purgatorio. Cuando Él estaba en el limbo he visto que vinieron las almas del Purgatorio y que todas estas almas fueron por Él libradas. He visto, antes de la Resurrección, a muchos ángeles recoger toda la sangre y la carne que Él había perdido durante su pasión y reponerla y ajustarla de nuevo a su sagrado cuerpo y ví aquel cuerpo, indescriptiblemente hermoso, salir del sepulcro. Las llagas resplandecían y eran un adorno sagrado e inefable de los sagrados miembros. Él no se mostró a los apóstoles en toda esta su gloria, puesto que no habrían podido sostener su vista.

He visto a la Santísima Virgen poseer ciertos pañitos teñidos con la sangre de la circuncisión y de sus llagas, y, dividiéndolos, donó reliquias a los apóstoles, puestas dentro de unas cruces, como de un codo de largo, hechas de una caña plegable. Ellos llevaban estas reliquias bajo sus mantos. Tenían cajitas metálicas para encerrar el pan de la comunión y las reliquias, y entre éstas, creo, algunas partecitas de los pañitos recibidos de María. Creo también que ella trabajaba las túnicas de los apóstoles en la misma forma en que había hecho los vestidos de Jesús. Hizo muchas túnicas de semejante forma con dos varillas y cierta clase de ganchos.

10. Jesús presenta la Virgen a los apóstoles. *(Día de la Ascensión)*

Antes de salir el Señor de la casa del cenáculo con sus apóstoles y discípulos, les mostró a la Santísima Virgen como centro y medianera suya. Pedro y los demás se inclinaron ante ella y ella los bendijo. En el mismo momento en que esto sucedía, vi a la Santísima Virgen que se ofrecía de modo sobrenatural, envuelta en un amplio manto azul celeste, exaltada en un trono y sobre ella una corona, lo cual era símbolo de la dignidad que se me había mostrado. Ya la he visto en otras visiones antes de realizarse importantes acontecimientos (como antes del bautismo, el primero y segundo días de Pentecostés) bendecir a los apóstoles. En el octavo día, después de Pentecostés, los apóstoles con muchos discípulos y gran número de fieles recién convertidos, salieron del templo y se dirigieron a Sión, a la casa

del cenáculo. Cuando la procesión llegó a lo alto de la casa del cenáculo, los neófitos fueron colocadós por los apóstoles enfrente de la entrada. Pedro y Juan entraron y condujeron a la Santísima Virgen vestida de fiesta; tenía un largo manto azul cuya parte interior estaba bordada. Pedro habló a los neófitos y los encomendó a María, como Madre de todos ellos, presentándoselos sucesivamente en grupos como de veinte. Ella los bendecía y les hablaba mientras llegaban los demás. A todos les decía lo mismo.

11. María, reina de los apóstoles.

(Algunos días antes de la Ascensión del Señor)

Ví a los apóstoles y a veinte discípulos en el Cenáculo, reunidos bajo una lámpara. Después de hacer oración, dividiéronse en dos grupos. Juan habló a los apóstoles, y Pedro a los discípulos. Hablaban de una manera misteriosa de la conducta de los fieles respecto a la Madre de Dios y de lo que ésta debía ser para ellos. Mientras duraba esta enseñanza, que me parece hallarse fundada en la predicación de Jesús, ví flotar sobre ellos la imagen de la Santísima Virgen con un manto resplandeciente extendido; y ví el cielo abierto sobre ella y que la Santísima Trinidad le ceñía una corona. Conocí, entonces, que María es la verdadera cabeza de todos ellos y su templo y circuito.

Ví a María orar en su estancia. Comenzaba a clarear el día, cuando ví entrar a Jesús a través de las puertas cerradas. Habló largamente con ella y le dijo que ayudara a los apóstoles, declarando lo que era ella para ellos. Todo esto era muy espiritual y misterioso. Él le dió poder sobre toda la Iglesia y virtud y encargo de protegerla; y ví como si penetrase e infundiese en ella su luz. Esto no puedo expresarlo.

12. María, puerta del Cielo y refugio de pecadores.

Entre todas las santas mujeres se distinguía María por su indecible modestia, por su candor, sencillez, gravedad, mansedumbre y paz. Es tan pura y se muestra tan superior sobre todo lo que hay a su lado que sólo se mira en ella la imagen de Dios en el hombre. No hay ningún ser que se pueda comparar con ella sino su divino Hijo. Su rostro excede al de todas las mujeres que con ella había y al de todas las que siempre he visto, en inefable pureza, en inocencia, gravedad, sabiduría, paz y suave y devota afabilidad. Parece noble y distinguida y al mismo

tiempo sencilla e inocente como un infante. Es muy grave y callada. A menudo está triste; pero nunca muestra alteración ni severidad; las lágrimas se deslizan suavemente por su tranquilo rostro.

¡Quién pudiera ver la hermosura, pureza y clara profundidad de María! Todo lo sabe, y, sin embargo, parece que no sabe cosa alguna determinada, tanta es su infantil sencillez. Tiene los ojos bajos, pero cuando mira, su mirada penetra como un rayo, como la verdad, como una luz inmaculada. La razón es porque es del todo inocente, está llena de Dios y no hay en ella doblez. Nadie puede resistir su mirada.

En una lección que Jesús dió a sus discípulos, dijo, entre otras cosas, que nadie entraría en su reino sino por el camino estrecho y por la puerta de los esposos. Este camino y esta puerta es María y también la Iglesia, a la cual renacemos por el bautismo; pero esto no es para expresarlo. El Señor contrapone la entrada por la puerta nupcial a la entrada por la puerta lateral. Esta era una parábola semejante a la del buen pastor y del pastor mercenario *(Juan, X,1)*. También allí decía que sólo por la puerta se hallaba la entrada. Las palabras que pronunció Jesús en la cruz, antes de morir, cuando llamó a María madre de Juan y a Juan hijo de María, tienen un sentido oculto relativo a este renacimiento mediante la muerte de Jesús.

Ví a Jesús en un trono resplandeciente como el sol. Junto a Él estaban María, José y Juan, y delante de Él, los pecadores arrepentidos, postrados de rodillas. Estos pedían a María que intercediera por ellos. Entonces ví que ella es el verdadero refugio de los pecadores y que todos los que acuden a ella hallan gracia, con tal que tengan alguna fe.

FIN DEL TOMO I

INDICE



Av. Eloy Alfaro N29-150 y 9 de Octubre
Tel.: (593)(2) 2564 519 / 2528 611
Fax: (593)(2) 2561 445
P.O. Box 6252 C.C.I.
E-Mail: jesusmi@quik.com.ec
Quito-Ecuador





LIBRERÍA FIAT VOLUNTAS TUA INC.
2336 SW 67th Ave. Miami, FL 33155 U.S.A.
Tel.: (786) 388-3128 Fax: (786) 388-9698
E-Mail: fiatvtua@bellsouth.net